UNED

Introducción a la Historia de la Antigüedad

Javier Cabrero Piquero
Raúl González Salinero
Milagros Moro Ípola
Miguel Ángel Novillo López

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DE LA ANTIGÜEDAD
(6702108GR07A01)

© *Universidad Nacional de Educación a Distancia*
Madrid 2019

Librería UNED: c/ Bravo Murillo, 38 - 28015 Madrid
Tels.: 91 398 75 60 / 73 73
e-mail: libreria@adm.uned.es

© *Javier Cabrero Piquero, Raúl González Salinero,*
Milagros Moro Ípola y Miguel Ángel Novillo López

ISBN: 978-84-362-7566-7
Depósito legal: M-23852-2019

Primera edición: septiembre de 2019

Impreso en España - Printed in Spain
Maquetación e impresión: Grafo, S.A.
Avda. Cervantes, 51-edificio 21 - 48970 Basauri (Vizcaya)

ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN 15

INTRODUCCIÓN 17

Unidad Didáctica I

Historia del antiguo Egipto. *Javier Cabrero Piquero* 19

INTRODUCCIÓN 21
- Geografía de Egipto 21
- Transcripción de los nombres egipcios 24
- Fuentes para la historia de Egipto 24
- Cronología 25
- Imperio o reino 26
- La lengua y la escritura egipcia 26
  - La lengua 26
  - La escritura 27
- Bibliografía 28

TEMA 1. ORÍGENES DE EGIPTO E IMPERIO ANTIGUO (3200-2181 A. C.) 29
- Sinopsis 29
- Guion / Resumen 30
- Protodinástico (3200-3000 a. C.) 32
  - Dinastías 00 y 0 33
- Época Tinita (3000-2686 a. C.) 36
  - Los monarcas 36
  - El estado Tinita 40
- Imperio Antiguo (2686-2181 a. C.) 42
  - Los monarcas 43

La religión en el Imperio Antiguo 56
La sociedad del Imperio Antiguo 63
Organización territorial, administración e instituciones 66
La economía 68
La ciencia y literatura 70
Bibliografía 72

TEMA 2. IMPERIO MEDIO (2055-1650 A. C.) 73
Sinopsis 73
Guion / Resumen 74
Primer Período Intermedio (2160-2055 a. C.) 75
Los monarcas 78
Civilización del Primer Período Intermedio 81
Imperio Medio (2055-1650 a. C.) 86
Los soberanos 87
Administración y sociedad 97
La Religión del Imperio Medio 99
La economía 100
Las instituciones 101
La literatura 102
El Segundo Período Intermedio (1650-1550 a. C.) 103
Primera fase: Egipto hasta la llegada de los Hicsos 104
Segunda fase: los Hicsos 107
Tercera fase: ascenso de Tebas y expulsión de los hicsos 113
Bibliografía 115

TEMA 3. IMPERIO NUEVO Y TERCER PERIODO INTERMEDIO (1550-664 A. C.) 117
Sinopsis 117
Guion / Resumen 118
Imperio Nuevo (1550-1069 a. C.) 121
La dinastía XVIII (1550-1350 a. C.) 122
XIX dinastía 142
XX dinastía 150
La organización del Estado durante el Imperio Nuevo 155
La economía del Imperio Nuevo 156
La religión del Imperio Nuevo 158
La cultura del Imperio Nuevo 163
Tercer Período Intermedio (1069-656 a. C.) 164
Faraones Tanitas 165
Faraones Libios 166

Faraones Nubios ... 168
Época Saíta (664-525 a. C.) ... 170
XXVI dinastía ... 170
Bibliografía ... 173

Unidad Didáctica II

Historia del Próximo Oriente Antiguo. *Raúl González Salinero* ... 175

INTRODUCCIÓN. LOS ELEMENTOS DEL SUSTRATO HISTÓRICO ... 177
Marco geográfico y medio físico ... 177
Bases históricas de la civilización ... 179
El proceso de configuración del Estado ... 179
Pueblos y grupos lingüísticos ... 181
Lenguas y pueblos semíticos ... 182
Lenguas y pueblos no semíticos ... 185
Bibliografía ... 188

TEMA 4. EL PRÓXIMO ORIENTE DURANTE EL III MILENIO A. C.
BRONCE ANTIGUO (3000-2000 A. C.) ... 189
Sinopsis ... 189
Guion / resumen ... 190
Las primeras ciudades-estado: Sumer ... 192
Precedentes protohistóricos ... 192
El Dinástico arcaico o Protodinástico sumerio ... 193
Dinastías míticas (Protodinástico I, ca. 2900-2750 a. C.) ... 194
Dinastías mítico-heroicas (Protodinástico II, ca. 2750-2600 a. C.) ... 194
Dinastías históricas (Protodinástico III, ca. 2600-2350 a. C.) ... 195
El Imperio sirio de Ebla ... 200
El modelo político ... 202
La base económica ... 203
Ámbito religioso ... 204
Fin del Imperio ... 204
El Imperio Acadio ... 204
La figura histórica de Sargón I de Akkad (2335-2279 a. C.) ... 206
La obra política de Sargón ... 208
El territorio del Imperio ... 209
Después de Sargón ... 210
El renacimiento sumerio y el Imperio de Ur ... 212
La efímera dominación de los «qutu» ... 212

III Dinastía de Ur ... 213
La religión sumeria ... 218
Bibliografía ... 219

TEMA 5. EL PRÓXIMO ORIENTE DURANTE EL II MILENIO A. C.
BRONCE MEDIO (2000-1600 A. C.) Y BRONCE TARDÍO (1600-1200 A. C.) ... 221
Sinopsis ... 221
Guion / Resumen ... 222
Un período de transición ... 224
La hegemonía del Imperio Babilónico ... 226
Época paleobabilónica ... 226
El Imperio de Hammurabi ... 226
Gobierno y administración del Imperio de Hammurabi ... 231
La economía en la Babilonia de Hammurabi ... 232
Estratificación social en tiempos de Hammurabi ... 233
Disgregación del Imperio ... 234
El Imperio territorial Asirio ... 235
El Imperio Antiguo ... 235
El Imperio Medio Asirio ... 238
Organización, administración y sociedad durante el Imperio Medio Asirio ... 241
El Imperio hitita ... 243
Origen y desarrollo del Reino-Imperio hitita ... 243
Organización política del Imperio hitita ... 249
Economía y sociedad entre los hititas ... 250
Infiltración de nuevos pueblos en el Próximo Oriente durante el II milenio a. C. ... 251
En Mesopotamia: amorreos, cassitas, hurritas y Mitanni ... 251
Amorreos ... 251
Cassitas ... 251
Hurritas y Mitanni ... 253
En Siria-Palestina: arameos ... 255
En el litoral mediterráneo: los llamados «Pueblos del Mar» ... 255
Bibliografía ... 257

TEMA 6. EL PRÓXIMO ORIENTE DURANTE EL I MILENIO A. C.
LA EDAD DEL HIERRO (CA. 1200-330 A.C.) ... 259
Sinopsis ... 259
Guion / Resumen ... 260
Mutaciones culturales y geopolíticas ... 263
Imperio Nuevo Asirio (883-612 a. C.) ... 266
La formación del Imperio ... 266
El apogeo del Imperio ... 272

El ejército asirio ... 278
La economía en el Imperio asirio ... 278
Imperio Neobabilónico (612-539 a. C.) ... 279
La época del sometimiento ... 279
La configuración de un nuevo Imperio ... 281
Gobierno y administración ... 285
Economía y sociedad neobabilónicas ... 286
Nuevos pueblos y reinos en el Próximo Oriente ... 287
Fenicios ... 287
Israel y Judá ... 291
El Imperio persa aqueménida (559-330 a. C.) ... 296
Preámbulo: los medos ... 296
La formación de una gran dinastía ... 297
Cambises II y la conquista de Egipto ... 302
La consolidación del Imperio y el intento de apertura hacia Occidente ... 303
La decadencia del Imperio ... 308
La organización del Estado persa ... 309
El monarca y su corte ... 309
El aparato burocrático ... 310
Las conexiones territoriales ... 310
La administración provincial ... 311
El ejército ... 313
El derecho y la justicia ... 314
Estructura socio-económica ... 314
La economía persa ... 314
La sociedad persa ... 316
El derrumbe socio-económico ... 317
La religión ... 317
Bibliografía ... 319

Unidad Didáctica III

Historia de Grecia. *Miguel Ángel Novillo López* ... 321

INTRODUCCIÓN ... 325
El contexto geográfico ... 325
La Edad del Bronce (III-II milenio) ... 326
Bronce Antiguo ... 327
Creta. Minoico Antiguo ... 328

Cicládico Antiguo ... 328
El área oriental ... 329
Bronce Medio (2.000-1.700 a. C.) ... 329
Creta. Minoico Medio o Protopalaciego (2.000-1.700 a. C.) ... 329
El Cicládico Medio ... 331
El área oriental ... 331
Bronce Reciente ... 331
La Creta Neopalacial (1.700-1.450 a. C.) ... 331
El mundo micénico ... 337
Micenas, Tirinto y Pilos ... 339
Beocia ... 341
Ática ... 341
Tesalia ... 341
Cícladas ... 341
Creta y periferia ... 341
La Guerra de Troya y el nacimiento griego (1.200-776 a. C.) ... 344
Bibliografía ... 345

TEMA 7. LA GRECIA ARCAICA ... 347
Sinopsis ... 347
Guion / Resumen ... 349
La época Oscura ... 351
El submicénico ... 352
El Geométrico (1.050-700 a. C.) ... 352
La constitución de la *polis* ... 354
La colonización griega en época arcaica ... 356
Áreas coloniales ... 358
La tiranía en época arcaica ... 361
La tiranía en el Peloponeso y en el Istmo ... 361
Esparta en época arcaica ... 362
Atenas en época arcaica ... 366
Bibliografía ... 377

TEMA 8. LA GRECIA CLÁSICA ... 379
Sinopsis ... 379
Guion / Resumen ... 380
Los medos ... 382
Los persas ... 382
Las Guerras Médicas (490-479 a. C.) ... 386
La Pentecontecia (478-431 a. C.) ... 393

La Primera Guerra del Peloponeso (460-445 a. C.) ... 399
La Segunda Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.) ... 401
La guerra aquidámica (431-421 a. C.) ... 404
La invasión de Sicilia (415-413 a. C.) ... 406
La guerra de Decelia (413-404 a. C.) ... 406
Consecuencias ... 408
La supremacía de Esparta y de Beocia ... 409
La ascensión de Macedonia ... 411
Siracura ... 416
Bibliografía ... 417

TEMA 9. LA GRECIA HELENÍSTICA ... 419
Sinopsis ... 419
Guion / Resumen ... 420
Alejandro Magno (336-323 a. C.) ... 421
Un hombre adelantado a su tiempo ... 421
El proyecto político ... 426
Estructura socioeconómica ... 428
De los Diádocos a la dominación romana ... 428
Los diádocos ... 428
Los epígonos y los reinos helenísticos ... 435
Las guerras macedónicas (214-148 a. C.) ... 437
La dinastía seléucida ... 440
La dinastía lágida ... 442
Bibliografía ... 444

Unidad Didáctica IV

Historia de Roma. *Milagros Moro Ipola* ... 445

INTRODUCCIÓN. LOS ETRUSCOS ... 447
Bibliografía ... 453

TEMA 10. ROMA DESDE LOS ORÍGENES AL FINAL DE LAS GUERRAS PÚNICAS ... 455
Sinopsis ... 455
Guion / Resumen ... 457
La Monarquía ... 458
La República ... 464
Conflictos internos: patricios y plebeyos ... 465
La liga latina y las primeras amenazas externas ... 469

Roma y el Mediterráneo: Cartago ... 476
Los primeros contactos entre Roma y Cartago: los tratados ... 481
Las Guerras Púnicas: el siglo III a. C. ... 482
Bibliografía ... 494

TEMA 11. LA REPÚBLICA PLENA ... 497
Sinopsis ... 497
Guion / Resumen ... 498
El siglo II a. C.: El Imperialismo Romano ... 499
La conquista de Grecia ... 500
Expansión hacia Occidente ... 503
Destrucción de Cartago ... 507
La lucha política y la crisis del Estado ... 508
Situación política de Roma en la primera mitad del siglo II a. C. ... 508
Los Graco ... 509
Yugurta, címbrios y teutones ... 512
La Guerra social ... 517
Mario y Sila ... 518
César y el final de la República ... 523
Desmantelamiento de la obra de Sila ... 523
Peligros internos y externos ... 525
El contubernio. Craso, Pompeyo y César ... 530
La guerra de las Galias ... 532
La guerra civil ... 536
Bibliografía ... 539

TEMA 12. EL IMPERIO ... 541
Sinopsis ... 541
Guion / Resumen ... 543
El alto imperio ... 544
El principado de Augusto ... 544
Los Julio Claudios ... 555
Los Flavios (69-96) ... 560
Los Antoninos (96-192) ... 562
Los Severos (193-235) ... 570
El bajo imperio ... 573
La anarquía militar (235-268) ... 573
La Tetrarquía ... 575
Constantino (323-337) y sus sucesores ... 579
Bibliografía ... 586

LÍNEA DEL TIEMPO 587

El Mundo Antiguo 589
Desde el III Milenio antes de Cristo a la caída del Imperio Romano 589

BIBLIOGRAFÍA GENERAL 591

Obras de conjunto 593
Historia Antigua 593
Diccionarios 594
Obras por civilizaciones 594
Egipto 594
Fuentes 594
Obras Generales 595
Próximo Oriente 595
Fuentes 595
Obras Generales 596
Grecia 597
Fuentes 597
Obras Generales 597
Roma 598
Fuentes 598
Obras Generales 598

PRESENTACIÓN

Elaborar un manual universitario nunca es tarea fácil (aunque encontremos un cierto número de ellos en las bibliotecas) y menos aún si han de estar preparados para un alumnado de la UNED diverso, diseminado y que, con mucha posibilidad, utilizará dicho manual como principal referencia para la instrucción y conocimiento de una materia de estudio tan compleja como Historia de la Antigüedad.

Los autores del libro son expertos en esta tarea como historiadores y como docentes de la metodología de la enseñanza universitaria a distancia.

Ellos, colegas, compañeros y, sobre todo, amigos muy queridos, me han hecho el honor de pedirme que hiciera esta breve presentación de su libro: «*Introducción a la Historia de la Antigüedad*» que han realizado en cuatro grandes ámbitos culturales mediterráneos (Javier Cabrero Piquero: *Egipto*; Raúl González Salinero: *Oriente Próximo*; Miguel Ángel Novillo López: *Grecia*; y Milagros Moro Ipola: *Roma*), desde donde surgió nuestra propia civilización y de los que aún somos deudores.

Ello no significa que su elaboración haya resultado sencilla ni que carezca de responsabilidad por un doble motivo: la necesidad de adaptar una materia tan extensa a un programa establecido para un solo cuatrimestre y, además, la de facilitar su estudio, comprensión y aprendizaje a través de una adecuada documentación y material didáctico apropiados para su reflexión y discernimiento. Esta elaboración exige, sin duda, tiempo, paciencia, esfuerzo pero, sobre todo, experiencia y conocimiento de esta disciplina.

Aunque se trata de un manual, que, por sus propias características, exige resumir y concretar su contenido, los autores han logrado sintetizar en pocas páginas los más importantes sucesos y momentos con sus circunstancias, sin olvidar factores como la administración, la sociedad o las creencias, pues todos estos componentes forjan la Historia.

Considero que estas exposiciones, precisas y ajustadas, se complementan de forma muy adecuada con el enorme apoyo de imágenes, textos, mapas, esquemas, resúmenes y bibliografía que sirven de firme estructura para su comprensión, y de ayuda en la preparación de la materia de estudio, pues lejos de distraer y disipar su lectura, permiten introducirse en el contexto donde se desarrolló la Historia de la Antigüedad, con lo que no solo se logra conocer y aprender, sino disfrutar de ella sin sentirse abrumado por la magnitud de su información, sino, en todo caso, por su gran trascendencia.

Quisiera subrayar otro mérito de esta obra que considero aún mayor: a pesar de su necesidad de concreción, no por ello se deja de analizar el estado de la cuestión tratado en los distintos capítulos. En ellos también se sugieren los problemas de estudio e investigación más actuales, fundamentados en el empleo, técnicas y métodos propios del conocimiento de la Antigüedad: los textos literarios, la documentación arqueológica, el contexto geográfico... que siempre están presentes.

No todo está dicho. Aun siendo una obra para quienes se inician en el conocimiento de la Historia Antigua, encontrarán en este libro que tienen en sus manos y comienzan a hojear sugerencias, interrogantes, puntos oscuros en un mundo fascinante que se desarrolló hace milenios en torno al mar Mediterráneo y que tan profundamente nos ha condicionado. Sin duda, hay muchas incógnitas aún por resolver que esperan ser investigadas por los futuros profesionales de esta ciencia dedicada al conocimiento de la Antigüedad. Sin embargo, para quien apenas tiene idea de la riqueza cultural que encierra ese mundo tan nuestro como lejano, resulta esencial comenzar a valorar la importancia de este inmenso legado a través de un acercamiento comprensible, firme y claro como el que proponen los autores de esta obra.

Pilar Fernández Uriel

Profesora Emérita de Historia Antigua. UNED

INTRODUCCIÓN

Es de sobra conocido que el término Antigüedad ha estado sujeto a debate y a modificaciones, sobre todo en lo relativo a su extensión cronológica y geográfica. En términos estrictos dicho término es identificado con el periodo de la Historia comprendido por la antigua Grecia y la antigua Roma. Sin embargo, en el siglo XIX Eduard Meyer (1855-1930) incluyó también el Próximo Oriente y Egipto al suponer que el mundo grecorromano no resultaba ser sino heredero de varios aspectos desarrollados en esos contextos. En este sentido, a medida que se han ampliado los conocimientos sobre las culturas de la Antigüedad, se han reforzado los argumentos del historiador alemán, por lo que consideramos que la Historia Antigua es el periodo que comprende desde el inicio de una serie de fenómenos culturales y sociales que tienen lugar hacia la mitad del IV milenio a.C. en Próximo Oriente, desde donde se extendieron a otras regiones, hasta finales del siglo VI de nuestra era. Por consiguiente, la Historia Antigua no sólo ha de comprender el estudio de la antigua Grecia y de la antigua Roma, sino también de Próximo Oriente y de Egipto.

El historiador de la Antigüedad ha de hacer frente a numerosas dificultades y se ve obligado a realizar numerosas conjeturas provocadas por la parquedad de las fuentes y la carencia de los suficientes medios auxiliares. Una de las dificultades más significativas es la extrema amplitud temporal de la Historia Antigua, a lo que se une la gran diversidad cultural de las distintas civilizaciones que se suceden en la Antigüedad. Asimismo, se hace necesario apuntar que la metodología histórica que se debe emplear para el estudio de las civilizaciones de Próximo Oriente y de Egipto difiere de la que podemos aplicar en el estudio de la Antigüedad Clásica, es decir, de Grecia y de Roma.

Cualquiera que sea la metodología elegida, resulta complejo aunar detalladamente en una sola obra cuatro milenios de historia. Empero, y como ya han puesto de manifiesto varios historiadores, resulta posible plantear un estado de las cuestiones esenciales originadas por la historiografía moderna relativa a la interpretación de muchos y muy diversos problemas.

La presente obra se compone de cuatro bloques bien diferenciados temáticamente, pero que presentan una homogeneidad analítica —Próximo Oriente, Egipto, Grecia y Roma— divididos a su vez en tres capítulos precedidos por una introducción. Cada capítulo cuenta con un resumen y un guión-esquema que recoge los aspectos más relevantes y significativos, y con objeto de facilitar la comprensión se han incluido varios mapas e imágenes de apoyo a la lectura. Asimismo, cada capítulo presenta varios textos de los episodios o aspectos más importantes a tener en consideración. Por otro lado, cada capítulo dispone de una bibliografía, que puede ser utilizada por el lector de acuerdo con sus propias disponibilidades y preferencias, y una cronología donde se recogen los hitos más trascendentales.

La mejor virtud de esta obra es que se han cuidado los aspectos formales y de contenido con objeto de facilitar el autoaprendizaje y evitar, en la medida de lo posible, el empleo de materiales y recursos inapropiados para el estudio de la Historia Antigua —no se requieren grandes conocimientos previos para su comprensión—. En este sentido, el objetivo que persigue esta obra consiste en poder proporcionar el marco cronológico y cultural sin el cual no sería posible entender los procesos históricos que se desarrollaron en la Antigüedad.

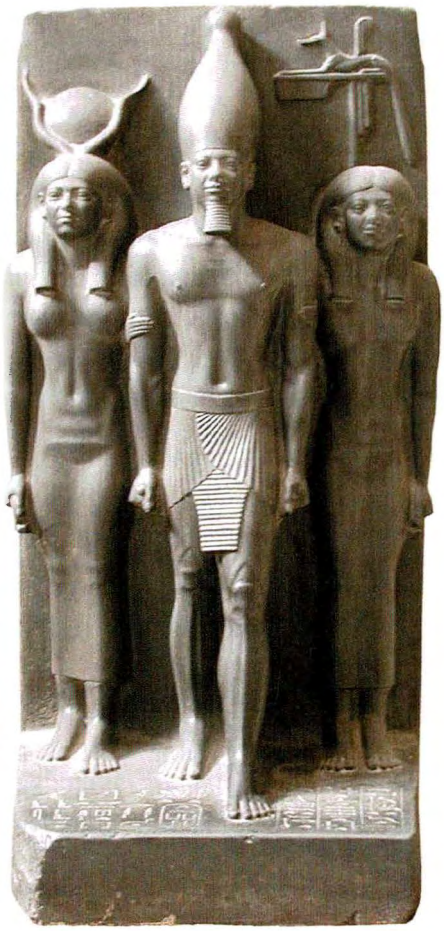
Los autores han utilizado una gran variedad de fuentes y presentan un relato coherente de las realidades del poder insertas en diferentes contextos. En consecuencia, se presentan las causas, las consecuencias y el significado de los cambios que contribuyeron a la modificación de las estructuras de un sistema político determinado a otro diferente analizando los aspectos más importantes de cada cultura.

Esta obra, por tanto, puede ser concebida como una obra de cabecera desde la que poder acercarse, profundizar y reflexionar sobre diversas cuestiones escapando en todo momento de academicismos y consideraciones sólo manejadas por unos pocos.

UNIDAD DIDÁCTICA I

HISTORIA DEL ANTIGUO EGIPTO

JAVIER CABRERO PIQUERO



INTRODUCCIÓN
Geografía de Egipto
Transcripción de los nombres egipcios
Fuentes para la historia de Egipto
Cronología
Imperio o reino
La lengua y la escritura egipcia
La lengua
La escritura
Bibliografía
TEMA 1. ORÍGENES DE EGIPTO E IMPERIO ANTIGUO (3200-2181 A. C.)
TEMA 2. IMPERIO MEDIO (2055-1650 A. C.)
TEMA 3. IMPERIO NUEVO Y TERCER PERIODO INTERMEDIO (1550-664 A. C.)

INTRODUCCIÓN

Geografía de Egipto

Desde sus orígenes el ser humano escogió con sumo cuidado los lugares para construir sus asentamientos. El denominador común de todos ellos fue que tuvieran un fácil acceso al agua y que ésta fuera abundante, quedando en segundo plano las necesidades de defensa. Estos dos condicionantes se cumplían ampliamente en el caso de la civilización egipcia. El agua que proporcionaba el Nilo era más que suficiente, y la defensa la aseguraba el desierto que comenzaba a pocos centenares de metros de las orillas del río.

De la importancia del Nilo ya habló Heródoto, probablemente tomando la expresión de Hecateo, cuando señala en su libro II que Egipto es un don del río. Precisamente «el río» es como los egipcios llamaban al Nilo, vocablo del que desconocemos su origen pero que procede del griego *Neilos*.

Heródoto y el Nilo

Y decían que el primer hombre que reinó en Egipto fue Mina; en su tiempo todo Egipto, excepto el nomo de Tebas, era un pantano, y no emergía de las aguas ninguna parte del país que ahora se halla más abajo del lago Meris, al cual se llega desde el mar navegando siete días río arriba. Y lo que dedan de su país me pareció exacto. Pues es evidente, para un hombre juicioso, sin haber sido informado previamente, con sólo verlo, que el Egipto al que los griegos llegan por mar es para los egipcios tierra adquirida y un don del río, y también la zona más arriba de este lago hasta tres días de navegación, de la que los sacerdotes ya no me dijeron nada parecido, pero que es de igual formación.

Herodoto II, 4. Traducción Federico Lara Peinado

Los orígenes del Nilo siempre fueron objeto de especulación y fue sólo a mediados del siglo XIX cuando se consiguieron establecer con certeza sus fuentes situadas en el Lago Victoria. El curso del Nilo está interrumpido por una serie de cataratas que se enumeran desde su desembocadura. La primera se encuentra a unos 950 km, cerca de Siene (Asuan). Fue en este espacio, el comprendido entre la primera catarata y la desembocadura, en el que se desarrolló principalmente la civilización egipcia.

Con la retirada de los glaciares, hace unos 20.000 años, lo que había sido una zona agradable para la vida se fue desertizando, y si bien hasta ese momento, el territorio por el que discurría el Nilo, era una región pantanosa y poco apta para la vida, con la perdida de humedad de la tierra, se convirtió en una zona ideal para acoger a aquellos que huían del avance de los desiertos, el Sahara por el oeste y el Arábico por el este. El ciclo climatológico provocó que el deshielo de las nieves, que se habían acumulado en las montañas de la zona centro-oriental de África, aumentara considerablemente el cauce de los ríos que alimentaban el Nilo y este comenzara a desbordarse los primeros días de julio, alcanzado su máximo nivel a inicios de septiembre, para regresar a su nivel habitual en octubre. Pero durante casi tres meses había inundado las tierras cercanas y depositado en ella una rica capa de cieno que el agua había arrastrado desde las montañas y que año tras año fertilizaba la tierra sobre la que se depositaba, convirtiéndola en extremadamente fértil.

En efecto, el río Nilo fue la base articuladora de la vida y de la civilización egipcia. A largo del río surgieron poblaciones cuya vida él la hacía posible. Pero si el aporte de agua era importante, los más importante, sin duda, era la capacidad de fertilización de la tierra que proporcionaba sus periódicas inundaciones, inundaciones que por debajo de los seis metros eran escasas y pronosticaban un año de hambre y que por encima de los nueve podía suponer la catástrofe y la inundación de las cercanas poblaciones. A lo largo del río surgieron los llamados nilómetros que indicaban la cuantía de la crecida del río y servían de referencia a los campesinos. Muchos aspectos de la vida egipcia estaban regulados por el río, como la división del país o el calendario de tres estaciones basadas en la actividad del río: *ajet* (estación de la inundación), *peret* (estación de la cosecha) y *shemu* (estación de la sequía).

La base de la economía egipcia, por tanto, fue la agricultura, toda la vida giraba en torno al río Nilo, que además de las estaciones climatológicas, definía también al propio país y sus divisiones.

Fuente: Atlas Histórico. Mundo Antiguo. National Geographic

Mapa 1. Geografía del Antiguo Egipto con las rutas de comunicación y la situación de los oasis y los desiertos

Transcripción de los nombres egipcios

Uno de los grandes problemas a la hora de enfrentarnos a escribir una historia de Egipto es como vamos a transcribir los nombres, pues no hay una norma comúnmente aceptada entre los estudiosos y podemos encontrar grandes variantes de unos a otros. Esto se ve agravado aún más en nuestro caso, pues la tradición egiptológica española es relativamente reciente. Este es un problema que puede llegar a ser grave e inducir a cierta confusión. La variedad de tendencias motiva que no nos veamos cómodos adoptando alguna de las corrientes internacionales para la transcripción de los nombres egipcios. Por ello, hemos optado por utilizar aquellos nombres que el uso común ha convertido en habituales y que son los usados con mayor frecuencia.

Fuentes para la historia de Egipto

La civilización egipcia ya despertó un intenso interés en la antigüedad greco-romana. Tanto griegos como romanos se sintieron atraídos por una civilización que en su época ya era milenaria. Cuando la civilización griega estaba en pleno clasicismo y la romana se afanaba por conquistar Italia, la civilización egipcia estaba ya entrando en decadencia. Por eso, las primeras fuentes de información van a ser historiadores griegos: Hedódoto de Halicarnaso, historiador del siglo v a. C., que dedica su libro II a la Historia de Egipto, estudiando la geografía, las costumbres, los animales y la propia historia.

Dos siglos después, **Manetón**, un sacerdote del siglo III a. C., escribió una obra llamada *Aegyptiaka*, de la que solamente se nos conservan fragmentos, que nos han transmitido autores posteriores como Flavio Josefo, Julio Africano, Eusebio de Cesárea y Sincelo. En su obra, Manetón realiza un recorrido por la historia de Egipto, que divide en períodos de tiempo y agrupa sus gobernantes en 30 dinastías que comienza con la unificación de Egipto con Menes y concluye con Nectanebo II. De este sistema de dinastías es deudora la egiptología actual que, con evidentes y necesarias modificaciones, continúa utilizando.

Pero necesariamente estos autores, aparte de la observación directa o las narraciones de viajeros, debieron utilizar fuentes de información que les permitieran compilar sus relatos. Algunas de estas posibles fuentes han llegado hasta nosotros, y es muy probable que también fueran conocidas por ellos. Nos referimos, entre otras, a la *Lista Real* de Sakkara, que comienza con la Primera Dinastía y llega hasta Ramses II, y que actualmente se conserva en el Museo de El Cairo; la *Lista Real* de Abidos, que se puede ver en el templo de Seti I en Abidos; la Lista Real de Karnak del Louvre, desde Tutmosis III hasta el Segundo Período Intermedio; el *Papiro de Turín*, sin duda el más impórtate de todos estos documentos que contiene unos 300 nombres con la duración de sus reinados; la *Piedra de Palermo*, documento contemporáneo de la V dinastía, y aunque de modo fragmentario se trata de un relato de las primeras dinastías.

En los últimos siglos y a partir del desciframiento de la escritura jeroglífica por Champollión, nuestras fuentes de información se han multiplicado. Aunque la arqueología egipcia no nos ha proporcionado un relato continuado de su historia, sí nos ha proporcionado narraciones parciales que nos han permitido reconstruir con cierta fidelidad la sucesión de acontecimientos, a pesar que que las lagunas aún sean considerables.

Cronología

Otro de los grandes problemas que nos plantea la historia de Egipto es el de la cronología de los acontecimientos, que se ha ido complicando con el paso del tiempo y el descubrimiento de nuevos documentos ya sean textuales o arqueológicos. El período denominado faraónico abarca más de 2500 años y podemos decir que va desde aproximadamente el año 3000 a.C., hasta la conquista de Alejandro Magno en el 332 a.C.

Como hemos mencionado, Manetón estableció las bases de la historia de Egipto, dividiéndola en 30 dinastías y dando a cada una de ellas una cronología específica. Esta cronología, aceptada durante muchos años, y que se basaba en una lista sucesoria de monarcas, agrupados entre sí por unos lazos de parentesco o unas características comunes, no se ha mostrado eficiente a la hora de incorporar los datos que constantemente proporciona la arqueología y los nuevos sistemas de datación.

La moderna egiptología se ha visto en la necesidad de intentar poner en concordancia las diferentes informaciones cronológicas, adoptando un triple sistema: cronología relativa basada en las secuencias estratigráficas de las excavaciones. La evolución de las cerámicas. La también evolución de materiales y diseños.

Un segundo sistema cronológico adoptado por los egiptólogos es la llamada cronología absoluta basada en sucesos astronómicos rastreables en los textos antiguos y que se pueden datar con cierta exactitud.

Por último están las dataciones gracias a análisis de los objetos por radiocarbono o termoluminiscencia que se inició en los años 40 del siglo XX, y que llevaron a un acuerdo entre egiptólogos aceptando que los dos últimos sistemas eran coincidentes. El problema es que las dataciones llamadas radiométricas presentan un mayor índice de error que los sucesos astronómicos, no permitiendo establecer la antigüedad exacta de un determinado objeto, aunque los datos radiométricos sí que han sido de gran ayuda para las épocas más antiguas, concretamente para la Prehistoria de Egipto.

En un intento de llegar a una mejor conciliación entre fechas astronómicas y las proporcionadas por los análisis radiométricos se elaboraron una serie de curvas de calibración que permiten la conversión con un menor índice de error de los datos proporcionados por la radiometría.

A pesar de lo dicho, y a lo largo de los años, cada vez se ha hecho más complicado establecer una única cronología para la historia de Egipto. Por desgracia, ésta varía, de una manera más o menos radical, en función de las escuelas, pudiéndose hablar de una cronología baja y de una cronología alta, algo, que siendo desconcertante, no debe preocuparnos siempre que sepamos en qué marco cronológico nos encontramos. Además las discrepancias cronológicas son más marcadas para los períodos antiguos, que pueden llegar hasta las 200 años, mientras que para el Imperio Nuevo éstas se reducen a unos 10, y para la época de Psamético I en adelante (dinastía XXVI), las fechas prácticamente son las mismas.

Imperio o reino

Los egiptólogos cuando comenzaron a estudiar la Historia de Egipto, decidieron que esta debía ser compartimentada en períodos. Ya en la Antigüedad, Manetón había dividido a los gobernantes egipcios en dinastías, pero en ningún momento agrupó estas dinastías en períodos; esto es algo que decidió hacer la moderna investigación, probablemente para facilitar su estudio. Así se definieron cuatro períodos (antiguo, medio, nuevo y época baja) y se estableció el paso de uno a otro por aquellos momentos en los que se debilitó el poder central. Estos momentos recibieron el nombre de períodos intermedios. Tradicionalmente se optó por denominar a cada uno de estos períodos de concentración del poder como «Imperio», y así nos encontramos con las denominaciones de Imperio Antiguo, Medio y Nuevo, separados por los tres períodos intermedios que fueron enumerados (Primer Período Intermedio, Segundo Período Intermedio y Tercer Período Intermedio). En los últimos decenios un grupo de egiptólogos, sobre todo británicos, optó por cambiar la denominación de «Imperio» por «Reino», algo que no ha sido unánimemente aceptado, y un importante grupo de la investigación sigue optando por la forma de «Imperio» para nombrar los períodos de la historia de Egipto. Nosotros, al igual que cuando hablábamos de la transcripción de los nombres egipcios y decíamos que habíamos optado por las formas tradicionales de la investigación española, en este caso también hemos preferido utilizar la tradicional denominación de «Imperio».

La lengua y la escritura egipcia

La lengua

La lengua egipcia presenta numerosas dificultades para estudiar su origen. No se puede negar su relación con las lenguas cercanas, las llamadas lenguas semíticas como

el hebrero, el arameo o el acadio, pero, además, su situación en el paso entre Asia y África, motivó que también estuviera influenciada por otras de la zona oriental africana, como el somalí y también con las de las poblaciones bereberes del norte de África. La estructura general de la lengua está compartida con las de origen semítico, pero también tiene muchas diferencias con ellas, más de las que ellas tienen entre sí, y su relación con las africanas motiva que no debamos encuadrarla dentro del grupo de lenguas semíticas. Se trata de un lenguaje que estará, como no podría ser de otra manera, en evolución, con un rico vocabulario. El lenguaje egipcio, como norma general, pasó por tres periodos:

a) El **Egipcio Antiguo** empleado durante las dinastías I a VIII, muy formalista, como reflejan los *Textos de las Pirámides* y los numerosos documentos oficiales. Acabó convirtiéndose en el lenguaje religioso por excelencia.

b) El **Egipcio Clásico**, utilizado desde la dinastía IX hasta la XVII. Es un lenguaje no tan oficial, sino mucho más popular, se empleó en numerosos textos literarios y en los monumentos donde continuó usándose hasta la época romana.

c) El **Neo-Egipcio**, dinastías XVIII a XXIV, que se utilizó sobre todo en documentos comerciales y cartas y, raramente, en monumentos oficiales a partir de la dinastía XIX.

d) Finalmente el **Demótico**, a partir de la dinastía XXIV y casi hasta el final de la época romana. Fue muy ligado a la escritura demótica.

El **Copto**, es el lenguaje egipcio más tardío; fue empleado, sobre todo, por los coptos, es decir, los cristianos descendientes de los egipcios y se utilizó hasta la conquista árabe en el 640, cuando paulatinamente fue reemplazado por el árabe.

La escritura

Uno de los grandes avances de los egipcios fue la creación de un sistema de signos que representaban el lenguaje y que todo el que conociera ese sistema de signos podía convertirlos de nuevo en lenguaje. Fue en definitiva la invención de la escritura, que aparece, más o menos simultáneamente en el valle del Nilo y en la zona del Éufrates y del Tigris.

La escritura egipcia recibió, por extensión, el nombre de *Escritura Jeroglífica* y, claramente tuvo un origen pictórico. Surgió a finales del IV milenio a. C., en el llamado período **Predinástico**. En principio era un sistema con muchas limitaciones, pero que cumplía la función para la que fue creado. Existían dos clases de signos: los *figurativos*, llamados también **ideogramas**, que hacían referencia a un objeto o expresaban una idea; y los signos *sonoros* o **fonogramas** que se utilizaban para deletrear palabras.

Figura 1. Tipos de escritura egipcia: jeroglífico, hierático y demótico.

La grafía de la escritura de los egipcios no fue uniforme a lo largo de los siglos, y dependía también de la finalidad del texto al que estaba destinada. Así nos encontramos con tres tipos diferentes:

La **Escritura Jeroglífica**, destinada a ser esculpida sobre monumentos, sobre todo en los muros de los templos con un claro espíritu decorativo. Habitualmente tenía un contenido religioso y fue empleada hasta finales de la dinastía XX.

La **Escritura Hierática**, era empleada por los sacerdotes, una forma cursiva y estilizada, de trazos angulares del jeroglífico, que se realizaba con un pincel de caña habitualmente sobre papiro. Durante el Imperio Antiguo, aparte del soporte, presentaba muy pocas diferencias con el jeroglífico, pero a partir del Imperio Medio comienza a evolucionar y desarrolla una ortografía propia y cada vez más se emplea para textos religiosos.

La **Escritura Demótica**, o popular. Fue una evolución del hierático, empleada en la vida cotidiana en época ptolemaica y romana, sobre papiro, aunque algunas veces la encontramos en estelas de piedra.

BIBLIOGRAFÍA

DESROCHES NOBLECOURT, C., *La Herencia de! Antiguo Egipto.* Ensayo Edhasa. Barcelona, 2006. ISBN 84-350-2687-6.

HORNUNG, E., *Introducción a la egiptología. Estado métodos, tareas.* Editorial Trotta, Madrid, 2000.

SAUNERON, S., *La Egiptología.* Oikos-tau. Barcelona, 1971.

Tema 1
Orígenes de Egipto e Imperio Antiguo (3200-2181 a. C.)

Sinopsis

Entre el 6.000 a. C. y 5.000 a. C. aparecen las primeras sociedades neolíticas basadas en la agricultura y la ganadería. En este período destacan diferentes culturas como la gerzeense o Naqada II que se fueron difundiendo por todo Egipto, logrando así una unificación cultural inexistente hasta entonces.

Aparecen las primeras búsquedas de una unidad política que llevaron a luchas entre diferentes clanes y finalmente dieron origen a los primeros proto-estados de Egipto, hasta llegar a la conformación de dos reinos de importancia: uno ubicado en el Bajo Egipto y otro en el Alto Egipto.

A finales de este período se producen dos grandes avances: los canales de riego y la escritura jeroglífica en Abidos.

Entre la creación del protorreino del Alto Egipto y la unificación del país transcurrió un periodo en el cual los gobernantes del protorreino del Alto Egipto fueron dejando su nombre en diferentes soportes: cerámica, rocas... De estos monarcas apenas se sabe algo pero forman lo que se denomina la dinastía 0.

Al final de la dinastía 0 un monarca consiguió situar bajo su control todo el territorio del valle del Nilo. Según la tradición, gracias a los desvelos de Menes; según a arqueología, merced a las obras de Namer, primer soberano de la dinastía I (llamada Tinita por proceder quizá de Tinis). El Estado faraónico había nacido.

Después de la unificación de las dos tierras (alto y bajo Egipto) a Narmer le sucedió en el trono el faraón Menes, considerado como el primer faraón de la I dinastía o dinastía Tinita.

En estos momentos aparece el culto al dios Ra.

Hacia el año 2850 a. C. comienza la II dinastía. En esta etapa se dio un fortalecimiento del estado central y crecimiento en su importancia del grupo de los escribas, dedicados a la burocracia.

El Imperio Antiguo, integrado por la III, IV, V y VI dinastía, consolidó el sistema político, cultural y religioso surgido durante el período protodinástico, con la aparición de una monarquía cuyos rasgos más notables son: la divinización absoluta del monarca (los egipcios creían que el faraón aseguraba las inundaciones anuales del Nilo que eran necesarias para sus cosechas) y un poder político fuertemente centralizado.

El rey Djeser traslada la capital a Menfis y extiende el Imperio egipcio desde Nubia al Sinaí. Aunque más importante que Djeser fue su visir Imhotep, el arquitecto de la pirámide escalonada de Saqqara. También las grandes pirámides de Guiza, atribuidas a los faraones Keops, Kefrén y Micerino se datan en este periodo.

Tras el largo reinado del rey Pepi II (94 años), y ante la debilidad del poder real, los nomarcas (gobernadores de los nomos) se hacen fuertes, y convierten sus cargos en hereditarios. Entonces Egipto pasó a un período histórico en el cual se descentralizó fuertemente el sistema político, siendo denominado por los historiadores como el Primer Período Intermedio.

Guion / Resumen

ORÍGENES DE EGIPTO E IMPERIO ANTIGUO

Culturas de Nagada	La cultura de Nagada surge en el alto Egipto y destaca entre las culturas del período predinástico por su producción artística. Se divide en varias etapas: Nagada I (4000-3500 a. C.) y Nagada II (3500-3200 a. C.).
Protodinástico 3200-3000 a. C.	Durante la fase de Nagada III (*aprox.* 3200-3000 a. C.) se produce la expansión del Alto Egipto hacia la zona del Bajo Egipto. A este nivel cultural pertenece la llamada dinastía 0, o período protodinástico. A un rey de la dinastía 0, Namer, se le considera el unificador parcial de las dos regiones: el Alto y el Bajo Egipto. Aparición de la escritura pictórica
Época Tinita Dinastías I-II 3000-2686 a. C.	Unificación parcial de Egipto. Capital en Tinis. Aparición de la división en *nomos*. Evolución de la administración dividida en central y provincial La sociedad: Rey -> Altos funcionarios -> nobleza menor -> artesanos y campesinos

Imperio Antiguo Dinastías III-VI 2686-2181 a.CX.	Egipto plenamente unificado dividido en Alto (sur) y Bajo (norte) Egipto. Es el momento de la construcción de las pirámides en torno a Giza. La IV dinastía va a ser la mas importante destacando: Enefru Keops Khefren Micerino Tras la VI dinastía, la rivalidad entre los nomarcas minaría el poder central al tiempo que comenzaba un período de crisis económica y humanitaria Se considera que el monarca es un dios. Gran importancia de la religión funeraria La administración en manos de Visir y del Canciller del Rey con tres departamentos: Doble granero Agricultura Archivo Economía basada en: Agricultura (Cereales, legumbres, verduras y vegetales) Ganadería (Vacas, corderos y cerdos) Artesanía (herramientas, cerámica, vidrio y joyas) Obtención de materias primas Sinaí: piedras preciosas Nubia: oro

A falta de otras fuentes de información, es la arqueología la que nos proporciona datos sobre el predinástico egipcio, que en determinados momentos se funde con el protodinástico. Una cultura, la llamada Cultura de Nagada, que recibe su nombre por el yacimiento calcolítico de Nagada, localidad situada a unos 25 km de Tebas, ha sido tomada como fuente fundamental de información para este período. La Cultura de Nagada afecta fundamentalmente al Alto Egipto. Esta cultura se ha subdividido en tres fases:

Nagada I o Amaratiense, por el cementerio de El Amrah (4500/3900-3500 a. C.). Representada por una serie de necrópolis que se extienden entre Luxor y Abidos. Tumbas rectangulares con cerámica decorada con motivos animales, vegetales y geométricos y figurillas humanas de terracota. Sociedad estratificada con pastores, artesanos, trabajadores de la piedra. La caza es una actividad de prestigio.

Nagada II o Gerzeense, por el cementerio de Gerzeh (3500-3200 a. C.). Extensión progresiva hacia el norte. Aparecen las primeras ciudades que se protegen de las inundaciones del Nilo entre otras Hieracompolis, Elefantina y Abidos Dos reinos principales. Buto al Norte y Nekeb al sur.

Nagada III o Semaniense por la necrópolis de Es Semaina (3300/3200-3150/3000 a. C.). Se produce una unificación cultural. La cerámica va decorada en registros y aparecen los primeros rastros de escritura jeroglífica. Se multiplican los relieves, paletas y objetos votivos. Se fortalece el poder real que somete a las ciudades por la fuerza. Las ciudades de rodean se recintos fortificados.

PROTODINÁSTICO (3200-3000 A. C.)

El comienzo de la historia de Egipto, o el nacimiento del Estado Egipcio, viene marcado por la primera unificación de las «dos tierras». Esta primera unificación presenta numerosas dificultades por la falta de una información plenamente fiable.

Míticamente para los propios egipcios fue el resultado de la lucha entre Horus y Seth por el dominio del país. Horus será el protector de Egipto, protector de la monarquía y el símbolo del poder solar. En este primer momento se crea un ciclo del poder protagonizado por los monarcas. El rey es la reencarnación de Horus, a la muerte, el monarca se transforma en Osiris y por tanto pasa a ser el sumo gobernante del más allá; su sucesor, el nuevo monarca, al asumir el poder, se va a reencarnar, nuevamente, en Horus. Es un ciclo que se repite de un rey a otro.

El protodinástico, también conocido como Período Arcaico o Tinita, tradicionalmente ha englobado las dos primeras dinastías que conducen a la unificación del Alto Egipto.

Delante de estas dos primeras dinastías las últimas investigaciones han colocado una previa, denominada dinastía 0, y antes de esta una dinastía 00. Tanto una como otra no han sido aceptadas unánimemente por los egiptólogos y es muy difícil establecer qué gobernantes las integraron. Se ha considerado que es un período de tiempo durante el cual se va a ir produciendo la unificación política del Egipto con la existencia de comunidades independientes o protoestados como Hieracómpolis, Nagada y Abidos. La dinastía 00 englobaría los denominados períodos de Nagada II tardía e inicios de Nagada III, mientras que la Dinastía 0, momento en el que la unificación ya se ha producido, se encuadraría en Nagada IIIB.

Dinastías 00 y 0

Un grupo de investigadores optó por definir para las épocas más antiguas de la historia de Egipto una denominada Dinastía 0, a la que luego se añadiría una dinastía 00 en la que se deberían incluir aquellos gobernantes anteriores de la época Tinita. Estos dos términos no están del todo aceptados. Se trataría de simples jefes locales, de poca trascendencia, anteriores a la unificación de Egipto, que solamente conocemos por algunos restos arqueológicos de difícil interpretación. Se trataba de jefes locales que no estaban relacionados entre sí. Arranca de un enterramiento en Gebelein, otros de Nagada, Abidos y Hieracómpolis. Una época en la que están ya constatadas la fortificación de algunas ciudades para proteger a sus habitantes, aunque también hay algunas que no tienen rastros de fortificación. Tenemos ya constancia de la existencia de Nekhen, Coptos, Abidos, Ombos, Nekheb, Edfú y Elefantina. Se desarrolla la artesanía y se conocen numerosos instrumentos como cuchillos de sílex con mango decorado y las cabezas de maza.

En este primer momento de la historia de Egipto, que algunos estudiosos dan la denominación de época pretinita, se pueden encuadrar varios monarcas de difícil clasificación, de los que tenemos algunos testimonios arqueológicos, pero muy escasa información. Se trata de **Escorpión**, **Ka** y **Narmer**.

El primero de ellos, Escorpión, es considerado como el primer monarca de la Dinastía 0. Se le conoce por una o tal vez dos cabezas de maza, halladas en Hiracómpolis, en las que figura el nombre Escorpión. En una de ellas, aparece un personaje tocado con la corona blanca (**Hedyet**) del Alto Egipto. El paisaje que le rodea sugiere el delta del Nilo. En la segunda maza, en la que también podría estar representado Escorpión, el personaje central va tocado con la corona roja (**Desheret**) del Bajo Egipto, pero de ello no puede deducirse que controlara las dos zonas y Egipto estuviera unificado bajo su mandato. No hay unanimidad sobre su posible tumba, en Abidos o en Hieracómpolis.

A Escorpión, según algunos investigadores, le sucedió **Ka** (**Sheken**), según otros a **Iry-Hor** que habría sido quien sucedió a Escorpión. Este último está documentado en la necrópolis de Abidos y en una inscripción del Sinaí encontrada en 2012. La tumba de Ka se encuentra también en Abidos y de él, al igual que de Narmer, poseemos múltiples testimonios.

Figura 2. Paleta de Narmer. Museo de El Cairo.

A pesar del desconocimiento general que tenemos de estos monarcas de la dinastía 0, Narmer es, quizá, en mejor conocido. Fue el último monarca de la época pretinita y para algunos el primer monarca de la Dinastía I. En ocasiones se le ha identificado con Menes, cuya historicidad no ha sido confirmada, e incluso con Aha. El documento arqueológico tradicional para el conocimiento de Narmer es la paleta de cosméticos del Museo de El Cairo. En ella el rey Narmer aparece como el unificador de Egipto. En una cara aparece con la corona blanca golpeando a un libio o asiático con la maza. En la otra con la corona roja acompañado de su séquito. Podría tratarse de la representación de una batalla por el control del Delta del Nilo.

Fuente: Atlas Histórico. Mundo Antiguo. National Geographic

Mapa 2. Primera unificación de Egipto.

ÉPOCA TINITA (3000-2686 A. C.)

Tradicionalmente se ha pensado que la denominación de época tinita se debe a que la capital de estas dos dinastías estuvo en Tinis, en el Alto Egipto, cerca de Abidos. Esta creencia se basa en el pasaje de Manetón donde describe al rey Narmer como Tinita. Sin embargo, no estamos seguros en donde estuvo la capital de las dos primeras dinastías egipcias y, sobre todo, la información que poseemos sobre ellas es todavía muy escasa. Sabemos que, en esta época, Menfis había alcanzado una gran importancia, aunque de momento la arqueología no lo ha podido confirmar pues no se han puesto al descubierto los estratos arqueológicos de esta época. En la zona sí que se conocen algunas tumbas pertenecientes a la primera dinastía. Es un período en el que Abidos también fue un importante centro de culto e, igualmente, allí se encuentran muchas de las tumbas de la primera dinastía. La existencia de tumbas reales tanto en el Alto como en el Bajo Egipto es una clara indicación de que ya en la I dinastía el poder de la monarquía estaba plenamente consolidado.

Aunque se admite que en esta época Egipto ya estaba unificado, el proceso por el que se llegó a esa unificación no es claro. Muy probablemente gobernadores o reyezuelos de la zona media y alta de Egipto fueron extendiendo su influencia al Bajo Egipto, hasta culminar el proceso bajo Narmer.

I Dinastía	II Dinastía
Aha	Hotepsekhemui
Djer	Nebre
Uadji	Nineter
Udimu	Uneg
Adjib	Senedji
Semerkhet	Sneferka
Qaa	Peribsen (Sur)
	Horus-Ba (Sur)
	Neferkare (Norte)
	Neferkasokar (Norte)
	Hudjefa (Norte)
	Khasekhemui

Los monarcas

Dinastía I

A la llegada de la primera dinastía, como decimos, Egipto está ya unificado y dividido territorialmente en nomos al frente de cada uno de los cuales hay una ciudad principal. A

pesar de la unificación, el estado centralizado todavía no estaba demasiado afianzado. Se producen avances y retrocesos y hay momentos en los que parece inevitable la disgregación. Esta primera dinastía servirá para que poco a poco los monarcas que la integran vayan dando fuerza a esas incipientes estructuras de estado centralizado.

No tenemos seguridad en el número de monarcas que componen esta primera dinastía, nuestra información procede de Manetón y de las diferentes listas reales existentes. Además apenas conocemos las realizaciones de cada uno de ellos.

Ya hemos dicho que la unificación de Egipto se atribuye a Narmer, un monarca que probablemente se puede identificar con el Menes de Manetón; sin embargo, hay un intenso debate sobre su inclusión o no dentro de esta primera dinastía egipcia. Si se le descarta como fundador de la monarquía, el primero de ellos sería **Aha**, del que se discute si fue hijo de Narmer. En ocasiones es identificado con **Atoti.** Los testimonios arqueológicos evidencian que pudo llevar a cabo una intensa actividad religiosa. También testimonios arqueológicos sitúan su influencia en Nubia y muy probablemente a finales de su reinado se interrumpieron los contactos con el levante mediterráneo. Su tumba está en Abidos, en la que también están enterrados sus familiares. Le sucede su hijo **Djer**. Por la tumba de Abidos conocemos los nombres de cinco de sus esposas. Sabemos que probablemente ejerció el control hasta la segunda catarata. Bajo su reinado tenemos noticias de una expedición militar al Sinaí, lo que será una constante en los siguientes monarcas y durante todo el Imperio Antiguo. También realiza intercambios comerciales con el Líbano, en busca de cedro. Mantiene relaciones comerciales con Nubia, donde, probablemente, también penetra con el ejército, como atestigua una inscripción de Gebel Sheikh. La metalurgia alcanzó un gran desarrollo durante su reinado.

Fue sucedido por **Uadji**, también conocido como **Djet**. No sabemos si Uadji era hijo de Djer, lo que sí es seguro que Djer era el padre de Merneith, una de sus esposas. Apenas conocemos sus actividades. Por la arqueología sabemos que pudo mantener relaciones comerciales con Siria y con Palestina. Existen dudas sobre si su esposa **Merneith**, en algún momento pudo reinar o ejercer la regencia de Udimu. A este respecto, existen tantas dudas sobre **Udimu**, hijo de Uadji, que no sabemos a qué edad accedió al trono, pero probablemente era muy joven lo que justificaría la regencia de su madre Merneith. Es muy probable que durante su reinado se creara en Egipto el sistema de escritura jeroglífica. Udimu es el primer soberano identificado con certeza por las estelas del Sinaí, aunque alguno de sus predecesores probablemente ya había ejercido su influencia en la zona. Su actividad militar debió ser intensa, y así lo atestigua la Placa Macgregor, donde aparece golpeando con la maza a un enemigo, imagen que nos recuerda la de la Paleta de Narmer. Tuvo que hacer frente a incursiones nómadas y se conocen expediciones militares a la zona del Sinaí y probablemente más al norte. Consolidó, en gran medida, la centralización de la administración y sabemos el nombre de alguno de sus altos funcionarios como **Hemaka**, que fue su tesorero y portador del sello. Su tumba fue la primera ya construida en piedra, no con adobe como las de sus predecesores.

No se conocen con exactitud los orígenes familiares de **Adjib**, aunque su padre pudo ser Udimu. No tenemos demasiados datos de su reinado, pero probablemente llegó al trono siendo ya muy mayor, pues su predecesor Udimu reinó más de cuarenta años. Entre sus realizaciones pudo estar la construcción de una nueva fortaleza real. Mandó realizar numerosas estatuas de culto. Desconocemos casi completamente su actividad política, probablemente a él se debe la realización del primer censo de la historia de Egipto.

No parece que el final del reinado de Adjib fuera pacífico. **Semerkhet** es considerado por muchos autores como un usurpador. El acceso ilegítimo al trono se justifica porque se encargó de borrar el nombre de su predecesor de los vasos de piedra, sustituyéndolo por el suyo. Tal vez fue un sacerdote que pudo estar emparentado con Adjib; se especula con que fuera su hermano. Esta teoría de la usurpación cada vez tiene menos partidarios, pues era habitual que los monarcas de la primera dinastía borraran el nombre de sus predecesores de los jarrones para sustituirlo por el suyo. Arqueológicamente, su nombre está perfectamente documentado. La información sobre su reinado es escasa, pero llaman la atención alguna de las anotaciones de la *Piedra de Palermo*. La primera dice que en el año de su coronación se produjo la unificación de los dos reinos, lo que parece indicar que hubo problemas en su acceso al trono y que Egipto estuvo dividido a la hora de aceptar al nuevo rey. La siguiente es más preocupante, pues habla de la destrucción de Egipto. Manetón, para el mismo período, dice que Egipto fue golpeado por una gran calamidad. Pero ni arqueológica ni documentalmente podemos confirmar esa calamidad.

El último monarca de nuestra lista, **Qaa**, con el que se cierra la primera dinastía, presenta numerosas dificultades. Una buena parte de la investigación considera que Semerkhet y Qaa son la misma persona, para otros, es hijo de Adjib. Sabemos muy poco de su reinado. Por los restos arqueológicos se puede intuir que mantuvo contactos con Palestina y que su reinado fue bastante próspero.

Dinastía II

Desconocemos como se produjo el cambio de la primera a la segunda dinastía, pero este cambio parece indicado por el saqueo de los tumbas de la I dinastía. Esto podría deberse a la existencia de una guerra dinástica que tuvo sus preliminares en los reinados de Semerkhet y Qaa. Los hallazgos en la tumba de un alto funcionario, Merka, confirmarían el turbulento final de la primera dinastía. Allí, un vaso con el nombre de **Snerferka** informa de la existencia de otro soberano, de breve reinado, o de no ser así, se trataría de un nombre más de Qaa que le disputaría el trono a Hotepsekhemui.

La lista de los monarcas de esta segunda dinastía presenta numerosas lagunas, al igual que el orden sucesorio. Por otra parte, tenemos muy poca información sobre ellos por lo que difícilmente podemos reconstruir los acontecimientos de este período. Durante esa dinastía, los mo-

narcas van a reforzar poco a poco su poder absoluto, al igual que la centralización del estado egipcio se va a ver reforzada. Por un breve tiempo Menfis será la capital del Bajo Egipto. La extensión del uso de la escritura favoreció el afianzamiento de ese estado centralizado.

La economía también va a evolucionar. La tierra se convertirá en propiedad del rey, que es la encarnación del Dios. Las ciudades se administran bajo las directrices reales y en ellas está al mando un representante del monarca. En principio no existe la propiedad privada, pero las grandes familias fueron acumulando propiedades que no podían vender, salvo los inmuebles. Agricultura, pesca y ganadería sólo utilizaba los excedentes para la venta o el intercambio. La parte principal era entregada al organismo central del que dependían. El comercio exterior dependía únicamente del estado que se encargaba del aprovisionamiento de materias primas.

Oficialmente el sucesor de Qaa fue **Hotepsekhemui**. Desconocemos si había alguna relación familiar con los monarcas de la I Dinastía. Sabemos que tras establecerse en el poder restauró la tumba de Qaa, que años antes había sido saqueada. Se encargó de construir un nuevo palacio real. De su sucesor **Nebre**, nada sabemos, algunos objetos de Saqara llevan su nombre, pero no tenemos certeza de donde se encontraba su tumba. Oficialmente **Nineter** es el tercer monarca de esta segunda dinastía, pero muchos egiptólogos dudan de que fuera así. Su nombre está recogido en numerosas inscripciones, lo que podría ser indicativo de su importancia. Por Manetón sabemos que a partir de este monarca las mujeres podían acceder al trono de Egipto, algo que puede ser inexacto si tenemos en cuenta los precedentes de Merneith, que pudo haber ejercido la regencia durante la I Dinastía. Según algunos egiptólogos, Nineter decidió dividir el reino a su muerte dejándolo a dos de sus hijos; otros, sin embargo, opinan que el final de su reinado se produjo como consecuencia de un desastre económico (hambruna) que afectó a todo Egipto. En los últimos años el desastre económico ha sido descartado pues tenemos referencias de la crecida del Nilo durante su reinado, y estuvo dentro de lo normal. No sabemos si el reino se dividió a la muerte de Nineter, o si estaba ya dividido, lo cierto es que tras **Uneg**, su sucesor **Senedji**, y un no confirmado **Sneferka**, las diferentes listas reales no coinciden y se hace difícil la reconstrucción de la sucesión de monarcas. Estos dos monarcas pudieron reinar sobre todo Egipto, pero los egiptólogos parecen coincidir en la separación de los siguientes monarcas para el Alto y el Bajo Egipto; así en el Bajo Egipto reinarían **Neferkare**, **Neferkasokar** y **Hudjefa**, en el Alto Egipto **Peribsen** y **Horus-Ba**. La reunificación de nuevo pudo producirse bajo **Khasekhemui**.

Los sucesos de estos reinados son bastante oscuros. Hay quien ha intentado asemejar a Peribsen con Akhenatón y le ha atribuido una revolución religiosa, convirtiendo la religión egipcia en monoteísta con Atón como dios único, lo que fue rechazado por los sacerdotes de Horus y de Seth. Actualmente esto es muy cuestionado y se cree que al no reinar en todo Egipto, de ninguna manera pudo imponer una religión única a todo el estado. Además, en las escenas de su tumba en Abidos están representadas numerosas divinidades. Con Khasekhemui se cierra

esta segunda dinastía. Durante su reinado se abandonó Menfis como residencia real. Parece ser que hubo un fuerte enfrentamiento entre el norte y el sur. Un conflicto que tendría componentes políticos, pero también religiosos. Los textos conservados hablan de combates contra los enemigos del norte. Su actuación, probablemente, puso las bases de una nueva unificación que se materializaría con la III Dinastía.

El estado Tinita

Como norma general podemos decir que los monarcas tinitas emplearon la fuerza para reprimir las revueltas. Llevaron a cabo una activa política de alianzas matrimoniales y una actividad diplomática extraordinaria. Siempre que pudieron mantuvieron relaciones pacíficas con el exterior. Así, conocemos contactos con Palestina. Tuvieron lugar fructíferos intercambios comerciales y conocemos que cerámica sirio-palestina es importada a Egipto, y la egipcia aparece en Biblos y también en Palestina. Los artesanos reclaman madera para su trabajo y se trae de Líbano, Siria y Palestina. También la piedra va a ser objeto deseado y se importa en grandes cantidades, aunque las importaciones de piedra serán aún mayores en el Imperio Antiguo.

La administración

La administración estatal se va a perfeccionar poco a poco. Aparecen ya los dos niveles que serán una constante en los siguientes siglos: la administración central y la administración provincial.

En la administración central, el Rey va a ser la figura primordial, sobre él descansa todo el sistema. En torno a él existe un numeroso grupo de funcionarios cuya misión fundamental era vigilar los trabajos públicos. No está claro que exista ya en estos momentos la figura del **Visir**, pero sí está atestiguada la del **Canciller,** una de cuyas misiones era realizar el censo imprescindible para la realización de los trabajos públicos. Una institución de suma importancia, que aparece en esta época, fue la del **Tesoro Público**, formado por los **graneros** que se encargaban de recoger los tributos en especie.

Otra institución destacable en la administración de Egipto fue la encargada de controlar el agua y su utilización. Llevaba a cabo previsiones sobre la crecida del Nilo, de la que dependía casi totalmente la bonanza de la cosecha. Una crecida desmesurada, o escasa, significaba un año de hambre para la población, por lo que los egipcios buscaron prever esta situación para poder tomar medidas con antelación, acumulando grano, por ejemplo.

Dentro de la administración central los tres organismos fundamentales fueron la Casa del Rey, la Casa Blanca y la Casa Roja.

La **Casa del Rey** era una especie de corte en la que el monarca era la figura principal y estaba ayudado en las labores de gobierno por dos funcionarios principales: el **Jefe de los Secretos**, que para algunos egiptólogos no aparece hasta la IV Dinastía y que se encargaba de controlar todos los departamentos de la administración central, y el **Compañero de la Casa Real**, cuya misión es más desconocida.

La **Casa Blanca** (**per-hedye**) y la **Casa Roja** (**per-desher**) estaban destinadas a la administración del Alto y del Bajo Egipto. Casi con seguridad estaban separadas y ubicadas en un lugar diferente. Al frente de cada una de ellas estaba un Canciller rodeado de ayudantes y escribas. Cada dos años debían realizar un censo y su misión era almacenar productos e impuestos. En el Imperio Antiguo ambas se unirán apareciendo la **Doble Casa Blanca**.

La administración provincial estaba a cargo de los nomarcas, jefe de cada uno de los nomos en los que estaba dividido el territorio egipcio. Le ayudaban una nutrida red de funcionarios y en muchas ocasiones los nomarcas no residían en el nomo que administraban, simplemente se desplazaban a él cuando era necesario.

Estructura política y social

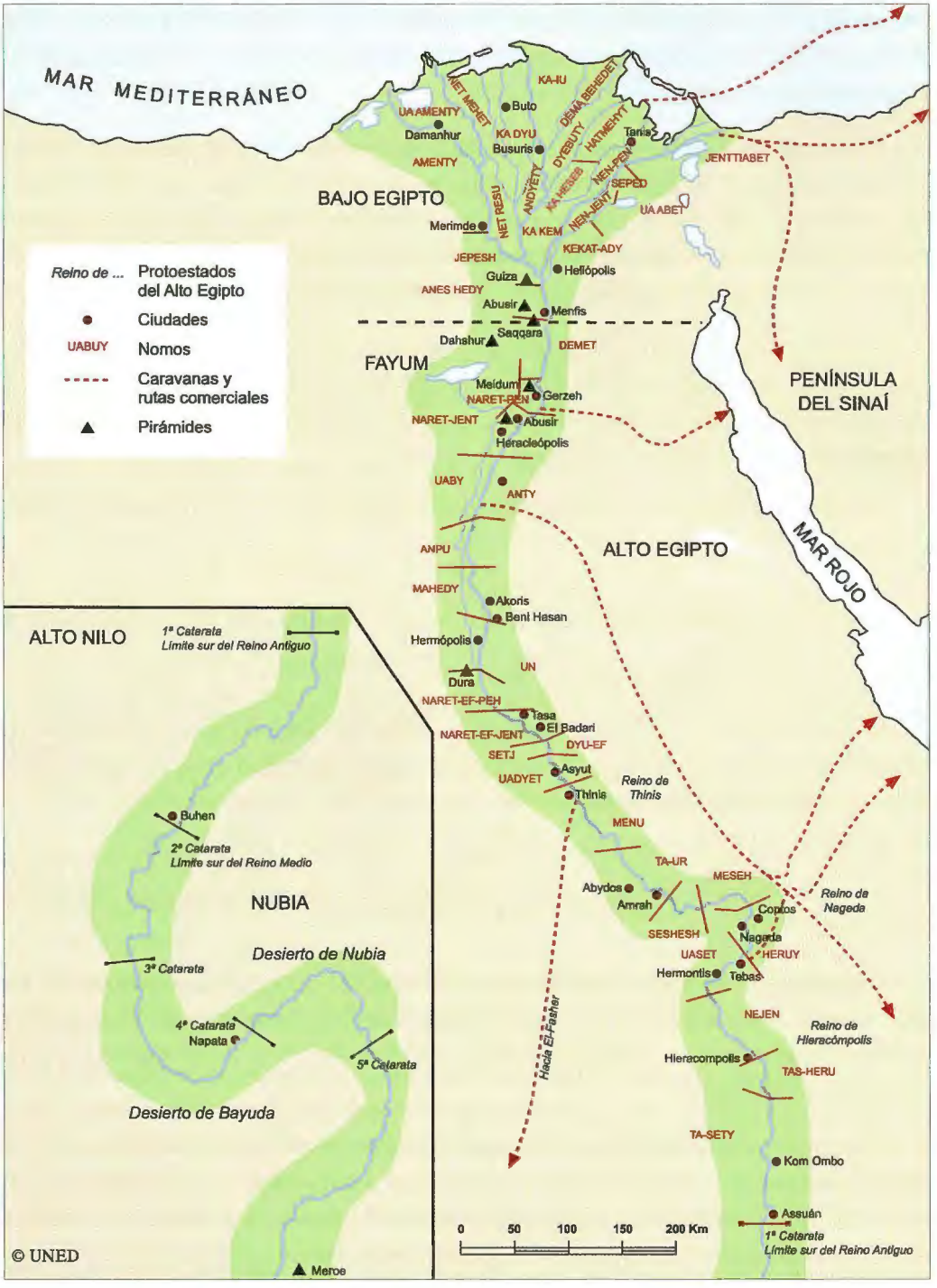
La estructura política estaba organizada en torno a la figura del rey, que solamente recibirá el título de **faraón** a partir del Imperio Nuevo. Estamos ante una monarquía teocrática; el rey es dios y lleva el título de Horus. Los distintivos de la monarquía son: la corona blanca del Ato Egipto con la Diosa Buitre (**Nekbet**) y a corona roja del Bajo Egipto con la diosa cobra (**Wadjet**) ambas coronas están unidas formando una sola y simbolizan la unión del Alto y del Bajo Egipto bajo el mando de un solo rey.

A partir de estas dos primeras dinastías, el rey comienza a tener varios nombres, tres, cuatro, o cinco a partir del imperio Antiguo, siendo los más interesante para nosotros el de nacimiento y el de trono.

El monarca posee ante el pueblo poderes extraordinarios. Es capaz de favorecer la fertilidad, uniéndose con la divinidad. Su mujer principal también tiene un papel importante en la sucesión dinástica, pues la realeza se trasmite por línea femenina, lo que favoreció los matrimonios entre hermanos.

La estructura de la sociedad es mal conocida, podemos acercarnos a ella a través del estudio de las tumbas. En primer lugar estaba el rey, seguido de los altos funcionarios de la administración. Se enterraban en grandes complejos funerarios. A continuación una nobleza menor, compuesta por funcionarios de segundo nivel y artesanos. Podían construir cementerios aparte que imitaban a los de las clases altas. Las tumbas de los campesinos, estaban diseminadas por todo el país.

IMPERIO ANTIGUO (2686-2181 A. C.)



Fuente: Atlas Histórico y Geográfico de la UNED

Mapa 3. Egipto durante los Imperios Antiguo y Medio.

Los monarcas

El Imperio Antiguo Egipcio agrupa las dinastías III a VI, con capital en Menfis, manteniéndose allí hasta finalizar el Imperio Antiguo. Durante las dos primeras dinastías habían quedado delineadas, a rasgos generales, la organización y la evolución política de Egipto. Con la constitución de los nomos había quedado definida la organización territorialidad de Egipto, organización que se mantendría hasta casi el final de su historia. Lo que supone la llegada del Imperio Antiguo es una marcada centralización del poder.

El espacio territorial que abarca este periodo comprende desde la primera catarata hasta el Mediterráneo y la cronología siguiendo la lista proporcionada por Manetón, va desde 2800/2700 a 2400/2300.

De las cuatro dinastías que integran el Imperio Antiguo Egipcio, las tres primeras son de pleno apogeo, en tanto que la última de ellas, la VI, es una época de clara decadencia y es la transición hacia el Primer Período Intermedio

No existe unanimidad a la hora de establecer la lista de los monarcas que componen estas cuatro dinastías. Tradicionalmente se aceptan los siguientes:

III Dinastía	IV Dinastía	V Dinastía	VI Dinastía
Nebka	Esnefru	Userkaf	Teti
Djeser	Khéops	Sahure	Userkare
Djeser-Teti	Didufri	Neferirkare Kakai	Pepi I
Khaba	Khefren	Shepseskare	Merenre-Netiemsaf I
Sedjes	Hordjedef	Neferefre	Pepi II
Nebkare	Bicheris	Niuserre-Ini	Merenre-Netiemsaf II
Neferka	Micerino	Menkauhor-Akauhor	Nitocris
Huni	Shepseskaf	Dedkare-Isesi	
	Thamphthis	Unas	

La característica principal que distingue a todo este período es la construcción de las pirámides, que desde El Cairo y en dirección sur salpicarán la parte oeste del desierto, construidas por diferentes monarcas, comenzando por Djeser, primer rey constatado de la III dinastía, que construirá en Saqqara una pirámide escalonada, evolución de la mastaba, actualmente compuesta por seis cuerpos, cuya siguiente evolución fue la pirámide acodada de Dahshur, construida por Snefru, para acabar en la estilizada figura de la pirámide de Keops.

III dinastía

Es una dinastía que plantea numerosos problemas, pues no se puede asegurar ni el número de monarcas ni el orden de sucesión. Solamente los descubrimientos arqueológicos nos han aproximado a su conocimiento. No resulta fácil realizar una correspondencia entre los datos que proporciona la arqueología y la información de las diferentes listas reales. Los investigadores, para poder poner un poco de orden, han recurrido a la utilización de la tipología de las tumbas reales y su evolución arquitectónica.

La Fiesta Sed

Con tal expresión, «Fiesta Sed» o «jubileo real», se conocía en Egipto el ritual de la regeneración del monarca, celebrándose teóricamente cada 30 años de reinado, para así gobernar un nuevo ciclo con plenas facultades. De hecho, tenía lugar cada vez que las circunstancias lo requerían, si bien solía tener una media de dos o tres años. El ritual, que hunde sus raíces en tiempos predinásticos, conectado con un oscuro dios llamado Sed, es conocido a través de diferentes figuraciones, pero es muy difícil de interpretar al no disponer de textos. Parece evidente que era de carácter mágico, puesto que con él se pretendía rejuvenecer al rey, evitando las antiguas prácticas de su eliminación física, así como un modo de relacionarlo con la actividad militar, dado que tal jubileo estuvo precedido por expediciones en búsqueda de botín, precisamente para costear tal celebración, según evidencian los documentos en el que aparecen figurados motivos del heb Sed (tablilla de Nagada, mazas de los reyes Escorpión y Narmer, por ejemplo). El ritual, que fue adaptándose a las épocas, comprendía tres ceremonias diferentes: renovar la entronización del monarca, presencia de la reina y de los hijos, dentro de complejas ceremonias, e identificación del rey con Osiris durante la erección del pilar djed. Este ritual, que acabó siendo una manifestación de purificación colectiva, tenía lugar en edificios levantados para ello, llamados «Casas de millones de años»

Federico Lara Peinado

Tradicionalmente se considera a Djeser, como el fundador de esta III Dinastía que da inicio al Imperio Antiguo. Fue hijo de Khasekhemui, aunque probablemente este no fue el primer rey de la dinastía, y habría que considerar a **Nebka**, que aparece en el *Papiro Westcar*, como el verdadero fundador de la dinastía. Nebka, probablemente era hijo de Kashekhemui. De él tan sólo se han conservado algunos grafitos. Su existencia parece confirmarla la presencia de un sacerdote de nombre **Aaakhti** que en tiempos de Djeser era el encargado del culto funerario de Nebka. Muy probablemente a él se debe el inicio de la construcción de la mastaba de Saqqara. Algunos de los logros recogidos en la *Piedra de*

Palermo pudieron realizarse durante su reinado, como la realización de censos, la construcción de un templo, aunque desconocemos la divinidad a la que estaba dedicado, la erección de una estatua a su padre Khasekhemui y la botadura del algún navío.

Tras 28 años de gobierno, según Manetón, fue sucedido por **Djeser**, su hermano. Reinó 19 años y fue quien llevó la capital a Menfis. Incorporó a Ra al culto real. Llevo a cabo una intensa labor constructora, dedicando varios templos a Horus y a Thot. El nombre de Djeser indudablemente va unido al de su arquitecto **Imhotep** y el levantamiento del conjunto de la pirámide escalonada de Saqqara en la que fue enterrado. Imhotep, fue a la vez su consejero, alcanzó el cargo de canciller del Bajo Egipto y a él también se le atribuyen textos de medicina y de astronomía. A Djeser le sucede **Djeser-Teti** o **Sekhemkhet**, que reinó seis años, y es conocido por una pirámide escalonada cercana a la de Saqqara, pero de menores dimensiones. Su influencia debió llegar hasta el Sinaí, donde aparece en una inscripción y está representado en varios relieves de la zona. No tenemos muy claro el nombre de su sucesor. La lista Real de Abidos nos menciona a **Sedjes**, que podría ser el **Khaba** de varias vasijas y un sello y parece relacionado con la pirámide escalonada de Zewiet el-Aryan, que indudablemente por su estilo de construcción pertenece a la III dinastía. En sus proximidades estaba ubicada la necrópolis real. Sedjes reinó durante seis años. Cierta confusión se extiende también al sucesor de Sedjes, **Nebkare** para la *Lista Real* de Saqqara, **Neferka** para la *Lista de Abidos*. Este monarca también se relaciona con la construcción de la pirámide de Zewiet el-Aryan. Su nombre aparece en algunos grafitos. Algunos especialistas identifican a Neferkare con **Huni**, el último rey de la dinastía, que según el *Papiro de Turín* reinó 24 años. No sabemos demasiado de su reinado. Pudo tener varias propiedades en Elefantina y a él se le atribuye el inicio de la construcción de la pirámide de Meidum, próxima a El Fayum, que luego concluyó Esnefru.

El desarrollo de los acontecimientos de esta III dinastía, al margen de lo ya mencionado, es conocido de modo muy insuficiente y sobre todo va a destacar la colonización sistemática del Baja Nubia en busca de oro y del Sinaí en busca de sus riquezas naturales, sobre todo turquesas y cobre.

El final de la III dinastía es altamente confuso y no sabemos con seguridad cuál o cuáles fueron los motivos de su caída, pero sí que uno de los indicios que nos informan del cambio es el traslado de la necrópolis real hacía el sur, a la zona de Meidum y Dahshur, para luego, con Keops, volver al norte. El traslado al sur buscaba no sólo diferenciar la III y la IV dinastías, sino que probablemente tuvo motivos familiares, y allí se enterraron los miembros de más edad de su familia.

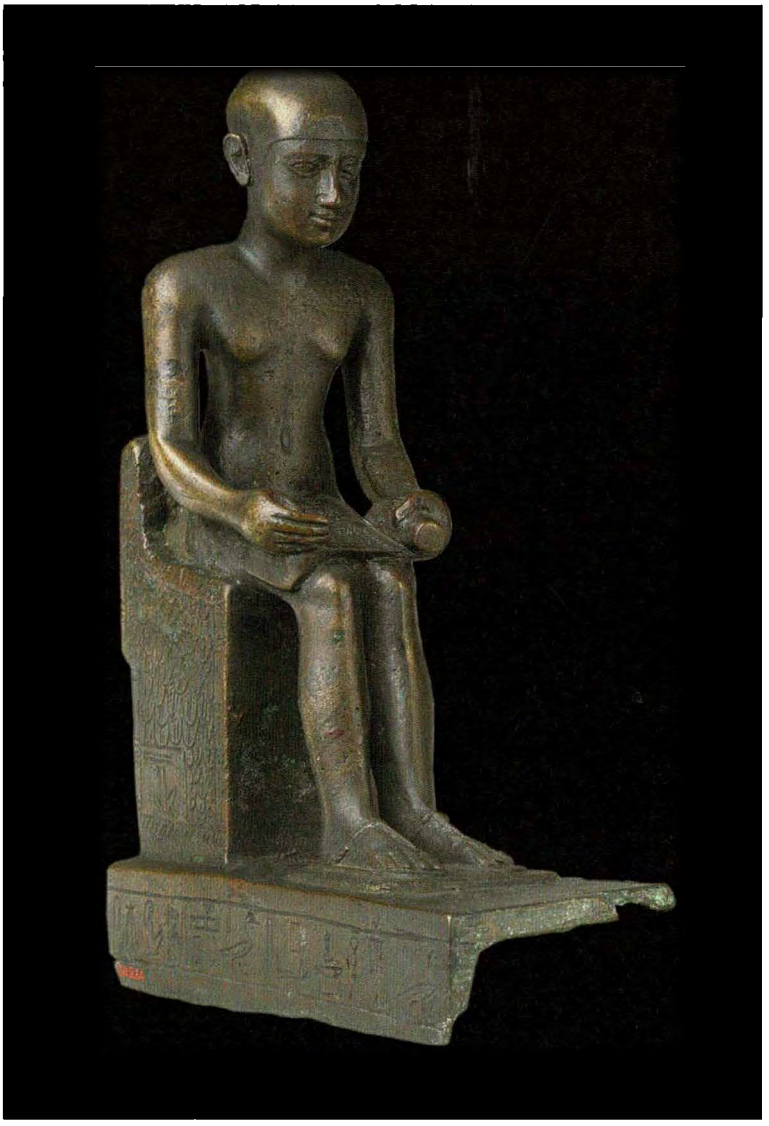


Figura 3. Imhotep, arquitecto de la pirámide de Saqqara. Metropolitan Museum. Nueva York. Foto MET.

IV dinastía

El primer monarca de la IV fue **Esnefru**, probable hijo de Huni y **Meresankh** una concubina secundaria. Para poder legitimar su acceso al trono contrajo matrimonio con su hermanastra **Hereferes**. Con Esnefru se inicia el período de mayor esplendor del Imperio Antiguo, dando inicio las grandes construcciones de este período. En Dahshur levantó dos

pirámides la Romboidal y la Roja. También ordenó que se acabara de construir la de Meidum, considerada como una falsa pirámide. Así mismo, ordenó el levantamiento de templos, palacios y fortalezas. Esta Intensa labor constructora necesitaba una gran cantidad de materiales, para lo que ordenó expediciones a Fenicia en busca de madera. Por el relieve del Wadi Meghara sabemos que llevó a cabo acciones militares contra los beduinos de la zona del Sinaí e incursiones en Libia y en Nubia. Estas acciones le proporcionaron un cuantioso botín, sobre todo cabezas de ganado y numerosos prisioneros, cifra probablemente cercana a los 20.000. La expedición a Nubia se explica porque esta región proporcionaba numerosa mano de obra para realizar los trabajos públicos. Pero los nubios también eran empleados como agentes de seguridad. Estas expediciones militares también aseguraban el control de las rutas caravaneras que abastecían de productos a Egipto, fundamentalmente animales, incienso, marfil y ébano, así como el oro del desierto de Nubia o la diorita de la zona de Abu Simbel.

Un objetivo diferente tuvieron las campañas dirigidas hacia el Sinaí, que fueron una constante en los monarcas egipcios, que más allá de contener posibles invasiones, buscaban el control de las minas de cobre, malaquita y turquesa. Los beduinos, contra los que se dirige la expedición, eran un azote constante al ocupar, aunque fuera temporalmente, los lugares por los que se interesaban los egipcios. Esnefru, cuyo reinado probablemente superó los 40 años, fue objeto de un prolongado culto que llegó hasta el Imperio Medio que le convirtió en modelo de monarca para sus sucesores.

El sucesor de Esnefru fue su hijo **Khéops**, que, como primera medida, trasladó la necrópolis a la meseta de Giza, donde se levantó su pirámide. Aparte de que tenía 40 años cuando accede al trono y de las relaciones familiares, tuvo varias esposas de las que conocemos el nombre de algunas (**Henutsen**, **Nefertkay**, hermanas suyas y **Meritities**) y más de doce hijos, es poco lo que sabemos de su reinado. Estuvo en el trono más de 23 años. Es muy probable que continuara la explotación de las minas del Sinaí y por tanto la presencia militar en la zona, pues en los relieves de Wadi Maghara aparece representado. También debió realizar expediciones a Nubia pues su nombre aparece en una estela de diorita encontrada en el desierto de Tochka (Nubia). Igualmente mantuvo relaciones comerciales con Fenicia y con Ebla, lo que se deduce de diferentes objetos encontrados allí y en Biblos. Las fuentes le han adjudicado un carácter personal despótico, obligando a la población a realizar trabajos forzados, probablemente relacionados con la construcción de la pirámide. También tenemos datos que le califican como un rey afable, deseoso de conocimientos y amistoso con sus inferiores. Su relación con los sacerdotes no debió ser demasiado buena, al menos con algún sector, pues sabemos que llegó a cerrar templos, y que también edificó algunos. A pesar de todo, y aunque no fue tan venerado como Esnefru, el pueblo egipcio conservó un buen recuerdo de Khéops y en época saíta aún recibía culto.

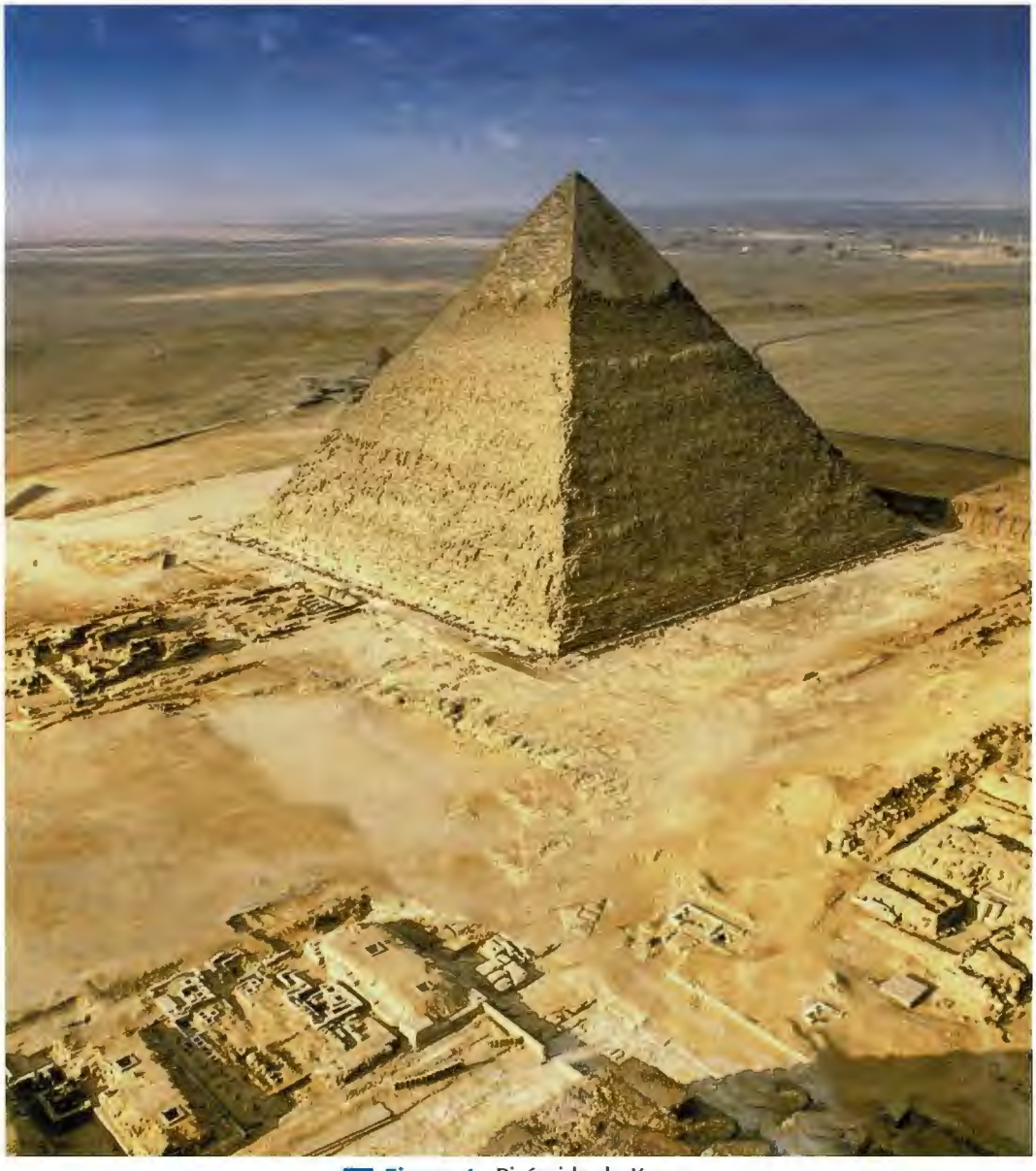


Figura 4. Pirámide de Keops.

Construcción de la pirámide de Khéops según Heródoto

Pues bien, hasta el reinado de Rampsinito hubo en Egipto, al decir de los sacerdotes, una estricta legalidad y el país gozó de gran prosperidad, pero Khéops, que reinó tras él, sumió a sus habitantes en una completa miseria. Primeramente cerró todos los santuarios, impidiéndoles ofrecer sacrificios, y, luego, ordenó a todos los egipcios que trabajasen para él. En este sentido, a unos se les encomendó la tarea de arrastrar bloques de piedra, desde las canteras existentes en la cordillera arábiga, hasta el Nilo y a otros les ordenó hacerse cargo de los bloques, una vez transportados en embarcaciones a la otra orilla del río, y arrastrarlos hasta la cordillera llamada Ubica. Trabajaban permanentemente en turnos de cien mil hombres, a razón de tres meses cada turno. Asimismo, el pueblo estuvo, por espacio de diez años, penosamente empeñado en la construcción de la calzada por la que arrastraban los bloques de piedra, una obra que, en mi opinión, no es muy inferior a la pirámide; su longitud, en efecto, es de cinco estadios; su anchura de diez brazas y su altura, por donde la calzada alcanza su mayor elevación, de ocho brazas; además, está compuesta de bloques de piedra pulimentada que tienen figuras esculpidas. Diez fueron, como digo, los años que se emplearon en la construcción de esa calzada y de las cámaras subterráneas de la colina sobre la que se alzan las pirámides, cámaras que, para que le sirvieran de sepultura, Khéops se hizo construir —conduciendo hasta allí un canal con agua procedente del Nilo— en una isla. Por su parte, en la construcción de la pirámide propiamente dicha se emplearon veinte años. Cada uno de sus lados —es cuadrada— tiene una longitud uniforme de ocho pletros y otro tanto de altura; está hecha de bloques de piedra pulimentada, y perfectamente ensamblada, ninguno de los cuales tiene menos de treinta pies.

Esta pirámide se construyó sobre la colina en una sucesión de gradas, que algunos denominan repisas y otros altarcillos; después de darle esta primera estructura, fueron izando los restantes sillares mediante máquinas formadas por maderos cortos, subiéndolos desde el suelo hasta la primera hilada de gradas; y, una vez izado el sillar al primer rellano, lo colocaban en otra máquina allí instalada y, desde la primera hilada, lo subían a la segunda y lo colocaban en otra máquina; pues el caso es que había tantas máquinas como hiladas de gradas, a no ser que trasladasen la misma máquina —que, en ese caso, sería una sola y fácilmente transportable— a cada hilada una vez descargado el sillar; pues, tal y como se cuenta, debemos indicar la operación en sus dos posibilidades. Sea como fuere, lo primero que se terminó fue la zona superior de la pirámide, luego ultimaron las partes inmediatamente inferiores y, finalmente, remataron las contiguas al suelo, es decir, las más bajas.

En la pirámide consta, en caracteres egipcios, lo que se gastó en rábanos, cebollas y ajos para los obreros. Y si recuerdo bien lo que me dijo el intérprete que me leía los signos, el importe ascendía a mil seiscientos talentos de plata. Si ello es así, ¿cuántos talentos debieron invertirse en las herramientas metálicas con que trabajaban y en provisiones e indumentaria para los obreros? Pues construyeron esas obras en el tiempo que he dicho, pero a él hay que añadir el que supongo debieron emplear en cortar y transportar los sillares y en construir la galería subterránea, que no debió de ser poco.

Heródoto II, 124-125. (Traducción F. Rodríguez Adrados)

A Khéops le sucedió su hijo **Didufri** (**Djedefre**). Su reinado fue corto, hasta el punto de que hay investigadores que consideran que su acceso al trono fue ilegal y le consideran un usurpador, pero la boda con dos de sus hermanas legalizaría su acceso al trono. Muy probablemente su reinado se vio envuelto en numerosas intrigas familiares. Sabemos que fue el primero en hacerse llamar «hijo de Ra» (*Sa Ra*). Los hechos de su reinado son totalmente desconocidos y, solamente conocemos alguna cosa puntual, como que su pirámide inacabada se construyó al norte de Giza en Abu Roash, lugar que ya había sido utilizado durante la III dinastía.

La sucesión de Didufri no debió de ser del todo pacífica. **Khefren** tuvo que imponerse a los hijos de Didufri apartándoles del trono. Con él vuelven las tradiciones implantadas por Khéops, de las que se había apartado Didufri. Apenas se han conservado documentos sobre él, y de las pocas informaciones que nos han llegado podeos aventurar que siguió controlando Nubia y que llevó a cabo una intensa política de construcciones. Reforzó el culto a Ra ya iniciado por sus antecesores, haciéndose llamar ***Ka.f-Ra*** (cuando Ra se levanta). A él se debe el levantamiento de la segunda pirámide en importancia de Giza, así como numerosos templos repartidos por todo el país. Así mismo se nos han conservado numerosas estatuas suyas.

Entre Khefren y Micerino, gobernaron al menos dos hermanos de Khefren. Primero **Hordjedef,** cuyo reinado fue muy breve. Su nombre aparece en los grafitos del Wadi Hammamat. Nada sabemos de su reinado salvo que probablemente se enterró en una mastaba de Giza. Le sucede su hermano **Bicheris** (**Baefre**), cuyo nombre también aparece en los grafitos del Wadi Hammamat. Al igual que el de su hermano, su reinado fue muy breve, probablemente solo unos meses. Tras ellos subió al trono **Micerino**, hijo de Khefren, y una vez más sabemos muy poco de su reinado, al margen de la construcción de la tercera de las pirámides de Giza. Según el historiador griego Heródoto, fue un rey amable, amante de la justicia, su reinado duró unos 18 años. Sellos aparecidos con su nombre en Nubia indican que la presencia egipcia allí continuaba. Finalmente, mantuvo buenas relaciones con el clero. En la recta final de la dinastía accedieron al trono **Shepseskare**, hijo mayor de Micerino cuyas realizaciones desconocemos y, tras breve tiempo **Thamphthis,** que cambió la política religiosa y legisló para proteger los recintos funerarios, produciéndose también, ya con Shepseskare, un alejamiento de las concepciones teológicas heliopolitanas.

Al igual que sucedía con la dinastía anterior, los acontecimientos históricos que se produjeron durante este dinastía son mal conocidos. Hubo interés en Asia, se produjeron contactos con el Líbano como demuestra la barca de Khéops, cuya madera procedía de allí. Se continúan buscando materias primas en la Península del Sinaí, se perfeccionó la administración y se produjeron grandes progresos en el arte. Estatuas, relieves y pinturas se vieron mejorados, con la aparición de la ley de la frontalidad.

V dinastía

A diferencias de las dos anteriores, la V dinastía es algo mejor conocida. Sabemos de una manera bastante segura el número de monarcas y la duración de sus reinados aunque los datos históricos sobre ellos siguen siendo escasos. Al igual que en las dos anteriores, no parece que hubiera una ruptura radical entre la IV y la V dinastías, pues el primero de sus monarcas **Userkaf**, hijo de un sacerdote y una princesa real, parece que era descendiente lejano de Khéops. Su reinado tan sólo duró siete años y durante él no se produjeron grandes novedades ni trasformaciones radicales de la administración, pues muchos funcionarios continuaron ocupando su puesto. Ordenó construir en Abusir una copia del templo de Heliópolis sobre los planos del de Atum-Ra, lo que parece indicar un cierto distanciamiento de la teología menfita o que supone que durante esta dinastía se produjo una cierta supremacía de la teología heliopolitana. Bajo su reinado sabemos que se realizaron tres censos. Se intensificó el culto a Ra con la edificación de varios templos solares, el más destacado de ellos en Abu Ghurob. La diosa Hathor también se vio muy favorecida, permitiendo a sus templos ampliar su extensión. Su pirámide funeraria, de pequeñas dimensiones, se levantó en Saqqara, cerca del complejo funerario de Djeser.

A Userkaf le sucede su hijo **Sahure**, que continúa la línea política de su padre y su reinado se prolongó durante doce años. Es considerado como uno de los principales reyes del Imperio Antiguo. Mantuvo destacadas relaciones con la costa occidental del Mediterráneo, sobre todo con el Líbano e incluso pudieron llegar hasta Anatolia. Sus expediciones tuvieron un objetivo más económico que militar. Por los relieves de su tumba sabemos que poseía una importante flota, con barcos de más de 50 metros de eslora. En ellos aparecen los productos logrados en sus expediciones, madera y esclavos. Los contactos comerciales con Biblos fueron intensos como demuestra la aparición de numerosos objetos, encontrados en esa zona del Mediterráneo, en los que aparece grabado el nombre de Sahure. Fue también el primer rey en enviar una expedición a la legendaria tierra de Punt, buscando mirra, malaquita y electrón, y después a las minas de Wadi Maghareh y Wadi Kharit en busca de cobre y turquesa. Su victoria sobre las poblaciones asiáticas está representada en dos relieves del Sinaí, en los que aparece Sahure golpeando a los asiáticos con su maza. En los relieves de su complejo funerario también se muestran sus éxitos en la campaña contra los libios. En política interior destaca su labor de constructor, sobre todo en la zona de Abusir donde construyó su pirámide y seguramente un templo solar. Su palacio, se levantó a orillas del lago Abusir, y grafitos con su nombre han aparecido en la zona de la segunda catarata y una estela en Nubia lo que indica el mantenimiento de relaciones con esta región.

A Sahure le sucedió su hijo mayor **Neferirkare-Kakai** que gobernó Egipto durante ocho años. Mantuvo buenas relaciones con los cortesanos y favoreció el aumento de

funcionarios y de sacerdotes, que fueron acumulando un mayor poder. Mantuvo las relaciones comerciales con Nubia, las únicas documentadas, pero se cree que también con Biblos. Por algunos relieves se deduce que realizó expediciones de castigo a Libia, al Sinaí y a Canaán. Su labor de construcción nos ha dejado su pirámide en Abusir, el templo funerario en el mismo lugar, que fue completado por sus hijos, y un templo dedicado al Sol.

De su sucesor **Shepseskare**, apenas sabemos nada, ni siquiera es segura su relación de parentesco con Neferikare-Kakai. Reinó unos siete años. Tampoco sabemos qué relación tenía con su sucesor **Neferefre**, e incluso se duda si éste reinó antes o después de Shepseskare. El desconocimiento que tenemos de este monarca es aún mayor, pues ni siquiera sabemos los años que pudo reinar. Debieron ser pocos, pues su pirámide de Abusir está inacabada

Niuserre-Ini, el sexto monarca de la dinastía, probablemente era hijo de Neferefre, pero éste es un dato inseguro. Para algunos egiptólogos Niuserre-Ini accedió al trono siendo niño. Durante su reinado continuó el crecimiento de la burocracia del estado y del sacerdocio, ya iniciado con Neferirkare-Kakai. Se multiplicaron las oficinas administrativas. Todo ello llevó a un debilitamiento del poder real. Como había sido constante a lo largo de toda la dinastía se mantuvieron intensas relaciones comerciales con Biblos y la costa oriental del Mediterráneo y al menos realizó una expedición al Sinaí y se continuaron explotando las canteras de Nubia. La existencia de estatuas de piedra caliza fechadas en su época y de prisioneros arrodillados y atados, nos hacen suponer que realizó expediciones militares a Libia, el Sinaí y Palestina. Su complejo funerario quedó inacabado.

Menkauhor-Akauhor es prácticamente desconocido. La información que tenemos sobre él es, casi toda, muy tardía. Su nombre se incorpora a las listas reales a partir de Ramsés II. Según estas fuentes su reinado duró ocho años. Sabemos, que sin abandonar el culto a Ra, volvió a dar preferencia a Horus. Construyó un templo solar, no localizado, al igual que no se ha localizado su pirámide, si llegó a construirla, y que de hacerlo pudo estar en Saqqara o en Dashur. Su nombre aparece en una inscripción muy dañada del Wadi Maghareh, cercano a las minas del Sinaí. Por último han aparecido en Asía Menor algunos objetos con su nombre, lo que puede indicar el mantenimiento de relaciones comerciales. Su culto apenas duró 150 años, pero en el Imperio Nuevo fue retomado, asimilado a un dios local de Saqqara. A su muerte, el trono fue ocupado por **Dedkare-Isesi**. Su reinado fue largo, se le adjudican unos 40 años. Rompió con la tradición de levantar un templo al Sol, lo que podría indicar un ascenso del culto a Osiris. Realizó una profunda reforma de la administración; busco la capacitación de los altos cargos que no serán ya ocupados por la familia real; los funcionarios provinciales gozaron de mayor libertad para ejercer su cargo, lo que mejoró la administración. Apareció el cargo de gobernador del Alto Egipto, que será

encomendado a un visir. Uno de estos visires, **Ptahotep** será el autor de un texto de sabiduría filosófica, *Las enseñanzas de Pathotep*, dirigido a su hijo. Tal visir organizó el culto funerario de sus antepasados, prestando especial atención a los enterrados en Abusir y también reformó el sacerdocio dedicado al culto de todos ellos. En política exterior realizó nuevas expediciones al Sinaí, al menos tres, en busca de cobre y turquesa. En Nubia buscó oro y diorita. Mandó asi mismo una expedición al País del Punt en busca de incienso. También sabemos que realizó alguna incursión a Canaán, probablemente parte de su actividad militar, confirmada por una de las primeras representaciones de asalto a una ciudad en el arte egipcio. Esta representación se encuentra en la tumba de Inti, funcionario del nomo 21 del Alto Egipto, y en ella los soldados egipcios escalan los muros de una fortaleza. La Pirámide de Dedkare-Isesi está en Saqqara. Su legado es importante, pues para muchos egiptólogos, su reinado supuso el comienzo de la decadencia del poder del rey y el debilitamiento del estado central, que vio como los poderes locales asumieron muchas de sus competencias. Dedkare-Isesi fracasó en el intento por frenar esta pérdida de influencia de la monarquía. Por otro lado, sus reformas favorecieron el florecimiento de las artes, al ampliarse los clientes potenciales de los artesanos, pues ahora no solamente el rey es capaz de acumular riquezas, sino que comienzan ya a existir muchos funcionarios que se pueden permitir la compra de objetos de lujo. Tanto ellos, como los enriquecidos artesanos comienzan a construirse destacados complejos funerarios, que en épocas anteriores eran impensables.

A Dedkare-Isesi le sucede **Unas**, que con gran probabilidad era su hijo y su reinado duró entre 15 y 30 años. Una vez más tenemos muy pocos datos sobre los sucesos históricos de este reinado y en la mayoría de las ocasiones debemos basarnos en conjeturas. Es seguro que fue una época de declive económico, pero debieron mantenerse, hasta cierto punto, las relaciones comerciales, sobre todo con Biblos como sugieren las representaciones de barcos, de gran tamaño, cargados de hombres y que podemos ver en las paredes de su complejo funerario. Hasta hace algunos años, la existencia en estos relieves de personas de aspecto demacrado se había interpretado como que hubo prolongados períodos de hambruna, pero esto no concuerda con la existencia de relieves semejantes en el reinado de otros monarcas que se saben fueron momentos de prosperidad, por lo que se piensa que no son representaciones de hambrunas generalizadas, sino de indigentes tal vez socorridos por la generosidad del monarca. Por estos relieves también deducimos que llevó a cabo campañas militares, pues en ellos se nos muestra a egipcios fuertemente armados atacando a los Shasu, grupos de nómadas cananeos. Una inscripción de Elefantina nos informa de la visita de Unas a la zona baja de Nubia, donde los jefes locales estaban doblegados a los intereses del rey.

A la muerte de Unas no había un heredero claro, su hijo **Unas-Ankh** es muy probable que ya hubiera fallecido y se impuso la creación de una nueva dinastía.

VI dinastía

Con la VI dinastía se puso fin al Imperio Antiguo. La V dinastía había favorecido el aumento del poder religioso y el crecimiento de la burocracia había socavado el poder del rey, sobre todo durante los reinados de Neferikare-Kakai y Dedjkare-Isesi. Todo ello había favorecido la creación de un sistema «feudal» en el que el poder centralizado del rey había ido cediendo ante los poderes locales de los visires. A pesar de ello, el advenimiento de la VI dinastía no supuso cambios radicales. El Imperio Antiguo, no obstante de los alarmantes síntomas, continuaba en pleno apogeo, pero no iba a ser por mucho tiempo.

El primero de los reyes de esta VI dinastía fue **Teti**. Desconocemos cuál fue el mecanismo por el que accedió al poder, pero todo parece indicar que fue un momento políticamente difícil. Esto se deduce que eligió como nombre personal **Seheteptawy** «pacifica las dos tierras», nombre que indica la división y la lucha sucesoria que se produjo a la muerte de Unas. Que su acceso al trono fuera por derechos matrimoniales, algo que ya había sucedido con anterioridad, ha sido rechazado por la mayor parte de los egiptólogos. Muchos optan por considerarle un usurpador. Sus relaciones con el exterior no se diferencian mucho de las que había en la época anterior. Sabemos que realizó varios censos de población, que se hacían cada dos años, hasta seis. Realizó varias expediciones a las canteras de Hatnub, en busca de alabastro. Favoreció el culto a Osiris eliminando los impuestos que debían pagar los sacerdotes de su templo en Abidos. Según Manetón, fue asesinado por uno de sus guardaespaldas, algo de lo que no tenemos ningún dato histórico. Lo que sí sabemos es que, en principio, no fue sucedido por ninguno de sus hijos, sino por **Userkare**, un desconocido que bien pudo usurpar el trono. Teti fue enterrado en la necrópolis de Saqqara, donde se encuentra su pirámide y las mastabas de algunos de sus funcionarios.

Userkare estuvo en el poder por muy poco tiempo y solamente controló una parte del Bajo Egipto, mientras que Pepi I, el hijo de Teti, controlaba el resto. Para algunos egiptólogos, no fue un rey propiamente dicho sino el regente de Pepi I, junto a la madre de éste, Ipuet. Desconocemos la situación de su tumba, y si esta fue una pirámide. De serlo, no logró acabarla y su sucesor no se preocupó de hacerlo por él.

A Userkare le sucedió uno de los hijos de Teti**, Pepi I**, que reinó unos 50 años, pues accedió muy joven al trono. Su gobierno estuvo marcado por una constante política expansionista teniendo Nubia como objetivo. Intensificó el comercio con la zona del actual Líbano y con la costa de Somalia. Para asegurar la explotación de sus canteras mandó expediciones al Sinaí, y también a Biblos y a Canaán. Su política comercial le llevó a entrar en contacto en la zona de Siria, con Ebla. En política interna, de nuevo perdió peso el poder central, comenzando durante su reinado, ahora sí, la decadencia, en todos los sentidos, del

Imperio Antiguo. El poder regional de los nomarcas aumentó considerablemente, llegando a convertirse su cargo en hereditario. La fidelidad al rey se debilita, pues ya no depende de él el nombramiento de los gobernadores de los nomos; además, comienzan a producirse alianzas entre diferentes nomos para oponerse a algunas de las decisiones reales, lo que debilitó aún más el poder central. Incluso, en ocasiones, la propia familia de Pepi I conspiró contra él. La tumba de Pepi I, una pirámide de pequeñas dimensiones, está en Saqqara. Para evitar los problemas sucesorios, antes de morir, asoció al trono a su hijo **Merenre-Nemtiemsaf**.

El reinado de **Merenre I** no fue muy largo, entre 5 y 7 años, aunque recientemente se tiende a prolongar su reinado llegando a 13 o 14. No llevó a cabo grandes cambios ni en política interior ni en la exterior. En los últimos años ha sido puesta en duda la corregencia con Pepi I y un nutrido grupo de egiptólogos, a partir de un documento de Saqqara, encontrado en 1995, creen que sucedió directamente a Pepi I, sin la existencia de la corregencia. Al igual que su padre estuvo muy interesado en Nubia y continuó enviando expediciones militares para que exploraran esta región y, de paso, explotaran sus productos naturales. Por primera vez, bajo su reinado tenemos atestiguada la figura de un gobernador encargado de todo el Alto Egipto, un alto funcionario de nombre Weni, cuyo nombramiento tenía la finalidad de recuperar el poder cedido a los nomarcas. El complejo funerario de Merenre I está en el sector sur de Saqqara.

Si bien tradicionalmente se ha considerado a **Pepi II** hijo de Pepi I, las investigaciones realizadas en la década de los 90 del siglo pasado y la aparición de nuevos documentos en Saqqara relativos a esta sexta dinastía y la duración del reinado de Merenre I, hacen pensar que Pepi II pudo ser hijo de Merenre I dado que su madre **Ankhsenmerire** estuvo casada con Pepi I y con su hijo Merenre I, cosa que sabemos por los títulos reales de la reina «Esposa del rey de la pirámide de Pepi, Esposa del rey de la pirámide de Merenre, Madre del rey de la pirámide de Pepi». Quien, probablemente, ejerció la regencia durante los primeros años del reinado de Pepi II. En su reinado, el declive del Imperio Antiguo fue ya inevitable debido al desmedido crecimiento del poder de los nomarcas. El rey no era capaz ya de mantener el control del territorio y fueron frecuentes los enfrentamientos entre nomarcas y el asalto de los territorios vecinos, con lo que el caos fue en aumento. Solamente la intervención de **Djau**, hermano de Ankhsenmerire, y nomarca de This, en el Bajo Egipto, fue capaz de controlar algo la situación. El reinado de Pepi II fue extremadamente largo, entre 60 y 70 años. Envió varias expediciones a Nubia, al frente de una de ellas iba **Ankhuf**, gobernador de Aswan. Su misión era comercial, buscado marfil y ébano y como dato curioso llevó a Egipto un pigmeo. Un relato de este viaje se ha conservado en la tumba de Ankhuf. Los contactos con Nubia, durante su reinado, fueron muy irregulares y pasaron por numerosas dificultades. Al igual que sus predecesores fue en busca de cobre y turquesas a las minas del Sinaí y en busca de alabastro a Hatnub, en el desierto oriental, al sur de

Amarna. Su nombre también aparece en inscripciones de Biblos. Mantuvo abiertas las rutas caravaneras del desierto occidental, que permitían el comercio con el oasis de Selima que proporcionaba ébano, el de Dakhla y el de Kharga, puntos de paso indispensables para las caravanas. En el aspecto interno, como hemos avanzado, su reinado supuso la decadencia definitiva del Imperio Antiguo. Entre otras medidas que provocaron esa decadencia está la supresión del cargo de Gobernador del Alto Egipto; el cargo de visir de desdobla y aparece un Visir para el Alto Egipto y otro para el Bajo Egipto. Por otra parte se produjo la pérdida del control de la justicia, algo que iba en detrimento del poder del rey. Su complejo funerario se levantó en Saqqara.

A la muerte de Pepi II quedó evidente el estado de descomposición en el que se encontraba el Imperio Antiguo. No está del todo claro quién fue el sucesor de Pepi II, aunque tradicionalmente se ha aceptado que fue su hijo **Merenre-Nemtiemsaf**, **Merenre II**. No sabemos nada de su reinado, tan solo que debió durar solamente unos pocos meses, y que le sucedió **Nitócris**, su esposa, aunque algunos autores entre ambos sitúan a un desconocido rey **Neitiqerty Siptah**.

Con Nitócris finaliza el Imperio Antiguo. Es la primera mujer de la que tenemos noticia de que llega al trono egipcio con plenitud de funciones. Pero no tenemos ninguna evidencia arqueológica que confirme su existencia. Sabemos de ella solamente por Heródoto, por Manetón, y por el *Papiro de Turín*.

La religión en el Imperio Antiguo

En el Imperio Antiguo el concepto de poder ya estaba muy ligado a concepciones teológicas y religiosas. Esto aparece ya en la III dinastía, y poco a poco se va percibiendo en el título que adoptan los faraones. El primero de ellos ligado a Horus «Horus de Oro», adoptado por Djeser. Pero lo fundamental, en este Imperio Antiguo, va a ser la introducción y la difusión del culto a Ra con la adopción del título de «Hijo de Ra» por Khéops. Muy importante es saber cómo la teología heliopolitana, dominante durante las dos primeras dinastías, con su principal divinidad **Atum**, pudo integrarse en las nuevas tendencias de culto de la monarquía unida, donde Horus, el hijo de Osiris, era el dios primordial. Los sacerdotes de Heliópolis habían jugado un papel muy destacado hasta la unificación de Egipto y, tras ella, su importancia y su influencia todavía era muy grande. El pueblo egipcio fue extremadamente religioso y los sistemas teológicos fueron un intento de ordenar los múltiples dioses y, eventualmente, sustento del poder de los dirigentes.

La religión lo impregnaba todo, no hay ningún aspecto de la vida de los egipcios en el que no estuviera presente. Se trata de una religión que no estaba basada en las creen-

cias sino en el culto. Se fundamenta en la adoración a la divinidad que es la dueña y señora de la localidad en la que recibe culto y ella es la poseedora legítima del suelo. A pesar de esto la religión egipcia no estuvo exenta del dogma, en el sentido más amplio de la palabra, pues no se dio la controversia y aceptaron explicaciones totalmente contradictorias a un mismo hecho religioso. Por otra parte nunca se codificaron libros sagrados, más allá de lo que se expresa en los *Libros de las Pirámides*, *Libros de los Sarcófagos* y *Libro de los Muertos*, que son simplemente recopilaciones de fórmulas necesarias para la vida de la ultratumba. El Rey fue el máximo administrador del culto estatal, concebido como un servicio público. Él era el encargado de su regulación en todo el Valle del Nilo y rendía culto a todos los dioses.

La religión egipcia tuvo dos vertientes muy definidas, por una parte está el culto a los dioses y todo lo que ello suponía material y espiritualmente: sacerdotes, templos, devoción a determinadas divinidades, etc., y por otra la llamada religión funeraria. La vida del egipcio giraba en torno a ella y su vida no tenía sentido si no se preparaba para la muerte. La religión funeraria estuvo en constante evolución y aunque los dioses que participaban de una y de otra eran los mismos, acabaron siendo dos fenómenos diferenciados. La adoración de los dioses era algo local, cada ciudad tenía preferencia por alguno independientemente de cuáles fueran las directrices de culto oficiales. En cambio, la religión funeraria adquirió un grado que podemos considerar universal. El culto funerario está presidido por los mismos dioses en todo el Valle del Nilo e igualmente es común el ritual seguido a la hora de enterrar a los muertos.

Culto a los dioses

Ya hemos mencionado que en principio la religión cultual egipcia era algo local. Cada ciudad y cada nomo tenían preferencia por un determinado dios, aunque se veneraran a otros muchos. Al igual que en otras religiones, el culto a los dioses se llevaba a cabo en los templos. Del Imperio Antiguo, aunque tenemos noticias de ellos y conocemos la existencia de muchos, son pocos los que nos han dejado restos arqueológicos que podamos estudiar y que nos arrojen algo más de luz sobre el culto a los dioses. La mayoría de los templos sufrieron la decadencia del Imperio Antiguo, muchos de ellos prácticamente en ruinas al final del período y lo poco que quedó el tiempo se ha encargado de hacerlos desaparecer. Es muy difícil comprender como era el culto provincial a estos dioses, y su finalidad, sin disponer de los templos que daban acogida a estos cultos. Aunque no podamos conocer en profundidad el culto provincial, sí tenemos otros elementos por los que podemos reconstruir parcialmente la religión egipcia y su evolución a lo largo de los siglos.

Teología menfita de la creación

Estela de Sahabaca

Los dioses que han nacido bajo forma de Ptah.

Ptah que está sobre el gran trono.

Ptah-Nun, el Gran dios [que creó] a Atum.

Ptah-Naunet, la Gran madre que dio nacimiento a Atum.

Ptah el Grande es el corazón y la lengua de la Enéada.

<Ptah ... > que dio nacimiento a los dioses.

<Ptah ... >.

<Ptah ... >.

<Ptah ... >.

<Ptah que es Nefer >tum por la nariz de Re, diariamente. El que se ha manifestado como el corazón, bajo el aspecto de Atum, el que se ha manifestado como la lengua, bajo el aspecto de Atum, es Ptah, el Gran Poderoso, quien ha infundido <la vida a todos los dioses> ya sus kau. A un mismo tiempo, en su corazón Horus nació como [una forma de] Ptah, Thot sobre su lengua nació como una forma de Ptah.

Así se manifestó la supremacía del corazón y de la lengua sobre todos los <demás> miembros, según la enseñanza [que quiere] que el corazón es el elemento dominante de cada cuerpo y que la lengua es el elemento dominante de cada boca; [corazón y boca] pertenecientes a todos los dioses, a todos los hombres, a todos los animales, a todos los reptiles, a todo lo que vive, uno concibiendo y la otra ordenando cuanto aquél desea.

Su Enéada está en su presencia, bajo la apariencia de dientes y labios; ellos [son el equivalente] del semen y las manos de Atum. Así pues, la Enéada de Atum nació por medio de su semen y de sus dedos; la Enéada [de Ptah], en verdad, son los dientes y los labios de su boca, que pronunció el nombre de todas las cosas, y de la que brotaron Shu y Tefnut. La Enéada [de Ptah] creó el ver de los ojos, la audición de las orejas, la respiración de la nariz; éstos informan al corazón y es el corazón, por consiguiente, quien permite que todo conocimiento se manifieste; y es la lengua la que repite que el corazón ha concebido. Así nacieron todos los dioses y fue completada su Enéada.

Pues toda palabra divina cobró su ser según lo que había pensado el corazón y había ordenado la lengua. Así fueron creados igualmente los kau y las hemesut, que procuran todas las provisiones y todos los alimentos benéficos, gracias a aquella palabra.

Así, también (fueron creadas la justa recompensa] para el que hace acciones agradables, y [el castigo] para el que comete acciones punibles. La vida se concedió al ser pacifico, la muerte al criminal. Así fueron creados todos los trabajos y todas las artes, el hacer de las manos y el andar de las piernas, el movimiento de cada miembro de acuerdo con la orden concebida por el corazón y exteriorizada por la lengua, y que no cesa de producir el significado de todo.

Sucedió, pues, lo que se dijo de Ptah «Quien creó todo y dio el ser a todos los dioses». Es él, en verdad, Ta-tenen quien creó a los dioses y de quien surgieron todos los bienes, alimentos, provisiones, las divinas ofrendas, todas las cosas buenas y hermosas.

Se comprendió así que su poder era mayor que el de los [demás] dioses. Y Ptah se consideró así satisfecho, después que hubo creado todas estas cosas y todas las palabras divinas. El creó a los dioses, construyó las ciudades, fundó los nomos, puso a los dioses en sus santuarios, hizo prosperar sus ofrendas, fundó sus capillas y dio forma a sus cuerpos según el deseo de sus corazones. Gracias a ello los dioses pudieron penetrar en sus cuerpos hechos de todo tipo de madera, de piedras de todas clases, de barro, o de todas [las demás] cosas que pueden crecer sobre él y en las cuales ellas adquieren forma. Así fueron congregados en él todos los dioses con sus kau satisfechos y unidos al Señor de los Dos Países.

Traducción Federico Lara Peinado

El imperio Antiguo es el tiempo en el que van a surgir las teologías que explicarán la formación del mundo; cada ciudad tenía la suya propia, pero las predominantes surgieron en los grandes centros religiosos. Los principales para este período fueron Heliópolis, Hermópolis y Menfis. Las teologías creadas en ellos tuvieron mayor o menor éxito en función de su aceptación por el monarca. Por norma general la creación del mundo se explica mediante parejas divinas personificación de las fuerzas naturales. No en todas las teologías el número de parejas es el mismo. La manera de solucionar las diferencias existentes en las concepciones de las diferentes teologías y la existencia de divinidades principales en cada una de las ciudades, los teólogos dieron la solución de la asimilación de dioses, un sincretismo que les llevó a asimilar a todos los dioses a Atum-Ra, en el caso de Heliopolís, que va a serla teología preponderante en el Imperio Antiguo, mientras que en Menfis se asimilaran a Ptah y a Thot en Hermópolis.

Estos tres Atum-Ra, Ptah y Thoh, van a ser los más venerados en el Imperio Antiguo, sobre todo el primero, cuyo culto van a adoptar los monarcas, sabemos que se convirtió en costumbre, sobre todo a partir de la V dinastía, que cada uno de ellos, además de la pirámide funeraria, construyera un templo solar, lo que hace evidente el dominio de la teología heliopolitana durante este periodo, así como el poder que alcanzaron sus sacerdotes. Atum-Ra va a ser la suprema divinidad solar, que la teología heliopolitana divide en tres personas: Jepri, el escarabajo, el sol de la mañana, serán frecuentes las representaciones de Jepri empujando el sol; Ra, el sol del mediodía y Atum, el sol del atardecer.

Thoth es el dios luna, cuyos ciclos regulaban muchas actividades; es el dios de la sabiduría, de la escritura y de la magia, está también relacionado con la medición del tiempo, la matemática y la geometría, todo ello fundamental en la vida de los egipcios, pues ésta dependía, sobre todo de las inundaciones del Nilo y era imprescindible saber cuándo se iba a producir y cuando se retiraba reconstruir los límites de los territorios. Para la teología hermopolitana es la divinidad creadora del mundo.

Path, es el creador por excelencia, que existía antes de que nada fuera creado, protector de la construcción, de la metalurgia y de la escultura. En el Imperio Antiguo rivalizó con Atum-Ra, lo que se refleja en la existencia de un conflicto permanente desde la IV dinastía y hasta finalizar el Imperio Antiguo, entre los cleros de Menfis y de Heliópolis. Sus poderes creadores están simbolizados por el cetro (poder), el *ankh* (vida) y el pilar *djed* (estabilidad).

A estas divinidades hay que añadir otras como **Oriris**, un dios originario del Delta del Nilo, inventor de la agricultura y de la religión, benefactor de la humanidad, cuyo mito de muerte y resurrección tendrá una enorme importancia. Osiris muere ahogado en el Nilo a consecuencia de un complot organizado por su hermano **Seth**; su cuerpo es descuartizado para que no pueda resucitar, pero sus hermanas Isis y **Neftis** y gracias a rituales mágicos le devuelven a la vida. A partir de ese momento Osiris reinará sobre el mundo de los muertos y será su juez supremo. El dios halcón Horus, dios tutelar de Hieracompolis, que llevaba la doble corona, símbolo de la unidad en Egipto y muy relacionado con el poder del rey. Fue una de las primeras divinidades nacionales. Al inicio el rey era la reencarnación de Horus en Vida y de Osiris una vez muerto. Anubis, muy relacionado con la religión funeraria, protector de las necrópolis y del mundo de los muertos e inventor de la momificación. Comenzó a ser adorado ya en la I dinastía. Su misión era acompañar a las almas de los difuntos a la ultratumba y realizar allí el ritual del pesaje de su corazón determinante para decidir si el difunto podía entrar o no en el reino de los muertos.

Entre las diosas cabe citar a **Hathor**, diosa de Denderah, una de las más importantes y de gran popularidad. Protectora de la maternidad, madre de todos los monarcas. En el más allá era la encargada de acoger el alma de los difuntos; asistía a las parturientas y estaba relacionada con la música y con la danza. A partir de la IV dinastía la relación con el monarca, como señora de las dos tierras, fue muy intensa, sobre todo con Micerino.

Neit, venerada en Sais, originalmente diosa de la caza y de la guerra, creadora de las armas de los guerreros y guardiana de los muertos en la batalla. Sus atributos indican también que estaba relacionada con el tejido y, por tanto, diosa doméstica protectora de las mujeres y del matrimonio. Como diosa de la guerra estaba relacionada con la muerte y su relación con el tejido hacía que fuera vista como la encargada de envolver los cuerpos de los muertos en vendas.

Nekhbet, era la diosa protectora del Ato Egipto y del rey, su asociación con Wadjet, diosa cobra del Bajo Egipto, la lleva a ser el símbolo de la unión de las dos tierras unidas por el Rey

Junto a esta religión oficial, en Egipto había otra religión, la popular, que habitualmente iba asociada al culto de los animales, convertidos en animales sagrados. Uno de los más populares, sin duda fue el buey Apis. Esta referencia popular por el culto a los animales proba-

blemente provocó que muchas de las divinidades fueran representadas o asociadas a algún animal: Anubis al chacal, Hathor a la vaca, Horus al halcón, o Thoth al babuino.

La religión funeraria

La religión funeraria egipcia tuvo una gran complejidad debido a sus orígenes que arrancan del Neolítico, que es cuando aparece la creencia de que los difuntos tenían una vida después de la muerte, vida que se desarrollaba en el mismo suelo donde habían sido enterrados, por lo que junto a ellos se depositaban todos aquellos objetos que podían necesitar. Esta continuidad de la vida después de la muerte hizo que se desarrollaran una serie de rituales y de prácticas destinadas a favorecer la inmortalidad. Aunque el proceso funerario fue variando con el tiempo, los elementos fundamentales permanecieron: preparación del cuerpo, rituales mágicos y tumba adecuada.

Las creencias populares eran que los difuntos podían tener los mismos sentimientos que los vivos, podían guardar rencor y recriminar a su familia si no eran atendidos como era debido. En caso contrario les apoyaban desde el más allá. Los conceptos de *Ka* y *Ba*, iban muy unidos a la religión funeraria. Eran dos componentes espirituales indisociables que se separaban a la muerte del difunto, pero que volvían a unirse para revivir el cuerpo. El *Ka* revivía al difunto al regresar a su cuerpo, y el *Ba*, era la personalidad individualizada de cada hombre, cuya misión era cuidar a la familia. Se trataba de un intermediario entre el cielo y la tierra. A la muerte de la persona abandonaba el cuerpo y se reunía con los dioses, pero de noche regresaba a la tierra para unirse nuevamente con los restos del difunto, para por la mañana volver a subir al cielo.

Nuestra principal fuente de información sobre la religión funeraria son los *Textos de las Pirámides*. En un primer momento, no todos podían acceder a esa vida de ultratumba, para ello era necesario tener un papel que cumplir en el más allá. Al rey le estaba permitido pues había desempeñado un cometido de primer orden, pero para el resto, nobles y pueblo llano no era tan fácil acceder. Es aquí donde probablemente entran en juego los sacrificios humanos que se pueden constatar en las tumbas reales más antiguas. La manera de acceder a esa vida de ultratumba, al menos para los más humildes, era servir al rey en ella, pero no sólo las clases bajas, también para los nobles, entrar en la vida eterna dependía de la voluntad del rey. Con el tiempo, los sacrificios se sustituyen por estatuillas, cuya misión es la misma, servir al monarca. En un segundo momento, cuando el Rey moría y se convertía en dios, entre sus capacidades estaba la de conceder la vida futura a quienes consideraba dignos de merecerla.

Con el paso del tiempo la vida de la ultratumba se hace cada vez más compleja. En el Imperio Antiguo los particulares ya tienen su propia morada, y la dependencia del monarca

a este respecto es cada vez menor. El culto funerario va a quedar a cargo de las familias, que periódicamente proporcionan ofrendas a sus difuntos, ofrendas destinadas a que tengan una vida cómoda

En el Egipto predinástico ya existía la idea de que para que existiera vida después de la muerte, el cuerpo tenía que preservarse. Esto llevó a que se abandonaran los rituales de cremación, que hacían desaparecer el cuerpo, sustituidos por los de inhumación. Pero por sí sólo esto no bastaba, pues el cuerpo enterrado se descomponía, por lo que era necesario tratar el cuerpo antes de ser enterrado para evitar esa descomposición.

Esta necesidad de conservación llevó a los egipcios a buscar la forma más adecuada de conservar el cuerpo. A su favor tenían la sequedad del ambiente proporcionada por la cercanía del desierto. La justificación de la necesidad de la conservación del cuerpo radica en que cuando se muere los egipcios creía que el *Ka*, el principio vital de la persona, abandona el cuerpo como ya hemos dicho; solamente el embalsamamiento del cuerpo siguiendo un procedimiento muy específico, permite que el *Ka* regrese al cuerpo, se renazca y se prolongue eternamente la vida. La base del embalsamamiento era deshidratar el cuerpo con una combinación de bicarbonato de sodio y sal (natrón), que los egipcios obtenían en el Wadi Natrum. No todo el mundo podía acceder a la momificación, y aquellos que no podían la sustituían por la recitación de fórmulas mágicas.

Figura 5. Wadi Natrum

El segundo paso eran los rituales mágicos que se realizaban una vez había concluido el proceso de embalsamamiento. Lo primero que se realizaba era la ceremonia llamada «apertura de la boca», cuya finalidad era que la momia pudiera volver a respirar y hablar. La dirigía un sacerdote utilizado un cuchillo con la hoja de cobre o piedra. El rito iba acompañado de hechizos que también reanimaban brazos y piernas. A continuación se llevaba el cuerpo al templo funerario donde se recitaban fórmulas mágicas y se quemaba incienso que tenía por finalidad preparar al monarca para el viaje. Acto seguido se llevaba el rey a la pirámide, donde estaba todo el ajuar funerario, y esta era sellada para que nadie pudiera volver a entrar.

La elección de una tumba adecuada era de gran importancia. Durante el predinástico, las tumbas eran muy sencillas, de forma circular y con solo una vasija como ajuar funerario. A finales de ese periodo comienzan a aparecer cada vez más objetos en las tumbas, que ya adoptan una forma rectangular y cuerpos en posición fetal mirando hacia el este. Las vasijas comienzan a ser decoradas y son habituales las figurillas de mujeres con pechos descubiertos. La riqueza de las tumbas no es uniforme, y se diferencian sexualmente, las de mujeres con paletas de cosméticos y las masculinas con armas. A partir de la I dinastía la diferenciación social ya es evidente y se refleja en las tumbas que evolucionan a un edifico rectangular de adobe, con cámara subterránea destinada a acoger el cuerpo del difunto. Estas tumbas recibieron el nombre de **mastaba** y su fachada intentaba imitar el palacio del monarca. En ellas comienzan a aparecer no sólo ya ajuares personales de no demasiada importancia, sino también todo tipo de objetos incluido joyas, alimentos y muebles. En definitiva, todo aquello que contribuiría a hacer más agradable la vida eterna; también aparecen los ataúdes que recuerdan la forma humana. La tumba de los monarcas comienza a convertirse en un complejo que acoge no sólo la tumba del rey, sino también la de sus sirvientes más cercanos. Durante el Imperio Antiguo la mastaba funeraria evolucionó hacia una forma más compleja, a pirámide, primero con sucesivos pisos, de forma escalonada de Saqqara, luego de forma quebrada como la de Esnefru, y finalmente de líneas rectas como la de Khéops y sus sucesores.

No todos podían acceder a este tipo de tumbas y al embalsamamiento. Los menos afortunados se enterraban en el desierto, envueltos en lino. La sequedad de la arena es un conservante natural. Se enterraban con unos pocos objetos personales. Incluso los más pobres lo hacían en fosas comunes.

La sociedad del Imperio Antiguo

Los teóricos de los estudios de las sociedades han intentado elaborar un modelo para la sociedad egipcia, sin que ninguno de ellos encaje plenamente en la realidad del Antiguo Egipto, basándose en la información que nos proporcionan las fuentes literarias y arqueo-

lógicas. Han llegado a la conclusión de que no estamos ante una sociedad esclavista, ni aristocrática y, aunque la vida y la economía de los egipcios está organizada con el Nilo como referencia, tampoco podemos decir con propiedad que se trataba de una sociedad hidráulica.

Hay muchos aspectos de la historia del Antiguo Egipto que se van a mantener durante más de dos milenios, con leves variaciones, la sociedad egipcia del Imperio Antiguo no va a ser muy diferente a la del Imperio Nuevo. Toda ella va a estar articulada en torno a la figura del rey, soberano de todos los egipcios, rey del Alto y del Bajo Egipto, portador de las dos coronas, adornado y venerado por su esencia divina. Era considerado como un dios, y portador de cinco títulos:

1. El **Horus**, el soberano divino, colocado sobre un ***serej***, o fachada de edificio, que llevaba su nombre.
2. ***Nebti***, el señor de las dos damas, protegido de **Nejbet** diosa de Hiracómpolis, y de **Uadjet**, diosa de Buto.
3. **Horus de Oro**, en referencia a que la carne del rey era de oro.
4. ***Nesu-Biti***, dueño de la abeja y de la caña, monarca del Alto y del Bajo Egipto.
5. **Hijo de Ra**. Pero no estamos seguros si los egipcios creían que el rey era un dios. Es muy probable que no, ni siquiera durante el Imperio Antiguo.

El rey moría como todos los demás, pero es más, debía responder de sus actos en el más allá, al igual que todos sus súbditos y muchas de sus acciones estaban encaminadas para asegurarse la vida eterna.

Fuera dios o no, el rey ocupó la cima de la pirámide social en el antiguo Egipto. Junto a él estaba la familia real, compuesta por esposas, hijos y parientes cercanos. Solamente el rey podía tener más de una esposa legítima y numerosas concubinas. Las esposas principales con toda probabilidad eran miembros de su propia familia y, de ser necesario, podían ejercer la regencia. El rey tenía numerosos hijos, pero entre ellos también había categorías y, solamente los de las esposas principales estaban capacitados para acceder al trono. El resto de los hijos eran empleados para desempeñar sacerdocios o en los cargos superiores de la administración. Sin embargo, no existió una norma sucesoria que se cumpliera en todos los casos. Cuando fallecía el monarca era sucedido por un hijo o por un hermano, y tampoco hay nada que indique que los mayores tenían preferencia sobre los menores.

Inmediatamente por debajo, estaban los altos funcionarios, lo que podemos considerar como la nobleza. A ellos se les encargaba la mayoría de las tareas administrativas. Junto a la nobleza se situaban los sumos sacerdotes y los escribas.

Figura 6. Horus sobre serej. Museo del Louvre.

Por último estaba el pueblo llano, tanto el que vivía en la ciudad como los de las zonas agrícolas. Se trataba de artesanos, campesinos, sirvientes. Todos ellos estaban sujetos al poder del Rey y, en determinados momentos estaban obligados a trabajar para él. También había un buen número de extranjeros que acababan integrándose en la sociedad egipcia.

Un aspecto interesante es que, en opinión de muchos autores, en el Egipto del Imperio Antiguo no existió la esclavitud, aunque sí sabemos que existieron prisioneros de guerra, capturados en las campañas militares, y que estos prisioneros eran obligados a trabajar para el estado.

Organización territorial, administración e instituciones

Organización territorial

Territorialmente Egipto tuvo una primera división global, que podemos considerar natural: Alto (al sur, hasta Asuan) y Bajo Egipto (al norte). Desde muy antiguo estas dos demarcaciones se fueron subdividiendo, a lo largo del Nilo, en unidades territoriales mas pequeñas, que recibieron el nombre de **nomo**.

La aparición de la división territorial de Egipto en nomos parte de la estabilización de la población. El paso de la vida nómada a sedentaria, algo que sin duda favorece la evolución de las sociedades y el progreso de la civilización. Se afianza la organización patriarcal de la familia y también se hace necesario que exista una normalización de las relaciones con las poblaciones vecinas. El nomadismo, ante el conflicto con otro grupo, buscaba la solución en el desplazamiento. Con la sedentarización se impone la negociación, pues ha entrado en juego un nuevo concepto, el de «territorio» que tiene un límite que está marcado por el de las poblaciones vecinas. Esta nueva organización también impone que cada territorio tenga una autoridad política, una religiosa y un culto a una divinidad principal. La autoridad política y religiosa en ocasiones pueden ser la misma o ir muy unidas, y la divinidad puede favorecer a aparición de confederaciones de grupos unidos por un mismo culto, que acaban teniendo una única autoridad, para algunos autores «rey sacerdote» y una metrópoli con una asamblea de notables que ayudaba al gobierno de la ciudad. Estas unidades territoriales entre los egipcios recibieron ese nombre de «nomos» (***sepaut***). La rivalidad entre los nomos y la imposición de unos sobre otros favoreció la progresiva concentración del poder en Egipto.

Administración e instituciones

Durante el Imperio Antiguo, Egipto se convirtió en un estado centralizado, con capital en Menfis. A la cabeza de ese estado estaba el Rey, que era el dueño de toda la tierra, aunque esto era nominalmente, pues como veremos en Egipto existió la propiedad privada y ésta estuvo muy protegida por las leyes.

En el Imperio Antiguo, ya desde las primeras dinastías, la administración estaba presidida por un **Visir**, que era el hombre de confianza del rey, que él mismo designaba y con el que se entrevistaba todos los días.

Al Visir se le encargaba la administración de justicia, pues él era el juez supremo y todas las tareas de gobierno. Existían seis grandes tribunales y el Visir presidía todos ellos estando asistido por los llamados **Jefes de Misión**, una especie de ministros plenipotenciarios que le

informaban de todo lo que sucedía. Como máximo encargado de la justicia era también el sacerdote supremo de la diosa Maat, diosa de la justicia.

Su estatus social, evidentemente muy elevado, le permitía enterrarse en las proximidades de la tumba del monarca y fue frecuente que tal funcionario fuera un miembro de la familia real. De él dependían los principales departamentos de la administración: el **Tesoro** o **Doble Granero**, que gestionaba la economía de Egipto; el de **Agricultura**, con dos **casas**, que se encargan del ganado y de los cultivos, cada una con un jefe y un escriba; el tercero era el **Archivo**, en el que se guardaban títulos de propiedad, contratos y testamentos, pero sobre todo los decretos reales base de la legislación.

Por debajo del Visir, estaba el **Canciller del Rey del Bajo Egipto**, un cargo que con el tiempo se convirtió en simplemente honorario despojado de cualquier función

Por último estaba el Canciller del Dios que a partir de la IV Dinastía se convirtió en uno de los más importantes cargos administrativos. A él le correspondía la supervisión de las actividades económicas y comerciales y bajo su mando estaba una parte del ejército.

Estos altos funcionarios era ayudados por un numeroso cuerpo de escribas, que se encargaban de tomar nota de todo aquello que era necesario. Normalmente, los escribas eran hijos de funcionarios, pero también podían acceder a la profesión el pueblo llano. Su labor era fundamental para la administración del Imperio, pues entre las notas que tomaban estaba la contabilización de los bienes y la clasificación de los documentos.

Ya hemos mencionado la existencia de la institución llamada **Tesoro**. Ésta fue fundamental para la historia de Egipto y ya aparece funcionando en la época tinita. El Tesoro, en el Imperio Antiguo, era el más importante de todos los departamentos administrativos. A inicios del Imperio estaba formado por la Casa Blanca del Alto Egipto y la Casa Roja del Bajo Egipto. Ahora se va a unir en una Doble Casa Blanca, indicando de alguna manera la primacía del Alto Egipto. Sus funciones eran numerosas: recogida de tributos (cereales, lino, cuerdas, pieles, etc.); almacenaje en locales específicos; pagar a los funcionarios provinciales; y, por último organizar los trabajos de interés público. Al frente de esta institución estaba, por delegación del Visir, el llamando Jefe del Doble Granero.

La administración estaba organizada en torno estos servicios, a los que se añadían otros. Al frente de cada uno de ellos, bajo la supervisión del visir estaba el denominado «jefe de los secretos» correspondiente. Entre el resto de los servicios de la administración estaba la gestión de las órdenes del rey (cancillería) hasta la supervisión de los trabajos reales, lo que llamaríamos hoy «obras Públicas», con la gestión de las construcciones, la supervisión de las canteras, pasando por la administración del culto al rey, que se ocupaba de su mantenimiento y la intendencia militar encargada de mantener al ejército perfectamente equipado.

En la capital, la administración central tenía su sede en ***Khenou*** (Residencia) que acogía los principales servicios del estado como el tesoro, la organización de los graneros, las obras públicas, la administración de justicia y los archivos reales. Todos estos servicios estaban bajo la supervisión de un **Visir** que recibía el nombre de «director de los seis tribunales». Su misión era la de controlar a los dirigentes de los servicios de la administración central. Junto al Khenou estaba el ***Per aa*** (Gran casa), que era el palacio real, con un «director del palacio» y un sistema administrativo propio.

Más allá de la capital, los nomos están gobernador por un dignatario de la administración central que recibe el nombre de **nomarca** (**heqa sepat**), que habitualmente no reside en el nomo, al menos a principios del Imperio Antiguo, y que solo lo visitan cuando hay un motivo imperioso que les obligue a hacerlo. Podía darse el caso de que un nomarca tuviera a su cargo la administración de varios nomos. Su misión era controlar las explotaciones agrícolas que dependían del estado y, sobre todo, recaudar los impuestos. Con las dos últimas dinastías, muy probablemente se trasladaron a vivir a los nomos para ejercer un mayor control, lo que impidió que tuvieran a su cargo varios de ellos. Esto sucedía en los nomos del Alto Egipto, pero en los del Bajo parece ser que la situación fue algo diferente. Los monarcas continuaron viviendo en la capital, a la vez que durante la VI dinastía, aparecieron unos gobernadores de nivel superior que tenían a su cargo varios nomos del Alto Egipto. El cargo de nomarca, que en principio era de designación real, pasó a ser hereditario, con lo que comenzó a producirse una especie de efecto de feudalización de Egipto, con la formación de lo que podríamos considerar «dinastías locales», algo que, en opinión de los especialistas, favoreció el control de las provincias, pero debilitó el poder del rey.

La economía

Ya hemos mencionado que la vida de Egipto estuvo condicionada por la existencia del río Nilo, no solamente porque servía de nexo de unión del territorio, sino porque con sus inundaciones fertilizaba la tierra. Así también la agricultura se convirtió en la base de la economía egipcia, hasta el punto de que más de 3000 años después de que se iniciara la civilización egipcia, cuando el país pasó a ser dominado por Roma, Egipto fue una de las principales fuentes de aprovisionamiento de alimentos para todo el Imperio Romano.

La economía egipcia se articulaba en torno a la agricultura y esta era posible gracias a las inundaciones del Nilo. Pero si bien en un principio, a los egipcios les bastó con esperar la inundación, para luego, una vez retiradas las aguas sembrar, con el paso del tiempo y el crecimiento de la población, esto comenzó a ser insuficiente. Era necesario llevar el agua allí donde hacía falta y en el momento preciso. Fue así como se idearon una serie de canales que

cubrían grandes partes del territorio y permitían regar las cosechas cuando estas necesitaban agua. Esta red de canales, cuya creación requería un enorme esfuerzo, fue posible gracias a la cooperación de todos los campesinos y, sin ella, a pesar de las inundaciones, no habría sido posible la prosperidad de Egipto.

La base de la economía, por tanto, fue la agricultura y, uno los problemas que se plantean es el de la propiedad de la tierra. Tradicionalmente se ha admitido el rey era en único propietario de la tierra. Pero en cambio, esto entra en contradicción con la aparición de actas de compraventa, a lo que se añade que es habitual que en los testamentos aparezca el reparto de la tierra a partes iguales entre los hijos. La explicación que dan los egiptólogos es que debieron existir unas tierras llamadas de «derecho común» cuyos propietarios eran altos funcionarios y el pueblo; y otras, de «derecho real», que eran posesión exclusiva de los monarcas, y que ellos podían ceder o alquilar a sus funcionarios.

La agricultura estaba basada en cereales (trigo y cebada), legumbres (habas, lentejas y garbanzos), vid, higos, dátiles, ajos, diferentes verduras, vegetales silvestres comestibles y también lino para los vestidos. Por otra parte se realizaba la recolección de plantas de carácter medicinal y ornamental. El campesino egipcio mezclaba el cultivo de la tierra con la cría de algunos animales como vacas, corderos y cerdos, utilizados en la siembra para que con sus sucesivas pisadas introdujesen los granos en la tierra. Después en la cosecha se servían de asnos como animales de carga. Además hay que citar también a los perros, que no eran usados para el pastoreo. Intentaron, sin éxito, domesticar gacelas, antílopes y hienas. Otro puntal de la economía de las sociedades antiguas, la caza, en Egipto tuvo poco éxito, aunque se sabe que, entre otros, se cazaban leones e hipopótamos, sobre todo por su peligrosidad, aves, habitualmente para comer. También se pescaba en el río.

Otro aspecto de la economía, que no podemos olvidar, era la artesanía. Toda sociedad está necesitada de productos manufacturados y cubrir esta necesidad era responsabilidad de los artesanos: Herramientas agrícolas, recipientes de esparto o cerámicos, artesanía del vidrio, productos suntuarios como joyas y amuletos, cuero, tejidos, productos de cantería, esculturas, barcos, pesqueros y de carga, armas, medios de transporte terrestre, etc. El destinatario de la mayoría de estos productos, habitualmente era el estado

Al estado le correspondía también el suministro de materias primas que había que buscar en el exterior. Ya hemos mencionado como los monarcas del Imperio Antiguo realizaron numerosas expediciones en busca de esas materias primas; a las minas del Sinaí, a Nubia, al País de Punt, al Líbano, etc. Y como procuraron mantener abiertas las rutas comerciales caravaneras.

Una parte importante de la economía del Imperio Antiguo estuvo basada en la construcción, sobre todo las necrópolis reales, que para algunos autores fue la base económica prin-

cipal debido a la gran cantidad de recursos que necesitaban. La construcción de las necrópolis, que albergaban a las pirámides, templos etc., requería la participación de una considerable cantidad de artesanos, artistas y una ingente masa de obreros, que en su mayoría no trabajaban gratuitamente.

Finalmente un aspecto interesante de la economía egipcia del Imperio Antiguo es el de las transacciones comerciales. No se conocía la moneda física, pero sí se desarrolló un concepto equivalente, era una moneda teórica, el **shat**, que equivalía a 7,5 gramos de oro. El valor de cualquier producto era traducido a shats y se pagaba con oro, o productos que tuvieran un mismo valor en shats.

La ciencia y literatura

Ciencia

Los avances científicos, en gran medida, también estuvieron condicionados por la actividad del Nilo. Las inundaciones, que a pesar de los canales continuaban teniendo el papel protagonista de la vida de los egipcios, provocaron la necesidad de averiguar más cosas sobre ellas. No bastaba con esperar a que se produjeran, era necesario saber, lo más exactamente posible, cuando se iban a producir. La observación de las crecidas recayó sobre un grupo de sacerdotes que llegaron a la conclusión que, de media, éstas se producían cada 365 días. En consecuencia, elaboraron un calendario de 365 días, que ya no estaba vinculado exclusivamente con el ciclo lunar, tal y como había venido siendo lo habitual. Dividieron ese año en doce meses de 30 días, y al final añadían unos días adicionales para hacerle coincidir con el ciclo solar. Solamente en época de Julio César se mejoraría este calendario, y ese calendario juliano, tenía como base el egipcio, por lo que nuestro calendario actual es deudor del creado por los egipcios hace unos 5000 años.

El Nilo también fue el causante de los avances en geometría y medición de la tierra. Sus inundaciones provocaban que se borraran los límites de la propiedad de cada campesino. Por ello, cuando bajaban las aguas, era necesario que estos fueran restituidos de una manera fiable y que todos estuvieran de acuerdo. Aquí jugaron un papel muy importante los conocimientos de matemáticas y de geometría. Pero con esto sólo no bastaba, para que pudieran aplicarlos, era necesario que existiera un registro en el que se recogiera los datos básicos que permitieran su empleo.

Los egipcios establecieron también sistemas de pesos y medidas. Sabemos que la unidad de de volumen era el **hekat** que equivalían a unos 4,7 litros y tenía múltiplos. **Ipet** (4 litros) **jar** (16) y divisores, **henu** (1/10) y **ro** (1/320).

La unidad básica de peso en el Imperio Antiguo fue el **deben**, equivalente a 13,5 gramos, aunque en el Imperio Nuevo el deben equivaldría a 91 gramos. Las medidas de superficie comenzaban por el **selat** equivalente a unos 2750 m2; el **kha** (1/10 de selat); el **ta** (1/100 selat); el **remen** (1/200 selat); el **heseb** (1/400 selat) y el **sa** (1/800 selat).

Las medidas de longitud se conocen desde la I dinastía pues en la *Piedra de Palermo* está registrada la altura que alcanzó el Nilo durante el reinado de Djer, 6 codos y un palmo (3,2 metros). La base de las medidas de longitud era el **meh nesu** (codo), unos 52,5 cm, aunque variaría con el tiempo.

Máximas de Ptahotep

El hombre que no escucha no aprende nada. Él equipara el conocimiento con la ignorancia, lo inútil con lo dañino. Él hace todo lo que es detestable, por lo que la gente se enoja con él todos los días.

En cuanto a tí, enséñale a tu discípulo las palabras de la tradición, de modo que pueda servir de modelo a los hijos de los poderosos, que puedan encontrar en él la comprensión y la justicia del corazón que les habla, pues el hombre no ha nacido sabio.

Traducción Federico Lara Peinado

Literatura

Durante todo este periodo los egipcios crearon numerosos textos literarios. Los podemos dividir en dos categorías: los religiosos y los profanos.

Entre los religiosos, los más importantes serán los llamados *Textos de las Pirámides*, sobre todo a partir de la V y más aún VI dinastía. Se trata de un extenso conjunto de textos grabados en las pirámides de los reyes, pero también de las reinas. En ellos están recogidos rituales funerarios, ceremonias religiosas, fórmulas mágicas y todo aquello que facilite el tránsito a la vida del más allá. Son una valiosa fuente de información para conocer la religión egipcia.

De importancia parecida son los *Textos de los Sarcófagos*. Son algo posteriores a los *Textos de las Pirámides* y, sobre todo, recogen rituales mágicos con la misma finalidad que los anteriores. Cronológicamente, aunque comienzan a finales del Imperio Antiguo, hay que encuadrarlos en el Primer Período Intermedio. Tienen un carácter apotropaico, pretenden proteger al difunto en el más allá de cualquier peligro que tenga que afrontar y asegurarle así la inmortalidad.

Entre las obras de carácter profano habría que destacar los cuentos. Muchos de ellos los conocemos por versiones del Imperio Nuevo, pero sabemos que proceden de esta época.

Junto a ellos, podemos mencionar las instrucciones o máximas de sabiduría. Generalmente se trata de consejos para el buen gobierno. Es un tipo de obra literaria que sobrepasará los límites del Imperio Antiguo y se producirá durante toda su historia y muy especialmente en el Primer Período Intermedio. El más famoso del Imperio Antiguo seguramente es *Las Máximas de Ptahotep*, un personaje de la V Dinastía, del que ya hemos hablado. Se trata de una serie de instrucciones que Ptahotep dejó escritas para su hijo, en las que intenta trasmitirle la sabiduría de sus antepasados; buscan el autocontrol y la amabilidad con los demás, el respeto a los dioses, y la forma de comportarse, ante los poderosos y ante los inferiores.

BIBLIOGRAFÍA

MORENO GARCÍA, J.C., *Egipto en el Imperio Antiguo: (2650-2150 antes de Cristo)*, Bellaterra, Barcelona, 2004.

PADRÓ, J., *El Egipto del Imperio Antiguo*, Historia 16, Madrid, 1989.

URUELA, J., *Egipto: Época Tinita e Imperio Antiguo*, Akal, Madrid, 1988.

Tema 2
Imperio Medio (2055-1650 a. C.)

Sinopsis

Tras el reinado de Pepi II se produce la disgregación del Reino Antiguo.

Se pasó de una sociedad centrada en la realeza a un mundo donde los habitantes tomaban mayor protagonismo.

El triunfo de la IX dinastía hacia el año 2000 a. C. y la instalación de la capital en Tebas suponen el fin del Primer Período Intermedio y el comienzo del Imperio Medio.

Se inicia la reunificación de Egipto a pesar de que los nomarcas siguen manteniendo el poder en sus tierras. Mentuhotep II después de conquistar Heracleópolis, logró el control de todo el reino.

Destaca la relación comercial con dos de los centros más importantes del Mediterráneo Oriental: Creta y Biblos.

SESOSTRIS III eliminó el poder de los nomarcas, recuperó Nubia y su influencia llegó hasta el Mediterráneo.

La XIII dinastía traslada la capital a Tebas. Se mantienen los territorios conquistados pero, poco a poco, sólo queda la influencia sobre Biblos. Comienza la invasión del pueblo *Hicso*. La XIII dinastía se mostró incapaz de dominar el extenso territorio de Egipto y los gobernantes de la región de Xois se independizaron para constituir la XIV dinastía. Empieza otro periodo de decadencia y falta de poder real. El creciente poder asiático llegó a Egipto con la invasión de los Hicsos hacia el s. XVIII a.C, conquistando la ciudad de Avaris y fundando en el Delta del Nilo las dinastías XV y XVI (los grandes y los pequeños Hicsos). Surge una nueva aristocracia guerrera y otras clases artesanales que adaptan las técnicas que trajeron los invasores extranjeros.

De nuevo llegó la paz y prosperidad con la afluencia de varios pueblos aunque sigue existiendo un reino independiente de gobernantes egipcios con capital en Tebas: la dinastía XVII. Kamose último rey de la dinastía XVII comenzó la recuperación del territorio en manos de los Hicsos.

Finalmente, Amosis I, hermano de Kamose, consiguió tomar Avaris, y expulsar a los hicsos de Egipto, aproximadamente hacia 1550 a. C.

Guion / Resumen

IMPERIO MEDIO (2055-1650 a. C.)

Primer Período Intermedio 2160-2055 a. C. Dinastías VII-XI	Dos centros de poder: Heracleópolis (Bajo Egipto) Tebas (Alto Egipto) El poder está descentralizado. El gobierno de las provincias se convierte en hereditario. Gran inseguridad por falta de autoridad fuerte. Tres fases: **Primera**. Dinastías VIII y VIII. Breves reinados manejados por la nobleza. **Segunda**. Dinastías IX y X. Primacía de Herecleópolis. Se contienen incursiones extranjeras. **Tercera**. Dinastía XI (primeros reyes). Capital en Tebas. Se produce la reunificación
Imperio Medio 2055-1650 a. C. Dinastías XI-XII	Mentuhotep II, volvió a reunificar el país. El nombramiento de los nomarcas deja de ser, aunque algunos nomos conservan cierta autonomía Vuelve a cobrar importancia la política edilicia Gran importancia de la XII Dinastía Se impulsa el culto a los monarcas Se reinstala el sistema burocrático. Cobró importancia el ejército sobre todo con Amenemhat I y Sesóstris I. Los *Textos de los Sarcófagos* sustituyen en importancia a los *Textos de las Pirámides.* La economía vuelve a recuperar los ritmos de época anteriores. Sesóstris III pone fin al poder de los nomarcas que son sustituidos por funcionarios. Auge de la clase media (artesanos, comerciantes y agricultores).

Segundo Período Intermedio 1650-1550 a. C. Dinastías XIII-XVII	A partir de Sesóstris III se produce la decadencia que se agudiza al final de la dinastía.
	Con la XIII dinastía Egipto entra en un caos absoluto.
	Tres fases:
	Primera. Hasta la llegada de los hicsos. Dinastías XIII-XIV
	Segunda. Los hicsos. Dinastías XV-XVI.
	Tercera. Tebas y la expulsión de los hicsos
	La presencia de los hicsos va a ser muy importante
	Dan cierta estabilidad al país recuperando presencia internacional.
	Capital en Avaris.
	Introducen nuevas armas (carro, arco arco compuesto, espada curva) que harán un ejercito más poderoso.
	Amosis I, fundador de la dinastía XVIII pone orden en Egipto y vuelve a reunificar el país.

PRIMER PERÍODO INTERMEDIO (2160-2055 A. C.)

Los períodos intermedios en la Historia de Egipto son momentos de transición. Son aquellos en los que el poder centralizado que habían establecido los monarcas, pierde fuerza, el reino se disgrega, y son los poderes locales, unos más fuertes que otros, los que ejercen el control de los territorios. Es una época en la que a pesar de que continuemos hablando de dinastías y de poder más o menos centralizado, lo cierto es que las dinastías están poco definidas y llegan a superponerse. Con un poder que solamente afecta a una parte del territorio se suceden con rapidez unos monarcas a otros, y al igual que las dinastías, también podemos encontrarnos varios monarcas reinando a la vez. En definitiva, estamos ante un reino disgregado, en el que existen numerosos pequeños reinos independientes unos de otros.

Este Primer Período Intermedio se prolongó por más de 150 años y fue la consecuencia de la caída del Imperio Antiguo, herido de muerte desde el reinado de Pepi II. Un reinado muy prolongado, en el que los numerosos descendientes que había dejado, se disputaron el poder encarnizadamente a su muerte. A ello se unió el aumento de poder de los nomarcas, algo que ya hemos ido viendo, así como el hecho de que el cargo pasara a ser heredi-

tario, convirtió los nomos en pequeños reinos. Es evidente que las luchas internas y la falta de control sobre las provincias, unido a una crisis alimenticia, provocada por los bajos niveles de inundación del Nilo, dando como consecuencia cosechas muy pobres, solamente podían dar como resultado la desintegración del poder central.

En este periodo van a surgir dos centros de poder, la ciudad de Heracleópolis en el Bajo Egipto y Tebas en el Alto Egipto. La rivalidad entre ambos centros de poder va a ser muy importante. Un símbolo de la crisis va a ser que no se van a levantar más edificios monumentales como los que se habían construido en el Imperio Antiguo. Al contrario, muchos de ellos se van a destruir fruto de la inseguridad.

Fueron muy frecuentes los saqueos de los templos y la destrucción de estatuas, sobre todo las de los reyes anteriores. A pesar de ello, esos mismos nomancas que ahora gobiernan las provincias como si fueran reyes, les van a imitar en la construcción de tumbas, y tenemos numerosos ejemplos de ellas, aunque no alcanzaron el esplendor del periodo anterior. La crisis económica se acentuó durante las dinastías VII y VIII, lo que llevó a que se produjeran constantes enfrentamientos militares por todo Egipto. Una guerra civil, que al no haber un poder fuerte que lo impidiera, de tanto en tanto asolaba los territorios. Heracleopolis intentó infructuosamente imponer su dominio durante las dinastías IX y X, hasta que una dinastía tebana, la XI logró pacificar el país y reunificarlo de nuevo.

Si bien este es el panorama general, en el que el poder del rey cedió a la presión de los gobernadores provinciales perdiendo el control del reino, la situación real no fue tan clara y las investigaciones han puesto de manifiesto que la práctica totalidad de los gobernadores independientes estaban en la región de Menfis, precisamente la zona sobre la que los reyes habían ejercido un control más férreo, mientras que tenemos muy pocas noticias de lo que sucedía en el sur y de si los nomarcas de esa zona ejercían el poder independiente o estaban bajo el control, aunque no fuera total, de alguno de ellos.

Lo que sí sabemos es que la falta de control generó una gran inseguridad en todo Egipto, tal y como se lee en uno de los papiros de la *Colección Leyden*, conocido como las *Lamentaciones de ipuwer* que, aunque el texto que nos ha llegado es posterior a la dinastía XIX, los egiptólogos señalan que solamente puede recoger el ambiente que se vivía en el Primer Período Intermedio, durante el que se trastocó completamente el orden de cosas tal y como habían venido sucediendo en los siglos anteriores. La confusión política alcanzó niveles altísimos, las leyes no funcionaban y los registros públicos, que habían tenido un papel de primer orden en la estabilización y crecimiento de la economía de Egipto, ya no existían.

Lamentaciones de Ipuwer

El arquero está dispuesto. El malhechor está en todas partes. No hay ningún hombre de ayer. Un hombre va a arar provisto de su escudo. Un hombre destruye a su hermano, el hijo de su madre. Hay hombres sentados entre los arbustos hasta que llega el viajero incauto, para robarle lo que lleva. El ladrón posee riquezas. Las cajas de ébano están rotas. La preciosa madera de acacia es hendida...

... El que no tenía nada de su propiedad es ahora un hombre con riqueza. El hombre pobre rebosa de alegría. Cada ciudad dice: suprimamos a los poderosos entre nosotros. El que no tenía ni una yunta de bueyes posee ahora una manada. Los poseedores de vestidos van ahora en harapos. Oro, lapislázuli, plata y turquesa, cuelgan del cuello de esclavas. Todas las esclavas tienen la lengua libre. Cuando habla el alma, la servidumbre se enoja. Los hijos de los príncipes son estrellados contra las paredes...

Traducción Federico Lara Peinado

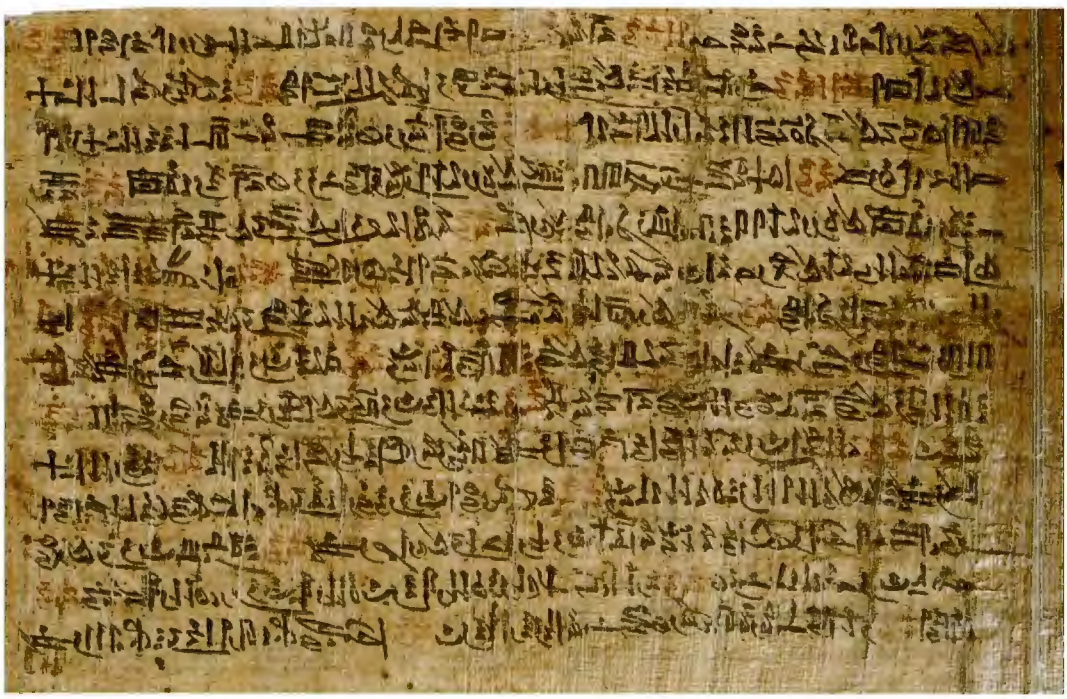


Figura 7. Lamentaciones de Ipuur (Papiro Leiden)

En el Primer Período Intermedio podemos distinguir tres fases netamente diferenciadas. Una primera muy breve no más de 25 años, ocupada por la VII y VIII dinastías. Se suceden un buen número de monarcas que reinarán por muy poco tiempo. No tenemos la certeza de sus nombres ni de su número; tampoco del orden de sus reinados. Se pone en duda si eran capaces de gober-

nar por sí mismos o eran simples instrumentos manejados por una nobleza que se ha instalado en los nomos creando diminutos reinos de los que pocos destacan. La segunda fase es la del ascenso de Heracleópolis, Dinastías IX y X. Esta ciudad, cercana al Fayum, logró una cierta primacía sobre el resto de nomos. La capitalidad, que en principio estuvo en Heracleópolis, posteriormente se trasladó a la zona de Menfis. Estas dinastías ejercieron su control sobre toda la zona del delta, conteniendo las incursiones de extranjeros, pero en ningún momento lograron extender su influencia hacia el sur, aunque, parece ser, que sí llegaron hasta Tinis. La tercera fase tiene lugar durante el reinado de los primeros monarcas de la Dinastía XI con capital en Tebas. Ellos, como hemos dicho, lograron la reunificación de Egipto y la fundación del Imperio Medio.

VII-VIII Dinastía	IX-X Dinastía	XI Dinastía
Kakare Aba	Meribre Heti I	Antef I
	Neferkare	Antef II
	Nebkaure Heti	Antef III
	Uakare Heti	Mentuhotep I
	Merikare	
		Reyes del Imperio Medio

Los monarcas

Primera fase: dinastías VII y VIII (2181-2160 a. C.)

Ya hemos mencionado que las dinastías VII y VIII son muy mal conocidas, hasta el punto que se debate la existencias real de la VII. La única referencia que tenemos de ella es gracias a Manetón, que en un primer fragmento dice que la VII dinastía, con capital en Menfis, estuvo formada por 70 reyes que reinaron 70 días, en otro que fueron cinco, que reinaron 75 días y en un tercero que fueron cinco, que reinaron 75 años.

A pesar de ser considerada ficticia y los monarcas que la integraron en realidad debían ser los últimos de la VI dinastía, algunos estudios recientes han buscado otra solución y consideran que una serie de faraones que con anterioridad se habían encuadrado en la parte central de la VIII dinastía, deben ser considerados como integrantes de la VII. Las listas reales, como el *Papiro de Turín*, no contribuyen a arrojar luz y nos encontramos ante un dilema de difícil, solución por la falta de consenso entre los egiptólogos, formando, cada uno a su manera, la VII y la VIII dinastía con criterios válidos pero difícilmente demostrables por el momento.

La VIII dinastía presenta los mismos problemas que la VII: desconocimiento del número de reyes que la forman. Los que se conocen, ficticios o no, somos incapaces de colocarlos por orden

cronológico, más allá de la información que nos dan las listas reales. Manetón nos informa de que estuvo compuesta por 17 reyes que reinaron 146 años, cifra del todo exagerada. Se cree que en realidad no debió sobrepasar los 45 años de duración. La capitalidad probablemente se mantuvo en Menfis. Cinco de los reyes que supuestamente forman parte de esta dinastía llevan el nombre de Neferkare, por otra parte relacionados con Pepi II. Ello ha llevado a la suposición que pudieron ser descendientes suyos que de alguna manera intentaban mantenerse en el poder. El único monarca de esta dinastía del que hay cierta seguridad de su existencia es **Kakare Aba**, decimocuarto de la dinastía, cuya tumba, una pequeña pirámide, está en el sur de Saqqara.

A pesar de que los desconocemos casi en su totalidad, si sabemos que el poder de todos estos monarcas de la VII y VIII dinastía no debía ir más allá de la región de Menfis. El delta había sido invadido por poblaciones extranjeras provenientes del Este como ya dijimos y la zona central de Egipto parecía estar cambiando.

Segunda fase: dinastías IX y X (2160-2025 a. C.)

Las dinastías egipcias IX y X tienen una mayor consistencia histórica que las dos anteriores. En la zona central de Egipto, los príncipes de Heracleópolis poco a poco se habían ido imponiendo. Hasta ella no habían llegado más invasiones del norte y los intercambios con Nubia estaban siendo fructíferos. Si la relación con el Imperio Antiguo era evidente en las dos anteriores dinastías, también lo es en estas IX y X en las que la necrópolis real probablemente continua en Saqara, aunque la necrópolis real descubierta en Dara, cerca de la actual Manfalut, lo pone en duda.

Es cierto que conocemos los nombres de los reyes, pero es muy poco lo que sabemos de cada uno de ellos. Oficialmente, el primer monarca de esta dinastía, que apenas duro unos 30 años, pudo ser **Meribre Heti I**, quien logró imponerse sin oposición a los gobernantes de los nomos cercanos. Arqueológicamente, está atestiguado por algunos objetos de uso cotidiano que llevan su nombre y un fragmento de ataúd de marfil. Es muy probable que Meribre se considerara heredero de los últimos reyes de la VI dinastía. Si hacemos caso a Manetón debió ejercer el poder con extrema rudeza hasta el punto de acabar devorado por un cocodrilo. Su posición al inicio de esta IX dinastía ha sido discutida y para algunos egiptólogos habría que situarlo a finales de la X. Con independencia de las listas reales, en dos ocasiones más tenemos restos arqueológicos de un monarca que lleva el nombre de Heti, **Nebkaure Heti**, conocido por una pesa y **Uakare Heti**, no sabemos si de la IX o de la X dinastía, documentado en un sarcófago, que no era el suyo, pues fue fabricado en la XII dinastía para un funcionario, en los textos escritos sobre él aparece el nombre de Uakare Heti. De la X dinastía, seguramente el mejor conocido es **Merikare**, gracias y sobre todo a las llamadas *Enseñanzas de Merikare*, una obra sapiencial que supuestamente dejó escrita su padre para que le sirviera de guía para el

buen gobierno. Al margen de esta obra, una serie de objetos con su nombre han sobrevivido, como una paleta de madera procedente de una tumba de Asyut y un grupo de estelas que podrían pertenecer a una pirámide de culto funerario en Saqqara.

Tercera fase: el ascenso de Tebas. Dinastía XI (2125-2065 a. C.)

La numeración de las dinastías puede dar la falsa impresión, de que la sucesión era lineal y cronológica, pero es evidente que no era así. Mientras que en el norte, en torno a Menfis y Heliópolis se hacen con el poder los monarcas de la IX y la X dinastías, e intentan poner orden en la zona del delta, en el sur una serie de monarcas controlaron de modo efectivo el Alto Egipto fundando la XI dinastía, con capital en Tebas. La lucha entre la X dinastía Hercleopolitana y la XI Tebana se prolongará cerca de un siglo. Ambas rivalizarán en atraerse a los nomos del Egipto Medio que eran fundamentales para los intereses de cada una de ellas. Tenemos un pequeño relato de los acontecimientos gracias a las tumbas de algunos nobles de la época.

Figura 8. Representación de Anktifi en su tumba de el Mo'Alla.

Sabemos que **Neferkare** decidió frente a los intereses expansionistas del Tebas, donde acababa de subir al trono **Mentuhotep I**. **Anktifi**, nomarca de **Nejem**, tercer nomo del Alto Egipto, y aliado de Heracleópolis, atacó, con cierto éxito, a los nomos favorables a Tebas, entre otros Edfu. Después, con la ayuda de Elefantina decidió atacar directamente a Tebas y Coptos, pero no logró su objetivo. Anktifi actuaba con total independencia y no sabemos con certeza si defendía los intereses de los soberanos de Heracleópolis o los suyos propios. Desconocemos si fue derrotado o si detuvo la ofensiva por iniciativa propia a causa de motivos internos, como una mala cosecha que provocara el desabastecimiento de las tropas. Posteriormente, en la zona de Abidos se dieron numerosos enfrentamientos de pequeño calado. Los sucesores de Mentuhotep I, **Antef I**, **Antef II** y **Antef III**, continuaron la lucha contra los monarcas de Heracleopolis. La muerte de Anktifi y la actuación de Antef II, posibilitaron que Tebas controlase el territorio hasta la primera catarata, se conquistó Abidos y se colocó la frontera a la altura de Qau, en el nomo 10 del Alto Egipto. Con Antef III se llevó la frontera hasta Asiut. Tras ellos, **Mentuhotep II**, se proclamó «unificador de las dos tierras», acabó con el poder de Heracleopolis e inauguró el Imperio Medio.

Civilización del Primer Período Intermedio

Un aspecto a destacar es que a diferencia de la decadencia política, en el terreno económico, este Primer Período Intermedio no es una época de decadencia. Se mantienen los intercambios comerciales y se produce una mayor distribución de la riqueza, aunque la situación de los campesinos habitualmente era muy mala y casi siempre estaban cercanos a la miseria. La población más desfavorecida tendió a concentrarse en las ciudades donde creían que la subsistencia sería posible. En el sur, Elefantina tuvo un gran desarrollo, lo mismo que Edfu. Un indicativo de la prosperidad económica de algunos sectores son las tumbas de los nobles locales, que siguen estando ricamente decoradas.

Pero esta prosperidad económica no quiere decir que no hubiera momentos de crisis. Sabemos que se produjo una carestía de alimentos, que muy probablemente hay que relacionarla con crecidas irregulares e insuficientes del rio Nilo. Durante todo el Imperio Antiguo se había detectado un paulatino retroceso de las aguas en los momentos de la inundación con un consiguiente aumento de la aridez de los terrenos cultivables y una disminución de las cosechas y la aparición de hambrunas que fueron muy frecuentes en el Primer Período Intermedio. Sin duda, se trató de un cambio climático que provocó una pertinente sequía y el avance del desierto sobre la zona fértil de Egipto.

En la biografía de Ankhtifi, como hemos dicho nomarca de Hieracómpolis, están claramente reflejadas estas crisis alimentarias. Se menciona incluso que los padres llegaron a comerse a los hijos y como Ankhtifi socorrió a muchos nomos llevándoles trigo.

Biografía de Ankhtifi

Ankhtifi es el ejemplo de nomarca guerrero del Primer Período Intermedio. En su tumba de Mo'Alla, antigua Hefat dejó esculpida en las paredes su biografía.

§.1 El noble Hereditario, Príncipe, Canciller del Rey del Bajo Egipto, Compañero Único, Sacerdote Lector, Jefe del Ejército, Jefe de los Intérpretes, Superior de los Países Extranjeros, Gran Jefe de los nomos de Edfú y de Hieracómpolis, Ankhtifi dice:

§.2 Horus me llevó al nomo de Edfú, para su beneficio, y yo (lo) hice, ya que Horus deseaba que yo restableciera el orden pues me había llevado a ese nomo para que restableciera el orden. Encontré la casa de Khuu inundada como una marisma, descuidada por el que la tenía a su cargo, en manos de un agitador, bajo la dirección de un miserable. Yo hice que el hombre abrazara al que había matado a (su) padre, al que había matado a su hermano, para restablecer el nomo de Edfú. Que feliz el día que encontré la prosperidad en este nomo. No permitiré que el ardor de la discordia prevalezca (nuevamente) sobre él después de la destrucción malvada que los hombres detesten realizar.

§.3 Yo soy la vanguardia de los hombres; yo soy la retaguardia de los hombres, uno que encuentra la determinación cuando (es) necesario, un principal de la tierra, gracias a una conducta (bien) dirigida, uno poderoso de palabra, que controla su corazón el día en que se unen los tres nomos. ¡Yo soy un bravo que no tiene igual!, que supo hablar con libertad cuando las gentes callaban, el día de infundir temor, cuando el Alto Egipto estaba en silencio.»

§.4 En cuanto a todos los hombres a quienes yo extendí la mano, nunca nunca les alcanzó ningún mal, porque mi corazón está (como) sellado y mis deseos son excelentes; pero los ignorantes, los miserables que se levantaron contra mí, han recibido han recibido conforme a lo que dieron. Desdichado aquel a quien he elevado otras veces, porque hice que su casco navegara como un bote, Porque yo soy un hombre valiente que no tiene igual.

§.5 El príncipe y el gobernador, el tesorero del rey del Bajo Egipto, el compañero único, el líder de los profetas, el jefe de las regiones montañosas, el jefe de los intérpretes, el gran jefe de los nomos de Edfu y Hieracómpolis, Ankhtifi el Valiente, dice: «Soy la vanguardia de los hombres y la retaguardia de los hombres porque un hombre como yo no existía y nunca existirá, porque un hombre como yo no ha nacido y nunca volverá a nacer. Deseo hacer más que lo que hicieron mis antepasados y mis sucesores nunca me igualan durante este millón de años, en todo lo que hice. De hecho, si, por un lado estoy satisfecho con esta tropa de Hefat (= Mo'ana) este país igualmente está satisfecho, pero, por otro lado, si caminamos sobre mi cola como si fuera la de un cocodrilo, el sur y el norte, todo este país está bajo el terror. Si tomo los remos (l), los encuentro ... encerrado, Los cerrojos están pasados. En cuanto al que se camufla en Abydos para traicionar su deber , el vigilante, que está en las murallas, la marca (q). Y si Provoco la disputa, el desgraciado llora: "Es. una desgracia!". Porque soy un hombre valiente que no tiene igual».

El Gobernador y el comandante del ejército del nomo de Hieraconpolis en su totalidad, Ankhtifi el Valiente, dice: «Traje al gobernador del sur que reside en el nomo thinita (y) toma el consejo de [mi padre], el líder de los profetas, El gran jefe del mediodía de Hieracómpolis, Hetep. Ciertamente no es algo que hayan

hecho los otros nomarcas de este nomo, yo lo hice gracias a mis excelentes planes, gracias a mis palabras previsoras, gracias, finalmente, al cuidado que puse en ello, día y noche. Es porque soy un hombre valiente que no tiene igual».

§.6 El príncipe hereditario, el gobernador, el jefe del ejército Ankhtifi el Valiente, dice: «el jefe del ejército de Ermant vino a decir: «¡Mira hombre valiente! Baja la corriente hasta las fortalezas de Ermant». Así baje la corriente hasta las regiones occidentales de Ermant y descubrí que Tebas y Coptos, en su totalidad habían asaltado las fortalezas de Ermant en la región llamada «Colina de Sémekhsen». Esta es la causa por la que vino a mí. Entonces, mis brazos fueron fuertes, allí, contra ellos, como un arpón en la nariz de un hipopótamo a la carrera. Luego subí la corriente para demoler sus fortalezas con la valiente ropa de Hefat. Es porque soy un hombre valiente que no tiene igual»

§.7 El gobernador, el jefe del ejército de Hieracómpolis, Ankhtifi el Valiente dice: «habiendo descendido la corriente con mis hombres fieles y valientes, me acerqué a la orilla oeste del nomo de Tebas. La parte delantera de la flota estaba a la altura de la Colina de Semekhsen y la trasera a la altura del territorio de Tchemy. Mis fieles reclutas buscaron el combate en la región occidental de Tebas, pero nadie se atrevió a hacerles frente por temor a ellos. Después de descender la corriente me acerque la orilla oriental de nomo de Tebas, la parte trasera de la flota a la altura de la tumba de Imby y la delantera a la altura de la planicie de Sega. Los muros de sega fueron asediados después de que la ciudad cerrara sus puertas delante de él. Luego estos valientes y fieles reclutas se convirtieron en exploradores de las regiones situadas en el oeste de este nomo de Tebas, deseosos de buscar pelea, pero nadie se atrevió a salir por temor a ellos, porque soy un hombre valiente que no tiene igual.

§.9 El príncipe, el gobernador, el tesorero del rey del Bajo Egipto, el único compañero, el sacerdote lector, el jefe del ejército, el jefe de las regiones montañosas, el jefe de los intérpretes, el jefe principal de los nomos de Edfu y de Hieracómpolis, Ankhtifi el Valiente, dice: «Le di pan al hambriento y ropa al desnudo; ungí al que no estaba ungido y calce que no tenía zapatos (f); Le di una esposa a quien no tenía esposa. Di vida a Héfat , Hormer y... allí un momento cuando el cielo estaba en las nubes y la tierra en el viento, [y donde todos los hombres murieron] de hambre en este banco de arena de Apophis (j). [El Sur vino] con su gente, el Norte vino [con] sus hijos. Yo traje mi trigo del sur, e hice que este trigo del sur llegara rápido; Hacia el sur, alcanzó el país de Wawat, y hacia el norte, alcanzó el nomo de Thinis. Todo el Alto Egipto se estaba muriendo de hambre, hasta el punto de que muchos hombres (habían llegado) a comerse a sus hijos, pero yo, me aseguré de que nadie muriera de hambre en este nomo. Le concedí un préstamo de grano al Alto Egipto y (le di) al Norte [trigo del Alto Egipto] que se recibió en ración. Ciertamente, no es algo que hayan realizados los nomarcas que existían antes que yo; nunca (de hecho), un comandante del ejército de este nomo hizo algo asi. Di vida a la casa de Elefantina. Di vida a t-Ngn durante aquellos años las ciudades de Héfat y de Hormer estuvieron satisfechas. No es cierto que encontrara algo que había realizado mis padres. Yo he sido una montaña para Hefat y una sombra fresca para hormer»

Ankhtifi dijo: «Todo el país se había convertido en un saltamontes hambriento, (la gente) iba, una al norte y otra al sur, pero yo Nunca permití que sucediera que un hombre fuera llevado de este nomo a otro nomo, porque soy [un hombre valiente que no tiene igual]».

(Trad. J. Vandier)

En el aspecto cultural, el Primer Período Intermedio tampoco fue una época de retroceso como cabría esperarse. La literatura de este período va a ser muy rica, teniendo un gran desarrollo la llamada literatura sapiencial, con las *Enseñanzas de Merikare* como obra de referencia. Es una obra que, en cierta medida, está en la línea de las *Máximas de Ptahotep* del Imperio Antiguo. El relato tradicional mantiene que se trata de una obra escrita por el padre de Mericare en la que le daba consejos para que su gobierno fuera provechoso. Esto no lo podemos asegurar, pues los manuscritos conservados pertenecen al Imperio Nuevo y actualmente se cree que fue escrita durante el reinado de Merikare y por tanto es un relato de ficción. A pesar de ello se trata de un relato plenamente sapiencial en el que se da instrucciones para que el rey sepa como actuar en cada momento. Aconseja la paz, que el pueblo este bien atendido, que se instruya a los funcionarios y se les pague y que se ponga un gran esmero en el cuidado de las tumbas.

Mito de Osiris

Osiris desciende de Ra, es hijo de Geb (la tierra) y de Nut (el cielo). Estaba casado con Isis. Osiris enseños a los hombres todo aquello que les era necesario, suscitando así la envidia de su hermano Seth que gobierna el desierto. Seth conspira contra Osiris y son 72 cómplices le atrae a una trampa y le asesina, descuartiza el cuerpo y los despojos los arroja al Nilo. Isis, cuando se entera de la muerte de su esposo pide ayuda a Neftis y a Toth y recorre el país buscando los pedazos de Osiris. Donde encontraba un fragmento levantaba un templo para adorar la reliquia hallada. Isis logró encontrar todos los fragmentos de Osiris excepto su pene que había sido devorado por un pez. Ayudada por Anubis, Isis recompone el cuerpo de Osiris llevando a cabo una serie de ceremonias: Apertura de los ojos, Apertura de la boca y Momificación. Por medio de la magia, Isis se convierte en un ave rapaz que con sus aleteos provoca un aire reanimador, se posa sobre Osiris y queda embarazada de Horus. Horus será el hijo póstumo de Osiris. Osiris se convierte en un dios de la naturaleza, que muere en la estación seca y revive tras la crecida del Nilo. También es el soberano de la ultratumba, preside el juicio a los difuntos donde se decide si tendrá vida eterna. De él depende el orden político y es el legitimador del monarca.

Traducción J. Vandier

Pero si la literatura sapiencial busca sacar del individuo sus capacidades de buen gobierno, las lamentaciones como las del **Ipuwer**, lo que reflejan es la anarquía y la inseguridad de la época. Narra como una mujer que solo tenía una caja, ahora tiene muebles, y que una niña, que contemplaba su rostro en el agua, ahora tiene espejo, un hombre rico, ahora solamente tiene harapos; pide que el rey cumpla con su deber y destruya a sus enemigos. El caos es la consecuencia de la descomposición del poder cen-

tral. No hay seguridad de la época en la que se escribieron estas lamentaciones, pues el manuscrito es del Imperio Nuevo y puede reflejar la situación tanto del Primer Período Intermedio como del Segundo. Es una literatura que podemos llamar catastrófica de la que también formaría parte el *Diálogo del Desesperado con su alma*, una lírica apocalíptica en la que se pone de relieve la inutilidad de la existencia y el escepticismo ante la vida.

Otro tipo de literatura serán los *Textos de los Sarcófagos*, que aparecen a finales del Imperio Antiguo, pero que en este Primer Período Intermedio, y a lo largo de todo el Imperio Medio, van a alcanzar un gran desarrollo. Fueron sobre todo adoptados por las clases altas egipcias para asegurarse la vida de ultratumba a la que a partir de este Primer Período Intermedio ya tiene acceso todo el pueblo, no solo los reyes.

En el aspecto religioso también hubo notables cambios. Si hasta ese momento se había considerado que los monarcas estaban íntimamente ligados a los dioses, con la crisis política, el pueblo va a perder parte de estas creencias. La llegada del desorden es vista como que el pueblo ha sido abandonado por ellos y el rey es el responsable de este abandono. El culto al monarca comienza a ser sustituido por el culto a otros dioses, normalmente a aquellos por los que más devoción tienen los nomarcas más poderosos. Así, los cultos locales adquirieron una relevancia muy importante, como el de Amón en Tebas, pero también la falta de alimentos provocada por las escasas crecidas del Nilo va a favorecer que las divinidades relacionadas con la fertilidad, como Osiris, adquieran des mismo modo una gran importancia.

Osiris también va tener una gran difusión y un papel destacado en el culto funerario y en él participará toda la sociedad egipcia, desde los máximos dirigentes a las capas más bajas. Todos los egipcios, como avanzamos antes, ya tienen acceso a la vida del más allá. En este aspecto, el culto a Osiris, y a los dioses que forman parte de su mito, sustituye el culto al monarca y Osiris pasó a convertirse en el dios de los muertos por excelencia.

El culto a Osiris y su auge van unidos a otro fenómeno que se produce en este Primer Período Intermedio y es la evolución en la moral. Adquieren gran importancia las ideas de justicia y de caridad. El paso a la vida eterna depende únicamente de nuestras acciones en la tierra. Nuestras acciones serán juzgadas después de la muerte, en el acto en el que Anubis, en presencia de Osiris, pesa el corazón del difunto para determinar la bondad de sus acciones. Para poder pasar al otro mundo hay que ser puro y haber sido purificando con todos los ritos prescritos; es necesario que se haya sido justo en vida, y presentarse con el cuerpo intacto, de ahí la importancia de la conservación del cuerpo y de los rituales de purificación. Si cumple con todo lo establecido y el pesado de su corazón es favorable, un barquero le ayudará a atravesar el lago que hay a la entrada del más allá.

Figura 9. Juicio de Osiris. British Museum. Londres.

Un último aspecto a destacar en este Primer Período Intermedio, es la importancia que va a adquirir el ejército, que hasta ese momento solamente había tenido un papel secundario. A partir de aquí, los nomarcas se van a preocupar mucho por su existencia y por su mantenimiento. El ejército se convierte en indispensable para conservar el poder. En las *Instrucciones de Merikare* se refleja la preocupación los jóvenes y que se les concedan privilegios, pues ellos son la base de las tropas. Junto a los jóvenes egipcios van a entrar en escena los mercenarios, generalmente procedentes de Libia y de Nubia. El poder del ejercito será perfectamente aprovechado, primero por algunos de los nomarcas como el conocido Ankhtifi, y sobre todo por los reyes tebanos, como los Mentuhotep, quienes a la postre lograran, con la colaboración del ejército, reunificar nuevamente Egipto.

IMPERIO MEDIO (2055-1650 A. C.)

El Imperio Medio da inicio a la época clásica de Egipto. Tiene también unos comienzos bastante oscuros, entremezclando su historia con la del Primer Periodo Intermedio. Hasta que **Mentuhotep II** logra unificar nuevamente Egipto, los monarcas tebanos de la XI dinastía comparten el gobierno de un país dividido, sumergido en conflictos de todo tipo, y en el que la X dinastía está firmemente establecida en el norte. La capital de la XI dinastía fue Tebas, pero con la XII se trasladó a las proximidades de Menfis. Desde la entrada del Delta se podía hacer un control más efectivo de todo el país.

Tradicionalmente, el Imperio Medio estuvo integrado por dos dinastías, la XI y la XII, cubriendo un arco temporal de unos 250 años. Esto no es aceptado por todos los egiptólo-

gos y muchos defienden la inclusión en este Imperio Medio, la primera mitad de la dinastía XIII (egipcia) que compartiría tiempo con la XIV (asiática). La inclusión de la primera parte de la XIII dinastía está muy aceptada pues, entre otras cosas, no llega a trasladarse la capital, ni hay una reducción significativa de las formas de gobierno. Sí que se produjo, una cierta disminución en la actividad edilicia y una menor duración de los reinados de los monarcas. Por otra parte, un problema importante afecta a este periodo y sobre todo a la XII dinastía y es el de la corregencia de algunos de los reinados, que parecen indicar las llamadas estelas de «doble datación» en las que podemos observar dos reyes sucesivos con fechas diferentes; para unos sería el indicativo de que compartieron el poder, para otros son las fechas en las que el dueño de la estela vivió entre ambos reinados y se trataría de las fechas en las que ejerció su cargo.

XI Dinastía	XII Dinastía
Reyes del Primer Periodo Intermedio	Amenemhet I
	Sesostris I
	Amenemhet II
Mentuhotep II	Sesostris II
Mentuhotep III	Sesostris III
Mentuhotep IV	Amenemhet III
Mentuhotep V	Amenemhet IV
	Sebeknefrure

Los soberanos

XI dinastía

Ya vimos como parte de la XI dinastía compartió gobierno y un territorio dividido con los monarcas de la X dinastía. **Uakare Heti** había logrado una cierta paz con los monarcas tebanos. Con la ayuda de otros nomarcas liberó el delta de pueblos extranjeros, reorganizó en cierta medida las provincias y comenzó una labor colonizadora para que sirviera de tapón contra las invasiones. Mientras tanto, en el sur subió al trono **Antef III**, que apenas reinó ocho años. Durante su gobierno ya se pusieron las bases de la unificación, aunque ésta la completaría su sucesor. Antef III comenzó a restaurar templos significativos para el poder real como el de **Heqaib**, construido por este nomarca durante la VI dinastía, cerca de Elefantina.

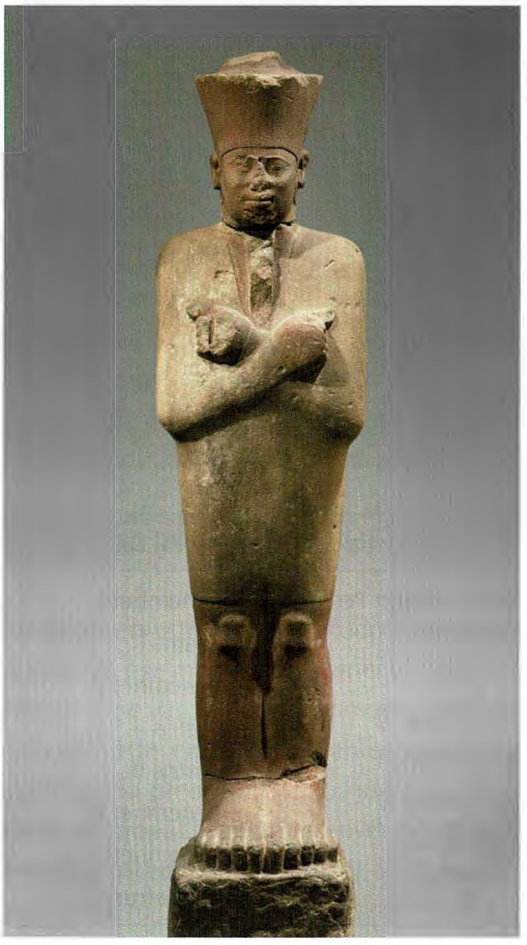


Figura 10. Mentuhotep II. Metropolitan Museum. Nueva York Foto MET.

Está mayoritariamente aceptado que el Imperio Medio lo inicia **Mentuhotep II**, con quién se vuelve a unificar Egipto, aunque es probable que cuando accedió al trono, esa unificación estuviera ya muy avanzada, pero que no se logró hasta bien entrado su reinado, tras un último conflicto entre Tebas y Heracleópolis. De este conflicto no tenemos noticias, aunque algunos egiptólogos han creído ver su reflejo en la Tumba de los Guerreros en Deir el Bahari, cerca del complejo funerario de Mentuhotep II, donde aparecieron 60 soldados enterrados sin momificar, pero perfectamente conservados. En el norte, la muerte de Merikare acabó con la resistencia de Heracleópolis, y Mentuhotep II pudo reunificar el país de modo teórico, aunque de modo efectivo todavía tardó algunos años. La inseguridad perduró por algún tiempo como indica el que es frecuente encontrar armas en los ajuares funerarios. Mentuhotep II poco a poco consolidó las fronteras. Restableció las relaciones diplomáticas que con las dinastías anteriores se habían perdido.

Reanudó la costumbre de enviar expediciones a Nubia, en donde desde finales del Imperio Antiguo, Egipto había perdido toda la influencia. Tras las campañas en Wawat, dirigidas por su Visir **Khety**, pudo obligar a los nubios a que de nuevo pagaran tributos. Para un mejor control de Nubia asentó tropas en una fortaleza construida en Elefantina, cerca de Asuán. Hacia oriente, de nuevo reabrió las rutas comerciales que iban a las canteras y las minas del Sinai, controlando el desierto con su canciller **Meru**. Así mismo, retomó la costumbre de que los monarcas fueran deificados, y él mismo se describe como hijo de Hathor. Utilizó con frecuencia los símbolos de Amón y Min, intentado recuperar de alguna manera el culto a los soberanos que establecieron los monarcas del Imperio Antiguo.

Con Mentuhotep II se recuperó la política edilicia y las obras públicas cobraron de nuevo importancia. Por desgracia, la mayor parte de los edificios que construyó han desaparecido, pero sabemos que fue pródigo levantando templos y santuarios. La idea de qué tipo de construcción llevó a cabo nos la da su complejo funerario en Deir el Bahari.

Fue sucedido por su hijo **Seankhkare**, **Mentuhotep III**. Su reinado coincide con la caída de la III dinastía de Ur. Al contrario que su padre es un monarca pacífico que va a centrar su actividad en la construcción de edificios, sobre todo en las localidades de Elefantina, El-Kab, Tod, Ermant, Abydos y la propia Tebas. Además continuó con la construcción de fortificaciones en la zona este del delta, con gran probabilidad para evitar incursiones de los pueblos asiáticos.

De su reinado sólo tenemos noticias de una expedición, realizada al País del Punt, casi con seguridad, en busca de incienso. Al frente de ella estuvo **Henenu** y la componían unos tres mil hombres. Por una serie de cartas del sacerdote Heqanakht, dirigidas a su hijo Mersu, sabemos que durante su reinado se produjo escasez de alimentos. Tal vez las condiciones climáticas del periodo anterior no habían mejorado.

No es clara la sucesión de Mentuhotep III pues tenemos un vació de información. Es probable que existiera un **Mentuhotep IV**, pero no está documentado en las listas reales. Pudo ser un usurpador que no era miembro de la familia real e hijo de una plebeya. Una inscripción de las canteras de Hatnub nos transmite que el ambiente político comenzó a enrarecerse sobre todo en la zona media de Egipto. También sabemos que en esta época el visir Amenemhat organizó una expedición al Wadi Hammamat, atestiguada por una inscripción en una de las canteras. Más insegura aún es la existencia de un **Mentuhotep V**, que pudo desplazar violentamente del trono a su predecesor. Con estos últimos monarcas se acentúa la inestabilidad política, con luchas constantes entre los aspirantes al trono, provocando una crisis que desembocó en el establecimiento de una nueva dinastía.

XII dinastía

Profecia de Neferti

[...] Entonces un rey vendrá del sur, Ameny, el justificado. Hijo de una mujer de Ta-Seti, hijo del Alto Egipto. Se pondrá la corona blanca. Llevará la corona roja; unirá a las dos poderosas; satisfará a los dos señores con aquello que deseen. El roedor de los campos estará en su puño, el remo... ¡Alégrate pueblo de su tiempo! El hijo de un hombre establecerá su fama para siempre y eternamente. Los que se inclinan al mal y los que maquinan rebelión bajaron sus voces por miedo a él. Los asiáticos caerán bajo su espada y los libios a su llama. Los rebeldes ante su cólera, los traidores ante su poder. La serpiente de su frente somete a los rebeldes para él. Alguien construirá os «Muros del gobernante» para impedir que los asiáticos entren en Egipto [...]

Traducción J. Vandier

La XII dinastía probablemente fue una de las más importantes no sólo de este período, sino de toda la historia de Egipto. Buscó recuperar algunas de las tradiciones del Imperio Antiguo que le asemejaran a él, como volver a elegir la pirámide como complejo funerario y tumba real. Se vuelve a implantar el sistema burocrático de las primeras dinastías y se impulsa, de nuevo, el culto al monarca.

El ambiente en el que llega esta XII dinastía de alguna manera recuerda un poco la situación del Primer Período Intermedio, pero con la diferencia de que logró hacerse con el poder un monarca poderoso, **Amenemhat I**, que supo instalar en el trono una dinastía que controló con suficiencia la situación y supo restablecer un poder centralizado. No quiso romper con el pasado, pero sí quería que fuera visto como una nueva era. Respetó la memoria de los monarcas anteriores, buscando la legitimación de su acceso al trono. Algo a lo que ayudó la llamada *Profecía de Neferti*, un texto literario elaborado, probablemente por orden suya, para justificar su llegada al trono.

El fundador de la dinastía, Amenemhat I, para muchos era el Visir de Mentuhotep IV que realizó la expedición al Wadi Hammamat. Esto no es aceptado por algunos egiptólogos, pues no hay pruebas concluyentes que puedan avalar la identificación de ambos personajes.

La primera medida del nuevo monarca fue trasladar la capital a las proximidades de Menfis, donde creó un nuevo centro administrativo, **Iti-tawy**, para así poder ejercer un mejor control sobre el Bajo Egipto, y hacer frente a posibles invasiones, tanto de libios como de asiáticos. Pero éste pudo no ser el único motivo. Una nueva ciudad significaba un nuevo gobierno y un nuevo sistema. Los funcionarios, al ser trasladados, perdieron parte de su poder y parte de sus recursos propios, dependiendo ahora totalmente del monarca.

Fuente: Atlas Histórico. Mundo Antiguo. National Geographic

Mapa 4. Egipto en época de Sesostris III

Sin embargo, no sabemos en qué momento de su reinado se llevó a cabo el traslado, ni tampoco conocemos el lugar exacto en el que se levantó, sólo que estuvo en la región de Menfis, cerca de El Fayum y de la necrópolis de Lisht. Para algunos investigadores este traslado debió ser bastante tardío, en la última etapa de su gobierno, algo que parece contradecir los pocos monumentos construidos en este periodo en Tebas, así como la ausencia de tumbas de funcionarios a partir de la época de Mentuhotep II.

El empleo del ejército va a tener una gran importancia durante su reinado. Se trata, básicamente de ejércitos privados que le proporcionan los nomos y con los que hace frente a los asiáticos en el Delta. A la vez creó un sistema de defensas, de los que no se han encontrado restos en la parte oriental, pero que conocemos por la literatura, para que no se produjeran nuevas incursiones de extranjeros. Sabemos de la construcción de fortalezas y puestos avanzados en Semna, Quban, los dos en Nubia y de su interés por la explotación de las minas de oro de Wadi Allaqi, en el desierto oriental de Egipto.

Asesinato de Amenemhat I

Tras la cena, cuando la noche había caído y había pasado una hora de felicidad. Estaba dormido sobre mi cama, estando cansado y mi corazón comenzó a quedarse dormido. Cuando las armas de mi consejo fueron empuñadas me convertí en una serpiente de la necrópolis. Cuando lo hice, me desperté para luchar y me encontré con que era un ataque de mis guardaespaldas. ¡Si hubiera cogido las armas en mi mano con rapidez habría hecho retroceder a los desgraciados con una carga! Pero nadie es poderoso durante la noche, nadie puede luchar solo; ningún éxito se consigue sin ayuda. Mira, mi herida tuvo lugar cuando me encontraba sin ti, cuando mi séquito todavía no había escuchado que te lo entregaría, cuando todavía no estabas sentado conmigo, que te daría consejos; porque yo no lo previ y mi corazón no pensó en la negligencia de los sirvientes.

Traducción J. Vandier

Muy probablemente las campañas militares de Amenemhat I no fueron más allá de Elefantina en la primera etapa de su gobierno. Nubia había dejado de ser un pacífico destino en busca de materias primas, para convertirse en un objetivo militar. Así lo demuestran las incursiones realizadas por este monarca, que no sólo buscaba piedra, oro y otros productos, sino también el establecimiento de colonias permanentes. La última de tales incursiones fue mandada por su hijo Kheperkara Senusret, **Sesostris I**.

Como había previsto Amenemhat I, la sucesión a su muerte no fue demasiado violenta, pero si dramática, pues el monarca fue asesinado. No sabemos hasta qué punto funciona el sistema de la corregencia establecida por Amenemhat I, pero sí qué mientras que Sesostri I estaba en Nubia al mando de una expedición ordenada por su padre, se produjo una conjura

que acabó con el más que probable asesinato del monarca y que es recogida en un manuscrito de la XII dinastía que seguramente fue compuesto por orden de Sesostris I como método de legitimación de su acceso al trono. Supuestamente es Amenemhat I quien desde la tumba narra los acontecimientos.

Sesostris I accedió al trono sin demasiados problemas, de lo que se deduce que el sistema ideado por su padre funcionó como él esperaba. Tuvo un largo reinado unos cuarenta y cinco años, de los que los 10 primeros habrían sido compartidos con su padre, desempeñando la corregencia. Pero las *Enseñanzas de Amenemhat* parecen contradecir esta afirmación donde el rey pide a Seostris que le suceda, no que compartiera el trono.

Por la información que poseemos su reinado fue muy pacífico, sin grandes conflictos.

La primera acción de Sesostris fue castigar a aquellos que habían conspirado contra su padre y acabado con su vida.

Aparte de esta demostración de fuerza, su reinado fue bastante pacífico, excepto esos primeros diez años de corregencia, en los que la política exterior la llevó su padre. No tenemos noticias de que se produjeran conflictos importantes, pero sí de que concluyó proyectos ya iniciados.

Mantuvo buenas relaciones comerciales con Asia, Creta, Siria y Chipre. Por el sur amplió el control del territorio enviando varias expediciones a Nubia que llegaron más allá de la segunda catarata. En Buhen, Sesostris levantó una estela y construyó un fuerte, con lo que la Baja Nubia se convertía en una especie de provincia de Egipto. El comercio continuó con la Alta Nubia; de allí obtenían oro, cobre y piedras preciosas y semipreciosas. Por el noreste las caravanas llegaban hasta Siria buscando madera y marfil

La actividad más abundante del monarca fue la construcción y las restauraciones, entre otras, del templo de Ra en Heliopolis, que tuvo motivaciones tanto religiosas como políticas. Era la residencia de Ra, como vimos uno de los principales dioses del Imperio Antiguo, directamente relacionado con la legitimidad de la monarquía. Sesostris necesitaba la aprobación y la complicidad del sacerdocio de Ra, para que el resto del país le viera como el legítimo continuador de los monarcas del Imperio Antiguo. Por otra parte, al estar situado el templo a la entrada del Delta era un centro de peregrinación por lo que con su restauración se granjeó además el agradecimiento de los peregrinos, que veían como el templo estaba cada vez más arruinado.

Levantó monumentos por todo Egipto. Una intensa actividad constructora que requería una cuantiosa aportación de piedra; así fueron frecuentes las expediciones en su búsqueda, sobre todo Wadi el Hudi, Hatnub y Wadi Hammamat. Las expediciones al Sinaí prácticamente habían cesado desde Pepi II, ahora se van a retomar, pero los asiáticos dejan de aparecer

como enemigos, y lo hacen como aliados en los relieves. Lo mismo que con el Sinaí, con la zona de Palestina, Siria y Líbano se debieron mantener pacíficas relaciones comerciales, a juzgar por la gran cantidad de objetos manufacturados egipcios, datados en el Imperio Medio, aparecidos en la zona. Es muy probable que Sesostris I iniciara la costumbre de hacer regalos a los príncipes de Asia, regalos que facilitarían las alianzas. Esta costumbre está documentada años después en los textos de El Amarna del Imperio Nuevo.

Las relaciones comerciales debieron llegar hasta Creta, lo que explicaría la presencia de objetos egipcios en la isla y productos minoicos en Egipto, aunque desconocemos la intensidad de estos contactos o si simplemente se trata de hallazgos casuales. Lo cierto es que hay egiptólogos que remontan estos contactos al reinado de Mentuhotep II, y otros mantienen que los primeros se realizan con la XVIII dinastía.

La labor edilicia de Sesostris I no fue realizada al azar si no que se trató de un programa político de propaganda, pues levantó edificaciones con su nombre en todos los lugares de culto de Egipto. Tenían la finalidad de restar poder a los sacerdotes y templos locales, a lo que contribuyó el florecimiento del culto a Osiris.

En política interior, Sesostris I mantuvo las mismas directrices que su padre, pues muchos de los nomarcas habían sido nombrados por él. Sus hijos continuaron fieles a la monarquía.

Sesostris I siguió la costumbre de su padre y para evitar problemas en la sucesión asoció al trono a su hijo Amenemhat II, pero lo hizo sólo al final de su vida, por lo que la corregencia no fue tan larga como la anterior. Tal vez veía peligros en ello, y no quiso experimentar en sus carnes lo que suponen algunos egiptólogos, y es que en la conspiración y muerte de Amenenhat I estuvo involucrado su hijo Sesostris I. Solamente reinaron juntos dos años

El reinado de Sesostris I fue uno de los más fructíferos de la historia de Egipto. Dio estabilidad al reino, recuperó el prestigio de la monarquía, impulsó la economía, amplió las fronteras, mejoró la situación de los campesinos y del pueblo en general y, finalmente, fue divinizado después de su muerte. Su importancia fue tal, que incluso historiadores de época romana como Diodoro Sículo, todavía le recuerdan, diciciendo de él que tras la muerte de su padre y heredar el reino, animado por las primeras acciones que llevó a cabo, proyectó conquistar el mundo habitado.

Los siguientes monarcas difícilmente podían superar la obra de los dos anteriores. Para ellos era suficiente con que lograran mantenerla. **Amenemhat II** accede con todos los derechos al trono a la muerte su su padre, cuando se encontraba realizando una expedición en Nubia, circunstancias muy parecidas a las que se dieron con Sesostris I. Lo primero que hizo fue asegurarse la fidelidad de los nomos manteniendo en su cargo a los nomarcas que había nombrado su padre, confirmando también a aquellos que habían llegado al gobierno por derecho de herencia. La situación exterior estaba plenamente consolidada, por lo que tradi-

cionalmente se ha creído que no fue necesario enviar nuevas expediciones militares. Sin embargo, en los *Anales de Amenemhat II*, encontrados en Menfis y publicados a inicios del siglo XX, se menciona una expedición militar a Asia y la destrucción de dos ciudades Luai y Lasy, cuya situación desconocemos. De igual modo, se realizaron expediciones con carácter comercial. Se va a Nubia, de donde se obtienen grandes cantidades de oro, se explotan nuevos yacimientos en la zona del Sinaí. Crea un puerto marítimo en Sau, en el Mar Rojo, que servirá de enlace en los viajes al País del Punt.

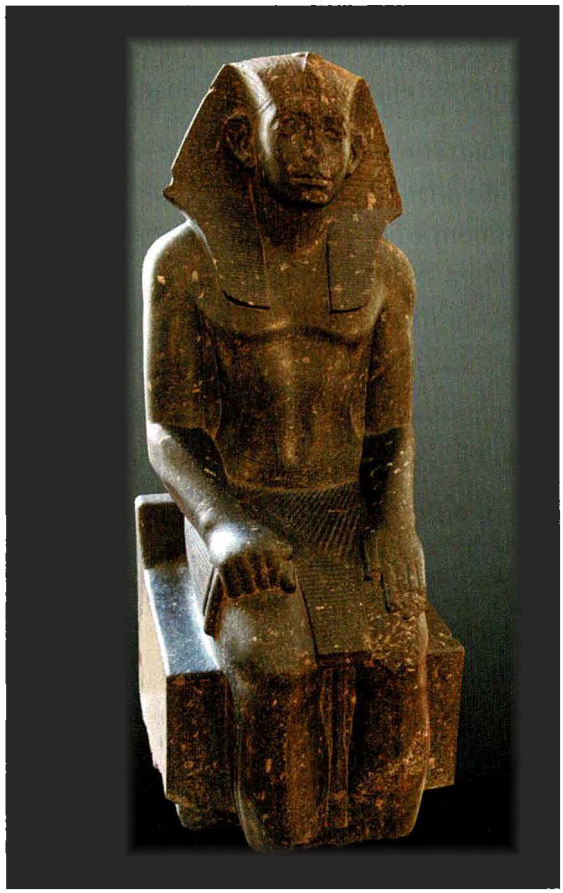


Figura 11. Sesostris III. Museo del Louvre. París. Foto Wikimedia Commons.

Sesostris II compartió el trono con Amenemhat II aproximadamente tres años. Fue un continuador de la política de sus predecesores, en todos los sentidos. También él admitió el carácter hereditario en el gobierno de los nomos. No tenemos noticias de que realizara ningún tipo de campaña miliar. Dado que la situación en las fronteras eran tranquila, se ocupó de mantener las relaciones comerciales y enfocó sus esfuerzos en política interior, sobre todo en la zona de El Fayum, que se convirtió en un importante centro agrícola y

religioso, a la vez que buscó convertirlo también en un centro de ocio, donde se podía ir a cazar y a pescar.

Se podría considerar que el reinado de estos cuatro monarcas fue una época dorada de la historia de Egipto. Con la muerte de Sesostris II y la llegada al trono de **Sesostris III**, las cosas van a cambiar, tanto en política interior como exterior. Ya no será un monarca duro, pero conciliador, sino simplemente un monarca duro, dispuesto a acabar con todo aquello que amenace su poder. Por muchos es considerado como el rey más importante de esta XII dinastía. Ante todo será un militar con una clara política expansionista, sobre todo hacía Nubia, Sudán y Palestina. Acabó con el poder de los nomarcas, potenció la economía y se preocupó por todos los aspectos religiosos que afectaban a su persona.

Una de las primeras cosas que realizó fue cambiar su relación con los nomarcas, algunos de los cuales habían logrado unas cotas de independencia comparable a la que tuvieron durante el Primer Período Intermedio, a lo que se unía un extraordinario poder económico. Una vez afianzado en el reino, Sesostris III decidió quitar todos los privilegios a los nobles provinciales, reduciendo drásticamente su importancia política. Desconocemos el proceso y el sistema empleado para lograrlo, pero el reflejo es la disminución de la riqueza en las tumbas de los provinciales.

Por encima de todo, como hemos dicho, sobresale el carácter militarista de su reinado. Lo más destacado, sin duda, fueron sus campañas contra los nubios, que dirigió personalmente. Tenemos noticias de que realizó cuatro expediciones militares. El motivo fue que algunas tribus de Sudán habían avanzado hacia el norte y su presencia cerca de la segunda catarata causaban bastante inquietud a los egipcios. Sesostris III ideó, para hacer frente al peligro, la construcción de un canal navegable a través de los rápidos de Asuán que uniera el Alto Egipto con la Baja Nubia. Debía ser lo bastante profundo para que pudiera ser utilizado tanto por los barcos de guerra como por los mercantes. Tras una primera expedición en la que inauguró el canal recién construido, siguieron otras tres que tenían por finalidad imponer la supremacía de Egipto a las tribus de Kush y a los nómadas del desierto. Aplastó una insurrección de poblaciones nubias, los Iuntius, destruyó sus casas, cegó sus pozos, incendió sus campos de cultivo y raptó a sus mujeres. En otra expedición llegó hasta la segunda catarata y Sudán llevando con él los barcos y solo regresó cuando el calado del río le impidió seguir avanzando Llevó la frontera muy al norte, a la altura de Semna, cincuenta kilómetros al sur de la segunda catarata. Tenía que consolidar los dominios y proteger la frontera y lo hizo construyendo un complejo de fuertes de ladrillo, que debían albergar tropas, pero también servían para establecer en ellos estaciones comerciales e impedir que entrara en Egipto el comercio no contralado por el monarca. Los restos de estos fuertes nos indican se se trató de magníficos ejemplos de construcciones militares.

De menor impacto fueron las expediciones que realizó hacía el noreste. Sabemos que llevó al ejército, sin grandes problemas, a la zona de Palestina, contra los Mentju, llegando hasta Sekkem. El regreso no fue tan pacífico, y la retaguardia fue atacada por bandas de asiáticos que fueron rechazados sin demasiados problemas.

A Sesostris III le sucedió su hijo Amenemhat III, que en esta ocasión no había sido asociado al trono como sus predecesores de la XII dinastía. Tuvo un largo y pacífico reinado, durante que se intensificó la explotación de los recursos del Sinaí y de otros lugares como Nubia y el Wadi Hammamat. Su obra más destacable fue acabar el proyecto iniciado en el Fayum y finalizó el sistema de diques y canales que favorecieron la agricultura.

Durante casi un siglo Egipto había estado gobernado por Sesostris III y Amenemhat III. Un largo periodo de estabilidad en el que había prosperado tanto territorial como económicamente. Cuando sube al trono **Amenemhat IV** debía ser muy mayor y su permanencia en el trono no debió superar los diez años. Durante su reinado todavía no se aprecian signos de declive de la dinastía, ni de que el sistema político y económico esté comenzando a entrar en crisis. Se continúa con la construcción de monumentos de excelente calidad. Se mantienen las relaciones con Sudán y explotando las minas del Sinaí. Siria sigue estando bajo influencia egipcia.

El último monarca de la XII dinastía fue una mujer Sebeknefrure, hija de Amenemhat III. Reinó muy poco tiempo, tres o cuatro años. Su llegada al trono parece indicar que la dinastía, por línea masculina, se había agotado. Poco sabemos de su reinado, pero la arqueología nos ha dejado numerosos testimonios y varias estatuas.

Con todo, al finalizar la XII dinastía, Egipto había entrado en una especie de letargo. A pesar de ello, todo parecía funcionar sin problemas. Para muchos investigadores, en este momento comenzaría el Segundo Período Intermedio, pero se tratró fue un lento proceso que se dio a lo largo de la XIII dinastía.

Administración y sociedad

La información que tenemos sobre la administración del Imperio Medio, es más abundante que la de la época anterior gracias a la gran cantidad de papiros conservados.

Los nomos, aunque volvieron a estar bajo el poder central, muchos de ellos conservaron cierta autonomía, al menos hasta Sesostris III, probablemente fruto de las alianzas que los monarcas tebanos tuvieron que hacer para hacerse con el poder. Con la llegada de la XII dinastía, estas alianzas ya no eran tan fuertes y los monarcas, ahora menfitas, decidieron acabar con la excesiva autonomía de algunos nomos restableciendo legalmente los límites entre cada uno de ellos, algo que fue motivo de constantes disputas. Es más, numerosos egiptólogos sostienen que

durante la XII dinastía los nomos, como unidades administrativas, desaparecieron y fueron sustituidos por las ciudades y el territorio que las rodeada, gobernadas por un funcionario que recibió el nombre **Hati-a** en las grandes ciudades, y **Hega-hut** en las pequeñas.

La elección de Tebas como capital del Imperio Medio tuvo una extraordinaria importancia por la función de control que podía ejercer desde su privilegiada situación. Mentuhotep II en la organización de la administración va a elegir funcionarios de la zona de Tebas. Recuperó el cargo de Visir y el de Canciller que alcanzó más importancia que en el Imperio Antiguo. Junto al Canciller estaba el gobernador del Alto Egipto, ya existente, y el de Gobernador del Bajo Egipto, de nueva creación. Ambos tenían los mismos poderes. Tampoco sabemos con certeza si se dividió o multiplicó el cargo de Visir, creándose uno para cada uno de los departamentos de la administración, que básicamente a partir de Amenemhat I, continuaron siendo los mismos que los del Imperio Antiguo. La situación de los visires cambió algo con Sesostris I, tal vez no se fiara de ellos ni del poder que podían llegar a adquirir, por eso, durante su reinado, tuvieron un papel secundario. A pesar de ello continuaron siendo la máxima autoridad en la administración de justicia y de ellos dependía el conjunto de la administración. Los únicos mandos que no podía ejercer era el del ejército y el de la policía, los dos únicos que le permitían al monarca permanecer en el poder

Las sedes de los órganos administrativos, durante el Primer Período Intermedio, habían sido totalmente destruidas. No quedaba ningún rastro de los almacenes centrales, del catastro, de las diferentes cortes de justicia, se había perdido el derecho escrito y dispersado el cuerpo de funcionarios. La XI dinastía no se ocupó de solucionar este problema, pero con la llegada de Amenemhat I se reconstruyeron todos los cuadros y servicios administrativos. Fue complicado recuperar el cuerpo de funcionarios, pues había pocos que tuvieran la experiencia necesaria. Tuvo que emplear la propagada para reclutar aspirantes, y las capacidades formativas de los que ya tenia para que instruyeran a los nuevos

La nueva situación hizo que el poder de los nomarcas, que probablemente vieron reducido su número, fuera decreciendo en cierta medida por el control ejercido por los funcionarios fieles al monarca. Con toda seguridad hubo represalias contra aquellos gobernadores locales que habían apoyado a los monarcas de Heracleópolis, al igual que también recompensas para los que habían permanecido fieles a Tebas.

Amenemhat I puso personas fieles al frente de los nomos. Estos nombramientos le aseguraban el control de los territorios. Su hijo Seostris I mantuvo esta misma situación, que por otra parte le proporcionaba paz en el interior del reino.

Con Amenemhat I, una vez trasladada la capital, sabemos que los graneros se sitúan en Iti-Tawy, donde se han trasladado todos los servicios del estado y la casi totalidad de los fun-

cionarios, aunque Tebas continuó siendo la capital de la dinastía, a la que el monarca acudía en determinadas ocasiones y con motivo de las fiestas.

Con Sesostris III se produjo un gran cambio en la administración provincial, reforma que no es admitida por todos. Como hemos visto, puso fin al poder de los nomarcas y en adelante las provincias se administrarían desde la capital. Egipto fue dividido en tres departamentos (*waret*), norte, centro y sur, y al mando de cada uno de ellos un funcionario o supervisor, que era ayudado en su labor por otro funcionario de menor categoría, por un consejo, funcionarios menores y escribas. El Visir continuó ejerciendo el control de los departamentos de justicia, agricultura, trabajo y tesoro, pero ahora también será su misión la supervisión general de los tres departamentos *waret*.

La pérdida de poder de la nobleza provincial favoreció el ascenso de una clase media, compuesta por comerciantes, pequeños artesanos y agricultores

La Religión del Imperio Medio

La religión no va a sufrir variaciones radicales, pero sí se irá adaptando las nuevas necesidades. Durante el Primer Período Intermedio se produjo un cierto retroceso en las concepciones religiosas. Durante algún tiempo desapareció la religión de estado, con lo que también se perdió el elemento unificador que tenía, para tomar un mayor auge las divinidades locales que ejercían de elemento disgregador. Entre estas destacó Montu en Hermontis y Amón en Tebas. Amón ya había tenido un papel importante durante la segunda fase el Imperio Antiguo, unido a Ra, y volverá a tenerlo durante el Imperio Medio, cuando los soberanos de la XI y XII dinastías vuelvan a restablecer la religión de estado.

Montu, el dios Halcón, ya aparece en los *Textos de las Pirámides* y en el templo funerario de Pepi II. Su supremacía fue corta, pues con el acceso al trono de Amenemhat I, Amón tomó su lugar, uno de los dioses hermopolitanos adorado en Tebas a inicios del Primer Período Intermedio. Se le representaba con forma humana y fue el dios oficial de la XII dinastía, asociado, coo ya había sucedido en el Imperio Antiguo, a la divinidad solar de Heliopolis, Ra.

Otro dios que adquirió una gran importancia fue Sobek, el dios cocodrilo, divinidad de El Fayum, protectora del agua y la vegetación.

Al margen de los dioses, también fue importante la evolución de los ritos y de los rituales funerarios. Aunque teóricamente todos los egipcios podían acceder a la vida del más allá, lo cierto es que durante el Imperio Antiguo estaba casi exclusivamente reservada al monarca, su familia y las clases nobles más elevadas. Con el Imperio Medio, no será el nacimiento el que determine si se puede acceder o no a la vida eterna, sino el poder económico. Accederá

al más allá, todo aquel que pueda pagar los rituales imprescindibles para ello, así como la tumba y el ajuar.

Será una popularización del más allá, en la que como vimos va a jugar un papel importante el mito de Osiris.

La economía

No se produjeron grandes cambios en los sistemas de producción y en general en la economía egipcia durante este Imperio Medio

La propiedad de la tierra sigue estando dividida, pero si en el Imperio Antiguo no era fácil saber cuál era de propiedad del monarca y cuál se podía considerar como propiedad privada, ahora es más fácil, pero nada ha cambiado sustancialmente. Los impuestos van a ser una parte fundamental de la economía, y sin ellos el estado difícilmente puede subsistir. Desde Amenemhat I se llevó a cabo un control muy efectivo sobre el cobro de estos impuestos.

Con tal rey, el aumento de la riqueza fue considerable, tanto la personal como la de sus funcionarios, como demuestran la gran cantidad de joyas que aparecen en las tumbas.

Figura 12. Escenas de cazadores de la tumba de Knumhotep III, visir de Sesostris II, en Beni Hasan. Foto K. Garret.

La base de la economía continuaba siendo la agricultura y para este período poseemos una fuente de información de primer orden. Una serie de documentos procedentes de la tumba del Visir Ipi que son conocidos como los *Papiros de Hekanakhte* y las *Cartas de Hekenakhte*. Se trata de documentos esencialmente económicos, que nos dan información sobre la situación de los campesinos, las unidades monetarias, la tenencia de la tierra, los salarios, los productos básicos, lo que se pagaba por ellos. Así, sabemos que los impuestos que recibía el monarca, eran,

generalmente en grano. Los valores de las cosas están calculados también en grano. Muchos investigadores ven en estos textos un primitivo sistema de contabilidad.

La agricultura era próspera, no sólo en el Delta, sino a lo largo de todo el valle del Nilo. Con Sesostris I se produjo un extraordinario florecimiento económico en todos los campos y el claro reflejo es la riqueza de las tumbas.

La etapa de conquistas de Sesostris III unida a la prosperidad de Egipto con los anteriores monarcas de la XII dinastía, y la estabilidad política de todo este período, tuvo un claro reflejo en la economía, que se notó con claridad durante el reinado del hijo de Sesostris III, Amenemhat III. Nubia había quedado totalmente controlada y la nobleza provincial había dejado de ser una amenaza para el poder central. Sin otras preocupaciones, los monarcas se podían centrar en otros problemas como era el abastecimiento de materias primas. Bajo el reinado de Amenemhat III se llevó a cabo una intensa explotación de las minas de turquesas y de cobre del Sinaí. Los campamentos provisionales que había en sus cercanías se convirtieron en prósperas ciudades, que incluso llegaron a estar fortificadas. Durante el Imperio Antiguo se había construido un templo a Hahtor como protectora de la región; con Amenemhat III se restauró y se amplió.

La agricultura también recibió la atención del monarca y se buscó la mejora de los sistemas de irrigación para así poder llevar a cabo los planes proyectados sobre El Fayum.

Las instituciones

Con la llegada de la XII dinastía, se produce un cambio en el ejercicio del poder. Amenemhat I era consciente de los problemas que podía plantear la sucesión, y como esto había sido causa de graves enfrentamientos, que en ocasiones fueron en perjuicio del poder de los monarcas. Ideó un sistema para facilitar la sucesión, pero a su vez también plantaba algunas dificultades. Bajo su reinado aparece la forma de gobierno de la corregencia. Para que funcionara este sistema tuvo que superar el problema religioso y cómo la figura del monarca estaba impregnada de la divinidad. Aquello fue una solución teórica, no sabemos si funcionó en la práctica, y hasta qué punto fue efectiva. Sí sabemos que Amenemhat I compartió el poder con Sesostris I al menos durante diez años, pero no parece que siguiera funcionando con Seostris II. Además se le planteó el problema añadido de recuperar el prestigio perdido de la monarquía. La visión que se tenía de los reyes, que podemos ver en la literatura de la época, era bastante peyorativa. Sólo algunos de los soberanos del Imperio Antiguo eran vistos con benevolencia. Amenemhat I buscó que la realeza fuera vista como más humana, y en ello jugó un importante papel la religión osiriaca, a lo que se unieron los cambios morales que se produjeron en la sociedad egipcia con los nuevos ideales de justicia y de caridad. El resultado de sus esfuerzos tuvo éxito y los ataques de la literatura a la monarquía cesaron.

Con Sesostris I, el prestigio de la monarquía, recuperado por su padre, fue en aumento, y la literatura hace de él numerosos elogios, como en el *Cuento de Sinuhe*. Es un dios, se dice en la narración, aunque no tiene su apariencia, antes nadie ha existido igual a él, es un maestro de sabiduría, sus decisiones son perfectas. Cada vez más se va a emplear la palabra «dios» para designar al rey, yendo más allá con el reinado de de Sesostris III, que será uno de los pocos monarcas considerado dios en vida.

La literatura

El imperio Medio Egipcio fue una época de esplendor en el campo literario. Los propios egipcios la consideraron como la época clásica de su literatura. La narrativa, las obras religiosas y las obras filosóficas alcanzaron un gran desarrollo. Se han conservado numerosos relatos, obras pseudo-proféticas, tratados didácticos, etc, que en los siglos sucesivos serían copiados una y otra vez. En muchas ocasiones los relatos están basados sobre sucesos reales, por lo que contienen información muy valiosa para el conocimiento de esta época y de las inmediatamente anteriores. Entre las obras que nos proporcionan informaciones políticas, sociales y contienen muchos datos históricos podemos citar: entra las Máximas, las de Djedefhor y las ya mencionadas de Pahotep; entre las enseñanzas las de Amenemhat I, las de Merikare, las de *Un sabio Egipcio*, la *Historia del Campesino Elocuente*; entre las obras pseudo-proféticas, *la Profecía de Neferty*.

Sin duda, uno de los relatos más famosos es la *Historia de Sinuhé*, que probablemente tenía por finalidad exaltar la figura de Sesostris I, pues contiene un himno dedicado al monarca y en varias ocasiones exalta su generosidad. Sinuhé, un noble de la corte, se opone a la llegada al trono de Sesostris I y huye a Siria. Allí lucha contra numerosas tribus, pero no olvida su tierra y siempre está deseoso de regresar. Finalmente, Sesostris le perdona y le pone a su servicio. Las *Enseñanzas de Aenemhat I* tenían por finalidad reforzar la sucesión dinástica, dando consejos para la política que se debe seguir en el reino, y en esa misma línea de conducta, están las *Enseñanzas de un hombre a su hijo*, pero en esta ocasión dirigidas a un público más amplio. Podríamos considerar un libro de viajes el *Marinero naufragado*: se trata del relato de un viaje al País del Punt en el que se hunda la nave y el protagonista se salva agarrado a un madero siendo arrastrado a una isla donde debe sobrevivir y allí recibe la ayuda de una serpiente que le pronostica su futuro. También interesante por ser un relato que podríamos considerar social, es la *Historia del Campesino elocuente*: Inpu, un campesino de Wadi Natrum se dirige a la ciudad para vender sus productos, por el camino asaltan la caravana y le roban. Cuando llega a la ciudad se dirige al intendente para exponer su caso y aprovecha para quejarse de la corrupción que hay en Egipto.

La abundancia y la variedad de las obras literarias ha llevado a pensar a los egiptólogos que pudo existir también, aunque no hay pruebas de ello, una especie de teatro popular

para diversión de la gente. Muy probablemente las obras se representarían por actores profesionales, con motivo de grandes fiestas. Se nos han conservado algunos fragmentos de composiciones que hacen pensar que existió este tipo de obras, como el *Drama Menfita* y el *Drama de la coronación*. El *Drama menfita* es una glorificación de Ptah con una serie de diálogos entre varios personajes.

No podemos olvidar las llamadas obras técnicas, fundamentalmente tratados de medicina y de matemáticas, que han llegado por copias posteriores. A este respecto se puede mencionar el *Papiro quirúrgico de Edwin Smith*, una copia de época de los Hicsos, pero que puede remontarse al Imperio Antiguo. Estas obras de medicina suelen ser recopilaciones de casos médicos con anotaciones de cómo deben tratarse las enfermedades o como debe realizarse la cirugía. También de época de los Hicksos es la copia del *Papiro Rhind* que ha llegado hasta nosotros. Esta es la mejor fuente de información sobre la matemática egipcia, probablemente compilada bajo el reinado de Amnemhat III. Durante el Imperio Nuevo serán frecuentes todo este tipo de obras científicas, muchas de las cuales se basan en escritos anteriores.

EL SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO (1650-1550 A. C.)

Es evidente, por lo dicho hasta aquí, que cuando finalizó la XII dinastía Egipto no entró en un caos absoluto semejante al de finales del Imperio Antiguo.

Con el paso de los monarcas, la situación se fue haciendo cada vez más caótica, los reinados eran excesivamente cortos, lo que podría indicar una inestabilidad política creciente y que las intrigas palaciegas eran constantes, pues en la mayoría de las ocasiones no existe ningún lazo de unión ni de parentesco entre un monarca y su sucesor.

Por los datos que tenemos actualmente, podemos establecer una cronología global para este Segundo Período Intermedio, pero se hace extremadamente difícil establecer una parcial para cada una de las dinastías, porque la información es confusa y poco fiable, sobre todo para las dinastías XIII y XIV. La arqueología está intentando poner un poco de orden en este complejo panorama, siendo lo más urgente poder tener a nuestra disposición un listado ordenado de los monarcas, pues las diferentes listas reales no se ponen de acuerdo ni en el nombre, ni en el orden de los reyes, ni, por supuesto, en la duración de sus reinados. Por ello, el listado de monarcas que demos debe ser considerado incompleto e inexacto, lo hacemos sólo a titulo de información porque de alguno de ellos tenemos breves informaciones que no pueden ser colocadas en su momento exacto, pero son dignas de mención.

Intentando establecer una cierta periodización de este Segundo Período Intermedio, nuevamente podemos distinguir, grosso modo, tres fases. Una primera, durante la que se produce un paulatino deterioro de las instituciones, caracterizada por la inestabilidad políti-

ca y la descentralización de gobierno, hasta la llegada de los Hicsos (dinastías XIII y XIV); una segunda en la que los Hicsos serán los protagonistas (dinastías XV y XVI); y una tercera en la que Tebas se impone de nuevo y expulsa a los invasores (dinastía XVII)

XIII Dinastía	XIV Dinastía	XV Dinastía	XVI Dinastía	XVII Dinastía
Amenemhat Sobekhotep I Amenemhat Sonbef Semenj¡kare Amenemhat V Sehetepibre Iufni Hetepibre Sobekhotep II Reseneb Hor-Auibre Amenemhat-Kai Ugaf Sneferibre Userkare Semenkare Sebekemsaf I Sobekhotep III Neferhotep I Sobekhotep IV Sobekhotep V Neferhotep II Neferhotep III Uahibre Merneferre	Numerosos soberanos de poca importancia Capital Xoix	Grandes hicsos Sekehrer Sheshi Yakubher Khyan Apofis I Khamudi	*Pequeños hicsos* ... Apofis III ...	Rahotep Antef V Antef VI Sobekemsaf II Djehuty Mentuhotep VII Nebiryayu I Antef VII Seqenemre Tao II Kamosis

Primera fase: Egipto hasta la llegada de los Hicsos

XIII dinastía

Manetón nos informa que la XIII dinastía estuvo integrada por 60 reyes que gobernaron no 453 años tal como dice, sino durante unos 150. Aunque la cifra global de los reinado es inexacta, no lo es tanto el número de monarcas. Los monarcas de la XIII dinastía estuvieron poco tiempo en el poder y la debilidad de la corona no afectó todo lo que se podría suponer a la prosperidad del reino.

En consecuencia, el paso de la XII a la XIII dinastía, en principio influyó poco en la situación de Egipto y en la de los de los territorios que hasta ese momento habían dependido del gobierno central. Aunque, tampoco se puede negar que la creciente debilidad de la corona poco a poco debió ir afectando a la prosperidad del reino y a sus relaciones externas. Los enemigos de más allá de las fronteras es indudable que percibían esa debilidad, y lo único que debían hacer era esperar el momento oportuno.

La reconstrucción de los acontecimientos se hace extremadamente difícil porque la información que tenemos de ambas dinastías es muy escasa, al margen de los testimonios que nos proporciona la arqueología que, aunque interesantes y muy valiosos, son insuficientes.

Algunos egiptólogos han pensado que reinados tan cortos, sin que existiera una crisis manifiesta, podrían suponer que en realidad se trataba de monarcas ficticios que eran elegidos por un breve periodo de tiempo para mantener las apariencias y que los verdaderos gobernantes eran los visires. Eran ellos quienes los designaban y, por detrás, manejaban los hilos del gobierno. La demostración de este hecho podría proceder de algunos papiros en los que se aprecian reyes muy efímeros, pero en cambio hay visires, como Anku que permanecen en su puesto durante el reinado de varios soberanos, Anku lo hizo desde Userkare-Kendjer a Sobekhotep III. Si esto fue así, el poder descansaría en el Visir y no en el rey.

Hay cierto acuerdo en que los monarcas de la XIII dinastía eran mayoritariamente de origen tebano, por lo que, a pesar de que no tenemos datos que lo confirmen, es muy probable que pudieran existir algún tipo de relaciones familiares con los monarcas de la dinastía anterior. Aparentemente existió tendencia generalizada a legitimarse a través del nombre elegido para reinar, nombres que les ligaran a las dinastías anteriores, así eligen Sesostris, Antef, Amenemhat, Mentuhotep, pero el más frecuente será Sobekhotep.

Al menos con el primero de ellos que lleva el nombre de **Amenemhat Sobekhotep I**, que continuó con las labores administrativas de sus predecesores, también se realizó el censo y reformas en los templos de Deir el Bahari y el Madamud. Con el siguiente monarca, **Amenemhat Sonbef**, las cosas comienzan a cambiar y las mediciones constantes del Nilo, a la altura de Semna, cesan, con lo que los egipcios pierden la información sobre la bondad o no de las inundaciones de ese año. A pesar de ello parece que Egipto aún mantenía el control de la Baja Nubia y del Próximo Oriente.

Es muy posible que este descuido indicara que ya había comenzado la decadencia del poder en el sur, al menos en las partes más alejadas. Siguen apareciendo monumentos en el sur, con los nombres de los monarcas, pero cada vez a más distancia de la frontera establecida por Sesostris III, lo que claramente indica que se va cediendo terreno ante la presión de los extranjeros, aunque esta sea todavía muy tenue.

Con los siguientes monarcas, concretamente con **Sehetepibre**, el príncipe de Biblos continúa reconociéndose como siervo de Egipto. Es muy difícil poder seguir aunque sea parcialmente las realizaciones de los monarcas de esta XIII dinastía. Incluso alguno de ellos, por el nombre, parece que no era egipcio y muchos eran de origen humilde. De los sucesores de Sehetepibre no sabemos nada, sólo los nombres que son confirmados por la arqueología y nada más, así **Hetepibre**, **Sobekhotep II**, **Reseneb**, **Hor-Auibre**, **Amenemhar-Kai**, **Ugaf**, **Sneferibre** (Sesostris IV). **Userkare**, el sucesor de Sesostris IV, todavía construye su pirámide, de pequeñas dimensiones, en Saqqara, lo que hace pensar que la región aún está controlada por el monarca. La presencia de **Semenkare** en el delta sigue atestiguada. Aparentemente el gobierno sigue funcionando con **Sebekemsaf I**, **Sobekhotep III**, **Neferhotep I** y **Sobekhotep IV**, que están documentados en papiros y en algunos monumentos.

Si no hay duda de que la monarquía es inestable, lo cierto es que la administración sigue funcionando razonablemente bien. Una administración que poco a poco se va poblando de extranjeros, sobre todo asiáticos, que están al servicio de los altos funcionarios del Alto Egipto. El origen de esta población es dudoso. Podría tratarse de prisioneros de guerra, que pudieron haber llegado de modo pacífico aprovechando la relajación de las fronteras, que no se pueden controlar ya tan rígidamente como en épocas anteriores. Esta penetración de asiáticos, de alguna manera, favoreció a llegada de los Hicsos, que no tardarían en establecer su dinastía en la zona este del Delta.

Durante el reinado de Neferhotep I, Egipto todavía controla Siria, pero a partir de su sucesor Sobekhotep IV, la XIII dinastía entra en claro declive. Avaris es ocupada por los Hicsos, lo que indica la pérdida del control de la frontera noreste. **Sobekhotep V**, **Neferhorep II** y **Neferhotep III**, apenas pueden controlar el Bajo Egipto, incluso deben defender Tebas de los ataques lanzados desde el norte. Con **Uahibre** y **Merneferre** la decadencia ya es total. El resto de los monarcas de esta dinastía simplemente ayudan a agudizar el problema que finaliza con la caída de Tebas y con el final de la XIII Dinastía.

XIV dinastía

La XIV dinastía de alguna manera convive con la XIII e incluso pervive a ella. Ocupan los territorios pantanosos de la zona oeste del delta, alejados de la penetración de los hicsos. Su capital será Xois (Khasusut). Según Manetón la dinastía estuvo formada por 76 reyes que gobernaron 184 años. Desconocemos cualquier dato histórico de estos monarcas, y solamente el *Papiro de Turín* corrobora las palabras de Manetón. No hay explicación al hecho de que los monarcas de la XIII dinastía permitieran a los príncipes de Xois gobernarse de modo independiente, a no ser que no se tratara de una verdadera dinastía, y estuvieran bajo el poder de los monarcas tebanos, pero tampoco hay nada que corrobore este hecho.

Segunda fase: los Hicsos

Fuente: Atlas Histórico. Mundo Antiguo. National Geographic

Mapa 5. Invasión de los hicsos.

La visión tradicional que se dio de los hicsos en Egipto fue muy negativa, y un claro ejemplo de ello es la visión que de ellos da Manetón, recogida por Flavio Josefo, historiador romano del siglo I en la que dice que unos hombres de raza desconocida invadieron Egipto y se adueñaron de todo el por la fuerza y sin combate. Aprisionaron a sus dirigentes, incendiaron las ciudades, arrasaron los templos, trataron con gran crueldad a los egipcios y los esclavizaron y puntualiza que a este pueblo se le daba el nombre de hicsos, que Manetón traduce como «reyes pastores». Esta es una visión altamente negativa, que sin duda no se corresponde con la realidad y que se generó a partir de la llegada del Imperio Nuevo.

Existe un gran debate, aun no esclarecido del todo, sobre cuál es la naturaleza de los hicsos y no hay ningún acuerdo a la hora de asignarles una procedencia concreta. Por algunos estudios onomásticos podrían ser cananeos; también podría tratarse de grupos de población nómada de origen hurrita. Pero lo más probable es que se trate de una mezcla de poblaciones semitas e indoeuropeas.

Sabemos que la palabra hicsos procede del término *Heka-Khasut* (príncipe nómada). Aparece ya en Egipto en tiempos finales de la XII dinastía para designar a aquellos que estaban al frente de las tribus nómadas de la zona de Siria y de Palestina. Ya eran conocidos desde el Imperio Antiguo.

Los hicsos, como ya hemos mencionado, se fueron infiltrando en la región poco a poco, desde inicios de la XII dinastía. No eran una población homogénea, aunque la mayor parte de ellos eran semitas. Los egipcios no los designaron con un único nombre y les conocían como *setetiu*, *amu* o *mentiu* de Setet. Todos estos nombres los utilizaban para designar a pueblos asiáticos.

Aunque la infiltración comenzó a finales de la XII dinastía, está admitido que la masa de población asiática comienza a llegar a partir del reinado de Neferhotep, continua con Sobekhotep V hasta Uahibre, culminando con la conquista de Avaris, previa a la toma del poder.

La consolidación de su poder en el delta necesitará cerca de cincuenta años, años que tardaran en llegar a Menfis, y años en los que respetaran los territorios de la zona noroeste del delta, gobernados por la dinastía XIV. Una vez conquista Menfis, los hicsos se consideran dueños y señores de Egipto, estableciendo su capital en Avaris.

Los hicsos van a establecer dos dinastías en Egipto, los llamados «hicsos mayores», dinastía XV y los «hicsos menores» dinastía XVI. Ambas van a ser simultáneas y van a convivir. Su gobierno no habría sido posible, o al menos hubiera pasado por gravísimas dificultadas, si no se hubiera apoyado, inteligentemente, en las estructuras políticas y administrativas heredadas del Imperio Medio. No desmontaron el sistema administrativo, sino que lo utilizaron, y utilizaron también la estructura de funcionarios de origen egipcio, que conocían

el sistema y estaban acostumbrados a él, en lugar de sustituirlos por asiáticos. Ello favoreció que la transición de poder fuera suave y la administración continuara funcionando razonablemente bien.

Figura 13. Restos de la ciudad de Avaris. Foto Ministerio de Antiguedades Egipcio.

Ello no impidió que los hicsos trajeran sus propias tradiciones de gobierno, que intentaron combinar con las egipcias. No estaban habituados a vivir en un estado enormemente centralizado y poderoso. Su forma habitual estaba más en consonancia con el panorama político del Primer Período Intermedio, en el que se produjo una disgregación del poder central en favor del poder territorial. Los hicsos eran partidarios de un estado disgregado en muchos pequeños núcleos de poder, todos ellos bajo la autoridad de un líder más poderoso, pero conservando un alto grado de autonomía y de autogobierno a cambio del pago de tributos. En consecuencia, es probable que los hicsos controlaran solamente una parte limitada

del territorio, y el resto quedó bajo la observancia de asentamientos militares situados en puntos estratégicos.

Este sistema posibilitó la existencia de la dinastía XVI, esos hicsos menores, pero sobre todo, aunque no podemos decir que lo facilitara, no fue capaz de impedir, el surgimiento de una dinastía egipcia en Tebas, la XVII, la que a la postre acabaría con la dominación hicsa.

XV dinastía

No tenemos seguridad ni en el nombre ni en el número total de los gobernantes que constituyeron esta XV dinastía. Tampoco tenemos datos sobre la relación que existió entre ellos.

Por lo que se refiere al ascenso de los hicsos en Egipto, los investigadores establecen dos fases. Una primera tiene lugar en la zona noreste del delta a finales del siglo XVIII a. C., con la ocupación de Avaris, la adopción del dios principal de la ciudad Seth y la reconstrucción de su templo. En una segunda fase se consolidó la conquista, expandiéndose hacia el Bajo Egipto. Los protagonistas de las expansión son prácticamente desconocidos.

Según las listas reales, la XV dinastía pudo reinar unos 108 años, y los dos primeros monarcas los conocemos por Manetón. El primero, **Salitis** (**Sekerher**) que podría identificarse con el **Sheshi**, cuyos sellos llegan hasta la Tercera Catarata. Esto no debe interpretarse como que el dominio de los hicsos llegaba hasta Sudán, pues en esa época en la zona Baja de Nubia se habían establecido una serie de príncipes locales independientes. Relacionado con este monarca está **Hur** un funcionario conocido también por los escarabeos, que llevaba el título de «tesorero del rey del Bajo Egipto» y «superintendente del tesoro», cuya misión debía ser recaudar los impuestos. La prueba de la continuidad del funcionariado anterior, es que conocemos otro tesorero de esta época, que trabajaba para la administración de los hicsos, pero que tenía nombre egipcio: **Perymwah**.

El segundo monarca importante fue **Yakubher** (**Menuserre Yak-Baal**) al que solamente conocemos por los escarabeos y porque las relaciones comerciales debían llegar bastante al sur de la primera catarata que probablemente era el límite del dominio de los monarcas hicsos.

El tercero de los monarcas **Khyan** (**Seusenenre**), tuvo un reinado bastante largo del que apenas tenemos información. Sin embargo, a diferencia de sus predecesores, hay restos de monumentos construidos bajo su mandato. Pudo mantener contactos con Creta, donde ha aparecido una copa con su nombre, y con Palestina (escarabeos y sellos), pero debieron perderse las relaciones con Sudán y con Nubia.

El cuarto soberano tomó el nombre egipcio de Apofis. **Apofis I** (**Auserre**) reinó unos cuarenta años si hacemos caso a las listas reales. Bajo su mandato Tebas todavía estaba sometida al gobierno de los hicsos, como demuestran algunos monumentos del Ato Egipto en los que está grabado el nombre de Apofis, y en una tablilla de escriba aparece con el título de Rey del Alto y del Bajo Egipto. La tranquilidad para los hicsos ya no duró mucho y a finales del reinado de Apofis I, los príncipes de Tebas comenzaron el proceso para sacudirse el yugo de los invasores.

Con el poder hicso en descomposición el reinado de los dos últimos fue muy breve. **Apofis II** apenas ha dejado testimonios, y su nombre no aparece en los monumentos al sur de Bubastis, lo que indica cómo se iba reduciendo el territorio controlado por los monarcas hicsos. El ultimo monarca fue **Asehre** (**Khamudi**), que tan sólo reinaría uno o dos años y con él se perdería la influencia hicsa en el delta. La XV Dinastía concluyó con la caída de Avaris, pocos años después, desde Tebas, Amosis fundaría la XVIII Dinastía y daría inicio al Imperio Nuevo.

XVI dinastía

La información que tenemos de los soberanos de la XVI dinastía es realmente escasa. Sabemos que estuvo compuesta por parte de los 75 «reyes pastores», por ocho nombres extranjeros de *Papiro de Turín* y por un cierto número de soberanos de los que solamente conocemos su nombre gracias a los escarabeos. Somos incapaces de ordenar cronológicamente estos soberanos. A esta dinastía pudo pertenecer Apofis III, cuyo nombre aparece en algunos monumentos.

Significado y aportaciones de los hicsos

Los hicsos iniciaron una revolución en la civilización egipcia, aportando nuevas concepciones en todos los campos, concepciones que luego serían fundamentales para la evolución y el desarrollo del Imperio Nuevo, sacando a Egipto de su ancestral anquilosamiento. Gracias a su presencia en Egipto, lograron que los egipcios abandonaran la creencia en su superioridad frente a otros pueblos. Se trató una evolución en su pensamiento que fue favorecida por el contacto continuado e íntimo con otras culturas, sobre todo las asiáticas que los hicsos representaban. A esta creencia en su superioridad probablemente había contribuido el aislamiento que les producía estar entre dos desiertos, el arábigo y el Sahara que les cerraban la visión del mundo exterior.

Esta apertura hacia el exterior favoreció que penetraran en Egipto nuevas corrientes de todo tipo: religiosas, filosóficas y artísticas, así como numerosas innovaciones técnicas que cambiaron radicalmente la vida de los egipcios.

Figura 14. Carro de guerra introducido por los hicsos.
Tumba de Yuya padre Tiy de la esposa de Amenhotep III. Foto National Geographic.

Así, por ejemplo, sabemos que los egipcios, probablemente ya conocían el caballo y el carro tirado por caballos, pero con los hicsos se introduce una novedad: el empleo del carro por el ejército apareciendo así en Egipto el carro de guerra. Muy probablemente también introdujeron una mejora en otro arma importante: el arco tradicional se transforma en el arco compuesto, que daba una mayor potencia y alcance a sus proyectiles. En el campo bélico también aparecen los puñales de bronce, las espadas mejoradas, la espada curva, que tendrá una enorme repercusión, y la armadura de malla.

Al margen del campo bélico también introducen nuevos instrumentos musicales, sobre todo de cuerda. Igualmente una mejora generalizada de la metalurgia del bronce; aparece el telar vertical, y en orfebrería se fabrican pequeñas joyas como pendientes o alfileres.

Los hicsos, por su parte, adoptaron muchas de las tradiciones egipcias, van a emplear el sistema de escritura jeroglífica para poner su nombre, sobre todo, en pequeños objetos. También asumirán los nombres personales egipcios y, a imitación de ellos, crearán una religión oficial, adoptando como dios principal a una divinidad egipcia, concretamente al dios Seth de Avaris, ciudad en torno a la cual crearon su principal centro de poder. Es muy probable, que la elección de un dios egipcio como dios nacional, no fuera gratuita e intentaran equiparar a Seth con alguno de sus dioses asiáticos, tal vez Baal, Rehesep o Tesnub. La introducción de algunas divinidades típicamente asiáticas también parece atestiguada, como la mujer desnuda que aparece en numerosos escarabeos de esta época, indudablemente identificada con Astarté.

Tercera fase: ascenso de Tebas y expulsión de los hicsos

XVII dinastía

Casi coincidiendo con la caída de la XIII dinastía y la conquista del norte de Egipto por los hicsos, en la región de Tebas se está formando una nueva dinastía que va a intentar mantener el control sobre una parte del territorio tebano, pero va a estar sometida a los hicsos. En ese periodo todavía no podemos hablar de reyes, sino simplemente de príncipes locales.

Como en otras ocasiones, no es fácil establecer la lista de los monarcas que integraron esta dinastía, ni el orden de sucesión. Nuestra fuente principal, *El Papiro Real* de Turín, menciona quince monarcas, diez de ellos son conocidos por los monumentos, mientras que la inscripción de Tutmosis III de Karnak en la que se recogen sus antepasados, se mencionan nueve de estos quince. Finalmente, en las tumbas de Tebas, de los quince monarcas están enterrados siete.

Cuando se inicia la dinastía, es muy probable que los príncipes tebanos solamente tuviesen aspiraciones sobre sus territorios tradicionales, los ocho primeros nomos del Ato Egipto, desde Elefantina a Abidos. Mientras que los hicsos dominaban Egipto, ellos estaban intentado rescatar las tradiciones del Imperio Medio, pero carecían de los recursos necesarios: sin acceso a las canteras de Asuan ni al Wadi Hammamat. Tuvieron que conformase a los pobres materiales a los que podían conseguir, lo que en gran medida se refleja en sus tumbas.

El fundador de la dinastía será **Rahotep**, que se encargará de restaurar los templos de Min en Coptos y Osiris en Abydos. **Antef V**, el segundo monarca, tuvo un breve reinado, siendo sucedido por **Antef VI**. A los dieciséis años accedió al trono **Sobekemsaf II**, uno de los que mas documentos existen, como la información del saqueo de su rica tumba en tiempos de Ramsés IX. Su nombre aparece en numerosos monumentos y, por la riqueza de su tumba, a pesar del saqueo, puede deducirse que en esos momentos se produjo una cierta bonanza en la economía de los monarcas tebanos. Su sucesor **Djehuty**, apenas gobernó un año, siendo sucedido por **Mentuhotep VI**, que conocemos por algunas esfinges. De los siguientes monarcas, hasta la llegada de **Sequenenre Tao II** apenas tenemos noticias. Hasta ese momento los monarcas tebanos continuaban sometidos al poder de los hicsos, y el primero en rebelarse contra esta situación será Sequenenre Tao II.

Durante el reinado de Apofis I, Sequenenre provocó el enfrentamiento con los hicsos El relato de éste lo conocemos por un documento de época ramésida, *La disputa de Apofis y Seqenenre*, documento que ha sido puesto en duda, y cuyo contenido es una la queja de Apofis por el ruido que hacen los hipopótamos en Tebas. La disputa provocaría el inicio de la resistencia de Tebas al poder de los hicsos.

Sabemos que muy probablemente Seqenenre fue derrotado por Apofis y que murió durante la rebelión; sin embargo, los hicsos, a pesar de la victoria, se vieron obligados a abandonar el Alto Egipto, estableciéndose la frontera al norte de Asyut. **Kamosis** «el que doblega las dos tierras», se encargó de continuar la lucha, enviando una expedición naval que llegará cerca de Avaris. Aunque no fue una victoria aplastante, sí redujo sustancialmente el poder de los hicsos, lo que sabemos por dos grandes estelas colocadas en el templo de Amón en Karnak y por la *Tablilla Carnarvon I*. Ello provocó que los hicsos fueran también expulsados del Egipto Medio.

Tablilla Carnarvon I

Guerra de Kamosis contra los hicsos

Año tercero del Horus «El que aparece sobre su trono»; las Dos Señoras: «El que renueva sus monumentos»; Horus de oro: «El que contenta a las Dos Tierras»; Rey del Alto y del Bajo Egipto: «<Uadjkhe>per<re; Hijo de Re>: Kamose, amado de Amón-Re, Señor del trono de las Dos Tierras, que viva como Re eternamente y para siempre jamás.

El poderoso rey en Tebas, Kamose, que viva eternamente, fue el benéfico rey. Fue el mismo [Re quien le hizo] rey y quien le concedió la victoria en verdad.

Su Majestad habló en su palacio al Consejo de los Grandes que estaban en su séquito: «¡Hacedme entender para qué tengo esta fuerza, si un príncipe está en Avaris y otro en Kush y [aquí] me asiento yo en medio con un asiático y un negro. Cada hombre tiene su parte de este Egipto compartiendo la tierra conmigo. Yo no puedo pasar más allá de Menfis y las aguas de Egipto <...> Mirad, él tiene Hermópolis y ningún hombre puede asentarse siendo despojado por los impuestos

de los Setiu. Yo lucharé contra él y podré abrir su vientre. ¡Mi deseo es salvar a Egipto y aplastar a los asiáticos!»

Pero los Grandes de su Consejo dijeron: «Mirad, los asiáticos han <llegado> hasta Cusae y tras haber mezclado sus lenguas hablan de idéntico modo, mientras que nosotros estamos tranquilos en nuestra <parte de> Egipto. Elefantina es fuerte, y la zona central es nuestra hasta Cusae. Los más lustrosos de sus campos se cultivan para nosotros y su ganado pasta en el delta. Se manda comida para nuestros cerdos y nuestro ganado no ha sido abandonado <...> por esto. El posee la tierra de los asiáticos, nosotros tenemos Egipto, pero <si alguien> viniera y actuara [contra nosotros], entonces nosotros actuaríamos contra él».

Pero ellos fueron desagradables en el corazón de Su Majestad: «En cuanto a vuestro consejo <de no combatir> contra los asiáticos que <están en Egipto, es vil. Mirad, yo combatiré> contra los asiáticos y vendrán éxitos. Cuando <los haya vencido>, la tierra entera <me aclamará, el rey poderoso> en Tebas, Kamose, el protector de Egipto».

Yo fui al norte, porque estaba [lo suficientemente] fuerte para atacar a los asiáticos bajo la dirección de Amón, el verdadero de los designios. Mi valiente ejército estaba frente a mí como una ráfaga de fuego. Las tropas de los Medyau estaban dentro de nuestras fortalezas para perseguir a los Setiu y empujarles de sus posiciones. Este y Oeste tuvieron su provecho y mi ejército saqueó todo lo que encontró. Mandé una fuerte tropa de los Medyau, mientras yo estaba con la patrulla, de día, en <...> Teti, el hijo de Pepi, dentro de Neferusi. Yo anduve para no dejarlo escapar. Rechacé hacia atrás a los asiáticos que se habían enseñoreado de Egipto y él actuó como uno que <confiaba en> la fuerza de los asiáticos.

Yo pasé la noche en mi barca, con mi corazón feliz. Cuando despuntó el día, yo me encontraba sobre él como si fuera un halcón. Llegada la hora de perfumar la boca, le ataqué. Rompí sus muros, maté a su gente e hice que su esposa bajara a la orilla del río. Mis soldados eran como leones que, con sus despojos, tomaban siervos, ganado, leche, comida y miel, dividiéndose sus propiedades, gustando mucho a sus corazones.

La región de Nefe<rusi> estaba en ruinas; no era demasiado para nosotros aprisionar su alma. La <región> de Pershaq había desaparecido cuando la alcancé. Sus caballos habían escapado; la patrulla < ... >.

(Traducción, F. Lara)

La ofensiva final contra los hicsos la protagonizó el hermano de Kamosis, Amosis I, fundador de la XVIII dinastía. En la toma de Avaris los egipcios debieron emplear ya las novedades técnicas en armamento introducidas por los hicsos, como el carro de guerra. Tras la caída de la ciudad, los hicsos fueron perseguidos hasta el Sinaí, el sur de Palestina y el desierto del Negev. Sin embargo, su influencia todavía permaneció por algún tiempo en algunos campos de la cultura egipcia, como la literatura.

BIBLIOGRAFÍA

URRUELA, J., *Egipto durante el Imperio Medio*. Akal, Madrid, 1991.

MARTÍNEZ BABÓN, J., *Los Hicsos y la conquista de Egipto*, Dstoria, Barcelona, 2015.

CIMINO, F., *Sesostris. Storia del Medio Regno Egiziano*, Rusconi, Milán, 1996.

Tema 3
Imperio Nuevo y Tercer Periodo Intermedio (1550-664 a. C.)

Sinopsis

El Imperio Nuevo comienza con la reunificación de Egipto por los príncipes tebanos.

Es la época del máximo esplendor de Egipto que se extiende su influencia desde el Eúfrates hasta la cuarta catarata.

Amosis I, primer faraón de la XVIII dinastía, logró expulsar a los hicsos y llevar la frontera egipcia hasta el sur de Palestina.

Tras los dos primeros Tutmosidas sube al trono la reina Hatsheptup.

Tutmosis III forjó un imperio que iba desde la actual Siria hasta la cuarta catarata del Nilo, en el actual Sudán. Con ello, los dominios del Egipto faraónico alcanzaron la máxima extensión de toda su historia.

Tutmosis IV quiso frenar el poder del clero de Amón fomentando el culto a Atón que llegaría a su cénit con Amenofis IV, Akenatón, y en la ciudad creada para ello: Ajetatón.

Se sustituye la primacía del culto del dios Amón por la de Atón al tiempo que la falta de atención a la política internacional hace que el poder político egipcio peligre.

A la muerte de Amenofis IV se restaura la religión tradicional.

Suben al trono los faraones de la XIX dinastía cuya meta es la restauración del poderío egipcio. Destaca Ramsés II que consiguió frenar el expansionismo hitita. Durante su reinado Egipto conoció su época de mayor esplendor, gracias a la prosperidad económica que favoreció el desarrollo de la literatura y las ciencias, y que le permitió erigir grandes construcciones como Abu-Simbel.

Después los faraones van perdiendo poder ante la casta sacerdotal hasta que Herior, sumo sacerdote de Amón se proclama faraón comenzando la XXI dinastía y con ella el Tercer Periodo Intermedio

Hacia el siglo XI a. C., Egipto se vio dividido en dos unidades políticas, una en Tanis y otra en Tebas.

El control sobre Siria, Fenicia y Canaán se perdió completamente.

El equilibrio entre el norte y el sur se rompió cuando rey de Tanis, impuso a su hijo como sumo sacerdote de Amón en Tebas. Mientras se producía una rebelión en Tebas, en Leontópolis, una isla en el delta del Nilo, se formaba la XXIII dinastía.

La presencia de dos monarquías tan cercanas en Tanis y en Leontópolis, posibilitó la formación de otros centros de poder.

Mientras en Egipto se instalaba la anarquía, en Nubia se formaba un pequeño reino que se iría haciendo grande.

El faraón nubio Taharqa llevó al reino a su apogeo, aunque tuvo que retirarse ante los asirios. Las tropas egipcias fueron derrotadas y el avance del rey asirio Assurbanipal hizo retirarse al faraón.

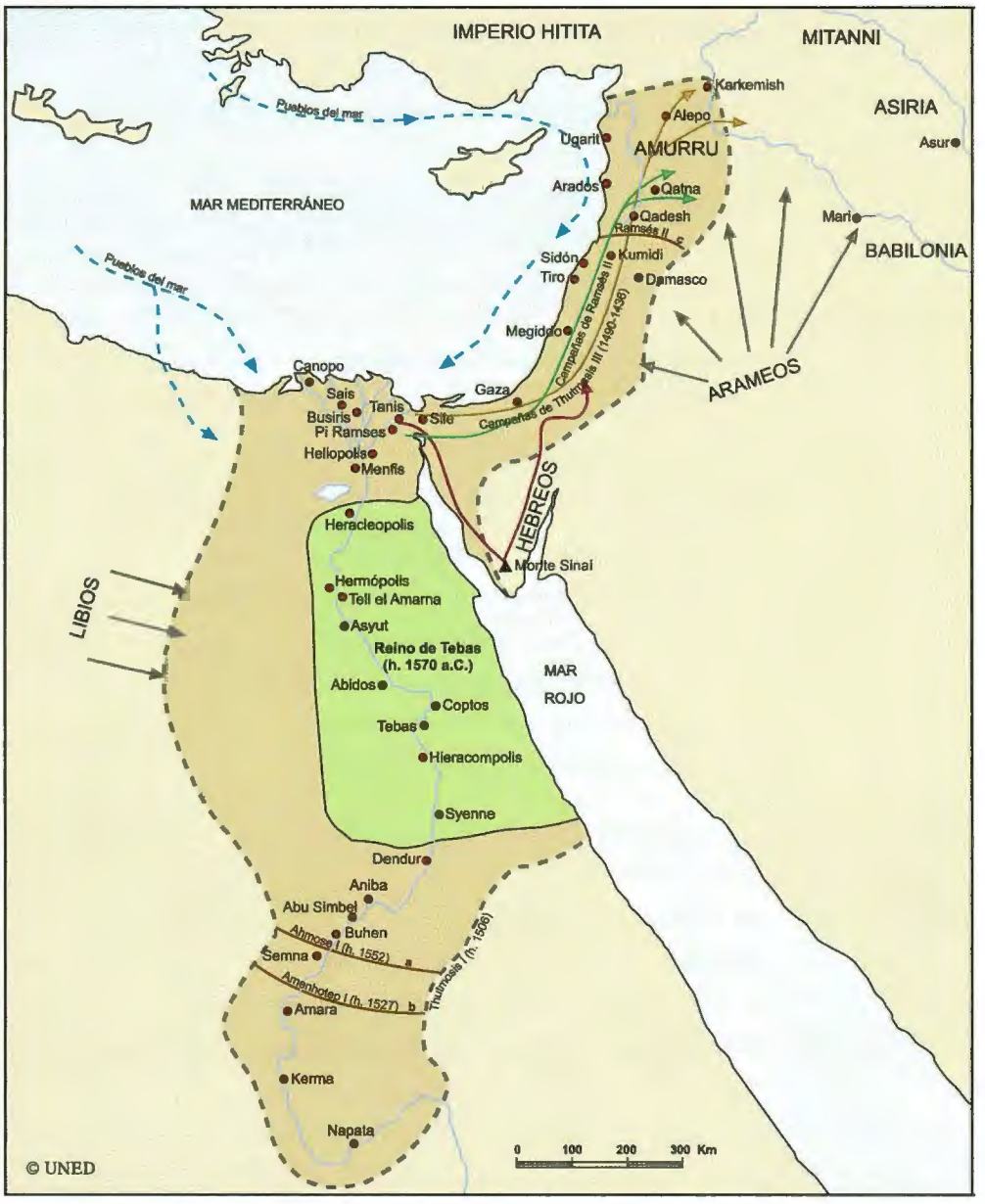
Hacia el año 660 a. C., los faraones kushitas fueron expulsados a Nubia, y la dinastía de los faraones negros quedó desde entonces en el olvido.

Guion / Resumen

IMPERIO NUEVO Y TERCER PERIODO INTERMEDIO

Imperio Nuevo	Tras la expulsión de los hicsos Egipto de nuevo está reunificado.
1550-1069	Es la época de máximo esplendor.
Dinastías XVIII-XX	Se convierte en un estado militarista y agresivo
	Grandes enfrentamientos con potencias asiáticas:
	Tutmosis III Con Mitani – Batalla de Megiddo
	Ramsés II con Hatti – Batalla de Qadesh
	Ramsés III con los Pueblos del Mar
	Revolución de Amarna
	Akenatón sustituye el culto a Amón por el de Atón.
	Traslada la capital a Akheraton (El Amarna).
	Prohíbe el culto a otros dioses.
	Tutankhamón restaura el culto a Amón y devuelve el poder al clero.
	Con la XIX dinastía se lleva a cabo una política expansionista

	Con Seti I se delimitan las zonas de Influencia con los hititas Ramsés II Fracasa en su intento de control del Asia Occidental La organización del Imperio Nuevo es semejante a la de épocas anteriores. Se suceden las disputas dinásticas. En economía se introduce la metalurgia del hierro. La madera de Siria y del Líbano llega constantemente. La casta sacerdotal adquiere cada vez más poder¡hasta rivalizar cvon el del faraón. Se mejoran los métodos de momificación Los faraones del Imperio Nuevo se entierran en el Valle de los Reyes. La literatura alcanza sus máximas cotas
Tercer Período Intermedio 1069-656 a. C. Dinastías XXI-XXV	Tres períodos: • Faraones Tanitas. Capital en Tanit. Dinastía XXI • Faraones Libios. Reino muy fragmentado, casi feudal. Dinastías XXII-XXIV • Faraones Nubios. Capital en Napata. Dinastía XXV. Logran una reunificación temporal. Todas estas dinastías son casi simultaneas. El clero de Amón tiene un poder desmedido.
Época Saita 664-525 a. C. Dinastía XXVI	Última dinastía nativa de Egipto. A partir de ella se suceden las dominaciones extranjeras. La capital se sitúa en Sais Probablemente es una dinastía relacionada con los Faraones Libios El clero de Amón mantiene su poder pero va en retroceso. Al final de la dinastía los persas se adueñan de Egipto y Cambises II inaugura el Egipto Aquemenida.



Fuente: Atlas Histórico y Geográfico de la UNED

Mapa 6. Egipto durante el Imperio Nuevo.

IMPERIO NUEVO (1550-1069 A. C.)

Faraón

La palabra «faraón» deriva de la expresión egipcia per-aa («Casa grande»), que si en principio se utilizó para aludir exclusivamente al Palacio real acabó por identificar, a partir del Reino Nuevo, al soberano que vivía en él. Tal palabra no fue nunca título oficial, dado que para aludir al rey se emplearon las expresiones neb («señor»), nesut («rey»), ity («soberano») o hemef («su majestad»). La expresión per-aa fue incorporada por los judíos a su idioma, pasando luego a la Biblia y de ésta al griego, llegándonos así la voz «faraón». Estas expresiones iban casi siempre seguidas por la llamada «fórmula de deseos»: ankh, uadja, seneb, cuya traducción es: «[que tenga] vida, prosperidad [y] salud», frase abreviada por lo común por medio de tres signos jeroglíficos. También se le señalaba en ocasiones con las expresiones de «el dios bueno» (netjer nefer) y de «Señor de las dos Tierras» (neb tauy). Es un anacronismo aplicar el título de faraón a todos los reyes del antiguo Egipto. Históricamente, sólo es correcto hacerlo a partir de Amenofis IV, a quien se le dirigió una carta en la que, por primera vez, se le saludaba como Faraón.

Federico Lara Peinado

El Imperio Nuevo será el período de mayor esplendor de toda la historia de Egipto. Abarca las dinastías XVIII a XX. Poderosos faraones como Tutmosis III, Amenofis IV y Ramsés II, mediáticos como Tutankhamón, reinas como Hatshepsut y Nefertiti o revoluciones como la de El Amana, se sucederán durante un periodo de casi 500 años, llevando a la civilización egipcia a las más altas cotas políticas, culturales y económicas.

Con la expulsión de los hicsos y el establecimiento en Egipto nuevamente de una monarquía, fuerte y centralizada, podría pensarse que estamos ante la potencia hegemónica del Próximo Oriente. Nada más lejos de la realidad. En los siglos sucesivos los rivales de Egipto se iban a suceder unos a otros, comenzando por los mitanios, que serán los antagonistas principales de los egipcios durante buena parte del Imperio Nuevo y amenazarán la zona del delta. Con ellos rivalizarán por el control de la franja sirio-palestina. Egipto también va a ser amenazado desde el sur, donde algunos pueblos, que hasta ese momento no les habían creado demasiados problemas, comenzaron a organizarse. En los períodos en los que el poder centralizado era fuerte, Egipto se había sentido seguro dentro de sus fronteras, sin tener aspiraciones fuera de ellas, más allá de las provocadas por motivos comerciales o por la búsqueda de materias primas. A partir del Imperio Nuevo, las cosas van a cambiar; Egipto va a prestar mucha más atención a la política internacional, se va a convertir en un estado agresivo, que va a rivalizar con los Imperios del Próximo Oriente y va a mantener con ellos intensas relaciones diplomáticas, cuando no enfrentamientos militares abiertos.

En el Imperio Nuevo se produce un cambio muy importante en la figura del monarca. En la Dinastía XVIII aparece por primera vez el término *Per-Aa* (Faraón), solamente a partir de Amenofis IV podemos llamar con propiedad Faraón a los gobernantes egipcios.

XVIII Dinastía	XIX Dinastía	XX Dinastía
Amosis	Ramsés I	Sethnakht
Amenofis I	Sethi I	Ramsés III
Tutmosis I	Ramsés II	Ramsés IV
Tutmosis II	Merneptah	Ramsés V
Tutmosis III	Amenmessu	Ramsés VI
Hatshepsut	Sethi II	Ramsés VII
Amenofis II	Siptah	Ramsés VIII
Tutmosis IV	Tausret	Ramsés IX
Amenofis III		Ramsés X
Amenofis IV / Akenatón		Ramsés XI
Neferneferuatón		
Tutankhamón		
Ay		
Horemheb		

La dinastía XVIII (1550-1350 a. C.)

Los primeros monarcas: de Amosis I a Tutmosis III

Una de las diferencias que va a haber entre el estado egipcio del Imperio Nuevo y el de las épocas anteriores es su carácter militarista, consecuencia de su salida del aislacionismo. El estado egipcio quiere ser tan poderoso en la esfera internacional, como lo había sido hasta ese momento en la interna. También va a ser una constante que a la muerte de cada soberano se produzca una sublevación en los territorios sometidos, con la esperanza de que el nuevo no sea capaz de mantener el control y, así, lograr liberarse del yugo egipcio. Ello llevará a que una y otra vez se deban repetir campañas militares en los mismos lugares y, habitualmente, con el mismo resultado.

Como ya hemos dicho, la dinastía XVIII se inicia con **Amosis I**, hijo de Seqenenre Tao y hermano de Kamosis. Desconocemos los motivos por los que sucede a su hermano, tal vez éste no tenía descendencia y tuvieron que acudir a su pariente más próximo. Lo cierto es que Amosis I accedió al trono siendo muy joven. Sabemos que durante unos años su madre

Ahhotep ejerció la regencia. Tal vez ella influyera también mucho en la designación de su hijo como sucesor. Al acceder al trono todavía había partes del territorio egipcio que no estaban bajo su control. Como ya hemos avanzado, con él continuó la ofensiva sobre los hicsos, iniciada por su hermano Kamosis, ofensiva realizada a través del río, con barcos, que conocemos gracias al relato de un soldado de el-Qab. El objetivo final era Avaris, para lo cual necesitó muchos años y al menos tres ataques. Con ello no concluyó la guerra en el delta. Era necesario acabar con los focos de resistencia y los hicsos que quedaban fueron empujados con dificultad hacia el este, hasta Palestina, donde asediaron la ciudad de Sharuhen, tradicionalmente considerada una fortaleza de los hicsos, pero lo más probable es que se tratara de una ciudad en la que se habían refugiado gentes emparentadas con ellos. La toma de Sharuhen hay que encuadrarla en la política para proteger la frontera oriental. Una vez estabilizado el norte, Amosis necesitaba poner orden en el sur y restablecer el poder egipcio en Nubia. Para ello inició en el sur una serie de campañas. La primera de ellas contra el príncipe de Kush, que gobernaba un territorio que iba desde Elefantina hasta la Segunda Catarata.

Durante el Segundo Periodo Intermedio, con la dominación de los hicsos establecidos en el norte, Kush se había convertido en un estado independiente. Es muy probable que este príncipe de Kush fuera un nubio, pero con toda seguridad muy ligado a la cultura egipcia, pues sus funcionarios tenían nombres egipcios y allí también se adoraban a los dioses egipcios. Sabemos que entre Kush y Avaris tenían buenas relaciones, hasta el punto de que cuando Kamosis atacó el poder hicso en el norte, Apofis le pidió al príncipe de Kush, probablemente de nombre **Nedjeh**, que atacara a los egipcios desde el sur. Conocemos las campañas de Amosis I en el sur gracias a la inscripción de un soldado, llamado tambien Amosis, hijo de Ibana, que participó en ellas. Sabemos que Amosis I realizó al menos tres expediciones contra Kush, con poca oposición de las poblaciones de la región. La segunda a consecuencia de la revuelta de **Tetian**, sucesor de Nedjeh, también aplastada con facilidad, llegando el ejército egipcio hasta el sur de Buhen. Una vez restablecido el poder de Egipto en Nubia, Amosis, dejó la región en manos de Hormeni, que ocupó el puesto del príncipe de Kush y se comprometió a pagar un tributo anual. Es probable que Amosis realizase, al final de su reinado, una última campaña contra Palestina en la que también incluyó Siria.

A la muerte de Amosis I, le sucede en el trono su hijo **Amenofis I,** quién se mantendrá en el trono, aproximadamente unos 21 años. Aunque tenemos pocos datos de su reinado, sí sabemos que estuvo preocupado por consolidar el reino heredado, sobre todo en lo referente a las fronteras. Conocemos que su control se extendió hasta la región de Tombos, cerca de la Tercera Catarata. También llevó a cabo expediciones contra los libios por el oeste, recuperando, o consolidando, las zonas de los oasis. Actuó contra los asiáticos por el este, aproximando la frontera al Éufrates, que en esta época ya era considerado el límite de la influencia egipcia, comenzando ya desde este momento la rivalidad con Mitanni. De su política interna, a parte de su intensa labor como constructor, no sabemos nada. También desconocemos si Amenofis I

tuvo descendencia, lo cierto es que a su muerte le sucedió un militar de alto rango, Tutmosis I. No sabemos si tenía algún tipo de relación sanguínea o familiar con él, y es probable que la designación la realizara Amenofis I antes de morir, pues en algún documento aparecen juntos los nombres de ambos, lo que indicaría la existencia de una corregencia, que hasta el momento no ha sido aceptada por todos los egiptólogos

Inscripción rupestre de El Kab
Campañas a Nubia y Asia de Tutmosis I

Conduje a continuación en barco al rey del Alto y del Bajo Egipto Aakheperj¡kare, justo de voz, mientras descendía el río en dirección Khenthennefer, para reprimir una sublevación [suscitada] a través de los países extranjeros y para rechazar una invasión por el lado del desierto. Realicé en su presencia un acto de bravura, sobre aguas difíciles, que asaltaban el navío en un paso peligroso de la catarata. Se me llamó jefe de los marinos <...>.

Entonces su majestad se puso furioso como una pantera; lanzó su primera flecha, que quedó clavada en el pecho de este vil enemigo; [los adversarios huyeron], sin fuerza, a causa de la llama de su uraeus; en un instante se formó allí una carnicería, y se tomó como prisioneros a todos sus habitantes. Su majestad navegó río abajo, teniendo en su puño todos los países extranjeros, mientras un vil nubio estaba colgado, cabeza abajo, en la proa de la barca de Su Majestad. Desembarcamos en Katnak.

Después de esto partimos hacia Retenu por distracción a través de los países extranjeros. Su Majestad alcanzó Naharina; tan pronto como encontró a ese vil enemigo, comenzó el combate. Hizo una gran masacre y se podía contar el número de prisioneros que trajo de sus victorias. Entre tanto, yo estaba a la cabeza de nuestro ejército y Su Majestad pudo percibir mi valor. Traje conmigo un carro, y su yunta de caballos como prisioneros, lo cual ofrecí a Su Majestad. De nuevo me recompensó con oro.

Traducción F. Lara

Con **Tutmosis I**, tuviera relación sanguínea con Amenofis I, o estuviera casado con alguna de sus hijas, lo cierto es que se instaló una nueva familia real en el trono de Egipto y con ella nuevas costumbres, como la de enterrarse en el Valle de los Reyes, que va unido a la creación de un poblado de artesanos en Deir el Medineh donde van a vivir los encargados de excavar los hipogeos reales. Tuvo que reafirmarse en el trono frente a las amenazas externas, realizando una campaña contra Nubia en la que llegó a Tombos, donde levantó una fortaleza para controlar la zona. También aplacó una rebelión en Kush. Intervino en Canaán y aumentó la tensión con Mitanni. En el aspecto interno, prestó mucha atención a Menfis, que en realidad se convirtió en una segunda capital. Murió sin descendencia masculina directa y la sucesión fue complicada, pues el trono acabó pasando a **Tutmosis II**, hijo de Tutmosis I y una concubina, que se había casado con su hermanastra Hatshepsut. Su reinado fue muy corto y siempre destacó por encima de él su esposa, que como veremos tuvo un papel importantísi-

mo en los años sucesivos. Se vio obligado a hacer frente a la consabida revuelta en Nubia que se había separado y dividido en tres reinos a la muerte de Tutmosis I. El ejército, mandado por **Seni**, logró sofocar la revuelta. También tuvo que enfrentarse a los shasu, tribus beduinas de Asia, aunque bastó la sola presencia del ejército para que se sometieran. No conocemos que tuviera hijos varones con Hatshepsut, por lo que el heredero iba a ser el hijo habido con una concubina, Tutmosis III, pero era muy joven para hacerse cargo del trono, por lo que Hatshepsut se ocupó de la regencia.

Hatshepsut y Tutmosis III

Sin duda, **Hatshepsut** es uno de los personajes más atrayentes de la historia de Egipto, no sólo por el hecho de ser mujer, sino porque ejerció la monarquía con todas sus consecuencias y con plenos poderes, en un momento en el que, en Egipto, la mujer desempeñaba un papel diferente al que había tenido hasta ese momento. Estaba muy presente en muchos aspectos de la vida egipcia, pero sobre todo en la política. Las reinas de Egipto, como esposas del monarca, no iban a estar al margen de las decisiones de gobierno.

Figura 15. Busto de Hatshepsut. Museo de El Cairo. Foto National Geographic.

La mujer en Egipto tenía un status bastante elevado. Podían poseer bienes y podían heredar. Ahora bien, fue bastante raro que una mujer se convirtiera en monarca, solamente **Sobekneferu**, a la muerte de Amenemhat IV, **Khentkaus**, que sirvió de nexo de unión entre los faraones de la IV y la V dinastía, y tal vez **Nitocris** a finales de la VI dinastía, llegaron a sentarse en el trono como monarcas.

Como hemos visto, Hatshepsut era hija de Tutmosis I, esposa y hermanastra de Tutmosis II y madrastra de Tutmosis III. No cabe duda que el *curriculum* familiar le hacía merecedora del trono, y eso mismo pensaba ella cuando se hizo cargo de la regencia de Tutmosis III, regencia que asumió sin ánimos de renunciar al trono en ningún momento. Como hija de monarca había sido perfectamente educada para cumplir con sus deberes y, durante el reinado de su padre, ya ocupó puestos de responsabilidad. En comparación con el reinado de otros monarcas, el suyo fue mucho más largo y próspero.

Cuando Tutmosis III llegó a la mayoría de edad, ella ya había asumido y hacía ostentación de todos los atributos de un monarca de plenos derechos y, aunque el rey legítimo era Tutmosis III, decidió no entregarle el poder hasta su muerte. Se hizo coronar con el nombre de **Maatkare** y asumió los títulos de «Esposa de Dios», «Mano de Dios», «Adoradora divina de Amón», «La que ve a Horus y a Set». Vestía atuendo masculino y se hacía representar con él. Portaba todos los atributos del monarca: el **khat** o pañuelo de cabeza rematado con el **uraeus**, la barba falsa, la **shendyt** o falda corta, incluso la doble corona, símbolo de su dominio sobre el Alto y el Bajo Egipto. Generó tanto odio en Tutmosis III, que cuando éste logró finalmente acceder el trono a la muerte de Hatshepsut, después de casi veinte años de espera, intentó hacer desaparecer todo vestigio de su existencia, borrando su nombre de todos los monumentos que había construido. Casi lo logró, pues solamente pudo ser rescatada del olvido a mediados del siglo XIX, cuando se observó que los textos de Deir el-Bahari, templo funerario de Hatshepsut, no cuadraban con las imágenes y con las inscripciones, que mientras que éstas se referían a un rey, los sustantivos y los verbos eran femeninos, llegando a la conclusión de que el Amenenthe (Hatshepsut) de las inscripciones no era un nombre más de Moeris (Tutmosis III), sino que era un monarca diferente, y que ese monarca era una mujer.

Tradicionalmente se ha considerado el reinado de Hatshepsut como no excesivamente militarista. A ella no se le atribuyen la realización de grandes expediciones militares. En cambio sí que llevó a cabo importantes expediciones comerciales, una al País del Punt, y otra en busca de piedra para la construcción de obeliscos.

La primera expedición comercial, probablemente la envió a las cercanías de Asuan, a las canteras de granito rojo para que trajeran dos parejas de obeliscos destinados a Karnak. A la cabeza de esta expedición iba uno de sus favoritos, que colaboraría con ella durante todo su reinado, **Senenmut**, quién dejó su impronta en las rocas de aquella región.

Los contactos con el País del Punt se habían iniciado ya durante el Imperio Antiguo. Se iba allí en busca, sobre todo de incienso, y estaba situado en la costa oriental de África en el límite con el sur del Mar Rojo. Según la documentación que conocemos en el año 7 de su reinado envió cinco naves al mando de **Nehesi**, que zarparon de un puerto del Mar Rojo según unos, según otros el viaje lo realizó remontando el río Nilo. Cambiaron armas y joyas manufacturadas por árboles de incienso, que transportaron con sus raíces en cestas, para que permanecieran vivos, breas aromáticas, oro, marfil, ébano y pieles de leopardo entre otras muchas mercancías. En el viaje de regreso les acompañaron algunos nobles del País del Punt, y también otros del norte de Nubia para rendir homenaje a Hatshepsut.

Unos años después de la expedición al País del Punt, Hatshepsut envió otra expedición para obtener dos nuevos obeliscos destinados a Karnak. Esta vez el encargado de guiar la expedición fue **Amenhotep** que dejó constancia de ellos en su tumba de Tebas y en un grafito de cerca de Asuán. Además de estas expediciones también envió otras a las minas de turquesas del Sinaí.

En política interior, probablemente su labor más importante fue la constructora, apoyada por su arquitecto Senenmut. Levantó numerosos edificios, como el santuario de Karnak, del que quedan pocos restos visibles, pero, sobre todo, su templo funerario en Deir el-Bahari. Además se preocupó por la administración de justicia, creando tribunales que distribuyó por todo el país.

A su muerte, como hemos avanzado, le sucedió Tutmosis III, quién hasta ese momento, y durante los años de gobierno de Hatshepsut se había visto obligado a vivir en la sombra. Inició su reinado llevando a cabo una violenta represión contra todo lo que había significado su predecesora, represión que está siendo negada en los últimos años por parte de la investigación egiptológica, considerando que la destrucción de la obra de Hatshepsut es de época de Ramsés II. Destruyó todas las estatuas de la reina; persiguió a todos los que habían desempeñado cargos importantes en su gobierno; mutiló los textos donde aparecía el nombre de Hatshepsut, sustituyéndolo por el suyo, el de su padre o el de su abuelo.

El reinado de Tutmosis III fue muy largo, en torno a 51 años, pero aproximadamente 21 de ellos son los que permaneció relegado por Hatshepsut. Fue un claro exponente de monarca militarista apoyado en un poderoso ejército. Oficialmente están registradas 17 campañas militares.

Para muchos investigadores fue el creador del Imperio Egipcio, llegando a establecer la hegemonía egipcia desde Nubia hasta el Éufrates, río que llegó a cruzar en su campaña contra Mitanni. Para ello se apoyó en un ejército poderoso y bien organizado.

Fuente: Atlas Histórico. Mundo Antiguo. National Geographic

Mapa 7. Egipto en época de Tuthmosis III.

El ejército de Tutmosis III supo aprovechar todas las novedades que se habían introducido en Egipto desde la llegada de los hicsos, sobre todo los ya mencionados arco compuesto y carro de guerra, a los que se había añadido el hacha de guerra, ideada en tiempos de Amosis. Las batallas eran enormemente sangrientas, pero tras la victoria, no llevaba a cabo una cruenta venganza contra los derrotados; en cambio hacía numerosos prisioneros de guerra que llevaba consigo a Egipto, incluidos los jóvenes príncipes de los países derrotados, príncipes que educaba en su palacio y que, una vez que habían adquirido todas las costumbres egipcias, eran enviados a sus países de origen como embajadores. El mando supremo del ejército, dividido en dos, uno ubicado en Tebas y otro en Menfis, estaba en manos de Tutmosis III. Al frente de cada uno de estos ejércitos estaban dos delegados suyos, dos visires, asesorados por un Consejo del Ejército. Con él aparece también el virrey de Kush, que controla el territorio de Nubia bajo dominación egipcia. La unidad básica del ejército era la infantería armada con lanzas y hachas, un nutrido grupo de arqueros nubios, caballería y carros de guerra. La marina podía operar en el Nilo y en el Mediterráneo. Su misión, a parte de la puramente bélica, era escoltar a las tropas y proteger a los mercaderes.

Algunas de las campañas militares levadas a cabo por Tutmosis III las conocemos en detalle por los Anales de Karnak, compuestos por 232 líneas de texto esculpidas sobre los muros del corredor que rodea el *Santa Santorum* del templo. Hubo campañas que fueron simples viajes de control, pero otras fueron auténticas empresas militares, como la primera de ellas que le llevó a enfrentarse con Mitanni, y en la que el choque más importante tuvo lugar en Megiddo.

La batalla de Megiddo es la primera de la que tenemos una narración completa, con todo tipo de detalles, incluido recuento de bajas y del botín conseguido.

Las consecuencias de la batalla de Megiddo fueron importantes para Egipto, pues cesaron las revueltas en Canaán y en Siria, con la consiguiente pacificación de la región. Fue una victoria de prestigio que impresionó a regiones que no habían intervenido en el conflicto, hasta el punto de que Hatti, Chipre, Asiria y Babilonia enviaron tributos de homenaje a Egipto.

En las siguientes campañas consolidó la presencia de Egipto en Asia así como la percepción de tributos. Algunas de ellas no pueden calificarse de campañas militares, más bien fueron giras acompañado del ejército. En las últimas campañas, a finales de su reinado se centró, sobre todo, en Nubia, llegando hasta la Cuarta Catarata y de allí trajo grandes cantidades de oro.

En política interior, al igual que sus predecesores, se interesó mucho en las construcciones públicas. Añadió nuevas edificaciones a Karnak, como el Patio de los Anales; nuevas columnatas, obeliscos y el Pórtico del Gran festival. Levantó un templo a Ra en Heliópolis y otro

a Hator en Deir el-Bahari. Al igual que su predecesora, parte de su gobierno descansó en la actuación de grandes colaboradores como el visir **Rekhmire,** o el gran sacerdote de Amón **Menkheperreseneb**.

No hay unanimidad al admitir si Tutmosis III asoció al trono a su hijo **Amenofis II**. También este último fue un monarca militarista, interesado sobre todo en la guerra, y preparado desde joven para ella. Según las últimas investigaciones y el análisis de su momia, debió morir en torno a los 40 años, por tanto su reinado duró unos 26.

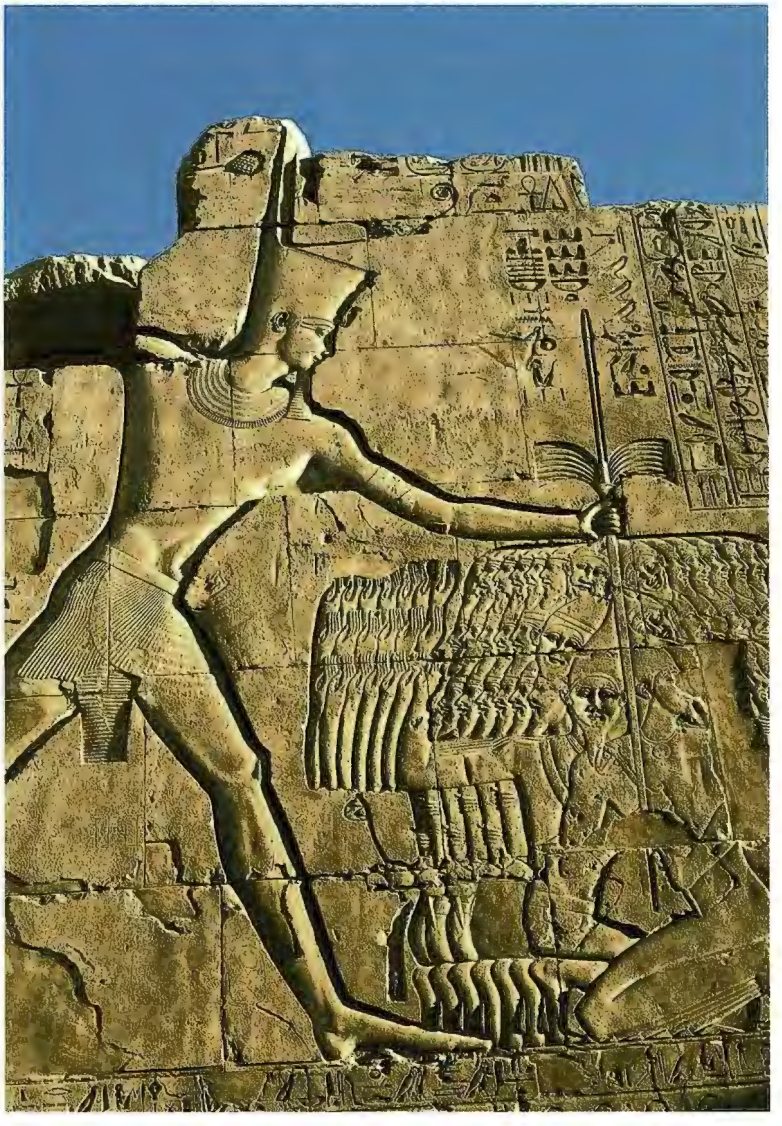


Figura 16. Representación de Tutmosis III en los muros de Karnak tras la batalla de Megiddo. Foto National Historia.

Batalla de Megiddo

Año vigésimo tercero, primer [mes] de la estación shemu, día 21, el día exacto de la fiesta de la Luna Nueva. El rey se levanta al despuntar el alba. Se dan órdenes a todo el ejército de desplegarse <...>. Su Majestad avanza, sobre su carro de electro, tocado con sus ornamentos de combate, como Horus, el del brazo poderoso, Señor del poder, como Montu el tebano, mientras su padre Amón fortalece sus brazos. El ala meridional de su ejército alcanza la colina del sur [del riachuelo] de Kyna < ... >, mientras que el ala septentrional está al noroeste de Megiddo; Su Majestad está en el centro, Amón le asegura la protección mágica de su cuerpo <en> el combate y la fuerza de <Seth recorre> sus miembros.

Mientras, Su Majestad se apodera de sus enemigos, a la cabeza de su ejército; y cuando aquellos ven a Su Majestad asegurar su empresa sobre ellos, huyen <hacia> Megiddo, tropezando y cayendo de cabeza, con rostros aterrorizados; abandonan sus caballos, sus carros de oro y plata. Se les saca izándoles por sus trajes sobre [las murallas] de esta ciudad, porque la población había cerrado [las puertas]; en ocasiones dejan caer sus ropas para ser izados [más deprisa] a lo alto [de los muros] de la ciudad. ¡Ah, si el ejército de Su Majestad no se hubiese lanzado al pillaje, habria <tomado> Megiddo al instante! De este modo fueron izados, con prisas, a fin de hacerles entrar en la ciudad, el vil enemigo de Kadesh y el vil enemigo de esta ciudad, porque el temor que Su Majestad inspira había penetrado <sus cuerpos> y sus brazos estaban sin fuerza. La uraeus se había apoderado de ellos.

Luego, [los soldados de Su Majestad] capturaron sus caballos y saquearon los carros de oro y plata convertidos en fácil <botín>; mataron a los que estaban tendidos en el suelo, como peces en un sitio cerrado. El victorioso ejército de Su Majestad contó los bienes de los enemigos; y saqueó también la tienda, trabajada <en plata>, de ese vil enemigo <...>. El ejército entero lanzó gritos de alegría, prodigando a Amón aclamaciones, <por la victoria> que había concedido a sus hijos <en ese día. Los soldados rindieron homenaje> a Su Majestad, exaltando su victoria; le ofrecieron el botín que habían traído consigo: manos, prisioneros vivos, caballos, carros de oro y plata, [objetos] <de gran calidad>.

[...]

<Lista del botín que el ejército de Su Majestad ha recogido de la ciudad de> Megiddo:

340 prisioneros vivos; 83 manos; 2.401 caballos; 191 yeguas; 6 sementales, <...> potros. Un carro trabajado en oro, cuya <lanza> es de oro, perteneciente a este enemigo. Un precioso carro del príncipe de <Megiddo>, trabajado en oro. <30 carros de príncipes aliados>. 892 carros que habían pertenecido a su ejército. En total: 924.

Una hermosa cota de mallas de bronce que había pertenecido a este vil enemigo; una hermosa cota de mallas de bronce, del príncipe de Megiddo <...>; 200 cotas de mallas <de cuero> que habían pertenecido a su vil ejército; 502 arcos; siete columnas de madera mery trabajadas con plata, que habían pertenecido a la tienda de este [vil] enemigo. El ejército <de Su Majestad> se apoderó igualmente de <rebaños de esta ciudad>: <...>, 1.929 bóvidos, 2.000 cabras, 20.500 carneros. [...]

Traducción F. Lara

Durante los primeros años tuvo que hacer frente a las habituares sublevaciones de los territorios sometidos. Cruzó el Orontes y destruyó Ugarit. Derrotó a los príncipes rebeldes de Qadesh, que tomó como prisioneros y luego ejecutó, para demostrar a sus adversarios la fortaleza de su gobierno. Uno de estos príncipes lo llevó hasta Nubia, donde lo colgó de la muralla de Napata. Siria también se sublevó, probablemente instigada por Mitanni, pero el prestigio militar de Amenofis II favoreció que las ciudades sirias se sometieran rápidamente. De alguna manera, Mitanni y Egipto lograron alcanzar un acuerdo de paz, pues a partir de este momento no volvemos a tener noticias de enfrentamientos entre ambas potencias.

El resultado de sus campañas militares fue la obtención de una gran cantidad de tributos. Entre otros, 600 kg de oro y 45.000 de cobre de Retenu, así como un gran número de eslavos.

Algo que le diferencia de su predecesor es que no puede decir que Amenofis II fuera un rey constructor. Se limitó a concluir los proyectos iniciados por Tutmosis III. A su muerte, la corona pasó a su hijo **Tutmosis IV**.

Existen dudas sobre cómo accedió al trono Tutmosis IV, si sucediendo directamente a su padre o usurpando el trono a su hermano mayor. Su reinado pudo durar entre nueve y diez años. Para asegurar la paz con Mitanni se casó con una princesa de la nación asiática, probablemente hija de **Aratama I**. A pesar de ello, realizó alguna campaña en Asia. Se trató más de demostraciones de fuerza que campañas militares. También controló militarmente Nubia, a la que envió una expedición. A él le atribuyen la formalización del *Tratado de Kurushtama*, firmado con Hatti, en el que se fijaban las fronteras y la presencia de hititas en Siria. Uno de sus logros más destacados fue la restauración de la esfinge de Giza y algunas construcciones en Karnak.

A Tutmosis IV le sucede su hijo **Amenofis III** cuando apenas tenía diez años, por lo que mu madre **Mutemuia** ejerció la regencia. Su reinado solamente tuvo alguna complicación al principio, con dos campañas a Nubia. El resto de su gobierno fue relativamente pacífico, dedicándose a consolidar las relaciones con Asia Anterior. Su labor diplomática queda constatada en las llamadas *Cartas de El Amarna*, 379 tablillas redactadas en lengua acadia y escritura cuneiforme, que recogen la correspondencia entre Amenofis III y Amenofis IV con los soberanos Hatti, Amurru, Mittani, Babilonia y Asiria. También por el gran número de matrimonios de conveniencia con princesas de Mitani y de Babilonia. Pero no todo fue fácil pues con los hititas las relaciones comenzaron a tensarse. No solamente consolidó las relaciones diplomáticas, también logró estabilizar las fronteras y fruto de ello fue una intensa labor de construcción desde Sudán al delta del Nilo. Destaca el templo funerario de Medinet Habu, cuyos restos más famosos son los Colosos de Memnón, de más de catorce metros. También el templo de Luxor y el pilono occidental de Karnak.

Figura 17. Colosos de Memnon.
Restos del templo de menofis III en Medina Habi.

Durante su reinado Egipto alcanzó una gran prosperidad económica y cultural. Se ejerció un gran control sobre las rutas comerciales y sobre los puertos.

Es muy probable que antes de morir, durante los últimos años de su reinado, asociará al trono a su hijo Amenofis IV. Por el estudio de su momia sabemos que debía tener unos 50 años cuando murió, dejando un estado poderoso y muy respetado por sus vecinos.

Amenofis IV: la «revolución» de Amarna

Con el reinado de **Amenofis IV** las cosas en Egipto iban a cambiar. Se produjo una auténtica revolución que afectó a todos los sectores de la vida egipcia. Bajo Amenofis III la XVIII dinastía había llegado a su máximo esplendor. Con su sucesor, Amenofis IV, a pesar de sus realizaciones, iba a comenzar el inicio de la decadencia de la dinastía.

Como hemos dicho era hijo de Amenofis III y de su esposa **Tiyi**. Para asegurar la continuación dinástica se casó con su prima **Nefertiti**. En su ascenso al trono recibió la aprobación

de Tushratta de Mitanni y de Subiluliuma de Hatti. Ello permitó mantener el prestigio internacional logrado con los monarcas anteriores. A pesar de todo, Mitani, presionada por los hititas, rompió la alianza con Egipto y la paz fue difícil de mantener, produciéndose algunos conflictos en Siria y en Fenicia.

Un problema importante para la investigación, es el de la mencionada corregencia con Amenofis III. Para un grupo de investigadores ésta no existió y Amenofis IV subió al trono a la muerte de su padre Amenofis III; para otros, gracias a datos de reciente descubrimiento, esta corregencia sí que existió y duró al menos diez años. Ninguna de las dos teorías está en posesión de pruebas concluyentes.

Carta de Tushratta a Amenofis III

Archivo de el Amarna

Di a Nibmuareya rey <de Egipto>, mi hermano: Así [habla] Tushratta, rey de Mitanni, tu hermano. A mí me va bien. Deseo que para ti todo vaya bien. A Kelu-Kheba le deseo el bien. A tu casa, tus mujeres, tus hijos, tus Grandes, tus guerreros, tus caballos, tus carros y a tu país les deseo que todo vaya bien.

Cuando yo ocupé el trono de mi padre —entonces yo era muy joven—, en ese tiempo UD-khi había cometido una mala acción en mi país: él había asesinado a su Señor. Por aquella razón él no me toleró que tuviera amistad con aquél a quien yo amaba. Pero yo, por mi parte, estaba en contra de aquellas malas acciones que se habían cometido en mi país. No he sido negligente, sino que he exterminado a los asesinos de Artashumara, mi hermano, con todo lo que le pertenecía.

Puesto que tú tuviste amistad con mi padre, justamente por eso te he escrito y te he informado para que mi hermano sepa acerca de eso y se alegre. Mi padre te amaba y tú amabas a mi padre. De acuerdo con esa amistad, mi padre te dio a mi hermana. ¿Y quién estuvo nunca como tú estuviste con mi padre?

Por otra parte, <no más tarde que un año>, todos los países de Khatti provocaron enemistad contra mi hermano. Cuando los enemigos de <mi> país lo hubieron invadido, Tessup, mi Señor, los puso en mi mano y yo los vendo Ninguno hubo de entre ellos que pudiera regresar a su propio país.

Ahora te envío con la presente un carro, dos caballos, un muchacho y una muchacha del botín del país de Khatti.

Como regalo para [ti], mi hermano, te envío cinco carros y cinco tiros de caballos.

Como regalo para Kelu-Kheba, mi hermana, le envío un par de alfileres de pecho, de oro, un par de pendientes de oro, un anillo mashkhu y un estuche de piedra, lleno de fino aceite.

Con la presente te envio a Keliya, mi visir, y a Tunibibri. Que mi hermano los deje partir pronto y que ellos puedan rápidamente devolverme noticias, y con ello pueda oír los saludos de mi hermano y alegrarme.

Mi hermano puede pretender conmigo una buena amistad y mi hermano puede enviar a sus mensajeros, para que ellos me traigan los saludos de mi hermano y los oiga.

Traducción F. Lara

En el plano político, en reinado de Amenofis IV no supuso grandes novedades, pero sin duda, el hecho que más destaca en su reinado, es el cambio en la orientación religiosa, y la construcción de una nueva capital con el posterior traslado a ella. Para muchos, esta actuación de Amenofis IV fue la llamada «revolución» de El Amarna o «cisma amariense».

Figura 18. Akhenatón y Nefertiti en una estela de el-Amarna. Museo de Berlín. Foto National Historia.

También importante es el carácter pacifista que se ha dado tradicionalmente a este monarca. Esto ha sido puesto en duda en los últimos años, pues sin la colaboración del ejército no se entiende el triunfo de su programa político y religioso. También sabemos que empleó el ejército para aplastar una revuelta en Nubia en el año 12 de su reinado, y que también pudo enfrentarse a los hititas, quienes en esa época estaban en conflicto con Mitani.

En el año 2 de su reinado para unos, en el 5 para otros, Amenofis IV decidió dar un cambio a la orientación de la religión estatal. Abandonó la preponderancia en el culto al dios

Amón, para sustituirlo por el culto al dios Atón, el disco solar, cambiando su nombre de Amenofis por el de Akenatón. Se produjo una tendencia abandonar el culto a los demás dioses, convirtiendo a Atón en el dios único. Para muchos se convirtió en el paso de un politeísmo a un monoteísmo solar.

No se conocen cuáles fueron las causas de este cambio, pues al principio de su reinado parecía llevarse bien con el clero de Amón, incluso hay algunas escenas en las que aparece adorando a esta divinidad.

Una de las consecuencias inmediatas del cambio en las concepciones religiosas afecta directamente a la economía, pues la nueva divinidad no necesita estatuas, dado que simplemente es representada como un disco solar. Sus santuarios son levantados al aire libre, algo muy diferente a las oscuras y cerradas construcciones necesarias en el culto a Amón y a otras divinidades. Otra consecuencia es que el gran sacerdote de Amón es sustituido por el de Atón, con lo que el clero de Amón perdió su poder y su influencia política y económica. Esto afectó también a las grandes oligarquías, que fueron privadas de los recursos económicos ligados al clero. En adelante los sacerdotes perdieron los bienes que estaban vinculados a la corona. El nivel de centralización de la administración aumentó, y con ello la corrupción. La reacción del clero fue alejarse del monarca, y aunque los cultos locales oficialmente fueron prohibidos, el pueblo continuó la práctica de adoración a sus dioses tradicionales.

También sabemos que la nueva religión produjo un cambio en las concepciones funerarias. El dios de los muertos, Osiris, fue prohibido, por tanto dejó de ser la manifestación nocturna del dios sol; en consecuencia desapareció también el juicio de los muertos y el pesaje del corazón. Atón era un dios capaz de dar la vida, y no se sabía que sucedía con él durante la noche. La nueva religión no daba respuesta a esta incógnita. Igualmente se pensaba que los muertos dormían durante la noche. La resurrección se producía a la vez que aparecía el sol durante la mañana. En consecuencia, la tumba era un lugar de reposo nocturno. Continuaron existiendo rituales como el de la momificación y la costumbre de los ajuares funerarios, pero los textos del *Libro de los Muertos*, que iban en los ajuares, desaparecieron. Solamente la lealtad a Akenatón garantizaba la vida después de la muerte.

La nueva orientación religiosa, en la que algunos han creído ver un incipiente monoteísmo, mientras que otros hablan de henoteísmo en el que un dios principal desplaza a divinidades secundarias, pero no las descarta, y no dejan del todo de ser adoradas, fue acompañada de otros cambios. Uno de los más importantes, sin duda, fue el de la creación de una nueva capital. Se abandonó Tebas y se construyó **Akhetaton**, actual Tell el-Amarna, cuyo emplazamiento le había sido revelado por el mismo dios, en un lugar en la orilla izquierda de Nilo, a unos diez kilómetros al sur de Mellaui.

El cambio afectó también a las concepciones artísticas relajándose el hieratismo de las figuran, dando paso al naturalismo. Los personajes aparecen con todos sus defectos que no se busca esconder, sobre todo cuando se representa a Akhenatón y su familia.

Figura 19. Lugar donde se levantó la ciudad de Akhetaton (Tel el Amarma). Foto National Historia.

Hay quienes opinan que el cambio religioso no tiene nada de revolucionario. No se trata de una religión revelada, como han querido ver algunos, que buscan las raíces del cristianismo en las civilizaciones semíticas. Sabemos que con el Imperio Nuevo se había producido un progresivo auge de las concepciones religiosas de Heliopolis, que ya fueron populares durante el Imperio Antiguo y Medio. En ellas el sol como divinidad principal ya tenía un importante papel bajo la forma de Amon-Ra. Muy probablemente estas concepciones heliopolitanas dejaron su impronta en la nueva religión de Akhenatón.

Una incógnita importante que se nos plantea es lo que sucedía fuera de la ciudad de Amarna y si lo que ocurría allí se repetía en todo Egipto. Muy probablemente el pueblo llano continuó con sus prácticas religiosas y solamente las élites practicaban la nueva religión, aunque se levantaron templos a Atón en Menfis, Heliópolis y otras muchas ciudades.

En el aspecto administrativo, sabemos que uno de los dos visires continuó viviendo en Menfis, lo que parece indicar que la administración todavía se controlaba desde allí.

En el aspecto interno se despreocupó mucho del gobierno, por lo que se produjeron numerosos desordenes. Al final de su reinado se produjo un mal entendimiento con su esposa Nefertiti, y junto al monarca aparece la figura de otra mujer, **Kiya**, probablemente una princesa de origen mitanio, que había estado casada con su padre. Asoció al trono a **Smenkhkare**, esposo de su hija **Meritatón**, pero morirá al poco tiempo. No tenemos claro cómo se produjo la sucesión, sí que durante tres años le sucedió **Neferneferuaton**, nombre tras el cual podría esconderse Nefertiti, y a ella le sucedería Tutankhamón, esposo de **Ankhesenamón**, otra hija de Akenaton.

El final de la Dinastía de Neferneferuaton a Horemheb

La «revolución» amarniense duró casi veinte años, pero el impacto que produjo en Egipto fue muy grande, y aunque se regresó a la religión tradicional, algunos de los cambios producidos se mantuvieron, sobre todo en la arquitectura de las tumbas y en las representaciones pictóricas de ellas.

Sabemos que a la muerte de Akhenatón, la situación internacional era muy complicada por la ofensiva hitita y que le sucedió una mujer, cuya identificación se hace extremadamente difícil. Su nombre era **Ankhkheperure Neferneferuaton**. Bajo su reinado de nuevo se trasladó la capital a Tebas. No sabemos las circunstancias de su muerte, pero sí que fue sucedida por **Tutankhamón**, hijo de Amenofis IV. Desconocemos si la vuelta al culto a Amón se debe a él o a su predecesora. En caso de que fuera obra suya, tampoco sabemos en qué momento de su corto reinado se llevó a cabo. Sí es evidente que por los restos encontrados en su tumba, repleta de objetos preciosos, el agradecimiento del clero de Amón hacía él fue muy grande.

Relacionado con la vuelta a la religión tradicional, a Tutankhamón se debe el llamado *Decreto de Restauración,* por el que se autorizaba el regreso al culto a Amón. Este decreto fue emitido en Menfis y está recogido en una estela de Karnak. Un largo texto en el que aparece como señor de las dos tierras, se le ensalza como realizador de monumentos para los dioses; devolvió su cargo a sacerdotes. En él se glorifica a la eneada de los dioses y se autoproclama como «amado hijo de Amón». Sobre todo, se ordenaba el cese de la persecución de los partidarios de Amón. De este decreto intentó apropiarse Horemheb, sustituyendo el nombre de Tutankhamón por el suyo.

Figura 20. Estatuas sedentes de Tutankhamon y su esposa Ankhesenamón. Luxor.

El clero de Amón, recuperado de nuevo el poder, se preocupó por borrar todas las huellas visibles del reinado de Akhenatón.

El reinado de Tutankhamon estuvo totalmente controlado por su general Horemheb, quien luego sería el último faraón de la XVIII dinastía, y por su tío abuelo Ay; ambos se repartieron las tareas de gobierno.

Las causas de la muerte de Tutankhamón han sido discutidas. Durante mucho tiempo se pensó que murió asesinado de un fuerte golpe en la cabeza. En la actualidad toma cada vez más fuerza la teoría de un accidente, que le fracturó la pierna izquierda antes de morir; probablemente una herida abierta que se le infectó. Sabemos, gracias a los análisis de ADN realizados a la momia, que padecía malaria; otra posibilidad sería que su muerte se debiera a un agravamiento de esta enfermedad, a lo que se uniría una necrosis ósea del escafoides. Todas estas teorías, producto del estudio de sus restos, han contribuido a añadir dificultad al

esclarecimiento de las causas de su muerte. Lo que sí que es cierto es que la muerte fue prematura y repentina, como demuestra el apresuramiento en el acabado de su tumba.

Tras su muerte sin descendencia, la situación era muy complicada. La rivalidad entre el visir Ay, y Horemheb, hombre de confianza de Tutankhamón y general de sus ejércitos, era muy evidente. Ambos aspiraban al trono y ambos, finalmente, llegarían a él, pero debió existir una intensa lucha interna por ver cuál de los dos llegaba primero.

Ankhesenamón, viuda de Tutankhamón, necesitaba casarse para transmitir la realeza pero, como demuestra una carta a Subiluliuma, tenía miedo de elegir a uno de los cortesanos, que rivalizaban por el poder. Finalmente decidió pedirle un hijo al rey hitita, sabedora de que esto le daría estabilidad a la sucesión. **Subiluliuma** en principio desconfió de la propuesta, pero finalmente aceptó y envió a su hijo **Zannanza**. Desconocemos que sucedió por el camino, pero el joven príncipe nunca llegaría a Egipto. Ankhesenamón, finalmente se casó con el anciano **Ay**, no sabemos si por voluntad propia u obligada por las circunstancias. La muerte de Zannanza fue motivo de discordia entre Egipto y los Hititas. Se cursaron entre ambos estados numerosas acusaciones, que desembocaron en el ataque hitita a asentamientos egipcios en Asia, lo que debilitó la presencia internacional de Egipto.

Ay penas reinó cuatro años en un clima que podríamos considerar de anarquía y corrupción, hasta el punto de que no mucho después su reinado fue considerado ilegítimo. A pesar de que Ay designó heredero, éste no llegó nunca a sucederle y fue **Horemheb** quien se hizo con el trono.

Horemheb fue el último faraón de la XVIII dinastía y gobernaría durante unos 14 años. Es muy probable que su carrera política comenzara con Tutankhamón y bajo sus órdenes desarrolló una intensa labor diplomática y militar, hasta el punto de que es muy probable que el faraón le nombrara su sucesor. Pero a la muerte del monarca, Horemheb se encontraba lejos de Egipto y Ay aprovechó su ausencia para proclamarse faraón. A la muerte de Ay, muy probablemente Horemheb se valió del ejército y su mando sobre él, para ocupar el trono.

Su primera misión fue borrar de la historia todo lo que había significado el cambio religioso de Akhenatón; para ello también tenía que borrar de la historia a los monarcas que le habían precedido, comenzando por Ay. Afortunadamente sólo logró su objetivo parcialmente. Llevó a cabo la sustitución de los nombres de Ay y de Tutankamón de las estatuas y de los relieves por el suyo. Intentó borrar cualquier rastro del reinado de Akhenatón, para convertirse él en el sucesor de Amenofis III. Poco más sabemos de su reinado. Sólo que recibió el apoyo del clero de Amón, al que devolvió todo su poder; y también que intentó poner límite a los abusos de los funcionarios y magistrados, con el conocido *Decreto de Horemheb*. Por último buscó recuperar la influencia de Egipto en Siria y Palestina, parcialmente perdida en los años anteriores.

Como norma general, en el política interior buscó una vuelta a la situación anterior a Akhenatón, reintroduciendo las autoridades locales y el poder dividido en dos, Alto y Bajo Egipto. Su experiencia militar le llevó a realizar una reforma del ejército que le hiciera más efectivo. Bajo su reinado Egipto logró recuperarse parcialmente y se preparó el terreno para la llegada de una nueva dinastía; una dinastía mucho más poderosa en todos los sentidos. A pesar de sus intentos, Horemheb no logró engendrar un heredero, pero fue lo suficientemente preclaro como para elegir uno que tuviera asegurada la sucesión, Paramesse, su visir, el futuro Ramsés I.

Decreto de Horemheb

Medidas legislativas

Cuando el particular fabrique un barco para portar su tienda para poder servir al faraón —¡Vida, <Salud, Fuerza!— y el barco le sea retirado, de tal suerte que no pueda librar su contribución y que> el particular se encuentre despojado de sus bienes y privado de sus múltiples servicios, < ¡Debéis saber que no es una buena acción! Mi Majestad ordena que se le dispense de su contribución y que> no se actúe más de esa forma <a causa de> sus buenas intenciones.

En cuanto a todo <barco> que se ponga a trabajar en provecho de los uabut del faraón —¡Vida, Salud, Fuerza!— por intermedio de <dos> tenientes [generales] <del ejército... > y que él se apodere del barco de cualquier miembro del ejército o de cualquier [otra] persona que se encuentre en el país entero, la ley será aplicada de la siguiente forma: su nariz será cortada y será deportado a Tja<ru... >.

<Si, mientras tanto, un funcionario encuentra a un> particular desprovisto de barco, él le procurará un barco para desempeñar sus prestaciones por medio de algún otro y estará [así] en condiciones de llevar madera por su cuenta personal; cumplirá sus obliga <ciones... >.

<Si un funcionario encuentra a un particular en posesión de su barco, pero cuyos bienes le> han sido quitados y vaciado su cargamento en manos de ladrones, y que el particular se encuentra [en consecuencia] privado de sus servicios <...> de forma que no le queda nada, ¡Debéis saber que no es una buena acción! Es incluso un abuso muy perjudicial. Mi Majestad ha ordenado poner término a esto. ¡Mirad < ... >!

<¡Si alguno causase dificultad a aquéllos que ... > y a aquéllos que pagan contribución al Harén [o] igualmente [a la Mesa destinada] a los «Sacrificios a todos los dioses», habiendo [se] puesto a trabajar por mediación de dos tenientes [generales] del ejército y <...> la ley le <será aplicada> de la forma siguiente: su nariz será cortada y será deportado a Tjaru.

Igualmente, los encargados del Almacén de Ofrendas del faraón —¡Vida, Salud, Fuerza!— tienen la costumbre de dispersarse por las villas requisando la mano de obra para efectuar la cosecha <del azafrán ... y si los> encargados <se apoderan del servidor o de la sirviente del particu>lar y los [mismos] encargados <los> envían <con la misión de recoger el azafrán> durante seis a siete días seguidos sin que tengan autorización para irse libremente.

¡Debéis saber que esto es un abuso! ¡Que no se actúe más de esta forma!

En cuanto a cualquier servicio < ... > En cuanto a cualquier encargado del Almacén <de Ofrendas del faraón —¡Vida, Salud, Fuerza!— se> concluirá que el que requise todavía mano de obra para efectuar la cosecha del azafrán, y si alguien viene a denunciarlo en estos términos: <»Se llevó para él> a mi servidor o a mi <sirvienta», la ley le será aplicada en la forma siguiente: su nariz será cortada, será enviado a Tjaru y el trabajo del servidor o de la sirvienta>, durante todos los días que hubieran pasado <con él, será confiscado>. Los dos cuerpos del ejército <tienen la costumbre>, cuando se encuentran en el campo, uno en el distrito sur, otro en el distrito norte, de apoderarse de las pieles de los animales de todo el país sin dejar un año de descanso para permitir a <los campesinos> respirar <... y se apoderan de las pieles sin> hacer distinción de las que están marcadas al fuego entre ellas, y después de ser retiradas de casa en casa van maltratando y atormentando, sin dejar pieles a <cualquier campesino que sea ... > y el intendente de las tropas del faraón —¡Vida, Salud, Fuerza!— viene [a continuación] para efectuar la inspección del ganado en todo el país y < ... reclama las pieles a la gente> aunque no se pueden encontrar estas pieles con ellos, estamos [entonces] en el derecho de hacerles responsables de la falta, [pero] ellos se justifican declarando: «¡Nos han sido arrebatadas!» ¡Debéis saber que esto es una villanía! ¡Que no se actúe más de esta forma!

[...]

Traducción F. Lara

Figura 21. Relieves de la tumba de Horemheb. Rijksmuseum. Leiden.

XIX dinastía

Con la XIX dinastía, se inició el periodo de la historia de Egipto conocido como los ramésidas: dinastías XIX y XX. En él, Egipto alcanzó su zenit, pero también en su última etapa, se inició un declive del que ya no se va a recuperar. Los ramésidas no estaban emparentados con la dinastía anterior, podría decirse que no corría sangre real por sus venas. Eran originarios del delta, de su parte más oriental, donde estaba situada Avaris. Eran devotos de Seth, el

dios principal de esta ciudad y, políticamente, muy próximos a Horemheb. Fue una dinastía eminentemente militarista. Basaron su poder en la fuerza del ejército, para así contrarrestar la influencia del clero de Amón. La oposición al clero de Amón también la intentaron por vía religiosa, potenciando los cultos a Ra, a Osiris, pero, sobre todo, a Horus, considerado como el dios protector del ejército y de la guerra.

Fuente: Atlas Histórico. Mundo Antiguo. National Geographic

Mapa 8. Ramses II y Kadesh.

La capital de la nueva dinastía continuó siendo Tebas, pero apareció una nueva ciudad, Pi-Ramsés, cerca de Avaris, que si no capital sí, al menos, se convirtió la sede dinástica y residencia real.

Ya hemos visto cómo, durante la XVIII dinastía, en el noroeste, el enemigo más enconado para Egipto había sido Mitanni y cómo a finales de ella, la enemistad con Mitanni poco a poco estaba siendo sustituida por un enfrentamiento con los hititas. En esta XIX dinastía, serán precisamente éstos últimos los que disputen a Egipto el control de Asia anterior.

Inicio de la dinastía: Ramsés I y Sethi I

Ya hemos visto que Horemheb, designó como sucesor a su visir, quien tomaría el nombre de **Ramsés I** y daría inicio a la XIX dinastía. Era bastante mayor, y su permanencia en el trono debió ser muy breve, probablemente no más de dos años. Con toda seguridad, casi desde el inicio, estuvo asociado al trono su hijo Sethi I. La avanzada edad no le permitió participar en la represión de las habituales sublevaciones que se producían en Egipto con el cambio de monarca. Apenas tuvo tiempo de realizar nada destacable; solamente en algún relieve de Karnak aparece su nombre.

A la muerte de su padre, **Sethi I** accedió al trono, por un periodo aproximado de unos 15 años. Con él, Egipto comenzó a recobrar la presencia internacional perdida. Los diez primeros años de su gobierno fueron de incesante actividad militar. Se menciona la realización de cuatro campañas en su primer año, algo que es difícilmente creible. Nuestra principal fuente de información sobre su actividad bélica son las escenas de batalla del muro exterior de la sala hipóstila del templo de Amón en Karnak, junto con estelas que mencionan las campañas de Canaán y de Nubia.

Se ha discutido si las representaciones de Karnak tienen un orden cronológico. De ser así, la primera campaña se desarrolló sobre la llanura central de Palestina, partiendo del Delta, por la costa norte del Sinaí. Se realizó un recorrido por las fortificaciones egipcias que había en la zona y cuyo mantenimiento era imprescindible, como parece demostrar el que se luchara por ellas contra gentes de Shashu, clanes nómadas de la zona. Megiddo facilitó su paso, por lo que todavía debía mantenerse fiel a la alianza con Egipto. En su avance hacia el norte atacó varias ciudades y sometió Líbano, al que impuso un tributo en madera.

De la segunda campaña tenemos poca información y un único fragmento en el que se menciona el asalto a Qadesh con el texto: «asalto que el faraón hizo para destruir la tierra de Qadesh y la tierra de Amurru».

La tercera campaña fue dirigida contra los libios, lo que parece demostrar que los problemas fronterizos estaban comenzando a afectar al delta occidental. Aunque no tenemos datos concretos de batallas ni de ciudades sometidas, sí conocemos la victoria de los egipcios.

En la cuarta campaña los hititas fueron el objetivo. El enfrentamiento tuvo lugar al norte de Qadesh y según las informaciones fue favorable a los egipcios, con una gran captura de prisioneros y la posterior toma de ciudades con Qatna y Tunip, que les dieron el control sobre Siria. El control debió ser temporal y los territorios conquistados pronto se perdieron. Si no hubiera sido así, no se explicaría que Ramsés II tuviera que volver a pelear por estos mismos territorios poco tiempo después.

Tras esta última campaña no hubo una delimitación, sobre el terreno, de zonas de influencia de ambos estados, pero sí que se firmó un tratado entre Sethi I y Muwatali, rey hitita, por el que se restablecía la influencia egipcia en Palestina.

No solamente la zona de Asia fue objeto de atención por parte de Sethi I, también tenía que restablecer el control del desierto oriental, el Sinaí y Nubia. Las minas de Turquesas del Sinaí y las de oro del desierto de Edfu, fueron fundamentales para sufragar las construcciones de Sethi I en Abydos. La falta de agua le llevó a que para poder realizar su explotación mandara excavar nuevos pozos en el Wadi Miah y en el Wadi Abbad.

La autoridad egipcia sobre Nubia, aunque no había sido gravemente amenazada por los sucesos de la XVIII dinastía, fue confirmada por Sethi, quién para reafirmar su dominio, llevó a cabo una acción militar contra los Irem. El gobierno de Nubia continuaba en manos en un funcionario que asumía todos los poderes en nombre del faraón, con el título de «Hijo del Rey de Kush».

En política interna, continuó la obra de Horemheb, sobre todo en la reparación de los daños causados por el episodio de el Amarna. Aunque el nuevo faraón, por su origen tenía preferencia por el dios Seth, mantuvo el culto y los privilegios de Amón. Levantó nuevas construcciones en su honor, como la sala hipóstila de Karnak. A esta construcción acompañaron otras muchas distribuidas por todo Egipto, por desgracia, muchas de ellas, de las que tenemos noticias, han desaparecido.

Sethi I eligió pronto a su sucesor, su hijo el futuro Ramsés II, pero no hay evidencias de que se produjera una corregencia. Los que la aceptan se basan en la existencia de los nombres de los dos faraones en algunos monumentos, pero parece ser que el de Ramsés fue añadido con posterioridad.

Su sepultura, al igual que la del resto delos ramésidas se construyó en el Valle de los Reyes y fue la primera en ser decorada íntegramente con bajorrelieves y pinturas de vivos colores.

Ramsés II

Sethi I debió morir en torno a los 40 años y fue sucedido por su hijo **Ramsés II**, considerado uno de los más grandes faraones de la historia de Egipto. En su época es muy posible que existiera una triple capitalidad: la capital administrativa, probablemente Menfis, la política y religiosa, Tebas, y la residencia real, Pi-Ramsés. Su reinado fue extremadamente largo, teniendo una duración aproximada de 67 años.

Figura 22. Momia de Ramsés II. Museo de El Cairo.

Su primer acto oficial que conocemos, fue el viaje a Tebas con motivo de la fiesta Opet, en la que las imágenes de Amón, Mut y Konsu viajaban en procesión de Karnak a Luxor. Esta ceremonia era una confirmación de la realeza y de la coronación.

Pronto tuvo que hacer frente a sus deberes militares. Probablemente, siendo aún muy joven, participó junto a su padre en la campaña de Nubia contra los Irem. También tuvo que hacer frente a un problema que se presentó ya en el reinado de Amenofis III: el de las incursiones de los piratas sherden en la costa del delta. Sabemos que posteriormente algunos contingentes de prisioneros sherden, nubios y libios formaron parte del ejército egipcio.

Pero el conflicto más destacable de su reinado fue el que le enfrentó a los hititas, cuyo episodio principal fue la batalla de Qadesh. Ya hemos visto como Egipto tuvo un enorme interés por controlar la región de Siria y, sobre todo, recuperar los territorios perdidos en la zona central. Un claro ejemplo de ello fue el enfrentamiento con Mitanni protagonizado por Tutmosis III y las campañas contra los hititas y otros pueblos, de Sethi I.

Tratado entre Ramsés II y Hattusil III

Extracto de la versión egipcia encontrada en Hattusa

Ramsés, el gran rey, rey de Egipto está en paz y en amistad con Hattusil, gran rey de Hatti. Los hijos de Ramsés, amados de Amón [Gran Rey], Rey de Egipto, estarán en paz y [amistad con] los hijos de Hattusil, Gran Rey, Rey de Hatti, para siempre. Ellos mantendrán las mismas relaciones de amistad [y de] paz que nosotros, así Egipto y Hatti estarán en paz y amistad para siempre. Ramsés, amado de Amón, Gran Rey, Rey de Egipto, en el futuro no emprenderá hostilidades contra Hatti para tomar cualquier cosa y Hattusil, Gran Rey, Rey de Hatti, no emprenderá hostilidades contra Egipto para tomar cualquier cosa.

Traducción G.M. Beckman

El interés de egipcios, mitanios e hititas por la región era claro: explotar sus enormes recursos naturales y aprovecharse de su privilegiada situación, para controlar el comercio internacional de la región. Además, para Egipto, tras el episodio de los hicsos, el control de estos alejados territorios era la mejor manera de asegurar sus propias fronteras.

Como ya hemos mencionado, los egipcios había intentado controlar la región con Sethi I. Su actuación con respeto a la conquista de la zona de Qadesh no es clara. Es seguro que en época de Ramsés II estaba de nuevo bajo el control de los hititas. La causa por la que el conflicto entre hititas y egipcios se reavivo, fue la deserción de Ammurru, vasallo de los hititas, a favor de los egipcios. Controlar Amurru era controlar Qadesh y, con ello, el comercio de la región, algo que no podía permitir Muwatali, quién envió un mensajero a Pi-Ramses con una misiva que, en la práctica, era una declaración de guerra.

Ramsés II, puso en marcha su ejército con la finalidad de recuperar el control de la región. Para ello se sirvió de sus posesiones en el sur de Palestina y fenicia para preparar el ataque. Logró avanzar hacia el norte sin apenas oposición hasta llegar a Qadesh, la principal de las fortalezas hititas. La batalla que tuvo lugar allí no tendría un claro vencedor y ambos bandos se atribuyeron la victoria. Poseemos un detallado relato de los acontecimientos. En principio Muwatali, atacando por sorpresa, desbarató parte del ejército egipcio y penetró en su campamento dedicándose al pillaje. Esto fue aprovechado por los egipcios para contraatacar, logrando que los hititas huyeran en desbandada. La llegada de refuerzos egipcios desde el norte complicó más aún la situación de los hititas, que vieron como sus carros eran destruidos. Aunque la batalla no estaba decidida y parecía que los egipcios tenían superioridad, recordemos a este respecto que nuestra única fuente de información es egipcia, ni Ramsés ni Muwatali optaron por continuar la lucha, Ramsés II tal vez porque esa superioridad no era tan clara, y Muwatali, porque podía perder tropas que le eran necesarias para sofocar otros conflictos internos. De hecho, parte del ejército hitita escoltó al egipcio hasta que llegaron cerca del Nilo, como si acompañaran a un ejército derrotado.

Figura 23. Batalla de Qadesh. Sala Hipóstila del Templo de Abu Simbel. Foto National Historia.

Egipto no ganó nada con la batalla y toda la región de Siria quedó bajo dominio hitita. Sólo años después recuperaría el control sobre ella. Después de la batalla de Qadesh, no se produjeron más enfrentamientos militares entre egipcios e hititas hasta pasados más de 100 años.

Con **Mursil III** y **Hattusil III**, el poder hitita retrocedió en la región. Poco a poco Ramsés II fue reconquistando territorios. Hasta llegar a la firma del Tratado de Qadesh con Hattusil III, por el que, entre los acuerdos, además sellar la paz y la amistad entre hititas y egipcios, Hattusil III, enviaba una hija para que se casara con Ramsés II. Una alianza matrimonial que sería la garantía de la paz entre ambos estados.

Ramsés II llevó a cabo otras acciones militares. Sabemos que actuó contra Moab, Edom y Negeb, aunque no en que momento de su reinado tuvieron lugar estos ataques, y tampoco si se trató de expediciones de castigo. Mucho más consistente y peligrosa era la amenaza que llegaba desde Libia: una serie de tribus que intentaban penetrar en el delta para establecerse en él. Aunque hay algunos datos de las acciones militares contra ellos, no sabemos demasiado. Sí que tenemos constancia de la utilización de prisioneros libios en algunas obras de construcción, lo que indica que Ramsés II debió conjurar el peligro.

En el aspecto interno, Ramsés II supo mantener el equilibrio con el clero y desplegó una intensa labor de construcción. Templos en Abu Simbel, Abidos, nuevas construcciones en Karnak, templo funerario en Luxor y su tumba del Valle de los Reyes.

Por lo que respecta al gobierno, no existieron grandes cambios. El visir, ya fuera uno o dos, continuó siendo el más alto funcionario. Los grandes sacerdotes de Amón en Tebas aumentaron su poder e influencia hasta transformar su cargo en hereditario, convirtiéndose de esta maneca casi en un segundo monarca. Hombres y mujeres alcanzaron casi una posición de igualdad, al menos en lo que se refiere a la capacidad de poseer tierras. Se continuaron explotando las minas de turquesas del Sinaí, y las de oro del desierto oriental y de Nubia. Con el pasar de los años, poco a poco las fronteras se habían ido descuidando, al igual que la capacidad militar del ejército, por lo que el peligro para Egipto fue en aumento.

El final de la XIX dinastía

Ramsés II fue el último gran faraón de Egipto que logró una expansión territorial, sus sucesores se limitaron a defender lo heredado y no siempre con éxito. De su muerte apenas tenemos datos. La mayor parte de sus parientes no le sobrevivieron, por lo que la sucesión no fue sencilla, hasta el punto de que fue su decimotercer hijo, **Merneptah** ya de avanzada edad, el que le sucediera.

Merneptah gobernó aproximadamente unos diez años y heredó una situación extremadamente difícil, sobre todo en las fronteras. El mayor peligro provenía de la occidental, acosada por los libios, que constantemente penetraban en territorio del delta para saquearlo.

Su primera misión fue reorganizar el ejército para poder hacer frente a los peligros externos. Entre estos peligros aparecen ya en el horizonte egipcio los llamados «Pueblos del Mar» que llevaron a cabo alianzas con los libios. Estos «Pueblos del Mar» que probablemente procedían de Asia Menor y del Egeo, fueron los precursores de un gran movimiento migratorio que afectó a Egipto unos años después.

Envió expediciones a Nubia y a Palestina, y por primera vez en las fuentes egipcias se menciona a Israel, pero no como nación sino como una tribu. Poco más sabemos de su reinado. A su muerte le sucedió su hijo **Sethi II**, que compartió años de gobierno con un usurpador, **Amenmessu**, quién logró destronarle por algunos años. Sethi II finalmente logró reafirmar su autoridad en Tebas. De su reinado y de los de sus sucesores, apenas conocemos nada. Sabemos que le sucedió **Siptah**, probablemente hijo de Merneptah, pero no lo podemos confirmar. El último faraón de la dinastía, en este caso reina, fue la esposa de Sethi II, **Tausret**, que probablemente en los primeros años actuó como regente de Siptah. Pasó a convertirse en faraón a la muerte de éste gracias al apoyo de su visir **Bay**. Comenzó la construcción de un templo funerario en Gurna y mantuvo contactos con el Sinaí y con Palestina.

Los siguientes gobernantes de Egipto quisieron hacer ver que los últimos años de la XIX dinastía fueron de auténtico desgobierno y una completa anarquía. Serían los faraones de la XX dinastía lo encargados de devolver el orden al país.

XX dinastía

Agotada la XIX dinastía no está muy claro cómo se produjo el cambio hacia la XX dinastía, salvo que los reinados de Siptah y Tausret, extremadamente débiles, no pudieron evitar que se impusiera un nuevo grupo de hombres, decididos a recuperar el antiguo esplendor de la monarquía egipcia. Esta recuperación iba a ser extremadamente difícil y sólo parcialmente lo lograría Ramsés III. La situación en la que se encontraba Egipto en estos momentos, era muy parecida a la que atravesó al final del reinado de Horemheb, cuando finalizó la XVIII dinastía.

La historia política de la XX dinastía presenta numerosas lagunas de conocimiento, comenzando por el origen de esta nueva dinastía. Existe un relato, el *Papiro Harris,* que intenta arrojar algo de luz sobre el cambio de dinastía. Menciona el desorden existente a la muerte de Tausret y como Bay, su visir, intentó hacerse con el gobierno, saqueando el reino hasta que Sethnakht logró expulsarle, haciéndose con el trono e inaugurando una nueva dinastía.

Sethnakht y Ramses III

Aunque la anarquía que menciona el *Papiro Harris* sea algo exagerada, lo cierto es que la llegada al trono de **Sethnakht** supuso volver a poner orden en el gobierno de Egipto. Aparentemente no estaba emparentado directamente con la familia real anterior, aunque si cabe la posibilidad de que lo estuviera políticamente, tal vez casado con una hija de Merneptah; ello explicaría que la mayor parte de los miembros de esta dinastía lleven el nombre de Ramsés. El nuevo faraón, sin duda, debió contar con la ayuda o, si no al menos, con la aprobación del ejército, para poder acceder al trono. Su reinado fue muy corto tan solo tres o cuatro años, y fue sustituido por su hijo Ramsés III.

Hay acuerdo en que **Ramsés III** intentó por todos los medios emular a su predecesor Ramsés II no solo en la política de construcción de edificios, sino en todos los ámbitos. Como venía siendo habitual, sobre todo cuando las poblaciones vecinas tenían la sensación de que Egipto estaba debilitado. Se produjeron revueltas e intentos de invasión a los que Ramsés III tuvo que hacer frente. La primera fue la amenaza desde la frontera libia. Tribus de occidente de nuevo intentaron penetrar en el delta. Pero el peligro más impor-

tante provino de los llamados «Pueblos del Mar», a los que ya vimos amenazar a Egipto en el reinado de Merneptah.

En una inscripción de grandes dimensiones del templo funerario de Ramsés III hace referencia a su lucha con estos «Pueblos del Mar».

Los Pueblos del Mar

Inscripción de Ramses III en Medinet Habu

«Los países extranjeros conspiraron en sus islas. Repentinamente, los países se pusieron en movimiento y se diseminaron en <son de guerra>. Ninguna tierra podía sostenerse frente a sus armas, desde Kheta, Kode, Karkemísh, Arzawa y Alasiya en adelante, siendo amputadas de una vez. <Levantaron> un lugar en Amor. Asolaron a su gente y su tierra fue como lo que nunca había existido. Avanzaban hacia Egipto mientras la llama se preparaba ante ellos. Su confederación la formaban los peleset, tjeker, shekelesh, denyen y weshesh. [Estos] países estaban unidos y pusieron sus manos sobre los países hasta el círculo de la tierra, con los corazones llenos de confianza y seguridad: '¡Nuestros propósitos triunfarán!'

Pero el corazón de este dios, el señor de los dioses, hizo que estuviera preparado y dispuesto para atraparlos como aves salvajes; él me proporcionó la fuerza y motivó que mis planes se realizaran. Salí adelante, iniciado en estas cosas maravillosas. Organicé mi frontera en Djahi, preparé frente a ellos a príncipes, jefes de guarniciones y maryannu. Hice equipar las bocas de los ríos como una poderosa muralla, con naves de guerra, de transporte y barcas con la tripulación [completa], pues las ocupaban de proa a popa valientes guerreros cargados con sus armas. Las tropas consistían en hombres escogidos de Egipto. Eran como leones rugiendo en las cimas de las montañas. La fuerza de carros se componía de corredores, de hombres entrenados, de todo guerrero de carro bueno y capaz. Los caballos estremecían cada parte de su cuerpo, dispuestos a aplastar a los pueblos extranjeros bajo sus cascos. Yo era como el valiente Montu, firme frente a ellos para que pudiesen ver la lucha cuerpo a cuerpo de mis brazos. Yo, el Rey del Alto y del Bajo Egipto, Usermaatre Meri-Amón, hijo de Re, Ramses, gobernador de Heliópolis. Yo, yo soy el que actúa, el intrépido, consciente de su fuerza, el héroe que salva su ejército el dia del combate.

De aquéllos que llegaron a mi frontera, su simiente ya no existe, su corazón y su alma desaparecieron para siempre jamás. Aquéllos que vinieron juntos por mar, el fuego todo estuvo delante de ellos en las bocas de los ríos y una empalizada de lanzas los rodeó en la playa. Fueron rechazados y tendidos en la orilla, muertos y amontonados de proa a popa de sus barcas. Todos sus bienes fueron arrojados al agua.

Traducción F. Lara

Fuente: Atlas Histórico. Mundo Antiguo. National Geográphic.

Mapa 9. Egipto en tiempos de Ramsés III.

Se ha discutido mucho sobre el origen de estos pueblos del mar. Algunos, como los **pelesets**, con todas las reservas, podrían ser identificados con los **filisteos** bíblicos. Otros parece más clara su identificación por ser conocidos desde antes, como los **lukkas** que sería originarios de Licia, o los **aqwesh**, que serían los **aqueos**. Pero los intentos de identificación global de todos estos pueblos no han dado resultados concluyentes.

Por lo que afecta a Egipto, sabemos que llegan desde el noreste con la intención de penetrar en el delta. El hecho de que vayan acompañados de sus familias, más hace pensar en una emigración de población, que en un ataque militar. Podría tratarse de poblaciones en busca de nuevas tierras donde asentarse. Habría que intentar esclarecer cuales fueron las causas del desplazamiento de estos pueblos. Para Ramsés III eran un grupo compacto y unido, algo que no parece responder a la realidad. Al margen de que se tratara de un conglomerado de pueblos, sí perecen existir dos bloques netamente diferen-

ciados, uno formado por bandas organizadas y saqueadores, que devastaban las regiones a las que llegaban, y otros más pacíficos, que simplemente buscaban una nueva tierra para establecerse.

Figura 24. Batalla entre Ramses III y los Pueblos del Mar.
Rweliebe del templo de Medinet Habu

La llegada de estos pueblos fue favorecida por debilidad de las otrora potencias asiáticas, Hatti, Arzawa, Karhemish y Alashiya.

En enfrentamiento entre Egipto y estos «Pueblos del Mar», en territorio egipcio, se produjo en tierra, pero también los canales del delta fueron lugar de combate, unos combates en los que los egipcios no pudieron utilizar sus armas más contundentes, como los carros y los caballos. Como mejor arma tuvieron que limitarse a emplear a los arqueros. No podemos ubicar con exactitud los lugares de los enfrentamientos militares, que debieron extenderse a toda la costa levantina, en la que hay muchos testimonios de la destrucción provocada por estas invasiones. Aunque se logró rechazar a los invasores en un primer momento, Ellas serían la causa de que, a largo plazo, Egipto perdiera el control sobre las regiones meridionales de la costa levantina. La situación de inseguridad, que se produjo en toda esta región, está claramente reflejada en un texto egipcio del siglo XI a. C., conocido como *El Viaje de Unamón*, donde se narran las vicisitudes de una expedición comercial a Biblos.

También debemos tener presente que la destrucción de algunas ciudades, sobre todo las hititas de Anatolia Central, no están relacionadas con estos «Pueblos del Mar», sino que hay que incluirlas dentro de una crisis generalizada del Próximo Oriente.

Con todo, bajo Ramsés III, Egipto aún tuvo una cierta presencia internacional en el Próximo Oriente, aunque no pudo alcanzar las cotas logradas por Ramsés II. Los libios que fueron rechazados a inicios de su reinado, volvieron a hacerse presentes años después, y ya no fueron expulsados con tanta energía, llegando a crearse comunidades libias en el delta, tal vez porque parte de estos grupos los formaban los prisioneros de época anteriores.

Al margen de las guerras, en su reinado de Ramsés III tuvo que afrontar otra serie de problemas, sobre todo políticos y económicos. Ante la incapacidad de sus ayudantes, tuvo que ocuparse personalmente de las relaciones con el clero de Amón. El dinero dejó de fluir, y los obreros que trabajan en las construcciones del faraón no recibían su paga, lo que les llevó a rebelarse. Todo ello contribuyó al debilitamiento del estado. A todo esto hay que sumar los problemas dinásticos, que finalmente fueron la causa de su muerte, pues su esposa **Tiy** conspiró contra él para poner en el trono a su hijo **Pentauret.** La trama la conocemos por un papiro de Turín de época de Ramsés IV. Por el estudio de la momia, parece ser que Ramsés III murió degollado. En la conspiración estuvieron implicados cortesanos, altos funcionarios e, incluso, jueces. Muchos de ellos tuvieron que suicidarse antes de recibir el castigo por la traición y a otros se les cortó la nariz.

Los sucesores de Ramsés III y el final del Imperio Nuevo

La sucesión de Ramsés III fue un largo camino hacia la decadencia y la descentralización del estado Egipcio. Durante casi un siglo, los ocho siguientes monarcas llevaron el nombre de Ramsés, como si esto fuera la garantía de la recuperación del estado. **Ramsés IV** se ocupó, en primer lugar, de castigar a los asesinos de su padre. Mantuvo buenas relaciones con los templos. Envió expediciones a las canteras del Wadi Hammamat y debió mantener relaciones activas con Palestina. A pesar de que imploró a los dioses por tener un largo reinado, lo cierto es que éste no duró más de seis o siete años, lo que le impidió finalizar la importante labor constructora que inició.

Las disensiones hereditarias iniciadas con Ramsés III se prolongaron a lo largo de toda la dinastía. Sabemos que Ramsés VI, hijo de Ramsés III, nunca reconoció a sus predecesores, apropiándose incluso de la tumba de **Ramsés V**. El poder de los monarcas se había debilitado tanto, que ni siquiera podían garantizar la seguridad de las necrópolis. La de Tebas sufrió constantes saqueos, a los que intentó poner solución **Ramsés IX**. Las luchas

por el poder, que se producían entre sacerdotes y altos funcionarios, eran constantes, hasta el punto de que llegó a la situación de una auténtica guerra civil, en la que muchos de los personajes que luchaban por el poder desaparecieron. De la mayor parte de estos monarcas solamente conocemos alguno de sus monumentos, o pequeños detalles, como que con Ramsés V el control de la economía estaba en manos de los templos, o que Ramsés VI construyó su tumba sobre la de Tutankhamón, lo que preservó esta última del pillaje; también que con **Ramses XI** los verdaderos gobernantes del Alto Egipto fueron los sacerdotes de Amón, con **Herior** a la cabeza.

Aunque las disputas dinásticas fueron determinantes para la pérdida de poder de los faraones, provocando una fuerte inestabilidad, lo cierto es que también hubo otros factores, heredados de épocas anteriores, provocando la decadencia del poder central. Recordemos las intensas sequias, que se van a reproducir, provocando que el Nilo estuviera por debajo de su cauce habitual. Con ello volvieron las hambrunas, unidas a disturbios civiles y la aparición de una corrupción generalizada.

El final del Imperio Nuevo dio paso a una nueva época de poder descentralizado, el Tercer Período Intermedio, pero si en épocas anteriores de estos períodos de descentralización había surgido de nuevo un Egipto poderoso, en este caso ya no sería así. Tras él lo que se produjeron fueron dominaciones extrajeras para las que el Egipto Faraónico sólo fue un recuerdo de la grandeza pasada.

La organización del Estado durante el Imperio Nuevo

Durante el Imperio Nuevo la organización de Egipto va a variar de modo sustancial. Desaparecieron algunos cargos de épocas anteriores, como el portador del sello real y el superintendente de la residencia. Otros perdieron parte de sus funciones, como el Consejo Jurídico de los diez grandes del Alto Egipto.

El poder supremo lo siguió ejerciendo en rey, que a partir de Amenofis IV recibió, como hemos dicho, el apelativo de faraón. Cada vez más interviene en asuntos administrativos y militares, aunque su poder poco a poco se va debilitando por las infiltraciones externas. La administración de la corte está en manos de un canciller. De la administración se encargó el Gran Intendente.

Con frecuencia los cargos públicos, que habitualmente eran nombrados por el faraón, se van a convertir en hereditarios. El visir continúa existiendo y desempeñando sus funciones. A partir de Turmosis II hay dos uno en el Alto y otro en el Bajo Egipto, uno en Tebas y otro en Menfis. También aparece la figura del virrey de Nubia, que alcanzó una gran importancia en la expansión hacia el sur. El tesoro continuó siendo una de las insti-

tuciones fundamentales, pues fue la encargada del cobro de impuestos. Las ciudades, con el territorio que las rodeaba, fueron las unidades administrativas básicas. Estaban gobernadas por un consejo que, en función de la importancia de la ciudad, podía ser de tres tipos:

— **Kembet**, en las grandes ciudades, con funcionas judiciales, el de Menfis y el de Tebas estaba presidido por el visir.

— Consejos provinciales integrados por personajes de la clase alta.

— Consejos menores, en pequeñas ciudades, y su misión era perseguir los crímenes y resolver disputas de propiedad.

La administración de los territorios conquistados era encargada a gobernadores que estaban por encima de los reyes locales y de los estados vasallos.

Finalmente la sociedad continuó teniendo las mismas características de épocas anteriores. Destaca únicamente la aparición de esclavos cuyo origen son los prisioneros de guerra.

La economía del Imperio Nuevo

La vida económica continuó girado en torno a la agricultura, que siguió siendo la tradicional: trigo, cebada, vid, olivo, cebollas, ajos y leguminosas.

Como herramientas agrícolas contaban con el arado de reja de madera y la azada. También tuvieron otras que les ayudaron a extraer agua de los pozos o de los estanques, como era el poste con pértiga y cubo en el extremo.

La ganadería también fue importante, asnos, cerdos, cabras, ovejas y aves de corral, a las que se incorpora la gamuza. También el caballo, un animal fundamental para el ejército

La minería tuvo una gran importancia durante todo el Imperio Nuevo. Los sistemas de fundición continuaron siendo los tradicionales, pero se incorporó la metalurgia del hierro. Fue muy importante la explotación de las minas de oro, sobre todo las del sur de Nubia. La plata no va alcanzar los niveles de explotación del oro, y fue utilizada en la fabricación de electrón.

Otro producto importante para la economía fue la madera, que se traía de Líbano, Siria y Alta Nubia; también la piedra de las canteras de Asuán y de Tura.

Todas estas materias primas facilitaron la creación de una importante industria de manufacturas, sobre todo obras de arte, joyas y armas. Por último los botines de guerra también fueron una destacable fuente de ingresos para el estado egipcio.

Fuente: Atlas Histórico. Mundo Antiguo. (National Geographic)

Mapa 10. Situación de minas y canteras explotadas por el Antiguo Egipto.

La religión del Imperio Nuevo

Dioses y creencias

La religión egipcia comenzó a definirse con las primeras dinastías. Para el egipcio no tenía sentido una religión separada del poder, aunque a veces poder y religión rivalizaran. Ya vimos cómo cada nomo y cada ciudad tenían predilección por un determinado dios, y como la relación entre los monarcas y las divinidades era tan estrecha, que los mismos monarcas fueron considerados dioses. Con el Imperio Medio esta identificación desapareció y los monarcas pasaron a ser hombres, pero con una relación muy estrecha y directa con los dioses. En el Imperio Nuevo, el poder político va a estar ligado, y en ocasiones rivalizará, con el poder religioso. Muchas veces la actuación del clero, sobre todo el de Amón, fue en detrimento del poder del monarca y hubo momentos en los que fueron más poderosos los sumos sacerdotes que los propios faraones.

Según algunos autores, la presencia de los hicsos también afectó de modo importante a la religión tradicional, aunque prevaleció la creencia de que, de alguna manera, respetaron la religión egipcia y, hasta cierto punto, la asimilaron. El papel protagonista de Tebas en la recuperación de la unidad egipcia, hizo también que su dios principal y protector, Amón, cobrara una mayor importancia.

La revolución amarniense vino a trastocar la situación de la religión en Egipto; ya hemos visto su carácter y sus consecuencias, y como los cultos tradicionales, a nivel oficial, fueron prohibidos, aunque en muchos sectores de la sociedad se mantuvieron privadamente.

La muerte de Akhenatón produjo una vuelta a los cultos tradicionales. En el Bajo Egipto, desde la invasión de los hicsos, se había producido un florecimiento del culto a Seth y Ramsés II le construyó un templo en la nueva capital Pi-Ramsés. También se produjo la importación de algunos cultos cananeos, como el de Astarté, Resef y Baal, que buscarán una asimilación a dioses tradicionales egipcios.

Con gran diferencia, el culto que va a adquirir más importancia es el de Amón, dado que éste es el dios nacional. El resto de divinidades son dioses menores o locales. En el Imperio Nuevo se pensaba que había contribuido a la victoria sobre los hicsos y era visto como el dios de las clases menos favorecidas, protector de los caminos y mantenedor de los principios de bondad y justicia. Pero no todos podían adorarle, antes tenían que demostrar que eran dignos de ello.

A la vez que decae el Imperio Nuevo, el culto a Amón también pierde importancia y empieza a ser sustituido por cultos locales, Neith en Sais y Bastet en Bubastis, entre otros. Mnevis y Apis reemplazarán a antiguos dioses como Ra y Path. Finalmente, la religión tradicional comenzó a ser sustituida por rituales mágicos.

Los sacerdotes

La misión de los sacerdotes era asegurar el culto a los dioses como sustitutos del monarca. Desconocemos si para ser sacerdote era necesaria alguna formación previa— Probablemente era necesario saber leer escritura hierática y, después, podían recibir formación teológica. En el ejercicio de su cargo estaban obligados a seguir una serie de normas: abluciones con agua fría; purificación de la boca antes de entrar en el santuario; rasurarse el bello del cuerpo y afeitarse la cabeza; su alimentación debía ser frugal; tenían prohibidos una gran cantidad de alimentos, como la vaca, el cerdo, la oveja, la paloma, las habas, las legumbres y el ajo. Estaban obligados a ser parcos a la hora de beber vino. La abstinencia sexual también era obligada, pero no el celibato. Podían casarse pero cuando iban a acceder al templo debían purificarse con una abstinencia sexual de varios días. Por último, entre los tejidos no podían utilizar la lana

El culto, como era habitual en las religiones antiguas, no era público. Se llevaba a cabo en el templo, y el pueblo no podía acceder a él. Con el paso del tiempo y el afianzarse del poder monárquico, los sacerdotes también adquirieron una mayor importancia. En esta época, el visir se convirtió también en el jefe de los sacerdotes, además de ser el gobernador de Egipto. En época de Hatshepsut, uno de sus válidos, **Hapusenet**, pasó de sumo sacerdote a visir, por lo que reunía en su persona poder político y religioso.

Con el paso del tiempo el clero de Amón comenzó a rivalizar con el monarca, y el nombramiento de los sacerdotes pasó de ser un asunto casi banal, a convertirse en una cuestión política. Los templos comenzaron a acumular grandes riquezas. Al final de la XX dinastía los sacerdotes de Tebas tenían en sus manos casi todos los recursos del poder y más aún cuando el título de máximo sacerdote de Amón se convirtió en hereditario. El Final del Imperio Nuevo también supuso el comienzo de la decadencia de la religión egipcia, con ello también disminuyó el poder de los sacerdotes, siendo cada vez es más frecuente la compra de los cargos sacerdotales.

La religión funeraria

Ya vimos que una de las condiciones para poder acceder a la vida eterna era la conservación del cuerpo. Durante el Imperio Nuevo se van a alcanzar las máximas cotas de perfección en el proceso de momificación, imprescindible para que el cuerpo pudiera recibir nuevamente el alma después de la muerte. Los egipcios tenían la creencia de que con la muerte del cuerpo, que era la parte material, se separaba la parte inmaterial, el *ba*, que era el alma y el *ka* que era la energía vital. Era necesario que para alcanzar la vida eterna, la parte inmaterial, *ka* y *ba* se reintegraran nuevamente en la parte material, por ello era imprescindible la conservación del cuerpo.

Figura 25. Tumbas reales del Valle de los reyes. Fuente National Historia.

No todos los embalsamamientos eran iguales. Los más completos eran un proceso caro que no todos podían costearse. Pero todos querían acceder a él, por eso surgieron varios tipos en función de las capacidades económicas de la familia del difunto. El proceso y los tipos son descritos por Heródoto, quien nos da todo tipo de detalles, incluso los más escabrosos.

La momificación se realizaba en la llamada Casa de la Muerte. Era un proceso largo que duraba 70 días. Una vez lavado al cuerpo se le extraían las vísceras, comenzando por el cerebro, que para los egipcios no tenía ninguna importancia. Las vísceras importantes, y que debían ser conservadas aparte, eran el estómago, el hígado, los intestinos y los pulmones. Se guardaban en cuatro vasos, uno con cabeza humana y tres con cabeza de animal, que recibían el nombre de **duamutef** con cabeza de chacal para el estómago; **amset**, con cabeza humana para el hígado; **kebehsenuf** con cabeza de halcón, para los intestinos y **Hapi** con cabeza de babuino para los pulmones. Los vasos tenían una divinidad protectora, respectivamente Neith, Isis, Selkis y Neftis. Finalmente cada uno de los vasos estaba consagrado a un punto cardinal hapi el norte, amset el sur, duamutef el este y kebehsenuf el oeste.

Había vísceras que no eran extraídas del cuerpo, como el corazón que permanecía en su lugar, porque los egipcios consideraban que en él residían los sentimientos y los conocimientos de los hombres, por eso, para poder entrar en la vida eterna debía conservarlo. Además, en el juicio de Osiris, Anubis debía tener a su disposición el corazón del difunto para pesarlo

y tras ello determinar si era digno de entrar en la vida eterna o no. Durante la ceremonia del pesaje del corazón, este se ponía en una parte de la balanza y una pluma en la otra; si el corazón era más ligero que la pluma, el difunto podía entrar en el más allá, en caso contrario, el corazón era arrojado a **Ammit** un monstruo que devoraba a los muertos, lo que impedía que entraran en la vida eterna.

Una vez eviscerado el cuerpo, las cavidades eran lavadas con vino de palma y rellenadas con hierbas y especias aromatizantes; luego eran cosidas de nuevo. A continuación había que deshidratar el cuerpo sumergiéndolo en natrón durante cuarenta días. Una vez deshidratado el cuerpo, de nuevo era lavado y envuelto completamente en vendas de lino perfumadas, que se recubrían con sabia de árboles. En ocasiones las vendas podían contener fórmulas mágicas que ayudaran al difunto a entrar el en más allá. Esta tarea podía durar unos quince días, tras, los cuales el cuerpo se depositaba en un ataúd de madera con una gran cantidad de amuletos, amuletos que también se habían colocado entre las vendas. Si bien este era el proceso más costoso, había otros que no requerían tanto gastos, sustituyendo las caras hierbas aromáticas y especias por la inyección en el cuerpo de aceite de cedro, o incluso por un sucesivo lavado de las cavidades.

Tipos de embalsamamiento

(Herótoto II, 85-90)

Por otro lado, sus expresiones de duelo y ceremonias fúnebres son como sigue: cuando en una casa fallece una persona de cierta categoría, toda la grey femenina de la casa en cuestión se embadurna con barro la cabeza, e incluso a veces la cara, y, acto seguido, dejan el cadáver en casa y ellas recorren toda la ciudad, dándose golpes en el pecho, con el vestido ceñido a la cintura y mostrando los senos, acompañadas de todas sus allegadas. Y, por otra zona de la ciudad, los hombres también se van dando golpes en el pecho, con el vestido igualmente ceñido a la cintura. Finalmente, después de realizar estas manifestaciones de duelo, llevan el cadáver a embalsamar.

Hay, efectivamente, personas encargadas de este menester y que ejercen este oficio. Esas personas, cuando les llevan un cadáver, muestran a quienes lo han traído unos modelos de cadáveres en madera, copiados del natural. y explican que, entre los modelos existentes, el embalsamamiento más suntuoso es el que se empleó para aquel cuyo nombre considero irreverente mencionar a propósito de un asunto semejante luego, muestran un segundo modelo, inferior al primero y más barato, y, finalmente, un tercero, que es el más barato. Después de dar estas explicaciones, preguntan a los familiares con arreglo a qué modelo quieren que Se les prepare el cadáver; entonces los 3 parientes. convienen en un precio y salen de allí, mientras que los embalsamadores se quedan en sus talleres y realizan el embalsamamiento más suntuoso como sigue: primero, con un gancho de hierro, extraen el cerebro por las fosas nasales (así es como sacan parte del cerebro; el resto, en cambio, vertiendo drogas por el mismo conducto). Luego, con una afilada piedra de Etiopía sacan, mediante una incisión longitudinal practicada en el costado, todo el intestino, que limpian y enjugan con vino de palma, y que vuelven a enjugar, posteriormente, con substancias aromáticas molidas.

Después, llenan la cavidad abdominal de mirra pura molida, de canela y de otras substancias aromáticas, salvo incienso, y cosen la incisión. Tras estas operaciones, salan el cadáver cubriéndolo con natrón durante setenta días —no deben salarlo un número superior— y, una vez transcurridos los setenta días, lo lavan, y fajan todo su cuerpo con vendas de cárbaso finamente cortadas, que por su reverso untan con goma, producto que los egipcios emplean, por lo general, en lugar de cola. Por último, los deudos recogen el cuerpo y encargan un féretro antropomorfo de madera; una vez listo, en él meten el cadáver, lo cierran y, así dispuesto, lo guardan en una cámara sepulcral colocándolo de pie apoyado contra una pared.

Ese es el modo más suntuoso de preparar los cadáveres. Por su parte, a los que optan por el modelo intermedio con el propósito de evitar un gran dispendio los preparan como sigue. Llenan unas jeringas con un aceite que se obtiene del enebro de la miera, llenan con ellas la cavidad abdominal del cadáver sin practicarle la incisión ni extraerle el intestino, sino inyectándole el líquido por el ano e impidiendo su retroceso, y lo conservan en natrón el número de días prescrito. Al cabo de ellos sacan de la cavidad abdominal el aceite de miera, que con anterioridad introdujeran y que tiene tanta fuerza que consigo arrastra, ya disueltos, el intestino y las vísceras; a las partes carnosas, a su vez, las disuelve el natrón, y así del cadáver sólo quedan la piel y los huesos. Una vez realizadas esas operaciones, devuelven el cuerpo en este estado, sin cuidarse de nada más.

Por cierto que a las mujeres de los personajes ilustres no las entregan para que las embalsamen nada más morir y tampoco a todas aquellas mujeres que son muy hermosas o de notable posición; sólo cuando llevan ya tres o cuatro días muertas, las confían a los embalsamadores. Y lo hacen así para evitar que los embalsamadores abusen de estas mujeres, pues cuentan que uno fue sorprendido, por haberlo delatado un colega, mientras abusaba del cadáver de una mujer que acababa de morir.

Ahora bien, si un hombre, lo mismo egipcio que extranjero, es presa de un cocodrilo o del propio río y aparece su cadáver, son los habitantes de la ciudad a la que haya sido arrojado quienes tienen la estricta obligación de hacerlo embalsamar, de rodearlo de los mejores cuidados y de sepultarlo en féretros sagrados. Y absolutamente nadie, ni pariente ni amigo, puede tocar su cuerpo; son los mismísimos sacerdotes del Nilo quienes lo entierran con sus propias manos, pues consideran su cuerpo como algo más que el cadáver de un hombre.

(Traducción de F. Rodríguez Adrados).

El ritual funerario

Una vez que el cuerpo había sido preparado era preciso seguir una serie de rituales, que aseguraran al muerto la entrada en la vida eterna.

Lo primero que debía hacerse era la reanimación simbólica del difunto, comenzando con una ceremonia que se llamaba «la apertura de la boca», que realizaba un sacerdote pronunciando un hechizo y tocando la momia, o el sarcófago, con una hoja de piedra o de cobre,

ello permitía a la momia poder hablar y respirar en el más allá. A continuación se realizaban otra serie de hechizos que reanimaban brazos, piernas y resto del cuerpo.

En el caso de los faraones, acto seguido se llevaba el cuerpo al templo funerario, y allí, de nuevo, se realizaban plegarias y se quemaba incienso, con la finalidad de preparar al difunto para el viaje. A continuación la momia era colocada en su tumba, con todo un ajuar compuesto por muebles, ropa, joyas y también grandes cantidades de comida. Finalmente la tumba era sellada para que nadie pudiera entrar en ella.

La aspiración de todo egipcio era recibir un entierro adecuado al final de su vida. Para las clases menos favorecidas éste tenía lugar en el desierto, con momificación o sin ella, pero siguiendo los rituales adecuados y con el ajuar que podían permitirse.

A los difuntos les atribuían todos los sentimientos de los vivos y se esperaba que los fallecidos apoyasen a sus familias.

La cultura del Imperio Nuevo

El aspecto más destacado de la cultura del Imperio Nuevo, sin lugar a dudas, fue la literatura en dos vertientes: una literatura religiosa y una literatura profana. Los soportes habituales fueron la piedra y el papiro. Además, en este período se copiaran numerosas obras de épocas anteriores y que hemos llegado a conocer gracias a estas copias.

Literatura religiosa

Dentro de lo que podemos considerar literatura religiosa va a destacar, por encima de todo, el *Libro de los Muertos*. Una composición literaria inspirada en los textos de los sarcófagos, que tuvieron una gran difusión durante el Imperio Medio. Se trata de una recopilación de fórmulas rituales, destinadas a facilitar el paso a la vida de ultratumba. Recoge una gran cantidad de conjuros y de hechizos. Habitualmente era copiado en objetos, pero sobre todo en las paredes de las tumbas, donde junto al texto es habitual que aparezcan un gran número de ilustraciones. También se han encontrado copias sobre papiro, a veces incompletas, que pueden ser consideradas como los primeros libros ilustrados de la historia.

A la sombra de esta composición aparecieron otras que pretendían complementarla, como el *Libro de los dos Caminos*, el *Libro de Am Duat* o el *Libro de las Puertas*.

Junto a estos libros sagrados, también serán muy populares los himnos, como el dedicado a Amon-Ra en época de Amenofis III o el Himno a Atón del periodo amarniense.

Literatura profana

En la literatura profana hay dos períodos netamente marcados: la que se produce en la XVIII dinastía antes del periodo amarniense, que se encuentra todavía dentro de la llamada época clásica; y la literatura de las dinastías XIX y XX, mucho más rica e imaginativa.

En la primera etapa destacan las obras biográficas y, sobre todo los llamados *Anales Reales* de época de Tutmosis III, ricos en datos históricos. Mucho más concisa es la información que proporcionan las estelas. También se va a producir una interesante literatura sapiencial, cuyo ejemplo más destacado es el *Aleccionaiento de Ani*, que contiene consejos de carácter moral.

La segunda etapa, como decíamos, es mucho más rica e imaginativa. En ella se va a producir el florecimiento de los cuentos, como el *Cuento de los dos Hermanos*, con interesantes datos de la vida rústica. Otro será *La Toma de Jope*, un relato en el que los soldados son introducidos en una ciudad ocultos en cestas lo que facilita la conquista de la misma. *El Viaje de Unamon*, del que ya hablamos, que cuenta la situación caótica de la costa levantina; *Verdad o Mentica*, un cuento de características morales en el que se plantea la lucha entre el bien y el mal. *La Disputa entre Horus y Set*, un intento de popularizar este mito. Por último el *Poema de Pentaur*, una narración épica de la lucha con los hititas.

También va a tener amplia difusión la literatura escolar y una continuación de la sapiencial de la XVIII dinastía, con obras como como el *Aleccionamiento de Amenope*. Por último hay que mencionar la existencia de una literatura poética y las fabulas, generalmente muy breves, que sólo conocemos por escasos fragmentos, generalmente recogidos en pedazos de cerámica.

TERCER PERÍODO INTERMEDIO (1069-656 A. C.)

El Tercer Período Intermedio agrupa las dinastías XXI a XXV. Es una época difícil para la historia de Egipto, en la que la sucesión de acontecimientos no es fácil de seguir, y en la que van a estar muy presentes ya las dinastías de origen extranjero, aunque no hay extranjeros en la primera de las dinastías de este período, la XXI, en la que los gobernantes todavía serán de origen egipcio. Si los habrá en las cuatro siguientes, en las que faraones de origen libio (XXII, XXII y XXIV) y de origen nubio (XXV) se alternaran en el poder.

Se podría hablar, por tanto, para este Tercer Periodo Intermedio de tres etapas, que en ocasiones se superponen:.

— Primera etapa que podemos denominar Tanita, pues la capital se traslada a Tanis, una ciudad de nueva fundación.

— Segunda etapa en la que los faraones fueron de origen Libio, pero sólo de origen, pues se trataba de individuos que cuyas familias llevaban ya largo tiempo asentadas en Egipto y estaban totalmente egiptizados.

— Tercera etapa en la que los faraones fueron de origen Nubio. Algunos investigadores la denominan como etapa kushita.

XXI Dinastía	XXII Dinastía	XXIII Dinastía	XXIV Dinastía	XXV Dinastía
Smendes	Sheshonq I	Harsiese	Tefnakht I	Piye
Amenemnisut	Orsokon I	Takelot II	Bocchoris	Shebitko
Pausennes I	Sheshonq II	Petubastis I		Shabaka
Amenemope	Takelot I	Iuput I		Taharka
Osokhor	Orsokon II	Sheshonq VI		Tanutamón
Siamón	Sheshonq III	Orsokon III		
Pausennes II	Sheshonq IV	Takelot III		
	Pimay	Rudamun		
	Sheshonq V	Ini		
	Pedubast II			
	Orsokon IV			

Faraones Tanitas

En sus inicios, la XXI dinastía intentó proclamarse sucesora de la XX, **Smendes** pretendió ser el sucesor directo y legítimo de Ramsés XI, tal vez por línea matrimonial. Se ha especulado con que pudo tener relaciones políticas o sanguíneas con Herior, el gran sacerdote de Amón en Tebas; o que estuviera casado con una hija de Ramsés XI. Su autoridad fue reconocida en Tebas, restauró parte del recinto de Karnak y trasladó la capital de Pi-Ramsés a Tanis, pero, en principio, solamente como sede de la dinastía, pues él continuó residiendo en Menfis.

El ejército, en el que residía una parte de la legitimidad del poder, desde Ramsés XI, o incluso antes, estaba en manos del sumo sacerdote de Amón, y el sucesor de Herior, **Piankh**. Al mando del ejército del Alto Egipto intentó controlar Nubia. Su hijo **Pinedjem**, además del sacerdocio heredó el control de Medinet Habu, Karnak y Luxor hasta Asuán. Una y otra vez, los sumos sacerdotes de Amón usurparon parte las prerrogativas reales, pero continuaron reconociendo la supremacía del faraón, siempre y cuando éste se sometiera a la voluntad de Amón.

En la práctica, nos encontramos ante un gobierno dividido, dónde **Smendes**, desde Tanis, gobernaba el Bajo Egipto, mientras que los sacerdotes de Amón, desde Tebas, controlaban el Medio y el Alto Egipto.

A la muerte de Smendes el poder se reparte entre **Amenemnisut** y **Pausennes I**. Probablemente ambos habían sido corregentes y estaban emparentados. Es posible que Amenenisut fuera hijo de Herior, el antiguo gran sacerdote de Amón. Por lo que sabemos, es muy probable que los faraones de esta dinastía estuvieran emparentados con el alto clero de Amón. De ser así, la división de Egipto pudo ser más aparente que real, pues todo él, aunque con diferentes personas, estaría gobernado desde una misma familia.

La nueva capital Tanis, fue adornada con monumentos traídos desde Pi-Ramses, fueron desmontados y vueltos a montar. La nueva dinastía intentó mantener abiertas las rutas comerciales, sobre todo las existentes con el Levante. Egipto perdió presencia internacional y el control sobre los territorios conquistados en épocas anteriores. Nubia recuperó su independencia, pero no por ello dejó de estar influenciada por Egipto. Allí, en Napata, surgió una monarquía que se decía adoradora de Amón, y que proclamaba que éste era su protector.

Un índice de la inseguridad del territorio era la construcción de nuevas fortalezas en puntos estratégicos. **Siamón** intento, fallidamente, recuperar el control del corredor sirio-palestino. Mientras que en el sur, los sumos sacerdotes de Amón se esforzaron por mantener abiertas las rutas hacia las minas de oro de Nubia. La fragilidad de Egipto favoreció que en su ejército aumentara considerablemente la presencia de mercenarios. Uno de los contingentes más importantes de estos mercenarios fueron de origen libio, lo que favoreció la aparición de clanes libios muy arraigados en la sociedad egipcia, que fueron acaparando cada vez más cotas de poder.

Faraones Libios

La influencia de estos clanes libios pronto se hizo notar, hasta llegar a fundar una nueva dinastía, la XXII, por **Sheshonq I**. No era ajeno al poder, pues estaba casado con una hija de **Pausenes II**, el último faraón de la XXI dinastía, a cuya muerte él accedió al trono. La nueva dinastía mantuvo las mismas relaciones que la anterior con el clero de Amón. En su coronación como faraón, Sheshonq I se puso bajo la protección de Amón. Delegó parte de sus poderes en el gran sacerdote de Amón en Tebas. Trasladó la capital de Tanis a Bubastis, pero la administración siguió estando en Menfis. Como sucedió con los monarcas de la dinastía anterior, los de esta también se van a proclaman herederos de la grandeza de Ramsés II.

Con esta dinastía y las siguientes de origen libio, el norte de Egipto se fragmentó aún más. Los libios estaban acostumbrados a un sistema político muy feudalizado. En el delta

aparecieron numerosos señores, que controlan plenamente pequeños territorios. Muchos de estos señores pertenecerán a la familia real, hasta que uno de ellos decidió fundar una nueva dinastía, la XXIII, que fue paralela a la XXII. Mientras tanto en la parte oriental del delta se perfiló un nuevo poder que será el origen de la XXIV dinastía en Sais.

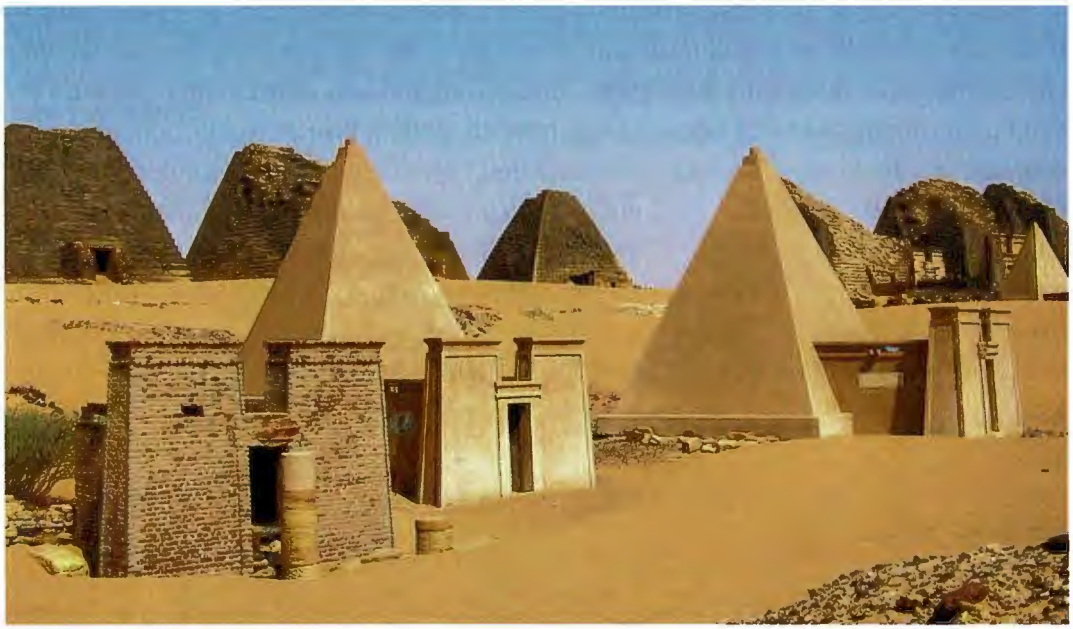


Figura 26. Pirámides de Meroe. Sudan. Foto UNESCO.

Como hemos dicho la dinastía XXIII será paralela a la XXII, la XXIV y en parte a la XXV. Muy probablemente es una dinastía que tiene su origen en Tanis, pero la capital dinástica se ha debatido sí estuvo en Leontópolis, pero también pueden ser consideradas como capitales Heracleópolis, Hermópolis y Tebas. La falta de una voz principal en el gobierno de Egipto y la coexistencia de varias dinastías a la vez, hasta cuatro, favoreció que el caos fuera considerable. Cada monarca veló por sus propios intereses, sin preocuparse de nada más. Es muy probable que el gran beneficiado de toda esta situación fuera el ya poderoso clero de Amón, un clero, que por otra parte, poco a poco iba perdiendo poder.

Existe una gran confusión a la hora de establecer el listado de los faraones de este vigesimotercera dinastía. Se ha constatado que en esta época, en el delta, se produjo una constante lucha por la sucesión. El primero de los monarcas de esta dinastía será **Harsiese**, según unos, o **Takelot II** según otros, quien en Tanis se proclamó faraón después de la muerte de Orsokón II. Las luchas dinásticas llegaron a tal punto que sabemos que estallaron auténticas guerras civiles, produciéndose enfrentamientos no solo entre diferentes familias reales, en

busca de una supremacía, sino también dentro de las mismas familias reales, así, mientras que Sheshonk III era faraón desde Bubastis, Pedubastis I reinaba en Leontópolis.

La llegada al trono de **Takelot III**, que antes había sido Gran Sacerdote de Amón, y posteriormente **Ini**, fraccionó aún más el reino.

La XXIV Dinastía es la fase final de la presencia de faraones libios en Egipto. Tuvo su residencia en Sais y fue una dinastía muy breve, poco más de diez años. Contó solamente con dos faraones **Tefnakht** y **Bocchoris**. Tefnakht intentó una alianza con reyezuelos del delta para conquistar el Alto Egipto, lo que puso en alerta a **Piye** de Nubia, que frenó rápidamente su intento expansionista. Su sucesor Bocchoris logró imponer su autoridad a gran parte del delta. Los faraones nubios pusieron fin a la dinastía conquistando Sais y matando a Bocchoris, al que quemaron vivo. Unos pocos años antes, había caído también el último de los faraones de origen Libio dinastía XXII, **Orsokón IV** de cuyo territorio intentó adueñarse sin éxito Bocchoris. Con la muerte de este último faraón comenzaba en Egipto un nuevo periodo dominado por los faraones de origen Nubio, los conocidos como «Faraones Negros».

Faraones Nubios

La relación entre Egipto y Nubia, durante más de dos mil años, había sido muy intensa. La penetración de los monarcas egipcios en Nubia, bien por motivos comerciales o bien por motivos militares, fue una constante y apenas se rompió en los momentos más críticos de la historia de Egipto, esos períodos intermedios en los que el poder centralizado desapareció.

A finales del primer tercio del I Milenio a. C., finalizando el Tercer Período Intermedio, un grupo de gobernantes nubios creó una nueva dinastía en Egipto, la XXV, que puso fin al desorden provocado por las dinastías de origen Libio, que nunca fueron mucho más allá de gobernar el norte de Egipto, concretamente la zona del delta.

El origen de esta dinastía estuvo en el reino de Kush, en el norte de Sudan, de ahí que también reciba el nombre de Dinastía Kushita. Estos faraones, que tenían su residencia en Napata, lograron reunificar de nuevo Egipto, uniendo el Alto Egipto, el Bajo Egipto y el reino de Kush. Desde hacía mucho tiempo ya habían asimilado la cultura egipcia. Respetaron la estructura social, las tradiciones religiosas y las formas artísticas. A todo ello añadieron elementos propios de la cultura kushita y, por primera vez, se construyeron pirámides de forma generalizada en todo Egipto, algo que no se producía desde el Imperio Medio. Muchas de estas pirámides se encuentran en Sudán. Los faraones nubios también intentaron recuperar el poder en el Próximo Oriente, pero fracasaron. El Imperio Neoasirio fue una barrera que no pudieron franquear.

Piye logro hacerse con el poder en Egipto, su victoria es recogida en la llamada «Estela de la victoria». Pero su intento de extender su poder hacia Asia, apoyando rebeliones contra los asirios en Gaza y Filistea, fracaso siendo derrotado por **Sargón II**.

Con **Shebitko**, se consolidó la conquista de Egipto, y aunque la capital espiritual y dinástica continuaba siendo **Napata**, la oficial se trasladó a Menfis. **Shabaka** introdujo de nuevo la componente religiosa en la monarquía egipcia, y él mismo asumió el cargo de Gran Sacerdote de Amón. Intentó apoyar infructuosamente los levantamientos que en Oriente se producían contra los asirios.

Figura 27. Músico recitando un himno mientras tica el arpa Tercer periodo intermedio. Museo del Louvre. Foto Nationakl Historia

Con **Taharka** se vuelve a la política de grandes construcciones. A él se debe la mayor de las pirámides construidas en Nubia, pero también realizó obras en Karnak. Logró algo más de éxito en la política de acercamiento a los reinos asiáticos, ayudando a **Ezequias** a soportar el acoso de **Senaquerib**. La presencia de los egipcios en la zona de Judá duró poco tiempo y fueron expulsados por Senaquerib. Su sucesor **Esarhaddon** decidió acabar con las intromisiones egipcias comenzando la invasión del delta del Nilo. Esta acción hizo replegarse a Taharka, que regresó a Nubia. Cuando la presión asiria disminuyó, Taharka volvió a entrar en Egipto para intentar recuperar el reino. Al poco tiempo Esarhaddon emprendió de nuevo la macha sobre Egipto, pero murió en el camino, siendo **Asurbanipal** quien se encargó de expulsar a los gobernantes nubios, incluido Taharka, que moriría unos años después en Nubia.

Los intentos de **Tantamani** por recuperar Egipto fueron del todo infructuosos, aunque en principio logró algún éxito derrotando a príncipes partidarios de los asirios, al final tuvo que darse por vencido y regresar a Nubia. **Psamético I**, primer gobernante de la XXVI Dinastía, puesto en el trono por los asrios, logró el control de Tebas y con ello el de todo Egipto

La reunificación de Egipto por los faraones nubios se había logrado, pero no fue duradera. No consiguieron devolverle el antiguo esplendor, sobre todo porque no pudieron recuperar la presencia internacional de otros tiempos y, en el Próximo Oriente, había naciones como la Asiria, que en todos los campos, sobre todo el técnico y el militar, estaban ya muy por encima de los egipcios.

ÉPOCA SAÍTA (664-525 A. C.)

XXVI dinastía

Fue la última dinastía que se puede considerar nativa de Egipto e instalada en el poder con la ayuda de los asirios. Durante algún tiempo, en el Alto Egipto mantuvo su presencia el nubio Tantamani, mientras que el Bajo Egipto era controlado por los faraones de la XXVI dinastía. Los faraones de esta dinastía eligieron Sais, en el centro oeste del delta, como capital dinástica.

XXVI Dinastía
Psamético I
Nekao II
Psamético II
Apries
Amasis II
Psamético III

Fue una dinastía formada por seis faraones que gobernaron por algo más de ciento treinta años, que lograron que de nuevo Egipto resurgiera, no con el esplendor de épocas anteriores, pero si alcanzando unas ciertas cotas de poder en el plano internacional.

La dinastía se inaugura con **Psamético I**, probablemente relacionado, aunque fuera remotamente, con los mercenarios libios que se asentaron en el delta desde la época de finales del Imperio Nuevo. El ascenso se Psamético I estuvo auspiciado por los propios asirios y ello le granjeó la desconfianza en unos casos y la enemistad en otros, de muchos de los caudillos del delta. Fue así hasta que el jefe militar de Heracleópolis se puso de su parte. Psamético I, con la ayuda de mercenarios griegos, expulsó de Egipto a los príncipes que se le oponían. Por otra parte, logró recuperar la autoridad en la zona de Tebas, llegando a pactos con las mujeres que habían dominado la zona, emparentadas con los faraones nubios, y logrando de ellas que nombraran a **Nitocris**, la hija de Psamético I como heredera. Ella, manteniendo una buena relación con las princesas kushitas, logró que los nubios aceptaran la primacía de la nueva dinastía.

Además, él mismo se casó con una princesa kushita. En su intento por recuperar la presencia de Egipto en el plano internacional, fortificó Elefantina para evitar posibles incursiones nubias. Aseguró la frontera del Sinaí mediante acciones diplomáticas, extendiendo la actividad a Siria y Palestina, lo que fue posible gracias al debilitamiento de Asiria. Intentó, sin lograrlo que Babilonia no cayera en manos persas. Su gobierno duró cerca de 50 años y le sucedió en el trono su hijo **Nekao II**, quien intentó afianzar la presencia egipcia en Siria y Palestina. Para ello tomó Jerusalén y llevó a cabo una alianza estratégica con Karkemish, a orillas del Éufrates. Por desgracia, una derrota ante Nabucodonosor, hizo que Egipto perdiera Karkemish y Jerusalén. A punto estuvo de ver invadido de nuevo Egipto si no hubiera sido por la poderosa flota militar que había creado con ayuda de mercenarios griegos y fenicios.

A Nekao II también se le atribuye la construcción y puesta en funcionamiento de un canal que comunicaba los brazos más orientales del Nilo con el Mar Rojo. Este canal quedaría inacabado siendo concluido años después por los persas.

A la muerte de Nekao II accedió al trono **Psamético II**, de breve reinado. Tuvo grandes aciertos en política exterior, empleando exitosamente la diplomacia, único recurso que le quedaba a un Egipto que ya no podía contar con su ejército, por otra parte muy debilitado.

De su reinado data una expedición naval, sin intereses militares, a Fenicia, que dejó de lado los grandes centros de Poder, Tiro y Sidón, y se dirigió a Biblos. Por otra parte, mientras que con el norte estuvo moderado, tal vez sabedor que sus enemigos de allí eran mucho más poderosos que él, con la frontera sur no sucedió lo mismo, y allí, tras años de pacífica convivencia, se produjo de nuevo un enfrentamiento militar. Psamético II puso marcha una pode-

rosa expedición que invadió el reino de Kush, llegando más allá de la Tercera Catarata, aunque él personalmente se quedó en la frontera de Elefantina. Una de las consecuencias es que se intentó borrar de la historia la anterior presencia de los soberanos kushitas en Egipto.

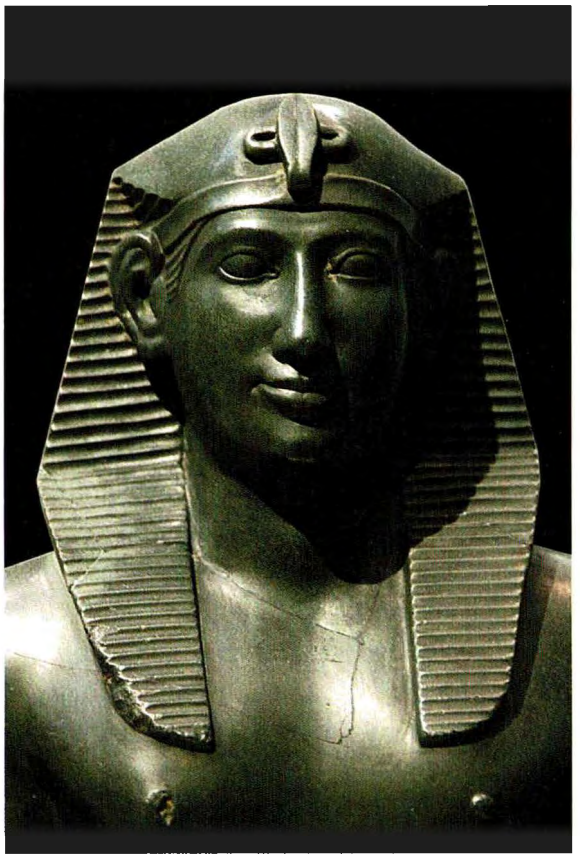


Figura 28. Psametico II. Museo del Louvre

Psamético II marcó el zenit de la dinastía. A partir de él la decadencia fue inevitable. **Apries** intentó reforzar la presencia egipcia en la zona de Palestina y la costa de Levante, pero Nabucodonosor le obligó a retirarse. La posterior caída de Jerusalén, por la acción de Nabucodonosor, llevó a los israelitas la cautividad en Babilonia. En esta época muchos hebreos se instalaron en colonias por todo el valle del Nilo. Apries también intentó intervenir en Libia, acudiendo en ayuda de algunos jefes libios, pero la expedición fue un rotundo fracaso, que llevó a que las tropas se rebelaran, matando a Apries y proclamando a un nuevo rey, **Amasis**. No pertenecía a la familia real, pero sí que era originario de Sais. Su actuación inmediata, recuperado el cadáver de su predecesor y dándole sepultura, favoreció que fuera visto como el legítimo sucesor. Probablemente nos encontramos ante el último soberano independiente de Egipto. Su largo reinado dejó un profundo recuerdo.

Rechazó una invasión de los caldeos; buscó el entendimiento con Babilonia, amenazada por los persas, igual que Egipto; estrechó relaciones con Chipre y con el mundo griego; Intentó evitar las diputas entre la población por motivos de procedencia. Decidió concentrar a todos los mercenarios en Menfis, pues le pareció peligroso que estuvieran repartidos por todo Egipto. Del mismo modo concentró a la población griega en Naucratis, lo que llevó a la ciudad a convertirse en una de las más prósperas de todo Egipto. Estrechó relaciones con Nabónido a la muerte de Nabucodonosor; finalmente estableció pactos de amistad con Lidia.

Fue una política que le dio estabilidad al reino de Egipto, pero a su muerte todo se desmoronó. **Psamético III** tuvo que hacer frente a los persas, siendo derrotado en Pelusio. Aunque salvó la vida, fue perseguido hasta Menfis y allí entregó el poder a los persas, nuevos señores de Egipto, que instalaron en el trono una nueva dinastía afín a ellos y que no les crearía problemas. Con Cambises II, el primer monarca dela XXVII dinastía se inauguraba el Egipto Aqueménida. El glorioso Egipto faraónico había desaparecido.

BIBLIOGRAFÍA

ALVAR, J., *Los pueblos del mar y otros movimientos de pueblos afines a fines del II Milenio*, Akal, Madrid, 1989.

ARMIJO, T., *Amarna: la ciudad de Ajenaton y Nefertiti*, Alderaban, Madrid, 2012.

CASAL, B., *Hatshepsut*, Aldebarán, Madrid, 2013

DESROCHES NOBLECOURT, CH., *Ramsés II*, Ariel, Barcelona, 2018.

PRESEDO, F.J., *Egipto durante el Imperio Nuevo*. Akal, Madrid, 1989.

SANDARS, N.K., *Los pueblos del mar*, Oberón, Madrid, 2005.

UNIDAD DIDÁCTICA II

HISTORIA DEL PRÓXIMO ORIENTE ANTIGUO

RAÚL GONZÁLEZ SALINERO

INTRODUCCIÓN. LOS ELEMENTOS DEL SUSTRATO HISTÓRICO
Marco geográfico y medio físico
Bases históricas de la civilización
El proceso de configuración del Estado
Pueblos y grupos lingüísticos
Lenguas y pueblos semíticos
Lenguas y pueblos no semíticos
Bibliografía
TEMA 4. EL PRÓXIMO ORIENTE DURANTE EL III MILENIO A. C. BRONCE ANTIGUO (3000-2000 A. C.)
TEMA 5. EL PRÓXIMO ORIENTE DURANTE EL II MILENIO A. C. BRONCE MEDIO (2000-1600 A. C.) Y BRONCE TARDÍO (1600-1200 A. C.)
TEMA 6. EL PRÓXIMO ORIENTE DURANTE EL I MILENIO A. C. LA EDAD DEL HIERRO (CA. 1200-330 A. C.)

INTRODUCCIÓN. LOS ELEMENTOS DEL SUSTRATO HISTÓRICO

Marco geográfico y medio físico

El área geográfica en la que se desarrollaron las primeras civilizaciones próximo-orientales corresponde, en líneas generales, a las actuales Tuquía-Armenia (antigua Anatolia, Urartu, Subartu), Siria, Líbano (Fenicia de época clásica), Israel (antigua Canaán, Palestina, Filistea), Jordania (antigua tierra de los amonitas, moabitas, edomitas), Irak-Kuwait (antigua Mesopotamia, Sumer, «Países del Mar»), Irán (antigua Persia y Elam), Arabia Saudí (Dilmun), Chipre (la Alashiya del II milenio a. C.), y Egipto. Los límites actuales de todos estos países no coinciden con las organizaciones estatales gestadas por las mencionadas civilizaciones, más si se tienen en cuenta sus continuas mutaciones en el tiempo histórico y el espacio físico.

Considerado en época histórica como una realidad geográfica extra-continental delimitada y condicionada por los cinco mares que lo circundan (mar Mediterráneo, mar Negro, mar Caspio, golfo Pérsico y mar Rojo), el Próximo Oriente se encuentra caracterizado por una acusada variedad geomorfológica: escasas zonas fértiles, amplias estepas áridas, infinitas áreas desérticas, reducidas planicies y colinas que permitan la actividad agrícola, infranqueables cadenas montañosas, aunque ricas en recursos madereros y metalíferos (Líbano, Amán, Tauro y Zagros). En este espacio geográfico y cultural, el trasiego y la interrelación de diferentes pueblos constituyeron las primeras etapas fundamentales de la historia de la humanidad reflejadas en la más antigua documentación escrita conocida. En sus primeros estadios, perceptibles ya entre los milenios XII y IX a. C., la «revolución agrícola» propició la transformación del hombre cazador y recolector en cultivador, lo que exigía un cierto control de los recursos hídricos y el acomodo gradual a una forma de vida estable y sedentaria. A partir de entonces, se requerirían mayores esfuerzos en el empleo de energías físicas e intelectuales para satisfacer unas exigencias humanas

cada vez más complejas. Este largo camino, que supuso un enorme desafío para el hombre frente al medio ambiente en el que se encontraba inmerso, condujo lentamente a la «revolución urbana» del IV milenio a. C., al nacimimiento de la ciudad con su organización estatal unitaria, y después centralizada, sobre la premisa, no siempre estable, de un cierto control del territorio circundante, hasta llegar a la conformación de futuros Estados regionales e incluso «Imperios universales». En Uruk, una ciudad de la Mesopotamia meridional, se ha podido rastrear la aparición de estructuras urbanas en una fase inicial definida como Uruk 1. Tras una época de recesión, el proceso de urbanización llegó a la alta Mesopotamia, el Levante siro-palestino y el altiplano iranio occidental durante la sucesiva fase conocida como «Uruk tardío» (3500-3000 a. C.).

La región mesopotámica no era la más idónea para el asentamiento humano. Es incluso posible que esta civilización fuese el resultado de la necesaria adaptación a un medio circundante adverso, escaso en terreno cultivable y con un clima desfavorable. No obstante, la zona conocida como «Creciente Fértil» (extensión geográfica comprendida entre la baja Mesopotamia y Palestina) era una especie de «oasis», un vergel entre el desierto próximo: allí la tierra era apta para el cultivo y se disponía de suficientes recursos hídricos (el propio nombre griego, Mesopotamia, significa «país entre ríos»). El caudal generoso de los ríos Tigris y Éufrates compensaba la escasez de lluvias, a pesar de que las frecuentes crecidas anegaban periódicamente las riberas, poniendo en peligro cosechas y aldeas. Precisamente por ello, en esta zona, especialmente alrededor de la ciudad de Nippur, en la Mesopotamia central, la ingeniería hidráulica alcanzó cotas de enorme desarrollo: se construyeron acequias, canales de distribución, diques de contención y conductos para poder salvar los desniveles del terreno.

Sin embargo, la evolución de los dos grandes ríos no había sido la misma. Mientras que a lo largo de su milenaria historia el Tigris había erosionado el terreno hasta crear un cañón lo suficientemente profundo como para evitar los desbordamientos, el Éufrates había ido depositando en su fondo y sus márgenes enormes cantidades de materiales de aluvión, con lo que su caudal anegaba los terrenos circundantes generando zonas pantanosas de difícil drenaje que, al desecarse con la evaporación, daban como resultado un suelo de una salinidad tal que imposibilitaba los cultivos y la habitabilidad, y se convertía en el escenario perfecto para las epidemias por la falta de agua potable y la enorme densidad de población. Por ello, el control del agua fue la condición indispensable para crear un hábitat que permitiera la supervivencia. En pocos siglos, los antiguos mesopotamios transformaron la baja Mesopotamia en una zona tan atractiva para la vida que los pueblos colindantes llegaban en oleadas desde el desierto y las montañas, e incluso desde lugares más lejanos, tratando en algunas ocasiones de apoderarse o controlar los preciados recursos naturales.

Bases históricas de la civilización

A pesar de ser un elemento fundamental, el factor geográfico o ambiental no explica por sí mismo el surgimiento de una civilización que creó al mismo tiempo el modelo de la ciudad y del Estado en determinadas zonas del sur de Mesopotamia y el norte de Egipto. En realidad, las primeras sociedades próximo-orientales se originaron por la confluencia de diversos factores de distinta naturaleza que culminaron a finales del IV milenio o comienzos del III a. C. Por un lado, existió un factor económico derivado del aumento de población (provocado tanto por la inmigración como por el incremento interno de la comunidad originaria), lo que generó la urgente necesidad de establecer contactos comerciales con otros pueblos más o menos lejanos que pudieran abastecer de todo aquello de lo que se carecía y, al mismo tiempo, ser destinatarios del excedente agrícola y artesanal. Por otro lado, se dio un factor político, ya que estas nuevas comunidades, hasta entonces dispersas y vulnerables, dotadas ahora de mayores recursos, se vieron obligadas a agruparse y defenderse, superando su tradicional aislamiento, para evitar la posible agresión de grupos vecinos, lo que derivó con el tiempo en la creación de Estados territoriales e incluso Imperios.

El progreso comercial del llamado «modelo» asiático, no se produjo en el ámbito egipcio, donde el comercio exterior se desarrolló tardíamente. Sin embargo, en Mesopotamia, el emplazamiento de las ciudades primigenias en el extremo meridional propició extraordinariamente el intercambio cultural y la apertura de las comunidades circundantes. En realidad, en la Mesopotamia septentrional la «proto-urbanización» incluso se había anticipado: Jericó (VIII milenio, *ca.* 7700 a. C.) en el área palestina y Çatal Hüyück (VII milenio, *ca.* 6500 a. C.) en el área anatólica. No obstante, estas ciudades se mantuvieron durante milenios como sociedades «pre-estatales» sin llegar a culminar la llamada «revolución urbana». Por el contrario, las ciudades de la baja Mesopotamia, que alcanzaron tardíamente un estadio proto-urbano en el V milenio a. C., fueron capaces de transformarse mucho más rápidamente en urbes consolidadas ya durante los dos milenios posteriores. Las posteriores civilizaciones proto-históricas (El-Obeid; Uruk; Jemdet Nasr) generaron los restantes elementos básicos que configuran lo que históricamente se conoce como Estado. Se trató de una evolución caracterizada por el aumento de los núcleos urbanos, la difusión del uso del metal, la producción cerámica separada de la actividad agrícola; la expansión de la escritura; y, en general, el establecimiento de una jerarquía entre los grupos sociales dentro de las diversas comunidades.

El proceso de configuración del Estado

La sociedad que evoluciona de la aldea (estructura social comunitaria) a la ciudad (estructura social estatal) se caracteriza por una marcada estratificación y especialización del trabajo. Las sociedades urbanas originarias se estructuran jerárquicamente a partir de la diversifica-

ción de funciones. Por un lado, existe un grupo minoritario dirigente (formado frecuentemente por miembros de una misma familia), encargado de decidir sobre los asuntos que antes estaban en manos del consejo tribal o aldeano. Por otro, hay un grupo mayoritario, el dirigido o controlado, que es mucho más heterogéneo y que se estructura en función de la división social del trabajo: agricultores y artesanos; sacerdotes (dedicados a los servicios religiosos); y guerreros (protectores de la comunidad). Estas funciones diferenciadas, ligadas a conceptos como la riqueza, el prestigio o el poder, derivaron en una paulatina gradación social.

La evolución de la tribu a la «aldea» apenas comportó cambios significativos. La estructura social siguió basándose en lazos de parentesco, si bien apareció una incipiente estratificación basada en criterios como la edad (ancianos/jóvenes), el prestigio (antiguas familias/nuevas) o el valor (guerreros/trabajadores). El aumento de la población en algunas aldeas, unido a la construcción de elementos defensivos frente a poblados vecinos que pugnaban por los mismos recursos, provocaron la transformación física de los núcleos aldeanos originarios, necesitados en esos momentos de una explotación masiva de los medios disponibles a su alcance, ya fuesen propios o ajenos. Por tanto, el origen de la «ciudad» fue el resultado de un proceso de selección en el que algunos centros proto-urbanos fueron elegidos por su capacidad de ofrecer mayor crecimiento y progreso en detrimento de otros que carecían de dichas posibilidades. Este progresivo abandono de la vieja organización aldeana se conoce como «primera urbanización» y se produjo a mediados del IV milenio a. C. en la Mesopotamia meridional. En una fase posterior (o «segunda urbanización») se extendió hacia áreas septentrionales, llegando incluso hasta Siria y Líbano a finales de dicho milenio.

Naturalmente, esta evolución afectó notablemente al sistema de producción y distribución de los recursos. Aunque estos grupos urbanitas primigenios se definen como «agrícolas», las relaciones de intercambio tuvieron desde un principio una enorme relevancia, motivada sin duda por el hecho de que la baja Mesopotamia era uno de los ejes más importantes de las rutas comerciales de la Antigüedad. Por ello, en esta zona se desarrolló muy pronto el sistema de numeración (sexagesimal) vinculado a las medidas de uso cotidiano (peso, longitud, capacidad) y un complejo sistema de valores, que se aplicó tanto a la diversificación del trabajo como a los productos derivados del mismo y su distribución dentro y fuera de la comunidad ciudadana.

Por otro lado, la formación de diferentes grupos sociales favoreció extraordinariamente la creación de un incipiente aparato ideológico gestado en los círculos del poder político integrados por individuos pertenecientes a los estratos sociales más elevados. Esos dirigentes sentirían pronto la necesidad de plasmar los principios y condiciones fundamentales que les habían posibilitado alcanzar los más importantes resortes del poder dentro de la ciudad.

La autoridad real se legitimó también por razones ideológicas, al considerar que encontraba su origen en el papel del rey como intermediario entre los dioses protectores de la ciudad y los hombres que la habitaban. En virtud de este mecanismo ideológico, el monarca

quedaba obligado al mantenimiento de las dos grandes instituciones, templo y palacio, identificadas éstas probablemente en los primeros momentos y separadas en una fase posterior como resultado de la consolidación del poder monárquico. El resultado final de este proceso puede apreciarse ya con nitidez en el Proto-dinástico sumerio. Los sacerdotes del templo y los funcionarios de palacio, conocedores de su situación de privilegio, se transformarán en los principales valedores de esta nueva estructura político-religiosa ante el resto de la comunidad. Ellos serán, por un lado, los legitimadores del poder establecido y, por otro, los garantes de los principios en los que dicho poder se sustenta. Por su parte, el pueblo llano tendrá que sufragar dicha estructura de poder mediante el pago de los «tributos» y la prestación de servicios o trabajos («corveas») reclamados periódicamente en hipotético beneficio de la comunidad. Al mismo tiempo, esta novedosa organización social estratificada, requería la creación por parte de las autoridades palaciegas de un grupo armado cuya función sería la defensa de los bienes e intereses comunes, germen del cuerpo militar que supliría al «pueblo en armas» de las antiguas tribus o aldeas. Pero además, este nuevo sistema implantado por el poder establecido precisaba de una estructura estatal que garantizase su unidad y estabilidad. Así es como surgió un grupo de individuos vinculados a las tareas administrativas y al dominio de la escritura. Con esta última conquista se logró superar la fase proto-histórica e impulsar a la humanidad hacia el camino irreversible que la condujo a la Historia. A partir de estos momentos, las fuentes arqueológicas y documentales se complementan, se funden en un único tejido histórico. La palabra escrita, reflejo elocuente de la vida ciudadana coetánea, se convierte en el vehículo de un mensaje socio-ideológico cuyo desciframiento constituye la base misma de la investigación histórica.

Sin embargo, desentrañar las fuentes escritas requiere mucho tiempo, pues supone una labor difícil y extremadamente ardua. Los sistemas de escritura empleados por los *escribas* para registrar las lenguas habladas en sus respectivas áreas geográficas reflejan una gran heterogeneidad. A esta complejidad de los diversos sistemas lingüísticos deben añadirse además las pérdidas irreparables de materiales de escritura perecederos (pergaminos, papiros, cueros, ceras, etc.) utilizados habitualmente por los *escribas*, especialmente en el primer milenio antes de nuestra era. Estas circunstancias nos ayudan a comprender en su justa medida la gran cesura historiográfica producida entre el mundo antiguo próximo-oriental y nuestra cultura occidental.

PUEBLOS Y GRUPOS LINGÜÍSTICOS

Las gentes que participaron en el desarrollo socio-político del Próximo Oriente antiguo no pertenecían a un mismo tronco étnico, ni hablaban la misma lengua, ni compartían un mismo sistema de escritura. Si, desde un punto de vista étnico y lingüístico, algunos de estos

pueblos pueden identificarse claramente, otros son todavía objeto de investigación. Aun así, podemos distinguir y diferenciar sólo aquéllos que nos han dejado, directa o indirectamente, documentos escritos. Será útil, por tanto, establecer un cuadro general de la caracterización lingüística y de los sistemas de escritura más conocidos que constituyen la base de las fuentes escritas que han llegado hasta nosotros.

Lenguas y pueblos semíticos

El semítico, con sus variantes dialectales, constituye la lengua básica de un gran número de los pueblos que formaron la civilización próximo-oriental. El étimo, acuñado por A. L. Schlözer en 1781 en base a la «Tabla de los pueblos» (*Génesis*, 10), cubre las lenguas flexionadas (es decir, modificadas a partir de una raíz básica) atestiguadas al menos desde finales del IV milenio a. C. hasta el presente en la amplia región geográfica comprendida entre el Tigris y el Mediterráneo, la península arábiga y la costa nororiental africana.

Con el surgimiento de las fuentes escritas en lengua sumeria emergen entre las gentes sedentarias de Mesopotamia también pueblos de lengua semítica que, evidentemente, se habían establecido en aquella región desde hacía ya tiempo. Su lengua resultaba análoga al posterior acadio, sobre todo a los elementos onomásticos registrados en la dinastía de Kish (*ca.* 2650-2450 a. C.) y al sirio de la segunda mitad del III milenio a. C., conocido mejor con el nombre de «eblaíta».

El ***acadio*** fue la lengua del «primer imperio semítico», el fundado en la Mesopotamia central por Sargón de Akkad en torno al 2350 a. C. con capital en Agad (aún sin localizar). Su étimo puede indicar tanto la fase más antigua de los pueblos sedentarios mesopotámicos (presentes en el territorio que tomará después el nombre de Babilonia, Asiria y Subartu), como la lengua mesopotámica que, desde el III milenio a. C., pervivió en la zona hasta la época cristiana. El antiguo acadio sobrevivió hasta *ca.* 1950 a. C., cuando la región sufrió la perturbación de los pueblos semi-nómadas de los amorreos. Su escritura es cuneiforme silábica, impresa con un punzón de base triangular sobre tablillas de arcilla y formada por líneas con progresión tanto vertical como horizontal. La escritura cuneiforme (adjetivo derivado de la definición del ilustrado Thomas Hyde) fue descifrada a lo largo del siglo XIX gracias a las investigaciones de G. F. Grotefend y H. C. Raylonson. Desde entonces, el conocimiento de la grafía y de la lengua, aunque en continua actualización, ha logrado un buen nivel de comprensión. El asentamiento de estas gentes semíticas favoreció un proceso de diversificación del acadio en dos dialectos: el ***asirio,*** hablado al norte por los asirios; y el ***babilonio,*** hablado por los babilónicos en la zona central y meridional.

El ***amorreo*** fue hablado por los amorreos (tribu semi-nómada occidental) presentes en Siria y Palestina desde la segunda mitad del III al II milenio a. C., pero también por pobladores de la Mesopotamia central y septentrional, donde penetraron descendiendo a lo largo del

eje fluvial del Éufrates. En tanto que pueblo semi-nómada, los amorreos no tuvieron escritura propia. Cuando se asentaron, se hicieron con el control político de un vasto territorio y adoptaron como lengua escrita el babilonio.

El desciframiento de la lengua ***eblaíta*** fue un logro relativamente reciente de la asiriología italiana (1974-1977) ligado al descubrimiento del archivo del palacio real G de Ebla/Tell Mardikh (localidad siria al sur de Aleppo). El hallazgo de este archivo, datable en los siglos XXIV-XXIII a. C., ha focalizado la atención en torno al problema de la difusión de la escritura y del silabario cuneiforme en la alta Mesopotamia y en la Siria septentrional en una fase muy arcaica. El adjetivo eblaíta, introducido por el profesor Giovanni Pettinato a partir del topónimo ya conocido de las inscripciones reales de Akkad, define la lengua hablada por gentes semitas asentadas en la región al menos hasta los inicios del III milenio a. C.

El ***cananeo*** era la lengua del pueblo de Canaán, topónimo que en la Biblia hebrea indica la región costera del Mediterráneo oriental delimitada al norte por Tell Sukas y por Gaza al sur. Sin embargo, la acepción de cananeos excede los límites bíblicos. Ampliamente documentado en el II milenio a. C., desconocemos el cananeo arcaico, es decir, la lengua de las gentes semíticas locales que impulsaron el proceso de urbanización a lo largo de la segunda mitad del III milenio a. C. La pérdida de los vestigios pertenecientes a esta fase impide conocer este lenguaje en su forma más pura y unitaria, libre de los fenómenos de «amorreización» que a inicios del II milenio a. C. condicionaron el desarrollo lingüístico de toda la región.

El ***ugarítico***, lengua de los habitantes de Ugarit, adopta un doble sistema epigráfico, el silábico cuneiforme y el alfabético consonántico cuneiforme. La rica documentación de los archivos palaciegos descubierta en el año 1929 ha sido completada con nuevos materiales procedentes de la vecina Ras Ibn Hani, que han visto la luz recientemente. La escritura alfabética ugarítica, constituida por treinta signos, tiene una duración muy breve, quizás debido a la elección gráfica cuneiforme. Con la destrucción de Ugarit a manos de los llamados «Pueblos del Mar» desaparece el primer intento genial de una escritura propiamente alfabética (el ugarítico es la única escritura alfabética en grafía cuneiforme, junto al antiguo persa).

El ***fenicio*** es la lengua de los cananeos de la Edad del Hierro. Al desarrollar el principio acrofónico, los fenicios inventaron para el registro de su lengua una escritura de tan sólo 22 signos, el sistema alfabético consonántico que, a través de la mediación y el complemento vocal griego, constituye la base de nuestro alfabeto. Éste debe su nombre al de las dos primeras letras de la secuencia fenicia: *alef* y *bet*. La simplificación del sistema gráfico consonántico, eliminando el complejo y voluminoso sistema silábico acadio, elaborada en la región siro-palestina entre los siglos XIV y XIII a. C., revolucionó también el sistema social al llevar la escritura fuera del palacio; sin embargo, la sustitución de la tablilla de arcilla dura por material de escritorio perecedero (pergamino, papiro, cuero, cera, etc.) supuso también la pérdida

irreparable de archivos y bibliotecas, es decir, de fuentes históricas y literarias. Descifrado en 1764 por J.-J. Barthelemy, y usado como lengua internacional en Sa'mal/Zincirli y Karatepe, el fenicio mantuvo su vigencia en el cuadrante central y occidental del Mediterráneo gracias a la forma cursiva conocida como púnico y neopúnico durante un arco cronológico que va desde el siglo XIV al III a. C. De la escritura fenicia, que comparte el mismo principio consonántico descubierto ya en Ugarit y del que mantiene también la misma secuencia de signos, derivan las escrituras hebraica, aramea, algunas palestinas menores y griega.

Entre las formas dialectales cananeas, el ***hebreo*** es la lengua asumida por los israelitas en su fase de sedentarización y estatalización en el sur de Palestina hacia el siglo X a. C. y mantenida hasta el exilio babilónico, momento en que fue sustituida, primero por el arameo, y después por el griego. Su grafía, derivada del fenicio, consta igualmente de 22 signos y se conserva de forma más o menos idéntica hasta el siglo VII a. C. La élite culta trasladada a Babilonia conservó el hebreo como lengua litúrgica y religioso-literaria. Una vez fracasado el intento de convertir al hebreo en lengua hablada, con el renacimiento político impulsado por los macabeos y los asmoneos, esta lengua pasó a ser el vehículo de expresión del pensamiento religioso hasta la creación del moderno Estado de Israel, momento en que volvió a utilizarse como lengua hablada.

El ***arameo***, lengua de las tribus semi-nómadas de los *ahlamu-arameos* que se asentaron en Siria y Mesopotamia hacia el 1100 a. C., se desarrolló a partir del cananeo por medio de una progresiva diferenciación interna. Se trata de la lengua semítica cuyo uso se atestigua durante más tiempo de forma ininterrumpida (sus fuentes escritas se remontan al 900 a. C. y llegan hasta la actualidad). Al igual que el hebreo, el arameo utiliza también en su fase primitiva la escritura fenicia, de la que conservará sus 22 signos. A pesar de la provincialización experimentada por los Estados arameos bajo el dominio asirio, el arameo no sólo continuó siendo la lengua propia de los arameos, sino que se convirtió en idioma internacional del Imperio asirio por encima del babilonio y del persa, permaneciendo en época romana, junto al griego, como la lengua de uso corriente en Asia anterior hasta el siglo VII d.C., cuando fue desplazada y sustituida por el árabe, a excepción de algunas áreas restrictivas dominadas por ciertas comunidades judías y cristianas.

El ***árabe*** es considerado la lengua semítica meridional por excelencia y la más difícil de definir por sus variantes en los tiempos y modos lingüísticos. Su documentación más antigua son algunos epígrafes en escritura consonántica datables entre los siglos IX y VI a. C. Esta fase lingüística, que podría denominarse como proto-árabe, refleja la lengua de aquellas gentes que, con la domesticación del camello hacia finales del II milenio, se movieron hacia las zonas urbanas y adquirieron cierto protagonismo histórico durante el período neoasirio y neobabilónico. El árabe clásico se inicia en el siglo IV d.C., convirtiéndose, gracias a la expansión del Islam a partir del siglo VII d.C., en una lengua literaria de gran pres-

tigio. Ahora bien, como lengua hablada, el árabe clásico perdería pronto su carácter unitario en favor de numerosos dialectos regionales. La escritura es alfabética, constituida por 28 signos cuya secuencia es diversa de la fenicia, aramea, hebraica y griega.

Lenguas y pueblos no semíticos

Entre las lenguas no semíticas de mayor antigüedad atestiguada aparece el ***sumerio***, una lengua de tipo aglutinante (caracterizada por la yuxtaposición de morfemas y palabras) que hasta ahora ha resultado imposible vincular con ningún grupo lingüístico reconocible. Los sumerios constituyen un elemento étnico intrusivo de la baja Mesopotamia calcolítica, aunque todavía permanece abierta en la investigación la cuestión de su procedencia y de la época en que se instalaron en la región. Tenemos constancia de su presencia allí ya en la fase urbana compleja en que su revolucionaria escritura (no se sabe si de invención propia o procedente de un préstamo de otra civilización ignota) les permite entrar en la Historia del Oriente Próximo e involucrar en esta forma genial de expresión a cuantos pueblos mantuvieron contacto con ellos. El étimo deriva del babilonio *Shumer*, usado para indicar la Babilonia meridional, la región que en sumerio aparece escrita como *EME-GI*, es decir, «tierra cultivada», un sustantivo reflejo de la próspera agricultura de aluvión. Los primeros ejemplos conocidos hasta ahora de una escritura que representa el antecedente directo del cuneiforme se conservan en algunas tablillas de arcilla procedentes de los estratos IV (3200-3100 a. C.) y III (3000-2900 a. C.) de Uruk/Warka. Debido al desarrollo de las estructuras administrativas ciudadanas, estas tablillas más antiguas se caracterizan por una escritura pictográfica, que supone el estadio final requerido para la memorización de una contabilidad cada vez más compleja. De hecho, la difusión del sello estuvo ligada a la evolución progresiva de las funciones burocráticas conectadas con la vida de los templos y palacios, es decir, con los dos ejes directivos de las sociedades plenamente urbanizadas.

El ***hitita*** fue la lengua de uno de los pueblos más activos en el ámbito próximo-oriental entre finales de la Edad del Bronce Medio y el Tardío, capaz de reconstituirse en pequeños Estados neohititas a inicios de la Edad del Hierro. Al menos el estrato superior de su población era indoeuropeo. Pero tras su llegada a Anatolia desde el exterior probablemente en sucesivas oleadas, los hititas se mezclaron con los elementos autóctonos constituidos ya en ciudades-estado que hablaban el *khattili*, es decir, como se traduce en los textos hititas: la lengua «de la tierra de *Khatti*», una lengua pre-hitita no indoeuropea, aglutinante, que se encuentra actualmente en curso de desciframiento.

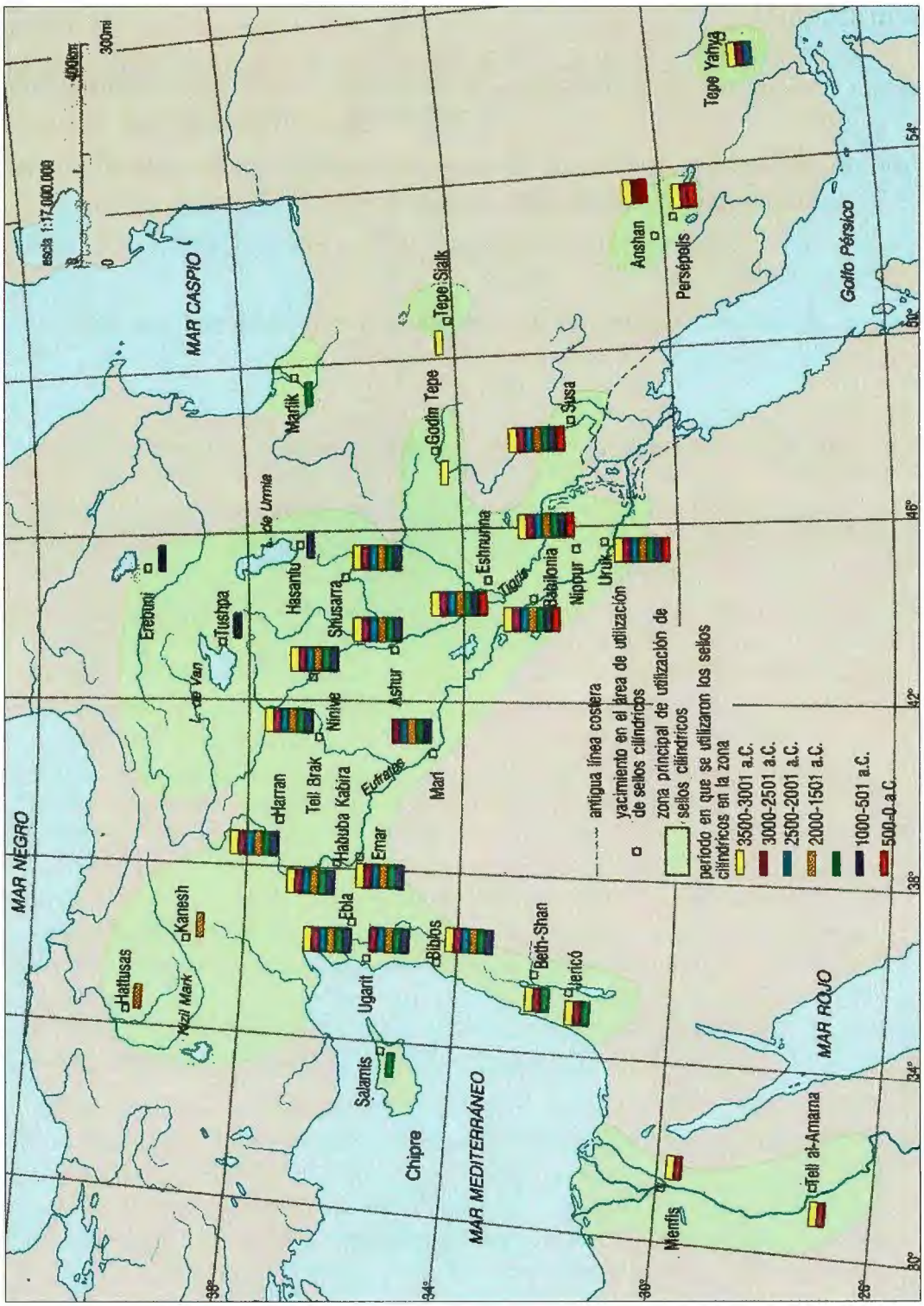
El ***elamita*** es la lengua de los pueblos atestiguados en el antiguo Elam, la región iránica suroccidental, situada entre los afluentes de la margen izquierda del bajo Tigris y

las montañas de los Zagros meridionales, en la que destacaban los dos grandes centros urbanos de Susa y Tall-i Malyan (la antigua Anshan). Esta lengua aparece atestiguada ya en su expresión más arcaica, el *proto-elamita*, en documentos administrativos de los primeros siglos del III milenio a. C. Diferente al sumerio, esta lengua no era ni semita ni indoeuropea. El desciframiento de sus documentos más antiguos y su exacta ubicación en el decurso histórico de la expresión escrita todavía son objeto de investigación. El *medio-elamita* fue la lengua presente en las inscripciones escritas en caracteres cuneiformes alfabéticos relativas a la realeza y al mundo religioso datadas entre los siglos XIII y VII a. C. La fase *neo-elamita* corresponde a las inscripciones cuneiformes bilingües y trilingües de los reyes aqueménidas que adoptaron esta lengua en el ámbito administrativo junto al persa antiguo.

El ***kurrita*** era la lengua del pueblo kurrita, uno de los protagonistas más importantes de la historia política próximo-oriental del II milenio a. C., ya presente en la alta Mesopotamia y en la Siria septentrional hasta Anatolia oriental con formaciones estatales como Urkish o Nawar, dominadoras de una notable extensión territorial. La lengua, de tipo ergativo (modalidad flexiva en la que se indica el sujeto de la acción que se ejerce sobre un objeto), aparece redactada en escritura cuneiforme. Su grado actual de lectura es alto, aunque no completo.

El ***cassita*** es una lengua que sólo conocemos a través de la onomástica. Aunque no fueron semitas, los cassitas, que habían penetrado en Mesopotamia desde el medio Irán occidental en torno al siglo XVII a. C., hablaban una lengua con elementos de clara connotación indo-irania. Al formar una dinastía en Babilonia, utilizaron el babilonio como lengua oficial, relegando a su lengua original a una función puramente onomástica.

Por último, debe señalarse que la presencia en el área geográfica próximo-oriental de pueblos con lenguas tan diversas creó problemas de comunicación hasta que se registraron los primeros contactos comerciales y diplomáticos. De las fuentes recuperadas se desprende la existencia de intérpretes ya a partir de la época de la dinastía de Akkad. En un sello cilíndrico con inscripción datado en aquel período se alude a esta profesión junto al nombre del propietario: «*Shuilishu*, el intérprete de *Melukhkha*». Dado que la constatación de intérpretes es cada vez más infrecuente a lo largo de los milenios siguientes, se ha sugerido que en el momento en que el acadio se convirtió en lengua franca y diplomática, el recurso a la figura del traductor fue cada vez menos necesario.



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente* Medio, Ediciones Folio, Madrid, 1992, I, p. 71.

Mapa 11. Distribución de los hallazgos de sellos cilíndricos.

BIBLIOGRAFÍA

BOTTÉRO, J. *Mesopotamia: la escritura, la razón y los dioses* (trad. J. L. Rozas López), Cátedra, Madrid, 2004.

FRANGIPANE, M., *La nascita dello Stato nel Vicino Oriente. Dai lignaggi alla burocrazia nella Grande Mesopotamia* (pref. M. Liverani), Laterza, Roma/Bari, 1996.

GORDON CHILDE, V., *Los orígenes de la civilización* (trad. E. de Gortari), Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1988.

LEICK, Gw., *Mesopotamia: la invención de la ciudad* (trad. M. Palmer), Paidós, Barcelona, 2002.

Tema 4
El Próximo Oriente durante el III milenio a. C.
Bronce Antiguo (3000-2000 a. C.)

Sinopsis

La vasta área geográfica comprendida entre Mesopotamia, Asia Menor, la franja costera siro-palestina y Egipto conoció el precoz florecimiento de la civilización que condujo a la formación de ciudades-estado y, posteriormente, imperios caracterizados por avanzados sistemas de organización política. En los territorios pantanosos comprendidos entre el Tigris y el Éufrates, los sumerios fundaron a lo largo del III milenio a. C. numerosas ciudades-estado sin constituir nunca un reino unitario. Ellos fueron los auténticos protagonistas de la revolución urbana y los inventores de la escritura. Aunque existía la figura del rey (*en*), la explotación de los recursos económicos era controlada principalmente por los sacerdotes: según la concepción religiosa de los sumerios, todas las tierras pertenecían, de hecho, a las divinidades, razón por la que las cosechas debían ser acumuladas en los almacenes dependientes de los templos. Cada ciudad-estado sumeria poseía su propio patrono divino, aunque algunas divinidades como Marduk (dios de Babilonia) o Assur (dios de la ciudad del mismo nombre) adquirieron cierta preponderancia debido a la relevancia política de las ciudades a las que originariamente pertenecían, o al sobresaliente poder alcanzado por su clero, como fue el caso de Enlil de Nippur.

La pobreza en materias primas impulsó a los comerciantes de las ciudades sumerias a intensificar los contactos con las regiones limítrofes, primordialmente con Siria, a través de las rutas caravaneras más transitadas, lo que dio lugar a florecientes centros urbanos como Mari y Ebla. Hacia mediados del III milenio a. C., esta última ciudad, que llegó a contar con cerca de 20.000 habitantes en su momento de máximo esplendor y cuyo modelo político giraba en torno al palacio en detrimento del templo, terminaría por imponer su hegemonía sobre otras ciudades-estado vecinas.

Ahora bien, la irrupción de un nuevo componente étnico de raíz semítica (los acadios) propició la creación en el último cuarto del III milenio a. C. del primer imperio verdaderamente universal capaz de unir toda la región mesopotámica bajo una sola autoridad política. Su artífice fue Sargón I de Akkad (2335-2279 a. C.). En buena medida, su herencia fue recogida a finales del milenio por la III Dinastía de Ur, que supuso una especie de renacimiento de la antigua civilización sumeria. Con la finalidad de asegurar el orden social, el rey Shulgi (20194-2048 a. C.) promulgó el *Código* de leyes más antiguo que se conserva, cuya estructura tripartita (prólogo, articulado legal y epílogo) servirá de modelo a otros ordenamientos jurídicos posteriores.

La religión sumeria se caracterizó por su carácter sincrético. Su concepto del mundo divino, dominado por un politeísmo de larga tradición mesopotámica que se fundió con elementos semitas de la cultura acadia, dio lugar a la creencia en una multiplicidad de dioses que ordenaban todos los aspectos relacionados con los fenómenos naturales y las aspiraciones humanas. Aunque cada ciudad veneraba a sus dioses particulares, hubo una tendencia hacia la jerarquización del panteón sumerio, en el que prevalecería finalmente la tríada formada por *An* (dios del cielo), *Enlil* (dios de la atmósfera y gobernador del universo) y *Enki* (dios de las aguas).

Guion / Resumen

Las primeras ciudades-estado: Sumer	Precedentes protohistóricos: el-Obeid; Eridu; Uruk; Jemdet Nasr.
	Entidades políticas independientes y centralizadas del Dinástico arcaico o Protodinástico sumerio.
	Colaboración y colisión entre el templo y el palacio.
	Civilización surgida de la «arcilla».
	Autoridad religiosa predominante en el Protodinástico I.
	El palacio como célula de organización económica paralela a la del templo en el Protodinástico II.
	Rivalidad entre Lagash y Umma en el Protodinástico III.
	Separación entre el templo y el palacio.
	Escuelas de escribas dirigidas por el *ummia*.

El Imperio sirio de Ebla	Emancipación del palacio respecto del templo. Monarquía temporal y electiva, asistida por un «consejo de ancianos» (abba). Organización política: • rey o *en* («señor»). • *lugal* («gobernadores»). • *ensi* (príncipes locales). • *lugal-sa-za* («tesorero del rey»). • *dayyanum* (jueces supremos). Control tributario y comercial (rutas comerciales). • Delegaciones permanentes (*karum*). • Comercio de productos metalíferos y textiles (*lana*). Culto religioso a los antepasados regios. Fin del Imperio de Ebla: disputas con Karkemish y Mari, e imposición de los *shakkanakku*.
El Imperio Acadio	Sargón I de Akkad: leyenda y realidad histórica. Conflicto entre Lagash y Umma. Lugalzagesi de Umma. Primer Imperio centralizado. Secularización del ejercicio del poder político. Reforma de la administración palaciega. La princesa Enkheduanna gran sacerdotisa (*entu*) de Nana-Sin. Extensión territorial desde el «Mar Superior» (Mediterráneo) hasta el «Mar Inferior» (Golfo Pérsico). Guarniciones militares en las rutas comerciales. Control fiscal. Autoritario gobierno de Naram-Sin. Sublimación religiosa de la figura monárquica.

El renacimiento sumerio y el Imperio de Ur	Dominación de los invasores *qutu* en la Mesopotamia central. El rey Gudea de Lagash: exitosa política comercial. Renacimiento sumerio: III Dinastía de Ur. Política centralista: • desarrollo de la burocracia. • intensa actividad hidráulica. • florecimiento literario. Código jurídico de Shulgi. Imperio de Ur, más económico que político. Tensiones sociales promovidas por el clero en época de Ibbi-Sin. La religión sumeria. Dioses: • *An* (dios del cielo) • *Enlil* (dios de la atmósfera y gobernador del universo) • *Innanna* (diosa de la fecundidad y del amor) • *Enki* (dios de las aguas) • *Nana* (dios-luna) • *Utu* (dios-sol)

LAS PRIMERAS CIUDADES-ESTADO: SUMER

Precedentes protohistóricos

Por motivos que desconocemos, hacia el año 5000 a. C. se produjo un desplazamiento de la población hacia zonas más meridionales con destino a tres lugares fundamentales: el-Obeid, Uruk (actual Warka) y Jemdet Nasr, que con el tiempo generarían los rasgos definitorios de civilización pre-urbana. En El-Obeid se ha encontrado cerámica pintada en negro y rojo producida a mano; y en los estratos más antiguos de Eridu se han hallado restos de estructuras que podrían identificarse con los primeros templos; en Uruk la cerámica coloreada, mucho más elaborada, se hacía ya usando el torno; también, se constata justo en esta época la construcción de diversos templos, tanto en Uruk como en Eridu; se descubre la técnica del cilindro-sello y, sobre todo, se introduce la escritura, destinada en principio a la fiscalización de las finanzas del «templo». Jemret Nasr es el ejemplo de que estas culturas se divulgaron en

zonas más septentrionales, dentro todavía de la que posteriormente será denominada región babilónica, puesto que la escritura no se difundió más allá del cercano Elam ni llegaría hasta Asiria o Mesopotamia central hasta época acadia.

El Dinástico arcaico o Protodinástico sumerio

Nada se afirma acerca de los sumerios ni en el Antiguo Testamento o Biblia hebrea, ni en las fuentes clásicas. Su étimo deriva de *Shumer*, que en los textos acadios designa el área geográfica de la baja Mesopotamia donde se inició la «Historia». Las primeras ciudades-estado fueron Eridu («primera ciudad creada por los dioses»), Ur, Larsa, Uruk, Lagash (con Girsu), Umma, Shuruppak (la moderna Fara que, junto a Abu Salabikh, nos ha proporcionado los archivos hasta ahora más antiguos: 2600-2450 a. C.), Nippur, Borsippa, Kish, Sippar, y Eshnunna. Se trata de entidades políticas independientes, sedes de poder y culto centralizados, a menudo constituidas por más de un núcleo urbano, con barrios periféricos y aldeas menores, ubicados en la cuenca hidrográfica del Tigris (antiguo Diglat) y del Éufrates (*Buranum* en sumerio y *Purattum* en acadio) que convergen hoy en el delta pantanoso del Shatt-el-Arab. Los poderes estatales se vieron obligados a emprender grandes obras de canalización para mantener su eficacia frente a la aridez del entorno geográfico más cercano y aumentar, a su vez, la extensión cultivable de la llanura aluvial. Dichas obras fueron el resultado de un esfuerzo colectivo planificado por las autoridades tanto del templo como del palacio. En efecto, los datos estratigráficos han mostrado que ambas instituciones aparecen estrechamente vinculadas en casi todas las ciudades. Su incidencia en la vida de la comunidad vino determinada por la complementariedad de sus respectivas funciones: ambos organismos mantienen el control sobre los asentamientos de explotación agrícola, bien directamente o bajo la forma del arrendamiento o por medio de los impuestos; ambos se encargan del almacenamiento y distribución comercial de los excedentes agrícolas y las manufacturas; ambos se benefician de las ofrendas religiosas y de los tributos de los aliados o de los botines de guerra. Sólo con el tiempo el palacio terminaría por asumir la facultad operativa que implicaba el exclusivo control de las decisiones políticas, dejando al templo la función legitimadora del poder del monarca como una manifestación de la voluntad divina. Serán infinitas las ocasiones en que ambos poderes colisionaron y el soberano recibió la maldición de las castas sacerdotales o el templo se vio perjudicado por las medidas de fuerza empleadas contra sus intereses por las autoridades palaciegas.

Podría afirmarse que el nacimiento de la ciudad-estado se apoyó en la arcilla, ya que, transformada ésta por el sistema hídrico en fértil limo, facilitó la constitución de las primeras comunidades agrícolas del VII milenio a. C.; y convertida en cerámica y ladrillos secados al sol, permitió la construcción de los edificios, tanto públicos como privados, que dieron forma física a la ciudad-estado; finalmente, en forma de tablillas de escritura, esa arcilla registró el

surgimiento del trabajo de la comunidad y de su jerarquía social, aportando, junto con los datos arqueológicos, la primera fisonomía urbana propia del pueblo sumerio.

Debido a las cambiantes alianzas y las recíprocas conquistas militares de las ciudades rivales, motivadas por la exigencia de defender las riquezas de la comunidad o de apropiarse de los terrenos o bienes próximos para poseer un control eficiente de los recursos hidráulicos o comerciales, resulta díficil fijar un mapa político que permita conocer con seguridad los acontecimientos que, al menos hasta el 2500 a. C., determinaron el dominio alternativo de los diversos territorios mesopotámicos. Esta época llamada Protodinástica (*ca.* 2900-2350 a. C.) suele dividirse en sub-períodos (I, II, III) en función de los cambios producidos durante el primer medio milenio de historia mesopotámica.

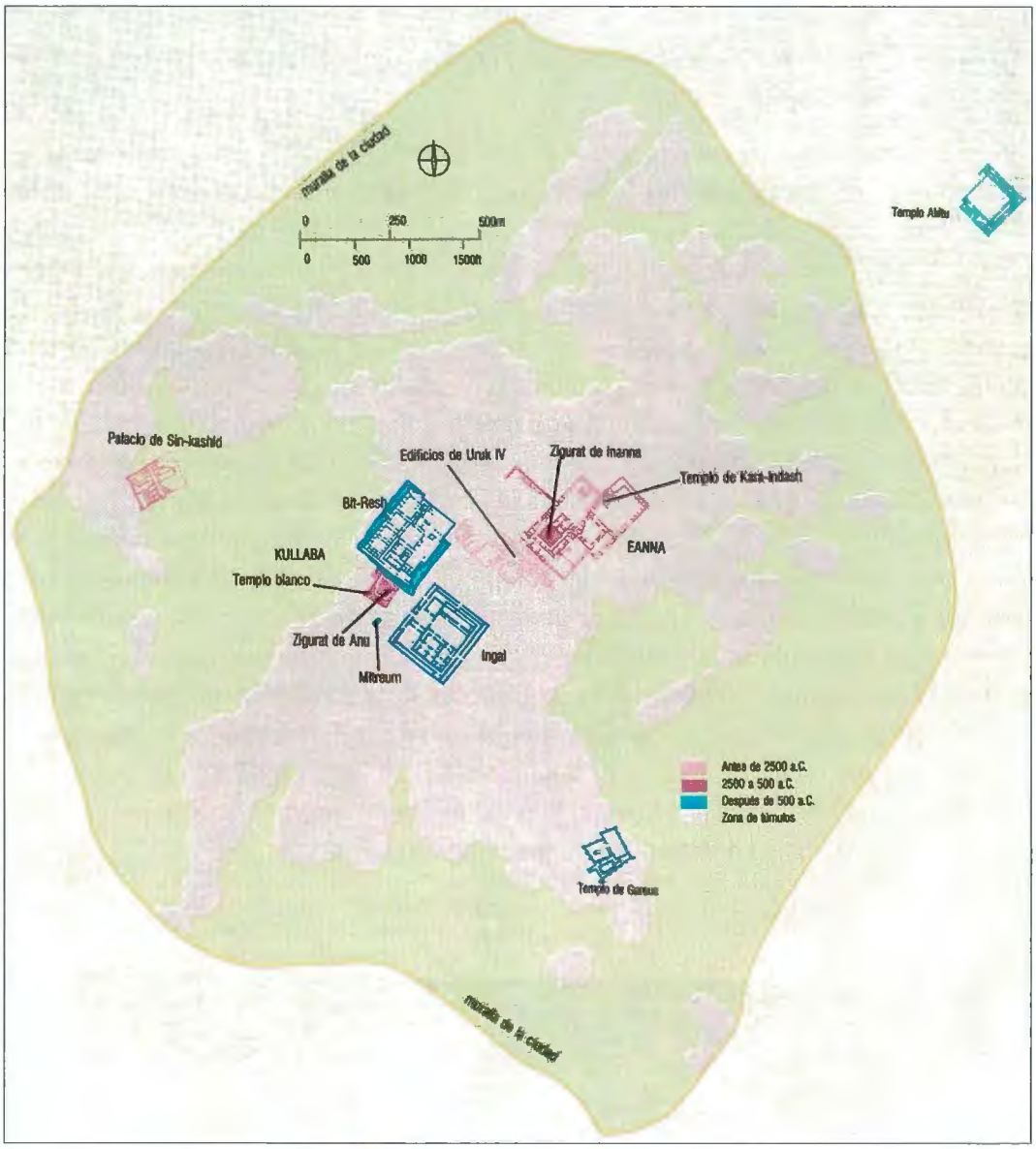
Dinastías míticas (Protodinástico I, ca. 2900-2750 a. C.)

A través del estudio de los datos aportados por los importantes restos arqueológicos de Eridu, conocemos que este primer período Protodinástico representa la fase inicial de la creación de un poder político basado en una autoridad religiosa predominante que controla desde el templo la vida social y económica de la comunidad. La aparición de escritura en los estratos coetáneos de la ciudad de Ur indica una organización proto-urbana relativamente compleja. Salvo quizás **Ziusudra** (un sacerdote-gobernante de Shuruppak), los restantes reyes de esta época, a los que se aludirá más tarde en las *Listas reales* sumerias, serían monarcas míticos.

Dinastías mítico-heroicas (Protodinástico II, ca. 2750-2600 a. C.)

Aunque se admita la historicidad de los «reyes» mencionados en las listas reales, en las narraciones mitológicas o en los poemas épicos, no cabe duda de que los hechos heroicos que se les atribuyen tienen un carácter claramente legendario. La construcción de perímetros amurallados en importantes ciudades como Uruk podría indicar la existencia de una fuerte rivalidad entre los centros urbanos más poderosos de Sumer. Según las fuentes conservadas, podemos atestiguar el gran enfrentamiento entre el rey **Agga** de Kish (al norte) y **Gilgamesh** de Uruk (al sur) en torno al año 2650 a. C. Otros monarcas pertenecientes a la dinastía del rey-héroe Gilgamesh son evocados por haber sobrepasado con sus tropas los límites propiamente mesopotámicos. Por ejemplo, **Mesilim**, el último soberano de la dinastía, llegó hasta Siria, arrasando en su camino la ciudad de Ebla hacia el año 2550 a. C.

Desde un punto de vista institucional, en esta época se configura el «palacio» como célula de organización económica paralela a la del «templo».



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente* Medio, Ediciones Folio, Madrid, 1992, I, p. 58.

Mapa 12. Plano de la ciudad de Uruk.

Dinastías históricas (Protodinástico III, ca. 2600-2350 a. C.)

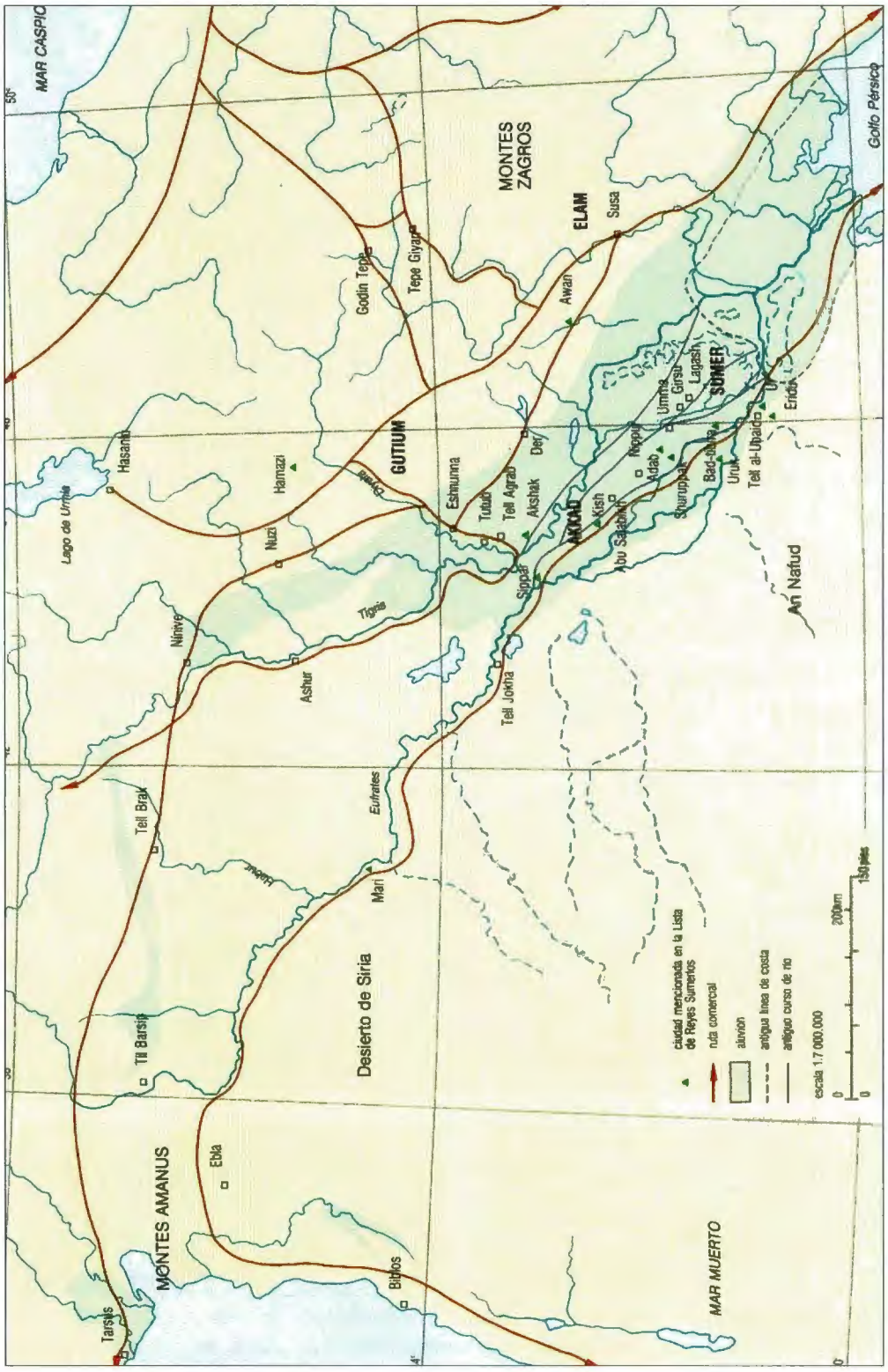
Lagash y Umma mantuvieron un enfrentamiento bicentenario. Por ejemplo, destaca la larga pugna entre **Urukagina** (o **Uruinimgina**) de Lagash con **Lugalzagesi** de Umma (2340-2316 a. C.). Según la información que aporta la gran inscripción del templo Ekur de Nippur,

este último rey se apoderó también de las ciudades de Uruk, Ur, Larsa, Lagash y la propia Nippur, proclamándose «rey del país», lo que pudo dar como resultado la primera unificación política y territorial de Sumer.

En el plano político, tras un lento proceso de «secularización» del poder, se consolida la separación entre «templo» y «palacio», lo cual se percibe en la progresiva particularización de los títulos reales, que se completan con especificaciones territoriales. El término *en* («señor») posee connotaciones procedentes del ámbito sagrado ligado al papel del soberano como sumo sacerdote; *ensi* («príncipe-gobernador») se aproxima a la condición de «lugarteniente» del dios principal de la ciudad; el título de *lugal* («hombre grande») exalta el aspecto propiamente humano del rey, tanto en su dimensión heroica como en la de padre protector de la comunidad, aspectos ambos vistos como muestra de entrega personal a la más alta divinidad ciudadana. De hecho, el rey es el representante del dios tutelar de la ciudad, razón por la que puede disponer, al menos en parte, de los bienes pertenecientes a su templo. Siendo considerado además como el primer propietario de las tierras de la urbe, el dios asigna a su institución templaria toda la riqueza ciudadana. Cada ciudad-estado tiene su propio patrono divino, cuya competencia se restringe al ámbito puramente local, a pesar de que algunas divinidades podían asumir eventualmente un poder más amplio como consecuencia de la relevancia política conquistada por su ciudad (como Marduk, dios de Babilonia, o Assur, dios de la ciudad de Assur), o de la preeminencia religiosa adquirida por su clero, como en el caso de Enlil de Nippur. Todo este aparato ideológico del que estaba revestida la monarquía sumeria (y, en general, todas las monarquías próximo-orientales) ha sido definido como *teocracia* de forma tal vez anacrónica por una historiografía moderna carente de formación propiamente orientalista.

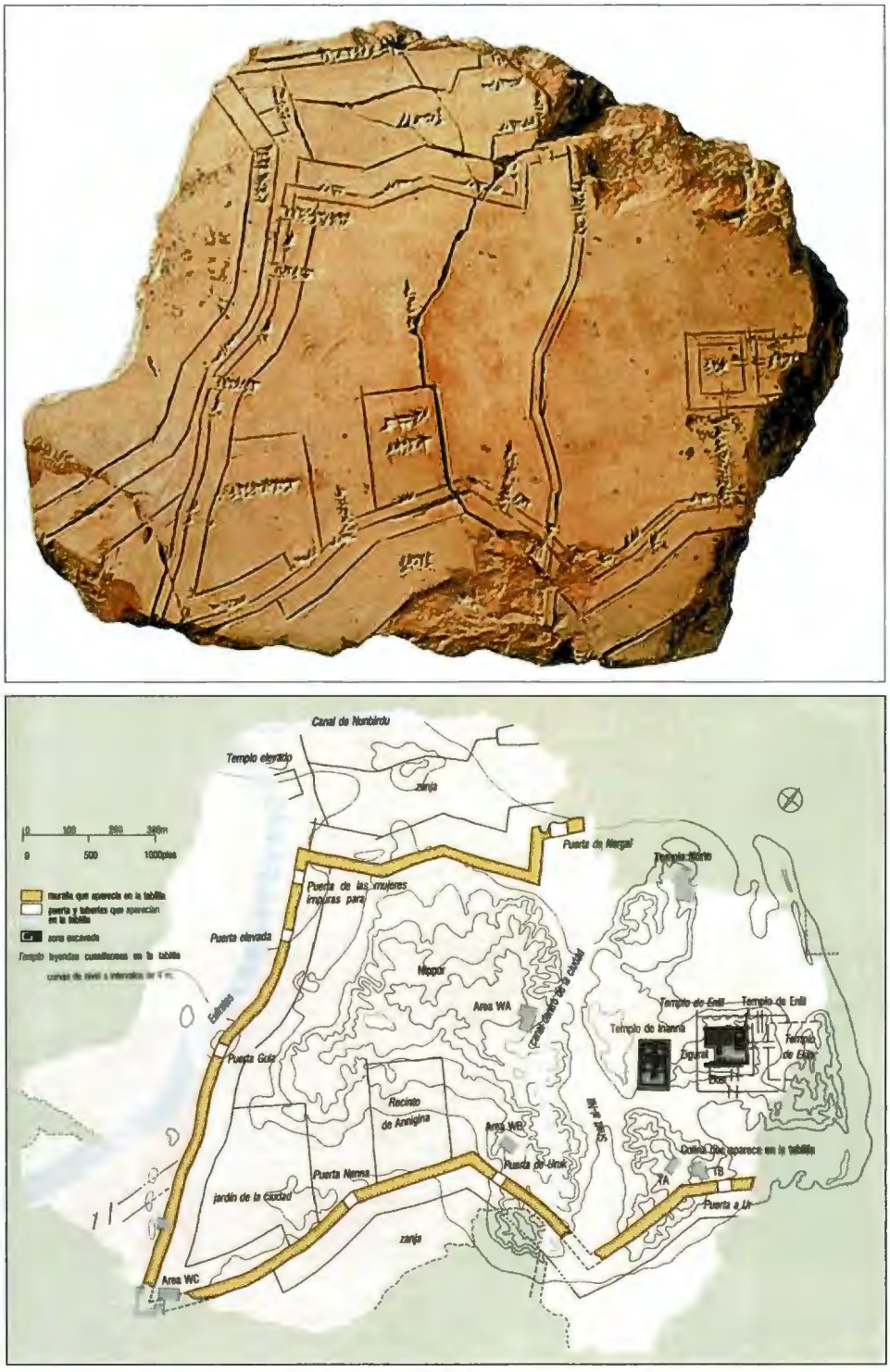
Fuente: J. D. Hill, *Obras maestras del Museo Británico* (trad. E. Ureña Escobar), The British Museum Press, London, 2018, p. 269.

Figura 29. El llamado estandarte de Ur (*ca.* 2600-2400 a.C.). Museo Británico de Londres.



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Ediciones Folio, Madrid, 1992, I, p. 81.

Mapa 13. Las ciudades de la *Lista de Reyes* sumerios



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Ediciones Folio, Madrid, 1992, I, p. 79.

Figura 30. Plano original sobre arcilla de Nippur, *ca.* 1300 a.C. (imagen libre de Internet). Reconstrucción del plano de Nippur.

Figura 31. El intendente Ebih-il. Templo de Ishtar en Mari (*ca.* 2400 a. C.). Museo del Louvre. Fotografía de R. González Salinero.

Los *escribas* constituían ya un grupo burocrático consolidado sobre el que recaía todo el funcionamiento del aparato administrativo. Al provenir de familias acomodadas, formaban una categoría profesional privilegiada. De hecho, la escritura constituía un signo de superioridad social. Conocemos a grandes rasgos el funcionamiento de las escuelas de aprendizaje en época sumeria, cuando la técnica de la escritura cuneiforme había alcanzado ya su primer grado de perfeccionamiento (se pasó del sistema ideográfico al

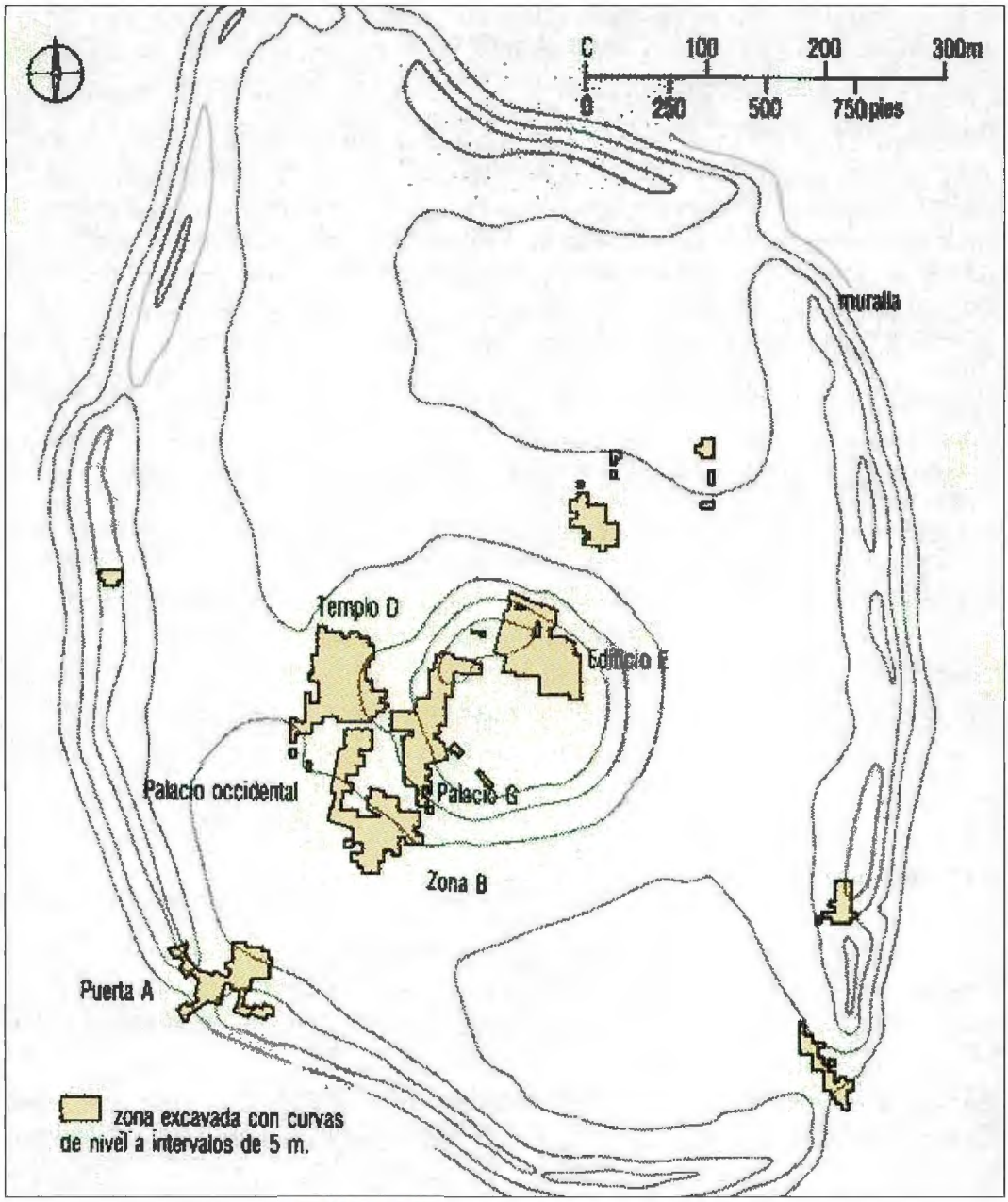
silábico). Estos centros educativos eran regentados por un director (*ummia*), también llamado «padre de la escuela».

Por otro lado, los escritos recientemente recuperados permiten perfilar el papel innovador desempeñado por la mujer en la sociedad sumeria protodinástica. De hecho, aunque dentro de la familia la mujer se encontraba en una posición secundaria respecto al marido, estaba protegida como madre y, cuando su esposo fallecía, mantenía los mismos derechos que había tenido su cónyuge sobre los niños, incluso el de su eventual venta. El nombramiento como alta sacerdotisa asumido por las mujeres de la casa real en algunos santuarios de gran relevancia político-religiosa sugiere que las damas de elevada condición social podían gozar de un enorme prestigio dentro de la comunidad ciudadana.

EL IMPERIO SIRIO DE EBLA

En las últimas décadas la arqueología ha aportado valiosos datos que han permitido descubrir la existencia de nuevos y originales imperios como el de Ebla, muy diferentes social y políticamente de las ciudades sumerias. Las excavaciones llevadas a cabo en Tell Mardik (antigua Ebla), una ciudad que contaba con cerca de 20.000 habitantes en el momento de su máximo florecimiento, y el estudio detallado de las miles de tablillas halladas en el enclave en el que se supone que estaban localizados la biblioteca y los archivos del palacio real (salvadas por la cocción accidental producida tras el catastrófico incendio que destruyó gran parte de esta ciudad milenaria) han proporcionado material suficiente como para deducir con bastante certidumbre la existencia hacia mediados del III milenio a. C. de un auténtico «Imperio de Ebla».

Hacia el año 2400 a. C., época a la que pertenece el citado archivo cuneiforme eblaíta, este Estado contaba ya con una estructura burocrática y administrativa muy compleja. Desde el punto de vista geo-político, el conocido como «Imperio de Ebla» estaba enclavado entre dos grandes poderes: el faraónico del Imperio Antiguo (Dinastías V y VI) y el sumerio de los «reyes de Kish» en la baja Mesopotamia. Aunque Ebla mantuvo una indiscutible preeminencia en la zona, necesitaba por razones comerciales mantener buenas relaciones con Mari (actual Tell Hariri, en Siria), con la que selló repetidas alianzas para poder acceder a la baja Mesopotamia. La emancipación de la tradición gentilicia dio lugar en Ebla a una nueva estructura socio-política orientada hacia una potente ciudad-estado que, bajo diferentes formas de dominio hegemónico, controlaba una amplia extensión de territorios, incluidos aquellos que nominalmente pertenecían a ciudades-estado vecinas como la propia Mari o Nagar y Tuttul.



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Ediciones Folio, Madrid, 1992, I, p. 85.

Mapa 14. Plano de la ciudad de Ebla.

Tratado entre Ebla y Assur:

Introducción:

[La ciudad (...) y (sus) colo]nias comerciales pertenecen al soberano de Ebla, la ciudad de Kablul y (sus) colonias comerciales pertenecen al soberano de Ebla; la ciudad de Za'ar en Uziladu y (sus) colonias comerciales pertenecen al soberano de Ebla; la ciudad de Guttanum y (sus) colonias comerciales pertenecen al soberano de Ebla; los súbditos del soberano de Ebla que se encuentran en todos los (citados) centros comerciales están sujetos a la jurisdicción del soberano de Ebla, (mientras que) los súbditos del soberano de Assur están sujetos a la jurisdicción del soberano de Assur. La ciudad de Karkemish pertenece [al soberano de Ebla]; la ciudad de Tinnu y (sus) colonias comerciales pertenecen al soberano de Ebla; la ciudad de Arga pertenece al soberano de Ebla; la ciudad de Lada'inu pertenece al soberano de Ebla; la ciudad de Irrulaba pertenece al soberano de Ebla; [la ciudad de (...)] pertenece al soberano de Ebla; la ciudad de Dazaba pertenece al soberano de Ebla; la ciudad de Garamu pertenece al soberano de Ebla; la ciudad de Radda'a y (sus) colonias comerciales pertenecen al soberano de Ebla; la ciudad de AlashuNE pertenece [al soberano de Ebla]; la ciudad de Ra'ash pertenece al soberano de Ebla; la ciudad de 'Adu pertenece al soberano de Ebla; la ciudad de IGI pertenece al soberano de Ebla; los súbditos del soberano de Ebla que se encuentran en todos los (citados) centros comerciales (de este) segundo (grupo) están sujetos a la jurisdicción del soberano de Ebla, (mientras que) los súbditos [del soberano de Assur están sujetos] a la jurisdicción del soberano de Assur.

F. Lara Peinado, *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo*, Cátedra, Madrid, 2011, p. 139.

El modelo político

Centrado en las instituciones propiamente urbanas, el modelo político de Ebla era, sin duda, de corte mesopotámico, aunque con algunas diferencias significativas: mientras el *palacio*, en tanto que residencia del «rey» y centro económico redistributivo, era muy similar a los complejos palaciegos mesopotámicos, el *templo*, por el contrario, no desempeñaba ningún papel económico ni político. La *monarquía* no parece ser vitalicia sino temporal; no es hereditaria o dinástica —al menos durante varias generaciones— sino electiva y renovable cada siete años. El rey hallaba contrapeso a su poder en el «consejo de ancianos» (*abba*) que representaban a las principales familias que residían junto a él en el palacio. En cierto enfrentamiento entre el citado consejo y el rey, tenemos la certeza que éste fue destronado, pero se desconoce si dicha destitución fue a consecuencia de la intervención de un soberano exterior, o bien a causa de una conspiración interna urdida por los propios «ancianos». Se sabe incluso que un monarca, **Ebrium**, transmitió contra toda costumbre el trono a su hijo, quizás por urgentes necesidades de defensa militar, ya que eran frecuentes los enfrentamientos con las zonas limítrofes.

Por otro lado, las titulaturas administrativas llevan aparejadas funciones inversas respecto a las mesopotámicas: el rey o *en* («señor») eblaíta se apoya en algunos «hombres grandes» o «gobernadores» (*lugal*), cuyo título no se refiere ya al poder político-militar del «rey» sobre los «príncipes» (*ensi*) locales, sino a su condición de funcionarios reales responsables de uno de los 14 distritos administrativos (12 en todo el territorio y 2 dentro de la ciudad) que componen el Imperio (integrado a su vez por cien aldeas). Podría ser que estos gobernadores (*lugal*) formasen también parte del «consejo de ancianos» (*abba*). El «tesorero del rey» (*lugal-sa-za*) era el máximo responsable de la administración y de la gestión patrimonial palaciega. Por otro lado, dos altos dignatarios de palacio, que podrían proceder asimismo del «consejo de ancianos», ejercían de jueces supremos (*dayyanum*). Debe destacarse, igualmente, el importante papel ceremonial desempeñado por la reina madre en el ámbito protocolario del palacio tras la muerte de su rey.

Aunque de dimensiones modestas, el territorio dominado por el Imperio eblaíta era mayor que el de los Estados mesopotámicos contemporáneos. Se extendía entre Hama y Alepo, al sur y norte, respectivamente, aunque sin alcanzar la costa mediterránea por el oeste ni remontar el Éufrates por el este, donde limitaba con las tierras de Karkemish y los reinos de Mari, en el Éufrates medio. En todo caso, es posible que Ebla no ejerciese un fuerte dominio político, sino más bien una especie de control tributario sobre las ciudades vecinas que reconocieran su «hegemonía» en la región; aunque, al mismo tiempo, parece claro que su influencia comercial sobrepasó ampliamente el territorio de sutil influjo político del *en* de Ebla.

La base económica

Si bien la economía de Ebla se basó en el sector agropecuario (con una gestión más descentralizada que la observada en Mesopotamia), el comercio fue indudablemente el sector más desarrollado, sobre todo en lo referente a los productos metalíferos y los textiles elaborados con la lana de una considerable cabaña ovina. Dicha actividad comercial estaba orientada primordialmente hacia el exterior, ya que atendiendo a su función redistributiva, el palacio abastecía dentro de las fronteras a un importante colectivo de hombres (*gurus*) y mujeres (*dam*) dependientes, lo que exigía un enorme número de funcionarios.

Las rutas comerciales por las que transitaban las mercancías estaban planificadas por el propio palacio y disponían de «delegaciones permanentes» (*karum*) en las ciudades que atravesaban gestionadas por un dignatario eblaíta, con responsabilidades de carácter financiero y judicial, que era asistido por diversos funcionarios que trabajaban bajo su autoridad.

Ámbito religioso

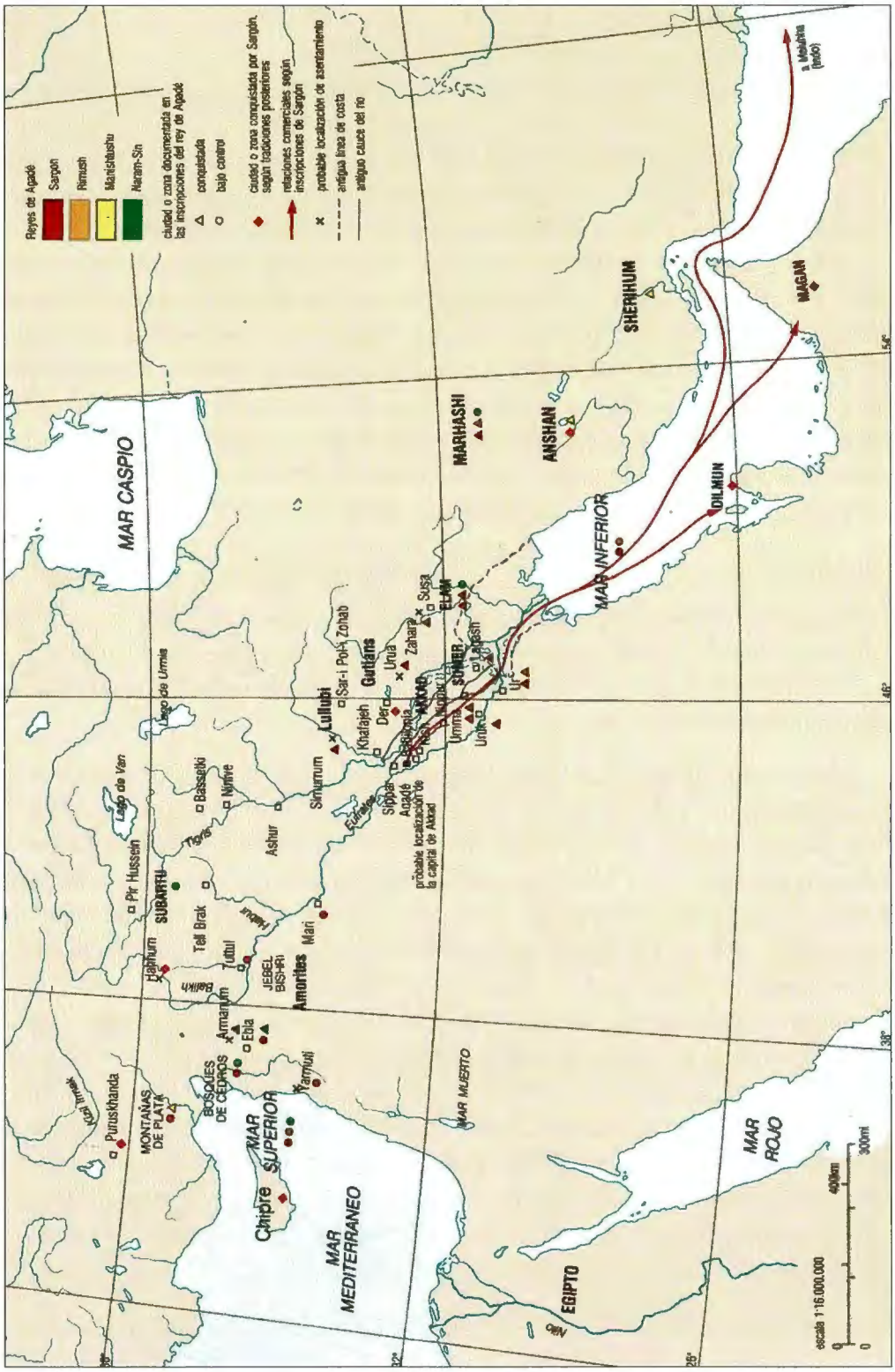
El Imperio de Ebla se muestra ciertamente innovador en el ámbito religioso al conceder preponderancia al panteón local, con sus propias divinidades y rituales, con una consolidada organización sacerdotal y mitos originales que se diferenciaban ostensiblemente de los que habían surgido en la Mesopotamia meridional en estrecha relación con la poderosa esfera del templo. En Ebla encontramos de forma anticipada el culto a los antepasados regios que se convertirá en un rasgo predominante de las culturas cananeas del Bronce Medio y Tardío, así como de la posterior Edad del Hierro.

Fin del Imperio

Las constantes disputas con Karkemish y Mari por el control de las zonas limítrofes fueron un mal endémico del Imperio de Ebla. Aunque se mantienen las dudas acerca de si el reino de Mari cayó alguna vez bajo dominio eblaíta, parece seguro que Assur (en el curso medio del Tigris) quedaba ya fuera del mismo, ya que un tratado regulaba las relaciones entre ambos Estados. Gracias a los archivos de la ciudad de Mari, sabemos que la dinastía real fue reemplazada por los *shakkanakku*, una especie de gobernadores políticamente subordinados, primero a los reyes de Akkad, y luego a los de Ur III. En todo caso, es innegable que, a finales del Protodinástico, todas estas ciudades caerían ante el irrefrenable avance hacia el Mediterráneo de **Sargón de Akkad**, el auténtico artífice del primer Imperio mesopotámico.

EL IMPERIO ACADIO

A mediados del III milenio a. C., grupos originarios del desierto arábigo llegaron hasta la baja Mesopotamia, asimilando enseguida la cultura sumeria predominante. Beneficiándose de la rivalidad entre las distintas ciudades-estado sumerias, algunos de estos semitas consiguieron formar parte de la administración real y ocupar puestos de responsabilidad reservados hasta entonces únicamente a personas de confianza. Sabemos por la leyenda que en la ciudad de Kish un individuo acadio (y por tanto, de origen semita) alcanzó el puesto de «copero» del rey **Ur-Zababa** (*ca.* 2355 a. C.). Con el tiempo, destronó al monarca al que servía y ocupó su lugar con el nombre de Sargón (*Sharrum-kin*, «el rey legítimo»). **Sargón I** inauguró entonces una nueva dinastía, trasladando la capital del reino a la ciudad de Akkad (aún no localizada, ¿quizás la actual Tell Mizyad?) y sentando las bases para la configuración del primer Imperio mesopotámico, con el que llegaban a su fin las seculares disputas entre las distintas ciudades por la hegemonía en este ámbito regional.



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Ediciones Folio, Madrid, 1992, I, p. 5.

Mapa 15. Las conquistas del Imperio Acadio.

La figura histórica de Sargón I de Akkad (2335-2279 a. C.)

Conocemos pocos detalles sobre este rey antes de su acceso al trono en torno al año 2335 a. C.; de hecho, parece que esa nebulosa que envuelve sus orígenes dio lugar posteriormente a un ciclo mítico del que resulta casi imposible extraer detalles que tengan relación cierta con la realidad histórica. Al igual que sucedería con otros personajes legendarios (Moisés o Rómulo), Sargón I se revistió del carácter «redentor» al que estaba destinado y del que se intuyen una serie de rasgos compartidos con todos los que lo poseían: origen oscuro, salvación milagrosa, niñez o adolescencia sombrías, destino universalista y futuro libertador de su pueblo. En claro paralelismo con el estereotipo literario de la figura mítica, Sargón sería el vástago de una sacerdotisa que, obligada a mantener su apariencia de virginidad, arrojó al niño al Éufrates dentro de una cesta de cañas. Salvado de la muerte por el barquero Akki, que lo crió como a un hijo, vivió unos primeros años de apacible normalidad. Pero todo cambió drásticamente cuando, ya adolescente, recibió la increíble visita de la diosa Isthar anunciándole que ponía en sus manos todo su amor y el poder sobre los hombres. Naturalmente, es preciso tratar de extraer de este relato legendario algún fondo de verdad. Posiblemente, Sargón no pertenecía a la nobleza de la ciudad de Kish, razón por la que resulta muy difícil admitir que llegase a ocupar el cargo de «copero mayor» del rey, reservado a personas de su círculo más íntimo. Más bien parece que su llegada al trono fue el resultado de una usurpación violenta que el mito pretendió ocultar.

El ideal caldo de cultivo político de dicha probable usurpación tuvo que ser la rivalidad endémica que enfrentaba a las ciudades mesopotámicas. El permanente conflicto entre Lagash y Umma por el control de los territorios limítrofes se resolvió con la victoria de **Lugalzagesi** de Umma, que consiguió someter finalmente el área meridional mesopotámica. Pero ello debió de generar hostilidades con el rey de Kish, dominador en ese momento de la zona septentrional. Precisamente, Sargón, el usurpador, se haría llamar «rey legítimo» para ostentar dicho título frente a los demás reyes y nobles sumerios. Una vez derrotado Lugalzagesi y otros *ensi* de la región, y dominado todo el país, Sargón detentaría los títulos de «rey de Akkad» —frente a Sumer—, «rey de Kish» —por su ascendencia y legitimación de la soberanía— y «rey del país» —por la unificación política de la baja Mesopotamia bajo la tutela del dios Enlil de Nippur, legitimador de su hegemonía política—. Sus expediciones militares aparecen enfatizadas en las narraciones escritas, en la glíptica y en los bajo-relieves con temáticas heroicas que responden coherentemente a la innovadora ideología real de carácter militar y triunfalista de la dinastía recién inaugurada.

La leyenda de Sargón de Akkad

Yo soy Sargón, el poderoso rey, el rey de Agadé.
Mi madre fue una sacerdotisa entum, a mi padre no conocí.
Los hermanos de mi padre amaban las colinas.
Mi ciudad (natal) es Azupiranu, situada en las orillas del Éufrates.
Mi madre, sacerdotisa entum, me concibió (y) en secreto me dio a luz.
Me puso en una canasta de juncos, sellando con pez la abertura.
Me lanzó al río, que no se levantó (sobre) mí.
El río me llevó a Akki, el escanciador de agua.
Akki, el escanciador de agua, me sacó cuando hundía su pozal (en el río).
Akki, el escanciador de agua, me tomó por hijo suyo (y) me crió.
Akki, el escanciador de agua, me nombró su jardinero.
Mientras era jardinero, Ishtar me concedió (su) amor.
Y ejercí la realeza durante [cincuenta] y seis años.
Regí y [goberné] al (pueblo) de los cabezas negras.
Con azuelas de bronce conquisté poderosos (montes),
escalé las sierras superiores,
atravesé las sierras inferiores.
Por tres veces recorrí los [países (de más allá)] del mar.
(Mi mano) conquistó Dilmun;
subí hacia Der, la Grande, (y) yo (la conquisté);
destruí Kazallu y [...] .
(Vencí a todo el que) me fue hostil.
Cualquier monarca que me suceda,
[si quiere considerarse mi igual,
por donde yo dirigí mis pasos,
que él dirija también los suyos].
Que gobierne (y rija) al pueblo de los cabezas negras;
[que conquiste] poderosos (montes) con azuelas (de bronce),
que escale las sierras superiores,
(que atraviese las sierras inferiores);
que recorra los países (de más allá) del mar por tres veces;
(que conquiste Dilmun con su mano);
que suba (hacia) Der, la Grande, y (que la conquiste).
[...] de mi ciudad, Agadé [...].

F. Lara Peinado, *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo*, Cátedra, Madrid, 2011, pp. 116-117.

Figura 32. Cabeza de bronce fundido hallada en la zona del templo de Ishtar en Nínive. Posible Sargón de Akkad. Iraq Museum (Bagdad). Fotografía libre de Internet.

La obra política de Sargón

La obra política de **Sargón I de Akkad** aventajó con creces a sus contemporáneos en el fortalecimiento de unas estructuras de poder diseñadas para alcanzar una hegemonía hasta entonces nunca vista en la región mesopotámica:

— En primer lugar, estableció las bases del primer «Imperio centralizado» extendiendo su dominio territorial hasta regiones extra-mesopotámicas como Elam y Subartu.

— En segundo lugar, consolidó el sistema monárquico culminando el proceso de secularización del ejercicio del poder político ya iniciado durante el período Protodinástico.

— Reformó, en tercer lugar, la composición y versatilidad del ejército, impulsando formas eficaces de estrategia militar que requerían un desplazamiento más rápido de las tropas.

— Y, por último, reformó la administración palaciega estableciendo diferentes niveles de responsabilidad entre los «funcionarios reales» y aumentando considerablemente su número hasta llegar a unos 5.500.

Con Sargón, la lengua de las inscripciones reales y de los textos administrativos es el acadio, un lenguaje ligado a la escuela de *escribas* de Kish, que se afianza en esta época aunque no llega a anular al sumerio.

Desde un punto de vista político-religioso, resulta de gran relevancia el nombramiento de **Enkheduanna** (*ca.* 2280-2250 a. C.), hija de Sargón y de su esposa Tashlultum, como gran sacerdotisa (*entu*) de Nana-Sin, el dios-luna de Ur, un acto que inaugura la costumbre de nombrar para este puesto a las princesas reales y que continuará hasta los tiempos del babilónico Nabónido en el siglo VI a. C.

El territorio del Imperio

Tal y como reflejan las fuentes, Sargón llegó a dominar un vasto territorio que se extendía desde el «Mar Superior» (el Mediterráneo) hasta el «Mar Inferior» (el Golfo Pérsico) y que abarcaba el recién conquistado «Imperio» de Ebla, la costa mediterránea asiática y parte de Anatolia. Aunque realmente su auténtico dominio político se limitó al «centro» del Imperio, que comprendía el territorio situado entre la región septentrional de Sumer y las ciudades de Mari y Assur, en los cursos medios de Éufrates y Tigris respectivamente. En el resto de las amplias áreas mencionadas en la documentación palaciega y en las inscripciones reales se ejerció solamente un control nominal por razones meramente comerciales. En este sentido, se fortalecieron con guarniciones militares los puntos estratégicos en los que convergían las rutas comerciales que atravesaban el Imperio en varias direcciones, para asegurar a Mesopotamia el abastecimiento de las materias primas esenciales (metales, madera, piedra, productos suntuarios) procedentes de las regiones periféricas.

Ahora bien, este proyecto imperialista de Sargón exigía la implantación en todos los ámbitos territoriales de un fuerte control fiscal y, especialmente, reclamaba la férrea lealtad, no siempre conseguida por medios pacíficos, de los pueblos doblegados.

Después de Sargón

Las constantes tensiones políticas obligaron a los hijos y sucesores de Sargón I, **Rimush** (2278-2270 a. C.) y **Manishtusu** (2269-2255 a. C.) a afrontar la rebelión de Elam y Subartu (Asiria), si bien el «Imperio» pudo recuperar su fortaleza bajo el próspero reinado del nieto de Sargón, **Naram-Sin** (2254-2218 a. C.), gracias a una activa y eficaz política de reconquistas. De hecho, será este rey quien concluya la obra política de carácter hegemónico iniciada por su abuelo, llevando al Imperio a su máxima expansión territorial y proclamándose «rey de las cuatro partes (del mundo)». Ahora bien, de su autoritario gobierno emerge un aspecto negativo causado por la temeridad de este rey cuando asumió, bordeando el límite de la impiedad, el determinativo divino en su titulatura y se atribuyó algunos elementos de magnificencia sagrada en su iconografía. Esta ideología, que tiene como principio esencial la sublimación religiosa de la figura monárquica, fue vista, según la concepción mesopotámica de las relaciones entre los hombres y los dioses, como un sacrilegio, y originó cierta desestabilización social del Imperio acadio, ya que algunos miembros de la clase sacerdotal y burocrática creyeron fervientemente que por ella se harían acreedores de la ira divina, tema presente en la conocida *Maldición de Akkad*, un texto demoledor redactado por los escribas a principios de la época paleo-babilónica.

La «Estela de la Victoria» de Naram-Sin

Texto elamita:

¡Yo, Shutruk-Nakhunte,
hijo de Khalutush-In-Shushinak,
el servidor amado de In-Shushinak,
rey de Anshan y de Susa, príncipe ilustre,
jefe de Hapirti, rey de Hapirti,
el elegido de In-Shushinak, mi dios.
He tomado Sippar, la estela
de Naram-Sin encontré y me la llevé
y al país de Hapirti
la transporté y a In-Shushinak,
mi dios, (se) la dediqué!

F. Lara Peinado, *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo*, Cátedra, Madrid, 2011, p. 126.

Figura 33. Estela funeraria de Naram-Sin, rey de Akkad (*ca.* 2250 a. C.). Museo del Louvre. Fotografía de R. González Salinero.

Durante su reinado, **Sharkalisharri** (2217-2193 a. C.), hijo de Naram-Sin, se enfrentó a poderosas coaliciones de los Estados sometidos, apoyados además por nuevos pueblos infiltrados en la región: los *martu* o *amurru*, en el oeste, y los *qutu* o *guti*, originarios de las vecinas montañas de los Zagros, en la zona septentrional del país. Hacia el año 2154 a. C., siendo rey **Shu-Durul** (2168-2154 a. C.), cayó el Imperio de la dinastía sargónida tras una exitosa singladura de casi dos siglos.

EL RENACIMIENTO SUMERIO Y EL IMPERIO DE UR

La efímera dominación de los «qutu»

A causa de su tenue poder sobre los territorios sometidos, el Imperio acadio fue definitivamente conquistado por los invasores *qutu*, cuya fulminante acción destructora afectó no sólo al templo de Ishtar en Assur sino también al fastuoso palacio de Naram-Sin en Tell Brak; saquearon además el valle del Diyala y ocuparon por algún tiempo la capital, ejerciendo casi durante un siglo el dominio absoluto sobre la Mesopotamia central. Pero, dado que carecían de experiencia en el gobierno de amplios territorios con una articulación política compleja, los invasores, un pueblo adaptado a los limitados reductos montañosos, apenas pudieron servirse de la estructura administrativa existente. En consecuencia, los *qutu* no tuvieron un poder efectivo ni general sobre toda la región mesopotámica, sino que se disputaron su tambaleante hegemonía con algunas potentes ciudades sumerias como Uruk y Lagash.

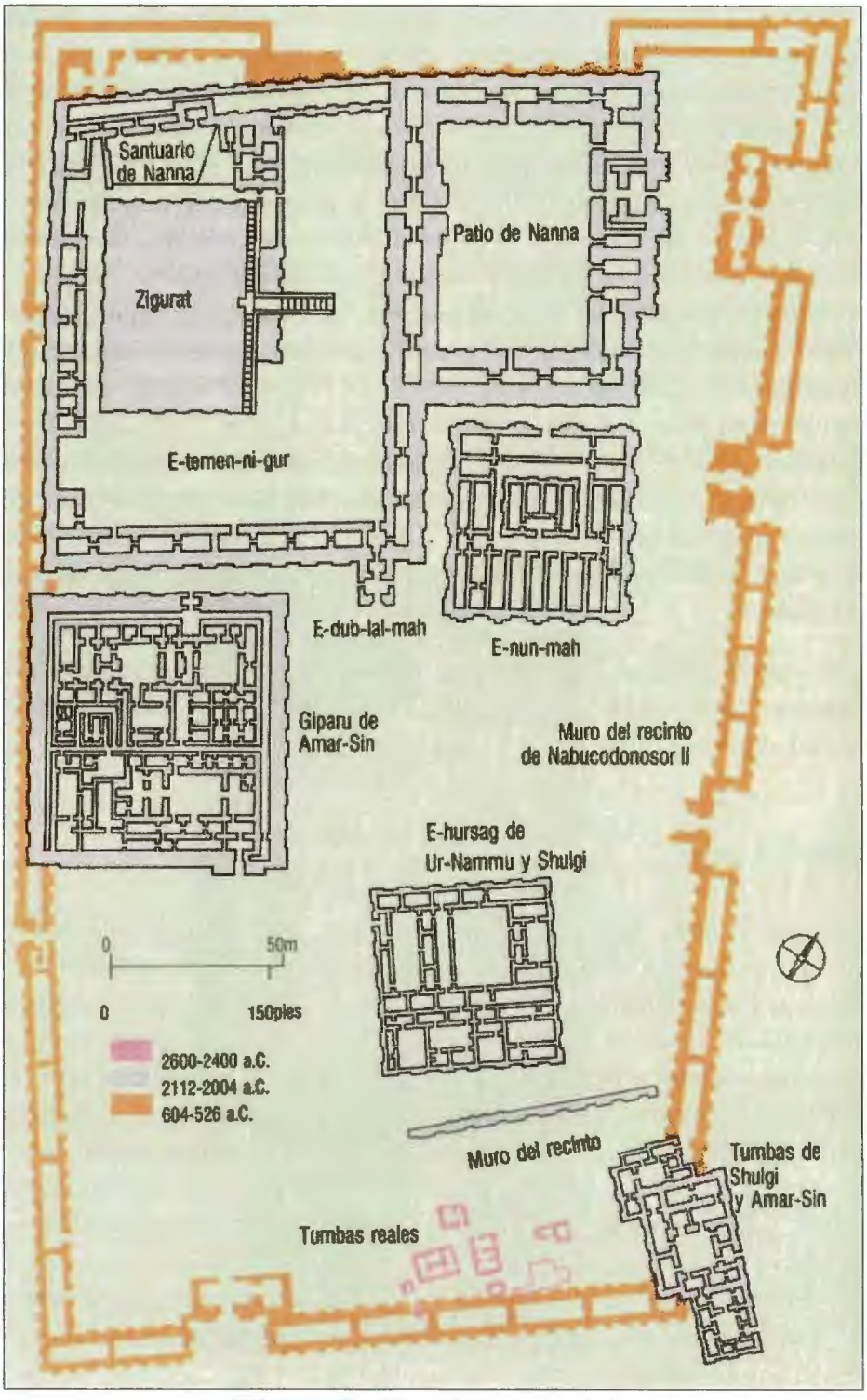
Figura 34. Gudea, príncipe de Lagash (*ca.* 2120 a.C.). Museo del Louvre. Fotografía de R. González Salinero.

Utukhegal (2123-2113 a. C.), rey de Uruk, expulsó de Mesopotamia a los *qutu* hacia el año 2120 a. C. Sin embargo, poco antes, aprovechando el caos político provocado por los invasores montañeses y el evidente estado de desgobierno en que se encontraba toda la región, **Gudea** de Lagash (2144-2124 a. C.) ya había consiguido emancipar a su ciudad-estado del prolongado control elamita y había impulsado una exitosa política comercial de carácter expansivo hacia Siria por el Noroeste y Armenia por el Noreste. Disponemos de un volumen considerable de información sobre las obras hidráulicas y edilicias emprendidas en estos momentos por el rey Gudea, del que se conserva además una amplia serie de estatuas conmemorativas. Por ejemplo, sabemos que la completa renovación constructiva de Girsu, ciudad santa de Lagash, fue posible gracias a los fructíferos contactos comerciales mantenidos con países incluso muy lejanos. Así lo demostraría la inscripción del dios Ningirsu, titular del gran templo Eninnu de Girsu, en la que se afirma que el rey «abrió una vía [comercial] desde el mar inferior hasta el mar superior». Aunque desconozcamos los detalles de su supuesta actividad bélica, el amplio radio de sus contactos comerciales, cuyo horizonte geográfico abarcaría la mayor parte del antiguo territorio acadio, parece indicar que su sólida gestión político-administrativa debió de ser reconocida por sus interlocutores comerciales.

Unos pocos años más tarde, después de la muerte de Gudea, el predominio en la baja Mesopotamia pasó a la ciudad de Ur: **Urnammu** (2112-2095 a. C.) fundó la III Dinastía de Ur, asentando los fundamentos esenciales del llamado «renacimiento sumerio».

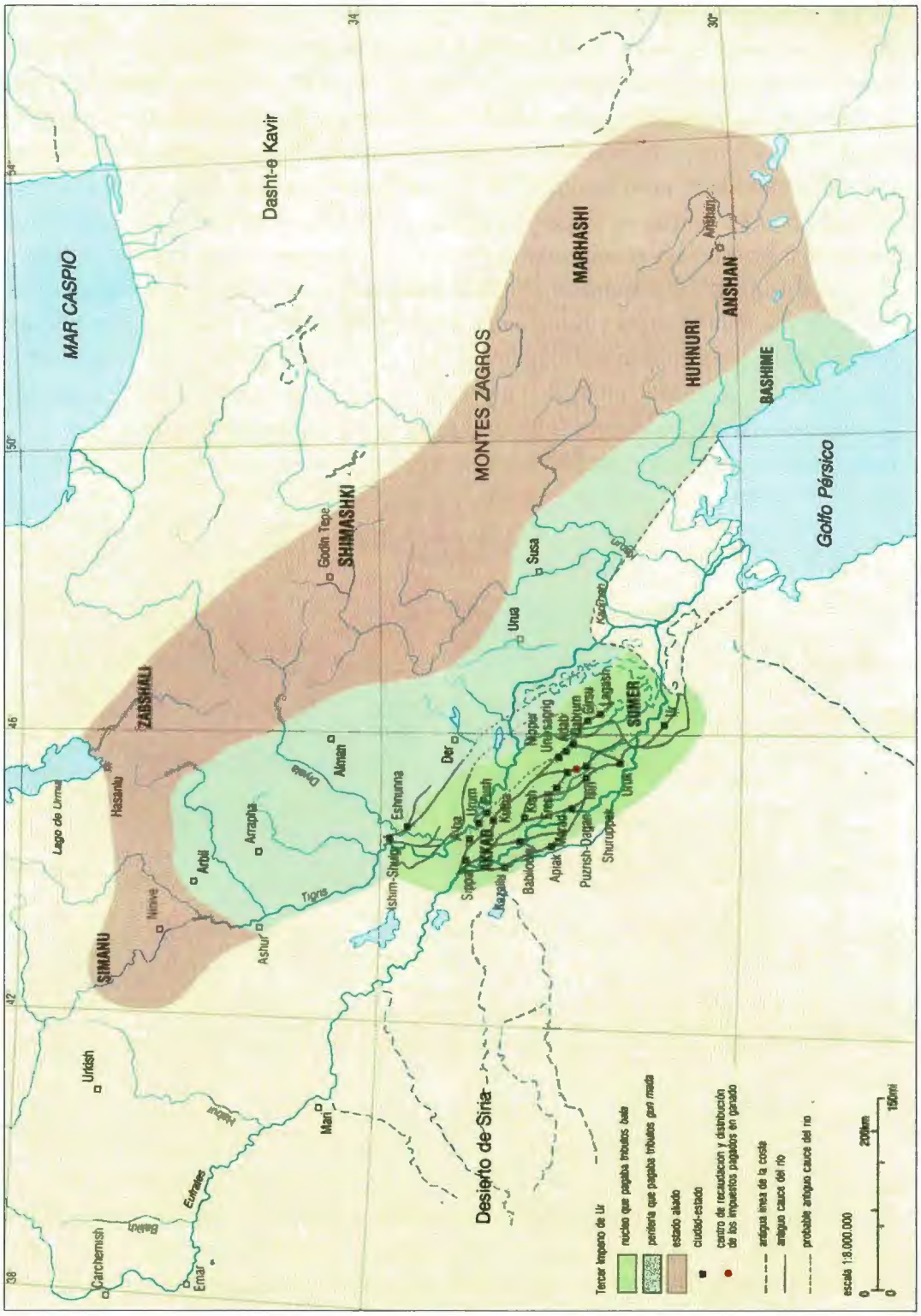
III Dinastía de Ur

Durante el último siglo del III milenio a. C., los soberanos de la III Dinastía de Ur pretendieron reconstruir el viejo Imperio de Sargón, con desigual éxito: **Urnammu**, gobernador (*ensi*) de la ciudad de Ur bajo la hegemonía de Utukhegal de Uruk, se proclamó «rey de Sumer y Akkad». La abundante documentación escrita de carácter administrativo que ha llegado hasta nosotros permite descubrir su reinado como un momento de gran prosperidad económica, basada sobre todo en una política centralista sostenida, a su vez, por una eficaz burocracia al servicio de un correcto aprovisionamiento y redistribución de los recursos, de una intensa actividad hidráulica (ampliación de la red de canales y de las infraestructuras portuarias) y del desarrollo tanto de la edilicia civil (construcción de murallas), como de la arquitectura templaria (erección del *ziqqurat* o zigurat de Ur). Rememorando la tradición sumeria precedente, este período ha dejado, además, la impronta de un gran florecimiento literario. No faltan tampoco indicios de alianzas diplomáticas eventualmente consolidadas con matrimonios interdinásticos, como el de un hijo de Urnammu (¿Shulgi?) con una princesa de Mari.



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Ediciones Folio, Madrid, 1992, I, p. 99.

Mapa 16. Plano de la ciudad de Ur.



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Ediciones Folio, Madrid, 1992, I, p. 100.

Mapa 17. Imperio de Ur III.

Los primeros veinte años del larguísimo reinado de su sucesor **Shulgi** (2094-2048 a. C.), que se proclamó «rey de las cuatro partes del mundo» y se decía hermano de Gilgamés (el héroe semidivino legendario), fueron dedicados a la consolidación y eventual mejora del aparato administrativo del Estado. Dentro de este nuevo programa político impulsado por Shulgi se sitúa la promulgación del más antiguo *Código* jurídico que ha llegado hasta nosotros y que hasta hace poco tiempo se atribuía erróneamente a su padre. En él se recogen normas (en una treintena de artículos muy mal conservados) sobre la familia y las costumbres, las ofensas físicas y morales, así como diversas cuestiones relativas a la vida agrícola. Las reglas de justicia que contiene, pensadas para asegurar el orden social, están expresadas de forma muy concreta y clara, empleando una formulación de carácter condicional («Si un hombre ha golpeado a otro hombre con un arma y le ha roto un hueso, pagará una mina de plata...»). En gran medida, la presentación y el estilo de este código se convertirán en canónicos para los que otros soberanos promulgarán posteriormente, con su estructuración tripartita compuesta de prólogo (sólo legible parcialmente), articulado legal y epílogo, que en este caso no se ha conservado.

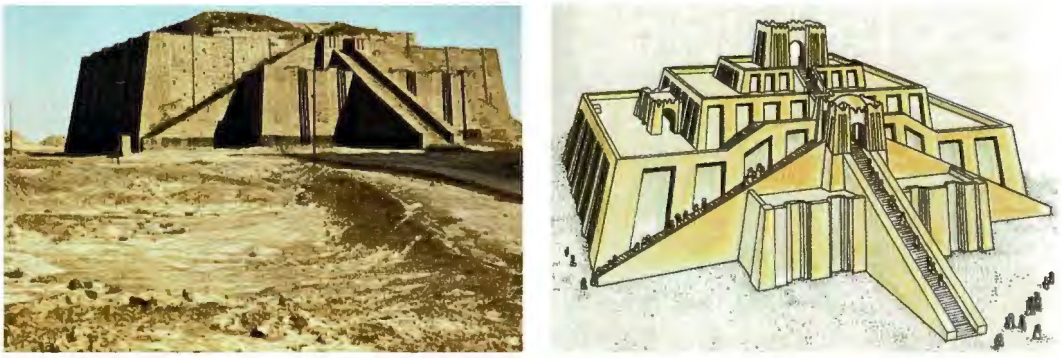


Figura 35. Zigurat del dios luna Nam en Ur (siglo xxii a. C.). Procedencia de Internet.

En la segunda parte de su reinado, Shulgi desarrolló una intensa actividad militar con la intención de consolidar y ampliar en lo posible los límites territoriales de su Imperio, tanto hacia el Luristan (montes Zagros), como hacia Elam. Al mismo tiempo, afianzó las relaciones con el exterior por vía diplomática (pactos, matrimonios, etc.). Sin embargo, al final de su reinado tendió a la auto-divinización, signo evidente de una cierta debilidad de su autoridad en el ejercicio del poder. En realidad, el Imperio de Ur III era más económico que político, aunque durante la etapa de Shulgi la paz interior del Estado favorecería coyunturalmente la prosperidad que se advierte en el incremento productivo y demográfico, así como en el crecimiento de sus ciudades.

Bajo los dos hijos que sucedieron a Shulgi, Amar-Sin (2047-2039 a. C.) y Shu-Sin (2038-2030 a. C.), la máquina estatal sumeria presenta ya síntomas de debilidad estructural. Ambos se verán, además, obligados a mantener la frontera elamita a un coste elevadísimo y a defenderse del empuje de las tribus semi-nómadas amorreas (los *martu* de las fuentes sumerias), situaciones comprometidas que minaron la seguridad del Estado.

Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Ediciones Folio, Madrid, 1992, I, p. 103.

Mapa 18. Zigurats de Mesopotami

Aunque el último monarca de esta dinastía, **Ibbi-Sin** (2029-2004 a. C.), uno de los hijos pequeños de Shulgi, llegó a reinar durante 25 años, la extensión y control de sus posesiones fueron paulatinamente reduciéndose hasta quedar finalmente relegadas a los límites de la propia ciudad de Ur. Con la pérdida de Nippur, centro del poder ideológico, cultural y religioso de la dinastía, su autoridad regia fue perdiendo irremediablemente fuerza entre sus súbditos y las tensiones sociales promovidas por el clero desbarataron cualquier intento de recuperación del antiguo prestigio de la monarquía sumeria. Él mismo sería hecho prisionero durante la destrucción y profanación de los lugares sagrados a manos de los enemigos elamitas, tal y como recuerda la *Lamentación sobre la destrucción de Ur*, texto literario sumerio que, a su vez, evoca la *Maldición de Akkad*, un relato acerca del ascenso y declive del Imperio acadio.

La religión sumeria

Al igual que en el resto de sociedades antiguas, la religión tuvo una gran importancia en el proceso de formación y organización de las ciudades-estado sumerias. La característica más sobresaliente de la religión sumeria fue, en primer lugar, su sincretismo. Desde sus mismos orígenes, los sacerdotes sumerios se mostraron tendentes a asimilar los rasgos definitorios de las diferentes divinidades tutelares de las primeras ciudades mesopotámicas en función de sus mutuas semejanzas. Estos dioses fueron integrados en sistemas cosmogónicos que, de acuerdo con las diferentes tradiciones, tendían a realzar el papel civilizador desempeñado por las respectivas divinidades locales. No obstante, y seguramente por razones de preeminencia política, fue la cosmogonía sistematizada en los panteones de Nippur y de Uruk la que terminaría por imponerse. Una lista procedente de la ciudad de Shuruppak nos proporciona los nombres de los principales dioses sumerios por orden jerárquico de acuerdo con el panteón admitido en las citadas ciudades de Nippur y Uruk:

An: dios del cielo

Enlil, dios de la atmósfera y gobernador del universo

Inanna: diosa de la fecundidad y del amor

Enki: dios de las aguas

Nana: dios-luna

Utu: dios-sol

La tradición religiosa conservada en Nippur revela la genealogía de los principales dioses sumerios: de la unión de *An* (el cielo) y *Antum* (la tierra) nace *Enlil* (la atmósfera).

A su vez, del enlace de *Enlil* con *Ninlil* («señora del aire») surgen todos los demás dioses. Debe resaltarse que la esposa de *Enlil* fue la divinidad que, por vía de sincretismo, resultó asimilada con una mayor cantidad de diosas distintas; todas ellas, sin embargo, poseen un factor común esencial: la encarnación, en las distintas ciudades, de la *gran diosa madre*.

Según la documentación disponible, el sistema cosmológico de Nippur, que en general se identifica con el sumerio, se opone al modelo que prevaleció en la ciudad de Eridu. Así, mientras que el primero es eminentemente celeste, el segundo se caracteriza básicamente por su carácter ctónico. Se ha supuesto que la cosmología celeste encontraría su origen en la especulación religiosa desarrollada originariamente entre los primeros pastores, mientras que la ctónica correspondería a las creencias imperantes en las comunidades coetáneas de carácter fundamentalmente agrícola, vinculando ambas tendencias a la verificada contraposición religiosa existente entre Eridu y determinadas regiones del Éufrates medio. También se ha planteado la hipótesis de que dichas divergencias podrían corresponder en origen a la simple oposición entre los sumerios recién llegados a Mesopotamia y las poblaciones autóctonas herederas de la cultura de el-Obeid.

Cuando los semitas acadios se establecieron en la región mesopotámica y entraron en contacto con el panteón sumerio, no tuvieron dificultad alguna en reconocer en él a sus propios dioses. De este modo, identificaron a *Shamash* con *Utu* (dios-sol), a *Ishtar* con *Inanna* (diosa de la fecundidad) y así sucesivamente. Ahora bien, los dioses semíticos (incluso los de origen sumerio) pronto evolucionaron y, por influencia de la ideología imperialista que impulsó a algunas ciudades-estado a aspirar a una dominación universal, también ellos se revistieron de una apariencia distante y soberana, desconocida hasta entonces por los dioses sumerios. Esta evolución condujo a la concepción de los dioses semíticos como jueces supremos, debajo de los cuales se situaría el rey mismo, ya que, a diferencia de éste, aquéllos no podían ser engañados. De este principio básico nacería la idea semítica de «pecado» como acción sujeta a la responsabilidad individual por la falta cometida, un concepto totalmente desconocido para los sumerios. A su vez, dicha noción conduciría a la aparición de la moral como principio rector de la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

CABALLOS, A. y SERRANO, J. M., *Sumer y Akkad* (Akal Historia del Mundo Antiguo 1), Akal, Madrid, 1988.

CRAWFORD, H., *Sumer and the Sumerians*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

LARA PEINADO, F., *La civilización sumeria*, Historia 16, Madrid, 1999.

—*Ebla: una nueva historia, una nueva cultura*, Aldebarán, Madrid, 2000.

LIVERANI, M., *Akkad. The First World Empire: Structure, Ideology, Traditions*, Sargon, Padua, 1993.

—*Uruk, la primera ciudad* (trad. J. Vivanco), Bellaterra, Barcelona, 2006.

PETTINATO, G., *Ebla. Una ciudad olvidada* (trad. M. Molina), Trotta, Madrid, 2004.

WOOLLEY, C. L., *Ur. La ciudad de los caldeos* (trad. M. Villegas), Fondo de Cultura Económica, México, 2014.

Tema 5
El Próximo Oriente durante el II Milenio a. C.
Bronce Medio (2000-1600 a. C.) y Bronce Tardío (1600-1200 a. C.)

Sinopsis

La Edad del Bronce Medio se caracteriza por las grandes dinastías amorreas, principalmente Babilonia y Asiria. Con la fragmentación en pequeños reinos enfrentados entre sí tras la caída de la III Dinastía de Ur, Babilonia logró imponer su hegemonía gracias a su sexto rey, el célebre Hammurabi (1792-1750 a. C.), gran conquistador, enérgico monarca y hábil legislador, que supo convertir a su ciudad-estado en una gran potencia territorial y cultural. El esplendor con que brilló la legendaria urbe, reflejo mismo de la grandeza del Imperio, fue el resultado de la frenética actividad edilicia impulsada por el poderoso soberano en torno al complejo de templos conocido como *Esagila*, que estaba dedicado a *Marduk*, dios al que estaba vinculada su dinastía y que habría de convertirse en la divinidad nacional del Imperio babilónico. A pesar de la «secularización» de los poderes políticos y judiciales, los templos siguieron conservando sus grandes propiedades de tierra, cuyos beneficios estaban destinados frecuentemente a actividades financieras. Si la influencia del templo había disminuido en la esfera política, su potencia económica se incrementó considerablemente con la concesión de nuevos privilegios por parte de la institución monárquica. La estratificación social quedó firmemente asentada en las categorías a las que pertenecían los diferentes grupos dependiendo de su condición jurídica: así podemos distinguir a los *awilu* (ciudadanos libres), los *mushkennu* (semi-libres) y los *wardu* (esclavos).

La ruina del Imperio babilónico fue aprovechada por el poderío militar asirio, representado por grandes monarcas como Salmanasar I (1274-1245 a. C.) y su hijo Tukulti-Ninurta I (1244-1208 a. C.), que implantaron un régimen imperialista basado en la fuerza temible de su potente ejército y en toda una red de Estados vasallos sujetos a una alta tributación. La sociedad asiria estaba organizada conforme a las necesidades del Imperio. Aparte de la nobleza, que copaba los principales puestos en la administración palaciega y provincial, los *hupshu* formaban el grupo mayoritario de la población del que se nutría el ejército asirio. Los esclavos, antiguos prisioneros procedentes de las campañas militares o deudores insolventes que habían caído en desgracia, ocupaban un ínfimo lugar entre los asirios.

De forma coetánea emergen otros pueblos en las áreas periféricas del Próximo Oriente: amorreos, curritas, cassitas y arameos, cuyas identidades socio-culturales pueden reconocerse con facilidad gracias al desarrollo de Estados territoriales con personalidad propia. Todos ellos, y especialmente el Imperio hitita, que había sido fundado por Suppiluliuma (1380-1342 a. C.) ciento cincuenta años antes y fortalecido por sus inmediatos sucesores hasta llegar a convertirse en una auténtica potencia hegemónica en Asia Menor, sufrieron el azote de los llamados «Pueblos del Mar», cuyas violentas incursiones a lo largo del litoral mediterráneo transformaron radicalmente la geografía política de la región siro-palestina a finales del II milenio a. C.

Guion / Resumen

Un período de transición	Dinastía de Asín. Código de leyes en lengua sumeria promulgado por Lipit Ishtar.
La hegemonía del Imperio Babilónico	Época paleobabilónica. Etapas del reinado de Hammurabi. Código jurídico de Hammurabi escrito en acadio clásico: • Reflejo de la sociedad paleobabilónica. • Derecho penal basado en la *Ley del Talión*. Centralismo e imperialismo. Intervencionismo económico del Estado. Actividad financiera de los templos. El *gagum* como institución asociada a un santuario donde residían las *naditu* (mujeres pertenecientes a la élite social). Mercaderes profesionales (*tamkaru*) con agentes comerciales (*shamallu*). Simbiosis cultural del elemento amorreo con la tradición acadia. Estratificación social en tiempos de Hammurabi: • *awilu* (ciudadanos libres). • *mushkennu* (semi-libres). • *wardu* (esclavos). Final del Imperio: • invasión de los cassitas • crisis económica. • sublevación interna de las ciudades. • reyes del «País del Mar».

El Imperio territorial Asirio	Ubicación geográfica de Asiria durante el Imperio Antiguo.
	Shamshi-Adad I, fundador del Imperio Asirio Antiguo.
	Alternancia de conquistas militares y alianzas matrimoniales.
	Gobierno de las principales ciudades.
	Fin del Imperio Antiguo: dependencia del reino de Mitanni.
	Emancipación del poder de Mitanni: inicios del Imperio Medio Asirio.
	Batalla de Kadesh (*ca.* 1278).
	Conquista asiria del Imperio babilónico.
	Invasión y destrucción del reino de Mitanni.
	Elementos básicos del Imperio asirio: el tributo y el ejército.
	Organización administrativa y económica del Imperio asirio: funcionarios (*bel pahati*), los «alcaldes de los pueblos» (*hazunu*); pequeños campesinos (*hupshu*).
El Imperio Hitita	Potencia económica con capital en Hattusas.
	Nuevas tácticas e ingenios militares (poliorcética).
	Conquista y saqueo de Babilonia por Mursili I.
	Ley de sucesión de Telepinus I.
	Soberanía bajo la simbólica protección de la diosa Ishtar.
	Enfrentamiento con Egipto.
	Sublevación de los Estados vasallos anatolios.
	Sociedad hitita notoriamente rural.
Nuevos pueblos en el Próximo Oriente	Amorreos.
	Cassitas (procedentes de las montañas iranias).
	Hurritas y Mitanni.
	Arameos escindidos en dos ramas: los *suqu* y los *akhlamu*.
	Los «Pueblos del Mar» (heterogéneo conjunto de pueblos en los que destaca su condición de mercenarios).

UN PERÍODO DE TRANSICIÓN

La paulatina desintegración del Imperio de Ur III como consecuencia tanto de la fuerte presión exterior como de las tensiones sociales promovidas en su interior por la deslealtad del clero, crearon un clima de inestabilidad política que favoreció de forma imparable la tendencia disgregadora, manifestada ya abiertamente desde hacía tiempo, de las nuevas realidades territoriales de carácter autónomo.

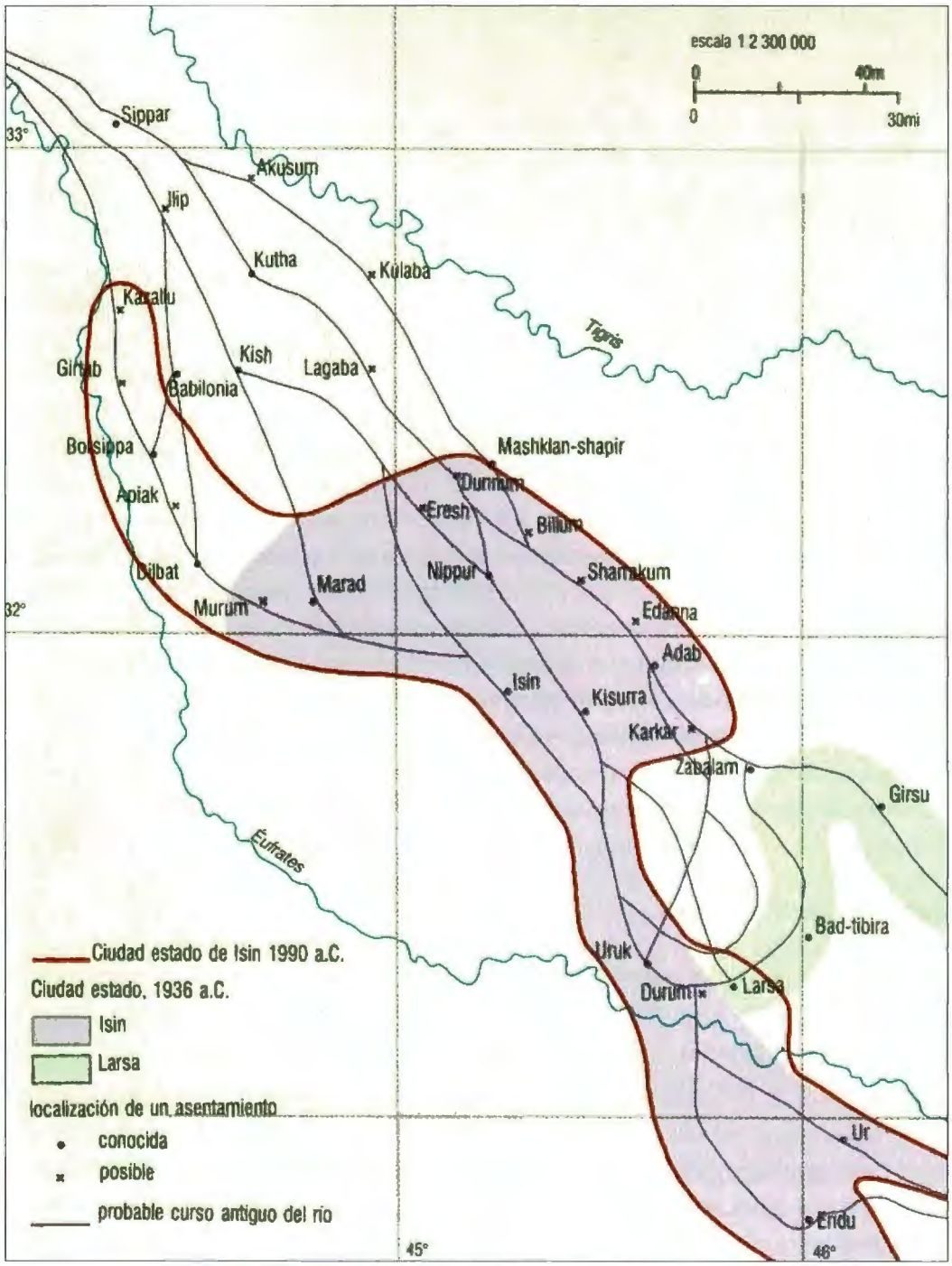
Tanto los príncipes elamitas como el gobernador de Mari, **Ishbi-Erra** (2017-1985 a. C.), consiguieron independizarse de Ur. Este último fundó un nuevo linaje amorreo en Asin, ideológicamente heredera del floreciente Imperio neo-sumerio. Tanto fue así que, a la luz de esta herencia cultural y política, uno de sus sucesores, **Lipit Ishtar** (1934-1924 a. C.), promulgó un *Código* de leyes en lengua sumeria (compuesto por cincuenta artículos, un prólogo y un epílogo) con el que pretendió renovar la administración conforme a las exigencias sociales impuestas por la nueva dinastía, que emergió de la fusión del elemento sumerio-acadio con el propiamente amorreo, tal y como refleja su onomástica de tipo semítico occidental.

Durante la segunda mitad del siglo XX a. C., la hegemonía ejercida en Mesopotamia por la dinastía de Asin fue contrarrestada y de alguna forma sustituida por el nuevo dominio político impuesto por **Gungunum** (1932-1906 a. C.), quinto rey de la casa de Larsa. Tras atacar a Elam, este monarca derrotó en 1925 a. C. a Lipit-Ishtar, lo que le permitió apoderarse de la ciudad de Ur y, posteriormente, de Der, Susa, Lagash y Uruk. Como en ocasiones anteriores, se observa un desplazamiento del centro de interés histórico hacia el norte y el este de Mesopotamia, con eventuales manifestaciones de poderes emergentes en la región meridional, que condicionarían en buena medida la evolución política del II milenio a. C.

Inscripción de Lipit-Ishtar, rey de Isin

Yo, Lipit-Ishtar, reverente pastor de Nippur, verdadero granjero de Ur, incesante (proveedor) para Eridu, adecuado sacedote en de Uruk, rey de Isin, rey del país de Sumer y Akkad, favorito de Ishtar. Yo, Lipit-Ishtar, hijo de Enlil, construí un par de kannum *(= ¿pies para jarrones?), regalo (para) las manos de Enlil y Ninlil, en Isin, mi ciudad real, en la puerta del palacio. Yo, Lipit-Ishtar (los hice) en el día en el que establecí justicia en el país de Sumer y Akkad.*

F. Lara Peinado, *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo*, Cátedra, Madrid, 2011, p. 172.



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Ediciones Folio, Madrid, 1992, I, p. 107, 1.

Mapa 19. Rivalidad entre Isin y Larsa (siglo xx a.C.).

LA HEGEMONÍA DEL IMPERIO BABILÓNICO

Época paleobabilónica

A comienzos del II milenio a. C., Mesopotamia sufrió una gran fragmentación política en pequeños reinos enfrentados entre sí por la herencia del Imperio de la III Dinastía de Ur. Durante más de dos siglos, ninguna de las más importantes ciudades de la región lograría imponerse con claridad sobre el resto. Ahora bien, aunque podemos constatar una cierta alternancia de poder e influencia entre los reinos de Isin, Larsa y Uruk en la parte meridional, Eshunna en la central, y Mari y Assur, en la septentrional, todos ellos acabaron siendo incorporados al dominio emergente de los reyes babilónicos. En efecto, el amorreo **Sumuabum** (1894-1881 a. C.) instauró una dinastía independiente en la ciudad de Babilonia (probablemente una antigua colonia sumeria convertida más tarde en sede de un *ensi* durante el dominio acadio y la época del Imperio de Ur), que, apenas alcanzado el trono, fortificó con una potente muralla. El conocido topónimo de tradición griega, *Babilonia*, se formaría a partir de la raíz sumeria que, en forma de metonimia, haría referencia precisamente a esa circunstancia: *Bab-ili* («puerta del dios»). Con sus sucesores se llevaría a cabo una intensa política de alianzas y de expansión territorial, al tiempo que se emprendería un ambicioso programa de construcción de nuevos templos (como el de *Esagila* dedicado a Marduk, el dios dinástico de la ciudad) y edificios, que serían completados bajo el reinado de Hammurabi, tales como el *zigurat* mencionado en la tradición bíblica de la torre de Babel; este plan edilicio transformará a Babilonia de pequeña sede provincial del Imperio neo-sumerio en centro político, cultural y religioso, cuya influencia ideológica sobrevivirá a la época en la que ejerció una indiscutible hegemonía.

El Imperio de Hammurabi

El sexto rey de esta dinastía babilónica, **Hammurabi** (1792-1750 a. C.), que pasaría a la historia especialmente por su célebre *Código*, impulsó también una intensa actividad política y cultural, favorecida por un larguísimo reinado de más de cuarenta años. Éste puede dividirse con cierta coherencia en tres períodos bien diferenciados:

1) Los nombres del año (fórmulas de citas que conmemoran los eventos más significativos acaecidos en un año determinado) marcan los principales acontecimientos de la primera parte del reinado, que abarca un período de tiempo de unos diez años. Esta etapa tuvo un carácter fundamentalmente diplomático. Consciente de que su Imperio estaba rodeado por otras grandes potencias, Hammurabi decidió entablar relaciones de colaboración y amistad con importantes soberanos como Shamshi-Adad I (1813-1781 a. C.) de Assur, Rim-Sin (1822-1763) de Larsa, Ibalpi-El (1784-1770 a. C.) de Eshununna, o Zimri-Lim de Mari (1780-1759 a. C.), entre los que se estableció un cierto equilibrio de poder.

2) En la segunda etapa de su reinado, sobre la que el archivo de Mari contiene abundante documentación (completada además por la información procedente de los archivos menores de Larsa y Sippar), Hammurabi logró implantar numerosas reformas internas, tanto en el ámbito religioso y económico, como en el político y militar. Sin embargo, la promulgación de su conocido Código jurídico no acontecerá hasta finales de su reinado.

3) El tercer y último período, que arrancó aproximadamente en el año 1763, fue una etapa de carácter bélico en la que, roto el equilibrio anterior, Hammurabi se enfrentó militarmente a las potencias vecinas y a sus propios aliados, anexionando sus respectivos territorios a su reino: en 1763, Larsa; en 1759, Mari; en 1756, Eshnunna; en 1753, Assur. De este modo, Hammurabi pudo proclamarse una vez más «rey de Sumer y Akkad» y, posteriormente, «rey de las cuatro partes (del mundo)», en clara alusión al dominio territorial ejercido por su gran Imperio, similar en extensión al de sus predecesores (Sargón de Akkad y III Dinastía de Ur), pero mucho más cohesionado y, sobre todo, pacificado.

Es en este último contexto en el que Hammurabi ve la necesidad de promulgar un nuevo Código jurídico que se adaptase a las condiciones sociales del Imperio. Según los estudios más recientes, no se trata de una recopilación de leyes destinadas a la práctica jurídica, sino de un conjunto de 282 sentencias de carácter consuetudinario aplicadas previamente en los tribunales. Aunque con una clara finalidad propagandística tendente a ensalzar la imagen (presente en el epílogo) del «rey excelso», «temeroso de los dioses» y «benéfico pastor del justo cetro», el Código ofrece un reflejo real y único en su género de la sociedad paleo-babilónica, tanto bajo una perspectiva pública como privada. Sus textos aparecen redactados con precisión gráfica en acadio clásico o antiguo babilonio en una estela de diorita erigida en el templo de Shamash (dios de la justicia de la ciudad de Sippar), que está representado sentado en el acto de investidura del rey en el bajorrelieve que se sitúa sobre el epígrafe. La estela se encontró en Susa, donde había llegado a principios del siglo XII a. C. como botín de guerra elamita (es muy probable que hubiese más reproducciones de la estela expuestas en diferentes santuarios). El Código pondera (con expresiones literarias que, tanto en el prólogo como en el epílogo, recuerdan el estilo de los himnos reales) las responsabilidades sociales asumidas por el rey con el fin de corregir la brecha existente entre la situación vivida y la deseable, única capaz de garantizar la paz y la justicia para sus súbditos. Quizás su aspecto más regresivo fue la fundamentación del derecho penal en el principio que inspiraba la *Ley del Talión*, aunque ciertamente suavizada con su aplicación entre ciudadanos de la misma clase social. Desde hacía tiempo, su ausencia en la legislación mesopotámica había permitido sustituirla por las pertinentes compensaciones de carácter económico. Es posible que la reaparición de la *Ley del Talión* en el *Código* de Hammurabi fuese una reminiscencia de las duras costumbres del desierto, de cuya propagación sería responsable el elemento amorreo (nómada en sus orígenes), o bien la manifestación palmaria de una sociedad inflexiblemente estratificada en la que imperaba el principio de que, entre iguales y sin mediar dolo, la pena no podía superar el daño infligido: fuese leve o grave el perjuicio, el castigo se aplicaría en la misma proporción.

Código de Hammurabi

Prólogo:

Cuando el exaltado Anum, rey de los Annunaki e Illil, señor del cielo y de la tierra, que señala el destino de la humanidad, concedió el mando divino de la multitud del pueblo a Marduk, el primer hijo nacido de Ea, lo magnificó entre los Igigi, llamó a Babilonia por su exaltado nombre y la hizo preeminente en las cuatro partes del mundo [...] entonces Anum y Ellil, que dona prosperidad al pueblo, me llamaron con el nombre de Hammurabi, el príncipe reverente temeroso de Dios, para hacer que la justicia apareciera en la tierra, para destruir el mal y que el fuerte no oprimiera al débil, para surgir como el mismo Shamash sobre la multitud de oscuro cabello y dar luz a la tierra.

Selección de artículos:

Art. 1. Si un hombre ha acusado a otro hombre y le ha atribuido un asesinato y éste no ha sido probado en su contra, su acusador será condenado a muerte.

Art. 2. Si un hombre ha acusado a otro de brujería y no ha sido probada, el acusado irá al río santo, saltará al río santo y, si el río santo lo hunde, su acusador tomará y guardará su casa; si el río santo prueba su inocencia y vuelve seguro, quien le ha acusado de brujería será condenado a muerte; el que ha entrado en el río santo tendrá y guardará la casa de su acusador.

Art. 5. Si un juez ha tratado un pleito, dado una sentencia y hecho que se sellara una tablilla para ser ejecutada, y después de esto varía su juicio, se le hará culpable de variar su juicio y pagará doce veces la demanda del litigio; se le apartará de su lugar en el banco de los jueces en la asamblea y nunca más se sentará en juicio con los jueces.

Art. 6. Si un hombre golpea a otro libre en una disputa y le causa una herida, aquel hombre jurará «Aseguro que no lo golpée adrede» y pagará el médico.

Art. 8. Si un hombre ha robado un buey, cordero, asno, cerdo o barca, si es a dios o al palacio, devolverá el tréntuplo; si es a un muskenu, compensará el décuplo. Si el ladrón no tiene con qué responder, será culpable de muerte.

Art. 110. Si una sacerdotisa o sumosacerdotisa que no vive en un claustro, abre una cervecería o entra en una cervecería a por licor, quemarán a esa mujer.

Art. 195. Si un hijo ha golpeado a su padre, se le cortará la mano.

Art. 196. Si un hombre ha reventado el ojo de un hombre libre, se le reventará un ojo.

Art. 197. Si rompe el hueso de un hombre libre, se le romperá un hueso.

Art. 198. Si revienta el ojo de un muskénu *o rompe el miembro de un* muskénu, *pagará una mina de plata.*

Art. 199. Si ha reventado el ojo del esclavo de un hombre libre, o·roto el miembro del esclavo de un hombre libre, pagará la mitad de su precio.

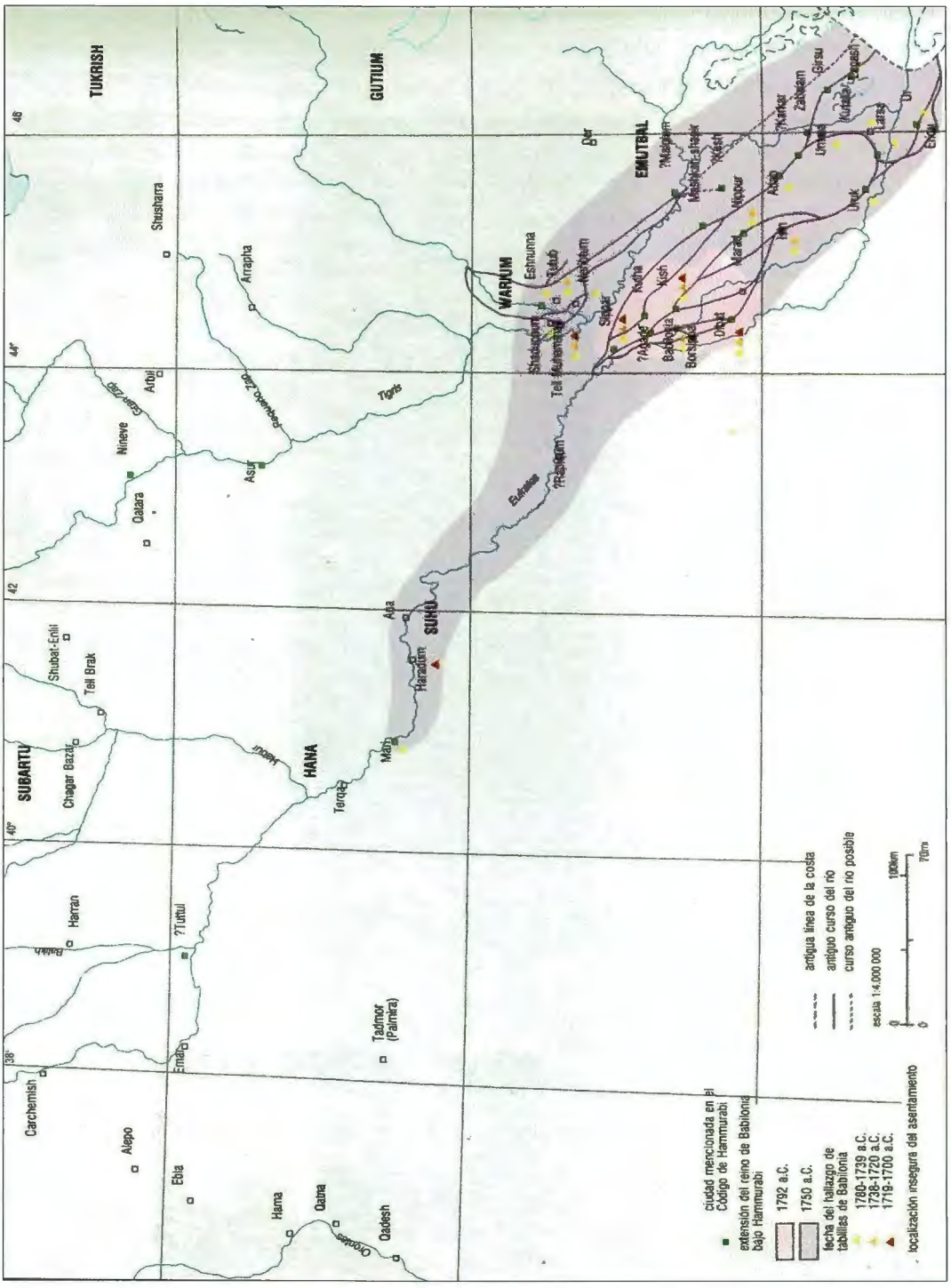
Art. 209. Si un hombre golpea a la hija de un hombre libre y la hace abortar, pagará diez siclos de plata por el fruto de su vientre.

Art. 210. Si esa mujer muere, se matará a su hija.

F. Marco y **N. Santos,** *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1980, II, pp. 25-26.

Sabemos que el *Código* fue reproducido posteriormente en numerosas tablillas hasta tal punto que servía todavía como tema de discusión erudita entre los escribas de la biblioteca neoasiria de Assurbanipal (668-631 a.C.) en Nínive.

Figura 36. Código de Hammurabi. Museo del Louvre. Fotografía de R. González Salinero.



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Folio, Madrid, 1992, I, p. 118.

Mapa 20. Imperio de Hammurabi.

Gobierno y administración del Imperio de Hammurabi

En términos políticos, el Imperio de Hammurabi supuso un reforzamiento eficaz del poder y de la capacidad de intervención del Estado, frente a la tendencia general de la época hacia la privatización de las actividades económicas y las relaciones sociales. La aplastante autoridad regia logró anular cualquier tipo de iniciativa política en las diversas ciudades que se hallaban sujetas a su dominio centralista, lo que no impedía su reconocimiento oficial como capitales de distrito, es decir, como sedes administrativas de rango provincial en un país políticamente unitario, Babilonia, heredero legítimo del viejo orden impuesto en Mesopotamia por los imperios de Sumer y Akkad.

El desarrollo arquitectónico del palacio, característico de este período, con uno de sus mejores ejemplos en el bien conocido palacio de Mari, se presenta como el claro exponente de una realeza de fuerte vocación imperialista en la que los procedimientos burocráticos y diplomáticos adquirieron un enorme protagonismo. Tal y como recuerdan las inscripciones conmemorativas del soberano, las intervenciones reconstructivas llevadas a cabo por Hammurabi en la propia capital del Imperio debieron de ser considerables. Rodeada de una potente muralla, la topografía de la ciudad de Babilonia, extendida a ambas márgenes del río Éufrates, se amoldó a los espacios ocupados por su *zigurat* y su amplio complejo de templos, conocido como *Esagila*, que estaba dedicado a Marduk (considerado por Hammurabi como el dios ciudadano, y como el dios nacional por los sucesivos reyes babilonios).

Por influencia amorrea, que introdujo en Mesopotamia los ideales de la «igualdad tribal», redefinidos luego en el ambiente urbano y cortesano, la figura del soberano justo se asimila a la imagen del rey «pastor» que cuida del pueblo, su rebaño. Además de proporcionar protección y justicia, el rey se presenta en las inscripciones como fuente de vida, responsable de «proveer a las gentes de los alimentos más indispensables y del agua dulce del que beber». En virtud de estas funciones primordiales, el monarca se distingue especialmente como constructor de canales en beneficio de la comunidad, principal beneficiaria de su gestión y su esfuerzo. Siguiendo la tradición mesopotámica, su proclamada sabiduría le convierte en el sumo legislador, juez y jefe supremo de los ejércitos, lo que no impedía que fuese auxiliado en sus tareas de gobierno por una serie de dignatarios en quienes delegaba poderes considerables que, ocasionalmente, podían dar lugar a conflictos de atribuciones.

Al enorme prestigio político alcanzado por el Imperio babilónico contribuyó especialmente la madura simbiosis cultural del elemento amorreo con la tradición acadia manifestada en la asimilación generalizada del acadio clásico en las acreditadas escuelas de los *escribas* vinculadas a la administración tanto de los palacios como de los centros religiosos. Como ya se había verificado en momentos anteriores y se confirmaría con el desarrollo

avanzado de futuros sistemas burocráticos de carácter imperialista, los *escribas* se convirtieron en el pilar fundamental de todas las instituciones civiles y religiosas del Estado. Son los *escribas* quienes copian y mandan grabar las inscripciones reales, quienes componen los himnos y las oraciones religiosas, y quienes preservan las antiguas y aleccionadoras «lamentaciones» sumerias; son ellos, en definitiva, quienes reelaboran y unifican en lengua acadia la ancestral herencia literaria de sus antepasados sumerios, como era el caso de la famosa epopeya de *Gilgamés*. En este relato, el tema de la muerte y de la infructuosa búsqueda de la inmortalidad, ya presente en el núcleo originario del poema sumerio, se enriquece con nuevos desarrollos narrativos que reflejan ambientes sociales y exigencias éticas ligadas, en parte, al nuevo componente cultural de procedencia amorrea. De hecho, fueron los propios amorreos, privados de antecedentes literarios escritos, quienes confiaron el bagaje de su tradición semi-nómada a la probada y prestigiosa expresividad acadia (lengua de uso) y sumeria (lengua docta, al igual que el latín en el Renacimiento europeo), posibilitando así un considerable enriquecimiento del legado literario existente.

La economía en la Babilonia de Hammurabi

El Estado intervenía activamente en la vida económica regulando los salarios y los precios, detentando parte de la propiedad de la tierra a través de sus instituciones (templos y palacios) e impulsando la producción de objetos manufacturados que, junto a los excedentes de procedencia agraria, constituían un volumen considerable de mercancías destinadas a estimular de manera intensa la siempre beneficiosa actividad comercial. De ahí que los bienes estatales gozasen permanentemente de una protección especial sancionada por la ley.

Las tierras que eran propiedad del *palacio* eran explotadas mediante distintos procedimientos. Una parte de las mismas era arrendada a campesinos que aportaban su aparcería y cuyo acceso a la irrigación estaba garantizado por ley. Otra parte de los terrenos pertenecientes al Palacio era entregada a colonos que recibían también la aparcería necesaria a cambio de satisfacer un impuesto en especie. Por último, una tercera parte era trabajada directamente por peones al servicio del Estado (*issaku*), a los que se asignaba una pequeña parcela para que pudieran mantener a sus familias con el producto obtenido de sus cosechas.

Los *templos*, pese a la progresiva secularización de la actividad política y judicial, seguían desempeñando un importantísimo papel en la economía del Imperio, ya que poseían aún grandes propiedades que eran ampliamente explotadas por trabajadores y esclavos, al tiempo que invertían sus recursos prestando a elevados intereses grandes sumas de dinero, grano o ganado, tanto a comerciantes como a agricultores. El *gagum*, institución asociada a un santuario en el que residían las *naditu* (mujeres procedentes de la clase alta que vivían tras

los muros del recinto claustral), poseía también recursos en forma de tierras y ganado (además de su propio aparato administrativo), con los cuales contribuía de forma extraordinaria al aumento de la riqueza del Imperio, convirtiéndose además en uno de los elementos de desarrollo socio-económico más característicos del período paleobabilónico.

Los propietarios particulares podían disponer libremente de sus tierras de labranza, que normalmente arrendaban a terceros, estando obligados por la ley a realizar en sus campos cuantas mejoras fuesen necesarias para mantener en correcto funcionamiento el sistema de riego.

La vida económica en las ciudades, donde radicaba la clase integrada por comerciantes, mercaderes, escribas, artesanos, etc., era mucho más desahogada. El comercio estaba en manos de los mercaderes profesionales (*tamkaru*), que empleaban agentes comerciales o comisionados (*shamallu*) para realizar sus negocios. El *tamkarum*, que ostentaba la condición de funcionario público, aprovechaba su posición privilegiada para realizar operaciones por su cuenta dentro de un sistema de economía no mercantilista.

Estratificación social en tiempos de Hammurabi

Los *awilu* (ciudadanos libres) que disfrutaban de una posición económica acomodada, constituían el grupo dominante en la sociedad babilónica. Aun así, hubo diferencias entre los miembros pertenecientes a este amplio grupo social, destacando por su prestigio los altos funcionarios de los palacios y templos, que solían beneficiarse de su puesto entre los privilegiados para enriquecerse con actividades de índole comercial (eran los ya citados *tamkaru*).

La situación de los *mushkennu* (los semi-libres), el grupo social intermedio, era un tanto compleja. No se les puede considerar propiamente como esclavos, pero tampoco disfrutaban de una completa libertad, pues eran personas que, desde un punto de vista fundamentalmente económico, se encontraban en una desfavorable situación de subordinación. Eran agricultores, pastores, pescadores y pequeños artesanos poco cualificados que dependían para su subsistencia del palacio o del templo.

La tercera categoría social reconocida jurídicamente era la integrada por los esclavos (*wardu*), cuyas circunstancias tampoco eran homogéneas. Sus condiciones de vida dependían en la práctica del carácter y la posición de sus amos. Por lo general, se trataba de una esclavitud doméstica a la que se había podido llegar de diversas formas: principalmente a causa de la miseria (los más humildes se vendían como esclavos o entregaban a miembros de su familia a la esclavitud) y a través de la esclavitud en fianza (debido a las deudas contraídas) por un período máximo de tres años.

Disgregación del Imperio

Apenas transcurridos seis años después de la muerte de Hammurabi, su hijo y sucesor en el trono, **Samsuiluna** (1749-1712 a. C.), tuvo que hacer frente a una invasión de los «cassitas», un pueblo procedente del Este que penetró violentamente en el Imperio. La confusión fue aprovechada por algunas ciudades sometidas para reivindicar su independencia hasta el punto de que, en pocos años, el «Imperio de Hammurabi» se desintegró y Babilonia quedó reducida a los límites de sus antiguos dominios. Las tablillas de Nippur confirman, además, que durante los últimos años de su reinado, se produjo una profunda crisis económica que golpeó con especial dureza a la baja Mesopotamia.

Inscripción de Samsuiluna, rey de Babilonia

Samsuiluna, el rey fuerte, el rey de Babilonia, el rey de Kish (= del mundo), el rey que hace estar en paz a las Cuatro regiones del mundo, el rey que mató por orden de Enlil a la totalidad de aquellos que le odian, el pastor cuyo presagio favorable y apoyo están proporcionados por Inanna; quien maniató a todos aquellos que se apartan de él, quien hizo desaparecer a todos los malvados del país, quien saca la brillante luz del día para la gente numerosa; heredero principal de Hammurabi, el señor que extendió el país, el rey que sometió el país de Idamaras desde la frontera de Gutium hasta la frontera de Elam con su fuerte arma, que conquistó al pueblo extendido del país de Idamaras, quien demolió la totalidad de las fortalezas del país de Warum que se habían rebelado contra él, que logró su victoria, que manifestó su poder, que liberó tras el paso de dos meses al pueblo del país de Idamaras a quien había tomado como botín y a los prisioneros de las tropas de Eshnunna, tantos como había cogido; quien se puso en acción por ellos por su vida; quien construyó las varias fortalezas del país de Warum que habían sido destruidas, quien reunió a su pueblo disperso, quien le devolvió a su lugar —en esa época, con el fin de asentar a la gente que vive en la orilla del río Turul y el río Taban en una morada de paz—, para no adquirir ningún intimidador (y) para hacer que todo el país cante la alabanza de su poder y heroísmo. Samsuiluna, el hombre fuerte, construyó en el curso de dos meses Dur-Samsuiluna en la orilla del río Turul. Cavó su foso. Amontonó su tierra. Formó sus ladrillos. Edificó su muralla. Levantó su cabeza tanto como una montaña. Debido a esto, An, Enlil, Marduk, Enki e Inanna decidieron para su destino equiparle con una fuerte arma que no tiene igual y con una vida como las de Nanna y Utu. Se lo concedieron. El nombre de esa muralla es: «Enlil ha hecho al país de aquellos que le odian doblegarse ante Samsuiluna».

F. Lara Peinado, *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo*, Cátedra, Madrid, 2011, pp. 199-200.

La dinastía amorrea continuó gobernando en Babilonia hasta el año 1595 a C., pero los esfuerzos de los sucesivos reyes no fueron suficientes para restaurar el esplendor del Imperio de Hammurabi. A pesar de las disposiciones jurídicas destinadas a aliviar la situa-

ción de colapso económico que afectaba sobre todo a la clase de los *awilu* con la remisión de las deudas acumuladas por préstamos no reembolsados y por impuestos impagados, el empobrecimiento del reino era ya imparable. En este contexto desfavorable debe incluirse el «edicto» de **Ammi-Saduqa** (1646-1626 a.C.), décimo rey de esta primera dinastía babilónica, con el que pretendió infructuosamente salvar a la sociedad de su desastre definitivo.

Nuevos ataques cassitas, la sublevación interna de las ciudades, una nueva dinastía en el área del Golfo, la de los reyes del «País del Mar», y la irrefrenable marcha del rey hitita Mursilis I hasta el saqueo de la propia ciudad de Babilonia en el año 1595 a.C., llevándose consigo la estatua de Marduk (dios protector de la ciudad), acabaron de forma inexorable con el primer Imperio hegemónico mesopotámico.

EL IMPERIO TERRITORIAL ASIRIO

El Imperio Antiguo

El nacimiento del Estado asirio sigue siendo históricamente incierto. La ubicación geográfica de Asiria, conocida por los sumerios y acadios como el «país de Subartu», se situaba en el triángulo que forman el Tigris y el curso superior del río Zab en su proyección hacia la zona regada por el Khabur y el Balikh, afluentes ambos del Éufrates. Esta región contó con dos grandes centros urbanos que desempeñaron un papel determinante en el origen y desarrollo del Imperio asirio: por un lado, Nínive como principal centro religioso y, por otro, Assur que, a pesar de hallarse descentrada respecto al citado triángulo territorial, ocupaba una posición en la ribera derecha del Tigris de enorme importancia estratégica para el control del tráfico comercial con Anatolia, al norte, la Siria septentrional, al oeste, y el amplio territorio del actual Kurdistán, al sur. Toda esta región asiria había suscitado siempre el interés político de los reyes de Akkad y de la III Dinastía de Ur, convirtiendo en ambos casos a la ciudad de Assur en una sede provincial de sus respectivos Imperios.

La noticia recogida en la lista real de Korsabad (redactada en época tardía y fiable sólo para la reconstrucción de la legitimación soberana del gran Shamshi-Adad I) sobre el hecho de que los diecisiete primeros reyes asirios «vivían en tiendas» parece indicar su pertenencia al elemento amorreo semi-nómada organizado conforme a una estructura en origen tribal. En todo caso, a este componente amorreo predominante en la región debemos añadir la aportación étnica y lingüística de los kurritas, procedentes de las cercanas zonas montañosas, y sobre todo, la presencia de la tradición cultural acadia en los centros urbanos, que debió de ser percibida como el principal elemento de prestigio que definía a las clases educadas cercanas o pertenecientes ya a los círculos del poder, razón que explicaría la adopción por parte de algunos reyes asirios de la onomástica de antiguos monarcas acadios.

Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Folio, Madrid, 1992, II, p. 149.

Mapa 21. Plano de la ciudad de Assur.

Ahora bien, contamos con noticias más amplias y seguras para el siglo XIX a. C., justo cuando los mercaderes asirios comenzaron a desarrollar actividades comerciales en el *karum* (puerto, muelle) de Kanish (Kültepe), enclave asirio situado en el área de Anatolia (conocida en las fuentes clásicas como Capadocia), a la que parece considerarse en estos momentos como un reino independiente. El archivo de tablillas cuneiformes allí descubierto contiene valiosa documentación referida principalmente a dos momentos históricos diferentes: por un lado a la época comprendida entre los años 1920 y 1840 a. C. y, por otro, al importantísimo reinado de **Shamshi-Adad I** (1813-1781 a. C.), el monarca amorreo artífice del primer Imperio asirio, generalmente denominado como «Antiguo».

Procedente de Terqa, una pequeña ciudad próxima a Mari (Tell Hariri), Shamshi-Adad logró destronar al longevo Erishum II (1818-1813 a. C.), rey de Assur, e inició una serie de anexiones en el ámbito de la Mesopotamia central. Desde la nueva residencia real establecida en Shubat-Enlil (actual Tell Leilan, en el alto Khabur, donde se ha recuperado un pequeño archivo), el rey asirio impulsó el proyecto político de un Imperio territorial que, abarcando toda la Mesopotamia septentrional, se extendía hasta Alepo, en Siria, por el norte, y Sippar o Eshunna, por el sur. Para lograrlo, alternó las conquistas militares y las alianzas diplomáticas afianzadas frecuentemente con matrimonios interdinásticos, lo que le permitió justificar su autoproclamación como «rey fuerte de Akkad». Asumida como propia la ideología real de carácter heroico y militar procedente de los reyes acadios, Shamshi-Adad I logró extender sus dominios más allá de los límites naturales de Asiria bajo el pretexto de actuar en nombre y por cuenta de Assur, dios nacional convertido en símbolo de la unidad de Asiria, a cuyo total servicio se encontraba el propio monarca.

Shamshi-Adad I reformó la estructura administrativa del Imperio con el fin de asegurar la estabilidad del régimen:

- Confió el gobierno de las ciudades provinciales más conflictivas, tales como Mari y Ekallatum, a sus hijos Iasmakhak-Adad e Ishmedagan, respectivamente.
- Fortaleció el control del ejército estableciendo de forma permanente tropas de guarnición en las ciudades ocupadas.
- Aumentó considerablemente los órganos de la administración central.
- Finalmente, reorganizó el Imperio en distritos regionales, al frente de los cuales situó a funcionarios reales.

Sin embargo, el «Imperio de Shamshi-Adad», apenas sobrevivió a su propio reinado. **Ishme-Dagan I** (1780-1741 a. C.) tuvo ya que reconocerse súbdito de la potente Babilonia para poder conservar su trono. Sus sucesores tuvieron, además, que soportar la presión de los hurritas, un pueblo de origen indoeuropeo infiltrado en Mesopotamia que, a mediados del siglo XVI a. C., formaría un poderoso Estado, Mitanni (*Khanigalbat*, para los asirios), en la parte septentrional del país, y cuyo dominio territorial abarcaría desde el Mediterráneo hasta Los Zagros, ejerciendo el control sobre una zona frecuentemente disputada entre las grandes potencias en detrimento de las pretensiones expansionistas de los hititas hacia el Sur y de los egipcios hacia el Norte.

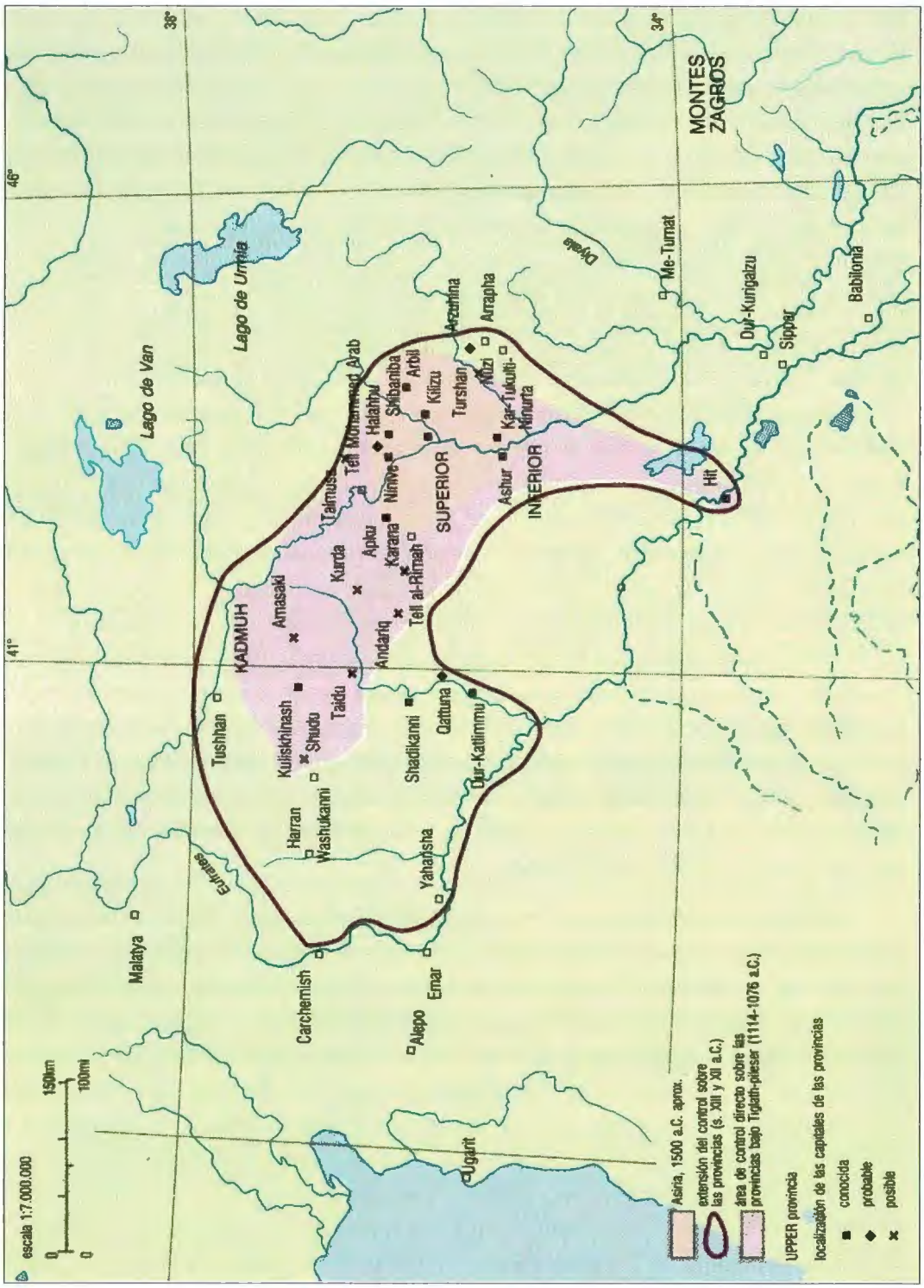
Aunque Asiria mantuvo su dinastía durante dos siglos más, desde **Shamshi-Adad III** (*ca.* 1564-1549 a. C.) hasta **Assur-uballit I** (1365-1330 a. C.), sus reyes pasaron a ser dependientes de Mitanni sin conseguir liberarse en ningún momento de la autoridad del poderoso Estado hurrita. Fue precisamente Assur-uballit I quien truncaría esta situación al establecer las bases de un nuevo Imperio asirio, conocido generalmente como «Medio».

El Imperio Medio Asirio

Con las pretensiones imperialistas del rey asirio se quebraba de nuevo el equilibrio de fuerzas existente durante los dos últimos siglos entre las grandes potencias próximo-orientales (Imperio hitita, Mitanni, Egipto). Tras rechazar su condición de vasallo del rey de Babilonia (Burnaburiash II), **Assur-Uballit I** (1365-1330 a. C.) entabló relaciones amistosas con Amenhotep IV de Egipto y desafió el poder de Mitanni aprovechando la muerte de su rey Tushratta (1375-1350 a. C.). El fortalecimiento de la monarquía posibilitaría la estabilidad política necesaria para recuperar, y aun aumentar, el antiguo dominio territorial del Estado asirio. Sin embargo, los verdaderos artífices del «Imperio Medio» fueron sus sucesores Adad-Nirari I, Salmanasar I y Tukulti-Ninurta I.

Durante el siglo en que estos grandes monarcas ejercieron el poder, los asirios se convirtieron en una gran potencia, capaz de disputar a los hititas el control sobre la estratégica fortaleza siria de Kadesh (*ca.* 1278 a. C.). De hecho, en la célebre batalla que lleva el nombre de este estratégico enclave, **Adad-Ninari I** (1307-1275 a. C.) apoyó al faraón Ramsés II (1289-1224 a. C.) contra el rey hitita Muwattallis (1310-1282 a. C.), consiguiendo así del faraón la consideración de «hermano» y, por tanto, el reconocimiento de su condición de «gran rey», cuya proclamada autonomía fue motivo de una enérgica protesta por parte del monarca cassita de Babilonia, sobre la que el monarca asirio pretendía establecer un protectorado. De nada sirvió, pues en pocos años, Adad-Ninari I lograría hacerse con el Imperio babilónico tras derrotar en la batalla de Kar-Ishtar al rey Nazi-Maruttash (1307-1282 a. C.), según recoge la *Crónica sincrónica*. Asimismo, aprovechando la debilidad de hurritas e hititas, invadió el reino de Khanigalbat (Mitanni), llegando incluso hasta Washshukanni, su capital, y haciendo prisionero a su rey Shattuara II. A partir de entonces, Mitanni pasaría a ser un simple reino vasallo asirio.

Su sucesor, **Salmanasar I** (1274-1245 a. C.), prosiguió las campañas contra *akhlamu*, *qutu* y *lullumi*, y derrotó en el año 1270 a. C. al rey Shattuara II (que se había rebelado sin éxito en un desesperado intento por recuperar la independencia con el apoyo de los hititas) acabando así definitivamente con el reino de Mitanni. La actividad edilicia desplegada durante su reinado se centró en un amplio programa de restauración de numerosos templos, así como en la fundación de la ciudad de Kalakh (hoy Nimrud), convertida en la nueva capital política del Imperio (y su hijo y sucesor, Tukulti-Ninurta, la abandonaría nada más subir al trono tras la muerte de su padre). Su autoridad se sustentó en dos elementos básicos: el tributo y el ejército. La configuración de una red de «estados tributarios» anticipaba la dinámica característica de siglos posteriores, al tiempo que el poder del ejército se hizo tan temible como célebre la crueldad del monarca asirio con los reyes y prisioneros vencidos. Con Salmanasar I la ideología religiosa comenzó a moldearse conforme al espíritu profundamente militar que caracterizaba a la propia monarquía, siendo a partir de entonces el dios Assur quien concedía sim-



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Folio, Madrid, 1992, II, p. 140.

Mapa 22. Imperio Medio Asirio.

bólicamente la victoria a los asirios y quien reconocía e imponía a sus reyes el título de «Los que no tienen igual». Llama poderosamente la atención que los *Anales de Salmanasar I* registren detalladamente las cifras de soldados enemigos muertos o mutilados (la extracción de ojos era habitual), el número de ciudades y poblaciones conquistadas o devastadas y el de personas deportadas en condiciones deplorables, haciendo hincapié precisamente en aquellas acciones que resaltaban por su especial crueldad.

Siguiendo la línea política marcada por su padre, **Tukulti-Ninurta I** (1244-1208 a. C.) consolida con despiadada determinación la agresiva inclinación expansionista de la dinastía, inmediatamente percibida por la mayoría de los reyes coetáneos, tal y como revela el saludo ceremonial de una carta en la que el rey hittita Tudkhaliya IV (1260-1220 a. C.) le ofrece su amistad. Gracias a una organización eficaz y al empleo de carros de guerra ligeros que favorecían el desarrollo de rápidos movimientos envolventes que conseguían anular toda capacidad de reacción del adversario, el ejército asirio adquirió pronto la fama de invencible. A través de sistemáticas campañas militares, ensalzadas en las inscripciones reales («Tukulti-Ninurta, rey del universo, rey fuerte, rey de Asiria»), este monarca logró conquistar el área septentrional de Karkemish, así como la región meridional de Babilonia hasta el Golfo Pérsico, trasladando la estatua de Marduk de la *Esagila* de Babilonia a la ciudad de Assur. Sabemos además que el victorioso soberano llevó hasta Asiria a 43 reyes cautivos de una coalición formada contra él en el país Nairi, así como a unos 29.000 prisioneros hititas. Su imparable avance hacia el Noroeste hasta llegar al Asia Menor, le permitió proclamarse «rey que recibe tributos de las cuatro partes del mundo», dejando así constancia de su pretensión de alcanzar un poder universal. De su arrojo militar, reflejado en una ideología tendente a la exaltación de las acciones bélicas, presta testimonio elocuente la *Oración de Tukulti-Ninurta dirigida al dios Assur* y la fundación de una nueva y fastuosa capital en Kar Tukulti-Ninurta, justo al lado de la ciudad santa de Assur.

Después de la conjura de palacio que acabó con la vida de Tukulti-Ninurta, Asiria pasó a manos de sucesores débiles que lograron mantener a duras penas y con un enorme esfuerzo y desgaste político su independencia frente al empuje de otras potencias emergentes. Hacia el año 1200, los ataques de arameos (*akhlamu*) por el oeste, de *muskhi* y *gashga* (en la periferia del Imperio hitita) por el centro, y *qutu* y *lullumi* por el noreste, amenazaron las fronteras asirias y pusieron a prueba la eficacia de un Imperio basado casi exclusivamente en la fuerza de las armas. Los soberanos asirios no supieron (o no pudieron) integrar a todos estos antiguos pueblos sometidos en su «Imperio territorial» y, por ello, se vieron obligados a emprender periódicas y costosas campañas militares sobre territorios teóricamente controlados aunque con el germen de la rebeldía en su interior. A comienzos del siglo XI a. C., **Tiglath-Pilaser I** (1115-1077 a. C.) tuvo que emplearse a fondo para reconquistar alguno de esos países que habían sido dominados en algún momento por sus predecesores, llegando con su ejército hasta Biblos y Sidón, en la costa sur de

Fenicia. En su frontera meridional, se enfrentó finalmente al rey de Babilonia, Marduk-Nadin-Akhkhe (1099-1082 a. C.), que había penetrado hasta el río Zab y se había apoderado de Ekallatum, ciudad situada sobre el Tigris, no lejos de Assur. La respuesta asiria fue casi inmediata. Las tropas de Tiglat-Pilaser I se apoderaron una vez más de gran parte de Babilonia y tomaron al asalto la propia capital, que fue sometida a saqueo e incendiada. En estos momentos parecía que Asiria volvía a ser un gran reino con pretensiones imperialistas. Sin embargo, algunas catastróficas hambrunas asolarían poco después toda Mesopotamia, y los llamados «nómadas de las tiendas», es decir, los arameos (*akhlamu*) procedentes del desierto occidental, invadieron el país acuciados igualmente por el hambre y la necesidad de tierras de cultivo. Los sucesores del gran rey Tiglat-Pilaser I no fueron capaces de contener el empuje de estas poblaciones y Asiria perdió todas sus conquistas anteriores.

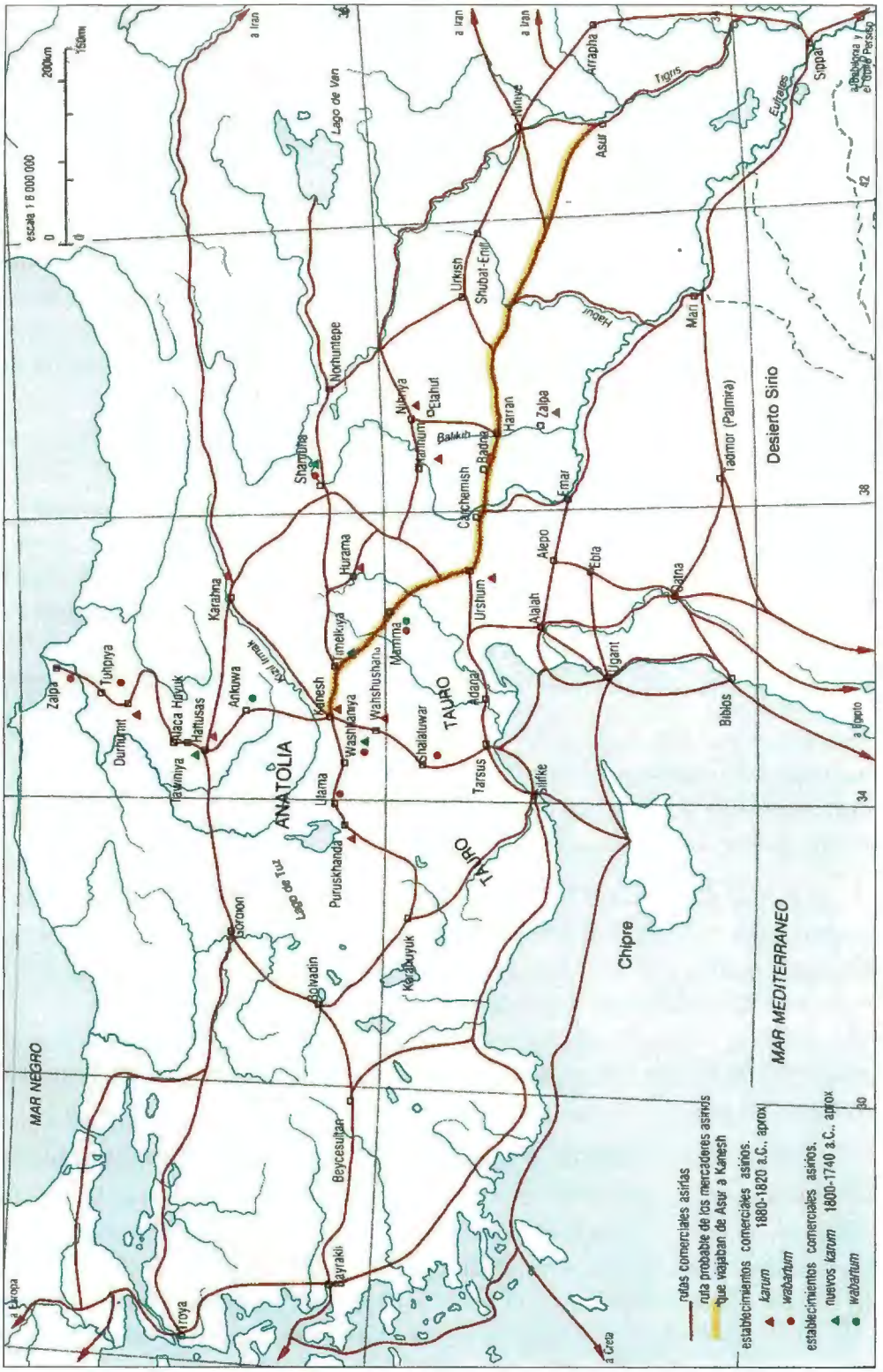
Organización, administración y sociedad durante el Imperio Medio Asirio

Apenas existen diferencias en la administración asiria del Imperio Medio respecto a la que se observó en el Imperio Antiguo. Los principales cargos públicos, muy similares a los babilonios, fueron ocupados por los miembros pertenecientes a la poderosa élite cercana a la familia de la dinastía gobernante.

La propiedad de la tierra en Asiria estaba repartida entre la corona, que, bajo determinadas condiciones, solía ceder a particulares la explotación de una buena parte de la misma dividida en lotes de extensión variable, y la aristocracia terrateniente que controlaba, además, el comercio exterior casi en exclusiva.

En los palacios provinciales y locales, determinados funcionarios, los llamados *bel pahati*, recibían en concepto de impuesto las entregas de corderos y de lana efectuadas por los alcaldes de los pueblos (*hazunu*), vigilaban los almacenes de material necesario para los trabajadores agrícolas en las tierras del rey y realizaban el censo de las localidades y de los dominios sometidos a su circunscripción. En el régimen agrario durante el dominio asirio, apareció una novedad digna de mención, los *kudurru*, estelas o cipos presentes en territorio babilónico que contienen las cláusulas de donaciones reales de tierras.

La sociedad asiria, como la babilónica, estaba dividida básicamente en tres grupos sociales: la aristocracia (que se convirtió en una casta cerrada por medio de matrimonios endogámicos que unían entre sí a los miembros de las grandes familias); los *hupshu* (pequeños campesinos o artesanos, que vivían en las cercanías de las localidades y con los que se formaba la infantería de los ejércitos); y finalmente los esclavos procedentes principalmente de las campañas militares y de las deudas contraídas con la enriquecida élite social.



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Folio, Madrid, 1992, I, p. 111.

Mapa 23. Anatolia y el comercio con la antigua Asiria.

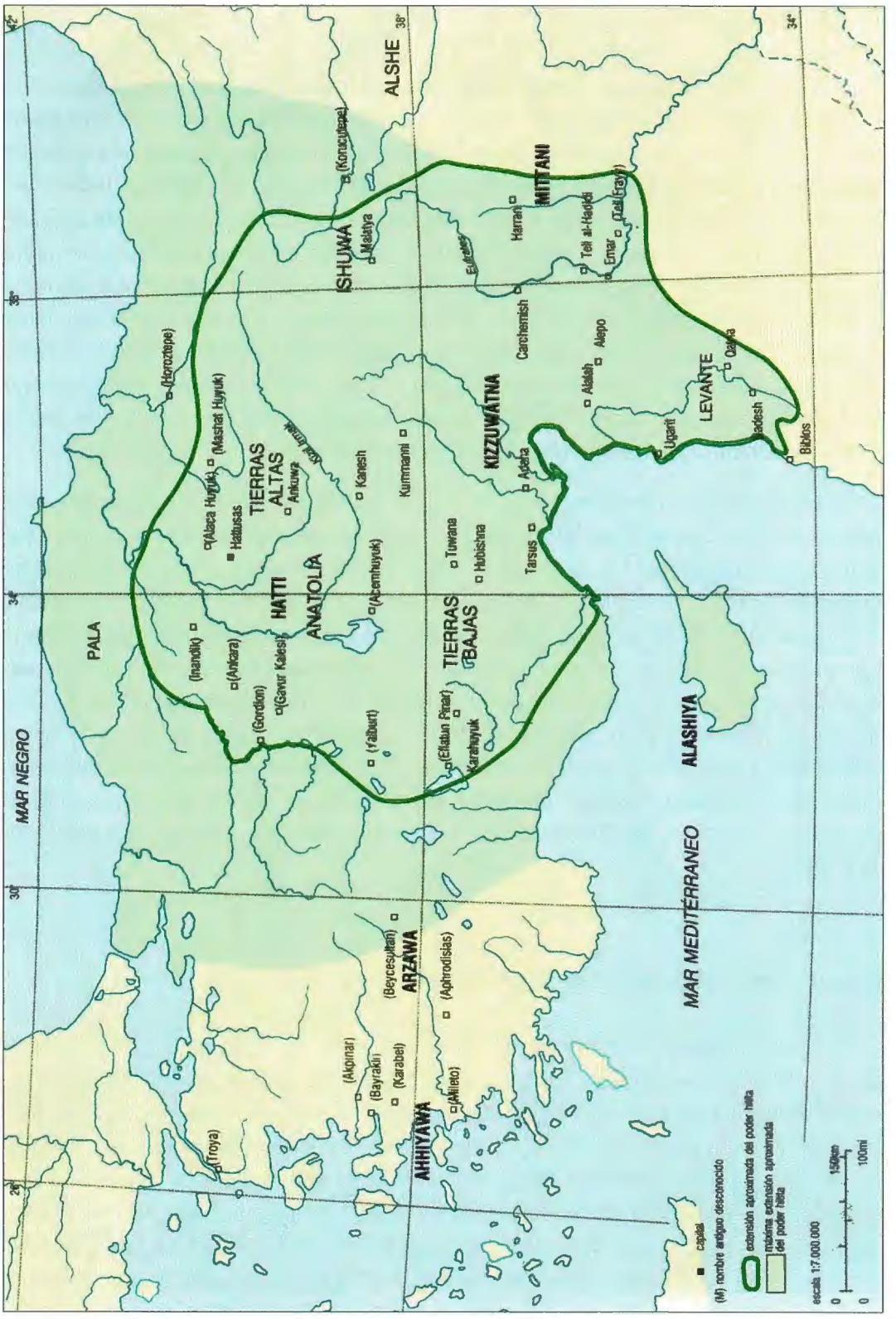
EL IMPERIO HITITA

Aunque sustentado por la fuerza militar, como el resto de los grandes imperios próximo-orientales, el Imperio hitita basó su prosperidad en el desarrollo y control absoluto de una potente economía. Surgido en la región de Anatolia y delimitado por una orografía bien definida (las montañas del Ponto al norte y las del Tauro al Sur), el Reino-Imperio hitita, aun sin contar con una salida directa al Mediterráneo, constituía un puente obligado entre Asia y Europa. El mantenimiento hitita de la autoridad e influencia sobre un territorio que comprendía el enorme espacio geográfico que iba desde las costas del Mar Negro en el norte, hasta la región septentrional de Siria en sur (Alepo, Kadesh), y desde Asia Menor en el oeste, hasta la cuenca del alto Éufrates en el este, exigió no sólo un poderoso ejército que fuese equivalente al asirio o al egipcio, sino también nuevas tácticas e ingenio militar al servicio de una avanzada poliorcética que permitiesen ocupar una posición de fuerza prolongada frente a cualquier amenaza de las potencias vecinas.

Si bien la presencia de los hititas en Anatolia se remontaba a las migraciones indoeuropeas en torno al 2000 a. C., su fusión con los grupos indígenas existentes conforme su dominio avanzaba hacia el sur, alcanzando zonas del Asia Anterior, configuró un reino de profunda raigambre autóctona. El país de Hatti, del que derivaba el nombre de «hititas» y el de su propia capital histórica, Hattusas (cerca de la actual Bogazskoy), representa el ejemplo paradigmático de un reino que, a través de diferentes etapas de desarrollo, terminaría por transformarse en un auténtico Imperio. Sin embargo, desde una perspectiva estrictamente histórica, dicho proceso tardaría en completarse varios siglos. La dinámica imperialista hitita, caracterizada por una hegemonía de tendencia especialmente económica, no se percibe como una realidad evidente hasta, al menos, bien entrado el siglo XIV a. C., época en que accede al poder el joven y enérgico Suppiluliuma (*ca.* 1370-1342 a. C.).

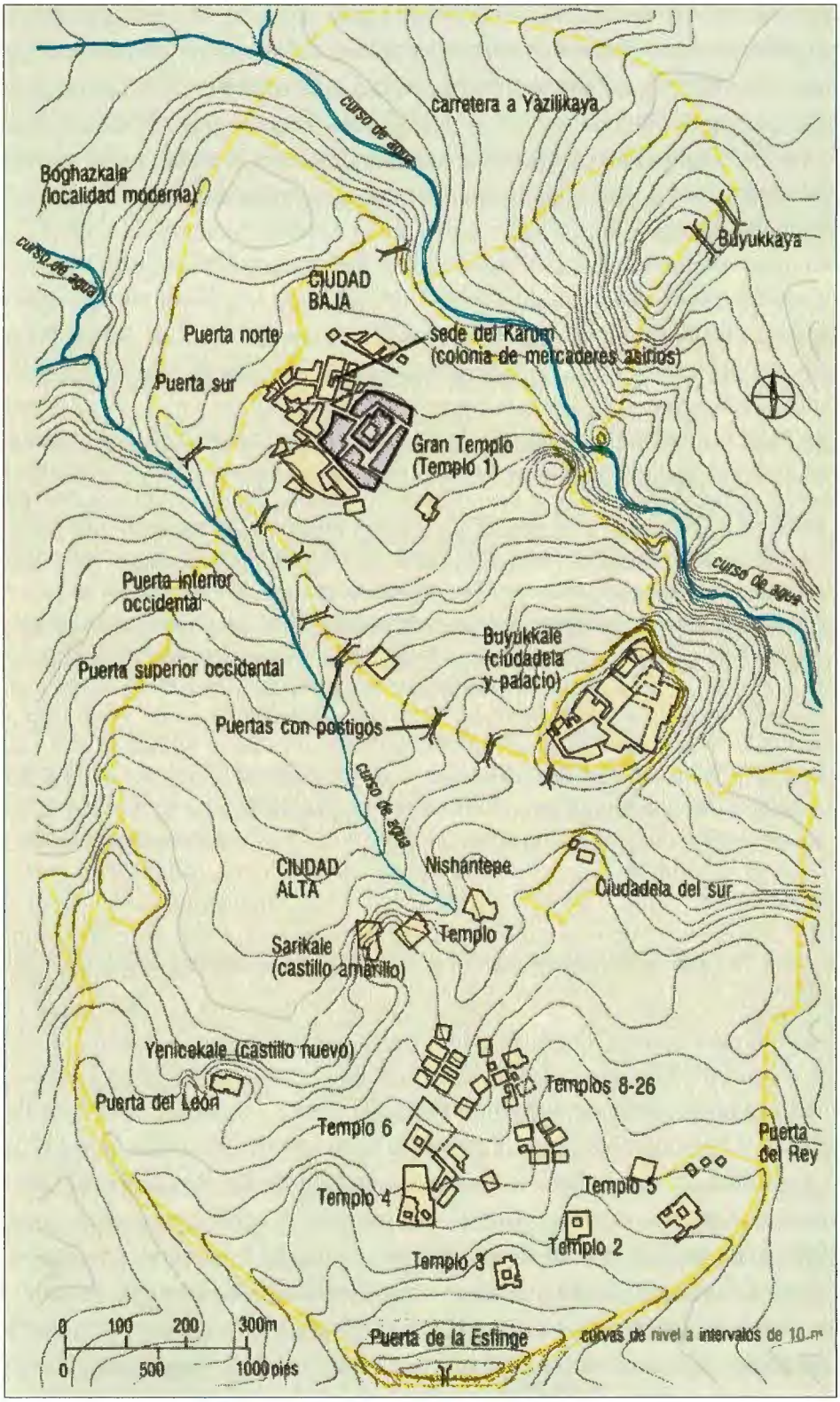
Origen y desarrollo del Reino-Imperio hitita

Si nos atenemos a la tradición reflejada en el *Rescripto de Telepinus* (finales del siglo XV a. C.), el reino hitita sería fundado por un tal Labarna (o Tlabarna), *ca.* 1700 a. C., rey semi-legendario, cuyo nombre sería adoptado posteriormente como título real («labarna») de los soberanos del país de Hatti. En esta primera época el reino hitita se reducía al control de un pequeño territorio en torno al centro de la meseta de Anatolia entre el Tauro y la llanura de Konia. Pero un siglo después, **Hattusili I** (1650-1620 a. C.) y sobre todo **Mursili I** (1620-1590 a. C.) consiguieron extender su influencia hasta Cilicia y el norte de Siria. Este último fue capaz incluso de conquistar y saquear Babilonia (*ca.* 1595 a. C.). Sin embargo, su muerte originó



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Folio, Madrid, 1992, II, p. 139.

Mapa 24. El Imperio hitita.



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Ediciones Folio, Madrid, 1992, II, p. 145.

Mapa 25. Plano de la ciudad de Hattusas.

problemas internos que debilitaron el Estado hasta el punto de que gran parte de los territorios que habían sido dominados cayeron en manos de los hurritas, posibilitando, en apenas unas pocas décadas, la formación del poderoso Estado de Mitanni. El freno de la política imperialista anterior desencadenó un proceso de luchas internas entre las más poderosas familias de la nobleza hitita que aspiraban a hacerse con el poder, hasta que **Telepinus I** (1525-1500 a. C.) consiguió imponerse en el trono y promover una ley de sucesión que garantizase la estabilidad política.

Los «Anales» del rey hitita Hattusili I (1650-1620 a. C.)

Así habla el Tabarna Khattushílis (I), el Gran rey, rey de la tierra de Hatti, hombre de la ciudad de Kushshar. Reinó sobre la tierra de Hatti, cual hijo del hermano de la Tawananna. Marchó contra la ciudad de Sanawitta y no la destruyó, pero aniquiló su territorio. Dejé tropas de guarnición en dos sitios y cuantas majadas había se las di a las tropas de guarnición. Luego marché contra la ciudad de Zalpa y la destruí y me llevé conmigo sus dioses. Ofrecí tres carros madnanu a la diosa del Sol de la ciudad de Arinna. Di (un vaso en forma de) un toro de plata y una cadena de plata al templo del dios de la Tempestad. Las (imágenes de) los dioses que quedaron las ofrecí al templo de la diosa Mezzulla. [...] Nadie antes había cruzado el río Mala. Y yo, el Gran rey, el Tabama, lo atravesé por mi propio pie y mi ejército lo atravesó por su propio pie tras de mí. Solo Sharrukin (= Sargón de Akkad) lo había atravesado y había derrotado a las tropas de la ciudad de Khakhkha, pero no le hizo nada a la ciudad de Khakhkha. No la destruyó por completo a fuego y el humo no se dispersó hacia el dios de la Tempestad del cielo. En cambio, yo, el Gran rey, el Tabama, aniquilé Khashshuwa y Khakhkha y las incendié a fuego, le mostré el humo a la diosa Sol (y) al dios de la Tempestad del cielo. Y al rey de Khashshuwa y al rey de Khakhkha los uncí a un carro. Tablilla de las «hazañas» de Khattushilis (I).

F. Lara Peinado, *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo*, Cátedra, Madrid, 2011, pp. 309-313.

La llegada al poder de **Suppiluliuma** (1380-1342 a. C.), hijo y sucesor de Hattusili II, inauguró la época propiamente imperialista en la que el reino hitita, además de recuperar sus antiguas posesiones, se convertirá en una de las tres potencias del Próximo Oriente que, junto con Asiria y Egipto, se disputaron el control efectivo de la región septentrional de Siria, de indudable importancia comercial y estratégica. Aunque con anterioridad a su subida al trono ya había demostrado sobradamente su talento militar en las campañas victoriosas emprendidas contra algunas regiones del norte y este de Anatolia que se habían sublevado contra el poder central, Suppiluliuma desplegó a lo

largo de su reinado una inteligente estrategia diplomática pactando con Mitanni y Egipto. En este mismo sentido, las ciudades-estado «amigas», tales como Ugarit, Amurru y Kadesh, fueron vinculadas al poder hitita a través de tratados de vasallaje. Ahora bien, la incapacidad de Egipto para reaccionar ante la interesada modificación de Mitanni de la frontera que separaba a ambos Estados como consecuencia de la profunda crisis ocasionada por su sucesión dinástica, llevó a la corte hitita a actuar como contrapeso político en la región. De hecho, Suppiluliuma recibió una solicitud de la viuda del faraón (¿Amenhotep IV?, ¿Tutankamón?) para que un hijo suyo se convirtiera en el nuevo consorte. El asesinato del joven príncipe cuando se dirigía hacia Egipto suscitó un cambio radical en el carácter de las relaciones políticas mantenidas con aquellos países del ámbito sirio que, aun reconociendo su subordinación al Imperio hitita, habían gozado hasta entonces de cierta autonomía. La inmediata implantación de un férreo control político sobre toda la región siria se tradujo en el nombramiento de dos de sus otros hijos (Telepinus y Piyashili) para ocupar respectivamente los tronos de Aleppo y Karkemish, decisión que conllevó el traslado a ambas ciudades-estado de un considerable número de dignatarios hititas. Es en estos momentos de máxima expansión territorial cuando se dejó sentir en el escenario político internacional el peso hegemónico del Imperio de Hatti. Su monarca, considerado como uno de los «grandes reyes» de la época, aparece en la documentación procedente de los archivos egipcios de Tell el-Amarna en un mismo plano de igualdad respecto al propio faraón. Desde un punto de vista ideológico, resulta significativo que el rey asuma en su titulatura la denominación «mi Sol», expresada de forma iconográfica con la representación del disco solar alado sobre su cabeza, y que al mismo tiempo adopte como símbolo de su indiscutible poder monárquico la figura de un león rugiente y rampante.

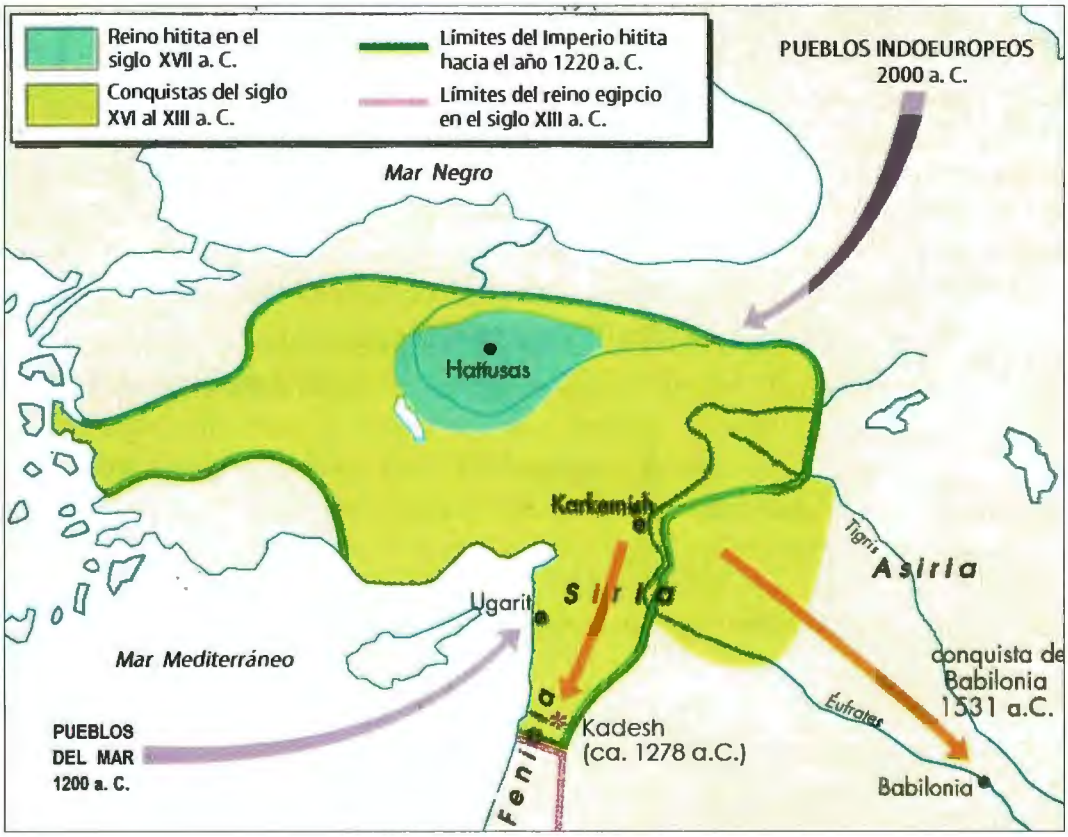
Tras la muerte de Suppiluliuma a causa de una epidemia de peste y el efímero reinado de su primer hijo heredero (Arnuwanda II), el Imperio pasó a manos del más joven de sus vástagos, **Mursili II** (*ca.* 1340-1310 a. C.), cuyos anales oficiales han dejado valiosa información, tanto sobre el gobierno de su padre, como del suyo propio. Sabemos que, nada más subir al trono, tuvo que hacer frente a una peligrosa sublevación de algunos Estados vasallos que, aprovechando la juventud e inexperiencia del nuevo monarca, pretendían reivindicar una mayor autonomía política. A estos primeros problemas surgidos en la esfera de influencia exterior se unía la crisis interna provocada por el desgaste económico ocasionado por un prolongado período de guerra, así como por los efectos de una letal epidemia de peste que algunos sectores de la sociedad vinculados a la casta sacerdotal habían interpretado como un castigo divino por la soberbia con la que el rey anterior había ejercido el poder, ignorando por completo las tradiciones culturales propiamente hititas. A pesar de que Mursili II deseaba emular las hazañas bélicas de su padre, no dejó de estar atento a estas exigencias de la élite social más tradicionalista, mos-

trándose escrupuloso con los rituales ancestrales que favorecían la cohesión social, y situando habilidosamente su propia soberanía bajo la simbólica protección de la diosa Ishtar. Una vez asegurada la paz interna, decidió actuar de forma enérgica con los países del ámbito sirio anexionados por su padre al reino de Hatti. En este frente contó con la inestimable ayuda de su hermano Piyashili, gobernante de Karkemish, y de Aziru de Amurru. Coincidiendo en el tiempo con este comprometido proceso de estabilización política, el faraón Horemheb creyó poder aprovechar las circunstancias al intentar un avance militar en la frontera norte de sus dominios, pero fue firmemente rechazado por las fuerzas hititas. Con la desaparición de sus hermanos y del fiel Arizu, Mursili II emprendió una profunda reforma de los gobiernos locales basada en la subscripción de acuerdos vinculantes con sus principales dirigentes (por ejemplo, con Talmi-Sharruma de Alepo, Niqmepa de Ugarit o Duppi-Teshub de Amurru). El mismo sistema de tratados, con obligaciones contractuales precisas ligadas a la corte hitita, fue también promovido en el caso de los pequeños Estados que giraban en torno al lejano reino de Arzawa en Anatolia occidental.

Su hijo y sucesor, **Muwatalli** (*ca.* 1310-1275 a. C.), decidió transformar el «país alto» en una provincia estatal unitaria sujeta al gobierno de su hermano Hattusili (conocido después como Hattusili III), quien, con la concesión de tierras, logró asentar a los belicosos *gashga* y liberar así de toda amenaza a los prestigiosos lugares santos localizados en los territorios periféricos del Imperio. Abandonada Hattusas como capital del reino, Muwatalli trasladó su corte a Tarkuntasha, una ciudad situada en la llanura de Konia mucho más próxima a sus intereses políticos. En estos momentos, su principal preocupación era la contención de las veleidades expansionistas de Siria y Egipto. Si bien el enfrentamiento con los reyes asirios Adad-Ninari I y Salmanasar I tuvo desastrosas consecuencias que comportaron la pérdida de Khanigalbat (Mitanni) y el repliegue de la frontera asirio-hitita en el Éufrates, su choque con el Egipto de Ramsés II en la célebre batalla de Kadesh (*ca.* 1278 a. C.), no alteró esencialmente el equilibrio de fuerzas en la zona ni la línea divisoria de sus respectivas áreas de hegemonía. De hecho, dicha batalla permitió a Muwatalli situar al reino de Amurru (gobernado por Benteshina) bajo la órbita hitita, lo que no impidió a la propaganda egipcia transformar el choque (en el que realmente no hubo vencedores ni vencidos) en un gran hito histórico favorable al faraón, tal y como aparece reflejado en el *Poema de Pentaur.*

Como muestra evidente del carácter variable e inestable de las diversas alianzas establecidas entre las grandes potencias imperialistas, el apoyo que Asiria había prestado a Egipto en su enfrentamiento con los hititas en Kadesh se transformó poco después en un pacto subscrito por el hermano de Muwatalli, **Hattusili III** (1265-1240 a. C.), con el mismo Ramsés II. El tratado, fechado en el vigésimo primer año del reinado del faraón, fue redactado originariamente en tablillas de plata y consolidado, tal y como atestigua el prolonga-

do intercambio epistolar entre las dos cortes según los documentos descubiertos en los archivos de Hattusas, con el matrimonio entre una hija de Hattusili III con Ramsés II.



Mapa 26. Reino hitita y «Pueblos del Mar».

Transcurridos algunos años, la estabilidad del reino sería quebrantada por la sublevación de los Estados vasallos anatolios, a los que ninguno de los sucesivos reyes hititas volverían ya a someter completamente. A causa de los infructuosos esfuerzos por revertir esta situación y mantener las falsas apariencias imperialistas en el escenario político internacional, la potencia hitita salió muy debilitada, hasta el punto de que en el curso de las primeras décadas del siglo XII a. C. el «Imperio» se desintegró fácilmente al no resistir el ataque de los llamados «Pueblos del Mar».

Organización política del Imperio hitita

Los estrechos lazos entre la familia real y la más distinguida nobleza del reino, establecidos por medio de convenientes matrimonios, no siempre aseguraron la cohesión

política interna, ya que en algunas ocasiones el cercano parentesco de los nobles con la rama dinástica que poseía la corona les incitaba a albergar ciertas aspiraciones al trono. Dado que era inevitable que los más altos cargos de la administración fuesen ocupados por los «grandes» y los «hijos del rey» (miembros de las familias aristocráticas más importantes y los propios parientes del monarca), toda relación con el soberano quedaba regulada a partir de un inquebrantable compromiso jurídico en favor de la legitimidad real. De ahí que, tanto a la élite política, como a los altos funcionarios del Estado se les exigiese un juramento escrito de fidelidad a la corona. Es significativo, sin embargo, que la administración hitita se muestre menos burocrática y profesionalizada que la de los Estados mesopotámicos. En palacio, los cargos de «gran escriba» y «jefe de los combatientes de carros» eran los más importantes y por su dignidad se situaban inmediatamente después del rey, la reina y el príncipe heredero.

A pesar de que el país de Hatti, núcleo geográfico y político del Imperio, estaba organizado en provincias confiadas a gobernadores que eran al mismo tiempo miembros de la nobleza y familiares del rey, tanto el gobierno central como la administración de los diferentes territorios muestran una estructura escasamente compacta. La responsabilidad política en las regiones periféricas fuera de Anatolia correspondía al «síndico» o «alcalde» (*hazanu*), encargado de los asuntos civiles, y al «jefe de la guarnición» o «señor de la torre vigía» (*bel madgalti*), cuya autoridad se circunscribía al ámbito militar.

Economía y sociedad entre los hititas

En origen, la agricultura constituía en Anatolia la actividad económica primordial. Debido al hábitat disperso propio de esta región, la tierra estaba repartida a lo largo de todo el territorio en pequeñas granjas familiares. Las relaciones sociales venían determinadas también por el paisaje agrícola. Frente a las grandes y abiertas extensiones cultivadas de Mesopotamia, predominaban en Anatolia los campos cercados por vallas y muros. Los rebaños de cabras y ovejas realizaban una trashumancia vertical que los llevaba de los pastos estivales de montaña a los invernales de valle. El comercio y las manufacturas tuvieron un desarrollo limitado en contraste con la minería, ya que la extracción de plata, plomo, hierro y cobre, constituyó la auténtica riqueza del país de Hatti.

En general, la sociedad hitita, que presenta rasgos notoriamente rurales, se caracterizaba por la superposición de varios grupos de nobles en la élite social, en consonancia con su responsabilidad al frente de la administración central, provincial o periférica, y por la carencia de un desarrollo de los sectores propiamente urbanos, tan característicos de Mesopotamia y Siria-Palestina. Era también característica una ausencia significativa de la propiedad privada, como parece indicar el que no se hayan conservado documentos que

correspondan a contratos de compra-venta entre particulares. Junto a los palacios, cuyas propiedades pertenecían al rey, existían tierras comunitarias que correspondían a las aldeas y pequeños centros urbanos.

Al igual que en el resto del Próximo Oriente, la población que se encontraba por debajo de la élite social, se dividía entre individuos de condición libre, obligados a prestar ocasionalmente un servicio comunitario (*luzzi*) en forma de trabajo o de incorporación temporal a las tropas del rey, y los dependientes de palacio (artesanos, militares, administradores), que recibían para su sustento un lote de tierra junto con los colonos necesarios para su explotación.

INFILTRACIÓN DE NUEVOS PUEBLOS EN EL PRÓXIMO ORIENTE DURANTE EL II MILENIO A. C.

En Mesopotamia: amorreos, cassitas, hurritas y Mitanni

Amorreos

A comienzos del II milenio a. C., Siria y Mesopotamia fueron regiones receptoras de grandes migraciones. Los *ammurru* (*martu*, en los textos sumerios), que tenían probablemente un origen paleo-cananeo, asimilaron pronto la cultura mesopotámica y por la vía militar consiguieron durante un tiempo cierto protagonismo político. Como ya ha sido indicado, el propio Hammurabi de Babilonia descendía de una familia amorrea. Aunque la entonces pequeña ciudad de Babilonia fuera uno de los destinos elegidos para el asentamiento de los primeros amorreos, es indudable que el posterior reconocimiento político de este grupo étnico presupone que hubo varias generaciones que pasaron por un proceso permeable de adaptación cultural hasta llegar a su consolidación dentro del mundo mesopotámico.

Cassitas

Bajo el reinado de **Samsuiluna** (1749-1712 a. C.), hijo y sucesor de Hammurabi, Babilonia conoció la penetración de nuevos pueblos procedentes de las montañas iranias, a los que los textos babilónicos aluden como *Kashushu*, los elamitas como *Kussi* y los griegos como *Kosseos*. El término *cassitas*, que sin duda guarda relación con todos esos nombres, parece derivar del país de *Kashshen*, en el oeste de Irán.

Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Folio, Madrid, 1992, II, p. 142.

Mapa 27. El reino de los cassitas.

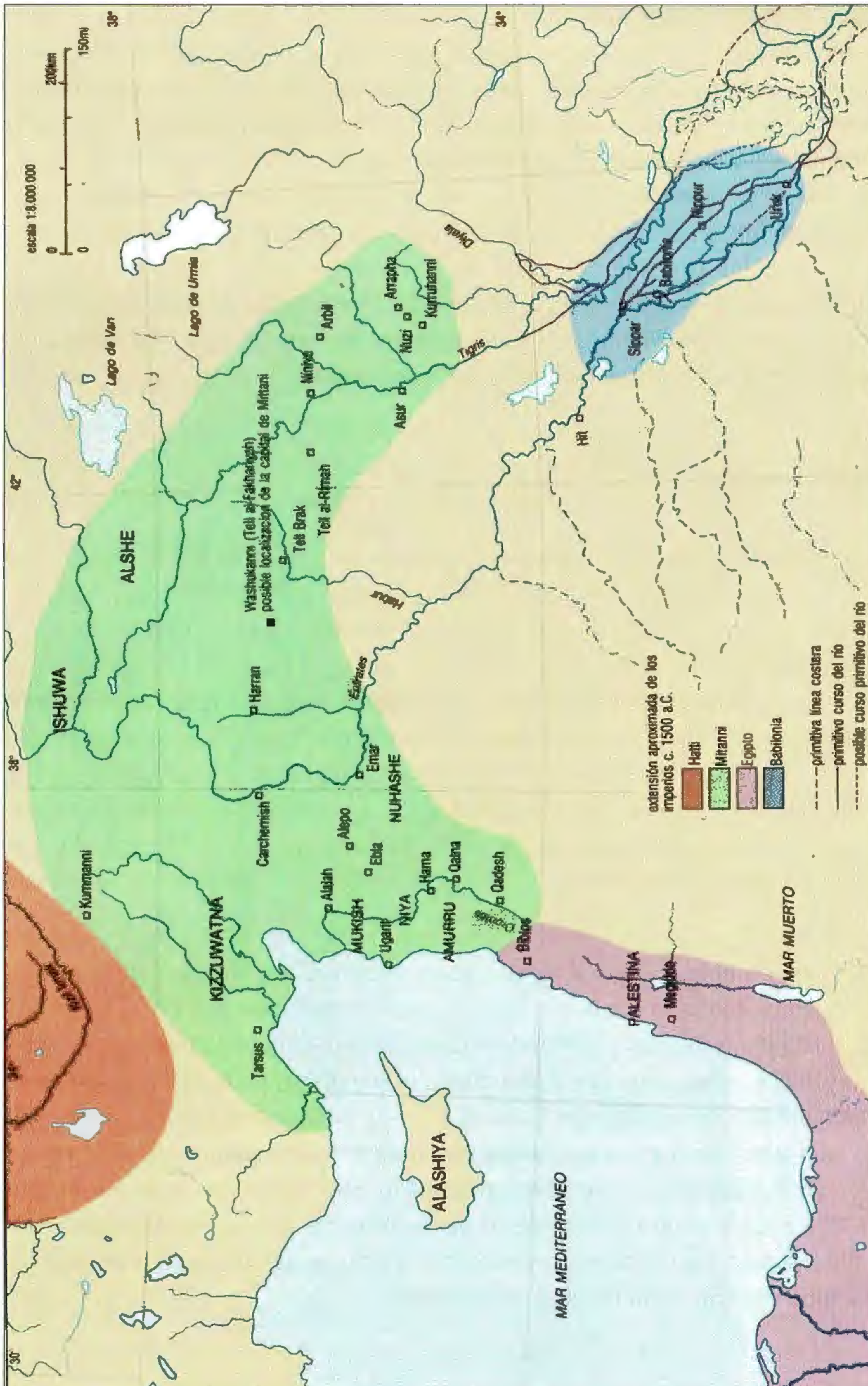
Hacia el año 1570 a. C., el dominio cassita de Babilonia se consolidó hasta el punto de que en los textos de la época el nombre de este reino se sustituyó por el de *Karduniash*, siendo constatada un siglo después su incorporación a la titulatura real. Los reyes de procedencia cassita impulsaron una intensa política de relaciones con los estados próximo-orientales posibilitando que, bajo **Kurigalzu I** (1405-1374 a. C.), Babilonia recuperase el rango de «gran potencia». Pero durante las generaciones siguientes, los soberanos cassitas que gobernaban en Babilonia tuvieron que soportar la fuerte presión de los elamitas por el sur y de los asirios por el norte. No pudieron evitar que, hacia mediados del siglo XIII a. C., *Karduniash* entrara en la órbita del Imperio Medio Asirio. A pesar de que los reyes cassitas se mantuvieron todavía en el poder durante un siglo, Babilonia se había convertido *de facto* en una «provincia» del Imperio asirio.

Hurritas y Mitanni

Aprovechando el declive de la dinastía amorrea de Babilonia y la inestable situación política de Asiria, el Estado hurrita de Mitanni, formado por los descendientes de los grupos iranios que en el siglo XVIII a. C. habían comenzado a penetrar en la Mesopotamia septentrional, irrumpió con fuerza a mediados del siglo XVI a. C. en el escenario de los grandes Imperios próximo-orientales. Fueron considerados tradicionalmente como los portadores de una nueva cultura caracterizada sobre todo por la amplia utilización del caballo y el carro con fines bélicos. Su uso estuvo especialmente vinculado a un grupo social de élite, los *maryannu* (del védico *marya*, cuyo significado es «joven» o «guerrero») o aristocracia guerrera de Mitanni que, en algún momento, llegó a convertirse en una especie de «clase feudal» al servicio de la corona, de la que, en contrapartida, recibió tierras de cultivo.

Aunque la simbiosis cultural hurrita que caracterizó al poderoso Estado de Mitanni (cuyos extensos dominios llegaron a abarcar un inmenso territorio desde el lago Van y los Zagros hasta el río Orontes y el litoral mediterráneo) constituyó la base de una sociedad cohesionada en torno a una fuerte identidad, los problemas políticos internos nacidos en el ámbito político (principalmente las usurpaciones), junto con el avance imparable de los hititas bajo Suppiluliuma I, acabarían con su hegemonía a mediados del siglo XIV a. C. Su escisión en dos reinos: uno, al norte, gobernado bajo influencia hitita por **Mattiwaza** (1349-1333 a. C.), y el otro al sur, regido posteriormente por su hijo **Shattuara I** (1332-1303 a. C.), si bien bajo el estrecho control del rey asirio, apenas pudo prolongar mucho más su supervivencia como Estado independiente.

Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Folio, Madrid, 1992, II, p. 134.



Mapa 28. Imperio de Mitanni.

En Siria-Palestina: arameos

Tras la desaparición definitiva del Estado de Mitanni a mediados del siglo XIII a. C., quedaba completamente libre el acceso a la región siro-palestina, cuyo control se disputarían durante mucho tiempo las tres grandes potencias de la época: hititas, asirios y egipcios. El interés estratégico de esta zona atrajo a grupos semi-nómadas que, como los semitas arameos, asentados primeramente en la región de Harrán, al este del Éufrates, comenzaron a infiltrarse en aquel nuevo territorio. Como los beduinos del desierto, los arameos fueron los responsables de la domesticación del camello, cuya utilización sustituyó a otros animales de carga en las zonas desérticas a partir del siglo XII a. C.

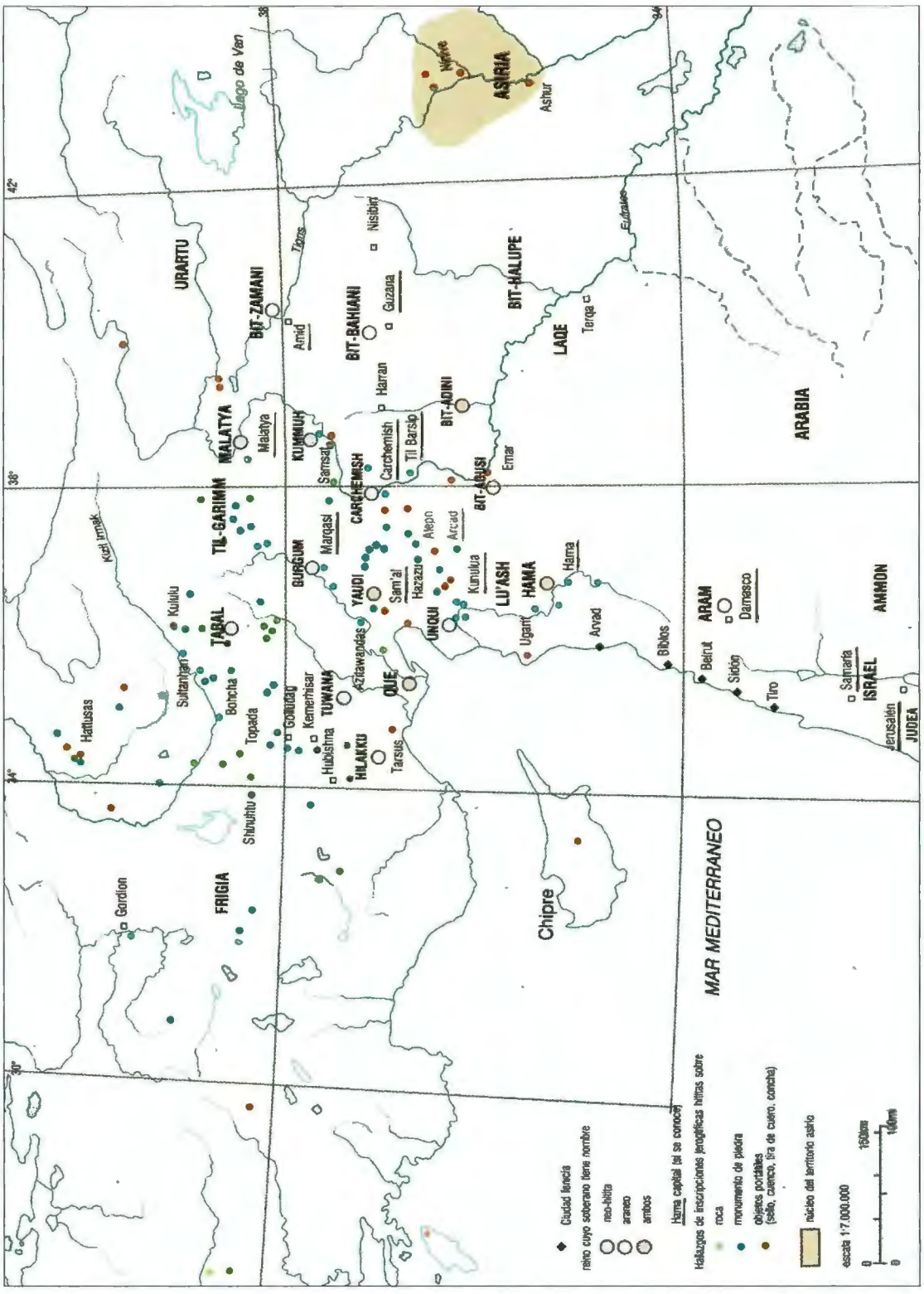
A principios del siglo XIV a. C., el grupo originario de los arameos se había escindido ya en dos ramas: la de los *sutu*, que intentaron establecerse en los centros urbanos mesopotámicos, y la formada por los *akhlamu*, que ocuparon el área del Jordán en torno a la bíblica región de Aram (la tierra de Jacob), concentrándose principalmente en la zona de Damasco. La presencia aramea en estos territorios frenó de alguna manera la expansión asiria hacia el oeste, aunque el carácter fuertemente tribal de estos pueblos retrasó su organización en comunidades políticas independientes hasta finales del II milenio a. C., cuando uno de sus exponentes más evolucionados, conocido con el nombre de *kaldu* (caldeos), penetró en la baja Mesopotamia.

En el litoral mediterráneo: los llamados «Pueblos del Mar»

Con el nombre genérico de «Pueblos del Mar» se conoce a un conjunto poco homogéneo de pueblos que hacia el año 1200 a. C. se enfrentaron a los egipcios en el Delta del Nilo, siendo rechazados en dos ocasiones (*ca.* 1220 a. C., bajo Merentaph, y en 1191 a. C., por Ramsés II) y empujados posteriormente hacia un asentamiento estable en diversas áreas del Mediterráneo oriental. Aunque resulta muy difícil identificar a cada uno de estos pueblos, los investigadores han logrado individualizar algunos de ellos utilizando el criterio de proximidad o transcripción onomástica. De esta forma, podemos establecer las siguientes equivalencias:

Eqwest= aqueos	*Lukka* = licios	*Shekelest* = sículos
Sherden = sardinios	*Peleset* = palestinos	*Tjker* = teucros

Debido a la exigua información que registran las fuentes conservadas, no ha sido posible hasta el momento distinguir en términos étnicos y lingüísticos elementos comunes que, de existir, sirvan como nexos de unión entre grupos más allá de la denomina



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Folio, Madrid, 1992, II, p. 160.

Mapa 29. Reinos arameos y neohititas

ción compartida de «Pueblos del Mar». Dentro de este desordenado conglomerado de etnias que parecen haberse coaligado para enfrentarse, entre otros, al poder faraónico, podemos descubrir, aunque de forma imprecisa, no sólo elementos de origen indoeuropeo sino también semítico e incluso libio (*Libu*).

Teniendo en cuenta que la actividad destructiva de estos pueblos se limitó a áreas próximas al litoral mediterráneo dentro del corredor siro-palestino, sin que apenas afectase a zonas del interior (los territorios a ambos márgenes del Éufrates controlados por los grandes Estados como Asiria, Babilonia y Elam quedaron fuera de sus fulgurantes ataques), no resulta apropiado admitir que nos hallemos ante un claro fenómeno de «invasión».

Desde una perspectiva hipotética, quizás el elemento común a todos estos «pueblos extranjeros» que, por diferentes circunstancias, habían supuestamente abandonado sus respectivas islas de procedencia, sea su condición de «mercenarios», bien al servicio de jefes libios, bien al del propio faraón para contener el empuje de estos, aunque posteriormente se sublevaran contra él convirtiéndose en feroces enemigos. De otro modo, habría sido imposible la formación de una coalición tan heterogénea en la que se mezclaban diversos intereses comerciales, militares o regionales.

BIBLIOGRAFÍA

Bryce, T., *El reino de los hititas* (trad. J. L. Rozas), Cátedra, Madrid, 2001.

Alvar, J., *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del segundo milenio* (Akal Historia del Mundo Antiguo, 7), Akal, Madrid, 1989.

Ceram, C. W., *El misterio de los hititas* (trad. J. Gascón), Destino, Barcelona, 1995.

González Wagner, C., *Babilonia* (Akal Historia del Mundo Antiguo, 3), Akal, Madrid, 1988.

—, *Asiria y su Imperio* (Akal Historia del Mundo Antiguo, 8), Akal, Madrid, 1989.

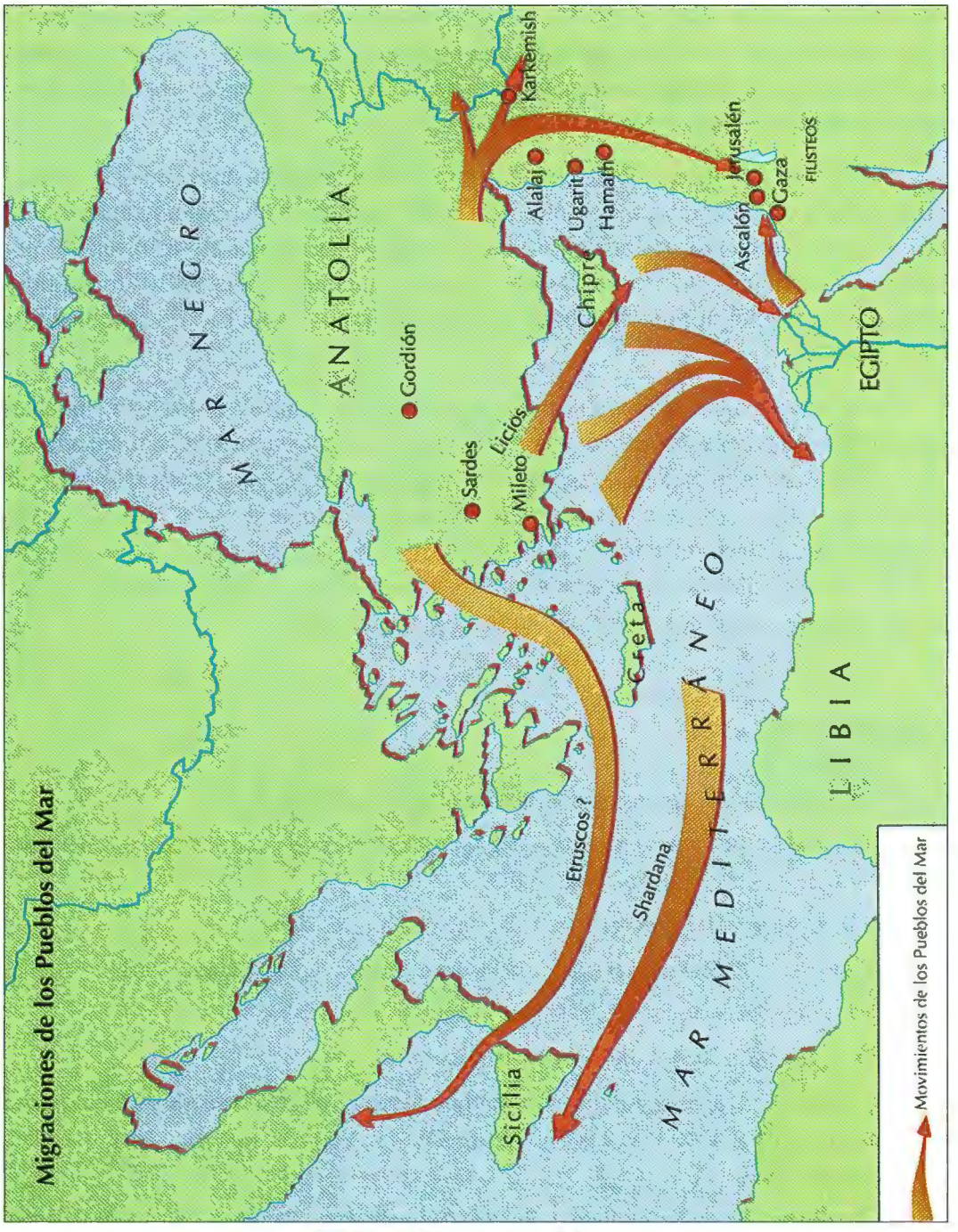
Gurney, O. R., *Los hititas* (trad. A. Herranz), Laertes, Barcelona, 1995.

Horsnell, M. J. A., *The Year-Names of the First Dynasty of Babylon, vol. 2, The Year Names Reconstructed and Critically Annotated in Light of Their Exemplars*, McMaster University Press, Hamilton (Ontario), 1999.

Oates, J., *Babilonia. Auge y declive* (trad. J. Beltrán), Martínez Roca, Barcelona, 1989 (orig. London, 1979).

Sáez Fernández, P., *Los hititas* (Akal Historia del Mundo Antiguo, 5), Akal, Madrid, 1988.

Seymour, M., *Babylon. Legend, History and the Ancient City*, I. B. Tauris, London/New York, 2014.



Mapa 30. «Pueblos del Mar».

Tema 6
El Próximo Oriente durante el I Milenio a. C.
La Edad del Hierro (ca. 1200-330 a. C.)

Sinopsis

El colapso socio-político de los Estados hegemónicos y las graves destrucciones provocadas por los llamados «Pueblos del Mar» a finales de la Edad del Bronce permitieron al elemento nómada, siempre activo en los márgenes de los centros urbanos, alzarse como protagonista de una nueva dimensión territorial de carácter agro-pastoril, capaz de conformarse en pequeños Estados en la región siro-palestina gracias a la unión sustentada por una fuerte solidaridad tribal. Estos pueblos emergentes se convirtieron en los principales impulsores de las transformaciones que derivaron en un nuevo decurso histórico en determinadas regiones como Anatolia, Chipre, Siria y Palestina. Avanzada la Edad de Hierro, se produjo una recomposición de la geografía política mesopotámica con el resurgimiento de las ambiciones expansionistas propias de las antiguas grandes potencias como Asiria y Babilonia. Bajo sus respectivos dominios hegemónicos se llevó a cabo una reunificación imperialista del territorio, dentro del cual los pequeños reinos parecen haber disfrutado de cierta autonomía tanto en su aspecto fiscal como provincial. Con grandes reyes como Adad-Nirari III (810-783 a. C.) o Tiglat-Pileser III (744-727 a. C.), el nuevo Imperio asirio recuperó la antigua supremacía militar impulsando guerras de conquista que posibilitaron el control de las principales rutas comerciales y reportaron pingües beneficios que, siguiendo un sistema de retroalimentación, sirvieron asimismo para sustentar los enormes gastos generados por el mantenimiento de un ejército permanentemente activo y de un ingente aparato administrativo.

Las disensiones internas en la familia real, evidenciadas ya durante el reinado de Assurbanipal (668-631 a. C.), debilitaron el poder asirio hasta el punto de hacerlo sucumbir ante el imparable empuje del Imperio neobabilónico, cuyos principales reyes, sobre todo Nabopolasar (625-605 a. C.) y su sucesor Nabucodonosor II (605-562 a. C.), lograron mantener la hegemonía en el Próximo Oriente gracias a la implantación de un sistema de gobierno basado en la diversificación del ejercicio del poder por delegación, asociando al mismo, en calidad de corregente, al príncipe heredero, y creando nuevas figuras como el escriba personal, el administrador (*shatamu*) y el secretario de Estado (*zazakku*).

Aunque privados de sólidas estructuras militares e incapaces de crear Estados territoriales de grandes dimensiones, otros pueblos, como los fenicios y los hebreos, ejercieron una influencia duradera en las transformaciones culturales originadas a lo largo de este período histórico en el Próximo Oriente antiguo. Aunque las vicisitudes políticas de los reinos de Israel y Judá fueron muy tormentosas, marcadas por invasiones, deportaciones y momentáneos períodos de independencia, sus aportaciones en la esfera religiosa (transmitidas fundamentalmente por los libros de la Biblia hebrea), lograron imponer una visión nueva del mundo en claro contraste con la manifestada por otros pueblos antiguos. Por su parte, instalados al norte de Palestina y conscientes de su inferioridad militar respecto a los potentes imperios que los rodeaban, los fenicios se dedicaron primordialmente al comercio internacional, fundando numerosas colonias en puntos estratégicos a lo largo de la costa meridional mediterránea. Entre las innovaciones culturales más significativas introducidas por ellos se encuentra la creación del alfabeto fonético que, tras una larga serie de transformaciones, ha llegado hasta nuestros días.

Con la ocupación persa, la historia del Próximo Oriente termina formalmente, pero no culturalmente. Una vez absorbido el antiguo reino de los medos, los persas formaron una gran dinastía capaz de crear un inmenso Imperio. Sus orígenes más remotos pueden encontrarse en las conquistas llevadas a cabo por Ciro el Grande (559-530 a. C.) y continuadas por Cambises II (530-522 a. C.) con la incorporación de Egipto, y por Darío I (522-486 a. C.) con su apertura hacia Occidente. Aunque la monarquía persa se vinculó ideológicamente a Ahura Mazda, la divinidad suprema de los iranios, supo respetar, en aras de una convivencia pacífica dentro del Imperio (*pax achaemenida*), los cultos religiosos propios de los pueblos sometidos. Dividido el territorio en diferentes satrapías, su administración fue confiada a sátrapas nombrados directamente por el Gran Rey. La inestabilidad política registrada a lo largo del siglo IV a. C., acompañada por una profunda crisis económica, terminó por llevar al Imperio persa a un estado de extrema debilidad que la incapacitó para afrontar el empuje conquistador de Alejandro Magno, quien le asestó un golpe mortal con su victoria sobre las tropas persas en la famosa batalla de Cránico en mayo del año 334 a. C. Cuatro años después Alejandro tomó Persépolis.

Guion / Resumen

Mutaciones culturales y geopolíticas	Inestabilidad política, social y demográfica.
	Degradación del sistema organizativo centrado en el palacio.
	Paulatina recuperación del perdido prestigio de las escuelas de escribas.
	Metalurgia del hierro.

	Domesticación del camello y del dromedario (nuevas posibilidades para las caravanas que atravesaban regiones desérticas).
	Nacimiento y desarrollo de los «Estados nacionales».
Imperio Nuevo Asirio	Tendencias expansionistas con Assur-Nasirpal II: empleo brutal de la fuerza militar.
	Monarquía sustentada ideológicamente por el dios Assur.
	Política tributaria según el *Obelisco Negro*.
	Política de conquistas en el apogeo del Imperio.
	Sometimiento de Babilonia e Israel.
	Victorias sobre el poder egipcio.
	Organización del potente ejército asirio.
	Economía y sociedad asirias: • trabajadores vinculados a la tierra procedentes de las gentes deportadas (*nishe*). • esclavos (*urdani*). • comerciantes (*tamkaru*). • trabajadores en pequeños talleres instalados en los palacios de los gobernadores y en los principales templos.
Imperio Neobabilónico	Época del sometimiento como «reino vasallo» a Asiria.
	Pacto subscrito con los medos de Ciaxares en 614 y destrucción del Imperio Asirio.
	Deportación de los judíos a Babilonia.
	Poder sustentado simbólicamente por el dios Marduk («gran señor»).
	Resurgimiento del poder adscrito al templo, que asume el monopolio de las operaciones financieras derivadas del floreciente comercio.
	Liberación de los reyes deportados.
	Período inestable de Nabónido y el culto universalista de «Sin».
	Toma de Babilonia por Ciro II (539 a. C.).
	Juramento de fidelidad (*adu*) a los reyes babilónicos.
	Administración:

- Consejo privado del rey presidido por su escriba personal.
- El secretario de Estado (*zazakku*).
- El canciller (*rab muhatimn*).
- El jefe del arsenal (*rab kasiri*).
- El mayordomo (*sha pan ekalli*).
- El vigilante de palacio (*rab biti*).
- El jefe de la guardia real (*rab kibsi*).
- El jefe de correos (*kallabi*).

Expansión económica.

Sociedad: «gentes de bien» (*mar bani*); consejo de comerciantes y artesanos (*pukhru*); arrendatarios (*ikkaru*); aparceros (*erreshu*); jornaleros (*sabe*); esclavos.

Nuevos pueblos y reinos en el Próximo Oriente

Fenicios:

- Ciudades-estado independientes con un dominio territorial muy reducido y dedicadas al comercio marítimo en el Mediterráneo.
- Innovación cultural: el alfabeto fenicio.

Reinos de Israel y Judá:

- Superioridad económica e inestabilidad política de Israel.
- Conquista asiria de Israel
- El reino de Judá al sur.
- Josías y la élite partidaria del monoteísmo yahwista.
- Destrucción de Jerusalén y del Templo por el rey babilónico Nabucodonosor II en el año 587 a. C.
- Reconstrucción del Templo en el 516 a. C.

El Imperio Persa Aqueménida

El poder de los medos.

Emancipación de Persia del poder medo bajo Ciro el Grande.

Expansión del poder persa: conquista de Lidia, Babilonia, Asia Central y las ciudades jonias.

Conquista de Egipto por Cambises II (establecimiento de guarniciones en Egipto).

Rebelión de Gaumata.

Proclamación de Darío I y fin de la revuelta de Gaumata.

Enfrentamientos en la Grecia continental.

Progresivo desgaste del poder persa en Occidente.

Sublevación de Inaros en Egipto.

Paz de Calias (449 a. C.).

Pérdida de Egipto en época de Darío II.

Batalla de Cránico (334 a. C.) y toma de Persépolis por parte de Alejandro Magno (330 a. C.).

El poder del «Gran Rey» y la corte persa itinerante.

Burocracia persa: el *hazarapati* («comandante de un millar»); el *orosangai* («bienhechor» del rey); el *patyakhsh* (virrey); los contables (*hamarakara*) y tesoreros reales (*ganzabara*).

«Caminos reales» y servicio postal persa.

El sistema provincial de satrapías.

El ejército persa basado en el protagonismo de la caballería y los arqueros.

Derecho vigente en el Imperio persa y la aplicación de justicia.

Distribución y explotación de la tierra.

Sistema del *ilkum* y del *qashtum*.

Inestabilidad socio-económica a partir de Artajerjes II.

La religión en el Imperio persa (Zoroastro y Ahura-Mazda).

MUTACIONES CULTURALES Y GEOPOLÍTICAS

El año 1200 a. C. representa la fecha convencional en la que se produce la transición de la Edad del Bronce Tardío a la del Hierro. Sin embargo, los cambios que conllevó dicha transición sólo pueden ser percibidos a lo largo de un periodo de tiempo mucho más amplio y que cabría situar en los últimos dos siglos del II milenio a. C. Aunque la llegada de los destructivos «Pueblos del Mar» precipitó la caída del Imperio hitita y transfiguró el mapa político del Próximo Oriente, fue la crisis productiva, ligada a la lenta e irreversible erosión del sistema económico de las grandes potencias, al progresivo desgaste ocasionado por las continuas guerras y a la consiguiente inestabilidad social y demográfica, la que provocó la ruina definitiva del modelo diseñado por los grandes imperios de la Edad del Bronce. Ni siquiera los Estados vasallos asfixiados por los gravosos tributos y las deportaciones, así como por las hambrunas y las ocasionales (y a veces gravísimas) epidemias de peste, pudieron evitar el colapso, arrastrando consigo a los imperios hegemónicos con los que mantenían una relación de subordinación.

La degradación del sistema organizativo centrado en el palacio generó contraproducentes cambios sociales y económicos como, por ejemplo, la reducción de los centros comerciales y de la actividad artesanal de lujo, o la progresiva pérdida del prestigio asociado a las escuelas de escribas de las que dependía la propia administración. Habrá que esperar a la recuperación de las aspiraciones imperialistas de Asiria para volver a encontrar una artesanía capaz de desarrollar auténticas obras de arte con las que recuperar el comercio internacional de lujo y una administración renovada con el fortalecimiento del sistema creado por las escuelas de escribas en aras a una mayor eficacia burocrática. Esos mismos escribas impulsaron la creación de archivos y bibliotecas destinadas a conservar en tabletas cuneiformes copias no sólo de la documentación oficial sino de la tradición literaria, tanto escrita como oral, que había sobrevivido hasta entonces. Un ejemplo significativo fue la inmensa biblioteca de Assurbanipal en Nínive. Gracias al descubrimiento en la Siria septentrional y en Anatolia de documentos escritos en fenicio, sabemos que entre los siglos X y VIII a. C. esta lengua, utilizada por las poblaciones neo-hititas, adquirió un carácter indiscutiblemente internacional. Su difusión geográfica originaría con el tiempo algunas ramas filiales que darían lugar, entre otros, a los alfabetos arameo, hebreo, púnico y griego. Por la inscripción bilingüe aramea-asiria de Tell Fekheriye, tenemos constancia de que el arameo penetró en el área de la escritura cuneiforme (Mesopotamia) hacia finales del siglo IX a. C., estableciendo las bases para su aceptación posterior como lenguaje oral y escrito de la administración asiria.

Como elemento innovador, no podemos obviar la importancia decisiva de la metalurgia del hierro, que presta además nombre a esta nueva Edad. Los yacimientos de este mineral localizados en las regiones montañosas del Tauro (Siria-Anatolia) irán sustituyendo de forma paulatina a los de cobre y estaño, que habían sido empleados tradicionalmente en los talleres palaciegos para las aleaciones de bronce con las que se fabricaban no sólo todo tipo de utensilios y objetos «bellos», sino también armas. El avance tecnológico en la instrumentalización del hierro ayudó de forma extraordinaria al desarrollo de explotaciones agrícolas, las cuales ganaron en extensión y productividad respecto a las de épocas pasadas. Además, el aterrazamiento de los terrenos montañosos y de sus laderas abrió espacios para la arboricultura, especialmente en lo que se refiere a los olivos. Mediante la deforestación y la mejora de las técnicas de riego de las tierras semiáridas y marginales del norte de Arabia, Transjordania, Negev y Sinaí, se lograron recuperar algunos terrenos pobres para pastos durante la temporada estival. Por otro lado, las herramientas de hierro facilitaron la excavación de pozos de aguas profundas y permitieron aumentar las reservas de agua de lluvia acumulándola en grandes depósitos que aumentaban la duración de su conservación en beneficio de las ciudades y fortalezas localizadas en zonas periféricas. La domesticación del camello y el dromedario ofre-

cía nuevas posibilidades para el tráfico comercial en caravanas que atravesaban regiones desérticas haciendo escalas en oasis.

Todas estas innovaciones que contribuyeron de forma extraordinaria al avance de la civilización de las sociedades próximo-orientales fundamentan el nacimiento y desarrollo de los «Estados nacionales» que caracterizan a la Edad del Hierro, condicionando el nuevo modelo político diseñado por las potencias herederas de la tradición mesopotámica como Asiria y Babilonia. Tras un prolongado período de serias dificultades, ambas salieron indemnes del colapso político que puso fin a la Edad del Bronce. Aunque en menor medida que en las áreas del litoral mediterráneo, la llegada de los «Pueblos del Mar» afectó también al Estado asirio; sin embargo, durante casi dos siglos, logró subsistir y mantener su autonomía respecto a Babilonia y al reino de Mitanni. Si bien es cierto que la pérdida de sus dominios septentrionales supuso la infiltración aramea en el norte y el avance de Elam y Babilonia en el sur, la reacción a tiempo de **Tiglat-Pileser I** (1115-1075 a. C.) permitió a Asiria la restauración momentánea del núcleo territorial de su viejo «Imperio». A pesar de que a finales del siglo x a. C., bajo **Adad-Nirari II** (911-891 a. C.), Asiria perdería otra vez el control de sus posesiones periféricas, fue capaz al menos de sostenerse políticamente como Estado independiente hasta que, un siglo después, pudo recuperar su condición de potencia hegemónica gracias a **Assur-Nasirpal II** (883-859 a. C.).

Aunque con un desarrollo diferente, Babilonia también experimentó cambios importantes a finales del II milenio a. C. Esta región estaba más alejada del Mediterráneo, por lo que la incidencia de los cambios geopolíticos producidos en su entorno con la llegada agresiva de los «Pueblos del Mar» fue mucho menor. Sin embargo, no estuvo exenta de amenazas, especialmente de las que procedían de las virulentas tribus de Elam al este, reunidas y organizadas en un reino con pretensiones imperialistas, así como de los semitas caldeos, que habían conseguido igualmente fundar un reino en la zona meridional en torno a la ciudad de Ur. Por otro lado, en su pretensión de mantener el control sobre los territorios septentrionales, Babilonia nunca dejó de entrar en conflicto con Asiria, cuyos impulsos expansionistas hacia el sur colisionaban inevitablemente con los intereses naturales del poder babilónico sostenidos por su VIII Dinastía (llamada «E»).

Al margen de estas dos potencias hegemónicas, la formación de pequeños Estados nacionales, cuyo proceso de desarrollo había comenzado ya en el siglo xiii a. C., estuvo limitada básicamente a dos áreas periféricas muy diversas: una, dominada por poblaciones de tipo cananeo, estaba circunscrita a Palestina; la otra, concentrada en los territorios de la Siria central y septentrional, estuvo ocupada por tribus arameas autónomas respecto a las que se hallaban asentadas en la baja Mesopotamia, donde les resultaba imposible formar unidades políticas independientes debido al aplastante poder ejercido por Asiria y Babilonia.

IMPERIO NUEVO ASIRIO (883-612 A. C.)

La formación del Imperio

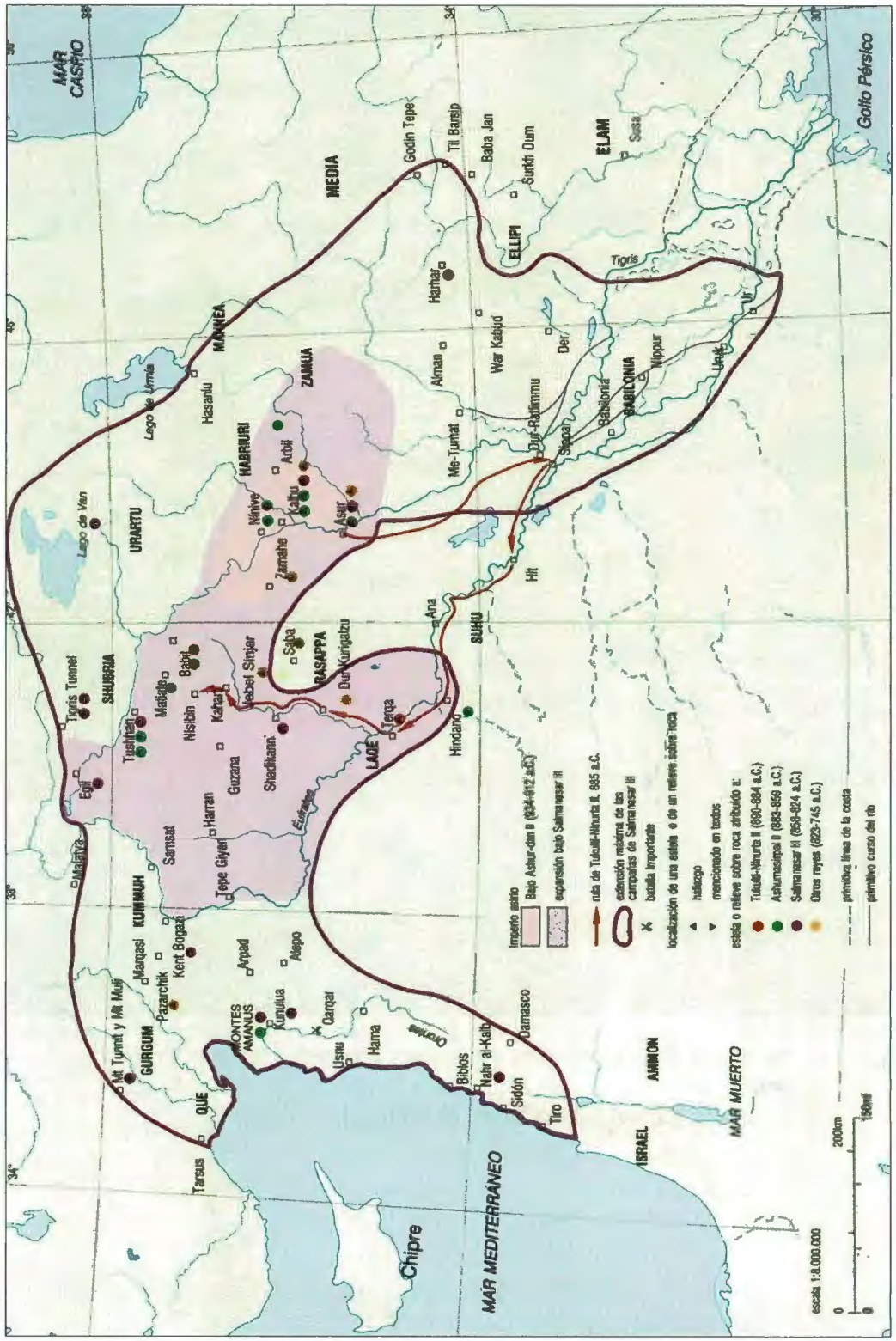
Como ya ha sido indicado, la recuperación del protagonismo político de Asiria dio comienzo con el reinado de **Assur-Nasirpal II** (883-859 a. C.), quien reanudó la tendencia expansionista emprendida por sus predecesores. Su objetivo principal fue reconstruir el viejo «imperio» con la implantación de nuevas bases económicas (aprovechando la posición estratégica de Asiria en el eje de las numerosas rutas comerciales que unían el Golfo Pérsico con el Mediterráneo), reforzadas por un implacable empleo de la fuerza militar. Ahondando en el protagonismo concedido al ejército por sus antecesores (promovido inicialmente con éxito por Assur-Dan II, 934-912 a. C.), la guerra de conquista, cada vez más despiadada y destructiva, se convirtió en el principal objetivo de una monarquía sustentada por un dios Assur (del que el rey era sumo sacerdote y fiel delegado en la tierra) que, como dominador del universo, se mostraba insaciable en la apropiación de tierras y gentes a las que someter a su poder. Durante su reinado, Assur-Nasirpal II centró su atención fundamentalmente en la región septentrional con un doble objetivo:

— subyugar a las poblaciones sirias, que controlaban el comercio en esta región (en varias y sucesivas campañas militares derrotó a las tribus arameas del norte de Siria, despejando así las rutas caravaneras que, a través de la estepa occidental, conducían hasta las ciudades comerciales más importantes de la costa mediterránea), y

— contener el avance de los pueblos del país de Nairi, al noreste, confederados en el nuevo Estado de Urartu, en la región del lago de Urmia, neutralizando toda pretensión babilónica de dominio sobre estos territorios.

En cuanto a la administración interna del nuevo Imperio, su empresa más grandiosa fue la reestructuración y ampliación de la capital Kalakh (actual Nimrud). Assur-Nasirpal II trasladó allí a la corte, ofreciendo a sus sucesores un modelo emblemático de decoración palaciega en bajorrelieve que servía como reflejo propagandístico de la ideología del «terror» que inspiraba su poder político-militar. La fuerza narrativa empleada en el estilo epigráfico cuneiforme ensalzaba a la perfección, y con gran eficacia, las proclamadas hazañas militares del rey.

Figura 37. Assur-Nasirpal II (883-859 a.C.) realizando una ofrenda. Relieve en alabastro procedente del palacio de Nimrud. Fitzwilliam Museum (Cambridge). Fotografía de R. González Salinero.



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Folio, Madrid, 1992, II, p. 164.

Mapa 31. Imperio Nuevo Asirio.

A su muerte, subió al trono su hijo, el gran **Salmanasar III** (858-824 a.C.), cuyo famoso *Obelisco Negro*, erigido al final de su reinado o, probablemente, tras su muerte, representa magníficamente, tanto en su relieve superior como en su inscripción monumental inferior, los tributos recibidos de al menos veintiocho reyes y cerca de noventa ciudades, regiones y países, desde el litoral mediterráneo hasta el Irán. Con la ayuda de otras inscripciones del período, principalmente las correspondientes a las puertas de bronce de Balawat (próxima a la ciudad asiria de Nimrud), se conocen más de treinta exitosas campañas militares emprendidas por Salmanasar III (bien conducidas por él personalmente, bien por sus más destacados generales) en sus treinta y dos años de reinado. Puede afirmarse, sin duda, que con él se inicia el expansionismo imperial que convertirá en estos momentos a Asiria en la única potencia hegemónica del Próximo Oriente. Es cierto que el control político de tan amplios territorios debió de ser más efectivo en las regiones próximas a la capital (Assur) que en las zonas fronterizas de la periferia, y más intenso en los enclaves comerciales que en otros países cercanos que simplemente estaban obligados a pagar tributo como reconocimiento a la hegemonía del soberano asirio. En un Estado sustentado principalmente por su temible fuerza militar, el impuesto anual se convirtió en un mecanismo por medio del cual se conseguía el sometimiento, en condición de «vasallaje», de los «países tributarios».

El «Obelisco Negro» del rey asirio Salmanasar III

Ashshur, el gran señor, el rey de la totalidad de los Grandes dioses; Anu, el rey de los Igigi y Anunnaki, el señor de los países; Enlil, el supremo, el padre de los dioses, el creador del universo; Ea, el rey del Apsu (= la profundidad de las aguas), el que decreta los destinos; [Sin, el prudente], el rey del disco lunar, que destaca por su resplandor terrible; Adad, el superior, el sobresaliente, el señor de la abundancia; Shamash, el juez del cielo y de la tierra, el regente del universo; [Mardu]k, el sabio de los dioses, el señor de los oráculos; Ninurta, el heroico de los Igigi y Anunnaki; Nergal, el único perfecto, el rey del combate; Nusku, el portador del cetro puro, el dios circunspecto; Ninlil, la esposa de Enlil, la madre de los [Grandes] dioses; Ishtar, la primera en el cielo y en la tierra, la cual hace perfecto el «sagrado orden» de la heroicidad, los Grandes dioses, que decretan los destinos, que engrandecen mi soberanía:

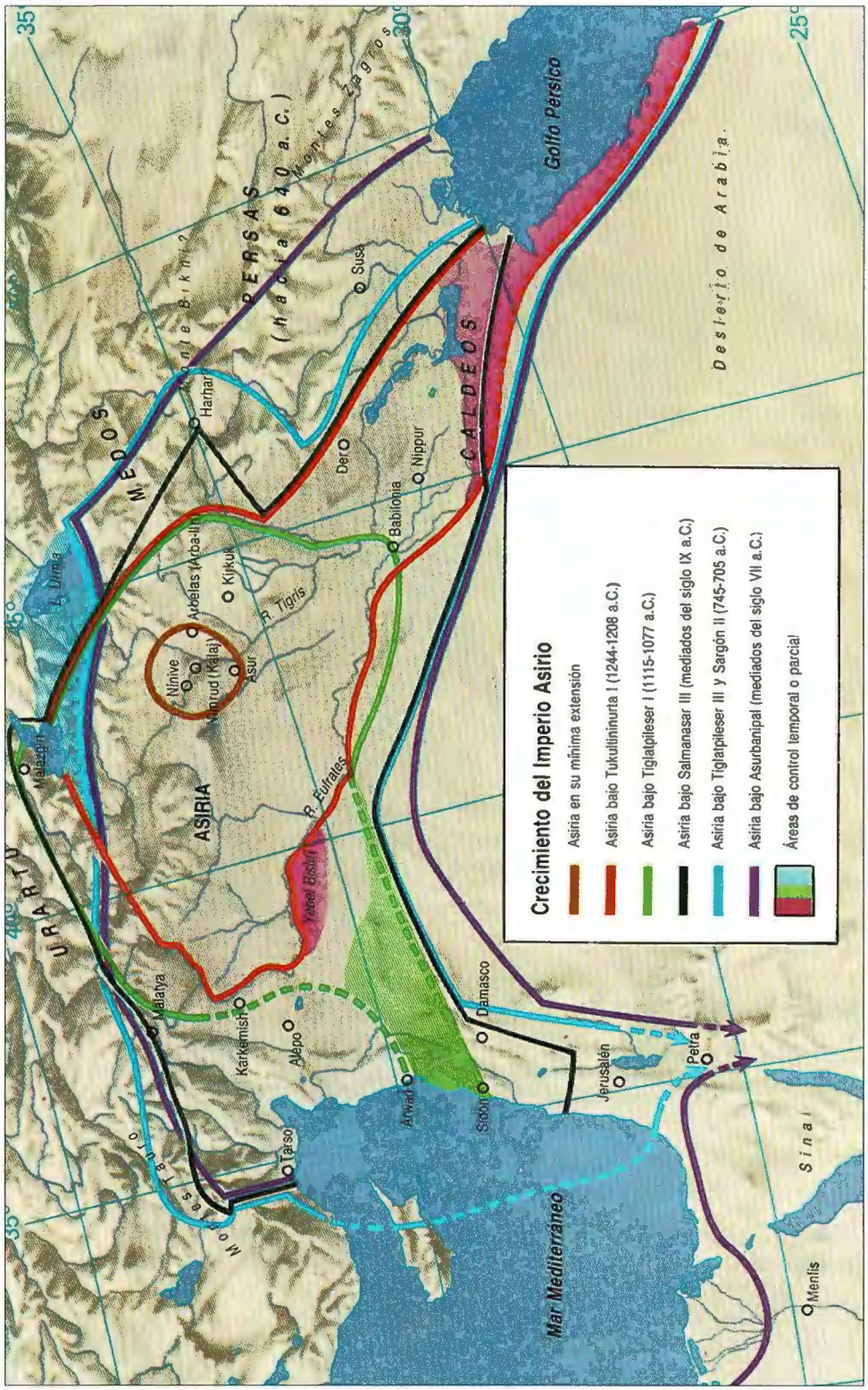
Salmanasar (III), el rey de la totalidad de los hombres, el príncipe, el lugarteniente de Ashshur, el rey poderoso, el rey de las Cuatro regiones del mundo a la vez, el dios del Sol de la totalidad de los hombres, que gobierna en la totalidad de los países, el hijo de Assurnasirpal (II), el sacerdote supremo, cuyo sacerdocio complacía a los dioses y (que) sometía bajo sus pies la totalidad de los países, el vástago puro de Tukulti-Ninurta (II), que mataba siempre a sus adversarios y que los azotaba igual que una tempestad. Al principio de mi reinado, cuando me instalé majestuosamente en el trono del reinado, movilicé mis carros de combate (y) tropas. Penetré en el paso del país de Simesi (y) conquisté Aridu, una ciudad fortificada de Ninnu [...].

F. Lara Peinado, *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo*, Cátedra, Madrid, 2011, p. 240.

En lo que atañe a Babilonia, el rey asirio tomó parte en su política interna dando respuesta a la solicitud de ayuda de su amigo el rey Marduk-zakir-shumi I (854-819 a. C.), cuya autoridad fue amenazada por una revuelta encabezada por su hermano Marduk-bel-usate, quien, con el apoyo de los arameos, había logrado apoderarse prácticamente de la mitad del reino (región del Diyala). Esta rebelión, descrita en la *Crónica sincrónica*, fue definitivamente aplastada en los años 851-850 a. C. gracias a la intervención militar asiria, dando lugar a una nueva alianza conmemorada en la basa del trono de Ekal Masarti, donde aparecen representados ambos monarcas estrechando su mano después de haber acordado la paz y fijado sus fronteras. Da la casualidad que, años después, este mismo rey babilónico habría de ayudar al hijo sucesor de Salmanasar III, **Shamsi-Adad V** (824-811 a. C.) en una guerra civil provocada por su hermano Assur-Danapli para arrebatarle el poder.

Fuente: J. D. Hill, *Obras maestras del Museo Británico* (trad. E. Ureña Escobar), The British Museum Press, London, 2018, p. 268.

Figura 38. Obelisco negro de Salmanasar III procedente de Nimrud (antigua Kalhu), en el norte de Irak (858-824 a. C.). Museo Británico de Londres.

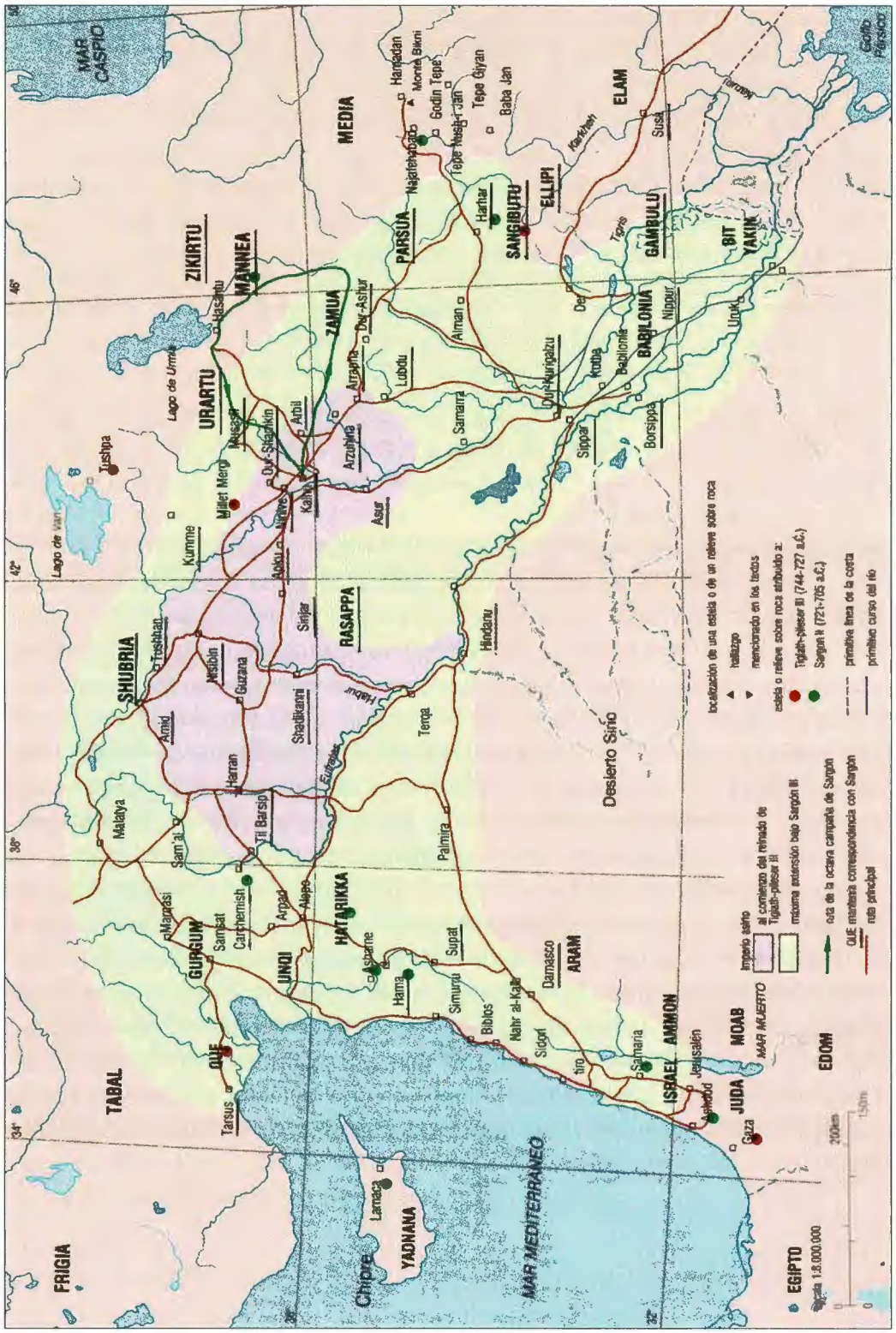


Mapa 32. Evolución del Imperio Asirio.

Es innegable que la política de expansión imperialista había fortalecido de forma extraordinaria la economía asiria incorporando a sus dominios regiones predominantemente ganaderas y agrícolas que favorecían aun más el desarrollo de la tradicional economía comercial de carácter urbano. Sin embargo, el sistema imperial asirio estuvo sostenido por un fuerte ejército y por una compleja administración formada por un nutrido grupo de funcionarios, que, a su vez, constituía una poderosa aristocracia en torno al rey, sus familiares y consejeros más próximos.

El apogeo del Imperio

La llamada *Crónica sincrónica* termina con el reinado del nieto de Salmanasar III, **Adad-Nirari III** (810-783 a. C.), quien retoma la política expansionista de su abuelo, penetrando con su ejército en Siria, llegando hasta el Mediterráneo con puntuales expediciones militares dirigidas contra Ben-Hadad III (800-775 a. C.) de Damasco, e imponiendo tributo al rey Joás (798-783 a. C.) de Israel. Ahora bien, el segundo y definitivo fortalecimiento del poderío asirio en Oriente Próximo no se percibirá con claridad hasta unos años más tarde, cuando a mediados del siglo VIII a. C. suba al trono el enérgico, y probable usurpador, **Tiglat-Pileser III** (744-727 a. C.). Su renovada política de conquistas permitirá ampliar considerablemente su hegemonía política y extender aun más el terror que inspiraban sus ejércitos. Tras someter a las tribus vecinas de caldeos y arameos que habían sido deportadas a Babilonia por los anteriores reyes asirios para impedir la sublevación de los pueblos conquistados, el nuevo monarca sometió a casi todo el Próximo Oriente asiático desde las montañas de Aram en el noroeste hasta el «País del Mar» en las inmediaciones del Golfo Pérsico, al sureste. En cierta medida, tales conquistas fueron consecuencia de la reacción del poder asirio frente a algunas tentantivas de emancipación política surgidas en la periferia del Imperio. De hecho, bajo la dirección del rey Sarduri II (764-733 a. C.), Urartu encabezó una coalición formada por diversas naciones y ciudades sirias, entre las que se encontraba el rebelde rey-gobernador de Arpad, Mati'Ilu, con el fin de liberarse del yugo asirio. Dicha alianza quedó totalmente rescindida después de la derrota sufrida en la batalla de Kishtan en el año 743. En la nueva configuración administrativa imperial, las dinastías locales fueron sustituidas por gobernadores asirios nombrados directamente por el rey con el fin de eliminar el peligro que suponía la concentración de poder en manos de reyezuelos con ansias de rebeldía. Naturalmente, Tiglat-Pileser III exigió tributos a todas las ciudades sirias (incluida Damasco), fenicias (Tiro y Sidón) e incluso israelitas.



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Folio, Madrid, 1992, II, p. 179.

Mapa 33. Imperio Asirio en el siglo VIII a. C.

Poniendo en práctica una vez más su programa de anexión territorial a través de la conquista militar, Tiglat-Pileser III dirigió su ejército hasta Gaza, en el territorio de los filisteos, y, con la ayuda de Judá en su enfrentamiento con la alianza de Israel y Damasco, el rey asirio se aseguró el control político de todo el corredor siro-palestino, despertando así la desconfianza de los egipcios, cuyos intereses en la zona nunca habían desaparecido. En cuanto a los Estados neo-hititas, su autonomía política se mantenía, por el momento, gracias a su sumisión fiscal. Por último, a finales del reinado de Tiglat-Pileser III, en concreto en el año 729 a. C., el rey asirio logró reducir definitivamente a Babilonia.

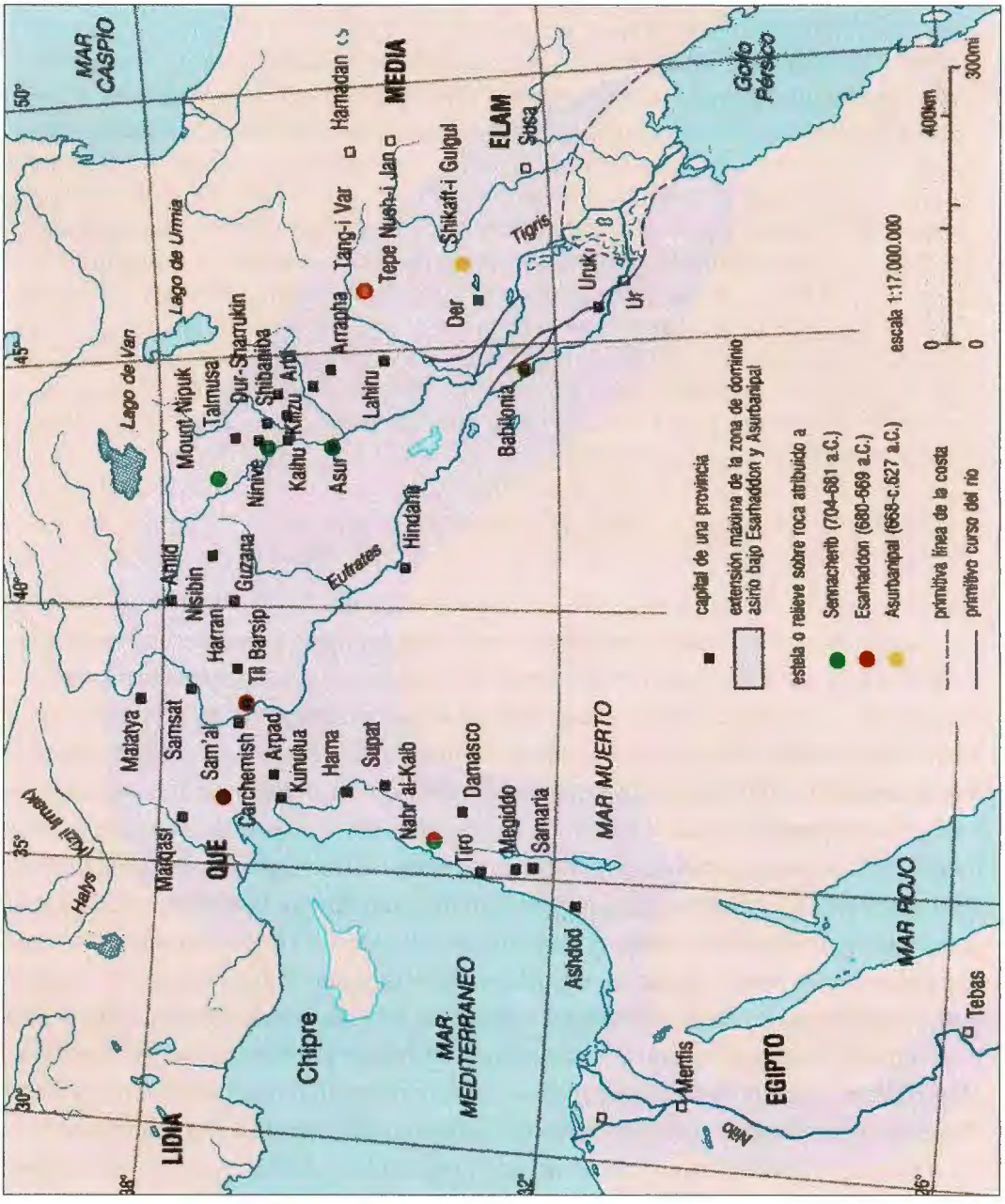
Aunque en un principio su hijo y sucesor **Salmanasar V** (726-722 a. C.) prolongó la «regencia» de la monarquía babilónica, no pudo evitar que esa nación volviese a recuperar su autonomia, al tiempo que tuvo que afrontar la pertinaz resistencia de Tiro e Israel. Tras la arbitraria retirada de los antiguos privilegios de que gozaban las «ciudades santas» de Assur y Kharran, la sublevación de una parte considerable de la aristocracia asiria, privada igualmente de sus tradicionales beneficios fiscales, precipitó su caída. Su sucesor y usurpador, **Sargón II** (721-705 a. C.), no tardó en reconciliarse con la poderosa nobleza asiria y en restituir las antiguas prebendas que, por derecho propio, correspondían a las «ciudades santas» del Imperio. Durante su gobierno, consolidó el sistema de la administración centralizada de las provincias a través del impulso de nuevas campañas militares: en su primer año de reinado completó la adhesión de Israel con la toma de Samaria, para, posteriormente, hacerse con Hama, reino atravesado por río Orontes. Las principales ciudades fenicias consiguieron conservar cierta autonomía, pero la expedición dirigida por Sargón II contra Chipre (*Yadnana*, según las fuentes asirias) puso bajo su control, quizás sólo meramente nominal, el territorio colonial fenicio, pues el rey asirio permitió a estos centros comerciales costeros que siguiesen ejerciendo su tradicional dominio sobre el «mar superior». Los planes previstos para extender su hegemonía hasta los territorios septentrionales de Siria condujeron a Sargón II a las regiones montañosas del Tauro. La narración de su enfrentamiento con el rey urarteo Rusa I (*ca.* 733-714 a. C.) de Musasir constituye uno de los documentos históricos más significativos referidos a estas campañas victoriosas. El escrito, altamente propagandístico, recibe el elocuente título de *Carta al dios Assur* y se inserta en la larga tradición epistolar mantenida por el dios y el monarca como prueba de la estrecha relación existente entre la voluntad divina y su plasmación en el ejercicio del poder monárquico: mientras que el dios garantizaba el orden cósmico, el rey asirio procuraba la estabilidad política y social en sus dominios terrenales.

La destrrucción de Babilonia por Senaquerib (689 a. C.)

En mi siguiente campaña, caí rápidamente sobre Babilonia, cuya destrucción me esforcé en alcanzar, y (la) ataqué como (si fuera) la llegada de una tormenta. La envolví como una niebla. Sitié completamente la ciudad; con minas y artefactos mis manos [capturaron la ciudad] [...] Llené la plaza de la ciudad con sus cadáveres. A Mushezib-Marduk, rey de Babilonia, lo llevé con vida junto con su familia [y sus nobles] a mi país. La propiedad de esa ciudad —plata, oro, piedras preciosas, bienes, posesiones—la envié a las manos de mis gentes, que la hicieron suya. Los dioses que moraban dentro, las manos de mis gentes, se hicieron con ellos y los destrozaron, tomando sus bienes y propiedades [...] Barrí, demolí (y) quemé con fuego la ciudad y sus casas, desde sus cimientos hasta sus parapetos. La muralla y el muro exterior, los templos y los dioses, la ziqqurratu de tierra y de ladrillos de barro, tantos como había, los demolí y deposité en el canal de Arahtu. En mitad de esa ciudad excavé zanjas e inundé su superficie con agua. Destruí la forma de sus cimientos y causé tal devastación que excedió a (la de cualquier otra) inundación, para que en los días futuros la superficie de esa ciudad, (sus) templos y (sus) dioses fueran olvidados. Hice que [Babilonia] fuera cubierta por el agua y terminé con ella como si fueran cenagales.

F. Lara Peinado, *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo*, Cátedra, Madrid, 2011, p. 259.

Sin embargo, en su último año de reinado Sargón II tuvo que sofocar la rebelión de Babilonia que, ayudada por Elam, recuperó con éxito la tendencia a las coaliciones entre «estados vasallos» que condicionaría la política asiria de contención territorial durante las décadas siguientes. Así sucedió primero con **Senaquerib** (705-681 a. C.) y después con su hijo **Assarhadón** (681-668 a. C.), los cuales intentaron por vía diplomática evitar a toda costa los enfrentamientos bélicos con las poblaciones periféricas sometidas que, sucesivamente, se coaligarían contra el poder asirio. No obstante, la reconciliación con la soliviantada casta sacerdotal de Babilonia, el principal elemento que había provocado los más peligrosos levantamientos contra el poder establecido, facilitó un nuevo clima de estabilidad política en la región que, a su vez, permitió contrarrestar la amenaza de otros poderes que, como el egipcio, volvían a emerger con fuerza. De esta forma, tras conseguir el apoyo de Siria, Fenicia, Chipre e Israel, las tropas asirias fueron capaces de tomar la ciudad de Menfis en el año 671 a. C., derrocando al faraón etíope Taharqa, penúltimo de la XXV Dinastía. Sin embargo, Egipto era un país lejano muy difícil de controlar políticamente; de ahí que, una vez que las tropas de Assarhadón regresaron a Asiria, esos territorios superficialmente conquistados volvieron a la situación política anterior.



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Folio, Madrid, 1992, II, p. 191.

Mapa 34. Imperio Asirio en el siglo VII a. C.

Figura 39. Portador sirio de tributos *(ca.* 740 a.C.) procedente de Arlan Tash (Turquía). Fitzwilliam Museum (Cambridge). Fotografía de R. González Salinero.

Bajo el reinado de **Assurbanipal** (668-631 a.C.), las disensiones internas en la familia real anticiparon un problema sucesorio entre hermanos que debilitó el poder imperial y sumió a Asiria en una terrible guerra civil. La situación caótica sería aprovechada, primero, por una coalición suroriental encabezada por el rey babilónico Nabopolasar (625-605 a.C.) y, más tarde, por el reino medo de Ciaxares (653-585 a.C.), que en su avance hacia Occidente destruyó en el año 614 a.C. la propia ciudad de Assur, la famosa capital de un «imperio» que, construido y reconstruido varias veces durante doce siglos, desapareció del escenario geopolítico próximo-oriental en apenas unas pocas décadas. De sus ruinas surgieron dos nuevos protagonistas destinados a convertirse en contendientes: por un lado Babilonia, que controlaba toda la llanura mesopotámica y, por otro, Persia, heredera del poder medo, que habría de controlar el altiplano iranio y las tierras altas de Armenia y Anatolia.

El ejército asirio

El progresivo fortalecimiento del poder asirio estuvo estrechamente vinculado con la recuperación demográfica y la difusión de la metalurgia del hierro, que facilitó el aprovisionamiento de su ejército con nuevo y más perfeccionado armamento, contribuyendo a restablecer su supremacía militar. Al mismo tiempo, se fueron imponiendo nuevas tácticas de combate, más acordes con las exigencias impuestas por su política expansiva, como el empleo masivo de arqueros, el abandono del papel predominantemente ofensivo de los carros, que fueron sustituidos por la caballería, y la revitalización de la guerra de asedio en la que la poliorcética adquirió un destacado protagonismo. Los reyes asirios fomentaron el prestigio de un amplísimo cuerpo social formado por combatientes profesionales al servicio del Imperio. La composición del ejército asirio respondía a una equilibrada estructura tripartita:

1. Tropas permanentes a disposición de los gobernadores, quienes tenían la responsabilidad de reunir los efectivos en el territorio que se encontraba bajo su jurisdicción. Siguiendo siempre las órdenes de su rey, ellos mismos podían ponerse al frente de estos contingentes, bien en situaciones bélicas de carácter defensivo, bien en campañas militares destinadas a la conquista de nuevos territorios.
2. Cuerpos y destacamentos especiales integrantes del ejército real que se encontraban apostados en las fronteras (sobre todo septentrionales) y dispersos por el todo el Imperio con el fin de reducir rápidamente al enemigo o sofocar de forma aplastante eventuales rebeliones.
3. Por último, la guardia real a caballo, auténtico cuerpo de élite que era utilizado para las misiones que requerían una mayor destreza operativa.

La economía en el Imperio asirio

En consonancia con la política expansionista impulsada por los monarcas asirios, los recursos tributarios del Imperio estaban destinados al sostenimiento de las guerras de conquista y del enorme aparato político y militar requerido por una potencia imperialista de este tipo.

La economía continuaba siendo básicamente agrícola, con un artesanado de lujo poco desarrollado y dependiente de los pequeños talleres instalados en los palacios de los gobernadores y en los principales templos. La mayoría de las tierras seguía perteneciendo al rey, quien las cedía para su explotación a los nobles, dignatarios palatinos, altos funcionarios y gobernadores locales. Cada vez era menor el número de pequeños agricultores que cultivaban sus propias parcelas. Muchas de las gentes que trabajaban los campos, entre las que

podían encontrarse no sólo asirios caídos en desgracia, sino también arameos y deportados procedentes de distintos lugares del Imperio, permanecían vinculadas a la tierra (*nishe*) y podían ser vendidas con ella. Otros eran esclavos (*urdani*) y el resto, pequeños colonos que dependían de las autoridades locales o de algún propietario absentista, eran reconocidos por el derecho consuetudinario como «los aldeanos del palacio».

Dado que las más importantes rutas comerciales del Próximo Oriente cruzaban los territorios del Imperio Asirio, muchas de las campañas militares emprendidas por sus monarcas tenían como objeto situar bajo su control la llamada «ruta del estaño y del hierro» que partía desde Diyarbekir, junto al país de Nairi, y enlazaba con el norte de Siria, el medio Éufrates y la alta Mesopotamia, mientras un ramal alcanzaba incluso Damasco. Amparados por el poder militar desplegado por los monarcas que gobernaban con mano de hierro el Imperio, los *tamkaru* (comerciantes asirios) dominaban también las otras rutas importantes que llegaban al norte de Siria, a las fronteras del Asia Menor, a las «Puertas de Cilicia» y a las regiones habitadas antiguamente por los hititas. Sobre todas ellas destacaba, sin embargo, la gran ruta caravanera que salía de territorio asirio hacia Palmira y continuaba más allá en dirección a Damasco.

IMPERIO NEOBABILÓNICO (612-539 A. C.)

La época del sometimiento

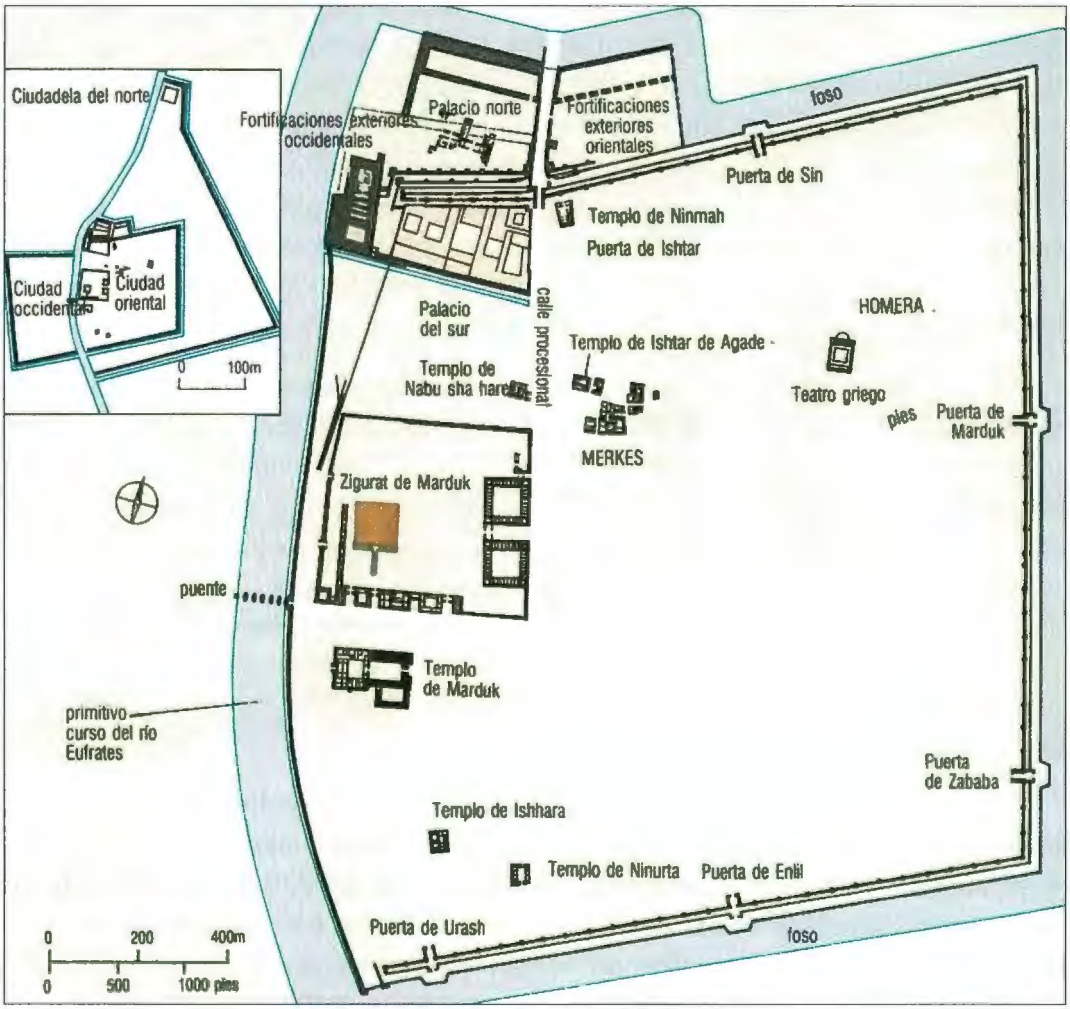
A comienzos de la Edad del Hierro, Babilonia se encontraba incluida dentro de la órbita del Imperio asirio en calidad de «reino vasallo», lo que le permitió mantener, aunque fuese de forma subordinada, sus propias instituciones políticas, al frente de las cuales seguía situándose la figura del monarca. Sin embargo, la mayor amenaza a la integridad territorial de Babilonia a inicios del I milenio a. C. procedía del sur, de las tribus arameas y caldeas establecidas desde hacía tiempo en la baja Mesopotamia. Esta precaria situación política se agudizó con la inestabilidad monárquica provocada por las continuas disputas internas entre los miembros de la familia real en su afán por alcanzar el trono. De hecho, algunos usurpadores de origen arameo o caldeo aprovecharon el desorden que reinaba en la corte babilónica para hacerse con el poder; tales fueron los casos de Marduk-apla-usur (780-770 a. C.) y de Nabu-shuma-ishkun (760-748 a. C.), último rey de la VIII Dinastía (llamada «E») de Babilonia. Aunque durante más de un siglo este «reino vasallo» estuvo sometido a la dominación asiria, el «sacerdocio» babilónico de Marduk mantuvo, al igual que la aristocracia comercial de Assur, una posición privilegiada reconocida por los más importantes reyes asirios, quienes no dudaron en utilizar su capacidad legitimadora para incluir formalmente en su nomenclarura oficial el prestigioso título de «reyes de Babilonia».

Mapa 35. Imperio Neobabilónico.

Aprovechando las difíciles circunstancias por las que atravesaba el Imperio asirio tras la muerte del gran Assurbanipal en el año 631 a. C., un dirigente caldeo llamado **Nabopolasar** (625-605 a. C.), que en el 626 a. C. se había hecho proclamar rey del País del Mar (Bit Yakini), pudo obtener el dominio de Babilonia y de otras importantes ciudades de la región mesopotámica (Sippar, Dilbar, Uruk, Nippur). De hecho, en pocos años logró controlar el antiguo reino babilónico con total autonomía, llegando incluso a atacar a la propia ciudad de Assur. El pacto que en el 614 a. C. subscribió con Ciaxares, soberano de los medos, le ayudó a consolidar definitivamente su autoridad, hasta el punto de que, con la valiosa incorporación de caldeos y escitas a esta alianza, pudo apoderarse de la ciudad santa de Nínive dos años después (612 a. C.). Junto al ejército medo, las tropas de Nabopolasar, a quien acompañaba su hijo Nabucodonosor, se dirigieron entonces al norte con la intención de ocupar los territorios de Urarte y de la Anatolia oriental.

Gracias al descubrimiento de una serie de tablillas que contienen la crónica de los hechos históricos narrados anualmente desde el 626 hasta el 594 a. C., es posible conocer el renovado proceso de expansión imperialista de Babilonia. La valiosa información proporcionada por dichas tablillas, completada por las inscripciones reales que evocan las activi-

dades edilicias de carácter sagrado promovidas por esta dinastía caldea (la décima de Babilonia), permite conocer los fundamentos ideológicos de la nueva realeza, que derivaban de la antigua imagen del rey justo y pastor de su pueblo que había sido elegido por Marduk, cuyo culto era atendido por el propio monarca de manera preferencial.



Fuente: M. Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Folio, Madrid, 1992, II, p. 192.

Mapa 36. Plano de la ciudad de Bibilonia.

La configuración de un nuevo Imperio

Una vez adquirida la experiencia militar necesaria acompañando a su padre Nabopolosar en el campo de batalla, Nabucodonosor asumió el mando de las tropas que habrían de enfrentarse a los poderosos egipcios por el control estratégico del corredor si-

ro-palestino. Sustituyendo al agotado poder asirio en la zona, Egipto se había hecho presente en Karkemish con una simbólica, aunque amenazante, guarnición militar instalada allí desde el año 616 a. C. Tras diversos encuentros bélicos que no habían decantado la balanza a favor de ninguno de los contendientes, Nabucodonosor logró finalmente derrotar a los egipcios y hacerse con el dominio de la región del alto Éufrates y de la Siria septentrional hasta Hama. Sin embargo, la muerte de su padre al año siguiente interrumpió momentáneamente las campañas de sometimiento al poder babilónico del resto de los territorios, cuyo control político se completaría a lo largo del decenio siguiente superando la tenaz resistencia ofrecida por Tiro y sobre todo por el reino de Judá, cuyo rey Joaquim (junto con toda su corte, la élite dirigente y los hábiles artesanos palaciegos) fue deportado a Babilonia en el 597 a. C., hecho que se repetiría unos diez años más tarde, en el 586 a. C., con el exilio de toda la población judaíta a Babilonia y la destrucción de Jerusalén a consecuencia de la negativa a pagar el tributo impuesto al reino de Judá, pese a los consejos contrarios del profeta Jeremías.

Teniendo en cuenta que el control efectivo de la región siro-palestina revestía una gran importancia, quizás más económica que política en lo que respecta a la posesión de la madera del cedro libanés, **Nabucodonosor II** (605-562 a. C.), convertido en el segundo de los reyes de la décima y última dinastía de Babilonia, consiguió construir un «imperio», cuya capital milenaria fue entonces embellecida con una suntuosidad que se hizo proverbial en todo el mundo antiguo: construcciones monumentales como la fastuosa Puerta de Isthar (hoy en el *Vorderasiatische Museum* de Berlín), sus potentes murallas y los numerosos templos levantados en honor de Marduk, el «gran señor» que actuaba como dios-patrono de la ciudad, ofrecen una prueba evidente de las riquezas acumuladas por este reino en tan sólo unas pocas décadas.

Los enormes recursos económicos que los éxitos militares de Nabucodonosor II habían puesto a disposición del Imperio babilónico sirvieron tanto para legitimar la incontestable autoridad del rey como para fortalecer el poder del «sacerdocio» de un renovado Estado babilónico que, siguiendo la tradición milenaria, volvió a ponerse bajo la protección del todopoderoso dios Marduk. La institución del «templo» resurgió con una fuerza inusitada; a ella pertenecían, como antaño, las enormes posesiones de tierras explotadas en régimen de arrendamiento por la población libre a cambio de un «diezmo» anual, impuesto que estaban obligados a satisfacer incluso los funcionarios y sacerdotes. El «templo» asumió también el monopolio de las operaciones financieras derivadas del floreciente desarrollo de las actividades comerciales. Gracias al control ejercido sobre los principales enclaves situados en la costa mediterránea, Babilonia se convirtió en el primer centro comercial del mundo próximo-oriental, del que dependía en gran medida el abastecimiento ordinario de fenicios, egipcios, arameos y persas.

Los «Jardines Colgantes» de Babilonia

Y se encontraba también junto a la acrópolis el jardín llamado «colgante», que lo había construido no Semíramis sino un rey sirio posterior como obsequio a una concubina; afirman que ésta, persa de raza, añoraba los prados de las montañas y pidió al rey imitar las particularidades del territorio persa mediante la destreza del cultivo. El parque se extiende hasta cuatro pletros por cada lado y posee una subida montañosa y unas edificaciones sobre otras, de manera que el aspecto es parecido a un teatro. Debajo de las rampas construidas, se edificaron galerías que sostienen todo el peso del cultivo, elevadas poco a poco unas sobre otras siempre un pequeño trecho a lo largo de la subida; y, siendo la galería de lo alto de cincuenta codos de altura, tenía sobre ella la superficie más alta del parque, igual que el circuito de las defensas. Después, los muros, construidos suntuosamente, tenían un espesor de veintidós pies y, cada uno de los pasadizos intermedios, la anchura de diez. Y cubrían los techos vigas de piedra, con de una longitud de dieciséis pies con las superposiciones, y de una anchura de cuatro. La techumbre sobre las vigas tenía primero caña extendida con mucho asfalto y, después de eso, doble ladrillo cocido unido con yeso y recibía, como tercera capa, cubiertas de plomo para que no penetrara en espesor la humedad del terraplén. Sobre éstas, fue amontonado un espesor adecuado de tierra, suficiente para las raíces de los árboles más grandes. El suelo nivelado estaba lleno de árboles de todas clases capaces de seducir el ánimo a sus observadores por su tamaño y sus otras gracias. Las galerías, que recibían luz por la elevación de unas sobre otras, tenían muchas y variadas estancias regias de todas clases; pero había una con aberturas desde la superficie más alta y con máquinas para la captación de las aguas, mediante las cuales se extraía gran cantidad de agua del río, no pudiendo ver lo sucedido nadie desde el exterior. Ese parque, pues, como dije antes, fue construido después [...].

Diodoro de Sicilia, *Biblioteca histórica, libros I-III* (trad. F. Paleu Arrasà), Gredos (BCG 294), Madrid, 2001, pp. 343-345.

Sin embargo, tras la muerte de Nabucodonosor II, las disputas internas por el trono resurgieron con enorme virulencia y las revueltas palaciegas llevaron a la muerte a sus inmediatos sucesores. Su hijo **Awil-Marduk** (a. C.), que había liberado a los reyes deportados, entre los que se hallaba Joaquim de Judá, apenas se pudo mantener en el poder unos pocos años. Después de un tiempo de incertidumbre política, un nuevo usurpador, **Nabónido** (556-539 a. C.), logró instalarse en el trono venciendo la resistencia de sus rivales. A pesar de que este personaje no tenía sangre real, era miembro de una destacada familia de la nobleza babilónica procedente de Harran. Gracias a la inscripción funeraria de su madre, una sacerdotisa del dios lunar Sin, podemos seguir la vida de Nabónido como si se tratase de una crónica oficial. Debido a la predilección que, por influencia materna, mostró tener desde los mismos inicios de su reinado hacia el culto «universalista» de Sin, común a todas las poblaciones semitas, perdió el imprescindible apoyo del poderoso sacerdocio de Marduk. La necesidad de legitimación de su autoridad regia le indujo a reconocer el papel

central reservado en la religión babilónica a la gran tríada divina formada por Marduk, Nabu y Nergal. Sin embargo, también introdujo en el panteón de Babilonia a su particular tríada astral (Shamash, Sin e Ishtar), al tiempo que situaba una estatua de Sin en el interior del templo de Marduk, decisión que ocasionó no pocos enfrentamientos con su clero, encabezado por el sumo sacerdote (*sheshgallu*), ya de por sí muy descontento con la progresiva centralización en el palacio de la gestión de los bienes pertenecientes a los principales templos babilónicos.

Himno a Marduk

Sin es tu esencia divina; Anu, tu soberanía;
Dagan, tu carácter señorial; Enlil, tu cualidad de rey;
Adad, tu potencia; el sabio Ea, tu inteligencia;
Nabu, el que tiene el estilete, es tu talento.
Tu primacía es Ninurta; tu fuerza, Nergal;
el consejo de tu corazón es Nusku, tu (mensajero) insigne;
tu cualidad de juez es el luminoso Shamash, que provee la protección;
tu más importante nombre, oh Marduk, es «Sabio entre los dioses»;
tu flecha furiosa es un león sin piedad.
Señor augusto, que aplastas a todos los enemigos, que haces apaciguar el combate,
tu escolta son las estrellas zappu *(= las Pléyades),*
leal y justo juez de los dioses y las diosas.
Tu magnificencia son los Igigu, tu (hermana gemela) es la guerrera Imini.
Vuestro estanque es el Apsu; vuestro quemaperfumes, los cielos de Anu.
Y en su inmensidad la tierra es vuestro pedestal, (oh Señor).
Los que en el templo han aportado sus sacrificios [...],
la viuda con la harina tostada, el rico con un camero.
Es a vosotros a quienes se acercan.
¡Acudid aquí,
hacia el pan y hacia el agua del que os teme!
Por la sentencia inmutable de vuestra boca absolved
la infracción (cometida) contra vosotros.
¡Proclame yo los altos hechos, cante yo tus alabanzas!

F. Lara Peinado, *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo*, Cátedra, Madrid, 2011, p. 297.

Después de haber delegado el poder ejecutivo en su hijo Bel-sha-usur (Baltasar), Nabónido se trasladó al oasis de Tema, en el Higiaz arábigo (lugar dentro del Imperio, pero muy alejado de la capital), donde permaneció «retirado» cerca de diez años. Las razones que le llevaron a tomar esta decisión no están claras del todo. Es posible que obedeciese a moti-

vaciones personales de orden religioso (una especie de huida espiritual), estratégicas (para asegurar el control del comercio en esa importante zona geográfica) o incluso puramente políticas: la creciente inseguridad percibida en el escenario político internacional tras el paso de la hegemonía iraní de manos del rey medo Astiages (el *Ishtumegu* de las fuentes cuneiformes) a las del persa Ciro II (*Kurash* en las mismas fuentes), empujaría a Nabónido a depositar toda su confianza en el componente étnico-cultural de raigambre árabe-aramea frente al de origen caldeo, que se había mostrado especialmente hostil con el «hombre de Harran». Ahora bien, el desplazamiento del centro de gravedad político hacia Occidente fue a todas luces un error táctico cuyas nefastas consecuencias afloraron cuando, a su regreso a Babilonia en el decimoséptimo año de su reinado, tal y como narra la *Crónica babilónica*, hubo de enfrentarse al avance de los persas, que ya habían sometido a los países situados al este del Tigris y que dirigían su mirada hacia Babilonia, ciudad que sería tomada finalmente sin apenas resistencia en octubre del año 539 a. C. La entrada triunfante de Ciro II en la mítica Babilonia fue vista como un acto de liberación en nombre de Marduk, cuyo culto volvió a situarse en el centro mismo de la vida institucional de la ciudad (de nuevo se celebraría el importante festival propiciatorio de *Akitu*), signo propagandístico de una anexión «pacífica» a la que los persas deseaban dar continuidad, pero ya dentro de su vasto Imperio.

Gobierno y administración

En contra de lo que pudiera parecer, la estructura organizativa de la administración babilónica estaba muy influida por el modelo asirio. Como los monarcas asirios, nada más subir al trono, los reyes babilónicos recibían el juramento (*adu*) de los súbditos y dignatarios como expresión de obediencia y fidelidad. Con la asociación al trono del príncipe heredero en calidad de corregente, se pretendían evitar los eventuales problemas en la sucesión. Al igual que sucedía en Asiria, el principio de servicio al rey designado por la divinidad constituía el fundamento sobre el que descansaba todo el entramado del Estado.

Los monarcas del período neobabilónico gobernaban asistidos por un consejo privado en el que destacaba su escriba personal, el administrador (*shatamu*) y un secretario de Estado (*zazakku*). La administración central dependía de los altos dignatarios de palacio: el canciller (*rab muhatimn*), el jefe del arsenal (*rab kasiri*), el mayordomo (*sha pan ekalli*) y el vigilante de palacio (*rab biti*), seguidos de otros cargos subalternos como el jefe de la guardia real (*rab kibsi*) y el jefe de los correos (*kallabi*). Salvo alguna excepción poco significativa, todos estos cargos eran ocupados por los miembros de la aristocracia caldea que se había hecho con el poder en Babilonia.

A la luz de las fuentes disponibles, cabe advertir que la administración provincial era considerablemente compleja. Los dignatarios que ocupaban los puestos de mayor responsa-

bilidad, pertenecientes igualmente a la nobleza caldea, recibían el prestigioso título de «Grandes de Akkad». Al frente de la administración provincial se encontraba el gobernador del «País del Mar», cuna de la dinastía gobernante. Estos gobernadores provinciales solían llevar el título de *shaknu* o *bel pihati*, y de ellos dependían los «alcaldes» (*shakin temi*), asistidos, a su vez, por la asamblea de notables locales.

Economía y sociedad neobabilónicas

Tal y como dejan traslucir nuestras fuentes, llama la atención que el coste de la vida en la Babilonia de este período parece haber sido menor que en épocas pasadas y que, en consecuencia, los precios en general experimentaron una apreciable disminución, a excepción del de los esclavos, que no dejó de incrementarse. Las tasas de interés apenas variaron respecto a los tiempos de Hammurabi y la situación de aparente expansión económica dependía sobre todo del aprovisionamiento de metales preciosos, aunque la normalización del comercio favoreció también una adecuada explotación de los recursos propios. Aun así, la amenaza de las temibles hambrunas, como la registrada durante el reinado de Nabónido, nunca desapareció por completo. Al tratarse de sociedades sujetas a ciclos económicos muy inestables, sólo podremos considerar que nos hallamos ante un período caracterizado por la expansión económica si lo comparamos con los tiempos precedentes en los que Babilonia sufrió las nefastas consecuencias de las frecuentes guerras, evidenciadas en el descuido de los canales de riego, el abandono y destrozo de los cultivos y la ruina de las estructuras urbanas. Frente a la dramática realidad registrada en siglos pasados, Babilonia disfrutaba ahora de una situación económica favorable por primera vez desde los inicios de la Edad del Hierro.

En lo que atañe a su estratificación social, las fuentes hacen referencia con frecuencia a un grupo superior que destacaba entre la población libre y que recibía el nombre de «gentes de bien» (*mar bani*), por lo general funcionarios de los palacios y templos. En las ciudades, comerciantes y artesanos formaban un grupo influyente, cuyo consejo (*pukhru*) poseía cierta autoridad a escala municipal. La población rural se dividía en pequeños propietarios, unos eran arrendatarios (*ikkaru*), sobre todo de las propiedades de los templos, y otros aparceros (*erreshu*) y jornaleros (*sabe*) que trabajaban a su vez para los colonos y grandes propietarios.

El último escalón social estaba ocupado por los esclavos, cuyo origen seguía siendo el mismo que en épocas anteriores: deudores insolventes, niños que eran vendidos por sus padres, extranjeros comprados a los mercaderes y prisioneros de guerra. Su precio siguió siendo elevado. Fundamentalmente eran empleados en los palacios, templos y grandes propiedades pertenecientes a la nobleza. Debido a su alto valor económico, la manumisión era infrecuente. Los documentos que han llegado hasta nosotros reflejan cierta diversidad respecto a la situación jurídica en la que se encontraban muchos de los esclavos que habían gozado de libertad antes

de caer en desgracia. Sabemos que podían poseer bienes muebles e inmuebles, así como promover acciones legales, contraer deudas y efectuar préstamos, e incluso tener su propia familia y casarse con una persona libre. Sin embargo, los prisioneros de guerra constituían un caso aparte, ya que no gozaban de estatuto jurídico alguno. Su situación era muchísimo más precaria que la de los esclavos domésticos habituales y a menudo eran empleados bajo duras condiciones de trabajo en los grandes proyectos de construcción promovidos por los monarcas.

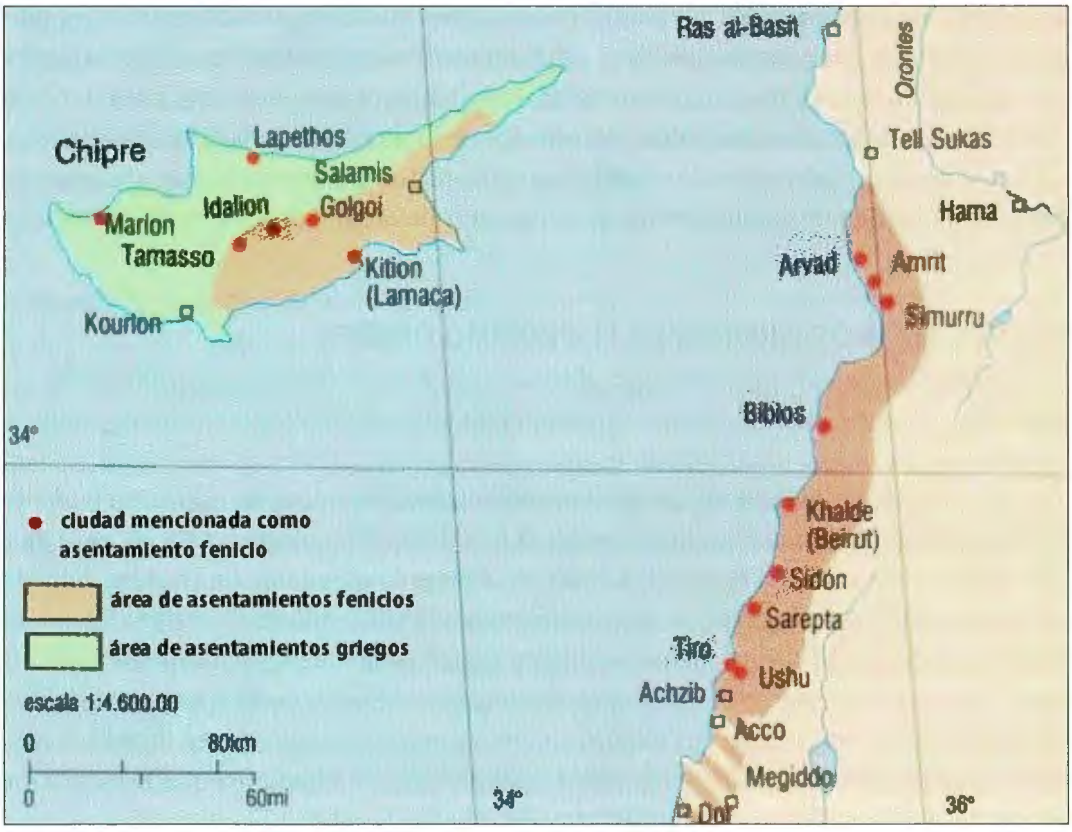
NUEVOS PUEBLOS Y REINOS EN EL PRÓXIMO ORIENTE

Fenicios

Tras las destrucción causada por los llamados «Pueblos del Mar», las ciudades-estado de la costa mediterránea cananea, herederas de la fragmentación política producida en la amplia región siro-palestina a finales de la Edad del Bronce, configurarán una cultura definida por una serie de rasgos comunes entre los que destaca la utilización de una misma lengua, el fenicio, y el desarrollo de una idéntica actividad comercial orientada hacia el tráfico marítimo. En su mismo entorno geográfico también surgieron de forma coetánea algunas realidades nacionales, tanto al norte (los estados arameos y neohititas) como al sur (israelitas, filisteos, amonitas, moabitas, edomitas), dando lugar a un nuevo escenario político-cultural en esta estratégica región occidental del Próximo Oriente.

Nuestra dependencia de las fuentes externas a esta civilización (fundamentalmente la Biblia hebrea y los autores griegos, y en menor medida, ciertas referencias asirias y egipcias) justifica el empleo del término étnico «fenicios» (*phoiníkes* en griego) con el que los habitantes de estas ciudades eran conocidos ya en la Antigüedad. En este sentido, debe recordarse que para los griegos dicho término contenía también un significado de carácter cultural, pues designaba igualmente a las gentes del cuadrante oriental del Mediterráneo que hablaban la lengua «fenicia». El origen de la palabra no está muy claro, aunque es posible que tenga relación con la denominación griega de «púrpura» (*phoīniks*), de cuya producción y comercialización los fenicios tenían en esta época casi la exclusiva.

Ubicadas en una estrecha franja costera cuyo límite hacia el interior no superaba los cursos de los ríos Orontes (al norte) y Jordán (al sur), las ciudades fenicias, independientes entre sí y a menudo rivales, apenas disponían de extensión territorial que les permitiese obtener productos de origen agrícola. Desde época ancestral, la principal riqueza de esta región procedía de la explotación y comercialización de la madera extraída de sus abundantes bosques de cedros. Biblos (antigua *Gubla* y actual Jebeil) destacaba especialmente por su importante industria maderera y por la exportación a gran escala de esta materia prima a países vecinos que, como Egipto, carecían de ella.

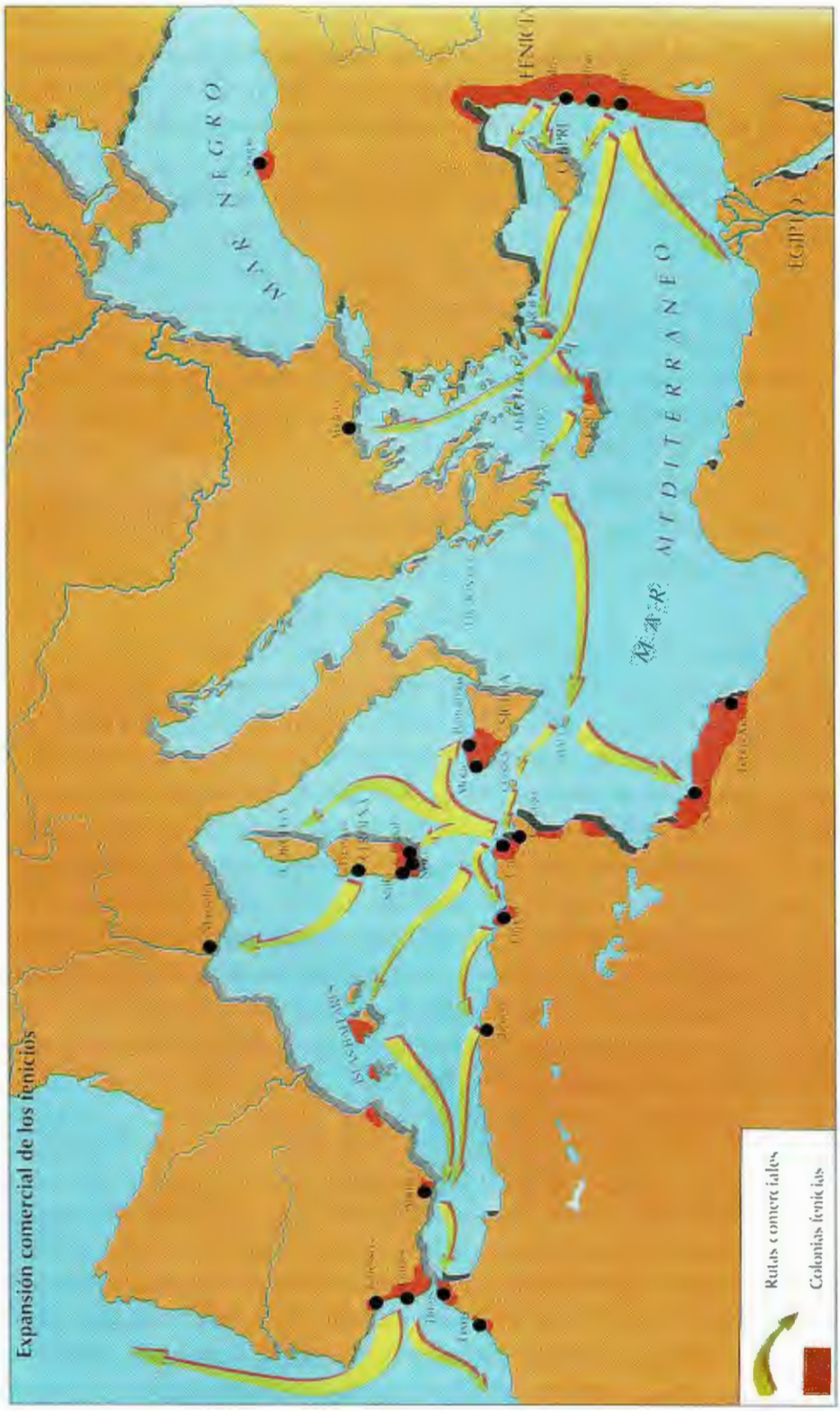


Mapa 37. Primeras ciudades fenicias.

Inscripción funeraria de Ahiram, rey de Biblos (siglo XIII a. C.)

Sarcófago que [It]tobaal, hijo de Ahiram, rey de Gebal (= Biblos), hizo para Ahiram, su padre, cuando lo depositó en (la «Casa de) la Eternidad». Y si un rey entre los reyes o un gobernador entre los gobernadores o un superintendente del ejército se alzara contra Biblos y desenterrara este sarcófago, que el cetro de su poder le sea arrebatado, que el trono de su reino sea abatido y que la paz huya de Biblos. Y, en cuanto a él, si destruye esta inscripción, que el [...].

F. Lara Peinado, *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo*, Cátedra, Madrid, 2011, p. 340.



Mapa 38. Expansión comercial de los fenicios.

Al igual que Biblos, las ciudades fenicias más activas estaban ubicadas en puertos naturales e islotes de fácil defensa y, a la vez, accesibles a las naves de cabotaje (como era el caso, por ejemplo, de Tiro). Estos puertos daban salida a todo tipo de productos procedentes tanto de las rutas caravaneras que venían de Oriente como del tráfico comercial del Mediterráneo (a través de Chipre) y el Egeo. Al contar con un desarrollo económico autónomo, las ciudades fenicias no necesitaban constituirse en una nación gobernada por la figura de un rey que dominara políticamente sobre todas ellas. Tan sólo a comienzos del I milenio a. C., cuando arameos y hebreos se asientan de forma definitiva en Siria y Palestina, respectivamente, las fuentes aluden a la existencia de «reyes» en algunos de estos centros urbanos como Sidón y Tiro, aunque es posible que se tratase tan sólo de «príncipes» locales que, en un momento determinado, pudiesen haber adquirido un cierto grado de hegemonía sobre otras urbes vecinas. Desde el punto de vista de su organización política, las mismas fuentes nos informan acerca del sistema del gobierno por el se regían estas comunidades ciudadanas: en la mayoría de los casos estaban dirigidas por «consejos de ancianos» o eventuales grupos de presión oligárquicos.

Quizás la mayor peculiaridad de la civilización fenicia sea su proyección humana, económica y cultural hacia el exterior, aun hacia zonas muy alejadas de sus centros de origen. La exploración temprana del Mediterráneo condujo a los fenicios hasta el extremo Occidente en un proceso de colonización que alcanzó incluso áreas atlánticas (como Lixus, en el norte de África). De hecho, los comerciantes fenicios crearon toda una red capilar de centros de intercambio que funcionaban como «escalas marítimas» situadas en posiciones estratégicamente importantes respecto a las rutas más transitadas o cerca de mercados potenciales. Estos «lugares de posta» fueron transformándose gradualmente en puertos fijos provistos de almacenes que, con el tiempo, dieron origen a auténticas colonias. Según la tradición, *Gadir* (Cádiz) fue una fundación fenicia *ca.* 1100 a. C., aunque la arqueología no ha encontrado aquí materiales fenicios anteriores al siglo VIII a. C. Es seguro, sin embargo, que a finales del siglo IX a. C., en el año 814 a. C., un grupo de tirios huidos de su ciudad natal fundó *Qarthadašt* o «Villa-Nueva» (*Karchedon* en griego y, luego, *Carthago* en latín), que a la larga sería la ciudad occidental en contacto más estrecho con los fenicios orientales y occidentales.

Desde un punto de vista cultural, la innovación más significativa introducida por los fenicios fue el alfabeto fonético, el cual no recurría a imágenes como los pictogramas o los jeroglíficos sino a símbolos gráficos convencionales indicativos de un sonido determinado. Los métodos utilizados hasta entonces por otros pueblos requerían el uso de miles de signos (en la práctica, a cada uno de ellos correspondía una palabra). Basándose en un procedimiento más abstracto, esta innovación permitió reducir considerablemente el número de símbolos y simplificar la propia escritura. Debe hacerse notar que el alfabeto fenicio representaba sólo las consonantes; después los griegos retomarían este alfabeto y

lo completarían con los sonidos vocálicos (usando algunos signos fenicios para indicar ciertas consonantes inexistentes en griego). Se trata, sin duda, del alfabeto que, con ulteriores transformaciones, ha llegado hasta nosotros.

El sarcófago de Tabnit I, rey de Sidón (470-465 a. C.)

Yo, Tabnit (I) sacerdote de Ashtarté, rey de los sicionios, hijo de Eshmunazor (I), sacerdote de Ashtarté, rey de los sicionios, yo reposo en esta caja. Cualquiera que seas tú, hombre que encuentres esta caja, no abras mi tumba ni me turbes, porque no tengo ni plata, ni oro, ni ninguna clase de vasos. Despojado, yo reposo solo en esta caja. ¡Oh, no abras mi tumba y no me turbes, porque es una cosa abominable a Ashtarté! Pero si osas abrir mi tumba y te atreves a turbarme, que no tengas primogenitura entre los vivos bajo el Sol, ni lecho de reposo con los refaim.

F. Lara Peinado, *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo*, Cátedra, Madrid, 2011, p. 342.

Israel y Judá

Con el dislocamiento del orden político ocasionado por los «Pueblos del Mar», la región siro-palestina aparece a inicios del I milenio a. C. desmembrada en una serie de ciudades-estado y naciones independientes de extensión territorial muy reducida. Por un lado, en la costa un grupo descendiente de los «Pueblos del Mar», conocido con el nombre de *Peselet*, creó una confederación de cinco ciudades-estado filisteas, y en las zonas transjordanas surgieron diversas entidades nacionales, como Ammón (al este de curso medio de Jordán), Moab (al este del Mar Muerto) o Edom (en la parte meridional); por otro, en las zonas montañosas de Palestina sobrevivieron pequeños reductos estatales de origen cananeo, cuya organización tribal estaba basada en el agrupamiento de clanes que compartían un mismo componente étnico y lingüístico, y una fuerte tendencia al culto a los antepasados y a los dioses asociados a los propios clanes. En la época formativa de la entidad política conocida posteriormente como «Israel» sobresale el grupo étnico de los hebreos, conectado muy probablemente con los *habirū*, denominación cananea para las gentes refugiadas que ejercían el bandidaje en las zonas montañosas de Efraín y Judá.

La tradición bíblica sobre los patriarcas, la promesa divina de la posesión de una tierra propia, la estancia de los doce hijos de Jacob y sus descendientes en Egipto, el éxodo bajo la guía de Moisés, la asombrosa travesía del Mar Rojo, la revelación del dios nacional Yahwéh en el monte Sinaí y la consiguiente promulgación de la «Ley», la ocupación de

Palestina —la «tierra que mana leche y miel»— bajo el mando de Josué y la fulgurante conquista de la «tierra prometida» constituyen la expresión literaria de un sentimiento religioso que apenas sirve como fiable testimonio histórico. Ahora bien, dado que las fuentes escritas relativas a los inicios de la presencia israelita en Palestina son realmente escasas, la «estela de David» reviste una especial importancia, pues en ella el faraón Merentaph (1213-1203 a. C.) menciona entre las ciudades-estado conquistadas en esos territorios a una población identificada con el nombre de «Israel», cuyo carácter tribal, ajeno todavía al sedentarismo, era sugerido por la utilización del determinativo «gente» en contraposición al de «región» referido al dominio de otros enemigos vencidos como, por ejemplo, los países de Canaán y Kharu. La transición hacia una nueva realidad socio-política se situaría entre los siglos XII y XI a. C. Si nos atenemos a la narración bíblica, una vez despojada de sus elementos irreales, podremos vislumbrar la aparición en esta época de una incipiente ideología dinástica vinculada a su supuesto fundador, **David** (*ca.* 1010-971 a. C.), quien emerge como el artífice de una entidad nacional, ciertamente aún marginal, con centro en la ciudad de Jerusalén. Siguiendo el modelo próximo-oriental, allí se localizaban el palacio y la corte con sus funcionarios administrativos y su sacerdocio. Si bien es cierto que no existen dudas sobre la existencia real de David y Salomón (sobre todo con el hallazgo en 1993 de una inscripción en Tell Dan en la que aparece la mención de la «casa de David», fechada hacia el 850 a. C.), no menos cierto es que la información arqueológica ofrece pruebas irrefutables sobre la reducida extensión e importancia de la ciudad de Jerusalén en los siglos X y IX a. C.

La opresión israelita contra los cananeos

Después de la muerte de Josué, los israelitas hicieron esta consulta a Yahveh: «¿Quién de nosotros subirá el primero a combatir a los cananeos?» [...] Habiendo encontrado en Bezeq a Adoni Bézeq, le atacaron y derrotaron a los cananeos y a los perizitas. [...] Judá se fue con su hermano Simeón, derrotaron a los cananeos que habitaban en Sefat y consagraron la ciudad al anatema. Por eso la ciudad se llamó Jormá. Judá se apoderó de Gaza y su comarca, de Ascalón y su comarca, de Ecrón y su comarca [...] Manasés no se apoderó de Bet Seán y sus filiales, ni de Tanak y sus filiales. No expulsó a los habitantes de Dor y sus filiales, ni a los de Yibleam y sus filiales, ni a los de Meguiddó y sus filiales: los cananeos siguieron ocupando el territorio. Sin embargo, cuando Israel cobró más fuerza, sometió a los cananeos a tributo, aunque no llegó a expulsarlos. Tampoco Efraím expulsó a los cananeos que habitaban en Guézer, de manera que los cananeos siguieron viviendo en Guézer, en medio de Israel [...].

Jueces, 1, 1; 1, 5; 1, 17-18; 1, 27-29 (trad. A. Ibáñez, en J. Á. Ubieta (dir.), *Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1995, pp. 267-268).

Fuente: N. Smart, *Atlas mundial de las religiones* (trad. N. Caminero), Könemann, Colonia, 2000, p. 118.

Mapa 39. Reinos de Israel y Judá.

A pesar de la incómoda presencia de Damasco en los límites septentrionales del reino, con **Salomón** (*ca.* 972-931 a. C.) Israel parece despuntar con fuerza. Más allá de su caracterización como soberano sabio, justo y elocuente, promovida siglos después por los redactores bíblicos de la historia deuteronomista cercanos a Josías (640-609 a. C.) para acomodarlo al modelo ideal de monarca oriental, Salomón emprende todo un programa de reformas tendentes a fortalecer la base institucional del reino: además de levantar un palacio digno de su realeza (llamado «la casa del cedro del Líbano»), construyó un fastuoso templo destinado a acoger la célebre «arca de la alianza» y a convertirse en la morada de Yahwéh, que pasó así a ser la divinidad dinástica por excelencia. Siguiendo la tradición cananea, dicho templo era todavía dependiente del palacio a pesar de que en los escritos bíblicos se presentaba como el elemento emblemático de la unidad cultural israelita, una función que adquirirá solamente en una época muy posterior, cuando el resto de cultos diseminados por el territorio del reino sean definitivamente prohibidos.

La consolidación de un Estado de cierta entidad requería para su sostenimiento una buena cantidad de ingresos fiscales, los cuales habrían de ser satisfechos no sólo por la comunidad israelita sino también por la población residual cananea. Es por esta razón que el reino fue dividido en doce distritos a pesar del descontento que dicha medida despertó en el elemento tribal (especialmente arraigado en las regiones septentrionales), no habituado a ningún tipo de control territorial ni fiscal.

Sin embargo, con la muerte de Salomón se perdió la unidad territorial y política del reino, dando lugar a dos realidades nacionales diferentes que se mantuvieron separadas hasta la conquista asiria: Israel al norte (al principio sin capital fija) y Judá al sur (con capital en Jerusalén). Respecto a la configuración geopolítica del entorno más próximo, al oeste de Judá volvió a reproducirse la autonomía de la pentápolis filistea, que progresivamente sufrió una aculturación cananea favorecedora de una cierta continuidad cultural y lingüística; al este recuperaron también su autonomía los ammonitas, moebitas y edomitas, lo que significaba para los reinos de Judá e Israel la pérdida de control de las caravanas transjordanas.

Aparte de su celebrado prestigio como aglutinador de la religión imperante en la región, el reino de Judá no pasaría de ser durante los siglos IX y VIII a. C. un pequeño Estado en continua búsqueda de la protección de las grandes potencias vecinas. Aunque económicamente Israel era mucho más rico, adolecía de una inestabilidad política atemperada sólo con la llegada al poder de la dinastía fundada por **Omri** (885-874 a. C.). A este monarca se debió la designación de Samaría como capital del reino. En el palacio de esta ciudad residía la corte y el aparato administrativo, organizado, una vez más, según el modelo característico del mundo próximo-oriental. Omri sería recordado también por una fuente extrabíblica, la estela de Mesha de Moab. La consolidación política de Israel durante su gobierno

permitió a este reino enfrentarse militarmente a Damasco por el control del territorio de Galaad, a la vez que establecer ventajosas alianzas con Tiro y Judá mediante matrimonios interdinásticos con el fin de afrontar con mayores garantías la amenaza que suponía para la región (y especialmente para Israel por su posicionamiento geográfico dentro de la franja siro-palestina) la política expansiva del Imperio asirio.

Sólo después de la decadencia de la floreciente dinastía omrita y la conquista asiria del reino norteño de Israel y de su capital Samaría en el año 720 a. C., Judá (que se había convertido en vasallo de Asiria) adquirió una posición privilegiada que le permitió alcanzar sus aspiraciones de dominio sobre el derrocado reino septentrional. En apenas una generación, la ciudad real de Jerusalén se transformó en la sede o centro neurálgico político y religioso de la región. A finales del siglo VIII a. C., esta ciudad y todo Judá experimentaron una explosión demográfica y un desarrollo socio-económico sin precedentes. A partir de entonces, el reino se debatiría entre la guerra y la supervivencia, siempre a la sombra de los grandes imperios. Ahora bien, las oscilaciones políticas de los diferentes reinados a partir de **Ezequías** (*ca.* 716-687 a. C.) serían interpretadas por el círculo intelectual que dio forma al relato bíblico bajo una óptica exclusivamente teológica. Una vez desaparecido el Imperio asirio, este círculo elitista partidario del monoteísmo yahwista había accedido de nuevo al poder en época de **Josías** (640-609 a. C.). Esta circunstancia no constituyó sino un episodio más dentro del proceso de rivalidad que enfrentaba a este grupo nacionalista y radical con el movimiento moderado (pro-asirio y sincretista), pero con la peculiaridad de que, en esta ocasión, quedó conservado el legado ideológico de Josías y su entorno en una colección de textos hebreos que darían lugar a una Historia Sagrada cuyos cimientos desvirtuarían la propia realidad histórica.

La catástrofe que sufrió Judá a manos del rey babilónico Nabucodonosor II (604-562 a. C.) y, especialmente, la destrucción de Jerusalén y su Templo en el año 587 a. C. (con la consiguiente deportación de su clase dirigente a Babilonia), obligó a impulsar un revisionismo ideológico cuyas huellas han quedado indelebles en la historia deuteronomista. Mientras que su primera fase de redacción (Dtr^1) se situaba en los días de Josías y estaba destinada a reforzar los objetivos de este monarca, su segunda fase (Dtr^2) surgió de la necesidad de ofrecer una interpretación coherente de la desdicha sufrida por Judá. Dtr^2 ofrecía de esta forma un sorprendente giro teológico: la nueva redacción de la historia deuteronomista subordinó con gran inteligencia el pacto con David al cumplimiento de la Alianza entre Dios y el pueblo de Israel en el Sinaí. Tras el regreso del exilio babilónico, el devenir histórico del pueblo elegido bajo la égida del Imperio persa se interpretaría siguiendo la misma línea ideológica, pero con un cambio de orientación una vez desaparecida la familia dinástica davídica. Al faltar la institución de la monarquía, el Templo (cuya reconstrucción concluyó en el año 516 a. C.) se convertiría en el centro de identidad del pueblo judío.

EL IMPERIO PERSA AQUEMÉNIDA (559-330 A. C.)

Preámbulo: los medos

Durante el largo período comprendido entre los siglos IX y VII a. C., la información sobre los pueblos asentados en la meseta iraní procede sobre todo de Asiria, prestando atención especialmente a la franja suroccidental próxima a la cadena montañosa de los Zagros, región que fue ocupada principalmente por las tribus medas. Los oráculos asirios atribuyen la creación de una primera formación política unitaria (aunque aún descentralizada) a un mítico rey de los medos llamado **Kashtaritu** (675-653 a. C.), el Fraortes de Heródoto, quien, aprovechando la ausencia del rey asirio Senaquerib, logró apoderarse de la fértir región de Man, expulsando de allí a las poblaciones asirias. Tras la unión de su pueblo con los manneos y cimerios, y el sometimiento de los persas gobernados por Teispes (rey de Anshan), el nuevo país resultante se extendía desde el lago Urmia hasta Pérsida y desde los Zagros hasta Demavend.

Al atacar Asiria, Kashtaritu fue derrotado por Assurbanipal, quien le dio muerte en la campaña de Nínive. Su sucesor fue su hijo **Ciaxares** (653-585 a. C.), quien, tras vencer a los escitas, acabando así con sus continuas incursiones, anexionó Bactriana a su reino. La caída del Imperio asirio, a la que contribuyó por medio de una alianza con el rey babilonio Nabopolasar, afianzó su poder en la región. Aunque tanto los persas de Ciro I (que había sucedido a su padre Teispes en el año 620 a. C.) como los manneos y urarteos maniobraron para distanciarse del reino de Media, Ciaxares fue capaz de neutralizar esos intentos de disgregación de sus dominios. De hecho, un nuevo intento de emancipación de los persas en época de Cambises I (hijo de Ciro I) fue aplastado sin miramientos hacia el año 600 a. C. Poco después sometería también a los armenios y se enfrentaría al reino de Lidia.

Aunque la muerte de Ciaxares señala el fin del expansionismo medo, su hijo y sucesor, **Astiages** (585-550 a. C.), fue capaz de mantener su reino dentro de un equilibrado sistema de alianzas matrimoniales, políticas y comerciales que condujeron a un período de paz de treinta años en Oriente Próximo. Su capital, Ecbatana (actual Hamadan), estaba situada estratégicamente en el punto central de la ruta comercial que comunicaba las boscosas montañas de los Zagros con la meseta iraní, árida y esteparia. No cabe duda de que la prosperidad económica que vivió la zona durante esta época de tranquilidad fue favorecida por la escasa presión política ejercida por los medos en las diferentes regiones que formaban parte de sus dominios. Respetando la ancestral costumbre de autogobierno de las naciones iranias, la hegemonía meda se basaba en relaciones personales establecidas conforme a un diverso grado de subordinación respecto a los distintos dignatarios que estaban al frente de dichas naciones, más que en una conquista militar que impusiese un

rígido sistema de gobierno provincial y de presión tributaria. Este escenario, sin embargo, cambiará con la intervención del emergente poderío persa bajo el gobierno de Ciro II, quien, en apenas tres años (entre el 553 y el 550 a. C.), se hizo con los territorios que se hallaban bajo influencia de los medos, los cuales pasarían a formar parte de los dominios del Imperio persa.

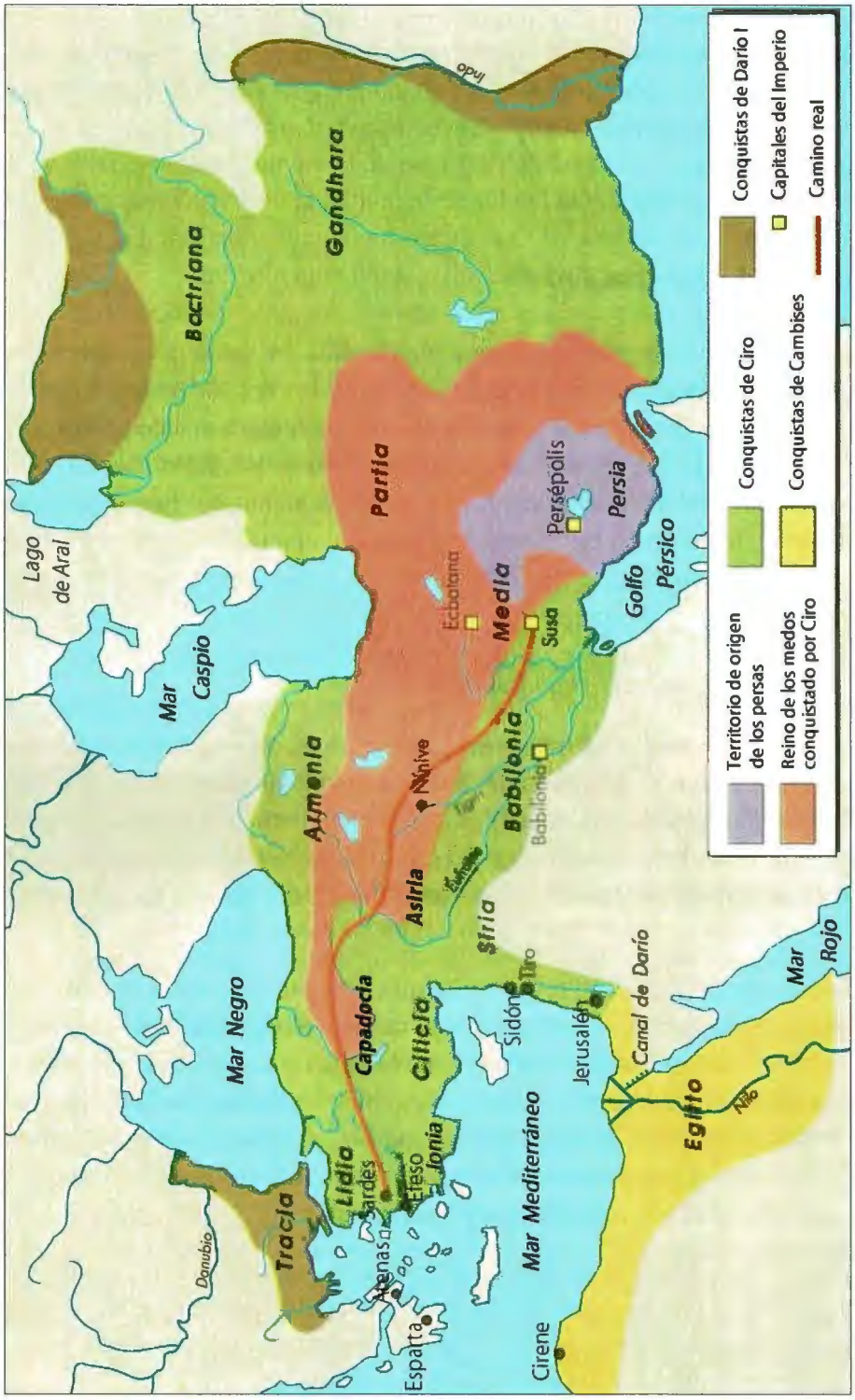
La formación de una gran dinastía

Parsua, «una tierra de persas», aparece mencionada por primera vez sobre el *Obelisco Negro* del asirio Salmanasar III en memoria de su campaña del año *ca.* 843 a. C. En la tradición asiria los persas son recordados en estrecha conexión con los *mada* (o medos), aunque son estos segundos los que se citan con mayor frecuencia en los *Anales Reales*, hasta convertirse a principios del siglo VII a. C. en el poder dominante del borde oriental asirio. Probablemente, tanto persas como medos habían sido empujados en estos momentos por desplazamientos de pueblos escitas, coincidiendo con la época en la que el Imperio asirio se encontraba ya en clara desintegración, fenómeno que culminaría con la destrucción de Nínive en el año 612 a. C. a manos de los reyes caldeos (con ayuda elamita) que formarían el llamado Imperio neobabilónico (612-539 a. C.).

En torno al año 700 a. C. las tribus persas que procedían de *Parsua* se instalaron, con el consentimiento y bajo la soberanía del rey elamita, en las proximidades de *Parsumash* (Anshan o Anzán, amplia zona montañosa de la actual Irán). En general, se admite que estas primeras tribus fueron conducidas y organizadas por un jefe tribal del clan parsagada llamado **Aquemenes** o Hakhamanish (*ca.* 700-675 a. C.), antepasado epónimo de los reyes persas.

La expansión persa continuó con el rey **Teispes** (675-640 a. C.), quien ocupó el noreste de *Parsumash* y, aprovechando el declive elamita, también *Farsa* (actual Fars). Según afirma la tradición, a finales de su reinado, dividió el reino entre sus dos hijos: Parsuash (parte oriental) para Ariamenes, y Anshan (parte occidental) para Ciro I. Sin embargo, esta división parece ser bastante inverosímil por su inviabilidad. En cualquier caso, parece ser que con **Ciro I** (640-600 a. C.) los persas se encontraron ahora bajo el poder asirio, ya que poco después del año 639 a. C. este monarca juró adhesión al rey Assurbanipal.

Si admitimos la teoría de la división del reino, el sucesor de Ciro I, **Cambises I** (600-559 a. C.), consiguió unir de nuevo las dos partes separadas. A continuación, se casó con la princesa Mandane, hija de Astiages (585-550 a. C.), último soberano de Media, reino al que, como ha sido ya mencionado, los persas estaban entonces sujetos.



Mapa 40. El Imperio persa desde sus orígenes.

Sin embargo, el regente que estableció las bases definitivas del Imperio persa sería **Ciro II**, también conocido como **Ciro el Grande** (559-530 a. C.). Era hijo de Cambises I y, por tanto, nieto del último rey medo, Astiages. Estableció su capital en Parsagada e impulsó una política activa de conquistas. En primer lugar, sometió a las dispersas tribus iranias y asiánicas que se hallaban al este, sureste y noreste de su reino, contando con el consentimiento del monarca babilónico Nabónido. Por ello, y ante una posible y amenazante alianza entre este último y Ciro II, el anciano Astiages hizo un llamamiento al persa para que siguiese supeditado a su poder. Su negativa condujo al enfrentamiento entre ambos en dos importantes batallas, en la segunda de las cuales el rey medo fue apresado y muchos de sus señores tribales se pasaron al lado de Ciro II, quien les equiparó a los persas (*ca.* 550 a. C.). En efecto, el soberano persa llegaría a conquistar el reino medo con ayuda de los propios medos. Después trasladó su capital a Ecbatana, mejor situada; de esta manera unió en un único Estado a medos y persas.

Debido a que Creso de Lidia había ayudado a Astiages cumpliendo un acuerdo de amistad que le ligaba a Media desde el 585 a. C., Ciro II marchó contra él. La decisiva batalla se libró en el río Haly en el año 547 a. C. Los lidios se retiraron huyendo despavoridos a su capital, Sardes, ciudad que no tardaría en ser conquistada por los persas, cayendo prisionero el propio Creso. Una vez anexionada Lidia, el general persa Harpaso permaneció en la región con el fin de someter también a las ciudades jonias, que hasta entonces se hallaban en una situación cómoda bajo el poco opresivo poder lidio. Tres años después caerían en manos de los persas.

En el año 539 a. C. Ciro II incorporó Babilonia a su Imperio. Su conquista fue favorecida por el enfrentamiento que venían manteniendo desde hacía tiempo el influyente clero de Marduk y el monarca babilónico, Nabónido. De hecho, la intervención de Ciro II fue acogida como una verdadera liberación y además supo ganarse la confianza de sus nuevos súbditos mostrando gran tolerancia y respeto al pueblo y a los dioses babilónicos, llegando incluso a liberar a los judíos de su cautiverio y permitiendo la reconstrucción del Templo de Yahwéh en Jerusalén. Una inscripción en un cilindro del rey persa muestra su política tolerante y conciliadora basada en un adecuado equilibrio político-religioso y alimentada por el mantenimiento de la paz en Babilonia.

Junto a esa emblemática ciudad, los distritos del norte de Siria fueron también anexionados a un Imperio que contaba ya con unas enormes dimensiones. Ciro II emprendió además operaciones militares en la frontera noroccidental de sus dominios (se habían incorporado con anterioridad Hiscania y Partia), donde se había instalado al sátrapa Histaspe (padre del futuro rey Darío I). A continuación, el rey persa dirigió varias campañas militares contra los invasores nómadas del Asia Central, los masagetas, en una de las cuales es probable que encontrara la muerte (se sabe que Ciro II murió en la región de los ríos Oxus y Yaxartes en el año 530 a. C.), no sin antes haber convertido a Drangiana, Aracosia, Margiana y Bactriana en nuevas provincias de su vasto Imperio.

Mapa 41. El Imperio persa desde el 550 a. C. hasta el 331 a. C.

Toda esta política expansiva de Ciro II perseguía dos objetivos: por un lado, pretendía monopolizar el rico comercio del litoral oriental del Mediterráneo (destino natural de las caravanas asiáticas) y, por otro, asegurar la frontera oriental del Imperio. Para llevar a la práctica estos propósitos, este monarca guerrero practicó, después de las conquistas, una política de conciliación y tolerancia entre los distintos pueblos sometidos. Como haría Darío I después de él, puso gran interés en ganarse la amistad de las castas sacerdotales de los países conquistados y, donde la evidencia puede ser contrastada, esta política conservadora, que implicaba los mínimos cambios posibles en las condiciones de gobierno, hizo que la transición al *status* provincial en el Imperio persa fuese relativamente fácil. Por ello, a menudo se ha considerado que en esta época el Imperio disfrutó de una auténtica *pax achaemenida*.

El «Cilindro de Ciro II», rey persa (539 a. C.)

[Cuando (...)] su [...] las regiones [...] una persona insignificante ha sido instalada como la entu [de Sin] en su tierra y [él sacó de sus tronos las imágenes correctas de los dioses] e impuso sobre ellos [imi]taciones. [Hizo] una réplica del Esagila [(...) estableció] ritos inapropiados para Ur y el resto de otras ciudades sagradas rituales, como también [ofrendas im]pías. Diariamente, no cesaba de pronunciar [plegarias] infieles. Además interrumpía de manera diabólica las ofrendas regulares y trastocaba los ritos. [Cam]bió en abominación la adoración de Marduk, el rey de los dioses, y sin cesar perpetuó la maldad contra su ciudad(= la de Marduk). Todos los días [él (...)] y llevó a todo su [pueblo] a la ruina por (imponerles) cargas sin descanso. Ante sus quejas el Enlil de todos los dioses (= Marduk) se puso terriblemente furioso y [se marchó de] su territorio, (también) los (otros) dioses que vivían entre ellos abandonaron sus mansiones, enojados porque (Nabónido) los hubiera traído a Babilonia para furia de Marduk. Marduk, el ex[altado, el Enlil de los dio]ses, se paseó por todos los lugares que habían sido abandonados y al ver aquello calmó [su] en[fado] y mostró piedad al pueblo de Sumer y Akkad, que se habían convertido en cadáveres. Escudriñó y miró (por) todos los países, buscando un gobernante virtuoso cuya mano pudiera agarrar. (Entonces) pronunció el nombre de Ku-ra-as (= Ciro II), rey de Anshan, y anunció su nombre como el pró(ximo) gobernante de todo el mundo. Hizo al país de Guti y todas las hordas uman-manda (= medos) inclinarse en sumisión a sus pies (= de Ciro II). Y así él (= Ciro II) siempre se cuidó de la justicia y del bienestar del pueblo de los de cabeza negra sobre el cual él había sido hecho victorioso (por Marduk). [...] Todos los habitantes de Babilonia (DIN.TIR) así como todo el país de Sumer y Akkad, príncipes y gobernantes (incluidos), se inclinaron ante él (= Ciro II) y le besaron los pies, jubilosos de que él (hubiera recibido) la realeza, y con caras resplandecientes. Alegremente, le saludaron como señor gracias a cuya ayuda habían vuelto (de nuevo) a la vida los que estaban como muertos, habiendo sido salvados de toda tribulación y penuria. Y alabaron su nombre [...].

F. Lara Peinado, *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo*, Cátedra, Madrid, 2011, pp. 375-376.

Cambises II y la conquista de Egipto

Cambises II (530-522 a. C.) fue hijo y sucesor de Ciro II y había sido introducido por éste en los círculos del poder como «rey de Babilonia» durante 8 años. Su hermano menor, Bardiya, del que se sospechaba que había participado en una conspiración, fue presuntamente mandado asesinar en secreto por su propio hermano. La extensión de este rumor y el reforzamiento autoritario de su poder justifican que las fuentes griegas califiquen a Cambises II como déspota, imagen que podría haber respondido a la realidad o haber surgido por comparación con la ecuanimidad demostrada por su padre. En cualquier caso, parece cierto que el nuevo soberano intentó situar a la monarquía muy por encima de la nobleza y esto le granjeó la enemistad de sus «aliados naturales».

El hecho más importante de su reinado fue la conquista de Egipto entre los años 525 y 522 a. C. Las fuentes principales por las que se conoce esta hazaña son, por un lado, las narraciones de Heródoto y, por otro, las noticias que aporta la «estela de Udjahorresne». El faraón Amasis, que había contado con las tropas prometidas por el tirano Polícrates de Samos, fue abandonado por éste después de la victoria persa en Gaza. Entonces, Cambises cruzó el peligroso desierto del Sinaí con la ayuda de las tribus árabes y logró ocupar Pelusium. De aquí se dirigió hacia Menfis, capital que conquistó pronto, y desde donde fue deportado a Susa el nuevo faraón Psamético III. Tras esta conquista, Egipto fue incluido en la satrapía de Mudraya con capital en Menfis.

Desde Egipto, Cambises se planteó la ocupación de Cartago, pero este proyecto no pudo llevarlo a cabo debido a la negativa de la marina fenicia a luchar contra sus «hermanos de raza». Sin embargo, la expedición planeada hacia Etiopía en el 524 a. C. parece que sí se llegó a realizar, pues como consecuencia de la misma se fundó Meroe. Poco después, Cambises estableció guarniciones por todo Egipto, y en especial en Dafne, Menfis y Elefantina (en esta última con mercenarios judíos).

Las fuentes griegas manifiestan cierta tendenciosidad acerca del reinado de Cambises II en Egipto. Según su visión, el rey persa abandonó la política religiosa conciliadora de su padre, destruyendo templos y matando a un buey Apis. Sin embargo, y de acuerdo con la mayoría de los historiadores, estas noticias quedan desmentidas ante el análisis de las inscripciones descubiertas en las tumbas del *Serapeum* en Menfis. Sin duda, parte de esta tradición de descrédito hacia Cambises provino del seno de la casta sacerdotal egipcia que se vio afectada muy desfavorablemente por algunas de sus medidas fiscales.

El estallido de una rebelión en Persia fomentada por un tal Gaumata, que se hizo pasar (o puede que lo fuera de verdad) por el otro hijo de Ciro II, Bardiya, aparentemente asesinado por deseo de su propio hermano, hizo que Cambises tuviera que abandonar inmediatamente Egipto, sobreviniéndole la muerte en el camino de regreso a la capital persa en el año 522 a. C.

La consolidación del Imperio y el intento de apertura hacia Occidente

La principal fuente que tenemos sobre la subida al trono de **Darío I** (522-486 a. C.) es la inscripción levantada por él mismo en Behistún. La información que ésta aporta coincide básicamente con las noticias transmitidas por los historiadores griegos Heródoto y Ctesias.

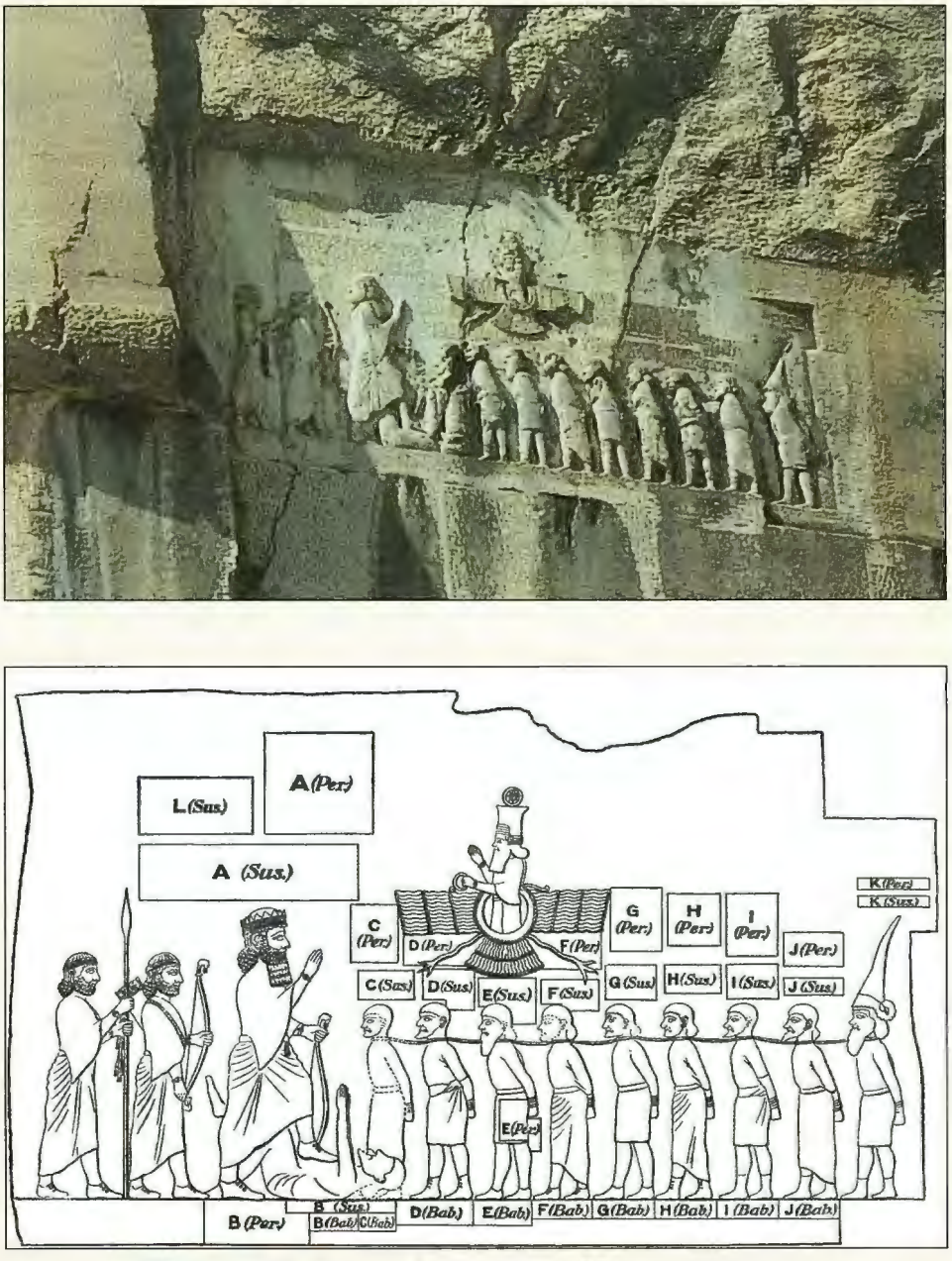
Deseoso de apoderarse del trono, Gaumata, quien se hacía pasar por el hermano de Cambises (Bardiya), logró obtenerlo durante siete meses como resultado de la sublevación que encabezó contra Cambises II, quien había encontrado la muerte en el camino de regreso desde Egipto precisamente con la intención de sofocarla. Los sublevados lograron ganarse a gran parte del pueblo prometiendo la supresión de los reclutamientos y de los impuestos durante tres años. A su vez, pretendieron provocar una reforma religiosa destruyendo los santuarios locales (*ayadana*).

Por el contrario, parece que el ejército permaneció fiel a la dinastía aqueménida y hubo varias revueltas, una de las cuales, encabezada por el noble Darío (hijo del sátrapa Histaspe) finalizó con el ajusticiamiento de Gaumata y la proclamación de Darío I como rey. Pero para justificar el nuevo orden implantado, Darío tuvo que resaltar mediante las inscripciones reales (situadas en el acantilado de Behistún, en Media) que la acción rebelde de Gaumata no era más que un intento de usurpación, mientras que su acceso al trono estaba legitimado por su estirpe que, aunque colateral, procedía sin duda de la rama aqueménida. Aún así, algunos historiadores piensan que esta versión de Darío enmascara una fragrante usurpación. Para estos autores, la revuelta pudo haber sido protagonizada por el verdadero hermano de Cambises II, es decir, por Bardiya. Sin embargo, para la mayoría de los estudiosos, no hay razón para dudar de las noticias que transmite la inscripción de Behistún, al menos en lo que no se encuentren pruebas seguras que obliguen a pensar lo contrario, máxime teniendo en cuenta que dicha inscripción estaba a la vista del pueblo y que, por tanto, podía ser objeto de críticas y controversias muy serias si su contenido no se ajustaba más o menos a la verdad.

En cualquier caso, parece que Darío conquistó el trono no por su ascendencia, sino porque era el noble más destacado de los que se opusieron a la revuelta encabezada por Gaumata y controlaba gran parte del ejército. Lo que es innegable es que, una vez conseguido su objetivo, no quiso correr riesgos y a la derrota de los rebeldes siguió una dura represión contra los magos. Esto último aparece confirmado por Flavio Josefo y por Heródoto.

A principios de su mandato, en el año 518 a. C., Darío I visitó Egipto y atenuó ciertas tensiones suscitadas por varias medidas que había impuesto Cambises II, devolviendo a algunos templos el usufructo de sus recursos (aunque no su administración) y construyen-

do un gran santuario en el oasis de el-Khargah. Su autoridad quedó reflejada claramente en la inscripción propagandística de Naqsh-i Rustam.



Fuente: Fuente: J. Curtis y N. Tallis (eds.), *El Imperio olvidado. El mundo de la antigua Persia* (trad. M. Bolló, C. Mayor, M. Pino y J. Watson), Fundación «La Caixa», Barcelona, 2006, pp. 17 y 26.

Figura 40. Relieves de Darío I en Behistún (520-519 a. C.).

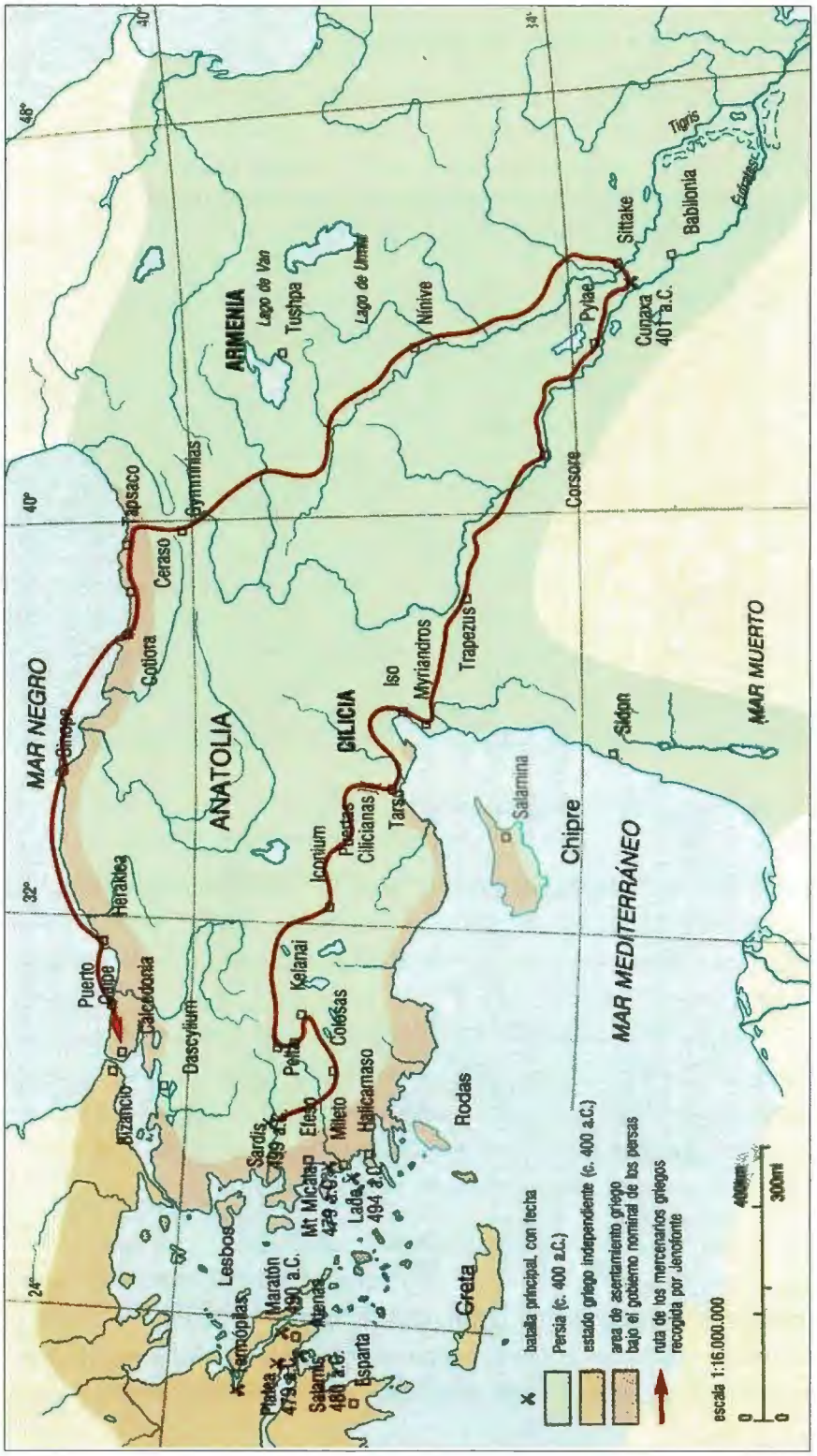
La «roca trilingüe» de Darío I (522-486 a. C.) en Behistún

«Yo soy Darío, el Rey, el hijo de Hystaspe, el aqueménida, el Rey de reyes, el persa, rey de Persia». Darío, el Rey, habla así: «Hystaspe es mi padre, Arshamma el padre de Hystaspe, Ariaramna el padre de Arshamma, Shishpish el padre de Ariaramna, Ahamanish el padre de Shishpish». Darío, el Rey, habla así: «Es por la razón siguiente por la que damos la línea (dinástica) de los aqueménidas; desde el origen somos señores (y) desde el origen, nuestra línea (familiar) es de reyes». Darío, el Rey, habla así: «Ha habido ocho (reyes) en mi línea que han ejercido la realeza antes que yo; yo soy el noveno. Somos nueve reyes de una línea continua». Darío, el Rey, habla así: «Es gracias a la égida de Ahura-Mazda que soy rey. Ahura-Mazda me ha entregado la realeza». Darío, el Rey, habla así: «He aquí los países que me obedecen —ha sido gracias a la égida de Ahura-Mazda que yo me he convertido en su rey—: Persia, Elam, Babilonia, Asiria, Arabia, Egipto, el País del Mar, Sardoa, Jonia, Media, Urartu, Capadocia, Partia, Drangiana, Aria, Corasmia, Bactriana, Sogdiana, Parapóntica, Escitia, Sattagidiana, Aracosia, Makkan. En total: 23 países». Darío, el Rey, habla así: «He ahí los países que me obedecen —ha sido gracias a la égida de Ahura-Mazda que ellos se han convertido en sujetos míos—: me entregan tributo (y) cumplen, de noche (y) de día, las órdenes que emanan de mí». Darío, el Rey, habla así: «En esos países protejo muy fuertemente al que es digno de confianza (y) persigo muy fuertemente al que es malvado de corazón: ha sido gracias a la égida de Ahura-Mazda que hago aplicar mi ley en estos países; cumplen, de noche (y) de día, las órdenes que emanan de mí» [...].

F. Lara Peinado, *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo*, Cátedra, Madrid, 2011, pp. 378-379.

A lo largo de su reinado, Darío I emprendió también una serie de conquistas. Heródoto cuenta su expedición del año 514 a. C. contra las tribus tracias, getas y escitas asentadas en el sur de Rusia. Esta información coincide con un fragmento de tablilla de arcilla en cuneiforme persa hallado en Rumania. Esta campaña perseguía hacerse con el control de las rutas comerciales del oro extraído en los Urales o Siberia y del tráfico de cereales en el mar Negro. Así pues, Darío I llegó a tomar Tracia y a cruzar el Danubio, pero la táctica de la tierra quemada adoptada por los escitas le obligó a retirarse, aunque sin grandes pérdidas. La campaña no fue, como se pudiera pensar, un fracaso, ya que se logró que Amintas, el rey de Macedonia, reconociese la soberanía del «Gran Rey».

También por intereses principalmente económicos, Darío I conquistó el valle de Kabul, Gandhara y buena parte de Punjab. Su intención era conectar comercialmente el valle del Indo con Egipto a través de la ruta marítima índica, deseo que parece ser que consiguió. Sin embargo, su política con respecto a los griegos no fue muy afortunada, ya que al final de su reinado experimentó un fracaso que preludiaría la futura inseguridad del Imperio.



Mapa 42. Persia y Grecia.

En los años 499-494 a.C. estalló una revuelta entre las ciudades jonias que, con grandes dificultades, fue malamente sofocada con la toma de Mileto en el año 494 a.C. A continuación, Darío I se embarcó en una invasión de Grecia que llevaba planeando desde hacía tiempo. Pero después de sus dos primeras campañas griegas, la derrota persa de Maratón (12 de agosto del año 490 a.C.) no sólo impidió que los planes del Gran Rey se consiguieran, sino que además, el fracaso generó esperanzas en otras zonas del Imperio, produciéndose así el primer movimiento disgregatorio dentro del mismo: la sublevación egipcia del 486 a.C., año en que murió Darío I.

Su sucesor, **Jerjes I** (486-465 a.C.) tuvo que hacer frente a esta revuelta egipcia en el mismo año de su ascenso al trono. Después de conseguir dominarla, confió el gobierno de Egipto a su hermano Aquemenes. De la misma manera actuó con otra rebelión en Babilonia (482 a.C.). Después de aplastarla, arrasó el templo de Marduk.

Jerjes I heredó de Darío el proyecto de conquista de Grecia. Esto le llevó a cruzar el Helesponto en el año 480 a.C. para acabar con el poder ateniense, principal aliado griego. Pero el fracaso sobrevino de nuevo. Tras lograr incendiar Atenas, la invasión fue detenida en la batalla naval de Salamina (480 a.C.). Entonces, Jerjes I regresó a Persia y dejó a Mardonio como encargado de las operaciones militares en tierra helena. Al final, con las derrotas en Platea y Micale (479 a.C.) acabaron todas las pretensiones persas. Sin embargo, sería erróneo pensar que el Imperio aqueménida entró en estos momentos en un período de declive. Esta interpretación, influida sin duda por la visión helenocéntrica procedente de las fuentes griegas, entra en contradicción con la información sobre su fortaleza que se descubre en la documentación elamita de Persépolis, en la acadia de Babilonia o en la aramea de Egipto, además de las pruebas aportadas por las fuentes numismáticas, arqueológicas e iconográficas de la época.

Cuando Jerjes fue asesinado como resultado de una conspiración palaciega, varios de sus hijos se disputaron el poder violentamente, hasta que uno de ellos, **Artajerjes I** (465-424 a.C.), consiguió finalmente alcanzar el trono. Con este nuevo monarca volvieron a suscitarse problemas en Egipto; tras una sublevación en el año 460 a.C., Inaros (*ca.* 465-454 a.C.), hijo de un tal Psamético, fue proclamado rey por los sublevados. Sin embargo, no se trataba de una revuelta más. En esta ocasión los egipcios contaban con la ayuda de 300 trirremes de Atenas. En el mismo año del comienzo de la insurrección, los persas sufrieron sus primeras derrotas. No obstante, tras seis años de luchas, lograron sitiar a los griegos en la isla de Prosopitis y dominar la situación en la mayor parte de Egipto (454 a.C.). A su vez, se capturó a Inaros y fue ejecutado algún tiempo después (449 a.C.).

La tensión entre Persia y Atenas terminó con la Paz de Calias del año 449 a.C., que constituyó un éxito sobre todo para Artajerjes I. A partir de estos momentos, la política exterior persa cambió radicalmente. Los gastos y los fracasos de las anteriores campañas bélicas para

la conquista de Grecia, llevaron a Artajerjes a buscar otras tácticas. La nueva estrategia fue desarrollada por vía diplomática: el rey aqueménida sacó beneficio de los conflictos entre los Estados griegos para mantener seguras, al menos, sus posesiones en Anatolia. En este sentido, Persia apoyó a Esparta en la Guerra del Peloponeso, ya que ésta, al contrario que Atenas, nunca había sentido ninguna atracción por las ciudades jónicas.

La decadencia del Imperio

En los años finales del reinado de **Darío II** (424-404 a. C.), que como hijo bastardo de Artajerjes II accedió al poder no sin antes haberse impuesto por la fuerza a otros pretendientes de la misma familia, se produjo la pérdida de Egipto. Se sabe que el jefe de la «facción nacionalista», Amirteo, comenzó la guerra de liberación poco antes del año 410 a. C., siendo los judíos de Elefantina, partidarios del poder persa, cruelmente perseguidos. Al final, Amirteo (404-398 a. C.) acabaría por controlar todo el país del Nilo, que recuperó así una independencia que duraría hasta el 343 a. C.

Además de otras sublevaciones, Darío II tuvo que hacer frente a una importante revuelta producida un año antes de su muerte en el interior de Media. Tras su fallecimiento, se produjeron una vez más disputas por la sucesión al trono. Mientras el hijo mayor, **Artajerjes II** (404-359 a. C.) era coronado en Parsagada, su hermano, Ciro el Joven, iniciaba una conspiración logrando reunir un ejército en el que había tropas espartanas. Pero en la batalla final de Cunaxa (401 a. C.) fue vencido y los griegos que lo apoyaron tuvieron que sufrir verdaderas penalidades en su retirada (la principal fuente para conocer estos sucesos es la *Anábasis* de Jenofonte).

Artajerjes II hizo un intento por recuperar Egipto: en el año 373 a. C. Farnabaces, sátrapa de Siria, invadió el Delta con 200.000 hombres y avanzó hacia Menfis, pero la crecida del Nilo le obligó a retirarse. A raíz de este nuevo fracaso, se produjeron en Anatolia más sublevaciones contra el poder persa.

Con **Artajerjes III** (359-338 a. C.) asistimos acaso al último y efímero resplandor del Imperio persa aqueménica. El primer objetivo que este rey se propuso cuando asumió el poder fue acabar con todos los sátrapas rebeldes, mostrándose extremadamente severo con ellos. Al final consiguió la fidelidad, si bien a veces insincera, de la mayoría de las más importantes sátrapas del Imperio. Este monarca llevó a cabo también una primera tentativa de recuperación de Egipto en el 351 a. C., pero debido al apoyo prestado por Atenas y Esparta al país del Nilo, fracasó. En una segunda campaña militar, las tropas del Gran Rey, que contaban esta vez con ayuda de Rodas, invadieron el Delta obligando al faraón Nectanebo II (360-343 a. C.) a retirarse hacia el sur. Entonces, Artajerjes III devastó el país, consiguiendo un gran botín y dejando a Ferendares como sátrapa (343-342 a. C.). Es proba-

ble que en el 341 a. C, otra campaña persa completase la sumisión egipcia, con la anexión de la zona meridional. Ahora bien, antes de la llegada de Alejandro Magno a Egipto en el año 332 a.C., se produciría una nueva insurrección, dirigida esta vez por un príncipe del delta que asumió el título de faraón bajo el nombre de Khababash, tal y como se relata en la llamada *Estela del Sátrapa*.

A pesar de la demostración de fuerza de que hizo gala Artajerjes III, el proceso de descomposición y de corrupción dentro del Imperio persa estaba demasiado avanzado como para que la obra de un solo monarca pudiera detenerlo. En el año 338 a.C. el rey fue asesinado por el eunuco Bagoas, quien, tras aniquilar también a casi toda la familia real, terminó por entregar el poder a un miembro lejano de la misma, **Darío III Codomano** (335-330 a.C.), cuyo reinado duró poquísimo tiempo, pues la conquista de Alejandro Magno puso fin a la época aqueménida. En efecto, la batalla de Cránico en mayo del 334 a.C. supuso el primer gran paso que llevó a la destrucción de este gran Imperio. En abril del año 330 a. C. Alejandro tomaba Persépolis.

La organización del Estado persa

El monarca y su corte

El poder máximo del Imperio persa descansaba en la persona del soberano o Gran Rey. Entre los diferentes apelativos que conformaban su onomástica, el de «Rey de reyes» aparecía envuelto en una especie de aureola divina. A pesar de su gran autoridad y de los acentuados rasgos despóticos que le acompañaban, el monarca no se asimilaba a un dios. Sin embargo, la legitimidad de su supremacía se basaba en la idea de su incuestionable procedencia divina. Solamente en él residía la fuerza de Ahura Mazda, la divinidad suprema de los iranios, para mantener el buen orden (*arta*) del mundo. La misma inaccesibilidad que había caracterizado a los soberanos asirios rodeó también a los reyes aqueménidas, los cuales apenas se mostraban en persona ante el pueblo y mantenían un rígido ceremonial cortesano. Este concepto de monarquía no se alejaba mucho de la tradición oriental.

La corte persa no siempre estuvo fija. De hecho, existieron a lo largo del tiempo cinco capitales del Imperio. Susa y Babilonia eran ciudades con una gran tradición histórica y habían sido ya sedes regias de civilizaciones anteriores a la persa. Ecbatana y Parsagada fueron capitales en determinados momentos, al igual que Persépolis. A partir de Darío I, el centro de la administración imperial fue Susa, y Ecbatana pasó a ser la residencia de verano del monarca. Persépolis funcionó como el santuario nacional donde se encontraban los archivos religiosos. Babilonia fue también un centro importante para el gobierno aqueménida, pero a

partir del 482 a. C, con su aplastamiento por parte de Jerjes I, perdió su vieja gloria. Y, por su parte, Parsagada pasó a ser la capital símbolo de la monarquía persa, donde se llevaban a cabo los rituales de coronación de los soberanos.

El aparato burocrático

El Imperio persa no conoció ningún primer ministro o visir, al menos bajo los primeros reyes. Aun así, uno de los principales funcionarios del ejército, el *hazarapati* (cuyo significado es «comandante de un millar») fue adquiriendo progresivamente algunas competencias de cierta relevancia, además de la dirección, por delegación del soberano, del ejército y de la guardia real. Con el tiempo, y en la práctica, se asemejó, pues, a un primer ministro (o al «quiliarca» griego). El historiador griego Heródoto menciona al *orosangas* o «bienhechor» del rey. A su vez, otras muchas fuentes aluden a los «oídos del rey», que actuarían como emisarios o representantes del mismo en ciertas misiones (equiparables a los embajadores). Los papiros arameos citan al «ojo del rey» con un término derivado del iranio (**gaushaka*), que sería probablemente un representante del gobierno central para asuntos legales (una especie de abogado del Estado). También se constata la presencia del término *patyakhsh* con el que se designaría a un virrey o a un alto dignatario que controlaría a otros miembros de la administración central. Finalmente existían los siempre necesarios contables (*hamarakara*) y tesoreros reales (*ganzabara*).

Las conexiones territoriales

El Estado persa aspiró a un sistema de gobierno centralizado y en parte lo consiguió gracias a una estructura de comunicaciones directa y a una coordinación jerarquizada de mandos que permitió la ejecución y transmisión puntual y rápida de las órdenes y edictos que emanaban del propio monarca. En este sentido, fue de suma importancia la creación de «caminos reales» que seguían las rutas más importantes del Imperio que partían de la capital. Entre estas comunicaciones terrestres destacaban las vías secundarias que unían las ciudades y puntos neurálgicos más importantes. Así, por ejemplo, resalta la ruta que, desde Ecbatana conducía a Babilonia y después al valle del Diyala; y, sobre todo, la que llegaba a Sardes procedente de la capital, Susa. Esta última ruta era esencial, pues Sardes constituía, por su posición estratégica, el principal punto de control de la parte occidental del Imperio, en estrecho contacto con el mundo griego. Existe, además, un testimonio del itinerario seguido por el camino real entre Susa y Ecbatana que confirma el hecho de que, cuando el Gran Rey venía desde esta última ciudad con la intención de instalarse en sus cuarteles de invierno en Susa, ordenaba realizar una recaudación de suministros en torno

a la ciudad de Ur para cubrir las necesidades de su palacio. De igual forma, los textos procedentes del archivo de Murasû mencionan la agrupación del ejército real en torno a Uruk, lo que induce a pensar que las tropas aqueménidas podían alcanzar fácilmente Susa a través de este camino real.

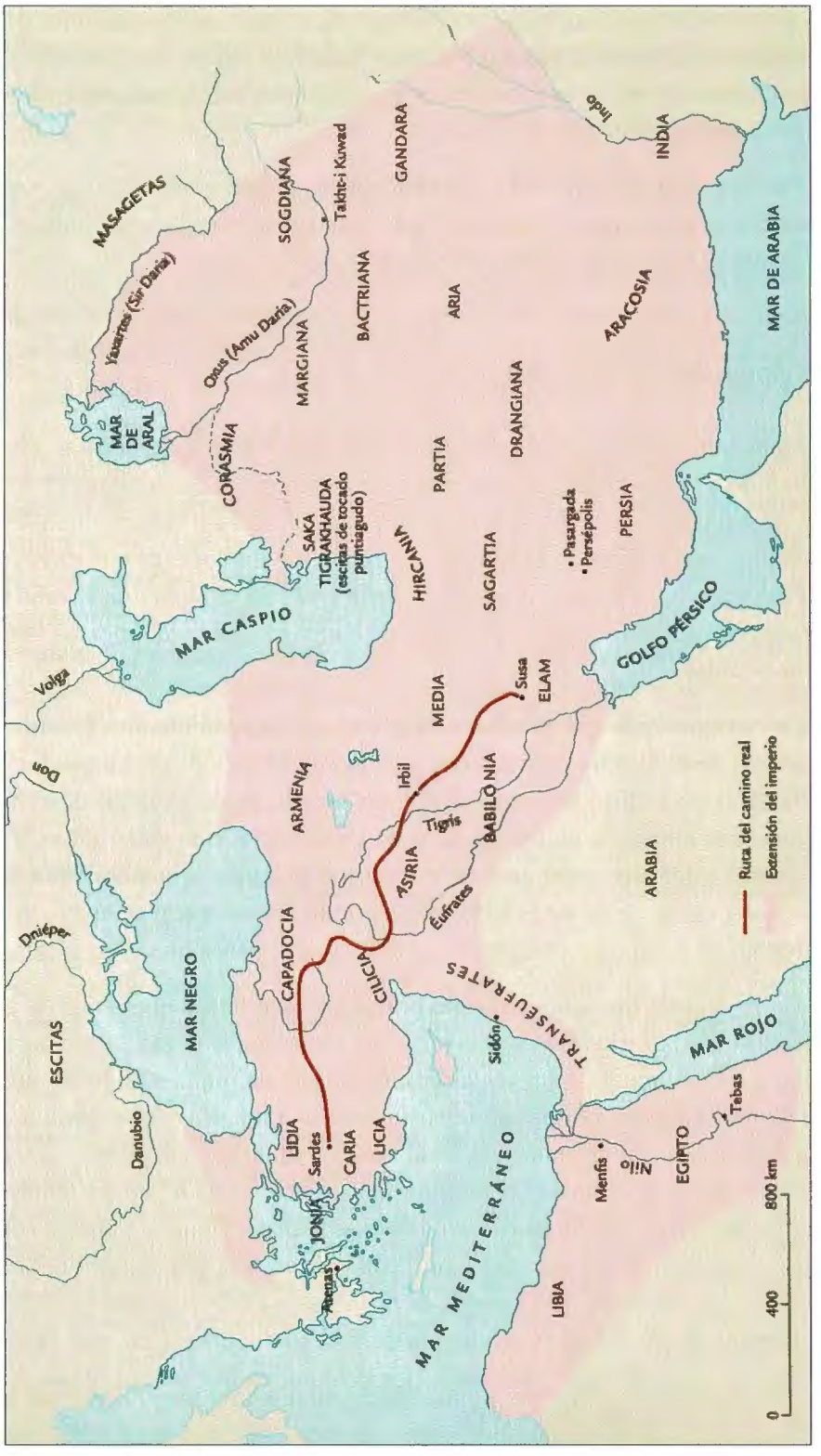
Por otro lado, para que estas comunicaciones fuesen eficaces, existía, según Herótodo, un servicio postal imperial a través del que viajaban las noticias y las órdenes de palacio. La lengua oficial utilizada por los correos era el arameo.

La administración provincial

La administración provincial se basaba en circunscripciones territoriales o «satrapías» cuyos límites se ajustaban normalmente a las fronteras nacionales o políticas anteriores a la dominación persa, con el fin de respetar los tradicionales particularismos autóctonos. Según las fuentes, este sistema de provincias o satrapías fue producto de una reorganización llevada a cabo por Darío I, quien dividió el Imperio en 23-24 satrapías, tal y como aparecen enumeradas en las inscripciones de Behistún, de Naqsh-i Rustam y de Suez, así como en el historiador Heródoto.

Los sátrapas eran gobernadores nombrados directamente por el Gran Rey. Solían ser miembros de la familia imperial por nacimiento (príncipes de sangre real) o por unión matrimonial, o incluso antiguos reyezuelos de esas regiones o sus descendientes. Estos sátrapas debían residir en las capitales de las satrapías que gobernaban. Por ello, aquéllas debían estar bien equipadas de estructuras gubernamentales y edificios administrativos, tal y como se ha detectado, por ejemplo, en las excavaciones arqueológicas de Sardes.

Las principales funciones asumidas por los sátrapas tenían que ver con la administración de justicia y la seguridad de la provincia, así como con la organización del reclutamiento militar a requerimiento del rey y la recaudación de los impuestos imperiales. En cuanto a este último cometido, las satrapías debían aportar a las arcas del Imperio un tributo anual cuya cuantía variaba dependiendo de la riqueza, situación o privilegios de cada provincia. Heródoto ofrece una lista de las contribuciones de cada una de las diferentes satrapías. Por ejemplo, Arachosia contribuía con 170 talentos de plata; Elburz y Matiania con 200 talentos de plata cada una; Babilonia y Siria con 1.000 talentos; y Egipto, además de suministrar trigo y ganado, contribuía con 700 talentos de plata. La tasa más alta correspondía a la India con 360 talentos de oro. Persia estaba exenta de toda contribución (¿por ello, puede no considerársela como una satrapía?). Con todo, Heródoto afirma que Darío I llegó a recaudar anualmente unos 15.000 talentos de plata.



Fuente: J. Curtis y N. Tallis (eds.), *El Imperio olvidado. El mundo de la antigua Persia* (trad. M. Bolló, C. Mayor, M. Pino y J. Watson), Fundación «La Caixa», Barcelona, 2006, p. 15.

Mapa 43. Las satrapías del Imperio persa.

El ejército

Para la seguridad del Estado, tanto interna como externa, existía un ejército formado por una gran cantidad de efectivos, cuya base eran la caballería y los arqueros (de la marina se encargaban los fenicios). Al principio, el grueso de las tropas estaba compuesto por los contingentes persas y medos, pero no era estable. En época de Darío el Grande es probable que fuera ya permanente y que estuviera reforzado con reclutamientos de los pueblos sometidos regulados por los sátrapas. En época tardía, se contrató a mercenarios (en Elefantina, por ejemplo, eran judíos).

El mando de las tropas siempre recaía en comandantes persas, reservando a los sátrapas sólo la autoridad sobre las milicias locales. En los primeros reinados, se retribuía a los soldados en carne, vino, grano y similares. Además, el sátrapa debía pagar a las tropas estacionadas en sus satrapías.

Figura 41. Friso de los arqueros. Palacio de Darío I en Susa (*ca.* 510 a.C.). Museo del Louvre. Fotografía de R. González Salinero.

El derecho y la justicia

Se sabe poco del derecho persa, pero es evidente que tuvo que existir una regulación de acuerdo con las costumbres y normas de las distintas provincias del Imperio. Por ejemplo, hay noticias referentes al respeto por parte de Darío I a ciertos decretos promulgados por Ciro en relación a los judíos. A su vez, Diodoro de Sicilia nos informa acerca de las reformas jurídicas llevadas a cabo también por Darío I en Egipto. Este rey impulsó además otras iniciativas legales, adaptando a sus necesidades el gran cuerpo de la casuística legal babilónica codificado tiempo atrás por Hammurabi y aplicado por los asirios. La palabra irania *dat*, utilizada en el sentido de decisión legal, aparece ya al principio de su reinado en un documento jurídico babilónico y será reproducido más tarde en hebreo (siempre con el sentido de decisión legal del Rey).

De lo indicado hasta ahora podemos deducir que la ley emanaba y podía ser modificada únicamente por el propio monarca, quien, a la vez, era el juez supremo del Imperio. La justicia era aplicada en los tribunales, que en las provincias podían ser de dos clases: un primero, que atendía a los juicios personales o familiares conforme a las leyes locales; y un segundo, que se ocupaba de los juicios relacionados con el derecho imperial. En los testimonios se admitía el juramento, y se aplicaba todavía como prueba confirmatoria una vieja costumbre indoeuropea: la ordalía. Finalmente, las penas podían llegar a ser extremadamente duras, incluyendo el empalamiento, la mutilación y el destierro perpetuo.

Sobre la institución del matrimonio, se sabe que el propio rey a veces intervenía directamente en las ceremonias dentro del círculo elitista de la nobleza. Respecto al divorcio, no hay una información específica. Existen, por supuesto, ejemplos de desacuerdos matrimoniales, como el caso famoso de Megabizo, que sufrió pacientemente el descarado adulterio de su mujer Amytis, hija de Jerjes. Ante esta vergonzosa situación, el marido terminó por quejarse ante su real suegro; reprendida duramente por su padre, la princesa prometió un comportamiento intachable en el futuro. De este episodio cabe deducir que la separación matrimonial sólo podría llevarse a efecto con el consentimiento del Rey. El único texto que hace referencia expresa a la ruptura entre esposos es el ejemplo narrado en el libro de *Esther*, 1, 9-21 sobre el divorcio entre el rey Asuero (transcripción latina del nombre hebreo *Ksajarsa*; en griego, Jerjes) y la reina Vastí.

Estructura socio-económica

La economía persa

La base de la riqueza del Imperio persa era la tierra. En un principio, teóricamente pertenecía toda al rey, pero en la práctica, éste la dividió en diferentes «feudos». Las tierras propiamente reales incluían bienes raíces, minas y bosques, y dependían directamente de la

corona. A su vez, los terrenos o feudos otorgados a la aristocracia, a los gobernadores provinciales (sátrapas) o locales, o bien a los oficiales más destacados, eran también controlados por el rey. Por otra parte, el asentamiento de colonias con sus correspondientes lotes de tierra era también dirigido por el soberano, quien las promovía para ejercer un estrecho control sobre ciertas zonas del Imperio, sobre todo aquellas que habían sido conquistadas recientemente (muchas de ellas eran colonias militares).

Las propiedades privadas del rey eran administradas por sus tesoreros, e incluían grandes y lujosos parques (*paradisos*) donde descansaba frecuentemente el monarca.

Aunque existía la pequeña propiedad, ésta no podía compararse con los grandes fundos de la aristocracia, que eran trabajados en arriendo por la población local, que se encontraba, en esos casos, adscrita a la tierra. De igual modo, se aplicó el sistema del *ilkum* (término que hace referencia a la entrega de unas tierras a cambio de ciertos servicios personales), de larga tradición oriental, y el del *qashtum* (porción de tierra para un arquero). En ambos casos, las prestaciones debidas al Estado eran principalmente de carácter militar.

Debido a la apertura de mercados y al crecimiento de las más importantes ciudades, la industria artesanal conoció un considerable momento de auge. Destacaron las manufacturas textiles y las de los objetos de lujo para la aristocracia. Por su parte, las industrias metalúrgicas y la orfebrería se desarrollaron extraordinariamente, en parte debido a que el Imperio persa estaba muy bien abastecido de metales: el cobre y la plata venían de Asia Menor y Palestina; y el hierro, del Líbano y de los altos valles del Tigris y el Éufrates.

Muy a menudo, para instalar una industria privada se necesitaba una inversión de capital que no estaba al alcance de un pequeño artesano. Para proporcionar dicho capital a través de préstamos, surgieron bancos públicos y privados. La banca pública eran los templos y los tesoreros reales. La banca privada corría a cargo de individuos enriquecidos por el comercio. Hemos tenido acceso a la actividad financiera de estos bancos a través de las tablillas cuneiformes conservadas. Se sabe, por ejemplo, que el banco de Egibi (en Babilonia) fue fundado en el siglo VII a.C., que recibía depósitos de dinero, y que realizaba operaciones por medio del sistema de cheques. Los documentos que más detalles han proporcionado sobre estas operaciones son los de la casa bancaria de Marashu en Nippur, datados entre los años 455-403 a.C.

Con la consolidación del Imperio, el comercio experimentó también un gran desarrollo. Los intercambios marítimos llegaron hasta regiones realmente lejanas (Scylax o Sataspes), y las rutas terrestres alcanzaron incluso el Extremo Oriente penetrando hasta la China a través de Afganistán, la India y Turquestán. El volumen de mercancías era muy diverso, pero estaba constituido sobre todo por productos de lujo: vidrio egipcio, ámbar nórdico, tejidos corintios y púnicos, etc.

Aunque no era usada en todas las operaciones mercantiles, la moneda adquirió gran importancia en determinadas transacciones económicas, contribuyendo de forma extraordinaria al auge del comercio persa a partir del siglo VI a.C. La potestad de emitir moneda en oro era exclusiva del rey. Sin embargo, se permitió realizar acuñaciones autónomas en plata y en cobre. La moneda de mayor valor era el *dárico* de oro (8,42 g) y a continuación venía el *shekel* o *shiklu* de plata (5,60 g). La primera equivalía a veinte unidades de la segunda.

No obstante, sería erróneo pensar que la economía persa era eminentemente monetaria. Por un lado, porque no se llegó a utilizar la moneda en todas las regiones con la misma asiduidad; por otro, porque habría que matizar que la economía del Imperio persa fue, sobre todo, de tipo natural, razón por la que el uso de la moneda estaba restringido a ciertas operaciones y lugares. Lo que es indudable es que tuvo como una de sus funciones primordiales la de servir como vehículo de propaganda y elemento de prestigio para la dinastía aqueménida.

La sociedad persa

La distinción social primaria procedía de la condición de libertad. Los esclavos tenían personalidad jurídica pero su estado social era ínfimo. Dentro de los que gozaban del «libre albedrío» destacaban, por su creciente prosperidad, los artesanos y los comerciantes. Sin embargo, entre los libres y los esclavos aparecía un grupo intermedio que era, por otra parte, mayoritario: aquellos trabajadores que estaban adscritos a la tierra.

Los nobles ocupaban, por su ascendencia, el escalón más alto de la sociedad persa. Ahora bien, cabe destacar que no toda la aristocracia estaba formada por la antigua estirpe indo-iraria, ni tampoco todos los miembros de estos viejos linajes pertenecían al grupo de élite (dentro del que, sin embargo, hubo también miembros de las antiguas noblezas locales). La aristocracia se centraba en actividades no productivas, ya que su sustento estaba garantizado por los excedentes acumulados de sus grandes propiedades. Y además gozaba de ciertas prerrogativas como la de impartir justicia dentro de sus «dominios», o la de gozar de exenciones fiscales, libertad de obligaciones, etc.

Nos hallamos, pues, ante una estructura social que no presenta sustanciales diferencias con respecto a otras sociedades antiguas. Por un lado, aparece el «grupo de los dominadores», y por otro, «la masa poblacional de los dominados», dentro de la cual pueden advertirse diferentes grados de jerarquía social, cada uno de los cuales viene definido por un *status* jurídico y económico heterogéneo.

La consideración social de la mujer resulta, en cualquier caso, bastante peculiar. Es cierto que en las *Tablillas de la Fortificación de Persépolis* (PFT: *Persepolis Fortification*

Tablets) aparecen algunas mujeres como dirigentes de diversos grupos de operarios y recibiendo sueldos iguales e incluso superiores a los que se concedían a trabajadores varones. Según esto, aparentemente algunas mujeres podrían ocupar puestos de mayor rango que los hombres; sin embargo, se pueden descubrir otras tablillas mucho más acordes con las nociones asumidas sobre la minusvaloración a la que estaba sometida la mujer en las sociedades próximo-orientales, en las que descubrimos que, después de concebir un hijo varón, la mujer podía recibir una ración extra dos veces mayor que la que recibiría si daba a luz una niña.

El derrumbe socio-económico

La inestabilidad política (tanto a nivel interior como exterior) perceptible a partir del reinado de Artajerjes II (404-359 a.C.), provocó en el Imperio una acusada e irreversible decadencia económica. La inseguridad en las rutas comerciales debido a la degradación (cuando no desaparición) de la *pax achaemenida* hizo que disminuyeran de forma alarmante no sólo los fructíferos acuerdos económicos con países lejanos, sino también el volumen de mercancías y su valor intrínseco.

Si se observa, por ejemplo, la situación en que se hallaba una región tradicionalmente tan floreciente como Mesopotamia, podrá constatarse con facilidad cómo, durante el siglo IV a.C., la crisis económica aparece verificada por una grave inflación, y cómo la destrucción final del Imperio persa ocasionada por la fuerza militar del invasor macedonio supuso de alguna forma una vía de escape ante la situación crítica del viejo sistema imperialista.

De hecho, la desaparición del Imperio persa no vino determinada sólo por los fracasos militares, sino también por los cada vez más frecuentes movimientos sociales desestabilizadores y las reiteradas revueltas disgregadoras que minaban los fundamentos mismos del Estado, al tiempo que la profunda crisis económica, de la que se hacía eco un pueblo cada vez más empobrecido, había provocado una desafección tan profunda hacia la monarquía persa que resultaba casi imposible su urgente recomposición.

La religión

El Imperio persa no tuvo nunca una religión propiamente oficial ni mayoritaria. La política religiosa de tolerancia seguida por los reyes aqueménidas hizo posible que dentro del Imperio conviviesen varios cultos. Sin embargo, esto no equivale a decir que imperó un inmovilismo religioso. Todo lo contrario.

En origen, los iranios tenían una religión politeísta (propia de los nómadas indoeuropeos) cuyos dioses estaban asociados a los fenómenos naturales. A principios del siglo VI a. C. las enseñanzas de un «profeta ético» llamado Zoroastro o Zaratustra introdujeron profundos cambios en la tradición religiosa imperante en la región irania. Aunque no se sabe ni la época concreta ni el lugar exacto donde predicó este profeta, es innegable que no fue un producto de la imaginación. Xanthos de Lidia, la fuente más antigua (siglo V a. C.) que lo menciona, le sitúa 600 (¡o 6000!) años antes de Jerjes y la fuente árabe de al-Biruni ofrece la fecha precisa del año 258 antes de Alejandro Magno. Mientras que algunos historiadores sitúan su predicación en el siglo VII a. C., otros la retrotraen al período divisorio entre el II y el I milenio a. C., quizás al siglo X a. C.

Lo cierto es que apenas se sabe nada de Zaratustra, siendo la información más cercana la aportada por los *gathas* del *Yasna*, uno de los libros que componen el *Avesta*. Según se puede deducir de esta fuente, partiendo de formas politeístas de base animista propias del mundo iranio más antiguo, el zoroastrismo se convirtió en una doctrina monoteísta asentada en las ideas abstractas de la «integridad», la «verdad» y la «justicia». Toma como base el dualismo entre la Verdad (*Arta*) y la Mentira (*Druj*), considerando a Ahura-Mazda como el dios supremo del que emana la luz del bien (simbolizado por un disco alado), el más poderoso y el más sabio (*mazda* significa en antiguo persa «sabiduría»). El hombre se hallaría entre la Verdad o el Bien y la Mentira o el Mal, debatiéndose de forma permanente entre los misterios contrapuestos que envolvían a estas dos realidades antagónicas.

Las enseñanzas de Zoroastro se transmitieron a sus inmediatos discípulos y estos hicieron otro tanto con los suyos. Debieron de existir, sin duda, explicaciones en prosa de los

Comogonía mazdeísta

Esto te pregunto, ¡oh Señor!, dime la verdad;
¿Quién es el creador, el primer padre de la Justicia?
¿Quién trazó el sendero del sol y las estrellas?
¿Quién es la causa de que la luna crezca y decrezca?
Todo esto y mucho más deseo conocer, ¡oh Sabio Único!
Esto te pregunto, ¡oh Señor!, dime la verdad:
¿Quién sostiene la tierra abajo y que el firmamento no caiga?
¿Quién (creó) las aguas y las plantas?
¿Quién protege los dos corceles del viento y las nubes?
¿Quién, ¡oh Sabio Único!, es el creador de la buena intención?

Vasna, 44, 3-4: R. N. Frye, *La herencia de Persia* (trad. F. Presedo), Guadarrama, Madrid, 1965, p. 58).

concisos versos que se conservaron de Zoroastro, pero desgraciadamente no nos han llegado; esta circunstancia dificulta enormemente la comprehensión de algunos de los mensajes que esconden. Con todo, todavía pueden apreciarse en ellos la hondura e intensidad de sentimiento en la búsqueda incansable de la Verdad y del Bien.

Los principios religiosos inspirados por el zoroastrismo terminaron por imponerse en el Imperio persa, modificando incluso algunos elementos espirituales de otras religiones. Tal fue el caso del extendido culto a Mithras, divinidad aria aceptada por los adoradores de Ahura-Mazda. Pero también puede constatarse el camino inverso según el cual el zoroastrismo asumió el influjo mitraico de algunas fiestas, como la de *Mhragan*. En todas sus inscripciones, Darío I se dirige piadosamente a la divinidad en acción de gracias. La fraseología empleada en sus textos puede dar pie a considerar que se mostraba como un convencido adorador de Ahura-Mazda, pero sin admitir necesariamente los preceptos propios de un zoroastrismo estricto. Parece que el conocimiento de la doctrina más profunda y enigmática del zoroastrismo estuvo reservado únicamente a los *magos* y que la derrota de esta casta religiosa en la revuelta de Bardiya pudo haber provocado una considerable pérdida de su influencia sobre los monarcas; de ahí la calculada ambigüedad de Darío.

En las inscripciones de Artajerjes II se invoca a la vez a Anahita, a Mithras y a Ahura-Mazda. Se puede asumir con cierta seguridad que en tiempos de este rey persa, y aún sin descartar la existencia de otros cultos, la fusión del elemento religioso zoroástrico con algunos pensamientos especulativos elaborados por la secta de los magos y de los mitraicos, junto con ciertas huellas rituales propiamente aqueménidas, constituyó el punto culminante del sincretismo religioso persa. La relajación del monoteísmo estricto y la recuperación de elementos politeístas a partir de un proceso de sincretismo asumido por los sacerdotes avésticos y luego por los magos medos, fueron motivadas por la necesidad de reconciliar entre sí antiguas tradiciones religiosas y por el contacto directo con otras civilizaciones del Próximo Oriente que practicaban el politeísmo. Sin duda, esto no habría sido posible si los aqueménidas no hubiesen respetado y tolerado las creencias religiosas propias de los distintos pueblos conquistados.

BIBLIOGRAFÍA

ARNOLD, B. T. y HESS, R. S. (eds.), *Ancient Israel's History. An Introduction to Issues and Sources*, Baker Academic, Grand Rapids (MI), 2014.

BLÁZQUEZ, J. M.ª y CABRERO, J., *Israel y la Biblia. Recientes aportaciones de la arqueología y de la historiografía a la historicidad de la Biblia*, Cátedra, Madrid, 2011.

CURTIS, J. y TALLIS, N. (eds.), *El Imperio olvidado. El mundo de la antigua Persia* (trad. M. Bolló, C. Mayor, M. Pino y J. Watson), British Fundación «La Caixa», Barcelona, 2006.

FANTAR, M. H., *Los fenicios en el Mediterráneo* (trad. C. Vela i Aulesa), Icaria, Barcelona, 1999.

FINKELSTEIN, I. y SILBERMAN, N. A., *La Biblia desenterrada. Una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados* (trad. J. L. Gil Aristu; pról. G. Puente Ojea), Siglo XXI, Madrid, 2001.

GONZÁLEZ WAGNER, C., *Los fenicios* (Akal Historia del Mundo Antiguo, 9), Akal, Madrid, 1989.

LLEWELLYN-JONES, Ll., *King and Court in Ancient Persia, 559 to 331 BCE*, Edinburgh University Press, Edinburgh, 2013.

LÓPEZ PADILLA, J. A. (coord.), *Irán, cuna de civilizaciones* (trad. A. Hernández Albarracín), Museo Arqueológico de Alicante, Alicante, 2019.

VASILEZ, M. I., *The Policy of Darius and Xerxes towards Thrace and Macedonia*, E. J. Brill, Leiden, 2015.

WATERS, M., *Ancient Persia. A Concise History of the Achaemenid Empire, 550-330 BCE*, Cambridge University Press, Cambridge, 2014.

WIESEHÖFER, J., *Ancient Persia: from 550 BC to 650 AD*, I. B. Tauris London, 2011.

YAMADA, Sh., *The Construction of the Assyrian Empire. A Historical Study of the Inscriptions of Shalmaneser III: Relating to His Campaigns in the West*, E. J. Brill, Leiden, 2000.

UNIDAD DIDÁCTICA III

HISTORIA DE GRECIA

MIGUEL ÁNGEL NOVILLO LÓPEZ

INTRODUCCIÓN
El contexto geográfico
La Edad del Bronce (III-II milenio)
Bronce Antiguo
Bronce Medio (2.000-1.700 a.C.)
Bronce Reciente
El mundo micénico
Bibliografía
TEMA 7. LA GRECIA ARCAICA
TEMA 8. LA GRECIA CLÁSICA
TEMA 9. LA GRECIA HELENÍSTICA

Fuente: Pedro Barceló y David Hernández de la Fuente, *Breve historia política del mundo clásico: la Democracia ateniense y la República romana*, Salamanca, Escolar y Mayo, 2017, p. 7.

Mapa 44. Grecia Antigua y el Egeo.

INTRODUCCIÓN

El contexto geográfico

La Hélade, es decir, el término con el que en la Antigüedad los griegos identificaban las tierras que habitaban, no era sinónimo de un territorio unificado ni tampoco de una unidad étnica claramente definida y delimitada. Su territorio era desigual y, además, sufrió diferentes cambios y transformaciones a tenor de los movimientos expansivos u ocupaciones que contribuyeron a la conformación de la civilización griega. En este sentido, la identidad cultural griega encontró su primer pilar en la lengua, razón por la que se acabó definiendo como bárbaro a todo aquel que no hablaba griego.

En el contexto geográfico griego es posible distinguir diferentes regiones naturales que se pueden identificar con unidades políticas mayores, si bien resulta complicado definir una geografía homogénea del mundo griego en la Antigüedad.

En el área continental podemos distinguir al Norte las regiones de Tesalia, el Épiro y Macedonia; la península Balcánica, conformada por regiones geográficas y unidades políticas diferentes, comprende las regiones naturales de Acarnania, Etolia, Dóride, Fócide, Lócride, Beocia, Ática y la isla de Eubea; al Sur se encuentra la península del Peloponeso.

La costa de Asia Menor, tierras donde se produjeron los primeros asentamientos coloniales, quedó dividida en tres regiones: Eólide, Jonia y Dóride.

Las islas del mar Egeo permitieron la conexión entre la península Balcánica y la costa de Asia Menor. En este sentido, Creta delimitaba el mar Egeo por el Sur.

Desde el siglo VIII a. C., los diferentes movimientos coloniales ampliaron este contexto geográfico al mar Negro, sur de Italia y Sicilia, definiendo los límites más occidentales en Marsella, Ampurias y Cirene.

El mar fue en todo momento la principal vía de comunicación entre los griegos. En consecuencia, la navegación de cabotaje fue esencial y los continuos progresos impulsaron el comercio por todo el Mediterráneo.

Por lo que respecta a los recursos naturales, la península Balcánica ofrecía escasos recursos al presentar un paisaje muy fragmentado y abrupto que propiciaba la diversificación de los recursos naturales y el fraccionamiento político. En las llanuras mejor ubicadas y en las tierras de aluviones recientes o depósitos fluviales se podía practicar una agricultura favorable, actividad primordial y básica de la sociedad griega, fundamentada en el cultivo del cereal, la vid, el olivo y los árboles frutales. La economía agrícola se desarrolló a nivel autárquico y cualquier transformación demográfica, política o en la estructura de la propiedad traía consigo un desequilibrio en la explotación de la tierra.

En cuanto a los recursos mineros, aunque escasos, destacaron las minas de plata de Sifnos y de Laurión en el Ática. Los recursos áureos procedían de Tasos, Macedonia y Tracia. Por otro lado, la abundancia de arcilla permitió desde muy pronto el desarrollo de centros ceramistas que repercutieron muy favorablemente en el desarrollo del comercio exterior. Asimismo, la explotación de canteras de piedra propició el desarrollo de la construcción en las ciudades, destacando, sobre todo, el mármol de Paros y la obsidiana de Melos.

La Edad del Bronce (III-II milenio)

En Grecia la Edad del Bronce comenzó poco después de 3.000 a. C. La denominación civilización egea permite designar una realidad histórica conformada por grupos de población que presentaban una cultura homogénea, si bien con sustanciales rasgos diferenciados entre sí.

La información disponible que permita explicar con detalle cómo las comunidades neolíticas experimentaron el tránsito a las innovaciones de la Edad del Bronce resulta escasa. En este sentido, la interpretación más aceptada y documentada argumenta migraciones de tribus desde Anatolia y la región sirio-palestina, pero, no obstante, no explica de forma autónoma esa transición, si no se le añade el análisis de los diferentes cambios que se produjeron en las propias comunidades como producto de una larga evolución.

La teoría migratoria fue relevada por los postulados difusionistas de Gordon Childe (1892-1957), que relacionaba la civilización egea con las del Próximo Oriente a través del comercio o intercambios de metales, de modo que la transferencia tecnológica permitió el desarrollo de la civilización.

Colin Renfrew (1937-) se opuso radicalmente a las teorías migratorias y difusionistas para incidir solamente en un largo proceso evolutivo que permitiría a estas comunidades en

su relación con el medio poder alcanzar altos niveles de desarrollo. La teoría de sistemas adolece de una cierta rigidez para integrar en el propio proceso interno fenómenos relacionados con movimientos migratorios de población.

Si tenemos presentes las tres variantes podemos comprender entonces que los factores de la evolución internos posibilitarían la receptividad y el desarrollo de estas comunidades ante influjos externos de diversa índole.

La civilización egea se desarrolló simultáneamente en cuatro áreas del mar Egeo: Creta, las islas Cícladas, parte de la Grecia continental y la zona de Asia Menor integrada por la Tróade y algunas islas cercanas. Como consecuencia de la escasa documentación literaria o epigráfica que permita la elaboración de una cronología histórica aceptable, es la arqueología la que nos permite datar. Este periodo, que se prolonga en el III y II milenio a. C., se divide en tres grandes etapas que adoptan una denominación concreta según el área geográfica a la que se refieren. La cronología realizada por Arthur Evans (1851-1941) para Creta fue la que se utilizó de modelo para las demás. De esta manera, la civilización del bronce en Creta se denomina Minoico, en Grecia continental Heládico, y en las islas centrales del Egeo Cicládico. Cada periodo se subdivide a su vez en tres fases: Antiguo, Medio y Reciente, a su vez sistematizadas en I, II y III.

Recientemente se viene aceptando que esta periodización plantea serias dificultades y es por ello por lo que se ha empezado a utilizar igualmente la cronología ofrecida por otras técnicas de datación como el radiocarbono. Por otro lado, Nicolás Platón (1909-1992) distinguió cuatro periodos relativos a los fenómenos arquitectónicos y culturales: el Prepalaciego (2600-2200 a. C.), correspondiente al Minoico Antiguo; el Palaciego primero o Protopalacial (2000-1700 a. C.) es el periodo de los palacios antiguos, al que pusieron fin los terremotos, y se corresponde con el Minoico Medio I y II; el Palaciego segundo o Neopalacial (1700-1450 a. C.), época de los palacios nuevos que sustituyeron a los primeros, equivalente al Minoico Medio III y al Minoico Reciente I y II; y el Postpalacial (1450-1100 a. C.) comprende el periodo que siguió a la destrucción del palacio que se conserva en Cnosos, equivalente al Minoico Reciente III, y en el que la cultura minoica se extinguió y Creta entró a formar parte del mundo micénico.

Bronce Antiguo

Durante el Bronce Antiguo Corinto y Argos fueron los dos núcleos que evidenciaron más claramente los estímulos culturales del bronce con poblados de mayores dimensiones, sin fortificaciones, como consecuencia de una ausencia aparente de significativos conflictos. Paralelamente, en la Grecia central destacaron las culturas de Eutresis y la de Koraku, así como las culturas de Lerna y de Tirinte.

Creta. Minoico Antiguo

La población cretense de este periodo es étnica y culturalmente heterogénea, y presenta rasgos análogos a la pregriega.

Frente al aislamiento característico de época neolítica, se constata que durante el Minoico Antiguo Creta fue centro de acogida de pequeños grupos humanos procedentes de Anatolia, la región sirio-palestina e incluso el área protolibia de África.

Hacia el 2.900 a. C., un conjunto de tribus comenzaría una revolución que originaría una de las civilizaciones más relevantes y significativas del Mediterráneo: la civilización minoica. Los pobladores de dicha civilización comenzaron por ocupar las cuevas de la isla en torno a 5.000 a. C. Es muy poco lo que se conoce sobre estos primeros pobladores, si bien contamos con un amplio repertorio de estatuillas femeninas portadoras de serpientes en las manos e identificadas con la diosa madre y vinculada a la tierra y a los fenómenos naturales como los terremotos. Fue a comienzos de 2.900 a. C. cuando aparecieron las primeras y pequeñas aldeas con viviendas de adobes y madera a la par que las antiguas cuevas se convertían en santuarios.

Los minoicos mantuvieron contactos constantes con egipcios, sumerios, fenicios o anatolios, por lo que se deduce que desde muy temprano dispusieron de naves lo suficientemente eficientes como para navegar mar adentro. Es muy probable que como consecuencia de los contactos con estos pueblos asumieran la agricultura y el comercio.

En la fase II del periodo, en torno a 2.500 a. C., se produjo una acusada aceleración cultural. En este sentido, los núcleos de población se transformaron en pequeñas ciudades que presentaban una diversificación económica. Asimismo, se registró el crecimiento de la población y la especialización artesanal. La estructura social había asumido un carácter urbano y una especialización en el trabajo, si bien no estaba diferenciada en familias individuales según nos evidencian los grandes enterramientos de carácter colectivo, los *tholoi*, construcciones de tipo circular cubiertas con una falsa bóveda y ausentes de monumentalidad.

En este periodo se confirma el desarrollo del único estilo arquitectónico cretense en forma de celda que culminó en los siglos posteriores en el palacio de Cnosos. Paralelamente, las viviendas comunes se hicieron más confortables y algunas de ellas presentaron dos plantas y varias dependencias.

Cicládico Antiguo

En torno a 3.000 a. C. las islas del Egeo recibieron nuevos contingentes de población que trajeron consigo nuevas técnicas y un desarrollo cultural que se orientó a la exportación de materias primas, como la obsidiana, y metales, como el bronce y la plata.

La cultura de Cero-Siros, contemporánea del Heládico Antiguo II y del Minoico Antiguo II, marcó un gran desarrollo que se evidencia en la cerámica en forma de sartén con grabaciones de naves. Sus asentamientos, muy diseminados, fueron de reducidas dimensiones y no contaron ni con santuarios ni con enterramientos colectivos. Los productos más relevantes y significativos fueron los ídolos de mármol de formas geométricas encontrados en gran número de tumbas.

El área oriental

En los niveles arqueológicos de Troya correspondientes al Bronce Antiguo destaca el emplazamiento de la ciudad que ocupaba una posición geoestratégica de primer orden con el control de la ruta marítima del Helesponto. El responsable del descubrimiento fue Heinrich Sliemann (1822-1890), y campañas posteriores han confirmado la existencia de nueve estratos urbanos, desde el III milenio hasta los primeros decenios de nuestra era. La ciudad estuvo siempre fortificada y destacó el gran palacio con sala principal de tipo *megaron*, indicador de un poder centralizado en manos de un monarca.

Bronce Medio (2.000-1.700 a. C.)

Se trata de un periodo de transición que nos ha legado escasa documentación. Los poblados de este periodo son de reducidas dimensiones, amurallados y con una economía de base agrícola. Las viviendas están construidas alrededor de una residencia principal y los enterramientos, como norma general situados junto a las viviendas, consisten en tumbas-cistas rectangulares o tinajas de barro. Destaca la cerámica minia, una cerámica a torno con textura jabonosa, y la eginética, una cerámica con un baño de coloración clara y decoración en mate con motivos geométricos de tonos oscuros.

Creta. Minoico Medio o Protopalaciego (2.000-1.700 a. C.)

La característica principal que define a este periodo es la aparición de los primeros palacios. En torno a 1.700 a. C. una destrucción generalizada que asoló los palacios marcó el tránsito del Minoico Reciente o Neopalacial hasta el año 1.450 a. C.

Los palacios se levantaron como modelo organizativo centralizado y se encontraron ubicados en cada una de las cuatro zonas naturales que conformaban la isla. Los palacios más relevantes y significativos fueron el de Cnosos, posiblemente el primero, Festos y Hagia Triada. Estas construcciones, levantadas sobre poblados anteriores, no contaban con fortificaciones al funcionar como complejos civiles que detentaban una situación de equilibrio y serenidad. Destacaban, sin embargo, sus inmensos almacenes de aceite, cereales y vino.

Los complejos palaciegos contaban con varias dependencias distribuidas en varias plantas destinadas a la vivienda, al ocio y a la actividad económica. Toda la construcción quedaba organizada en torno a un gran patio central y presentaba sistemas de canalización, iluminación y ventilación. Además, contaba con una decoración muy cuidada caracterizada por los suelos enlosados y las paredes con bellos y detallados frescos.

Próximos a los palacios se encontraban los poblados con viviendas dispuestas sin ningún orden establecido. Las prácticas funerarias más comunes eran los enterramientos colectivos de tipo cercado rectangular y los monumentos en túmulos o *tholoi*.

El desarrollo de la vida urbana se evidenció en un incremento considerable de la explotación de los recursos materiales. Se exportaba, sobre todo, cerámica y orfebrería. El comercio era una actividad económica fundamental en los palacios. En este sentido, numerosos objetos manifiestan la existencia de intercambios comerciales con Chipre, Egipto, las islas del Egeo, la región sirio-palestina, Mesopotamia y Anatolia.

El palacio actuaría como centro de intercambio y de redistribución. Esta estructura necesitaba un sistema de contabilidad y registro del que no se han conservado testimonios. Probablemente la necesidad administrativa esté en la base de la invención de la primera escritura, de carácter pictográfico, llamada indebidamente 'jeroglífica' por su analogía con la egipcia, según Arthur Evans —se trata de una escritura con más de 170 caracteres que combina logogramas con formas silábicas—. Posteriormente, esta grafía inicial evolucionó a una escritura más complicada, la del Lineal A, en la que los signos representaban sílabas abiertas, y de un número indefinido de ideogramas y símbolos métricos. El sistema numérico era de base decimal. Aunque muy generaliza, esta escritura todavía sigue sin descifrarse.

La estructura política del modelo palaciego de esta época era la monarquía, cuyo reflejo aparece documentado en la leyenda del rey Minos y presenta una naturaleza teocrática en el hecho de considerar al rey, ungido por la divinidad, como transmisor de las fuerzas benefactoras divinas a toda la sociedad. En los palacios existían áreas dedicadas al culto a la divinidad, representada por el rey. Empero, se desconocen los nombres de las divinidades, pese a que fueron numerosos. El culto a las divinidades se celebraba en santuarios domésticos de reducidas dimensiones, en lugares sagrados fuera del hogar y en las cuevas diseminadas por la isla —destaca el templo de Anemospilia, en las proximidades de Heraklión.

Se viene aceptando que la civilización minoica fue matriarcal y pacífica, pues sus ciudades no presentaron murallas. Si bien no era una sociedad guerrea, se han hallado hachas de doble filo, conocidas como *labrys*, y grandes escudos con forma de ocho. No obstante, se baraja la posibilidad de que mantuvieran tensas relaciones con la cultura de las islas Cícladas.

En torno a 1.700 a. C. un gran terremoto acabó con buena parte de los palacios. A pesar de ello, el palacio de Cnosos se convirtió en un gran palacio que funcionaba como centro político, centro religioso y hogar de reyes.

El Cicládico Medio

La cultura de las Cícladas dejó de ser preponderante a partir de este momento. Los niveles del Cicládico Antiguo III aparecen destruidos por causas desconocidas, y se documenta la existencia de pequeños asentamientos comerciales diseminados que controlaban el comercio.

El área oriental

En Troya destaca el nivel VI, el más importante y el de mayor duración. La ciudad presentaba murallas con cinco puertas de acceso, columnas y una gran torre para el aprovechamiento del agua. Asimismo, contaba con edificios de tipo *megaron*, y las viviendas, situadas intramuros y construidas sobre terrazas, contaban con sistemas contra los seísmos. El nivel VI de Troya fue identificado con la ciudad descrita en los poemas homéricos, si bien los especialistas consideran que el nivel VIIa, más reducido, es el que refleja realmente la Troya descrita por Homero —Moses I. Finley publicó en 1954 *The World of Odysseus*, un análisis antropológico de los textos homéricos; en clave arqueológica, Anthony Snodgrass ha abordado el mismo periodo—. Fue en este momento cuando se introdujo el caballo, lo que explicaría la existencia de un aristocracia guerrera y un poder real que controlaría a la población dependiente.

Bronce Reciente

La Creta Neopalacial (1.700-1.450 a. C.)

Según la periodización basada en los estilos cerámicos, este periodo comprende el Minoico Medio II y el Minoico Reciente I y II. Durante este tiempo Creta alcanzó su esplendor cultural: se construyeron nuevos palacios sobre los anteriores y, asimismo, se registraron nuevas ciudades, núcleos agrícolas, necrópolis y santuarios.

Tradicionalmente, se acepta que los orígenes de Occidente se encuentran en Creta. Según el mito, en esta isla fue engendrado Zeus, el dios supremo, que, tras raptar a Europa, hija de Agenor, soberano de Fenicia, la llevó hasta su isla natal donde procrearon a Minos, Éaco y Radamante. Heródoto y Tucídides afirman que Creta tuvo un rey llamado Minos que dispuso de una poderosa flota que le permitió el dominio de los mares:

> Minos, el primero que conocemos a través de la tradición, tuvo una flota y fue dueño de la mayor parte del mar que ahora es griego, y tuvo bajo su domino las islas Cícladas y fue el primero de ellos en fundar colonias en la mayoría de ellas, arrojando a los carios y poniendo como soberano a sus hijos... (Tucídides, I, 4).

Esta supremacía se refiere al periodo de la Creta neopalacial en el que el horizonte cultural cretense se amplía e incluye a las islas Cícladas y a la península griega con la implantación colonial. Es en este momento cuando los palacios de la costa septentrional, siendo el de Cnosos el más significativo, experimentaron un rápido desarrollo convirtiéndose en centros de la vida política y comercial.

Figura 42. Palacio de Cnosos. Detalle de la terraza del palacio con decoración pictórica parietal.

Construido en torno a 1.900 a. C., el palacio de Cnosos carecía de sólidas fortificaciones al considerarlo prácticamente infranqueable. Son muy significativas las formas de las columnas monolíticas y sus capiteles. Asimismo, son célebres los salones decorados con gran profusión de frescos figurativos que daban sensación de profundidad, las escaleras dobles, los altos techos de las estancias, entre las que destacaban el Salón del Trono con

su pavimento multicolor, los apartamentos de la reina, y la admirable y serena sobriedad del Salón de Recepciones. También destaca la palestra de entrenamiento y lo que podríamos considerar un espacio de juegos taurinos. Además, contaba con sistemas para introducir el agua de lluvia desde fuera y distribuirla por todas las dependencias. El conjunto palaciego se organizaba en áreas concretas, dedicadas a diversas funciones: espacios religiosos, almacenes de productos, talleres, zona doméstica, área teatral y aposentos. La estancia principal, denominada por Arthur Evans como la 'Sala de las Hachas Dobles' por su simbología en las paredes, pudo ser la habitación del propio rey, que comunicaba de forma privada con la estancia de la reina. La decoración de interiores dio paso a los célebres frescos de motivos inspirados en la naturaleza o en la vida social, con un gran sentido del movimiento. Entre otros, destacan el mural del «Salto del Toro», que decoraba el corredor de las procesiones, o el llamado «Príncipe de los Lirios» —el palacio de Cnosos contaba con un gran patio central donde periódicamente se celebraban espectáculos taurinos como la taurocatapsia, juego en el que los jóvenes saltaban sobre un toro haciendo piruetas y saltos mortales cuando el animal trataba de embestirlos.

Los palacios cretenses de Cnosos, Festos, Malia y Zakro fueron construidos de nueva planta sobre los emplazamientos de los antiguos. Si bien presentan mayores dimensiones, mantienen su estructura básica fundamental formada por un gran patio central abierto y rodeado por habitaciones, pasillos y escaleras en un orden aparentemente irregular que reforzó la leyenda del laberinto, la morada del Minotauro en la historia de Teseo.

Minos no sería sino un astuto gobernante que transformó a Creta en la principal potencia naval. Fomentó el comercio, levantó grandes edificios públicos, creó un código legislativo —considerado por muchos el primero de Occidente—, diseñó un sistema educativo y promovió las artes. A su muerte le sucedió su hermano, Minos II.

Dominado por una personalidad profundamente vanidosa, Minos II se enamoró de Britomartis, pero ésta, al conocerlo, optó por precipitarse al mar en lugar de contraer matrimonio con él. En consecuencia, se casó con Pasifae, hija de Helios y de la ninfa Creta, con la que tuvo varios hijos: Ariadna, que quedó prendada de Teseo, el héroe ateniense que la abandonó; Fedra, que se suicidó; Andrógeo, quien murió en Atenas combatiendo contra un toro; y Crateo, quien murió asesinado por uno de sus hijos.

Según el mito, Minos ofreció a Poseidón, divinidad del mar, construir un templo en su honor como agradecimiento por haberle ayudado a acceder al trono, y solicitó al dios que le enviara un toro sagrado para el sacrificio. Poseidón se lo envió, pero Minos se lo quedó sacrificando en su lugar un toro diferente. Como represalia, la divinidad hizo que Pasifae, se enamorara del toro y se uniera con él. De esa unión nació una bestia, el Minotauro, mitad toro mitad humano. Para mantenerlo en cautividad, Minos solicitó al arquitecto Dédalo que construyera en su palacio un laberinto del que nadie pudiera escapar.

Como se ha señalado, a comienzos del siglo XX el arqueólogo inglés Arthur Evans halló en la localidad de Cnosos las ruinas de un gran palacio con zonas residenciales, administrativas y de almacenamiento, dispuestas en torno a un gran patio, y cuyas paredes estaban profusamente decoradas con frescos muy elaborados. Acto seguido salieron a la luz los palacios de Festos, Palaikastro, Gruñía y Kató Sacros. Asimismo, en Cnosos tuvo lugar el descubrimiento de un doble tipo de escritura, probablemente de origen cretense, al que se dio el nombre de lineal, que podría representar el nexo entre el mundo prehelénico del III y del II milenio a. C., desaparecido en el siglo XII a. C., y el mundo griego propiamente dicho, que comienza con Homero, en el siglo VIII a. C. Se encontraron un conjunto muy significativo de tablillas de arcilla con dos tipos diferentes de escritura lineal, el Lineal A y el Lineal B. El primero, que todavía no ha sido descifrado, es el más antiguo y sólo se ha documentado en Creta. Los estudios han evidenciado que el Lineal A se usó en toda la isla entre los años 1.700 y 1.450 a. C., mientras que el Lineal B tan sólo se ha documentado en el palacio de Cnosos aportando unas cronologías que se remontan a 1.400 a. C.

En Lineal A el documento más célebre es el disco de Festos, pieza hallada en un sector del palacio de Festos de la primera fase neopalacial. Se trata de un disco de arcilla con pictogramas impresos en sus dos caras distribuidos en una línea espiral.

Figura 43. Disco de Festos.

Por lo que respecta al Lineal B, se trata de la escritura mejor documentada en Creta y a ella corresponden los documentos escritos en lengua griega. Se han encontrado los restos de más de tres mil tablillas de arcilla en las ruinas del palacio de Cnosos fechadas en el momento de su destrucción y que se refieren a los registros y a la contabilidad del palacio. La opinión más aceptada es que el Lineal B surgió de la necesidad de modificar el Lineal A al transcribir una lengua griega, el micénico de los dinastas de Cnosos en el periodo postpalacial.

En 1953 Michael Ventris y John Chadwick descifraron el Lineal B y la consideraron la lengua de la cultura micénica.

Los símbolos del Lineal B representan sílabas y, como norma general, se componen de un conjunto de signos al que se unen determinados ideogramas que componen sílabas, unidades de cálculo y de medida y palabras.

Además de en Cnosos, se han encontrado tablillas con escritura Lineal B en diversos puntos del Peloponeso, como Micenas, Pilos y Tebas. La lectura e interpretación de los textos en Lineal B permitieron confirmar que la popularmente conocida hasta entonces como civilización micénica era ya en realidad griega, pues los micénicos ocuparon Creta y asimilaron buena parte de su cultura.

En cuanto a la organización política y social, resulta complicado asegurar algún tipo de unificación política tomando como base la primacía del palacio de Cnosos frente a los demás. El papel de la reina es desconocido y la evidencia arqueológica no aporta ninguna información sobre la existencia de un consejo de ancianos o similar en torno a la figura del rey. Por otro lado, el registro material induce a pensar en la existencia de una aristocracia no guerrera que compartiría los privilegios reales en detrimento de la sacralidad del rey. Los campesinos y los artesanos trabajaban ligados a las fincas o a las explotaciones bajo la dirección de los palacios o al margen de ellos, si bien se desconoce el grado de dependencia que se otorgaría entre estos grupos sociales y la aristocracia y el rey.

Por lo que respecta a la organización de la economía, Creta estaba densamente poblada y contaba con tierras productivas que garantizaban la alimentación y la posibilidad de poder exportar el excedente de vino y de aceite. Se cultivaban cereales, legumbres, olivo y árboles frutales. Se criaban ovejas, cabras, cerdos, bueyes y caballos. Estos recursos se completaban con la pesca, que consumían en forma de salazones o crudos. La actividad artesanal estaba bastante desarrollada, diversificada y contaba con una gran variedad en la decoración. Además, se constata la actividad de canteros, carpinteros, escultores, vidrieros, herreros, curtidores, tejedores o pintores.

Fuente: Pilar Fernández Uriel, *Historia Antigua Universal II. El mundo griego*, Madrid, Editorial UNED, 2007, p. 38.

Mapa 45. Principales centros de la antigua Creta.

Las creencias religiosas son de difícil interpretación. En este sentido, se reconoce un énfasis en las fuerzas naturales y en los cultos de la fertilidad. Las llanuras y las montañas no eran concebidas como la morada de los dioses, sino en realidad como los lugares en los que se manifestaba la epifanía de la divinidad, propiciada por medio de las danzas rituales. Los aspectos místicos de la religión cretense se relacionaban con la noción de una diosa madre y de un dios doliente en conexión con el toro. La concepción del Zeus cretense, que muere y vuelve a nacer, está tipificada por los cultos a la diosa madre en diferentes formas. La diosa madre minoica no tenía nombre y sobre ella recaían todas las advocaciones.

El colapso de la civilización minoica se puede atribuir tanto a la violenta erupción de la isla de Tera en 1.500 a. C. como a los ataques micénicos en 1.450 a. C. Este desastre provocó un colapso económico y, como consecuencia, pudo generar un desequilibrio en la sociedad minoica que condujo a una serie de circunstancias que propiciaron la invasión micénica. De este modo, a partir de 1.450 a. C. comenzaron a ejercer su dominio y, sirviéndose de la crisis en la que estaba sumida Creta, ocuparon Cnosos, extendiendo a toda la isla el dominio de una dinastía micénica. No obstante, el esplendor fue breve y Cnosos se hundió en torno a 1.400 a. C. Este escenario, en el que se conjugan causas internas y externas, marcó el cénit del proceso del paso de la civilización minoica a la micénica.

El mundo micénico

Denominamos con el término micénico a una cultura propia de la Grecia continental que tuvo lugar durante el Heládico Reciente (1.600-1.100 a. C.). La cultura micénica encuentra sus orígenes en los elementos de la cultura heládica y en un conjunto de características propias de la cultura minoica.

Micenas fue uno de los más célebres palacios, si bien no existen testimonios que permitan confirmar que fuera el centro de un imperio micénico unificado, por lo que es más razonable considerar la existencia de una federación de estados independientes —la arquitectura micénica utilizó el relieve natural del terreno para construir fortalezas aprovechando los desniveles naturales del terreno para lograr un acceso sencillo—. Las ruinas, excavadas a finales del siglo XIX por el arqueólogo alemán Heinrich Schliemann (1822-1890) —convencido de la veracidad histórica de la *Iliada* y de la *Odisea*— obcecado por encontrar la tumba del rey Agamenón, se mostraron como el origen de la cultura griega.

Fuente: *Atlas Histórico. Mundo Antiguo*, National Geographic Historia, 2017, p. 80.

Mapa 46. Expansión de las ciudades micénicas.

Micenas, Tirinto y Pilos

En la Argólide los dos centros micénicos predominantes fueron Micenas y Tirinto. En Micenas se han hallado dos círculos de tumba de pozo: el más antiguo, conocido como B, data de 1.600 a. C.; el otro, el círculo A, data de 1.500 a. C. Ambos círculos formarían parte de un extenso cementerio, ubicado fuera del recinto urbano, perteneciente a la élite militar micénica de la primera época.

Figura 44. Puerta de los Leones, entrada principal a la ciudadela de Micenas.

En torno a 1.300 a. C., tras ampliarse las murallas con la construcción de la célebre Puerta de los Leones, el círculo A quedó dentro de los muros —los muros estaban cubiertos de frescos, y el suelo adornado con baldosines de yeso de varios colores—. En el interior de las murallas se encontraba el palacio con el *megaron*, lugar de culto centralizado, precedente del templo griego y al que se accedía a través de un patio por una escalera ceremonial y una puerta con pórticos, los propileos. Son muy significativas las monumentales tumbas circulares o *tho-*

loi, dotadas de cámaras abovedadas y revestimiento pétreo, reservadas al rey y a los miembros de la familia real. El mejor ejemplo de este tipo de tumba monumental es el denominado como Tesoro de Atreo, cuya estructura se ha conservado casi intacta, si bien la decoración interior se ha perdido casi por completo. Se trata de una construcción de dimensiones insólitas, con una altura de casi trece metros y un diámetro de casi quince metros, sostenida lateralmente por enormes bloques de piedra. Las paredes están revestidas de pequeñas piedras, talladas de forma cóncava por su parte exterior, que se elevan en ojiva estrechándose cada vez más y dando así la impresión de una enorme colmena. En las excavaciones se han documentado máscaras de oro muy fino, que probablemente se colocaban sobre el rostro del difunto a modo de homenaje póstumo, como la célebre máscara del rey Agamenón.

Figura 45. Máscara funeraria del rey Agamenón, descubierta en 1876 por Heinrich Schliemann.

El mismo tipo de construcción ciclópea se puede admirar en Tirinto y en Pilos, donde aparecen por primera vez la estructura de los propileos, entrada monumental con un porche y una gran columnata por donde se accedía al recinto interior. El patio interior, rodeado de columnas, se abría a una gran sala donde el rey presidía las reuniones y los banquetes oficiales.

El palacio de Tirinto contó con una imponente cobertura defensiva. Asimismo, contó con una puerta ceremonial de grandes dimensiones y un bastión protector que daba acceso al palacio. Tras su destrucción, los supervivientes habitaron en viviendas ubicadas extramuros.

En torno a 1.300 a. C. se levantó el palacio de Pilos, si bien no estuvo dotado de fortificación. El palacio controló una amplia extensión de Mesenia y fue víctima de las llamas en 1.200 a. C. sin llegar a ser reconstruido.

A partir de 1.250 a. C. Micenas fue víctima de varias destrucciones que provocaron el fin del esplendor, si bien continuó habitada con un nivel cultural muy inferior.

Beocia

En la periferia de la Grecia central destacaron tres núcleos: Tebas, con un gran palacio amurallado; Orcómeno, con un gran palacio y un gran *tholos*, y Gla, con una fortaleza amurallada.

Ática

En esta zona destacan los *tholoi* de Maratón, Menidi y Thorikos, así como la ciudadela localizada en la acrópolis de Atenas.

Tesalia

Destacan los casos de Iolkos y en las proximidades de Esparta se han registrado restos de un palacio dedicado a Menelao y a Helena.

Cícladas

El declive de la cultura monoica propició que los micénicos ocuparan su lugar de ultramar ampliando sus áreas de influencia.

Creta y periferia

Existen varias alusiones a la existencia de un rey en Cnosos y, por otro lado, se han localizado restos micénicos en las costas orientales del Mediterráneo y en Asia Menor. Asimismo,

existen claras evidencias de su presencia en Sicilia y en el Sur de Italia, llegando incluso a establecer contactos con el occidente de la península Ibérica en su afán de lograr estaño.

La cultura micénica mantuvo relaciones con Egipto y Ugarit. Los contactos con el imperio hitita se fundamentan en una controvertida alusión en documentos hititas de un país de *Ahhiyawa*, país de los aqueos, y *Akawas*, nombre que aparece igualmente entre los Pueblos del Mar.

Por lo que respecta al ocaso de la cultura micénica, hacia 1.250 a. C. se registró una situación crítica en algunos palacios que fueron destruidos por los incendios. Hacia 1.100 a. C. la cultura micénica llegó a su fin y en los lugares donde sobrevivió se convirtió en submicénica. A partir de ese momento sería el Ática el área que destacase como la más innovadora de Grecia.

En el estudio de la cultura micénica las tablillas desempeñan un papel fundamental como fuente de primer orden para poder explicar una sociedad jerarquizada con una realeza y un aparato estatal de la que dependía el resto de la población —las tablillas documentadas en las excavaciones de Micenas sólo aportan información relativa a los servicios de intendencia del palacio—. Las primeras tablillas, escritas en Lineal B, aparecieron en Cnosos y son coincidentes con las que más tarde se descubrirían en Pilos.

La civilización micénica no formó un estado unificado, pues estaba formado por un conjunto de unidades políticas cuyo núcleo era el palacio-fortaleza que controlaba la actividad política, militar, administrativa y religiosa. En las tablillas el título de rey se identifica con *wanax* —no está claramente definido si los soberanos micénicos eran monarcas con poderes absolutos o jefes tribales—. En este sentido, el término *basileus*, que en griego clásico significa rey, se correspondería con un tipo de príncipe constatado en la realidad arqueológica funeraria, cuya autoridad militar sería de ámbito local y de un rango no muy elevado en relación con el palacio, de cuya autoridad dependían. En las tablillas aparece registrado como *pa-si-re-wa*.

El título de *lawagetas* se interpreta como conductor del *laos*, o lo que es lo mismo, el pueblo en armas.

En las tablillas también se registra el término *ke-ru-si-ya*, *gerousia*, concerniente al consejo de ancianos. Los distritos administrativos estarían bajo la supervisión de unos funcionarios, *ko-re-te*, responsables de acopiar los tributos y de ejecutar las decisiones reales.

El pueblo, denominado *da-mo*, trabajaba la tierra y se encontraba en una relación de dependencia respecto a una poderosa aristocracia, vinculada a su vez al rey por lazos de clientela y de parentesco, por medio de la cual se centralizaba todo el poder en torno al rey. Existían tierras de propiedad privada, *ktimenai ktoinai*, y comunal, *kekemêna ktoina*, con vinculación servil de los cultivadores.

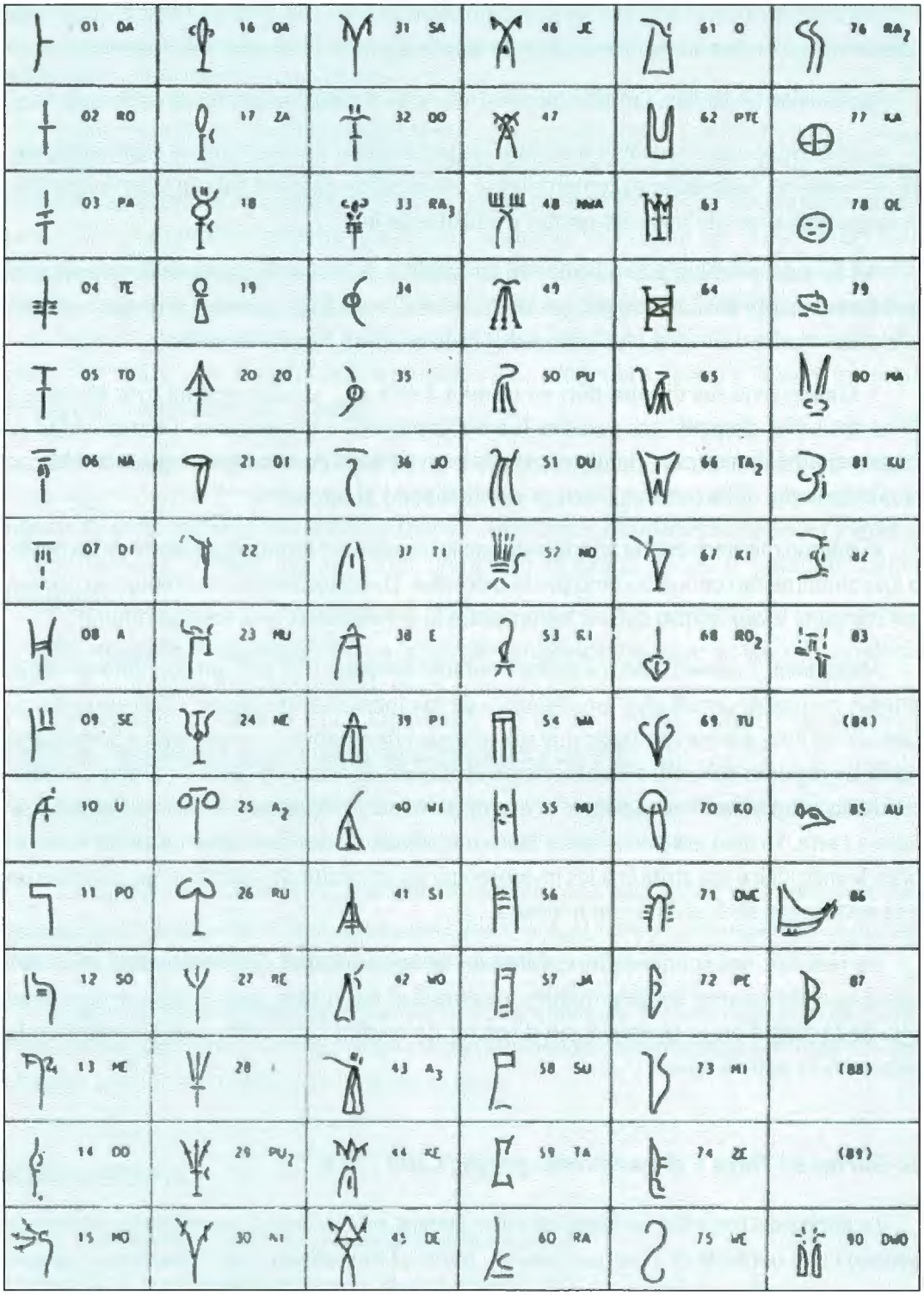


Figura 46. Silabograma de la escritura Lineal B.

Junto a esta aristocracia, las tablillas también registran a los *te-re-ta*, *telestai*, grupo que comprendía a los terratenientes locales, de donde el *wanax* reclutaba a los funcionarios.

Igualmente, las tablillas también aluden a los esclavos con la indicación de su procedencia.

Las actividades artesanales y metalúrgicas presentaron un alto nivel de especialización. En este sentido, las relaciones comerciales se organizaban desde el palacio y las mercancías se intercambiaban por materias primas y artículos de lujo.

Por lo que se refiere a la religión, en las tablillas se registran nombres de divinidades que forman parte del panteón griego clásico. En este sentido, estuvo muy extendido el culto a la diosa-madre y el culto a los héroes civilizadores como Teseo y Heracles.

Si Cnosos vivió sus últimos días en torno a 1.400 a. C., similar destino tuvo Micenas y Pilos dos siglos después. Los palacios fueron saqueados e incendiados. La creatividad se transformó en destrucción, dando comienzo a un periodo de decadencia que culminó con el hundimiento de la cultura palaciega y el abandono progresivo.

El colapso micénico estaría relacionado con la invasión del territorio por parte de los dorios o los comúnmente conocidos como pueblos del mar. En cualquier caso, se produjo un cambio tan relevante y significativo que los historiadores lo definen como una ruptura cultural.

Ahora bien, ¿quiénes eran los dorios? Durante los siglos XII-X a. C., un conjunto de tribus griegas menos desarrolladas, procedentes de las montañas del norte y del noroeste de Grecia —si bien, parece mostrado que son oriundos de Albania—, empezaron a desplazarse hacia las regiones del centro. Establecieron el oráculo de Apolo en Delfos, y progresivamente fueron ocupando Grecia Central, la mayor parte del Peloponeso, las islas al sur del mar Egeo y Creta. Y como esa penetración iba acompañada de transformaciones en las costumbres, lo más lógico era atribuir a los invasores dorios los profundos cambios que condujeron a la destrucción de la civilización micénica.

En realidad, los conquistadores foráneos se aprovecharon de la sostenible situación social que provocaron los gobernantes micénicos al hacer caer todo el peso de la economía de la región en el comercio, sin disponer de medios suficientes que garantizasen la subsistencia ante la crisis.

La Guerra de Troya y el nacimiento griego (1.200-776 a. C.)

La guerra de Troya fue un conflicto entre griegos aqueos contra los troyanos, un pueblo situado en el nordeste de la actual Turquía, frente al Helesponto. Sólo conocemos este episodio gracias a dos poemas escritos por Homero cinco siglos después, la *Ilíada* y la *Odisea*. Los poemas mezclan lo que podrían haber sido acontecimientos y personajes históricos con

relatos de dioses, lo que ha llevado a pensar que esta mítica guerra no existió. En este sentido, hasta finales del siglo XIX se consideraba que Troya no era sino producto de la ficción, hasta que Heinrich Schliemann dio con ella.

Tras la invasión de los Pueblos del Mar y la conclusión de la Guerra de Troya, Grecia quedó sumida en un profundo caos que condujo al colapso del Bronce Reciente. Los dorios, que habitaron durante la época micénica el norte de los Balcanes, se desplazaron al Sur para tomar el control de los territorios aqueos. Los dorios se hicieron con el control del área oriental y meridional del Peloponeso, o lo que es lo mismo, la Argólida, Mesenia y Laconia, donde fundaron Esparta, y también con las Cícladas del Sur y el Dodecaneso. Los arcadios mantuvieron Arcadia; los jonios dominaron el Ática, la isla de Eubea, donde fundaron la ciudad de Calcis, y las Cícladas más septentrionales; y los eolios Beocia y Tesalia, mientras los aqueos se quedaron con el resto.

Además, las migraciones a Anatolia crearon regiones en la costa oeste de la actual Turquía, que fueron de norte a sur la Tróyade; la Eolia, con la isla de Lesbos y la ciudad costera de Esmirna; la Jonia, con la isla de Quíos y la de Samos y ciudades como Focea y Mileto; y la Doria al Sur, también llamada Caria, un pueblo de piratas que en el futuro fundarían Halicarnaso.

Por otra parte, hubo otras etnias o tribus grecomicénicas, aunque no fueron consideradas como tales hasta mucho tiempo después, como los épiros al noroeste —actual Albania— y los macedonios al norte —actual Macedonia—. Y un poco más al noroeste se asentaron los ilirios, ubicados en la zona de las actuales Bosnia y Croacia.

Con esta convulsión la escritura Lineal B desapareció y llegó la Edad Oscura griega, un periodo de cinco siglos en el que no se sabe con certeza qué ocurrió.

Las ciudades estado micénicas se convirtieron en polis autárquicas que contaban con una acrópolis, una zona urbana amurallada y la *chora*, el terreno circundante que incluía pequeñas aldeas, granjas, campos de cultivo y bosques.

La antigua figura del rey fue paulatinamente reemplazada por una oligarquía de poderosos nobles guerreros, *basileus*, si bien acabaron siendo reemplazados por magistrados elegidos por una asamblea de nobles, los arcontes.

BIBLIOGRAFÍA

AA.VV.: *Creta minoica*, Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2018.

CHADWICK, J.: *El mundo micénico,* Madrid, Alianza Editorial, 1977.

DICKINSON, O.: L*a edad del Bronce Egea,* Madrid, Akal, 1994.

EVANS, A.: *The prehistoric tombs at Knossos,* Londres, 1906.

GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: *Introducción a la Grecia Antigua*, Madrid, Alianza, 2014.

GRAHAM, J.: *The Palaces of Crete,* Princeton, Princeton University Press, 1962.

HARDING, A.: *The Mycenaeans and Europe,* Londres, Academic Press, 1984.

MARAZZI, M. (cd.): *La sociedad micénica,* Madrid, Akal, 1982.

MAÑAS ROMERO, I.: *Historia de la civilización micénica*, Madrid, Mandala Ediciones, 2018.

SOUVIRÓN, B.: *Hijos de Homero,* Madrid, Alianza, 2017.

Tema 7
La Grecia Arcaica

Sinopsis

La Época Oscura o Dark Age no se puede concebir si antes no se explica el colapso de la civilización micénica, la primera que utilizó la lengua griega. En torno a 1200 a. C., desaparecieron todos los palacios micénicos. Si bien las causas que provocaron este fenómeno siguen siendo en la actualidad objeto de un debate historiográfico, existen cuatro teorías que intentan explicarlo: la primera consiste en la invasión de los dorios, teoría que hoy está completamente desaprobada; la segunda, defendida por John Chadwick, sostiene que los conflictos sociales condujeron a la desaparición de la civilización micénica; la tercera defiende una invasión externa, teoría que queda reforzada por las tablillas de Pilos que hablan de invasiones procedentes del mar; la cuarta atribuye el colapso de la civilización micénica a los desastres naturales. En la actualidad, se sostiene que ninguna de las tres últimas teorías puede explicar por sí misma la destrucción de la civilización micénica, por lo que, en realidad, se complementan actuando como causa en este proceso.

Tras la desaparición de la civilización micénica comenzaría la Época Oscura, un periodo que apenas ha legado fuentes escritas y cuyas características se conocen gracias a los trabajos arqueológicos y sociológicos realizados a partir de los poemas homéricos, la *Iliada* y la *Odisea*. En este sentido, podemos dividir la Época Oscura en Heládico Reciente IIIC, caracterizado por la pobreza material en que quedó sumido el mundo griego —la utilización del hierro es el único acontecimiento destacable de este periodo—, y el Geométrico, caracterizado por un desarrollo significativo en la civilización griega.

Parafraseando a Moses I. Finley (1912-1986), son dos los fenómenos que definen a la Grecia Arcaica: la aparición y la lenta evolución de una estructura comunitaria griega, la *polis*, y la amplia expansión de la Hélade a lo largo de dos siglos.

Por lo que respecta al nacimiento de la *polis*, su característica principal consistió en el dominio de la aristocracia —la sociedad se divide en tres grupos: la aristocracia que ejerce el poder, el campesinado libre sin derechos políticos, y los esclavos—. La estructura económica se fundamentaba en las actividades agropecuarias, la caza, la pesca y la actividad comercial. En cuanto al fenómeno colonizador, presentó como causas primordiales la desigual distribución de la tierra y el crecimiento demográfico —el fin principal de las colonias era establecer a la población sobrante de las metrópolis—. En este primer periodo la principal zona de colonización es la costa del Mar Negro.

En la época arcaica fueron importantes los siguientes aspectos: la creación de la *polis*, el auge de la colonización, el surgimiento de la tiranía, y el posicionamiento de Esparta y Atenas como principales *poleis* de la Hélade.

El proceso de creación de la *polis* se conoce como sinecismo, y consistió en la unión entre el asty, o lugar donde vivía el pueblo bajo, y la acrópolis, o lugar donde residía la aristocracia. En un primer momento la *polis* sería el resultado de la solidaridad aristocrática, si bien acabaría convirtiéndose en la estructura política que sostuvo la democracia.

La colonización no se comprende sin una serie de factores que encuentran su origen en la época precedente. Los enfrentamientos sociales trajeron consigo la *stasis* o lucha civil. Para resolverla, se optó por las colonizaciones y la creación de constituciones timocráticas. Empero, ambas vías fueron insuficientes para acabar con la inestabilidad política, por lo que se hizo necesario un cambio radical en la estructura política y económica de la *polis*. Este cambio fue protagonizado por los tiranos. Aunque aristócratas, los tiranos lograron acabar con la *stasis* por medio de una política que tuvo como pilares fundamentales la mejora de las condiciones de los campesinos, las obras públicas y los festivales religiosos. Se preparaba así el camino hacia la democracia. Las tiranías desaparecieron fundamentalmente por el despotismo en el que cayó la segunda generación de tiranos y la rivalidad entre la aristocracia por asumir el cargo.

En Esparta, la mayor *polis* de la Hélade, la autoridad política poseía la autoridad de la tierra y de los ilotas, asignando un cupo de ambas a cada espartiata para garantizar su sustento. De esta manera, se acabó con la *stasis* y se fundó una comunidad donde todos los ciudadanos eran iguales ante la ley —*homoioi*— y sólo ejercían una única profesión: la guerra.

En Atenas, que como Esparta también sufrió la *stasis*, tras establecerse una constitución timocrática por **Solón** en 594 a. C., se vivió una acusada crisis política y social, situación que fue aprovechada por **Pisístrato** para establecer la tiranía en 527 a. C. y dotar a la *polis* de estabilidad política y económica. A su muerte, fue sustituido por su hijo **Hipias**, que continuó con la política de su padre hasta que el asesinato de su hermano **Hiparco** en 510 a. C. le llevó al despotismo. Una conjura de la aristocracia ateniense puso fin a su gobierno en 509 a. C., momento a partir del cual aparecieron dos tendencias: la mayor parte de los conjurados se unieron a **Iságoras**, defensor de un gobierno aristocrático, y un grupo minoritario se agrupó en torno a **Clístenes**, quien lograría reformar la Constitución de Sólon y establecer las bases de la futura democracia ateniense.

Guion / Resumen

La Época Oscura	Transcurre entre la caída del mundo micénico y la época arcaica griega con la aparición de la escritura y la consolidación de la *polis*. Grecia quedó sumida en una profunda decadencia cuyo resultado más inmediato fue la desaparición de la escritura. Submicénico A lo largo de los siglos XII-XI a.C. varios núcleos micénicos continuaron ocupados perviviendo en ellos las tumbas de cámara con decoración micénica. El Geométrico Desde inicios del siglo X a.C. se generalizó el uso del hierro, la incineración en cistas pétreas y la difusión de nuevas formas cerámicas. El poblado geométrico se define como un conjunto de viviendas simples, juntas y ordenadas con la que contrastaba una muralla con zócalo de sillares de piedra y alzado de adobes. Nuevo ordenamiento social, autarquía y autoconsumo.
La constitución de la *polis*	Sinecismo: fenómeno por el que varias comunidades se agrupan en torno a una ciudadela originando una estructura en la que campo y ciudad quedan englobadas en una sola unidad bajo las mismas leyes. La *polis* es la unión constituida por el *asty*, el núcleo urbano, y la *chora*, el campo circundante. El desarrollo económico y el aumento del poder que la aristocracia asumió desde el siglo VIII a.C. condujeron a una situación de crisis interna, la *stasis*.
La colonización griega en época arcaica	Comenzó a mediados del siglo VIII a.C. y concluyó a finales del siglo VI a.C. Causas: incremento de la artesanía, expansión del comercio, exceso de la población, endeudamiento de los campesinos, exilio político y desigualdades sociales. *Oikistés*: fundador que concretaba el número de colonos y el aparato institucional de la nueva ciudad. Tipos: *apoikía / klerouchía / katoikia / emporion*
La tiranía en época arcaica	Régimen político basado en el poder personal del tirano que concentra todos los poderes y las funciones de gobierno de forma ilegítima. Fidón de Argos.

Esparta en época arcaica	Contraria a la tiranía. Cinco distritos o aldeas integradas en el territorio de Laconia: Pitana, Mesoa, Konosura, Limnai y Amiclas. Licurgo: redacción de la constitución espartana (la *Rhetra*). Nuevo ordenamiento político-social: espartiatas / ilotas / periecos. *Agogé* espartana.
Atenas en época arcaica	Arcontado / Ekklesia. Dracón: leyes draconianas. Solón: sistema timocrático (*Pentacosiomedimnos / Hippeis / Zeugitas / Thetes*). Tiranías: Pisístrato / Hipias / Hiparco. Tiranicidas: Harmodio y Aristogitón. Clístenes: introducción del gobierno democrático en Atenas.

Fuente: Pilar Fernández Uriel, *Historia Antigua Universal II. El mundo griego*, Madrid, Editorial UNED, 2007, p. 202.

Mapa 47. La Grecia Arcaica.

LA ÉPOCA OSCURA

Según el mito, un héroe griego llamado Heleno, nieto de Prometeo, engendró tres hijos con la ninfa Orséis: Juto, Eolo y Doro. El primero de ellos, Juto, tuvo dos hijos, Ion y Aqueo. De ellos surgirían las principales etnias que se establecieron en Grecia, es decir, los aqueos, los eolios y los dorios.

Los dorios se extendieron por la práctica totalidad del Peloponeso, incluyendo la ciudad de Corinto, Creta, las Cícladas del Norte y Jonia, en la costa de Asia Menor, en la que fundaron Mileto. Por su parte, los eolios ocuparon Etolia, Beocia y Tesalia, la isla de Lesbos y la

región de Eolia, donde fundaron Esmirna. Los arcadios ocuparon Arcadia, y otras tribus ocuparon otras zonas circundantes como Epiro, Macedonia o Iliria.

También conocida como la Edad Media de Grecia, la Edad Oscura transcurre entre la caída del mundo micénico y la época arcaica griega con la aparición de la escritura y la consolidación de la *polis*. Si bien existen diferentes teorías que tratan de dar respuesta a las causas de la desaparición de la civilización micénica, se conocen con detalle cuáles fueron sus consecuencias. En este sentido, existe un consenso al aceptar que Grecia quedó sumida en una profunda decadencia cuyo resultado más inmediato fue la desaparición de la escritura, razón por la que las únicas fuentes de las que disponemos para estudiar este periodo son las arqueológicas complementadas con los poemas homéricos —gracias a los contactos con los fenicios, los griegos adaptaron su lengua al alfabeto fenicio añadiendo vocales.

Durante el periodo Heládico Reciente IIIC, que se prolonga entre los años 1.200 y 1.050 a. C., los elementos de la cultura material, como la cerámica, son diferentes, lo que evidencia que la unidad política anterior había desaparecido. Lo mismo ocurrió con la arquitectura, pues el barro acabó reemplazando los colosales pilares pétreos. La única novedad vino representada por la sustitución del bronce por el hierro.

El submicénico

A lo largo de los siglos XII-XI a. C. varios núcleos micénicos continuaron ocupados perviviendo en ellos las tumbas de cámara con decoración micénica. En determinadas áreas, como Acaya, el Ática oriental, las Cícladas o el Dodecaneso, se registró un aumento demográfico, mientras que, por el contrario, Mesenia y Laconia, dos de los asentamientos micénicos más importantes en el siglo XIII a. C., experimentaron las consecuencias de la crisis quedando prácticamente despobladas en torno a 1.200 a. C.

El Geométrico (1.050-700 a. C.)

Desde inicios del siglo X a. C. se generalizó el uso del hierro, la incineración en cistas pétreas y la difusión de nuevas formas cerámicas en las que era muy común el empleo del compás y de la rueda. Este nuevo periodo cultural, conocido comúnmente como geométrico, hunde sus raíces en la cerámica protogeométrica del Ática de finales del siglo XI a. C. cuya forma más representativa es un ánfora de cuello esbelto y asas horizontales. Paralelamente, se documentan algunos elementos, como fíbulas o espadas, que evidencian un aumento de la riqueza. Asimismo, se produjo una transformación en los patrones arquitectónicos y urbanísticos, pues el poblado geométrico se define como un conjunto de viviendas simples,

juntas y ordenadas con la que contrastaba una insólita muralla con zócalo de sillares de piedra y alzado de adobes.

Las familias o *gene* estaban formadas por grupos consanguíneos que dirigían a su favor las relaciones gentilicias. La situación social de sus integrantes estaba determinada por su parentesco y por su pertenencia al *oikos*, la unidad que incluía a todas las personas libres o esclavas que por parentesco o servicios mantenían lazos de dependencia con el *baliseus* —el ideal del *oikós* fue la autosuficiencia, si bien en todo momento faltaron materias primas y esclavos—. Es de esta manera como se constituye una sociedad aristocrática integrada por los *aristoi*, o lo que es lo mismo, los hombres pertenecientes a las más célebres comunidades.

Los *aristoi* se beneficiaban del sistema gentilicio para poseer abundantes tierras y ganado. Además de detentar el poder económico, se hicieron dueños del poder político, legislativo, judicial, militar y religioso, por lo que de ellos dependía el correcto funcionamiento de la comunidad.

Si bien el *basileus* podía contar con una serie de privilegios, en realidad era un *primus inter pares* con carácter vitalicio y hereditario. Sus iguales eran los *aristoi* y la *basielia* era un consejo aristocrático formado por los *basileis*. Posteriormente, cuando la comunidad se defina como *polis*, el *basileus* ejercerá una función religiosa ejercida por cualquier miembro de la aristocracia.

La gran mayoría de la población era campesina y formaban parte del *demos*, asentamientos donde se explotaba la tierra concedida. Todos ellos podían participar en las acciones militares.

Los *thetes* eran los jornaleros que no poseían propiedades y que trabajaban la tierra a cambio de un salario. Sin identidad como grupo, no formaban parte del *oikos* y su situación llegó incluso a estar por debajo de la de los esclavos. Por su parte, el artesanado presentaba una situación muy ambivalente

Por otro lado, los esclavos, propiedad de la aristocracia, podían trabajar como pastores o como criados, y, como norma general, recibían un trato familiar por parte de sus amos si bien estos últimos podían decidir sobre sus vidas.

Durante este periodo las comunidades estaban inmersas en un profundo aislamiento con un régimen económico propenso a la autarquía y al autoconsumo.

Fue a partir del siglo IX a. C. cuando algunos núcleos, como Lefkandi, en Eubea, comenzaron a restablecer las relaciones comerciales que durante el periodo micénico habían unido Grecia con Chipre. A finales de este siglo, Atenas reestableció las relaciones comerciales con Oriente, momento a partir del cual la población del Ática abandona las tierras del interior y se dirige hacia la costa.

LA CONSTITUCIÓN DE LA *POLIS*

El nacimiento de la *polis* no se puede explicar si no se tienen en consideración las características geográficas de Grecia, un contexto geográfico que viene determinado por las montañas y las llanuras tendentes a aislar una población de otra. Asimismo, el nacimiento de la *polis* no se puede explicar sin la aparición del sinecismo, fenómeno por el que varias comunidades se agrupan en torno a una ciudadela originando una estructura en la que campo y ciudad estaban englobadas en una sola unidad bajo las mismas leyes —este fenómeno no implica un vínculo estrictamente comunal o familiar, sino más propiamente un vínculo político con objeto de crear nuevos organismos de control—. La *polis* era, por tanto, un núcleo autosuficiente de pequeñas dimensiones. El sinecismo provocó que la *polis* fuese en sus orígenes una ciudad-estado de naturaleza aristocrática, a través de la cual el poder de la aristocracia se renovaba. La aristocracia ejercía el poder mediante la posesión de las tierras y el ejercicio de las magistraturas.

La *polis* no era un simple núcleo de población, sino que, además, debía aunar una serie de condiciones urbanas e institucionales. En este sentido, la *polis* es la unión constituida por el *asty*, el núcleo urbano, y la *chora*, el campo circundante. Existe una dicotomía campo-ciudad que no diferencia, sino que complementa. Dentro del *asty* se distinguen los elementos más importantes de la *polis*: las murallas defensivas, el *ágora* o centro de la vida ciudadana, la acrópolis y los templos. La *chora* comprende campos cultivables y no cultivables. Los *agroi* son de propiedad privada, mientras que las tierras no cultivables pertenecen a la comunidad para el pastoreo y la explotación forestal.

Pero, igualmente, la *polis* no era sólo un núcleo urbano, sino que era fundamentalmente una comunidad de ciudadanos basada en el pueblo y en las instituciones ciudadanas.

Según la definición de R. Duthoy, la *polis* no consistía sino en una comunidad micro-dimensional, jurídicamente soberana y autónoma, de carácter agrario, dotada de un lugar central que le sirve de centro político, social, administrativo y religioso y que es también su única aglomeración frecuente, es decir, una entidad soberana con una economía básica, cuyo centro cultural y político se encontraba en una ciudad con un urbanismo propio.

El *genos*, esto es, el conjunto de *oikoi*, adoptó una función diferente y sus integrantes concentraron su poder y control sobre los bienes materiales y sobre los grupos humanos dirigiendo el tránsito de la tribu a la ciudad.

Por otro lado, la naturaleza y la función de las *fratrías*, las unidades que agrupaban a las familias nobles, se fue transformando a tenor del desarrollo económico y social de la *polis* y los cambios en las estructuras de parentesco.

Por lo que respecta a los órganos políticos, los miembros más ilustres eran los encargados de ejercer como arcontes. Por otro lado, la asamblea o *apella* era el órgano político en el que recaía la soberanía y se votaban las decisiones que concernían a toda la comunidad.

El desarrollo económico y el aumento del poder que la aristocracia asumió desde el siglo VIII a. C. condujeron a una situación de crisis interna, la *stasis*. Por otro lado, el proceso colonizador, producto de la crisis que dejó sin propiedades a gran parte de la población, permitió un aumento de las actividades comerciales y una red de relaciones entre las metrópolis y las colonias y entre éstas y la población indígena allí asentada.

La nueva realidad social imperante, resultado de la ocupación y la fijación del territorio en la conformación de la *polis*, exigía a todos los miembros de la comunidad a participar en su defensa como miembros del ejército. Así pues, la actividad militar sirvió como punto de encuentro de los aristócratas y los campesinos propietarios de tierras. Fueron estos campesinos los que exigirían una igualdad de derechos dando origen a una nueva oligarquía.

Esta nueva realidad social hizo posible la configuración de un sector de ciudadanos-campesinos-soldados que hizo valer sus derechos en un contexto de isonomía, es decir, de igualdad de derechos civiles y políticos. Con esta nueva estructura social la aristocracia siguió manteniendo el papel dirigente, si bien el soldado-hoplita representó la unidad fundamental de la falange hoplítica.

EL SINECISMO

Después de la muerte de Egeo, se propuso una ingente y admirable empresa: reunió a los habitantes del Ática en una sola ciudad y proclamó un solo pueblo de un solo Estado, mientras que antes estaban dispersos y era difícil reunirlos para el bien común de todos, e, incluso, a veces tenían diferencias y guerras entre ellos.

Yendo, por tanto, en su busca, trataba de persuadirlos por pueblos y familias; y los particulares y pobres acogieron al punto su llamamiento, mientras que a los poderosos, con su propuesta de un Estado sin rey y una democracia que dispondría de él solamente como caudillo en la guerra y guardián de las leyes en tanto que en las demás competencias proporcionaría a todos una participación igualitaria, a unos estas razones los convencieron, y a otros, temerosos de su poder, que ya era grande, y de su decisión, les parecía preferible aceptarlas por la persuasión mejor que por la fuerza.

Derribó, por consiguiente, los pritaneos y bouleuterios y abolió las magistraturas de cada lugar y, construyendo un pritaneo y bouleuterio común para todos allí donde ahora se asienta la ciudad, a la ciudad le dio el nombre de Atenas e instituyó las Panateneas como fiesta común. Celebró también las Metecias el día dieciséis del mes de hecatombeón, fiesta que todavía hoy celebran, y abdicando de la corona, como prometió, emprendió la organización del Estado, tomando principio de los dioses, pues le llegó un oráculo de Delfos que vaticinaba sobre la ciudad:

«Égida Teseo, vástago de la joven Piteide, a muchas ciudades, en verdad, mi padre tiene fijado su término y su hilo en vuestra fortaleza. Mas tú nada con demasiado esfuerzo en tu corazón te propongas, pues como odre atravesarás el ponto entre el oleaje».

Esto cuentan que también la Sibila se lo vaticinó a la ciudad, gritando:

«Como odre sumérgete; hundirte, en verdad, no es tu destino».

Con la pretensión de engrandecer todavía más la ciudad, invitaba a todo el mundo a la igualdad y el «aquí venid todas las gentes» dicen que fue un bando de Teseo, cuando proyectaba la fundación de un pueblo único.

No, por cierto, descuidó que la democracia no resultara en desorden y confusa por la muchedumbre que fue irrumpiendo sin criterio selectivo, sino que previamente separó a los eupátridas, los geómoros y los demiurgos, y encomendó a los eupátridas las funciones de entender en los asuntos divinos, proporcionar magistrados y ser maestros de las leyes y exégetas de cuestiones santas y sagradas, poniéndolos como en un plano de igualdad con los restantes ciudadanos; ya que, al parecer, eran los eupátridas superiores en opinión, los geómoros en utilidad y en cantidad los demiurgos.

(Plutarco, *Vida de Teseo*, 24-25)

Plutarco: Vida de Teseo, trad. de A. Pérez Jiménez (1985),
Biblioteca Clásica Gredos77, Madrid.

LA COLONIZACIÓN GRIEGA EN ÉPOCA ARCAICA

El fenómeno colonizador comenzó a mediados del siglo VIII a. C. y concluyó a finales del siglo VI a. C. Las fuentes asignan al oráculo de Delfos, centro religioso de carácter panhelénico en la Grecia arcaica, una gran importancia en el asesoramiento sobre las posibilidades de éxito de los proyectos coloniales.

La colonización, que representa la base para el desarrollo de un sentimiento panhelénico entre las *poleis*, responde a diversas causas: incremento de la artesanía, expansión del comercio, exceso de la población, endeudamiento de los campesinos, exilio político y desigualdades sociales.

La colonización fomentaría la *koiné* helénica, es decir, la conciencia de pertenencia a la común cultura griega, por encima de las divisiones territoriales o las diferencias políticas, frente a las demás culturas no griegas con que se encontraban.

El término utilizado para designar a las fundaciones coloniales de época arcaica, *apoikía*, o lo que es lo mismo, asentamiento separado de carácter preferentemente agrícola, se concibe como una segregación de una comunidad preexistente, es decir, la metrópolis. Si bien cada una de ellas contaba con su propio cuerpo de ciudadanos, sus propias leyes y era independiente de la ciudad madre, ambas se consideraban unidas de por vida por unos lazos de filiación que incluían el deber de auxilio y prescindían del enfrentamiento mutuo y el apoyo a los respectivos enemigos. La violación de este vínculo podía ser causa de desprecio.

Tradicionalmente, la fundación colonial respondía a una decisión de la metrópolis mediante un decreto por el que se nombraba a un *oikistés* o fundador que concretaba el número de colonos y el aparato institucional de la nueva ciudad —el grupo de futuros colonos no solía superar los 200 miembros, solteros y en edad militar; algunos de ellos podían ser voluntarios, si bien la mayoría eran elegidos por sorteo y a la fuerza—. El *oikistés* pertenecía a alguna de las familias de la aristocracia metropolitana y asumiría el papel de héroe fundacional al que se le rendiría culto. El acto fundacional consistía en un ritual religioso en el que el fundador depositaba en el pritaneo el fuego sagrado traído de la metrópolis con el que se inauguraba la nueva *polis*. El *oikistés* era el encargado de realizar el trazado urbanístico, repartir las tierras entre los colonos y otorgar las leyes básicas del nuevo asentamiento. Cuando el fundador concluía su misión, podía retornar a la metrópolis, para dirigir nuevas expediciones o para quedarse a vivir en ella, o instalarse en la nueva ciudad investido de autoridad. En cualquier caso, el fundador se convertía en héroe al que se le rendía culto, del mismo modo que se les rendía culto a los héroes legendarios.

Como norma general, las colonias se fundaron en áreas donde existía un asentamiento prehelénico y en el que la población mostraba una receptividad y actitud favorable hacia los griegos. En este sentido, los conflictos con la población indígena responden a la necesidad de los colonos griegos de penetrar en el interior para explotar nuevas tierras a tenor de las necesidades de crecimiento demográfico de las colonias.

La *klerouchía*, creación ateniense del siglo IV a. C., se relaciona etimológicamente con *kleros*, es decir, la parcela de tierra que se asigna a cada emigrante, pero que sigue perteneciendo a todos los efectos a la metrópolis. Los habitantes de la *klerouchía* conservaban su ciudadanía originaria y se regían por las leyes metropolitanas. Las *klerouchías* fueron asentamientos agrícolas, si bien en la mayoría de los casos también presentaron una función estratégica —el término latino *colonia* se corresponde en realidad con *klerouchía*, que implicaba un nuevo asentamiento bajo la dependencia de la metrópolis, y no con *apoikía*, que significa la fundación de un núcleo independiente.

Por otro lado, las *katoikiai* eran las colonias militares de época helenística cuyo fin consistía en controlar un territorio recientemente incorporado para controlarlo mejor.

Mucho más similar a la *apoikía* era el *emporion*, fundación colonial de carácter mercantil. Estaba dotada de un puerto y un área urbana con un mercado y las instalaciones suficientes para garantizar una plena y fructífera actividad comercial. Si bien el emporio contaba con diferentes órganos administrativos, no era un *polis* en sentido estricto, pues no contaba con autonomía, es decir, se trataba de un establecimiento comercial dependiente de una o más metrópolis, como Náucratis en Egipto o Emporion en la península Ibérica.

Áreas coloniales

Sur de Italia y Sicilia – Magna Grecia

Las primeras fundaciones coloniales se registran en la Italia meridional. Hacia el año 770 a. C. los habitantes de la isla de Eubea fundaron la colonia de Pitecusa, en la actual isla de Ischia. Poco después, en 750 a. C., fundaron Cumas. A finales del siglo VIII a. C. los aqueos fundaron Sibaris y Crotona, los espartanos Tarento, y los locrios Locris y Epicefiria.

En Sicilia los eubeos fundaron Naxos en 734 a. C. Por su parte, los corintios fundaron Siracusa bajo la dinastía de los Baquíadas.

Los megarenses se instalaron en el Bósforo fundando una ciudad a cada lado del estrecho, Bizancio y Calcedón.

Tracia, Propóntide y Mar Negro

La península Calcídica y las costas de Tracia fueron áreas de gran expansión colonial desde el siglo VIII a. C. por ser tierras muy propicias en recursos naturales. Mileto tomó la iniciativa y fundó una serie de asentamientos coloniales en todas las costas desde la Propóntide hasta el Mar Negro. Entre las colonias milesias del siglo VII a. C. destacan Olbia, Abido, Cícico, Apolonia Póntica, Sínope o Istria. La isla de Paros fundó Tapsos a comienzos del siglo VII a. C. Por otro lado, los megarenses fundaron Heraclea en torno a 560 a. C.

Norte de África

En 632 a. C. los colonos de Tera ocuparon la isla de Platea fundando poco después Cirene, en el norte de África. Por otro lado, la presencia griega en Egipto con la fundación de Náucratis propició la existencia de mercenarios griegos al servicio de los faraones.

Extremo occidental

Desde finales del siglo VII a. C., los griegos arribaron al área más occidental del Mediterráneo. Los testimonios sobre Coleo de Samos refieren contactos con Tartessos a través de una ruta relacionada con los viajes de griegos a Cirene. Posteriormente, los focenses llegaron a Tartessos, si bien no llegarían a asentarse.

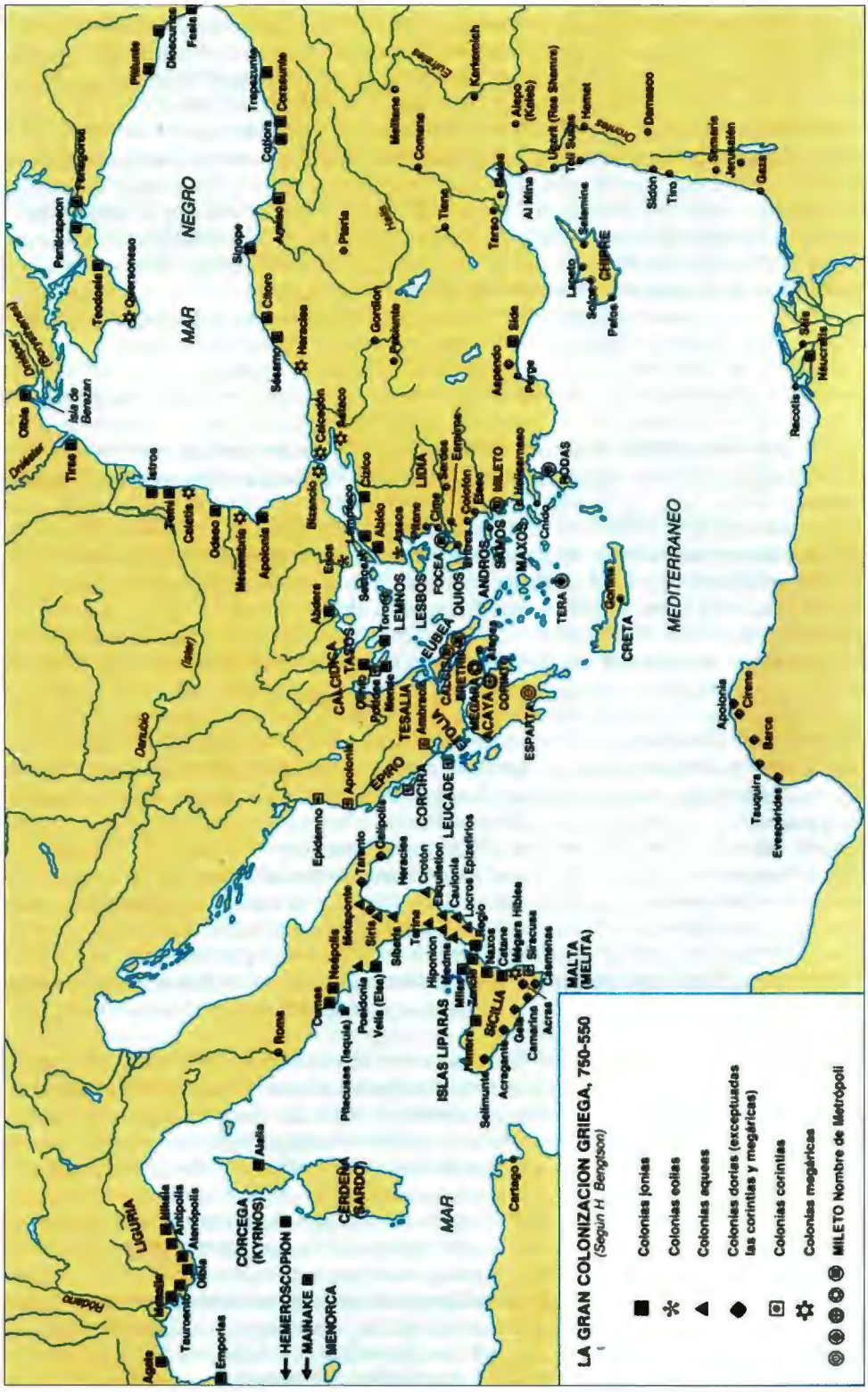
El crecimiento comercial empujó a los focenses a fundar Massalia en 600 a. C., y la colonia de Emporion es la única colonia griega producto de la presencia griega en la península Ibérica.

PACTO DE LOS FUNDADORES

Por decisión de la asamblea. Puesto que Apolo ha dado un oráculo espontáneo a Bato y a los tereos para que funden Cirene, se ha determinado que los tereos envíen a Libia a Bato como fundador y rey; que naveguen junto a él y como compañeros suyos los tereos; que naveguen en iguales condiciones y en iguales términos y según las familias, un hijo de cada una de ellas, debiendo alistarse de entre todas las partes del territorio a aquellos que hayan alcanzado la adolescencia; y que navegue también, de entre los restantes tereos, todo aquel individuo libre que así lo desee. Si acaso los colonos consiguen hacerse fuertes en la colonia, aquellos otros colonos que naveguen posteriormente hacia Libia compartirán el derecho de ciudadanía y sus prerrogativas y recibirán por sorteo también tierras aún sin asignar. Si acaso no consigue establecerse la colonia ni los tereos tienen posibilidades de auxiliarles, y por el contrario se ven afectados por penurias durante cinco años, que partan de esas tierras hacia Tera sin miedo para volver a tomar posesión de sus bienes y de su ciudadanía. Aquel que habiendo sido designado para la partida no abandonase la ciudad, sea condenado a muerte y sus bienes sean confiscados. Aquel que le acoja o le proteja, ya sea un padre a su hijo, ya un hermano a su hermano, sufra el mismo castigo que el individuo que no quiera embarcarse. Sobre estas condiciones han establecido los juramentos los que han quedado atrás y los que se han hecho a la mar para colonizar, y han establecido maldiciones para aquellos que los transgredan y no los mantengan ya vivan en Libia, ya hayan permanecido en Tera. Tras moldear figuras de cera las quemaron mientras pronunciaban la imprecación, habiéndose reunido todos, tanto hombres como mujeres, niños como niñas: que aquel que no guarde estos juramentos y los viole, que se derrita y se diluya como estas figuras, y su descendencia y sus bienes. Para aquéllos que guarden estos juramentos, ya hayan navegado hasta Libia, ya permanezcan en Tera, haya abundancia y felicidad, tanto para sí como para sus descendientes.

(Inscripción procedente de Cirene)

Pacto de los fundadores: SEG IX, 3 = Meiggs y Lewis (1988), 5, líneas 23-51, trad. de A. Domínguez Monedero



Fuente: V. Alonso Troncoso, *El genio de Grecia*, Madrid, 1988, pp. 11 (dibujo de G. Llorente).

Mapa 48. Áreas afectadas por las colonizaciones griegas y principales colonias.

LA TIRANÍA EN ÉPOCA ARCAICA

En la segunda mitad del siglo VII a. C., la realidad sociopolítica era tan crítica que trajo consigo una nueva forma de gobierno: la tiranía.

Según Claude Mossé, el tirano no dejaba de ser un demagogo que se atribuía la defensa y el liderazgo del pueblo contra la opresión del orden social establecido, pero sin proponer ningún otro como alternativa.

La tiranía se concibe como un régimen político basado en el poder personal del tirano que concentra todos los poderes y las funciones de gobierno de forma ilegítima. El tirano se concebía como un usurpador que se encontraba al margen de las instituciones políticas del Estado y se presentaba comúnmente como un demagogo contrario a la aristocracia, y su actuación permitiría acabar no sólo con el régimen aristocrático, sino también con la estructura social impuesta por la aristocracia.

Son varios los autores que, siguiendo el aserto de Tucídides, defienden que la tiranía aparece vinculada fundamentalmente a un desequilibrio social. Esta inestabilidad comprende los conflictos que se dieron en la *polis* entre los siglos VII y VI a. C. —los tiranos pertenecen a familias de la aristocracia, lo que hace posible su acceso a las magistraturas.

Entre los principales factores que propiciaron la aparición de la tiranía prevalecen las transformaciones que se produjeron en el sistema productivo. El fundamento económico de la *polis* se basaba en una agricultura controlada por la oligarquía propietaria de las tierras. De este modo, a los pequeños propietarios les resultaba muy complicado evitar el endeudamiento y caer en la esclavitud.

A la vez que aumentaba la actividad artesanal y comercial en las *polis* aumentaba también el grupo de los *thetes*, conjunto de hombres libres que trabajaban las tierras a cambio de un salario en especie.

La tiranía en el Peloponeso y en el Istmo

Se viene aceptando que la tiranía de **Fidón** en Argos (680-650 a. C.) fue el primer caso de esta forma de gobierno en toda Grecia. Estandarizó los pesos y las medidas, introdujo la moneda —se convirtió en el emblema de la ciudad-estado soberana y comenzó a usarse en la fiscalidad y en los intercambios privados; con la moneda comenzó un nuevo tipo de economía, la economía monetaria, y con ella inició su ascensión la clase comerciante—, y se sostiene que fue el responsable de la falange hoplítica, la unidad militar formada por líneas cerradas de soldados protegidos por un gran escudo de bronce, el hoplon o aspis, y armados con una larga lanza y una espada corta.

En Corinto los Baquíadas constituyeron una dinastía de carácter tiránico a la que se enfrentó **Cípselo**, quien se hizo con el poder en 655 a. C. Treinta años más tarde fue sucedido por su hijo **Periandro**. Cuando éste murió, fue sucedido por su sobrino **Psamético**, que murió asesinado en una sublevación. Posteriormente, se consolidó un sistema oligárquico, denominado como *isokratia* por **Heródoto** (484-425 a. C.), que vinculaba el poder político a la capacidad económica.

En Sición la tiranía fue instaurada por **Ortágoras**, si bien las medidas más relevantes de la tiranía fueron practicadas pos su sucesor, **Clístenes**.

ESPARTA EN ÉPOCA ARCAICA

Según el mito, Esparta fue fundada por **Lacedemón**, hijo de Zeus, y su esposa, la reina de Esparta. En realidad, Esparta no respondía a los cánones de la polis al ser resultado de la fusión de cuatro poblaciones dorias del valle del río Eurotas. La región de Laconia o de Lacedemonia se encuentra situada en un valle muy fértil, atravesado por el río Eurotas, al sureste del Peloponeso, y rodeada por cadenas montañosas, las cordilleras del Taigeto, al oeste, y la del Parón, al este. Ambos accidentes geográficos concurren en dos pronunciadas penínsulas entre las que se sitúa el golfo de Laconia. En este sentido, un contexto geográfico tan abrupto fue decisivo en la evolución histórica de Esparta.

Las fuentes de las que disponemos para conocer los orígenes y la evolución de Esparta son escasas y complejas en su interpretación. Desde un principio, se transmitió la imagen de una *polis* contraria a la tiranía.

El mito relaciona la constitución del estado espartano con la leyenda del retorno de los Heráclidas, de los que se hacían remontar los reyes espartanos, con los que se recrea la imagen de Esparta como un núcleo dorio. Los dorios fueron conformando una nueva estructura territorial y social evidente a partir del siglo VIII a. C. Se asentaron en los cinco distritos o aldeas integradas en el territorio de Laconia: Pitana, Mesoa, Konosura, Limnai y Amiclas.

Esta estructura se transformó a partir de 730 a. C. cuando los dos reyes espartanos, **Teopompo** y **Polidoro**, comenzaron a dirigir ataques contra Mesenia para hacerse con sus tierras. Este ataque provocó la Primera Guerra Mesenia (743-724 a. C.). Después de que los espartanos tomasen la fortaleza mesenia de Itome en 724 a. C., extendieron sus dominios por todo el sur del Peloponeso convirtiendo a los mesenios en ilotas encargados de trabajar la tierra. Aparte de los ilotas, existiría un conjunto de individuos de segunda categoría, los periecos, que eran lacedemonios, mesenios o arcadios residentes en las aldeas de la periferia. Eran considerados hombres libres, si bien tenían la obligación de servir en el ejército y suministrar alimento siempre que se les requiriese.

Por lo que respecta a la constitución espartana, el término *politeia* se refiere a la organización política, social y cultural del estado espartano. En este sentido, la tradición asigna a **Licurgo** la redacción de la constitución espartana. La *Rhetra*, a él atribuida, no representa sino la constitución política griega más antigua que se conserva y comprende varios fenómenos organizativos: la distribución de la población en tribus, la institución de la *gerousia* o consejo de ancianos, la confirmación de los dos reyes y la configuración de la *apella* o asamblea —los dos reyes espartanos pertenecían a las dinastías de los Agíadas y de los Euripóntidas—. Lo primordial de esta constitución es que confirma el repliegue de Esparta, que a partir de ese momento seguiría una evolución separada a la del resto de *poleis* griegas.

La *gerousia* consistía en el consejo de ancianos conformado por un total de treinta miembros: veintiocho ancianos electos, los *gerontes*, no menores de sesenta años, y los dos reyes. Tenían autoridad sobre los asuntos que afectaban a la comunidad, funcionaba como tribunal supremo y tenía funciones de consejo militar.

La *apella* era la asamblea popular conformada por todos los ciudadanos de pleno derecho, es decir, los espartanos mayores de edad, y era convocada y presidida por los cinco éforos elegidos anualmente. Esta institución asumía el poder político del Estado. Además de supervisar a los dos reyes, los éforos eran los encargados de mantener en orden a los ilotas mediante las *krypteiai*, días en los que se declaraba la guerra a los ilotas.

La población estaba socialmente dividida en:

— Espartiatas. Eran los ciudadanos con plenos derechos considerados los legítimos herederos de los conquistadores de Laconia.

— Ilotas. Dependían del territorio al que estaban adscritos, tenían que pagar tributo al dueño de las tierras, si bien contaban con cierta autonomía en su trabajo. El estado tenía el derecho de vida o de muerte sobre los ilotas, aunque no podía venderlos.

— Periecos. Eran los individuos que residían en las aldeas de la periferia que se concentraban en comunidades autónomas. Practicaban la agricultura y el artesanado, tenían obligaciones militares, asistían en el mantenimiento de las propiedades y tenían que proporcionar a los reyes una parte de las tierras que cultivaban.

LA RHETRA DE LICURGO

Tanto interés puso Licurgo en este cargo que, referente a él, trajo de Delfos un oráculo al que llaman retra. Es el siguiente: «Después de erigir un templo a Zeus Silanio y Atenea Silania, de tribuir las tribus y obear las obas, previa institución de una gerusía de treinta con los archagétai, reunir la apella de estación en estación entre Babica y Cnación; hacer las propuestas y rechazar [las contrapropuestas]: [ ] victoria y poder».

En estas palabras, lo de tribuir tribus y obear obai significa dividir y organizar el pueblo en secciones, de las que a unas las ha denominado tribus y a otras obai. Archagetai *se llaman los reyes y reunir la apella, reunir la ekklesia, porque el origen y la causa de la constitución la ligó al dios Pítico. A la Babica [ ] y al Cnación ahora le dan el nombre de Enunte; Aristóteles tiene al Cnación por un río y la Babica por un puente. En medio de estos lugares celebraban las asambleas, sin que existieran soportales ni ningún otro tipo de edificio, pues pensaba que estas cosas en absoluto contribuían a la recta deliberación, sino que, más bien, la perjudican al volver frívolos e inconstantes por una vana presunción los espíritus de los concurrentes, cada vez que, durante las asambleas, vuelven su mirada hacia las estatuas y pinturas que adornan profusamente los proscenios de los teatros o los techos de los bouleuterios.*

Reunido el pueblo, a nadie permitió expresar su opinión, pero, para ratificar la presentada por los gerontes y los reyes, tenía autoridad el pueblo. Más adelante, sin embargo, como la masa con sus recortes y adiciones iba desviando y violentando las propuestas, los reyes Polidoro y Teopompo agregaron junto a la retra estas palabras: «Si el pueblo elige torcidamente, disuélvanlo los ancianos y los archagetai». Esto implica no que el pueblo prevalezca, sino sencillamente prescindir de él y anularlo, bajo el pretexto de que distorsiona y cambia la propuesta en contra del bien común. También ellos lograron convencer a la ciudad con el argumento de que el dios prescribía estas cosas, de lo que, en cierto modo, ha dejado recuerdo Tirteo en estos versos:

Escucharon a Febo y de Delfos trajeron a Esparta
las profecías del dios, sus palabras de cierto final:
«Que manden en consejo los reyes que aprecian los dioses
ellos tienen a su cargo esta amable ciudad de Esparta,
y los ancianos ilustres, y luego los hombres del pueblo,
que se pondrán de acuerdo para honestos decretos.

(Plutarco, Vida de Licurgo, 6)

Plutarco: Vida de Licurgo, trad. de A. Pérez Jiménez (1985),
Biblioteca Clásica Gredos 77, Madrid.

La educación espartana, la *agogé*, ocupaba un papel primordial en la constitución espartana y estaba enfocada a la formación y vida militar de sus ciudadanos. Desde su nacimiento, el aspirante a espartiata pertenece a la comunidad y no a su progenitores, hasta el punto de que era Esparta y no los padres quien tomaba la decisión sobre la vida o la muerte de los neonatos. Entre el nacimiento y los siete años de edad, la etapa de la *anatrophé*, la comuni-

dad cedía la tutela del niño a la madre, pero entre los siete y los veinte años de edad, etapa del *eirenado*, el joven se integraba en grupos de formación colectiva, y a partir de los veinte años de edad dependía de un educador, el *paidónomos*. Su educación contemplaba nociones básicas de escritura y lectura, música y gimnasia, pero fundamentalmente se centraba en el adiestramiento militar. En este sentido, se les inculcaban los valores de obediencia, fidelidad y servicio a la comunidad y se les imponía todo tipo de privaciones e inclemencias. Este sistema traía consigo ritos ancestrales, severos castigos y unas pruebas competitivas muy duras en los festivales de las *Gimmopedias*. Finalizada la etapa del *eirenado*, el joven era considerado un guerrero espartano y, en consecuencia, contaba con el derecho a un lote de tierra y a reunirse en las *sissitias*, lugar donde se reunían y comían en comunidad los guerreros espartanos, y contaba, asimismo, con la obligación de pagar una cuota a la *sissitia* con el usufructo de su lote de tierras. No obstante, la plena ciudadanía se asumía a los treinta años, contando entonces con el derecho a participar en la *apella* y a tener vivienda en propiedad. Desde los veinte a los sesenta años, el espartiata se encontraba en situación de servicio militar permanente, y esa era la única obligación que se les exigía como ciudadanos.

Las mujeres eran agrupadas en asociaciones y su único fin era prácticamente el reproductivo. Eso sí, también recibían clases de lucha y de gimnasia al considerar que su descendencia nacería ya aprendida. La mujer espartana no se ocupaba de ninguna labor doméstica, sino que se dedicaba al aprendizaje de la música y la poesía y a los ejercicios gimnásticos. Como consecuencia de los deberes del marido con la comunidad, la vida familiar era escasa y la mujer contó con cierta libertad. En este sentido, los autores clásicos reprocharon su excesiva libertad y autoritarismo.

Si bien la base de la economía espartana era agropecuaria, se desarrollaron muy rápidamente la artesanía y el comercio. El peso de la economía recaía sobre los periecos y los ilotas, que carecían de derechos políticos.

Tras la victoria sobre Mesenia y en base a los tratados de alianza con Tegea, Esparta logró una posición preponderante en el Peloponeso. Los espartanos se repartieron Mesenia y desarrollaron una política de relaciones pacíficas con los estados del Peloponeso. Como resultado de estas, en la segunda mitad del siglo VI a. C. se conformó la Liga del Peloponeso, dirigida por Esparta y denominada oficialmente como «los lacedemonios y sus aliados». Ciudades como Argos, Tegea, Micenas, Tirinto, Corinto, Mégara y Sición, entre otras, formaron parte de la confederación y, si bien Esparta se encontraba a la cabeza, no se inmiscuía en los asuntos internos de los demás integrantes de la alianza —Argos y Acaya no se integraron en esta confederación—. Las ciudades conservaban su independencia y no tenían que pagar ningún tributo a Esparta, quien a su vez se comprometía a auxiliar a cualquier miembro de la liga que fuera atacada por una potencia que no perteneciera a la confederación.

IDEALES Y TRADICIONES ESPARTANAS

Contrarias también a las de los demás griegos son estas costumbres que instituyó Licurgo en Esparta. Pues en las demás ciudades, evidentemente, todos se enriquecen cuanto pueden: uno trabaja la tierra, otro tiene navíos, otro comercia, otros también viven de sus oficios. Pero en Esparta a los hombres libres les prohibió Licurgo que se dedicaran a tráfico ninguno y les impuso que sólo cuantas obras procuran libertad a las ciudades, sólo éstas tuvieran por propias de ellos. Claro, que en verdad, ¿para qué habría de desearse allí la riqueza, precisamente allí, donde, habiéndoles él ordenado contribuir por igual a lo necesario y tener un mismo tenor de vida, logró que no apetecieran por molicie el dinero? Pero es que ni por los vestidos siquiera era menester dinero: pues no se adornan con la riqueza del vestido sino con la buena forma física de sus cuerpos. Y ni aun por tener al menos para gastar con los compañeros había que acumular riquezas: porque juzgó más digno de aplauso servir a los amigos con el esfuerzo corporal que con dispendios, haciéndoles ver que aquélla es obra del espíritu, ésta del dinero. Y aun el enriquecerse por medios no justos vedó también entre tales hombres: pues, en primer lugar, tal moneda instituyó que un solo decamno no podría jamás entrar en una casa sin ser visto de señores y criados, pues necesitaría mucho espacio y un buen carro que lo llevara. El oro y la plata son buscados, y si se descubre algo en algún sitio, es multado el que lo tiene. ¿Para qué, pues, se desearía allí la ganancia, donde la posesión de la riqueza acarrea más cuidados que alegrías proporciona su disfrute?

(Jenofonte, *República de los lacedemonios*, VII)

Jenofonte: *República de los lacedemonios*, trad. de M. Rico Gómez (1973), Instituto de Estudios Políticos, Madrid.

ATENAS EN ÉPOCA ARCAICA

Atenas, situada en el golfo de Egina, entre un conjunto de colinas, forma parte del Ática, región que a su vez forma una península articulada en varias llanuras.

La principal fuente para conocer los orígenes de Atenas es la *Constitución de Atenas* de **Aristóteles**, fuente que ha de ser utilizada con cierta cautela al fundamentarse en documentos de dudosa veracidad. Asimismo, son importantes las obras de **Heródoto** y de **Tucídides**, así como las de **Diodoro Sículo** y de **Plutarco**. Por otro lado, a estas fuentes literarias hay que añadir la información aportada tanto por la arqueología como por la epigrafía.

Según el mito, **Teseo** fue el responsable del proceso de sinecismo y creación de un único gobierno. Es decir, acabó con el desmembramiento imperante en el Ática, unió a toda la población en torno a Atenas e instauró una pritanía, o lo que es lo mismo, un consejo co-

mún para todo el territorio. Se instituyó, por tanto, una ciudad-estado aristocrática en la que la realeza ática primitiva transfirió su preeminencia a familias aristocráticas de carácter militar.

Las primeras instituciones sociales del Ática fueron el resultado de la actividad de varios reyes legendarios. El rey **Ion** dividió a la población en cuatro tribus, cada una de ellas en tres fratrías y cada una de éstas en treinta familias, y cada familia en treinta hombres.

Plutarco asignó a **Teseo** la división de la población en tres grupos: los *eupátridas*, con competencias políticas, legales y religiosas, los *geomoroi*, campesinos sobresalientes por su utilidad, y los *demiourgoi*, grupo muy numeroso.

El poder político supremo de la ciudad recaía en manos del arcontado, un organismo constituido por nueve arcontes, elegidos anualmente entre los eupátridas, que se repartían el poder ejecutivo, militar, judicial y religioso. Los arcontes tenían jurisdicción independiente y ejercían sus funciones en edificios especiales. El arconte epónimo detentaba el poder ejecutivo y daba su nombre al año. Al término de su mandato pasaban a formar parte del areópago de forma automática y vitalicia. El areópago o Consejo era el órgano más prestigioso del poder político de la aristocracia integrado por ex arcontes, cuyo objetivo era asegurar el mantenimiento del régimen aristocrático. Para ello, se les asignaron las siguientes funciones: examinar a los arcontes antes y después del ejercicio de su cargo, garantizar el cumplimiento de las leyes, administrar los asuntos más importantes de la ciudad y ejercer el poder judicial.

Por otro lado, se encontraba la *ekklesia* o asamblea, que no desempeñaba un papel relevante en época arcaica y a la que asistían los que tenían tierras y pertenecían a una fratría.

El primer episodio de la historia ateniense del que tenemos noticia y que no es sino una primera manifestación de la *stasis* viene representado por el intento fallido de **Cilón**, vencedor de los Juegos Olímpicos, de establecer una tiranía en 640 a. C.

Uno de los episodios más relevantes es el relativo a la codificación legislativa atribuida a **Dracón** en 621-620 a. C. El contenido se refiere a varias cuestiones como la centralización en el Estado de los juicios por delitos de sangre o las condenas por crímenes, todas ellas medidas muy duras. Los atenienses tuvieron que esperar hasta 594 a. C. para que se aplicasen las medidas del más célebre legislador ateniense, **Solón**.

A comienzos del siglo VI a. C. el campesinado ateniense había caído en una situación de dependencia como consecuencia de su empobrecimiento y endeudamiento progresivo. El agravamiento de tan crítica situación repercutió en la organización militar en un momento en el que Atenas buscaba consolidarse en Salamina, isla que disputaba con Mégara.

Para los griegos era evidente que la democracia había nacido en Atenas. Pero, mientras **Heródoto** nos transmite, en el siglo V a. C., la idea de que había sido **Clístenes** quien la había creado unas décadas antes, en el siglo IV a. C. la tradición la atribuye a **Solón**.

La democracia eliminaría institucionalmente el poder individual subordinándolo al poder ejercido por el *demos*. Sin embargo, la usencia de instrucción y de información del pueblo la dejaba a merced del más hábil orador. Es de esta manera como nace la figura del demagogo como una figura política clave de la democracia ateniense en su fase más avanzada.

No existen dudas de que las medidas de **Solón** fueron motivadas por un intenso clímax de enfrentamientos internos. **Solón** fue elegido arconte en 594 a. C. En primer lugar, dirigió sus reformas con el propósito de mejorar la situación del campesinado medio y para ello, mediante la proclamación de la *seisactía*, anuló las deudas que vinculaban a los campesinos a sus acreedores y la consiguiente liberación de las tierras —los nobles no tendrían derecho a ninguna indemnización—. Por otra parte, también abolió la esclavitud por deudas. En consecuencia, la esclavitud no se nutriría a costa de los miembros de la comunidad ateniense, sino fundamentalmente de esclavos procedentes de otras regiones y pueblos.

Solón instauró un sistema timocrático que supuso la reforma de la *politeia*. Consistió en una reorganización general del cuerpo político por la que la población libre, salvo los metecos, quedó distribuida en cuatro clases según sus bienes, medidos en medimnos —unidad de volumen—. Por consiguiente, el principio gentilicio fue reemplazado por el de la posesión de bienes:

— *Pentacosiomedimnos*, con unas rentas de 500 o más medimnos.

— *Hippeis*, con unas rentas de 300 a 500 medimnos.

— *Zeugitas*, con unas rentas de 200 a 300 medimnos.

— *Thetes*, con unos ingresos inferiores a 200 medimnos o carentes de ellos.

Por lo que respecta a las mujeres, no tenían derechos porque se las consideraban el mal para los hombres, debido al mito de Pandora, la primera mujer que abrió la famosa caja llena de males y desdichas para la humanidad.

Los miembros de la primera clase debían proporcionar toda clase de suministros en tiempos de guerra, si bien no se les conoce atribuciones específicas. Los miembros de la segunda clase prestaban sus servicios en la caballería. Los de la tercera clase formaban la infantería pesada, los hoplitas, y debían ir a la guerra con un armamento completo costeado por ellos mismos. Los *thetes* servirían en la infantería ligera y en la flota.

Los miembros de las dos primeras clases gozaban de plenos derechos políticos, pudiendo elegir y ser elegidos para cualquiera de los órganos de gobierno. Los ciudadanos de la tercera clase tenían limitados sus derechos, pues no podían ser elegidos arcontes ni tampoco formar parte del areópago. Los *thetes* podían elegir en la *ekklesia*, pero no podían ser elegidos para ningún cargo.

El areópago siguió funcionando como tribunal supremo en los asuntos criminales más importantes y ejercía un control general sobre los demás órganos de gobierno. Empero, su composición se vio alterada, pues podrían ingresar ciudadanos no eupátridas pertenecientes a las dos primeras clases. Las funciones administrativas se transfirieron a la *ekklesia* y a la *boulé*.

La *boulé* estaba formada por cuatrocientos miembros de las cuatro tribus. En este consejo se integraban los miembros de la ciudadanía activa, y sus funciones consistían en preparar los asuntos que debían tratarse en la *ekklesia* restando poder al areópago.

Por otro lado, la *heliea* era un tribunal popular abierto a la plena participación ciudadana y sus funciones eran de carácter legislativo y judicial.

Solón mejoró considerablemente el sistema de pesos y de medidas para activar el comercio y prohibió el lujo excesivo. Incluso estableció burdeles y reguló la pederastia. Por otro lado, la moneda, tal y como la concebimos en la actualidad, no hizo su aparición en Atenas hasta 575-574 a. C.

A pesar de todo, las medidas de **Solón** no agradaron íntegramente a ninguno de los sectores sociales implicados en la *stasis*.

Solón, que murió en una fecha imprecisa entre 561 y 559 a. C., presenció en primera persona el proceso de deterioro político. La tiranía se hizo inevitable al comprobar que sus medidas eran incapaces de solucionar la *stasis*.

SOLÓN Y ATENAS

Instituyó a partir de los arcontes de cada año el consejo del Areópago, al que también él pertenecía por haber sido arconte; pero como veía al pueblo aún soliviantado y envalentonado por la abolición de las deudas, le asignó además un segundo consejo. Eligió para ello de cada tribu (y eran cuatro) cien hombres y les encomendó que deliberaran antes que el pueblo y evitaran que se hiciera ninguna propuesta a la asamblea sin deliberación previa. En cuanto al consejo anterior, lo consolidó como supervisor de todo y guardián de las leyes, convencido de que si fondeaba con los dos consejos, a modo de anclas, la ciudad estaría menos expuesta a la zozobra y tendría al pueblo más tranquilo. Pues bien, la mayoría de los autores aseguran que Solón instituyó el consejo

del Areópago, como se ha dicho y parece darles la razón sobre todo el hecho de que Dracón nunca cita ni nombrara a los areopagitas, sino que siempre se dirige a los efetas a propósito de los delitos de sangre. Pero el áxon decimotercero de Solón, que contiene la octava ley, está escrito justo en estos términos: «De los proscritos. Todos los que estaban proscritos antes del arcontado de Solón, sean rehabilitados en sus derechos, salvo aquellos que fueron condenados por los reyes ante el Areópago o bien ante los efetas o el pritaneo por causa de homicidio, de degüellos o de intento de tiranía y estaban en el destierro cuando se promulgó este decreto». Esto demuestra por el contrario que antes del arcontado de Solón y de la promulgación de sus leyes existía el consejo del Areópago. Pues ¿quiénes eran los condenados en el Areópago antes de Solón, si Solón fue el primero en atribuir al consejo del Areópago competencias judiciales? Salvo que ¡por Zeus!, se haya producido alguna alteración del texto o laguna, y debamos entender que los condenados por los delitos que juzgan los areopagitas, los éfetas y los pritanos ahora [cuando se promulgó este decreto], continúen proscritos, y se rehabilite a todos los demás. Pues bien, eso decídelo tú mismo.

(Plutarco, Vida de Solón, 19)

Plutarco: Vida de Solón, trad. de A. Pérez Jiménez (1996),
Biblioteca Clásica Gredos 215, Madrid.

En este contexto **Pisístrato** no simbolizaba sino una amenaza para la estabilidad representada en la aristocracia olímpica y defendida por los espartanos frente a los tiranos. Contaba, sobre todo, con el apoyo de los campesinos empobrecidos y el de los *thetes*. El comienzo de su carrera política está relacionado con la lucha de Atenas contra Mégara. Actuó de manera sobresaliente como estratego en la toma de Salamina y sus éxitos le proporcionaron una gran popularidad en Atenas.

Su mandato representa una época muy significativa caracterizada por una creciente prosperidad económica y por la dimensión monumental de la que fue dotada el área urbana de la *polis*. En realidad, **Pisístrato** no fue sino un tirano en la medida en que ejerció un poder personal sin desempeñar ninguna magistratura, sin mayores limitaciones que las que él mismo quería imponerse y asistido en todo momento por una guardia armada.

Con la asistencia de la guardia armada, **Pisístrato** tomó la acrópolis en 560 a. C. y estableció su poder personal. No obstante, este poder no era firme, pues su política generaba el rechazo de la aristocracia. Por ello, a los seis años de ocupar el poder fue expulsado de Atenas por la alianza constituida por **Licurgo** y **Megacles**. Este pacto fue breve, y acto seguido **Megacles** entabló negociaciones con **Pisístrato**, reforzadas con el enlace matrimonial entre el propio **Pisístrato** y la hija de **Megacles**.

Pisístrato retornó a Atenas en una entrada solemne. Empero, las relaciones con **Megacles** empeoraron considerablemente, haciéndose inevitable una segunda expulsión que se prolongó durante diez años. Los Alcmeónidas se convertirían entonces en los líderes de la oposición a la tiranía.

Pisístrato regresó a Atenas con nuevos apoyos. Contaba con el respaldo económico de Tebas y un ejército de mercenario. **Lígdamis de Naxos** le prestó su apoyo para ser asistido a su vez en un intento de establecer allí la tiranía. **Pisístrato** desembarcó en Maratón y allí recibió también el apoyo de la ciudad y de los distritos rurales. Aplicaría una política moderada en calidad de tirano hasta la fecha de su muerte en 528-527 a. C. que hizo posible el florecimiento económico y cultural de Atenas.

Pisístrato respetó la constitución de **Solón**. En este sentido, sus medidas estaban encaminadas a ampliar la base social en la que pudiera apoyarse y para ello adoptó las siguientes medidas:

— Medidas agrarias. Se concedieron préstamos a los agricultores para aliviar su situación.

— Protección de la actividad artesanal y comercial. Desde 560 a. C. empezaron a trabajar en Atenas muchos ceramistas y pintores que llevaron el estilo de las figuras negras a su máximo apogeo. A **Pisístrato** se le debe, además, la acuñación de la moneda, primero en la forma de «moneda heráldica», y posteriormente las primeras «lechuzas», sello oficial y símbolo de Atenea.

— Construcción de obras públicas. Se levantó el templo de **Zeus Olímpico** y el de **Atenea** en la Acrópolis. Igualmente, se construyeron acueductos para llevar agua a la ciudad, así como una amplia red de caminos en el Ática.

— Medidas religiosas y culturales. Se trasladó a la ciudad el culto de **Artemis Brauronia**, los festivales rurales y el culto a **Dionisio**. De esta manera, se daba cohesión a toda la población dispersa del Ática estableciendo en consecuencia unos cultos generales para toda la población.

A la muerte de **Pisístrato** en 527 a. C., el poder quedó en manos de sus hijos **Hipias** e **Hiparco**, si bien el poder efectivo lo ejerció sólo el primero. En realidad, la posición de los tiranos era cada vez más frágil y las relaciones con el resto de *poleis* griegas empeoraron.

En 514 a. C. **Harmodio** y **Aristogitón**, los tiranicidas, acabaron con la vida de **Hiparco**. **Hipias** continuó gobernando cuatro años más ejerciendo un poder muy autocrático temiendo en todo momento nuevas conspiraciones. La oposición a la tiranía dirigida por los tiranicidas sólo logró derrocar al tirano y expulsarle de Atenas con la asistencia de Esparta, bajo la dirección de **Cleómenes**. **Hipias** acabó refugiándose en la corte del rey persa y en 490 a. C. regresaría al Ática en un intento fallido de recuperar su preeminencia en Atenas.

Figura 47. Harmodio y Aristogitón, los Tiranicidas (copia romana de la estatua ateniense de Kritios y Nesiotes). Museo Arqueológico Nacional, Nápoles.

Derribada la tiranía, en Atenas volvieron a acentuarse las rivalidades entre los miembros de la aristocracia. Es en este contexto en el que sobresalió una figura clave en la historia ateniense: **Clístenes**, un miembro de la aristocrática familia de los Alcmeónidas.

La nueva realidad imperante en Atenas permitió a **Clístenes** poder emprender en 507 a. C. una serie de reformas que buscaban desarticular el poder de la aristocracia y conceder al pueblo un papel preeminente en la vida política.

Con **Clístenes** las tribus pasaron a ser diez y en ellas se comprendía a toda la población sin tener en consideración las cuatro tribus anteriores, por medio de las que se ejercía la influencia aristocrática. La unidad fundamental del nuevo sistema era el *demos*, es decir, un distrito territorial donde se agrupaba a la población campesina y se liberaba de las dependencias gentilicias. Cada *demos* elegía a su jefe, el *demarco*, poseía tierras comunales, tenía sus ingresos locales y su tesoro, y promulgaba sus propias disposiciones. Los extranjeros y los metecos tenían garantizado el estatuto de meteco como medida proteccionista frente al desarrollo de los esclavos.

El consejo de los cuatrocientos miembros fue sustituido por la *boulé*, un consejo formado por quinientos miembros para el que se elegían cincuenta representantes de cada una de las diez nuevas tribus. Se convirtió, en consecuencia, en el órgano administrativo superior desplazando al colegio de los arcontes.

La *heliea* aumentó su importancia como tribunal de jurados y sus miembros fueron elegidos por sorteo entre todos los ciudadanos. Por su parte, el *areópago* conservó su competencia judicial en los asuntos criminales.

Clístenes aumentó considerablemente el número de funcionarios: se instituyó un colegio de diez apodectas para regular las finanzas; a partir de 502-501 a. C., se nombró a un estratego por cada una de las diez tribus y cada una de ellas proporcionaba un regimiento de infantería y un escuadrón de caballería dirigidos por los taxiarcas y los hiparcas.

A **Clístenes** se le atribuye también la instauración del ostracismo, una sanción política que se adoptaba con carácter extraordinario con objeto de evitar la tiranía. Consistía en el alejamiento del Ática y de la vida política de cualquier individuo que fuese considerado por la asamblea como una amenaza para el orden establecido. El ciudadano que era mandado al ostracismo debía abandonar el Ática en el plazo de diez días y por un periodo de diez años. A su regreso, recuperaba su antigua posición en la *polis*.

Si bien las medidas de **Solón** proporcionaron cierta prosperidad, no lograron solucionar la totalidad de los problemas. Pese a todo, el régimen aristocrático fue eliminado y sustituido por un sistema democrático, aunque los términos que se empleaban para definirlo eran todavía el de *isonomia* e *idegoria*, o lo que es lo mismo, igualdad ante la ley e igualdad en la asamblea.

La preponderancia ateniense en el Ática despertó los recelos de beocios, peloponesios y calcidios. En consecuencia, se formó una gran coalición de ciudades contra Atenas, for-

mada por la Liga del Peloponeso, dirigida por Esparta, y por Beocia y Calcis, en la isla de Eubea. Para contrarrestar a la coalición de ciudades contrarias a Atenas, **Clístenes** buscó el apoyo de los persas entablando negociaciones con **Artafernes**, sátrapa de Sardes.

A comienzos de 506 a. C., la coalición atacó por tres frentes distintos a Atenas. Los atenienses no llegaron a entablar combate a causa de las disensiones y defecciones que se produjeron en su interior. Los corintios, miembros de la confederación, se consideraban afines a los atenienses y retiraron su ejército. Por otro lado, entre los dos reyes espartanos, **Cleómenes** y **Demarato**, existía una enemistad personal y, en consecuencia, **Demarato** se retiró. Los atenienses lograron penetrar en Eubea fundando una cleruquía en Calcis.

Pese a los ataques que los atenienses recibieron por parte de los tebanos y de los eginetas, la ciudad del Ática logró recuperarse sin problema. Sin embargo, el peligro se cernía sobre los griegos. En 506 a. C. los persas de **Darío I** habían ocupado toda Anatolia, incluidas las colonias griegas de Jonia. Además, los persas estaban preparados para hacer acto de presencia en la Grecia continental e invadir Tracia. El choque de civilizaciones, que desencadenaría las Guerras Médicas, se produjo a partir de 499 a. C. cuando los jonios se rebelaron contra los persas solicitando la asistencia de los griegos de la Grecia continental.

LAS TIRANÍAS

Aristodemo dejó pasar unos pocos días en los que cumplió los votos a los dioses y aguardó las embarcaciones que llegaban con retraso, y cuando se presentó el momento oportuno, dijo que deseaba contar ante la boulé lo acaecido en el combate y mostrar el botín de guerra. Una vez reunidas las autoridades en el bouleuterio en gran número, Aristodemo se adelantó para hablar y expuso todo lo sucedido en la batalla, mientras sus cómplices en el golpe de mano, dispuestos por él, irrumpieron en el bouleuterio en tropel con espadas debajo de sus mantos y degollaron a todos los aristócratas. Después de esto hubo huidas y carreras de los que estaban en el ágora, unos hacia sus casas, otros fuera de la ciudad, con excepción de los que estaban enterados del golpe; estos últimos tomaron la ciudadela, los arsenales y los lugares seguros de la ciudad. A la noche siguiente liberó de las cárceles a los condenados a muerte, que eran muchos, y después de armarlos junto con sus amigos, entre los que se encontraban también los prisioneros tirrenos, constituyó un cuerpo de guardia en torno a su persona. Al llegar el día, convocó al pueblo a una asamblea y lanzó una larga acusación contra los ciudadanos que había matado, tras lo cual dijo que éstos habían sido castigados con justicia, pues habían intrigado contra él, pero que, por lo que se refería a los demás ciudadanos, había venido para traerles libertad, igualdad de derechos y otros muchos bienes.

Tras pronunciar estas palabras y colmar a todo el pueblo de esperanzas maravillosas, tomó las peores medidas políticas que existen entre los hombres y que son el preludio de toda tiranía: la redistribución de la tierra y la abolición de las deudas. Prometió ocuparse él mismo de ambas cuestiones, si se le designaba general con plenos poderes hasta que los asuntos públicos estuviesen seguros y se estableciera una forma democrática de gobierno. Como la multitud plebeya y sin principios acogió con alegría el saqueo de los bienes ajenos, Aristodemo, dándose a sí mismo un poder absoluto, impuso otra medida con la que los engañó y privó a todos de la libertad. [...] Como también consintieron en esto, ese mismo día se apoderó de las armas de todos los cumanos y, durante los días siguientes, registró las casas, en las que mató a muchos buenos ciudadanos con la excusa de que no habían consagrado todas las armas a los dioses, tras lo cual reforzó la tiranía con tres cuerpos de guardia. Uno estaba formado por los ciudadanos más viles y malvados, con cuya ayuda había derrocado al gobierno aristocrático; otro, por los esclavos más impíos, a los que él mismo había dado la libertad por haber matado a sus señores, y el tercero, un cuerpo mercenario, por los bárbaros más salvajes. Estos últimos eran no menos de dos mil y superaban con mucho a los demás en las acciones bélicas. Aristodemo suprimió de todo lugar sagrado y profano las estatuas de los hombres que condenó a muerte y, en su lugar, hizo llevar a esos mismos lugares y erigir en ellos su propia estatua. Confiscó sus casas, tierras y demás bienes, reservándose el oro, la plata y cualquier otra posesión digna de un tirano, y después cedió todo lo demás a los hombres que le habían ayudado a adquirir el poder; pero los más abundantes y espléndidos regalos los dio a los asesinos de sus señores. Éstos, además, también le pidieron vivir con las mujeres e hijas de sus amos.

(Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, VII, 7-8)

Dionisio de Halicarnaso: *Antigüedades romanas*, trad. de A. Alonso y C. Seco (1989), Biblioteca Clásica Gredos 123, Madrid

Fuente: *Atlas Histórico. Mundo Antiguo*, National Geographic Historia, 2017, p. 92-93.

Mapa 49. La tiranía en el mundo griego entre los siglos VII-V a. C.

BIBLIOGRAFÍA

CARLIER, P.: *Homero*, Madrid, Akal, 2005.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J.: *La polis y la expansión colonial griega (siglos VIII – VI)*, Madrid, Editorial Síntesis, 1991.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. y PASCUAL GONZÁLEZ, J.: *Esparta y Atenas en el siglo V a.C*, Madrid, Editorial Sintesis, 1999.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J.: *Solón de Atenas,* Barcelona, Crítica, 2001.

FINLEY, M. I.: *El mundo de Odiseo,* México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

FINLEY, M. I.: *La Grecia primitiva: Edad del Bronce y Era Arcaica,* Barcelona, Crítica, 1983.

GRANT, M.: *The rise of the greeks,* Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1987.

LAVELLE, B. M.: *Archaic Greece: The age of new reckonings*, New Jersey, Wiley-Blackwell, 2019.

MARTÍNEZ GARCÍA, O.: *Los orígenes de Grecia*, Barcelona, RBA, 2013.

MOSSE, C. L.: *La tyrannie dans la Grèce antique,* París, Presses Universitaires de France, 1969.

MURRAY, O.: *The Greek city from Homer to Alexander,* Oxford, Oxford University Press, 1990.

SNODGRASS, A. M.: *The Dark Age of Greece. An archeological Survey of the Eleventh to the Ezght Centuries B. C.,* Edimburgo, Edinburgh University Pres, 1971.

Tema 8
La Grecia Clásica

Sinopsis

Los años que transcurren entre las Guerras Médicas (490-479 a. C.) y el reinado de **Alejandro Magno** (336-323 a. C.) se denominan comúnmente como la Grecia Clásica, debido a que durante dicho periodo se produjeron las manifestaciones culturales más relevantes y significativas del mundo griego.

Las Guerras Médicas se desarrollaron en dos fases: la Primera Guerra Médica, en la que Atenas derrotó al Imperio persa en la batalla de Maratón, y la Segunda Guerra Médica, en la que las *poleis* griegas, bajo el mando de Esparta, derrotaron a los persas en las batallas de Salamina y de Platea. La consecuencia principal de este conflicto fue, contra pronóstico, la aparición de una acusada rivalidad entre Esparta y sus aliados, agrupados en la Liga del Peloponeso, y Atenas y los suyos, que constituyeron la Liga Délica.

Atenas sufrió una lucha entre los conservadores, dirigidos por **Arístides** y **Cimón**, y los radicales, liderados por **Efialtes** y **Pericles**. El triunfo de los segundos en 461 a. C. supuso el surgimiento del imperialismo ateniense. **Pericles** convirtió a Atenas en el centro económico más importantes del Mediterráneo Oriental. La abundancia de medios permitió a **Pericles** profundizar en las reformas democráticas. No obstante, la prosperidad no iba a suponer sino la ruina de Atenas, pues Esparta, temerosa de la prosperidad ateniense, desencadenó en 431 a. C. la Segunda Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.). En este conflicto, Atenas y Esparta se enfrentaron desde Grecia hasta Sicilia, hasta que finalmente la segunda se alzó con la victoria gracias al apoyo persa. Con la victoria, Esparta se convirtió en la *polis* hegemónica de la Hélade. Sin embargo, a Esparta le surgieron muy pronto rivales. Así pues, el siglo IV a. C. estuvo caracterizado por una lucha constante entre Esparta, Atenas, Tebas, Corinto y otros núcleos menores que evidenciaron que la *polis*, como estructura política, era incapaz de garantizar la paz y el orden. Por otro lado, la base social de la polis, es decir, el campesinado acomodado, terminó desapareciendo, siendo sustituido entonces por ejércitos de mercenarios.

La nueva situación permitió la aparición de un nuevo poder: el reino de Macedonia. Bajo el reinado de **Filipo II** (359-336 a. C.), y tras la célebre victoria sobre las *poleis* griegas en la batalla de Queronea en 338 a. C., acabó convirtiéndose en la principal potencia de la Hélade. En 336 a. C. murió asesinado, siendo sustituido por su hijo **Alejandro Magno** (336-323 a. C.), con el que comenzaría el último periodo de la historia de la civilización griega.

Guion / Resumen	
Medos	A comienzos del I milenio a. C., un conjunto de pueblos de raíz indoeuropea comenzó a asentarse en el territorio que hoy ocupan Irán y Afganistán. Ese conjunto de pueblos recibió el nombre de medos, y a causa de los continuos ataques asirios se vieron obligados a unirse en un único reino, Media, con Deyoces como máximo dirigente y con Ecbatana como capital. En 700 a. C. formaron el Imperio medo. Ciáxares / Astiages / Ciro.
Persas	El Imperio persa ocupaba una superficie que se extendía desde el Océano Índico al Cáucaso y desde Asia Central al Mediterráneo. Cuando Ciro (559-529 a. C.) asumió el trono de Persia, Lidia dejó de ser un reino independiente / Política de tolerancia / División del imperio en una veintena de satrapías. Cambises II (530-522 a. C.): el Imperio persa se centraría en la toma de los territorios del Imperio egipcio. Darío I (522-486 a. C.) dotó de cohesión política y administrativa al imperio persa.
Las Guerras Médicas (490-479 a. C.)	Enfrentó a griegos y persas. *Casus belli*: revuelta que las ciudades griegas de Jonia protagonizaron contra el Imperio persa. Primera Guerra Médica Maratón (490 a. C.). Temístocles retoma el mando en Atenas. Segunda Guerra Médica Termópilas / Salamina / Platea (479 a. C.).
La Pentecontecia (478-431 a. C.)	La derrota persa permitió una atmósfera de concordia y armonía en la Hélade, la *Pentecontecia*. Supuso para Atenas la ratificación de la democracia y su confirmación como centro cultural y potencia hegemónica del Egeo mediante la transformación de una confederación de aliados en un imperio. Temístocles / Cimón / Efialtes / Pericles (esplendor de Atenas).

La Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.)	Enfrentó a las *poleis* formadas por la Liga de Delos (dirigida por Atenas) y la Liga del Peloponeso (dirigida por Esparta). Primera Guerra del Peloponeso (460-445 a. C.). Segunda Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.). Guerra arquidámica (431-421 a. C.). Invasión de Sicilia (415-413 a. C.). Guerra de Decelia (413-404 a. C.). Concluida la Guerra del Peloponeso en 404 a. C., los dos principales representantes del poder en la Hélade fueron Esparta y Tebas.
Hegemonía espartana y tebana	El dominio ateniense fue sustituido por un dominio espartano asistido por Tebas y Corinto (decarquías). Guerra de Corinto (394-386 a. C.): Corinto, Tebas, Atenas y Argos, con apoyo persa, se enfrentaron a Esparta. Dirigida por célebres generales y políticos como Epaminondas y Pelópidas, Tebas logró en 379 a. C. la hegemonía sobre Beocia. Los tebanos derrotaron a los espartanos en las batallas de Leuctra (371 a. C.) y Mantinea (362 a. C.). Ambas derrotas significaron el fin del dominio espartano en Grecia. Guerra de los Aliados (357-355 a. C.).
La ascensión de Macedonia	Durante el reinado de Filipo II (359-336 a. C.), los macedonios pusieron en práctica una política exterior expansiva que tuvo como resultado la unificación de Grecia bajo su hegemonía. La batalla de Queronea (338 a. C.) significó el final de la independencia de las *poleis*.

LOS MEDOS

A comienzos del I milenio a. C., un conjunto de pueblos de raíz indoeuropea comenzó a asentarse en el territorio que hoy ocupan Irán y Afganistán —el concepto indoeuropeo no se basa en consideraciones étnicas sino lingüísticas—. Ese conjunto de pueblos recibió el nombre de medos, y a causa de los continuos ataques asirios se vieron obligados a unirse en un único reino, Media, con **Deyoces** como máximo dirigente y con Ecbatana como capital. Si bien es poco lo que se conoce sobre sus orígenes, a partir del año 700 a. C. formaron el Imperio medo. Con la decadencia, Asiria, Babilonia y Urartu comenzarían a extender sus dominios hasta acabar con reinos como Elam o Anshan.

Ciáxares de Media, aliado con **Nabopolasar de Babilonia**, logró acabar definitivamente con los asirios en 609 a. C. —tomó Assur en 614 a. C. y Nínive en 612 a. C.—. A partir de este momento, consolidaría el Imperio medo como la nueva potencia del Próximo Oriente, reforzando el ejército y la administración. Para sellar la alianza con los babilonios, casó a su hija con el nuevo rey caldeo, **Nabucodonosor II**.

En su expansión los medos se enfrentaron al reino de Lidia de **Alyates II** —situado al oeste de Anatolia, el reino de Lidia presenta unos orígenes confusos que se remontan a la caída de los hititas en 1.200 a. C.; la mayoría de los historiadores sitúa el comienzo de la historia de Lidia en 687 a. C., pocos años después de la caída de la Frigia del rey **Midas** a manos del rey asirio **Sargón II**. La guerra contra Lidia fue breve, ya que en 585 a. C. tras la batalla del Eclipse en el río Halys los medos y los lidios, presos del pánico, decidieron firmar la paz.

El último rey medo fue **Astiages**, hijo de **Ciáxares**, cuyo nieto, **Ciro**, se rebeló contra él. **Ciro** pertenecía a un conjunto de tribus persas que habían estado siempre bajo la soberanía de Elam y de Media. **Ciro** no tuvo ningún impedimento en rebelarse contra **Astiages**, y hasta los soldados medos se pusieron de su parte. Tomaría fácilmente el control de Ecbatana, trasladando la nueva capital a Pasagarda. Era el año 550 a. C. y se ponía inicio al Imperio persa aqueménida.

LOS PERSAS

El Imperio persa ocupaba una gran superficie que se extendía desde el Océano Índico al Cáucaso y desde Asia Central al Mediterráneo. Entre el mundo griego y el mundo persa se encontraba el reino de Lidia, un territorio rico y fértil que ocupaba una posición geoestratégica de primer orden en las rutas comerciales entre Oriente y Occidente. A lo largo de la Historia, el reino de Lidia fue objeto de deseo de diversos estados extranjeros entre los que figurarían los medos y los persas. La paz acordada por lidios y medos en 585 a. C. situó en el río Halys el límite entre ambos reinos. La armonía sería breve, pues cuando **Ciro** (559-529 a. C.) asumió el tro-

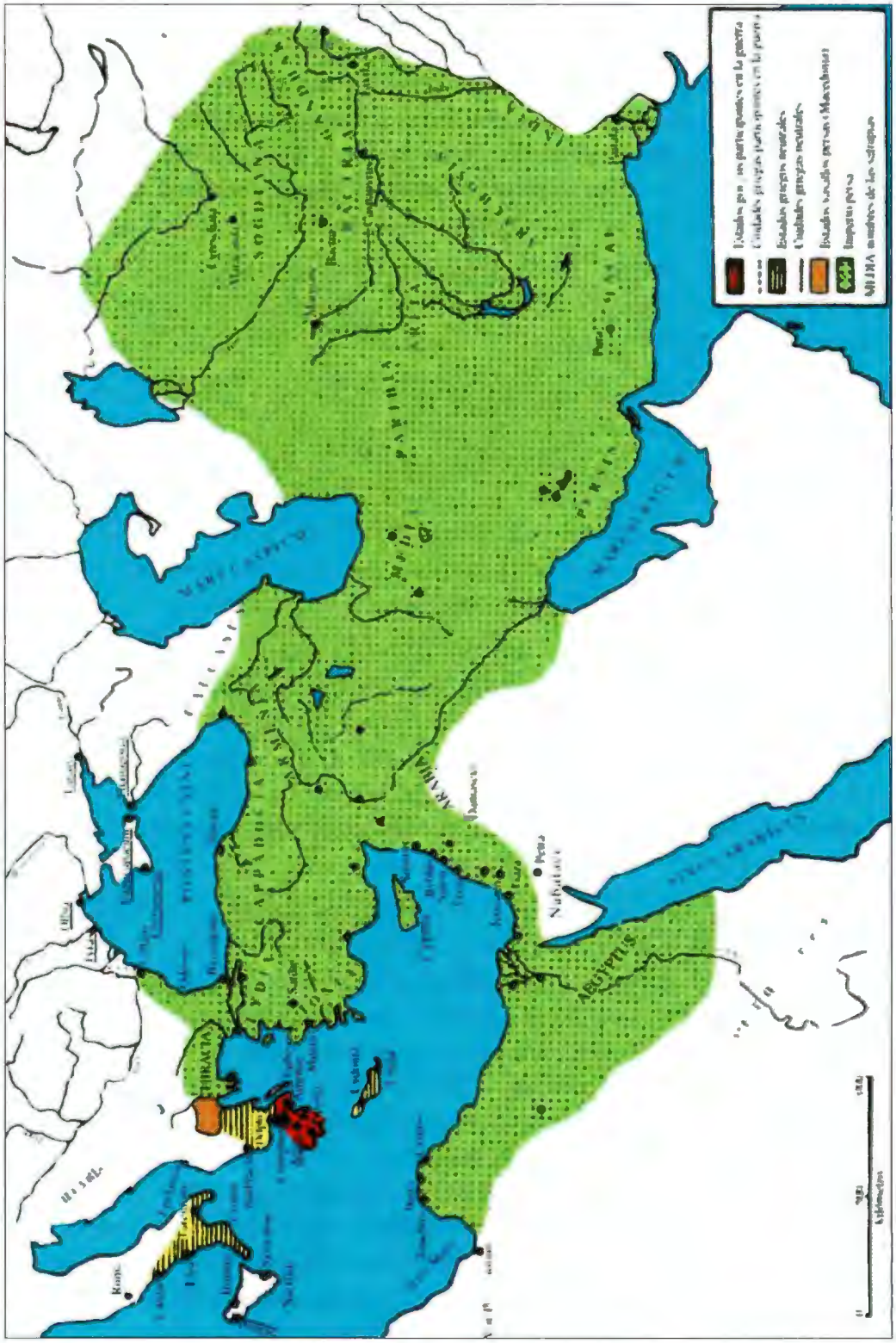
no de Persia, Lidia dejó de ser un reino independiente. En 546 a. C., Sardes, la capital lidia, cayó en poder persa y su último rey, **Creso** (560-546 a. C.), fue hecho prisionero. Acto seguido, sucumbieron al poderío persa las ciudades griegas de Asia Menor, el reino de Babilonia en 539 a. C. y la región sirio-palestina —el descontento con el rey **Nabónido** y el príncipe **Baltasar** era evidente, especialmente entre el clero de **Marduk**—. En un primer momento, para los griegos de Asia Menor el domino persa no supondría un gran quebranto, pues los persas se mostrarían tolerantes con las tradiciones y creencias locales.

Ciro el Grande (559-530 a. C.), el Gran Rey de Persia, logró hacerse con el control de las regiones orientales de Bactria, Gandara, Aracosia y Gedrosia, que no acabarían sino como frontera con las culturas del Indo.

Con la caída de la ciudad caldea, Babilonia jamás volvería a ser independiente. Al entrar en Babilonia, ya en decadencia, Ciro fue recibido con jolgorio por parte de los babilonios. Perdonó a los reyes a los que conquistaba respetando los cultos de cada lugar. Los más agradecidos fueron los israelitas, ya que Ciro los liberó de su destierro y les permitió volver a sus tierras, la antigua Judá. Babilonia seguiría existiendo muchos años más, pero sólo en calidad de una próspera satrapía, o provincia persa, no como Asiria, que fue una satrapía realmente pobre al encontrarse arruinada y despoblada.

Desde Lidia, pasado por Babilonia, por Levante, por Oriente Medio y por las actuales Pakistán y Afganistán, lo cierto es que todos los territorios vecinos a los persas estaban en decadencia. Sin duda, una de las claves que permitió a **Ciro** hacerse con un gran imperio fue la política de tolerancia que profesaba —no obstante, **Ciro** no pudo ser benevolente con los masagetas—. En este sentido, existían claras evidencias de la consolidación de la concordia y el orden, es decir, una autoridad sólida que alejara a guerreros nómadas, saqueadores y ladrones de las rutas comerciales.

Como representante en la tierra de Ahura Mazda, creador del cielo y de la tierra, el rey persa era dueño de todas las tierras y responsable de garantizar la paz y la prosperidad de todos sus súbditos, para lo cual, entre otras medidas, aplicó una política de tolerancia religiosa —los persas no se inmiscuían en asuntos religiosos ni de leyes, garantizaban la paz y la seguridad, y favorecían el libre comercio con su estandarización de pesos y medidas—. La religión persa era politeísta. Adoraban al Sol, a la Luna, a la Tierra (*Zam*) al Fuego (*Atar*) o al Agua (*Apam Napat*). La divinidad suprema era Ahura Mazda. Esta religión se fundamentaba en la idea de la lucha eterna entre el principio del Bien, representado por Ahura Mazda, y el principio del Mal, representado por Ahrimán. Sobre la base de un politeísmo religioso, cobraron fuerza de la mano de **Zarathustra** o **Zoroastro**, personaje que vivió en los siglo VII-VI a. C., las tendencias monoteístas a través del mazdeísmo o zoroastrismo. La base de su doctrina se fundamentaba en torno a la lucha entre el Bien y el Mal. Todas las enseñanzas de Zoroastro quedarían recogidas en el *Avesta*, el libro sagrado del zoroastrismo.



Fuente: Pilar Fernández Uriel, *Historia Antigua Universal II. El mundo griego*, Madrid, Editorial UNED, 2007, p. 372.

Mapa 50. El Imperio persa aqueménide.

Figura 48. Guerrero persa perteneciente al Friso de los arqueros del palacio de Susa, realizado en la época de Artajerjes II. Museo del Louvre.

Ciro dividió el imperio en una veintena de satrapías o distritos territoriales. Cada una de ellas quedaba bajo la dirección de un sátrapa elegido entre los miembros de la familia real o de las familias aristocráticas. Cada satrapía funcionaba como una unidad cultural y económica de gran autonomía, si bien había de pagar al estado persa una serie de impuestos y apor-

tar soldados siempre que fuera necesario. En este sentido, el Imperio persa prescindió de las milicias creando en consecuencia un ejército profesional muy heterogéneo con soldados agrupados en función de su etnia —las unidades de caballería y de infantería pesada quedaban reservadas únicamente a los persas—. Creó, además, un cuerpo especial de protección del rey, los llamados inmortales.

Así las cosas, **Cambises II** (530-522 a. C.), su primogénito, ascendió al trono de Persia en 530 a. C., momento a partir del cual el Imperio persa se centraría en la toma de los territorios del Imperio egipcio, bastante debilitado después de haber pasado por manos asirias, kushitas y libias. **Cambises II** fue un gran estadista durante los primeros años de su reinado, si bien acabó siendo un déspota enloquecido.

Su sucesor, **Darío I** (522-486 a. C.) sería el responsable de dotar de cohesión política y administrativa a un entonces inmenso imperio que no dejaba de ser un auténtico crisol de pueblos y culturas.

LAS GUERRAS MÉDICAS (490-479 A. C.)

Este conflicto ha sido tradicionalmente considerado por la historiografía como una contienda entre Oriente y Occidente y como el acontecimiento con el que se pondría inicio a la Grecia Clásica. En este sentido, se sostiene que de no haber resultado victoriosa la causa griega, en la actualidad existiría un mundo muy diferente, pues la Grecia Clásica nunca hubiera existido, y sin ella la filosofía, las ciencias o las artes de la cultura occidental no se habrían desarrollado.

Según el relato de **Heródoto**, **Darío I** envió emisarios a las ciudades griegas exigiendo su sumisión. La mayoría de ellas aceptaron, salvo Atenas y Esparta que respondieron dando muerte a los emisarios provocando así el conflicto entre griegos y persas.

En realidad, el *casus belli* hay que buscarlo en la revuelta que las ciudades griegas de Jonia protagonizaron contra su ocupante, el Imperio persa —los espías griegos ya se habían percatado de que los persas, que controlaban gran parte de Anatolia, contaban con una gran flota dispuesta a iniciar la invasión—. La revuelta jónica comenzó en Mileto a instancias de **Aristágoras** en el verano de 499 a. C.

En un primer momento los sublevados lograron algunos éxitos, consiguiendo incluso tomar Sardes con el apoyo de Atenas y de Eretria. Estas dos *poleis* fueron las únicas que optaron por asistir a los jonios, pues la Esparta de **Cleómenes** y el resto de los miembros de la Liga del Peloponeso excusaron su ayuda inmediata por estar celebrando las *Karneas*, festividad que Esparta y otras ciudades dorias celebraban en honor de **Apolo Carneo**. La batalla de Lade de 494 a. C. pondría fin a la rebelión jónica y la toma de Mileto por parte de **Darío I**

—fue determinante la presencia en la corte persa de algunos exiliados griegos, tiranos y aristócratas que prometieron a Darío una fácil victoria gracias al apoyo de sus seguidores.

A **Darío I** le debemos la creación de una moneda persa, el dárico, una moneda de oro que convivió durante mucho tiempo con la moneda de Lidia, el estátero, considerada la primera moneda del mundo. Por otro lado, sería el responsable de que el arameo se convirtiera en el idioma oficial y administrativo del imperio —hasta entonces utilizaban el persa antiguo escrito en cuneiforme acadio y el elamita, si bien ambas lenguas estaban desfasadas y no eran demasiado útiles para hacerse entender en Próximo Oriente—. El arameo permitiría cohesionar a todas las poblaciones de lenguas diferentes del imperio.

Darío I creó una nueva capital para el Imperio persa, Persépolis, cuyas ruinas se encuentran en el centro-sur de la actual Irán. Además, mandó construir una vía que uniese Susa con Sardes, la antigua capital lidia. Años después, sería ampliada para que llegase desde Éfeso hasta Persépolis, mejorando el comercio y haciendo más rápido el correo imperial.

Dirigido por **Mardonio**, en el verano de 492 a. C. el ejército persa atravesó el Helesponto arribando a la Hélade a través de Tracia. El rey de Macedonia, **Amintas I**, se vio obligado a reconocer la soberanía de **Darío I** sobre su reino. Sin embargo, la flota persa, tras conquistar la isla de Tasos, naufragó en las proximidades del promontorio Atos, en la península Calcídica.

En 490 a. C., 20.000 soldados persas y un potente contingente de caballería, dirigidos por **Datis** y **Artafermes**, y con la asistencia de **Hipias**, el tirano de Atenas entre 527 y 510 a. C., arribaron a las costas griegas desde sus posiciones en Cilicia. Daban por seguro una sencilla incursión al contar con el consejo de **Hipias** y de sus clientes, con el apoyo de algunas *poleis* y con las predicciones favorables del oráculo de Delfos, al que habían condicionado para que vaticinase la victoria persa —la instrumentalización del oráculo en manos de la aristocracia provocaría la pérdida de su prestigio tras las Guerras Médicas—. La flota persa puso rumbo a las Cícladas y, tras tomar Naxos, arribó a Delos y prosiguió hasta llegar a la isla de Eubea. La ciudad de Caristo capituló y Eretria fue asaltada y sus habitantes fueron deportados a Susa.

Los atenienses, con un número de efectivos no superior a los 10.000 hombres, sólo recibieron la asistencia de 1.000 hombres enviados por Platea. Con tales efectivos, **Milcíades**, un aristócrata ateniense de la familia de los Filaidas que había ejercido como tirano en el Quersoneso tracio, la actual península de Gallípoli, se enfrentó a los persas en las llanuras de Maratón. En el campo de batalla, los hoplitas hicieron gala de su superioridad táctica y consiguieron una abrumadora victoria sobre el ejército persa. En consecuencia, los atenienses proclamaron que su victoria en Maratón permitió salvar a todos los griegos. En este sentido, para los atenienses haber combatido en la batalla de Maratón no significó sino el mayor honor al que se podía aspirar.

LA BATALLA DE MARATÓN

Una vez formados en orden de batalla, y en vista de que los presagios resultaban favorables, los atenienses, nada más recibir la orden de avanzar, se lanzaron a la carrera contra los bárbaros.

Por su parte, los persas, cuando vieron que el enemigo cargaba a la carrera, se aprestaron para afrontar la embestida; si bien, al comprobar que los atenienses disponían de pocos efectivos y que, además, se abalanzaban a la carrera sin contar con caballería ni con arqueros, consideraban que todos se habían vuelto locos y que iban a sufrir un completo desastre. Esta era, en suma, la opinión que reinaba entre los bárbaros. Sin embargo, los atenienses, tras arremeter contra sus adversarios en compacta formación, pelearon con un valor digno de encomio. Pues, de entre la totalidad de los griegos, fueron, que nosotros sepamos, los primeros que acometieron al enemigo a la carrera, y los primeros también que se atrevieron a fijar su mirada en la indumentaria médica y en los hombres ataviados con ella, ya que, hasta aquel momento, sólo oír el nombre de los medos causaba pavor a los griegos.

La batalla librada en Maratón se prolongó durante mucho tiempo. En el centro del frente, donde se hallaban alineados los persas propiamente dichos y los sacas, la victoria correspondió a los bárbaros, quienes, tras romper la formación de los atenienses, se lanzaron en su persecución tierra adentro; sin embargo, en ambas alas triunfaron atenienses y plateos. Y, al verse vencedores, permitieron que los bárbaros que habían sido derrotados se dieran a la fuga e hicieron converger las alas para luchar contra los contingentes que habían roto el centro de sus líneas, logrando los atenienses alzarse con la victoria. Entonces persiguieron a los persas en su huida, diezmando sus filas, hasta que, al llegar al mar, se pusieron a pedir fuego e intentaron apoderarse de las naves.

(Heródoto, VI, 112-113)

Heródoto: Historias, libro VI, trad. de C. Schrader (1983),
Biblioteca Clásica Gredos, Madrid.

Los fallecidos en el campo de batalla fueron sepultados bajo un mismo túmulo, y los que sobrevivieron siempre presumieron de ser maratonómacos, es decir, los héroes de Maratón. Uno de los ejemplos más ilustrativos fue el del poeta **Esquilo** (525-456 a. C.), quien, al morir, muchos años después en Sicilia, en su epitafio, escrito por él mismo, no hizo alusión a sus éxitos literarios, sino que se limitó a recordar su participación en la batalla:

> «Su glorioso valor será recordado en los bosques de Maratón, y por Meda, la de los largos cabellos, que lo conocía».

La victoria de Maratón trajo consigo, sobre todo, implicaciones de índole política. **Milcíades** era aristócrata y sus soldados campesinos acomodados, razón por la que se consideró en todo momento el triunfo del sistema democrático conservador de Clístenes, y, cuando más adelante se impuso el régimen democrático, los conservadores contrarios a ese régimen, siempre recordarían la batalla de Maratón como un episodio glorioso y a los que allí combatieron como el ideal del ciudadano ateniense.

Tras la batalla de **Maratón**, en Atenas se produjeron importantes cambios políticos. Temístocles, elegido arconte en 492 a. C. comprendió mejor que nadie la imperiosa necesidad que tenía Atenas de convertirse en una potencia marítima —combatió en Maratón como uno de los diez *strategoi* atenienses mencionados por **Heródoto**—. Era un demócrata radical, para quien la supervivencia y supremacía de Atenas pasaba por la profundización de las medidas de **Clístenes** y por integrar en la estructura de la ciudad al sector más desfavorecido de la población, los *thetes*. Esta voluntad se materializó gracias al descubrimiento de un filón de plata en Lavrio, en el sureste del Ática, en 483 a. C. **Temístocles** se mostró contrario a la decisión de la asamblea de repartir la plata entre los ciudadanos, logrando en consecuencia que el metal se invirtiera en la constitución de un sólido ejército. Para garantizar la tripulación de las naves recurrió a los *thetes*, que no disponían de medios para adquirir el armamento característico de los hoplitas, pero que sí podían ejercer como remeros. Los *thetes* recibirían un sueldo a cambio de su servicio militar.

En 484 a. C., y tras poner orden en el Imperio persa, el sucesor de **Darío I**, **Jerjes I** (486-466 a. C.), también conocido como Jerjes el Grande, centró sus ansias de conquista en Grecia tras pacificar todos sus dominios e imponer a su hermano **Aquemenes** como sátrapa de Egipto tras haber sofocado la rebelión iniciada en 486 a. C.

Los griegos, temerosos de un nuevo enfrentamiento contra los persas, se prepararon para la nueva ofensiva. De este modo, en 481 a. C. se conformó una alianza militar, la Liga Helénica. Era una alianza igualitaria, si bien, y debido a la preeminencia militar de Esparta, se decidió que el mando de la liga correspondiese a esa *polis*. Uno de sus reyes, **Pausanias**, sería el estratega garante de los planes de la batalla.

En agosto de 480 a. C., 150.000 hombres y 600 naves fueron enviadas por **Jerjes I** a la conquista de Grecia. La Liga Helénica decidió contrarrestar la ofensiva persa en el desfiladero de las Termópilas, un paso angosto de sólo quince metros entre las montañas y el mar. En este paraje, 7.000 griegos al mando del rey espartano **Leónidas** aplacaron la ofensiva persa, hasta que un traidor, **Efialtes de Tesalia**, por motivos que se desconocen informó a los persas de un lugar por el que podían atacar a los griegos por la retaguardia. Informado de esta realidad, **Leónidas** mandó a 6.000 de sus hombres que abandonaran el campo de batalla, mientras él, al frente de 1.000 hombres, de los cuales 300 eran espartanos, decidió cubrir la retirada en el cabo Artemisio. **Leónidas** y sus hombres no pudie-

ron hacer nada contra las tropas persas dirigidas por **Hidarnes**. Todos murieron en la batalla. No obstante, el sacrificio no fue en vano, pues permitió que los efectivos griegos se reagruparan.

Paralelamente, los atenienses intentaron frenar el avance de la flota persa en la batalla de Artemisio. La armada griega, dirigida por el general espartano **Euribíades** y el estratego ateniense **Temístocles**, no logró retener a los persas, viéndose obligados a emprender la retirada tras ser informados del fracaso de las Termópilas.

Así las cosas, los persas se dirigieron a Atenas, *polis* que se encontraba prácticamente abandonada, pues todos los hombres estaban sirviendo como soldados, mientras que las mujeres y los niños habían sido evacuados a la isla de Salamina. Los griegos allí refugiados presenciaron cómo su ciudad ardía con la llegada de los persas.

Pese a todo, los efectivos griegos lograron recuperarse y así se demostró en septiembre de 480 a. C. en la batalla naval de Salamina, pugna en la que la flota dirigida por **Temístocles** acabó con la armada persa de **Jerjes I** —las naves griegas eran más pequeñas, pero más maniobrables para manejarlas en un estrecho flanqueado por desfiladeros; las naves persas eran más grandes y menos maniobrables, por lo que en realidad la persecución se tornó en desastre.

La batalla de Salamina puso fin al poderío naval persa, si bien su ejército, al mando del primo y cuñado de **Jerjes I**, **Mardonio**, quedó indemne y dispuesto a invadir Grecia. Atenas era consciente de ello, razón por la que empujó a Esparta, contraria a combatir fuera del Peloponeso, a enfrentarse a los persas bajo la amenaza de firmar una paz por separado. De esta manera, en 479 a. C., 40.000 hoplitas, de los que 10.000 eran espartanos, dirigidos por **Pausanias** se enfrentaron al ejército persa en Platea. La batalla concluyó con una aplastante victoria griega —en realidad, la suerte de la batalla la decidió el coraje de la falange espartana y tegea—. La muerte de **Mardonio** en el combate provocó la desbandada general del ejército persa. Tras atacar a los tebanos, que habían mostrado su apoyo a los persas, el ejército aliado penetró en Tesalia. Toda la Grecia continental quedaba a partir de ese momento liberada. Los griegos obtuvieron un cuantioso botín y erigieron en Delfos un trípode de oro sobre una columna de serpientes en la que podían leerse los nombres de los 31 estados griegos que habían combatido en Platea.

Tras la batalla de Salamina, la flota aliada, al mando del rey espartano **Leotíquidas** y del ateniense **Jantipo**, el padre de **Pericles**, procedió a la liberación de las Cícladas. Hasta la base de Delos, lugar de estacionamiento de la escuadra griega, llegaron emisarios de Samos pidiendo la liberación de las ciudades jonias. La empresa resultaba factible, ya que la flota persa no era muy numerosa. La escuadra griega puso rumbo a Samos, mientras la persa, tratando de esquivar el encuentro, buscó refugio en las costas de Asia Menor, en el

cabo de Mícala, frente a la isla de Samos. Puestos a cubierto los barcos, los comandantes persas distribuyeron estratégicamente las tropas. Los griegos, por su parte, contando con la deserción de los jonios, desembarcaron en la costa y tomaron al asalto las posiciones enemigas. Los persas, viéndose derrotados en agosto de 479 a. C., se vieron obligados a incendiar sus naves. Un año más tarde, en 478 a. C., la liga tomó Bizancio poniendo fin a las Guerras Médicas.

En 475 a. C. el jefe de la guardia del rey aqueménida, **Artabano**, y el eunuco **Aspamitres** lideraron la conspiración que acabó con la vida de **Jerjes I**. Ambos responsabilizarían del asesinato al primogénito del rey, **Darío**, quien también fue asesinado. El hijo menor de **Jerjes I, Artajerjes I**, lograría vengar a su padre dando muerte a sus asesinos.

Tras la desaparición de la amenaza persa en 479 a. C., Esparta volvió a replegarse abandonando la Liga Helénica y reconstituyendo la del Peloponeso. En 478 a. C., la Liga Helénica se transformó en la Liga Ático-Délica bajo la hegemonía de Atenas, hito en el que **Arístides** desempeñó un papel de primer orden al ser el responsable de organizar los aspectos financieros, redactar los estatutos y establecer las contribuciones de naves, hombres y dinero que debía aportar cada ciudad-estado para engrosar el tesoro de la liga, con tal éxito que recibió el sobrenombre de el Justo. El objetivo prioritario de la liga era la prosecución de la guerra contra Persia y la definitiva liberación de todos los griegos. Pero el hecho de que **Aristóteles** recuerde como dato único al respecto que los miembros fundadores juraron tener los mismos amigos y enemigos y de que arrojaron al mar trozos de hierro para simbolizar que el pacto era perpetuo, hace suponer que el objetivo iba más allá de la prosecución de la guerra contra Persia.

Las consecuencias de las Guerras Médicas fueron determinantes en el devenir griego. Pese a que el triunfo fue el resultado de una coalición entre la gran mayoría de las *poleis*, estos conflictos no trajeron consigo el avance hacia la federación de la Grecia continental, sino que, de hecho, causó un fortalecimiento de su autonomía y particularismo que originó el nacimiento de un dualismo entre Atenas y Esparta que marcaría el desarrollo político del siglo V a. C. En realidad, Atenas y Esparta quedarían como dos comunidades-estados contrapuestos: Esparta sería la principal potencia militar a la cabeza de la Liga del Peloponeso; Atenas sería la principal potencia naval de la Hélade.

Culturalmente, el término de las Guerras Médicas supuso el inicio de un gran desarrollo en todas las manifestaciones artísticas que significarían el inicio del esplendor de la época clásica. Asimismo, las fiestas religiosas y culturales propiciaron el desarrollo intelectual y artístico. Por otro lado, las predicciones del Oráculo de Delfos, mediatizadas por la aristocracia colaboracionista de los persas, provocó que el culto a Apolo entrase en declive en beneficio de otras divinidades como Atenea.

1 547 a.C.
Comienza la expansión del Imperio persa por Asia Menor. Tras derrotar a Creso, rey de Lidia, los persas extienden su dominio por la región. Las ciudades griegas de Jonia quedan sometidas al poder de los sátrapas persas de Sardes y Dascileon, quienes consiguen establecer buenas relaciones con los tiranos locales.

2 510 a.C.
Los persas acogen al tirano de Atenas, Hipias, que ha sido expulsado de la ciudad por unos conspiradores democráticos asistidos por Esparta. Éstos, bajo el liderazgo de Clístenes, introducen el régimen de la «isonomía», o igualdad, basado en una división del pueblo en demos, agrupados en tribus a partir de las cuales se elige directamente a las autoridades.

3 499 a.C.
Revuelta de las ciudades jonias contra el Imperio persa. Aristágoras, tirano de Mileto, aprovecha el descontento de los jonios para instigar una gran revuelta contra Persia. Las ciudades jonias se transforman en democracias siguiendo el modelo de Atenas.

4 494 a.C.
Después de vencer a la flota jonia en la batalla de Lada, las tropas persas asedian Mileto por mar y por tierra. La ciudad es tomada y posteriormente arrasada, su población masculina asesinada y mujeres y niños deportados a orillas del río Tigris. Al año siguiente los persas toman las islas de Lesbos y Quíos, que sufren el mismo destino que Mileto. De este modo queda sofocada la rebelión jonia.

5 490 a.C.
Darío I prepara una expedición de castigo contra Atenas. El ejército de tierra parte de Sardes mientras la armada atraviesa el Egeo. Milcíades, antiguo tirano en las colonias griegas del Quersoneso, se convierte en el líder de la Atenas democrática y organiza el ejército, que rechaza la invasión persa en la batalla de Maratón. Los vencedores se trasladan a Faleo, el puerto de Atenas, donde reciben formados en perfecto orden el amago de desembarco de los persas, quienes se ven obligados a desistir y regresar a Asia.

6 480 a.C.
En la segunda invasión de Grecia, los persas, pese a la heroica resistencia griega en el paso de las Termópilas, penetran en el Ática y logran destruir Atenas y su Acrópolis. Pero la genial decisión de Temístocles de confiar la defensa griega a una nueva fuerza naval, integrada por la población más pobre de la ciudad, lleva a la victoria frente a los persas en la batalla de Salamina.

7 479 a.C.
En la batalla de Platea, el ejército griego, al mando del general espartano Pausanias, derrota al general persa Mardonio, al que el rey Jerjes había dejado al frente de las operaciones al retornar él a Asia. Ese mismo año, los griegos vencen en Micale y se produce la liberación de Jonia.

8 478 a.C.
Los triunfos marítimos conseguidos por Atenas llevan a sus principales dirigentes tras la guerra, Arístides y Cimón, a impulsar una política de hegemonía ateniense sobre el espacio del mar Egeo y de exportación del sistema democrático, a veces por la fuerza, a través de la liga de Delos.

9 467 a.C. a.C.
A la muerte de Arístides, Cimón se convierte en el hombre fuerte de Atenas. Dirige varias campañas contra algunas de las ciudades que rechazan el dominio de Atenas, así como la expedición naval que derrota a los persas en Eurimedonte. Ésta será la última ofensiva persa lanzada contra el mundo griego.

Fuente: *Atlas Histórico. Mundo Antiguo*, National Geographic Historia, 2017, p. 97.

Mapa 51. Las Guerras Médicas.

LA PENTECONTECIA (478-431 A. C.)

La derrota persa permitió una atmósfera de concordia y armonía en la Hélade. Ese periodo de paz fue conocido como la *Pentecontecia*, que literalmente significa «periodo de cincuenta años», el tiempo que transcurrió entre el fin de la batalla de Platea y el inicio de la Guerra del Peloponeso. Este periodo, bien conocido por la información y las reflexiones de **Tucídides**, significó para Atenas la ratificación de la democracia y su confirmación como centro cultural del mundo griego y potencia hegemónica del Egeo mediante la transformación de una confederación de aliados en un auténtico imperio.

Para que Atenas pudiera rivalizar a Esparta la primacía en la Hélade, era necesario acabar con su debilidad defensiva en tierra y disponer de sólidas defensas. **Temístocles** era consciente de que por tierra la ciudad estaba expuesta a todos los peligros. Por ello, reconstruyó las murallas de la ciudad, duramente destruidas durante la ocupación persa —la reconstrucción de las murallas provocó tal inquietud entre los espartanos que incluso llegaron a exigir la paralización de los trabajos—. Asimismo, **Temístocles** también procedió a la fortificación del nuevo puerto del Pireo. Más tarde, los atenienses idearon una solución defensiva aún más efectiva consistente en rodear Atenas hasta los puertos del Pireo y Falero con un recinto fortificado, los llamados Muros Largos, que proporcionaban una conexión segura entre la ciudad y el mar.

Las victorias atenienses sobre los persas fueron paralelas a una rivalidad interna entre conservadores y radicales. Estos últimos mostraron una actitud hegemónica desde el triunfo de **Temístocles**, quien abrió el arcontado a los *hippeis* con el propósito de democratizar el areópago. No obstante, los conservadores, dirigidos por **Cimón**, hijo de **Milcíades**, y **Arístides**, en 471 a. C. lograron que **Temístocles** fuera condenado al ostracismo, tomando en consecuencia el control de la *polis*. El general ateniense no dudó en solicitar asilo a **Artajerjes I**, a quien reveló, en calidad de consejero, cómo hacerse con Grecia.

Las acusadas diferencias entre conservadores y radicales no sólo afectaron a la política interior, sino también a la política exterior y, especialmente, a la economía. En este sentido, los conservadores abogaban por una alianza con Esparta, necesaria para evitar las medidas desproporcionadas de los radicales. Por su parte, los radicales defendían que Esparta no representaba sino un obstáculo para el correcto desarrollo de la democracia. Económicamente, los conservadores defendían el carácter de Atenas como una *polis* de pequeños propietarios agrícolas, mientras que los radicales ansiaban convertir a Atenas en una gran potencia comercial.

Anulado **Temístocles**, **Cimón** asumió el poder de Atenas. Como hombre de estado, defendió una política proespartana y la continuación de las ofensivas contra los persas hasta completar la liberación del Egeo y de las ciudades griegas de Asia Menor, conforme a los criterios que inspiraron la creación de la Liga de Delos. En su deseo de acabar con los

persas, dirigió una nueva ofensiva naval que inició la que se considera como la Tercera Guerra Médica (471-449 a. C.). En 467 a. C. obtuvo la victoria en la batalla del río Euridemonte, al sur de Anatolia, lo que permitió aplacar las tensiones entre griegos y persas durante un tiempo.

Pero en 461 a. C. **Cimón** fue condenado al ostracismo acusado de prestar en vano su ayuda a Esparta en el transcurso de la Tercera Guerra Mesenia (464-454 a. C.), lo que puso fin a la política de buenas relaciones con Esparta —alianzas con Argos, pacto con Mégara, expedición ateniense a Egipto—. En consecuencia, los radicales dirigidos por **Efialtes** asumieron la dirección de Atentas que supuso una nueva reforma constitucional: los poderes políticos y judiciales del areópago fueron asumidos por los tres órganos más democráticos de la ciudad, es decir, la Ekklesía, el Consejo de los 500 y el Tribunal Popular del Jurado. **Efialtes** no viviría para ver en plenitud la nueva forma de gobierno, pues ese mismo año murió asesinado por **Aristódico de Tanagra** como pate de un complot oligárquico. **Pericles**, su aliado político, se encargaría de concluir la transformación gubernamental y dirigir a Atenas durante varias décadas —la tragedia *Las Euménides*, de **Esquilo**, recoge en cierto sentido las ideas y los sentimientos despertados en el pueblo ateniense por estas nuevas medidas.

LA DEMOCRACIA ATENIENSE

(1) Acerca de la constitución de los atenienses, el hecho de que hayan elegido esta clase de constitución no lo apruebo por lo siguiente, porque al haberla elegido actúan más favorablemente para los miserables que para los hombres de provecho. Por eso efectivamente no lo alabo. Una vez que les pareció bien así, de qué manera conservan perfectamente la constitución y llevan a cabo las otras cosas que a los demás griegos les parecen estar erradas, os lo voy a mostrar.

(2) En primer lugar os diré lo siguiente, que allí parece justo que tengan más los pobres y el pueblo que los nobles y los ricos por lo que voy a decir, porque el pueblo es el que impulsa las naves y proporciona potencia a la ciudad, los timoneles, los tripulantes, los pentecontarcos, los pilotos y los constructores de navíos, éstos son los que proporcionan potencia a la ciudad, mucho más que los hoplitas, los nobles y los hombres de provecho. Entonces, ya que esto es así, parece justo que todos tomen parte en las magistraturas en el sorteo y en la votación, y que esté permitido hablar a cualquiera de los ciudadanos. (3) Además, las magistraturas que, si están bien desempeñadas, le procuran salvación a todo el pueblo y si no están bien desempeñadas le procuran peligro, estas magistraturas en absoluto tiene necesidad el pueblo de desempañarlas; piensan que para ellos no es conveniente desempeñar por sorteo las estrategias ni las hiparquías; pues el pueblo sabe que es más provechoso no desempeñar él mismo estas magistraturas, sino dejar que las desempeñen los más poderosos; en cambio, las magistraturas que se hacen a cambio de una paga y de alguna ventaja para la casa, ésas busca el pueblo desempeñarlas. (4) Luego, en un aspecto que a algunos resulta sorprendente, el hecho

de que en todos los terrenos tengan más atribuciones los miserables, los pobres y los del pueblo, en eso mismo va a resultar que están protegiendo la democracia. Efectivamente, mientras los pobres, los del pueblo y los inferiores gobiernen de modo adecuado y sean muchos los que lo hacen, darán vida a la democracia; en cambio si quienes gobiernan de modo adecuado son los ricos y los hombres de provecho, lo que están haciendo los del pueblo es fortalecer lo opuesto a ellos mismos. (5) Es en toda tierra lo mejor contrario a la democracia. Pues entre los mejores existe muy poca indisciplina e injusticia y es muchísima la atención a lo provechoso, mientras que en el pueblo es muchísima la ignorancia, la indisciplina y la miseria, pues la pobreza los arrastra con más fuerza a ellos a la maldad y a algunos de los hombres por escasez de medios económicos sólo les está permitida la falta de educación y la ignorancia. (6) Cualquiera podría decir que sería conveniente no dejar que ellos hablaran todos uno detrás de otro ni tomaran parte en las deliberaciones, sino sólo los hombres más diestros y mejores, pero realmente en esto deciden del mejor modo, al dejar que también los miserables hablen, pues si hablaran y decidieran los hombres de provecho, sería bueno para sus propios semejantes, pero no sería bueno para los del pueblo. En cambio, en esta situación, al hablar quien quiera levantarse a hacerlo, hombre miserable, descubre lo bueno para sí y para sus propios semejantes. (7) Alguien podría decir: ¿cómo va a conocer lo bueno para sí o para el pueblo un hombre así? Pero saben que la ignorancia, la miseria y la buena voluntad de éste son más ventajosas que la virtud, la sabiduría y la mala voluntad del hombre de provecho. (8) Desde luego una ciudad sobre tales presupuestos no podría ser la mejor, pero así se podría conservar de la mejor manera la democracia, pues el pueblo quiere, no ser esclavo mientras la ciudad está bien gobernada, sino ser libre y mandar, mientras que le preocupa poco el mal gobierno. Efectivamente, de lo que tú crees que es no estar bien gobernada, de ahí mismo es de donde el pueblo saca su fuerza y es libre. (9) Si buscas buen gobierno, en primer lugar verás que los más diestros se promulgan las leyes para ellos. Luego, los hombres de provecho castigarán a los miserables, deliberarán los hombres de provecho sobre la ciudad y no dejarán que unos hombres enloquecidos deliberen ni hablen ni se reúnan en asamblea. Sin embargo, a partir de esos bienes el pueblo rápidamente caería en esclavitud.

(Pseudo-Jenofonte, Constitución de Atenas, I, 1-9)

Pseudo-Jenofonte: Constitución de Atenas, ed. de G. W. Bowersock (1966), «Pseudo-Xenophon», HSCPh 71, pp. 33-55; id. (1968), Scripta Minora, Loeb VII; Constitución de Atenas, ed. de E. C. Marchant (1921); trad. de D. Plácido.

Sobrino de **Clístenes**, **Pericles** (495-429 a. C.) continuó la reforma democrática de **Efialtes**. En este sentido, logró que todos los ciudadanos atenienses contasen con igualdad política, si bien las mujeres todavía no podían votar y los esclavos carecían de derechos. Los arcontes serían elegidos anualmente entre todos los ciudadanos varones. Con esta medida,

Pericles evitaba que el poder cayese en manos de las familias aristocráticas y que toda la población ateniense se interesase por la política. Los diez estrategos serían elegidos por votación cada año por los diez *demos* o distritos —como miembro de un *demo*, el ateniense que no pertenecía a la nobleza contaba con los mismos derechos y obligaciones que los nobles—. Fue en este cargo con el que **Pericles** logró mayor éxito, pues repitió el cargo durante un periodo de veinte años. Igualmente, abrió la asamblea popular evitando concentraciones de poder en las familias aristocráticas. Cualquiera podía proponer leyes, decretos y cuestiones políticas de cualquier índole si la *Boulé* daba su consentimiento.

Pericles fue el responsable de la erradicación del analfabetismo y de varias obras públicas, lo que permitió embellecer la ciudad y crear empleo —al parecer, utilizó para ellos fondos del la Liga Ático-Délica—. En la acrópolis ateniense levantó el emblemático Partenón, un templo dedicado a la diosa Atenea, patrona de Atenas, cuya colosal estatua fue esculpida por **Fidias**. En la acrópolis ateniense se encontraban también la entrada de los Propileos, el templo de Atenea Nike y el Erecteón, obra célebre por la tribuna de las Cariátides, figuras femeninas esculpidas con función de columna o pilastra, con un entablamento que descansa sobre su cabeza, que indicaba la tumba del mítico rey **Cécrope**. El estadista ateniense fue también el responsable de la *mistoforía*, es decir, la retribución de las funciones públicas destinada a compensar económicamente la pérdida de una jornada de trabajo.

Figura 49. Panorámica de la Acrópolis de Atenas.

Pese a que durante el gobierno de **Pericles** Atenas gozó de prosperidad, no todas sus medidas fueron acertadas: prohibió la ciudadanía ateniense a todos aquellos que no hubieran nacido de padre y madre ateniense con el propósito de que las aristocracias atenienses no establecieran alianzas matrimoniales con otros estados —para que su hijo, **Pericles el Joven**, pudiese obtener la ciudadanía ateniense tuvo que solicitar a la asamblea que aprobase un decreto especial.

Desde una perspectiva jurídico-política, nos encontramos en la Atenas de **Pericles** con una clara distinción social: ciudadanos y no ciudadanos, no existiendo categorías intermedias. Se sitúan, por consiguiente, fuera del ámbito de la ciudadanía los extranjeros, los esclavos y las mujeres. Existían desigualdades sociales y económicas entre los ciudadanos, pero todos ellos participaban en teórica igualdad en la vida política de la *polis* en el régimen de la democracia radical.

Fuente: J. P. Magnier.

Mapa 52. Imperialismo ateniense en tiempos de Pericles.

Atenas logró con **Pericles** la anexión de varios territorios, lo que provocó el recelo de Esparta dando inicio a una guerra no declarada entre 460 y 445 a. C., la Primera Guerra del Peloponeso.

En 458 a. C. Esparta envió efectivos militares a Grecia central con el aparente pretexto de auxiliar a la pequeña comunidad de la Dóride, con la que decía tener desde antiguo lazos de hermandad, que en esos momentos estaba siendo atacada por los habitantes de la Fócide.

Atenas y sus aliados tenían paralizados en el frente egipcio cuantiosos efectivos militares, que no obstante no fueron retirados. En 457 a. C., **Pericles** movilizó en Atenas nuevas tropas y con contingentes de los aliados se dirigió a Beocia presentando batalla en Tanagra. La defección del destacamento de caballería tesalio provocó la derrota de los atenienses, que ordenadamente se replegaron hacia Atenas. Por su parte, los espartanos regresaron a su patria sin detenerse a obtener las ventajas de la victoria.

Pese a la derrota en la batalla de Tanagra, los ateniense aprovecharon la ausencia espartana para proceder con la invasión de Beocia logrando poco después la victoria en la batalla de Enofita (457 a. C.). Comandados por **Mirónides**, los atenienses derrotaron a los beocios y destruyeron las murallas de Tanagra, causando, asimismo, estragos en Lócride y Fócide. La victoria en Enofita permitió a Atenas derrotar a Egina más tarde ese año, y concluir la construcción de los Muros Largos hasta el puerto ateniense del Pireo, construcción a la que se oponía Esparta.

La ambiciosa política exterior de **Pericles** se había manifestado como una empresa agotadora. El alto número de pérdidas podía provocar un descontento social generalizado, muy peligroso tras el retorno de **Cimón** del ostracismo. Se hacía preciso, por consiguiente, limitar los focos de lucha renunciando a alguno de ellos. En consecuencia, la paz con Esparta era deseable y, con la presencia de **Cimón** en Atenas, políticamente oportuna. Por mediación de **Cimón**, se comenzaron las negociaciones con Esparta, con la que, posiblemente, en 454 a. C. se concluyó con una tregua por un periodo de cinco años.

En 449 a. C., Atenas puso fin a sus enfrentamientos con los persas mediante la suscripción de la llamada Paz de Calias. La falta de conflictos entre Persia y Atenas a partir de esa fecha fue una realidad y ello, ineludiblemente, contribuyó a asegurar los logros conseguidos por Atenas. No obstante, el mayor inconveniente de la Paz de Calias era de índole política al mermar las razones de ser de la Liga Ático-Délica. Ya con anterioridad algunos estados de la liga habían mostrado su resentimiento contra Atenas. A ello contribuyó la implantación de cleruquías en territorios de miembros de la liga. No obstante, Atenas reaccionó contra todos aquellos que mostraron defección. Pero, mientras el peligro y la amenaza persa subsistían, la necesidad de la liga Ático-Délica y el mantenimiento de la unidad dentro de ella eran

sentidos, con menor o mayor intensidad, por la totalidad de sus miembros. Suscrita la paz con los persas, perdía consistencia el elemento aglutinador.

En 449 a. C. estalló la Segunda Guerra Sagrada cuando Esparta declaró a Delfos *polis* independiente de la región de Fócide, aliada de Atenas. Para los atenienses, que Esparta tuviera influencia sobre aquel territorio era una ofensa, por lo que, tras una breve contienda lograron recuperar la ciudad en 448 a. C. —**Pericles** capturó Delfos tras la retirada de los espartanos y la devolvió a los focidios— A continuación, la región de Beocia se sublevó e independizó de los atenienses y, en consecuencia, crearon una liga antidemocrática tras la batalla de Coronea en 447 a. C., la Liga de Beocia.

Durante el invierno de 447/446 a. C., exiliados beocios y locrios, refugiados en Tebas, se apoderaron de Orcómeno y de Queronea. El ejército ateniense recuperó Queronea, si bien fracasó en el encuentro de Coronea. Casi al mismo tiempo, en el verano de 446 a. C., se sublevó Eubea y, mientras **Pericles** dirigía un ejército para reprimir el levantamiento, fue informado de que Mégara, situada en la costa del golfo de Egina, también se había rebelado. La responsable fue Esparta. Los atenienses tuvieron que evacuar Beocia; en Mégara sus tropas fueron diezmadas, y el rey espartano **Plistoanacte** invadió el Ática; **Pericles**, que estaba reprimiendo la sublevación de Eubea, tuvo que regresar a Atenas. Pero los atenienses no desistieron de capturar Eubea, pues regresaron con cinco mil hombres y la sometieron. Poco después, se retiraron de la isla y concertaron con los lacedemonios y sus aliados un tratado de paz por treinta años.

La Paz de los Treinta Años de 445 a. C. contribuiría a clarificar la situación en la medida en que se reconocía la existencia de las dos ligas con un poder hegemónico de las potencias dominantes, Esparta y Atenas, sobre sus respectivas áreas de influencia. Atenas reconocería la hegemonía terrestre de Esparta y ésta la marítima de Atenas. No obstante, para Atenas supuso la renuncia a su sueño de un dominio sobre Grecia central y el verse desplazada por Corinto de sus posesiones en el golfo.

LA PRIMERA GUERRA DEL PELOPONESO (460-445 A. C.)

En 460 a. C. estalló la Primera Guerra del Peloponeso (460-445 a. C.), una guerra no declarada en la que se hizo evidente la incapacidad de Atenas y de Esparta para acabar con el enemigo.

La primera causa que provocó la ruptura de la Paz de los Treinta Años fue la contienda entre Corinto y Corcira entre 435 a. C. y 433 a. C. Corinto, con colonias en el Adriático, participó en la guerra civil entre demócratas y oligarcas de su colonia de Epidamno con el envío de colonos y guarniciones. Los oligarcas solicitaron apoyos a Córcira, antigua colonia de

Corinto, y aquella asedió por mar a Epidamno con 40 trirremes, y por tierra la rodearon los exiliados de esta ciudad y sus aliados ilirios. Los corintios enviaron una expedición formada por naves y contingentes peloponesios y jonios. Los corcireos marcharon a Corinto y solicitaron el arbitraje de la Liga del Peloponeso y del oráculo de Delfos. Como los corintios se opusieron, se dio una batalla naval frente al promontorio de Leucimna, en Córcira, en la que vencieron los corcieros, que tomaron Epidamno. Dos años después de la batalla naval, en 433 a. C., Córcira solicitó su inclusión en la Liga Ático-Délica, ya que los corintios estaban preparando una gran armada para consumar su venganza. Según **Plutarco**, los atenienses, a instancias de **Pericles**, les enviaron una flota de diez naves bajo la dirección de **Lacedomonio**, hijo de **Cimón**, y posteriormente otro contingente de veinte naves, con la orden de no entrar en conflicto con los corintios si estos no dirigían ofensivas contra Córcira. En la batalla de las islas Síbota, entre la isla de Corfú y la costa adriática continental, se enfrentaron las naves de Córcira y de Corinto, y ante la inminente victoria corintia, intervino la escuadra de diez naves atenienses. Los corintios, que ignoraban la magnitud de la flota, optaron por la retirada.

En la ruptura de la Paz de los Treinta Años también fue decisivo que Potidea, situada en la Calcídica de Tracia, pretendiese abandonar Atenas para ingresar en la Liga del Peloponeso, lo que en 432 a. C. provocó que Atenas mandase efectivos para contener a los rebeldes que contaban con el apoyo de Esparta, de Corinto y de la Macedonia del rey **Pérdicas II**.

Por otro lado, también fue determinante el hecho de que Atenas impusiese una gran sanción económica a Mégara por haber ingresado en la Liga del Peloponeso —Mégara brindaba un práctico puerto en el golfo de Corinto.

Todos estos hechos fueron contemplados por Esparta y sus aliados como una violación de las cláusulas de la Paz de los Treinta Años, por lo que los espartanos declararon la guerra a Atenas en 431 a. C. dando inicio a la Segunda Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.).

La consecuencia inmediata de la Primera Guerra del Peloponeso fue la confirmación de Atenas como una potencia naval. En consecuencia, la Liga Ático-Délica dejó de ser una alianza entre *poleis* independientes para transformarse en un organismo integrado por *poleis* dependiente de Atenas. A las *poleis* que abandonaron la confederación, como Mileto o Samos, se les requisaron sus naves, se les obligó a pagar tributos, se les desmantelaron sus murallas, se les confiscaron parte de sus tierras para ser distribuidas entre los ciudadanos atenienses, y se les impusieron guarniciones y supervisores de su actividad política —en determinados casos incluso llegaron a perder su autonomía—. Estas medidas proporcionaron a Atenas buena parte de sus ingresos públicos mediante los cuales se pudo conformar una gran flota. Asimismo, una parte considerable de los ingresos públicos se destinó a la reconstrucción de la acrópolis ateniense, muy afectada desde la invasión persa.

El hecho de que Atenas contase con recursos abundantes provocó una gran afluencia de extranjeros a Atenas dedicados al comercio y a la artesanía. La recursos fueron tan abundantes que la democratización de los cargos públicos no provocó reacciones en contra, ya que todas las clases se beneficiaron en menor o mayor medida. Atenas se convirtió en el centro neurálgico del Mediterráneo oriental y en el principal mercado de la Hélade tanto por la abundancia de recursos como por las posibilidades de redistribución de materias primas.

LA SEGUNDA GUERRA DEL PELOPONESO (431-404 A. C.)

La Guerra del Peloponeso comprende la serie de conflictos bélicos que se dieron entre 431 a. C. y 401 a. C. separados por intervalos de paz. La fuente literaria primordial para el conocimiento de este periodo es la obra de **Tucídides** (460-396 a. C.), *Historia de la Guerra del Peloponeso*, que tanto por su objetivismo como por su método riguroso puede calificarse como la primera gran obra histórica, si bien interrumpida en 411 a. C. con su muerte. **Tucídides** actuó como estratego ateniense, acusado de ser el responsable de la pérdida de Anfípolis durante la Guerra del Peloponeso, y por ello destituido de su cargo y condenado al ostracismo. En su obra utilizó materiales de primera mano y en algunos casos él mismo fue protagonista o testigo de los hechos que narra. Aparte de Tucídides, la historiografía actual también recurre a los escritos de **Jenofonte** (431-354 a. C.) y de autores posteriores como **Diodoro de Sicilia** (siglo I a. C.) y **Plutarco** (50-120).

Nunca hasta entonces un conflicto se desarrolló en un escenario tan extenso, desde Sicilia y la Magna Grecia hasta Asia Menor, ni nunca hasta entonces se vieron implicados en un mismo conflicto tantas comunidades griegas y tantos contingentes.

Para **Tucídides** la causa profunda del conflicto se encuentra en el crecimiento del poder ateniense y en el temor que, en consecuencia, inspiraba a los peloponesios, que hicieron inevitable la ofensiva.

En realidad, la iniciativa que condujo a la guerra no partió ni de Atenas ni de Esparta, sino de los aliados espartanos, sobre todo de Corinto. En el otoño de 432 a. C., una comisión de corintios, megarenses y eginetas acusó a Atenas ante Esparta de haber violado la Paz de los Treinta Años en los asuntos referentes a Córcira y Potidea. Fue Tebas la que desencadenó sobre manera las hostilidades, pues en la primavera de 431 a. C. un destacamento de trescientos tebanos cayó sobre Platea y, con la asistencia de algunos de sus habitantes, acabó apoderándose de la ciudad.

La Segunda Guerra del Peloponeso no supuso sino el enfrentamiento entre dos bloques de ciudades-estado:

— La Liga Ático-Délica, dirigida por Atenas, que controlaba todo el Egeo, excepto Melos, y contaba con aliados en Grecia continental, como Tesalia y Platea, y en la Magna Grecia. Atenas disponía de la flota más poderosa: 300 trirremes con una tripulación formada fundamentalmente por *thetes*. Contaba, asimismo, con las naves de las ciudades aliadas, de las que Atenas podía disponer en cualquier momento. El ejército ateniense de tierra estaba conformado por 13.000 hoplitas en campaña y 16.000 hombres en condiciones de poder ser llamados a filas —jóvenes en edad premilitar, veteranos y *metecos*—. Además, la situación financiera de Atenas era la mejor de toda Grecia, pues contaba con reservas de más de 6.000 talentos.

— La Liga del Peloponeso, comandada por Esparta, agrupaba a todos los estados del Peloponeso, a excepción de Argos y Acaya, Mégara y Locria. Contaba, igualmente, con el apoyo de Focea y de Beocia, excepto Platea, varias ciudades del Adriático y Sicilia. Contaba con el ejército de tierra más poderoso, aunque sólo estaba formado por 4.000 hoplitas, pero perfectamente adiestrados y que podían multiplicarse por diez con contingentes aliados y mercenarios. La flota era muy inferior a la ateniense, si bien poco a poco fue igualándose con la contribución de los aliados de Occidente. Al contrario que Atenas, Esparta carecía de solvencia financiera, lo que obligó a mantener relaciones con los persas con objeto de garantizar el subsidio.

Los episodios más relevantes y significativos fueron:

— La guerra aquidámica (431-421 a. C.).

— La expedición ateniense a Sicilia (415 a. C.), con la consiguiente derrota de Siracusa y la pérdida del ejército expedicionario.

— La Guerra de Decelia (413-404 a. C.).

En el año 404 a. C., tras ser cercada por las tropas de **Lisandro**, rey de Esparta, Atenas se rindió sin condiciones. No obstante, el monarca espartano no se conformó sólo con la rendición, sino que, además, impuso un nuevo gobierno a Atenas, el de los 30 tiranos, gobierno que sería depuesto en 403 a. C.

Fuente: *Atlas Histórico. Mundo Antiguo*, National Geographic Historia, 2017, p. 102-103.

Mapa 53. La Guerra del Peloponeso.

La guerra aquidámica (431-421 a. C.)

Este conflicto vino provocado porque el rey espartano **Arquídamo II** decidió invadir el Ática. Antes de proceder con dicha operación, **Arquídamo II** envió a Atenas un heraldo con el propósito de que la ciudad cediera a las propuestas espartanas. No obstante, al heraldo ni siquiera se le permitió hablar. El rey de Esparta comenzó entonces la ofensiva comenzando con el asedio de Énoe, bastión que protegía a Atenas por el norte. Acto seguido, dirigió sus ataques contra el *demos* de Arcanes, en las proximidades de Atenas, continuando con su acción devastadora. Pero advirtiendo que los atenienses no realizaban ninguna salida, decidió retirarse a Beocia y allí disolvió el ejército.

Atenas, por su parte, emprendió operaciones de represalia sobre territorio enemigo. En este sentido, una escuadra de cien naves cayó sobre Metome, si bien la rápida ayuda de **Brásidas**, brillante general espartano, impidió que se tomará la ciudad.

En el verano de 430 a. C., aparecieron de nuevo en el Ática las tropas peloponésicas al mando de **Arquídamo II**. En esta ocasión, los efectivos de **Arquídamo II** asolarían las cosechas. **Pericles** decidió que toda la población se refugiarse tras los Muros Largos y, en consecuencia, llevar la contienda al mar. La ventaja con la que contaba Atenas era que, a pesar de encontrarse atrincherada, contaba con el puerto del Pireo para que se suministrara por vía marítima. Sin embargo, sucedió algo imprevisto. Sea cual fuese la enfermedad, muy probablemente tifus o viruela, la epidemia vino con las provisiones que llegaban al puerto del Pireo expandiéndose rápidamente por toda la ciudad provocando un panorama desolador. Se considera que a consecuencia de esta epidemia pudo morir más de un tercio de la población ateniense, cuya concentración tras las murallas favoreció la rápida propagación de la enfermedad.

Eran muchos los atenienses que optaban por la paz, dejando a un lado los intereses del Estado y de la colectividad. Avivado por la oposición, el pueblo retiró su apoyo a **Pericles**; en consecuencia, un decreto de la asamblea popular lo destituyó del cargo de estratego. Pero la caída de **Pericles** no trajo consigo nuevas iniciativas que permitieran conseguir la paz, ni tampoco una nueva orientación en la estrategia de la guerra. Es por ello por lo que en la primavera de 429 a. C. el pueblo lo consideró de nuevo persona idónea para regir los destinos de Atenas.

Uno de los acontecimientos más relevantes de ese año fue la definitiva rendición de Potidea. Aislada por el hambre, ofreció al ejército ateniense la rendición.

Por otro lado, cuando la flota corintia se acercaba a Acarnania, la ateniense, bajo la dirección de **Formión**, le salió al paso y la derrotó. Las fuentes nos informan de que muy probablemente **Pericles** no llegara a ser informado de esta victoria, ya que, gravemente afectado por la peste murió a finales de 429 a. C.

Sin **Pericles** en la escena político-militar ateniense, dos políticos se disputarían a partir de este momento el poder: **Nicias**, un conservador que ansiaba una paz con Esparta y una democracia moderada con una potente oligarquía; y **Cleón**, un demócrata radical que abogaba por el aniquilamiento de los espartanos y el mantenimiento del imperio.

Cleón asumió la dirección de Atenas logrando que los espartanos retiraran su asedio. A partir de ese momento, Atenas contraatacó por mar en diferentes puntos de Grecia. Si bien lograron algunas victorias, Esparta tomó Platea provocando, en consecuencia, una rebelión en Mitilene en 428 a. C. **Cleón** envió sus tropas a la isla y sofocó la revuelta, y como castigo propuso ejecutar a todos los varones y vender a las mujeres y a los niños como esclavos. Acontecimientos muy similares a los de Mitilene tuvieron lugar en 427 a. C. en Corcira, donde estalló una revolución oligárquica. Los enfrentamientos terminaron en 425 a. C. cuando una flota ateniense fondeó en Sicilia.

Por otro lado, en 427 a. C. Siracusa mostró sus ansias expansionistas afectando los intereses de las ciudades de la zona que recurrieron a Atenas. La flota ateniense arribó a Region, y su llegada provocó que algunas ciudades como Mesina concertaran una alianza con Atenas.

En el verano de 426 a. C., **Demóstenes** fue elegido estratego. Pilos quedaría en manos de los atenienses, que la entregarían a los mesenios de Naupacto.

En 425 a. C. los espartanos sufrieron una derrota en Esfacteria. **Cleón**, partidario de pasar a la ofensiva, rechazó la oferta de papel enemigo.

En 424 a. C., derrotaría la Confederación de Beocia en la batalla de Delio. Sin embargo, sus *poleis* aliadas comenzaron a sublevarse de nuevo con motivo de la subida de los tributos, medida que no fue aceptada por las *poleis* calcídicas. Los espartanos aprovecharon esta tesitura para que estos territorios se sumasen a su causa, y el general espartano **Brásidas** fue a imponer su autoridad. Tanto **Cleón** como **Brásidas** encontraron la muerte en la batalla de Anfípolis en 422 a. C. La batalla culminaría con la toma de Anfípolis por parte de los espartanos.

Muerto **Cleón**, la dirección de Atenas quedó en manos del demócrata moderado **Nicias**. Con él en el poder, atenienses y espartanos llegaron a un acuerdo en 421 a. C., la conocida como Paz de Nicias, que sofocaría las tensiones reestableciendo el *status quo*. El inconveniente de dicho acuerdo era que algunos aliados de Esparta, como Corinto, Mégara y la confederación de Beocia, no reconocieron ese acuerdo al no obtener ningún beneficio.

Con este panorama de paz relativa, **Alcibíades** llego al poder de Atenas. Tras lograr el mando como estratega, temeroso del avance espartano se alió con Argos, Mantinea, Elis y otros estados del Peloponeso. No obstante, los atenienses fueron derrotados en 418 a. C. en

la batalla de Mantinea. Como consecuencia, Esparta recuperó el apoyo de Corinto y de Beocia reconstruyendo la Liga del Peloponeso.

La invasión de Sicilia (415-413 a. C.)

En 415 a. C., delegados de la colonia de Segesta, en Sicilia, solicitaron el auxilio ateniense frente a las *poleis* proespartanas de Selinunte y Siracusa. Ante tales acontecimientos, la asamblea otorgó a **Alcibíades** 140 naves, 5.000 hoplitas y 1.000 arqueros. Además, **Nicias**, en contra de su voluntad, dirigió como general una de sus flotas junto a los generales atenienses **Alcibíades** y **Lámaco**.

El día antes de zarpar aparecieron varios *hermai*, estatuas fálicas con cabeza de Hermes, mutiladas y sin cabeza —estas estatuas se colocaban a la entrada de las propiedades para portar fortuna—. Se mencionó, en relación con estos hechos sacrílegos, el nombre de **Alcibíades**, y sus enemigos se apresuraron a acumular sobre su persona nuevas acusaciones.

Ya en Sicilia, llegó una nave ateniense, la Salamina, que pretendía meter en prisión a **Alcibíades**. Tan pronto fue informado, el estratego ateniense decidió escapar y cambiar de causa. Los espartanos terminaron combatiendo en Sicilia a las órdenes de **Gilipo**, quien logró acabar con **Lámaco** y con **Nicias** en la batalla del río Asinaro en 413 a. C. La flota ateniense fue destrozada y los supervivientes fueron condenados a la esclavitud. En consecuencia, Atenas perdió su prestigio de potencia invencible.

Guerra de Decelia (413-404 a. C.)

En 413 a. C. **Alcibíades** aconsejó al rey espartano **Agis II** tomar la fortaleza de Decelia. Con la toma de dicha fortaleza los espartanos lograron tener de nuevo apresados a los atenienses —la ocupación de Decelia fue muy agravante para la economía ateniense—. No obstante, la amistad entre **Alcibíades** y **Agis II** no duró mucho tiempo, pues, al parecer, Alcibíades mantuvo un romance con la mujer del rey espartano y tuvo que marchar a territorio persa donde sirvió como consejero de **Tisafernes**, el sátrapa de Lidia y Caria.

Paralelamente, mediante un golpe de estado en Atenas acabó imponiéndose en 411 a. C. un gobierno oligárquico comúnmente conocido como el gobierno de los Cuatrocientos —estos cambios institucionales no tuvieron incidencia en la política exterior, pues ni Persia se alió con Atenas, ni Esparta buscó la reconciliación—. No obstante, el gobierno oligárquico fue muy breve al ser sustituido por un gobierno de 5.000 miembros que permitió el retorno de los demócratas de Samos y la restitución de Alcibíades como estratego, logrando derrotar a los espartanos en Abidos y en Cícico en 410 a. C.

Tras la derrota de Cícico, los espartanos ofrecieron la paz bajo la propuesta de que cada bando conservase las posesiones que hasta ese momento retenía y la permuta de Decelia por Pilos y Citera.

Así las cosas, sería Esparta la que se aliaría con la satrapía persa de Asia Menor liderada desde 408 a. C. por el hijo de **Darío II, Ciro el Joven**. Está nueva alianza afectaría considerablemente a Atenas, siendo el caso más evidente la derrota en la batalla naval de Notio en 406 a. C. que supuso la destitución de **Alcibíades** como estratego y su retiro al Quersoneso tracio.

En 405 a. C. **Lisandro** tomó el control del Helesponto. El general ateniense **Conón** contraatacó en la batalla de Egospótamos, si bien obtuvo la derrota y Atenas tuvo que rendirse. Por lo que respecta a las condiciones de paz, Esparta obligó a Atenas a derribar sus Muros Largos y a disolver la Liga de Delos. Además, le impuso un gobierno oligárquico, el de los Treinta Tiranos (404-403 a. C.), encabezado por hombres como **Terámenes** y **Critias**. Los Treinta Tiranos organizaron un gobierno caracterizado por un poder sin límites —el Consejo de los Quinientos fue constituido por miembros seleccionados afines al nuevo régimen—. No obstante, la democracia tornaría apenas dos años después de la mano de **Trasíbulo**, quien logró entrar en Atenas, dar muerte a **Critias** y restaurar el régimen democrático.

A pesar de haber recuperado el régimen democrático, en realidad Atenas había quedado muy devastada y era Esparta, la vencedora de la Guerra del Peloponeso, la que pasó a ocupar una posición preeminente en toda la Hélade.

LOS TREINTA TIRANOS

En el primer momento, Critias coincidía con Terámenes y era amigo suyo, pero desde el punto en que se mostró inclinado a matar a muchos por el mero hecho de haber sido desterrado por el pueblo, Terámenes se opuso y decía que no era lógico condenar a muerte a todo el que hubiera recibido honores del pueblo, aunque no hubiera hecho ningún daño a los nobles, «puesto que tú y yo», dijo, «hemos dicho y hecho muchas cosas con el solo objeto de complacer a la ciudad». (16) Él argumentó en contra suya que no era posible para los que quieren medrar no quitarse de en medio a los que son más capaces de impedírselo. «Pero si, puesto que somos treinta y no uno solo, piensas que no es necesario salvaguardar este gobierno como si se tratara de una tiranía, eres un ingenuo». (17) Ahora bien, dado que, al morir muchos e injustamente, estaba claro que también eran muchos los que se reunían y se preguntaban cuál iba a ser la constitución, a su vez dijo Terámenes que, si no se captaban suficientes colaboradores para el gobierno, sería imposible que la oligarquía durase. (18) Después

de esto, en efecto, Critias y los otros treinta llegaron a asustarse, y no menos por Terámenes, no fuera a ser que se coordinaran en torno a él los ciudadanos, por lo que seleccionaron a tres mil para que tomaran parte en el gobierno. (19) Pero de nuevo Terámenes ante esto dijo que, por lo menos a él, le parecía absurdo en primer lugar que, si querían convertir en colaboradores suyos a los mejores de los ciudadanos, los buenos fueran tres mil, como si este número tuviera alguna fuerza especial y no fuera posible que al margen de ellos los hubiera virtuosos ni, dentro de éstos, miserables. «Además», dijo, «yo veo que nosotros dos hacemos las cosas más opuestas, desde el momento en que, además de violento, hacemos el gobierno más débil que los gobernados».

(Jenofonte, Helénicas, II, 3, 15)

Jenofonte: Helénicas, trad. de D. Plácido (1989), Alianza Editorial, Madrid.

Consecuencias

En realidad, la Guerra del Peloponeso afectó en menor o en mayor grado a todos los estados griegos, vencedores y vencidos. Sus consecuencias se dejaron sentir en los aspectos económicos, sociales, políticos y culturales.

Concluida la Guerra del Peloponeso en 404 a. C., los dos principales representantes del poder en la Hélade fueron Esparta y Tebas.

A pesar de todas las medidas adoptadas por **Pericles**, la contienda la perdieron los atenienses por falta de recursos económicos. Concluida la guerra, se perdieron las posesiones ultramarinas y, en consecuencia, se dejó de disponer de lugares donde poder remitir a la población desheredada de la fortuna para encontrar fuera del Ática un medio donde poder subsistir.

Por otro lado, la bonanza de Asia Menor fue en aumento, como así lo evidencian las construcciones monumentales emprendidas por algunas ciudades y la expansión del espacio urbano.

Por lo que respecta a Esparta, una vez acabado el conflicto, el tesoro traído por **Lisandro** a Esparta, así como las cargas impuestas a los estados griegos hicieron posible una relativa recuperación del tesoro público. No obstante, ni el oro persa, ni el tesoro traído por Lisandro, ni los nuevos ingresos del exterior desagraviaron las cuantiosas pérdidas humanas.

Tesalia apenas se vio afectada económicamente durante el desarrollo del conflicto. Sus posibilidades económicas facilitaron su desarrollo urbanístico de la mano de personajes que habían alcanzado gran ascendencia política.

En cuanto a Beocia, sacó provecho de la Guerra del Peloponeso, pues los miembros de la Liga de Beocia, especialmente Tebas, se fortalecieron económica y políticamente, —ya en 427 a. C. Tebas se anexionó Platea.

La Guerra del Peloponeso supuso la profesionalización del ejército, pues la frecuencia continua de las batallas convirtió a los ejércitos contendientes en profesionales. Uno de los efectos más significativos del conflicto fue la frecuencia del empleo de soldados mercenarios.

Platón y **Aristóteles** manifiestan en sus escritos la desilusión ateniense ante el sistema democrático y sendas alternativas para superarlo. En consecuencia, se acentuaron desde el punto de vista teórico otros sistemas, desde la realeza hasta una forma de tiranía benevolente y benefactora. No obstante, sería la forma de gobierno basada en la monarquía hereditaria la que acabaría por imponerse durante el siglo IV a. C.

LA SUPREMACÍA DE ESPARTA Y DE BEOCIA

Desaparecido el bipolarismo que Atenas y Esparta habían mantenido durante los últimos decenios, quedaba tan sólo una potencia, Esparta, dominante por tierra y por mar, a la que todas las *poleis* griegas estaban subordinadas en menor o en mayor grado. Gracias al apoyo persa, Esparta se había convertido en la potencia hegemónica de la Hélade. Una de sus primeras medidas consistió en la liberación de los griegos de Asia Menor, medida que resultó confusa por tratarse de territorios que se encontraban bajo el dominio de su antiguo aliado. En todas las *poleis* aliadas de Atenas impuso un gobierno oligárquico formado por diez miembros, decarquías, y defendido por un gobernador militar espartano dotado de un ejército de mercenarios. Por consiguiente, el dominio ateniense fue progresivamente sustituido por un dominio espartano asistido por Tebas y Corinto. La victoria espartana no significó paz y estabilidad duraderas, sino más propiamente el comienzo de un periodo de nuevos conflictos de los que sacarían provecho persas y macedonios.

La hegemonía espartana generó tal descontento, que aliados tradicionales de Esparta, como Tebas y Corinto, optaron por defender la causa de Atenas y de Argos, medida que provocó la Guerra de Corinto (394-386 a. C.), guerra que puso en serio peligro el predominio espartano. Corinto, Tebas, Atenas y Argos, con apoyo persa, se enfrentaron a Esparta. Sin embargo, el rey **Argesilao II**, sucesor de **Lisandro**, se impuso en tierra, si bien en el mar acabó la hegemonía espartana, lo que permitiría a Atenas recuperar su preeminencia. El vencedor fue, sin duda, **Artajerjes II**, Gran Rey de Persia, que impuso las condiciones en la Paz de Antálcidas (387 a. C.), llamada así por el rey espartano que derrotó a la escuadra ateniense aliándose nuevamente a los persas. Las ciudades griegas de Asia Menor quedaron bajo control persa. Desde entonces, comenzó la carrera imparable de Tebas hacia la hege-

monía en Grecia. Dirigida por célebres generales y políticos como **Epaminondas** y **Pelópidas**, Tebas logró en 379 a. C. la hegemonía sobre Beocia. Paralelamente, Atenas fundó en 377 a. C. la Segunda Liga Délica con objeto de hacer frente al dominio espartano. Esparta se vio enfrentada entonces a dos fuertes rivales, por lo que en 371 a. C. decidió firmar una tregua con Atenas para enfrentarse a Tebas. Los tebanos derrotaron a los espartanos en las batallas de Leuctra (371 a. C.) y Mantinea (362 a. C.). Ambas derrotas significaron el fin del dominio espartano en Grecia, pero, también, el de Tebas, pues en Mantinea murió Epaminondas —fue el genio creador de una nueva táctica de guerra en sustitución del clásico choque frontal de dos ejércitos dispuestos en líneas paralelas: la línea oblicua, que consistía en la concentración de la mayor parte de las tropas en el ala izquierda, logrando de manera simultánea una columna infranqueable en la izquierda y el retraso de la pelea en el centro y la derecha.

Tras el fracaso del domino de Tebas, Atenas intentó establecer un nuevo imperio. Sin embargo, sus aspiraciones se vieron anuladas durante la Guerra de los Aliados (357-355 a. C.).

Todos estos episodios evidenciaron que la *polis* fue incapaz de unir a los griegos y de mantener la paz entre ellos. En el siglo IV a. C. esta estructura había llegado al final de su ciclo histórico, y las bases que la sustentaron, los campesinos hoplitas defensores de su independencia, desaparecieron siendo sustituidos por mercenarios.

LA SUPREMACÍA ESPARTANA

(1) Mandaron en efecto armas y tripulaciones a las naves de Conón y fueron enviados embajadores al rey [...] los de [...] [...]crates, Hagnias y Teleségoro; pero se apoderó de ellos Fárax, el anterior navarco, y se los remitió a los lacedemonios, los cuales los mataron. (2) Enfrente a esto existía una oposición en la que los promotores eran de los Epícrates y Céfalo. Éstos eran precisamente los que deseaban más vivamente que la ciudad emprendiera la guerra, y no tenían dicha opinión desde el momento en que dialogaron con Timócrates y habían recibido el oro, sino desde mucho antes. Sin embargo, algunos dicen que el dinero de aquél fue la causa de que se pusieran de acuerdo tanto ellos como los de los beocios y los de las otras ciudades indicadas, sin saber que a todos desde hacía tiempo les venía sucediendo que estaban en disposición hostil hacia los lacedemonios y miraban cómo llevar las ciudades a la guerra. En efecto, los argivos y los beocios odiaban a los lacedemonios porque a los ciudadanos que se oponían a ellos los trataban como amigos, y los de Atenas porque deseaban apartar a los atenienses de la tranquilidad y de la paz y llevarlos a guerrear y a dedicarse a la acción, para poder enriquecerse ellos con los bienes comunes. (3) De los corintios, los que buscaban que las cosas cambiaran estaban en general en una situación próxima a los argivos y a los beocios en su hostilidad hacia los lacedemonios, en cambio Timolao era el único que difería por causa de sus propias quejas, pues antes se hallaba en la mejor disposición y era un gran amigo de los lacedemonios, como es posible deducir de los sucesos de la guerra

decélica. En efecto, él una vez con cinco naves saqueó algunas de las islas que se encontraban bajo control de los atenienses, y otra vez con dos trieres, tras desembarcar en Anfípolis y haber dotado otras cuatro entre los de allí venció a Símico, estratego de los atenienses, como ya he dicho antes, y se apoderó de las trieres enemigas que eran cinco y de las treinta naves que habían enviado. (4) Después, con [...] trieres tras desembarcar en Tasos separó la isla de los atenienses. (5) Los de las ciudades mencionadas más por esto que por Farnabazo y el oro estaban en disposición de odiar a los lacedemonios.

(*Helénica de Oxirrinco*, VII, II)

Helénica de Oxirrinco, ed. de V. Bartoletti (1959), Leipzig; trad. de D. Plácido.

LA ASCENSIÓN DE MACEDONIA

Pese a todo, el ideal de la unidad sobrevivió en un reino considerado semibárbaro por los habitantes de las *poleis*: Macedonia —aún hoy existe un debate historiográfico que trata de dilucidar si los macedonios eran étnicamente griegos, pues, de hecho, durante siglos se habían mantenido al margen del mundo helénico, y sólo a principios del siglo V a. C. comenzaron a tomar parte en la vida griega.

Durante el reinado de **Filipo II** (359-336 a. C.), los macedonios pusieron en práctica una política exterior expansiva que tuvo como resultado la unificación de Grecia bajo su hegemonía. Para ello, **Filipo II**, que tuvo como principal oponente al ateniense **Demóstenes**, no optaría por una política de sumisión, sino que finalizada la batalla de Queronea (338 a. C.), que significó el final de la independencia de las *poleis*, fundó la Liga de Corinto en 337 a. C., una confederación en la que se agruparían todas las *poleis*, a excepción de Esparta, con el propósito de liberar a los griegos de Asia Menor. En esta alianza **Filipo II** sólo ejercería el mando militar, si bien quedaba como el nuevo dueño de Grecia.

Macedonia era una región balcánica situada al norte de Tesalia. Limitaba al Sur con el monte Olimpo y el mar Egeo, incluyendo la península Calcídica, al Norte con el lago de Ócrida, entre los actuales estados de Macedonia y de Albania, al Este con los montes Ródope y al Oeste con los montes Pindo. Ocupaba toda la actual región griega de Macedonia, el sur del actual estado de Macedonia y el suroeste del actual estado de Bulgaria. Su territorio duplicaba en superficie el de Tesalia y su densidad demográfica era escasa y muy dispersa. Si bien en su territorio existían colonias griegas, siempre se consideró un estado independiente y culturalmente diferente, y los macedonios nunca fueron considerados griegos por el resto de *poleis* de la Hélade. Su lengua era el antiguo macedonio, perteneciente a la familia indoeuropea y emparentada con el griego, aunque no era un dialecto del griego.

Económicamente, Macedonia disponía de importantes recursos naturales, sobre todo de madera, uno de los materiales fundamentales para la construcción de los navíos.

Contaba con una monarquía militar sostenida por sentimientos de fidelidad personal a su soberano. El rey era asistido en todo momento por la nobleza y podía contar, asimismo, con el apoyo del campesinado.

Alejandro I (494-454 a. C.) fue el responsable de la conversión del ejército macedonio en la clave para lograr ampliar el reino mediante la conquista y consolidación de nuevos territorios. En este sentido, incorporó a las filas del ejército a un buen número de campesinos que combatían a pie, a los que dio el nombre de *pezhetairoi*.

A la muerte de **Alejandro I**, la actitud de sus hijos, **Filipo**, **Alcetas** y **Pérdicas**, que heredarían los dominios de su progenitor, fue muy discordante. La inestabilidad que se vivía en Macedonia fue aprovechada por Atenas para fundar en la zona la colonia de Anfípolis y, seguidamente, para lograr que Metone ingresase en su liga. **Pérdicas** propició la unión de las ciudades situadas en las proximidades a Olinto en una confederación. Aprovecharía el estallido de la Guerra del Peloponeso para liberarse de su hermano **Filipo**.

Pérdicas II de Macedonia murió en 413 a. C. Dejaba un reino consolidado, a cuyo frente se situó su hijo bastardo **Arquelao I** (413-399 a. C.). Fue el responsable de trasladar la capital del reino de Egas a Pella, logrando hacer de la nueva capital un auténtico núcleo intelectual. En este sentido, la consolidación económica y la reforma del ejército hicieron posible que **Arquelao I** desarrollara una política propia.

Los años inmediatos a la muerte de **Arquelao I** fueron años enturbiados por la confusión y la anarquía. Ese fue el panorama que se encontró **Amintas III** cuando accedió al trono de Macedonia en 393 a. C. Solicitó ayuda a la Confederación Calcídica, que pretendía quedarse con parte de los territorios liberados. Sin embargo, gracias a la liberación de Esparta lograron pasar definitivamente a Macedonia.

A su muerte en 370 a. C., el rey dejaba tres hijos legítimos, **Alejandro**, **Pérdicas** y **Filipo**. **Alejandro** lograría hacerse con el trono con el nombre de **Alejandro II** (370-368 a. C.). Cuando los tebanos abandonaron Macedonia, **Alejandro** fue asesinado y **Ptolomeo** se convirtió en regente de los hijos del rey, pero fue a su vez asesinado en 365 a. C., cuando **Pérdicas III** acababa de alcanzar la mayoría de edad.

Pérdicas III (365-359 a. C.) acabó con **Menelao** en la región de Lincéstide regulando los derechos portuarios con la ayuda del ateniense **Calístrato**. Así las cosas, la mayor amenaza vino representada por los ilirios de **Bardilis**, que lograron derrotar al ejército macedonio y dar muerte a **Pérdicas III**.

Cuando **Filipo II** accedió al trono en 359 a. C., la pervivencia de Macedonia estaba en entredicho. Consciente de la situación tan crítica de Macedonia, el nuevo monarca orientó sus actuaciones en las siguientes medidas: acabar con el rey de Argos, **Argeo**; expulsar a los contingentes ilirios del territorio macedonio; ratificar una alianza con Atenas con el propósito de evitar las incursiones atenienses desde la costa. Pero sin duda, la medida de mayor éxito se produjo en el ámbito militar, al haber sido el responsable de una nueva táctica militar, la de la falange macedónica, por la que los soldados se protegían con sólidos escudos de bronce mientras atacaban a los agresores con largas picas. Asimismo, fue el responsable de crear un cuerpo profesional de infantería de élite, los *hipaspistai*.

Las minas del Pangeo, situadas en la costa de Tracia, proporcionaron cuantiosos recursos, más de 1.000 talentos anuales, con los que **Filipo II** pudo acuñar una nueva moneda de oro, el filipo, capaz de competir con los dáricos persas y los dracmas atenienses.

Filipo II fue capaz de expulsar de Macedonia a las tropas ilirias del rey **Bardilis**, quien murió en combate, imponiendo su autoridad en la alta Macedonia y obligando a los líderes de la zona a instalarse en la capital macedonia.

Filipo II ansiaba el dominio de Anfípolis, territorio sobre el que Atenas se consideraba con derechos históricos. Prometió tomar dicho territorio para los atenienses a cambio del reconocimiento por parte de Atenas de la posesión macedónica de Pidna y, seguidamente, de Metona, donde él mismo había perdido un ojo en 354 a. C. Por otro lado, negoció una alianza con los olintios bajo la promesa de conquistar para ellos Potidea, que se encontraba en manos atenienses.

En este contexto, Bizancio optó por la defección, algunas islas de la confederación ateniense habían sido atacadas por el tirano **Alejandro de Feras** y Eubea seguía bajo la influencia de Tebas.

El malestar de los aliados atenienes derivó en una progresiva hostilidad abierta que acabó en guerra, la comúnmente conocida como Guerra de los Aliados (357-355 a. C.). La causa inmediata fue los movimientos de **Mausolo**, dinasta minorasiático, que pretendía extender sus dominios sobre las islas del Egeo oriental. Bizancio, Quíos, Cos y Rodas hicieron defección de la Segunda Liga Ateniense, mientras **Filipo II** asediaba Anfípolis y Atenas centraba sus esfuerzos en la zona del Helesponto. **Cabrias** encontró la muerte atacando el puerto de Quíos. Por su parte, los sublevados reaccionaron y saquearon las cleruquías de Imbros, Lemnos y Samos.

En el verano de 356 a. C., los atenienses enviaron sesenta naves dirigidas por **Timoteo** e **Ifícrates** en auxilio de **Cares**. Falto de medios, **Cares** se puso al servicio del sátrapa **Artabazo**, que se había sublevado contra el rey persa, quien a su vez exigió su regreso bajo la amenaza de sumarse a los enemigos de Atenas aportando trescientas naves. Los atenienses llamaron

a **Cares** y reconocieron la independencia de los estados sublevados. Fue así como se puso término a la Guerra de los Aliados.

Figura 50. Efigie de Filipo II de Macedonia.

Las primeras intervenciones militares de **Filipo II** en territorio griego se produjeron en el contexto de la Tercera Guerra Sagrada (356-346 a. C.). Tras la batalla de Leuctra, los focidios se vieron obligados a aceptar la hegemonía tebana. Tebas utilizó la mayoría de los votos con los que contaba en la anfictionía para imponer a los focidios una multa por aprovechamiento sacrílego de las tierras del templo de Delfos e incluir en la condena a los espartanos por la ocupación de la Cadmea en el pasado. Los focidios se negaron a pagar y, bajo el mando de **Filomeno**, tomaron Delfos, se apoderaron de los tesoros del templo y los utilizaron para alistar tropas mercenarias. No obstante, **Filomeno** moriría en 354 a. C. combatiendo a los tebanos. Lo sucedió **Onomarco**, general que contó con la colaboración del tirano de Feras, mientras que otras ciudades, como Larisa, le eran contrarias. Fueron estas ciudades las que llamaron a **Filipo II** para que les ayudara contra los focidios. En 352 a. C. **Filipo II** penetró en Tesalia con un poderoso ejército y logró derrotar completamente a Onomarco, que murió en combate.

Cuando en 352 a. C. **Filipo II** sitió Heraion Teichos como paso previo al sometimiento definitivo de Quersobleptes, Atenas se sintió profundamente alarmada, ya que con la operación de Filipo quedaban amenazadas las cleruquías atenienses en el Quersoneso, así como los suministros de trigo.

En 349 a. C. **Filipo II** pasó a la ofensiva utilizando como pretexto la negativa de Olinto a conceder la extradición de algunos pretendientes al trono de Macedonia. Cuando la ayuda llegó, Olinto ya había caído en manos de **Filipo II**. Atenas sufría un doble revés en la Calcidia y en Eubea en 347 a. C.

Filipo II ofreció la paz a Atenas, lo que para los atenienses significaba la confirmación momentánea de sus posiciones en el Quersoneso e impedir la expansión de Macedonia más allá de los pasos de las Termópilas.

En 346 a. C. una embajada en la que figuraban **Esquines** y **Demóstenes**, quienes se encontraban política y judicialmente enfrentados, negociaron con Macedonia la llamada Paz de Filócrates sobre la base del orden existente en el momento de la firma, en realidad muy humillante para los atenienses.

Paralelamente, una nueva revolución estalló en la Fócide que permitió al tirano y líder de mercenarios **Faleco** tomar el poder. En este sentido, **Filipo II** marchó al sur y **Faleco** se vio obligado a rendirse. En consecuencia, todas las ciudades focidias, excepto Ábai, deberían ser fragmentadas en aldeas, los tesoros sagrados devueltos, y el lugar y votos que la Fócide tenían en la anfictionía entregados a Macedonia. La liga nombró presidente a **Filipo II**.

En 344 a. C., temeroso de que los atenienses hubieran violado los acuerdos de paz acercándose a los persas, **Filipo II** envío a Atenas emisarios con el propósito de revisar algunas de las cláusulas del tratado de paz.

A partir del 342 a. C., y con el fin de asegurar las fronteras orientales macedonias hasta el Danubio, **Filipo II** inició la conquista de la región, lo que significaba una amenaza directa del Quersoneso. Los atenienses reaccionaron inmediatamente enviando un contingente de tropas mercenarias bajo el mando de **Diópites**, que dirigió una ofensiva contra Cardia, aliada de **Filipo II**, y sometió a pillaje muchas ciudades tracias pertenecientes al rey macedonio.

Demóstenes se dirigió al Helesponto y pactó una alianza con Bizancio y Perinto. La respuesta de **Filipo II** no se hizo esperar, si bien fracasó estrepitosamente cuando en 340 a. C. atacó a ambas ciudades. Los atenienses, exasperados por ese acto de piratería, no tuvieron otra opción que declarar la guerra a Macedonia.

Por lo que respecta a la cuestión de Anfisa, en 340 a. C. los atenienses fueron informados de que los locrios iban a proponer una moción para que se aplicase a Atenas, por sacrílega, una multa de cincuenta talentos. Los tebanos aprovecharían esta ocasión para apoderarse de Nicea.

En 339 a. C., **Filipo II** se hizo dueño de la fortaleza tebana de Elatea. La batalla de Queronea de 338 a. C., se resolvió en una célebre victoria para el rey macedonio. En consecuencia, Atenas se sumió en el pánico. **Filipo II** ofreció la paz junto con la devolución de los

caídos y prisioneros de guerra. La paz se estipuló en términos muy generosos para los atenienses, mientras que los tebanos salieron peor parados. Esta batalla supuso la derrota final de los griegos y el comienzo del dominio macedonio en toda la Hélade.

Una vez que **Filipo II** asumió el control de toda Grecia, en la primavera de 337 a. C. reunió a todas las *poleis*, a excepción de Esparta, y fundó la Liga de Corinto, un gobierno panhelénico que contaba con dos objetivos claramente definidos: la paz común en Grecia y la venganza contra los persas. Constituida la liga, **Filipo II** fue nombrado jefe supremo de un ejército que debía encaminarse a Asia. Una avanzadilla de 10.000 hombres comandados por **Parmenio** y **Atalo** sería enviada a Asia Menor. Cícico, Quíos y Éfeso les recibieron como libertadores. Sin embargo, circunstancias ajenas al rey macedonio no permitieron que concluyera la conquista de Persia. En 337 a. C. **Filipo II** se divorció de **Olimpia** para contraer un nuevo matrimonio con **Eurídice**, una noble macedonia, con la que tuvo a su hija **Europa** en 336 a. C. Para sosegar el descontento de la nobleza epirota, **Filipo II** maniobró un matrimonio de conveniencia entre su hija **Cleopatra** y un hermano de Olimpia. En el verano de 336 a. C., inmediatamente después de la entrada en Asia Menor de los ejércitos macedonios, se celebró la boda de **Cleopatra** en Egas. En plena ceremonia, **Filipo II** murió asesinado por un miembro de su escolta personal, **Pausanias**. Las razones del atentado resultan confusas, pudiendo deberse quizás a las intrigas palaciegas maquinadas por **Olimpia** o bien a una conspiración auxiliada desde Persia.

SIRACURA

Siracusa era una ciudad-estado fundada por Corinto en el sudeste de Sicilia durante el periodo de las segundas colonizaciones. Prosperó velozmente, fundó varias colonias y rivalizó con cartagineses y etruscos por el dominio del comercio del Mediterráneo occidental, siendo fundamental, en este sentido, la victoria en la batalla naval de Cumas en 474 a. C. Tras la segunda expedición a Sicilia (415-413 a. C.), Siracusa experimentó un considerable empobrecimiento a pesar de la derrota ateniense, y desde entonces Cartago inició su intervención en la isla ocupando algunos núcleos del área occidental.

Durante el gobierno del tirano **Dionisio** (405-367 a. C.), tuvo lugar el renacimiento de Siracusa. **Dionisio** de Siracusa ha sido considerado por muchos como el prototipo del tirano. De origen humilde, logró hacerse con el poder apoyándose en una guardia personal de mercenarios. Una vez en el poder, atacó a los ricos, liberó a los esclavos, realizó grandes obras públicas y dirigió varias ofensivas contra los cartagineses. Logró extender su dominio por toda la isla, así como por toda la Magna Grecia, lo que reportó a Siracusa una gran prosperidad económica. Convirtió su poder en un título hereditario, si bien a su muerte comenzaría la decadencia.

En 201 a.C. Sicilia sería absorbida por Roma como nueva provincia romana, quedando frente a frente a partir de ese momento Roma y Cartago.

BIBLIOGRAFÍA

AGUDO VILLANUEVA, M. y GARCÍA GUAL, C.: *Atenas: el lejano eco de las piedras*, Almería, Editorial Confluencias, 2018.

ALONSO TRONCOSO, V.: *Neutralidad y Neutralismo en la Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.)*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1987.

BOWRA, C. M.: *La Atenas de Pericles*, Madrid, Alianza Editorial, 1970.

CASSON, L.: *Ancient Trade et Society*, Detroit, 1984.

CHRYSTAL, P.: *Wars and battles of Ancient Greece*, Stroud, Fonthill Media, 2018.

MARTIN, T.R.: *Pericles: Una biografía su contexto*, Madrid, Ediciones Rialp, 2018.

LONIS, R.: *Guèrre et religion en Greece dans l'époque classique*, París, Les Belles Lettres, 1979.

MORLEY, N.: *El Mundo Clásico: ¿Por qué importa?*, Madrid, Alianza Editorial, 2019.

MURCIA ORTUÑO, J.: *Esparta*, Madrid, Alianza Editorial, 2017.

RODRÍGUEZ ADRADOS, F.: *La democracia ateniense*, Madrid, Alianza Editorial, 1975.

SORDI, M.: *Storia Politica del Mondo Greco*, Milán, Vita e Pensiero, 1993.

WILL, E., MOSSÈ, C. y GOUKOWSKY, P.: *Le Monde Grec et le Orient le IV siècle et l'époque Hellenistique*, vol. II, París, PUF, 1975.

Tema 9
La Grecia Helenística

Sinopsis

Si tuviéramos que identificar a la antigua Grecia con uno de sus personajes más célebres, sin duda alguna ese sería **Alejandro Magno**, hombre cuyo carácter estuvo siempre marcado por sus logros, pero también por la codicia y la presunción.

Entre 334 y 323 a. C., y tras derrotar a los persas, cuyo territorio tomó, creó el mayor imperio de la Antigüedad. En este inmenso imperio, el rey macedonio intentó crear un nuevo poder donde griegos y persas convivieran en armonía bajo una monarquía absoluta de tipo oriental. Sin embargo, su temprana e inesperada muerte impidió este proyecto, y supuso, al mismo tiempo, el colapso de su imperio, ya que carecía de herederos de sangre. Esa situación llevó a que sus principales generales, conocidos como los diádocos —**Ptolomeo**, **Seleuco**, **Antígono Monoftalmos**, **Lisímaco** y **Casandro**—, se pelearan en un prolongado conflicto que concluyó en 276 a. C. con la conformación de tres reinos: Egipto bajo la dinastía de **Ptolomeo**, Asia bajo la dinastía de **Seleuco**, y Macedonia bajo el control de **Antígono Monoftalmos**.

Mientras en Macedonia se mantuvo la monarquía tradicional, en Egipto y en Asia los diádocos establecieron monarquías absolutas donde el reino era patrimonio del rey. Desde una perspectiva socioeconómica, en Macedonia se mantuvo la estructura típica griega, con el campesinado acomodado como clase fundamental. En Egipto y en Asia, por el contrario, una clase privilegiada griega y macedonia ocupó los cargos burocráticos, comerciales y militares principales, quedando sometida la población indígena a sus directrices. La estructura económica era de base agropecuaria, si bien la agricultura era especializada y más rica que la de Macedonia, mientras que el comercio de productos de lujo fue muy importante, así como la creación de estos, que hizo posible el auge de las ciudades de Alejandría y de Antioquía.

Finalmente, el Imperio romano incorporaría los territorios de los reinos helenísticos (Macedonia en 168 a. C., Asia en 64 a. C. y Egipto en 31 a. C.), y de esta manera la civilización romana asumió varios elementos de la cultura oriental.

Guion / Resumen

Alejandro Magno	Hijo de Filipo II de Macedonia y de la princesa epirota Olimpia. Su reinado superó todas las estructuras de la época. En 334 a. C., tras superar el nudo gordiano, se lanzó a la conquista de Asia. Las victorias en las batallas de Granico (334 a. C.) —Sardes, Éfeso y otras ciudades de Jonia y Eolia, a excepción de Mileto, se entregaron sin oponer ningún tipo de resistencia—, Issos (333 a. C.) —la caballería macedonia arrasó a la formación persa, optando Darío III por la huida al otro lado del Éufrates— y Gaugamela (331 a. C.), le fueron suficientes para acabar con el enemigo persa. Entre 334 y 323 a. C. creó el mayor imperio de la Antigüedad. Intentó crear un nuevo poder donde griegos y persas convivieran en armonía bajo una monarquía absoluta de tipo oriental. En 323 a. C. Alejandro se instaló en Babilonia. Deseaba emprender nuevos proyectos como la exploración del mar Caspio o la conquista de Arabia, aspiraciones interrumpidas por su repentina muerte ese año.
De los diádocos a la dominación romana	La temprana muerte de Alejandro supuso el colapso de su imperio, ya que carecía de herederos de sangre. Esa situación llevó a que sus principales generales, los diádocos —Ptolomeo, Seleuco, Antígono Monoftalmos, Lisímaco y Casandro—, se pelearan en un conflicto que concluyó en 276 a. C. con la conformación de tres reinos: Egipto bajo la dinastía de Ptolomeo, Asia bajo la dinastía de Seleuco, y Macedonia bajo el control de Antígono Monoftalmos. El Imperio romano incorporaría los territorios de los reinos helenísticos (Macedonia en 168 a. C., Asia en 64 a. C. y Egipto en 31 a. C.), y de esta manera Roma asumió varios elementos de la cultura oriental.
Las Guerras Macedónicas	Entre los años 214 y 148 a. C. los macedonios se enfrentaron a Roma. Estos enfrentamientos se materializaron en cuatro conflictos que acabarían convirtiendo a Roma en dueña de toda la Hélade. Primera Guerra Macedónica (214-205 a. C.). Segunda Guerra Macedónica (200-197 a. C.). Tercera Guerra Macedónica (171-168 a. C.). Cuarta Guerra Macedónica (150-148 a. C.).

La dinastía seléucida	Fue fundada por Seleuco I en 305 a. C. y se mantuvo vigente hasta 64 a. C. Presentaba un amplio territorio que comprendía Babilonia, Siria, Persia y la mayor parte de Asia Menor, a excepción de Pérgamo y de Rodas.
La dinastía lágida	La monarquía lágida o ptolemaica era de carácter mixto. A partir del siglo II a. C., Roma comenzó a intervenir en Egipto tras haber conquistado ya gran parte de la península Ibérica, Macedonia y Grecia. La última reina de Egipto, Cleopatra VII (51-31 a. C.), intentaría con Marco Antonio crear un gran Imperio de Oriente, si bien ambos serían vencidos en 31 a. C. por Octavio en la batalla de Accio, convirtiéndose Egipto en una provincia romana.

ALEJANDRO MAGNO (336-323 A. C.)

En 1877 el historiador alemán Johann Gustav Droysen (1808-1884) acuñó el término helenismo en su obra *Historia del helenismo*. El helenismo se refiere a un proceso histórico que se desarrolló en el Mediterráneo tras las conquistas de **Alejandro Magno**, cuya consecuencia inmediata consistió en la extensión y la consolidación de la lengua y la cultura griegas hasta el Próximo Oriente. Cronológicamente, se trata de un periodo comprendido desde la muerte de **Alejandro Magno** en 323 a. C. hasta la anexión por **Augusto** del último reino helenístico, el Egipto ptolemaico, en 31 a. C. No obstante, podemos incluir en el proceso el propio reinado de **Alejandro Magno**, pues no representa sino la introducción necesaria al período helenístico. Geográficamente, se incluyen en el mundo helenístico, además de la propia Grecia y de las áreas colonizadas, los territorios conquistados y helenizados, es decir, Asia Menor, Egipto y Próximo Oriente, desde la costa de Siria hasta los confines de la India.

Alejandro Magno estaría obcecado durante todo su reinado con la idea de fusionar lo griego y lo persa al considerar que era la única fórmula posible para mantener vivo y unido el imperio. En este sentido, en realidad el helenismo no representa sino un punto de inflexión para la cultura occidental.

Un hombre adelantado a su tiempo

Nacido en 356 a. C., y comúnmente conocido como **Alejandro Magno** —reinaría como **Alejandro III**—, su reinado superó ampliamente todas las estructuras de la época. Era hijo de

Filipo II de Macedonia y de la princesa epirota **Olimpia**, hija del rey **Neoptolomeo**. Según los autores de la época, **Alejandro** era un hombre de carácter excepcional y adelantado a su tiempo, en el que se conjugaban la reflexión en la estrategia con la intuición y la pasión. A los dieciséis años había sido regente de **Macedonio**, y a los dieciocho dirigió la caballería beocia en la célebre batalla de Queronea, acontecimiento que supuso el fin de la independencia de las *poleis* griegas. **Alejandro** era audaz, imaginativo y violento. Educado en la cultura griega por los mejores maestros, como **Aristóteles**, apenas tenía veinte años cuando fue elevado como rey de Macedonia —los oficiales del general **Antípatro** lograron la aclamación de **Alejandro** por la asamblea del ejército, sin evitar las muertes entre sus parientes y posibles opositores—. Logró ser elegido general de la Liga Tesalia, la anficitionía de Delfos le reconoció como director de Grecia y en Corinto se le concedió la posición de su progenitor como general de la Liga de Corinto con la dirección de la proyectada campaña sobre Persia.

Durante su reinado fomentó la lengua, la religión y la cultura griegas, aunque al mismo tiempo toleró las lenguas, las religiones y las costumbres de cada región.

Durante los dos primeros años de su reinado, asistido por **Parmenión** y **Antípatro**, los generales más reputados de **Filipo II**, estableció el orden en Albania, en el curso inferior del Danubio y en Grecia, donde Tebas acabó siendo arrasada y sus habitantes vendidos como esclavos. Las medidas aplicadas en Tebas buscaban persuadir a los griegos ante cualquier intento de sublevación. No obstante, en lo sucesivo **Alejandro** prefirió mostrar una actitud moderada con los sublevados con motivo de la inminente campaña persa.

Confirmada la estabilidad de su retaguardia, pudo retomar entonces el objetivo principal de su padre, es decir, la conquista del Imperio persa, lo que supondría la ansiada liberación de los griegos de Asia Menor.

El reino aqueménida se encontraba desde 336 a. C. en manos de **Darío III**, quien dejó en manos de los respectivos sátrapas y de sus ejércitos de mercenarios la defensa de Asia Menor.

En 334 a. C., tras superar el nudo gordiano, **Alejandro** se lanzó a la conquista de Asia —una guerra de venganza para los griegos y de conquista para el ejército macedonio—. Las victorias en las batallas de Granico (334 a. C.) —Sardes, Éfeso y otras ciudades de Jonia y Eolia, a excepción de Mileto, se entregaron sin oponer ningún tipo de resistencia—, Issos (333 a. C.) —la caballería macedonia arrasó a la formación persa, optando **Darío III** por la huida al otro lado del Éufrates— y Gaugamela (331 a. C.), en las proximidades de Nínive, le fueron suficientes para acabar con el enemigo por antonomasia de los griegos. De ser cierto el número de persas que encontraron la muerte, en Issos habrían muerto en un solo día más soldados —110.000— que en cualquier otra jornada bélica hasta las batallas del siglo XX. 4.000 macedonios resultaron heridos, si bien sólo hay noticia de 302 fallecidos.

Figura 51. Batalla de Issos. Mosaico del siglo II a.C.
Museo Arqueológico Nacional, Nápoles.

En Issos **Alejandro** se reencontró con una joven llamada **Barsine**, una princesa persa hija del sátrapa de Frigia, **Artabazo II**, con la que contraería matrimonio y que en 327 a.C. le daría su primer hijo, **Heracles**.

Tras la batalla de Issos, fundó Alejandría en las proximidades de lo que más tarde sería conocido como Antioquía —la fundación de ciudades respondía a un programa de organización y gestión político-administrativa del territorio.

Fundó de nuevo Troya, donde visitó la tumba de su héroe **Aquiles**, en Éfeso restauró la democracia, pero prohibió cualquier represalia. De esta manera, comenzó una serie triunfal de liberaciones y restauraciones de antiguas ciudades griegas. **Alejandro** comenzaba a ser adorado como dios. Poco después conquistó Mileto, a pesar del aplastante poderío naval persa. En este sentido, la reacción de **Alejandro** consistió en distribuir su propia e inadecuada flota, ocupando todos los puertos fortificados de Levante.

Sus siguientes movimientos se dirigieron contra Siria, Fenicia y la ciudad de Tiro, que cayó en sus manos en 332 a.C., después de ocho meses de asedio —para lograr conquistarla tuvo que construir un puente de tierra para llegar a la ciudad; de hecho, en la actualidad es una península por esta razón—. Murieron 8.000 tirios y otros 30.000 fueron convertidos en esclavos. Después de Tiro cayó Gaza y, tras ésta, Egipto.

Alejandro llegó al Delta del Nilo en 331 a.C. y se quedó tan embelesado por su belleza que mandó construir allí una ciudad llamada Alejandría, que habría de convertirse en la ciudad griega más importante de todo el orbe. Ordenó, asimismo, levantar un templo dedicado al dios Zeus-Amón en el Oasis de Siwa. Al consultar al Oráculo de Zeus-Amón, éste le anunció que en realidad era hijo de **Olimpia** y del propio Zeus-Amón, pero no de **Filipo II**, tal como le aseguró su madre desde pequeño. A partir de este episodio, **Alejandro** se mostró convencido de su origen divino y se presentó como tal ante sus súbditos.

En 331 a.C. se adentró también en Asia con un ejército de 400.000 hombres de infantería y 7.000 de caballería; atravesó el Éufrates y, a continuación, el Tigris, para enfrentarse de nuevo con el huidizo **Darío III** en la batalla de Gaugamela. El ejército persa disponía de elefantes, carros con ruedas de guadaña, la adiestrada y numerosa caballería de las estepas de Asia Central, soldados persas, babilonios, afganos e indios. La batalla fue larga y complicada, pero **Alejandro** obtuvo la victoria con la huida de **Darío III**, la capitulación de Babilonia y la recompensa, para **Alejandro**, de la ciudad de Susa, ciudad de los ilirios, antigua capital de Elam y palacio de los antiguos reyes persas. Todos los babilonios le vitorearon en una recepción triunfal. **Alejandro** decidió entonces dirigirse a Persépolis, la capital persa, como explorador y conquistador. Su empresa más difícil fue, en el año 330 a.C., el asalto de las puertas de Persia, un abrupto y angosto desfiladero ferozmente defendido. **Alejandro** encontró un sendero a lo largo de un precipicio que permitía esquivar el desfiladero, destruyendo así totalmente la poderosa fuerza que protegía Persépolis.

Lo único que le quedaba por conseguir a **Alejandro** era capturar a **Darío III** y hacer el traspaso de poderes de manera oficial. Pero **Bessos**, sátrapa de Bactria, se le adelantó asesinando al Gran Rey en la primavera de 330 a.C. En consecuencia, **Bessos** se autoproclamó rey con el nombre de **Artajerjes V**. Los efectivos de **Alejandro** emprendieron un largo viaje hasta llegar a Bactria. Tras varias escaramuzas lograron asestarle una derrota en el verano de 329 a.C., con lo que el rey macedonio pudo convertirse legítimamente en el rey de Persia. A partir de ese momento, el nuevo sátrapa sería su general **Clito**, quien anteriormente le había salvado la vida en el campo de batalla.

Quedaba sin obstáculos el camino que conducía a Babilonia y a los centros neurálgicos del reino persa, Susa y Persépolis. Babilonia y Susa fueron entregadas por sus respectivos sátrapas; en cambio, Persépolis decidió resistir. Alejandro permitió que sus soldados la saquearan y ordenó incendiar el complejo palaciego.

Alejandro quedaría entonces como nuevo rey de Asia, heredero por derecho de conquista del imperio persa e impulsor de un nuevo imperio universal que debería unir a griegos y a asiáticos bajo un mismo soberano supremo de derecho divino.

El matrimonio en 327 a.C. de **Alejandro** con la noble sogdiana **Roxana** en Susa, el estrechamiento de los lazos con la aristocracia indígena o la incorporación en el ejército de 30.000 iranios —el rey macedonio invirtió casi cuatro años en la conquista del este de Irán (330-327 a.C.)—, fueron medidas decisivas en las relaciones que **Alejandro** mantuvo con los círculos dirigentes macedonios más tradicionales contrarios a la idea de fusión. El deseo del rey de imponer en la corte el rito persa de la *proskynesis*, el acto ritual de saludar al soberano, fue contestado con una fuerte oposición que desencadenó un complot contra la vida de Alejandro, la Conjura de los Pajes. La represión por parte de **Alejandro** condujo a la muerte, entre otros, de **Calístenes**, sobrino de **Aristóteles** e historiador oficial del rey macedonio.

El desagrado macedonio estuvo provocado por el cansancio y la perplejidad ante la falta de objetivos claramente definidos, después de tan largas campañas, que, empero, iban a prolongarse, a partir de 327 a.C., con una nueva expedición militar a la India, un territorio apenas conocido y fragmentado políticamente en reinos independientes. **Alejandro** atravesó el Hindu-Kush en el verano de 327 a.C. en dirección al Punjab. Uno de sus príncipes, el monarca de Taxila, había pedido el auxilio del macedonio contra el rey de Poros, que controlaba los territorios a lo largo del Hidaspes, un afluente del Indo. El choque, en el que los griegos quedaron perplejos al ver por primera vez elefantes en el campo de batalla, se desenvolvió al este del río y terminó con la victoria macedonia —el caballo de Alejandro, Bucéfalo, murió durante la batalla del río Hidaspes; en honor a su amado animal fundó una nueva ciudad, Alejandría Bucéfala o Bucefalia—. Pese a haber sido derrotado, **Alejandro** confirmó a **Poros** como príncipe vasallo y le ayudó a extender sus dominios, incorporando los territorios al este del Punjab. Eta victoria le permitió continuar su marcha hasta llegar a las márgenes del Hifasis, otro río que desembocaba en el Indo. El siguiente objetivo consistía en acabar con el soberano del Imperio de Magada, gobernado por una dinastía conocida como Nanda. En este punto, después de ocho años y medio de campañas, sus hombres mostraron su rechazo a continuar, y **Alejandro**, por primera y única vez en su vida, se vio obligado a ceder ordenando el regreso a Macedonia.

Alejandro se dirigió hacia el sur para intentar llegar al océano Índico y desde allí iniciar la vuelta al hogar, si bien se topó con la ofensiva de los malios. En esta ocasión, una de las flechas del enemigo impactó en el pulmón del soberano macedonio que a puno estuvo de costarle la vida.

El regreso a Macedonia se produjo del siguiente modo: **Cratero** marcharía por el camino del norte, a través de Arcosia y Drangiana; **Alejandro** abriría la ruta costera entre el Indo y el golfo Pérsico, siendo él mismo quien dirigiese a parte de sus hombres por tierra a lo largo del desierto costero de Gedrosia (Beluchistán); por su parte, **Nearco** transportaría al resto de los efectivos por mar bordeando la costa —muchos perecieron por el camino, pero

la mayoría logró llegar de nuevo a Babilonia, donde retomarían fuerzas; sin embargo el mejor amigo, quizás amante, de **Alejandro**, **Hefestión**, encontraría la muerte—. La operación buscaba verificar la seguridad del Indo y conocer así los nuevos parajes. Finalmente, tras un periplo de doce meses, el encuentro se produjo en Carmania, a comienzos de 324 a. C., y **Alejandro** pudo instalarse en Susa.

A comienzos de 323 a. C., **Alejandro** se instaló en Babilonia, la nueva capital del imperio. Deseaba emprender nuevos proyectos como la exploración del mar Caspio o la conquista de Arabia, aspiraciones que quedarían interrumpidas por la repentina muerte del monarca en el verano de ese mismo año. La causa de la muerte no se conoce con certeza, pero pudo ser el paludismo o una neumonía, si bien tampoco se descarta una intoxicación urdida en su entorno más íntimo. Sus últimos planes fueron la unificación de las ciudades de Grecia y de Persia, y una campaña en Occidente más allá de la isla de Sicilia con una flota de más de mil barcos. Sea cual fuere la causa de la muerte, lo cierto es que el rey macedonio dejó un imperio muy extenso en manos de sus generales, ya que **Alejandro IV** aún no había nacido. Fue enterrado en Alejandría con todos los honores de un gran rey.

El proyecto político

Johann Gustav Droysen sostuvo que, al unir Occidente y Oriente, y fundar la cultura universal del helenismo, **Alejandro** había confirmado las bases que posteriormente harían posible la expansión del cristianismo. Por su parte, el historiador francés Édouard Will (1920-1997), uno de los mayores conocedores de la historia social y económica de la antigua Grecia, sostuvo que **Alejandro** pretendía instaurar una monarquía absoluta y acaparar así la idea de imperio universal, dos términos que si bien estaban aceptados en el pensamiento oriental, habían de originar problemas muy acusados entre sus compatriotas macedonios, acostumbrados a la monarquía representativa de su país, donde el rey era simplemente un *primus inter pares*.

Alejandro fundó más de setenta ciudades, lo que respondía a intereses de índole política y económica que buscaban la organización y gestión del territorio. En este sentido, se le atribuye el ideal de un imperio universal basado en la fusión de razas y la diversidad cultural.

Hay que tener presente que la relación que mantuvo con las *poleis* griegas nunca fue óptima, pues nunca llegó a ser su rey. En realidad, los contingentes griegos en sus ejércitos participaban siempre en calidad de aliados, nunca iguales a los macedonios. Los griegos fueron además los únicos de todo el imperio que se rebelaron abiertamente contra el dominio macedonio. En Oriente, emprendió una política de acercamiento y de integración de

gran parte de la nobleza asiática, con lo que no sólo buscaba neutralizar a ésta, sino también consolidar su propio poder teocrático, que encajaba mucho mejor con el estilo oriental que con las tradiciones democráticas griegas.

Por lo que respecta al aspecto religioso, la novedad más relevante y significativa fue la incorporación del culto real que perviviría en la idiosincrasia romana a través del culto imperial —el culto al soberano viviente o difunto introduce una forma específicamente helenística de relación entre el monarca y los súbditos, y representa la máxima expresión del absolutismo regio.

En época helenística se desarrolló un sincretismo religioso paralelo a la disolución de la comunidad política y religiosa de la polis. Comenzaron a manifestarse vacilaciones relativas a la existencia de los dioses olímpicos y de las deidades locales, si bien no llegó a difundirse el ateísmo.

LA IDEOLOGÍA MONÁRQUICA HELENÍSTICA

(288) ¿Qué es lo mejor para el pueblo, que se les imponga un rey nacido de un particular, o un rey nacido de un rey? Y aquél respondió: el de mejor naturaleza. (289) En efecto, los reyes nacidos de reyes se presentan ante sus súbditos inhumanos y duros, pero mucho más los que han nacido de particulares, ya que después de haber experimentado desgracias y haber recibido su parte de miseria una vez que han asumido el mando del pueblo resultaron mucho peores que los tiranos impíos. (290) Pero como yo decía, un carácter noble y que ha compartido la educación es capaz de ejercer el poder; así tú eres un gran rey, no destacando tanto por la fama del poder y la riqueza, cuanto que has superado a todos los hombres en bondad y humanidad al haberte concedido la divinidad estas cualidades. (291) Tras haber alabado durante largo tiempo a éste, preguntó al que quedaba después de todos: ¿Qué es lo más grande de la realeza? A esto dijo: el que los súbditos se mantengan continuamente en paz y que obtengan una pronta justicia en los juicios. (292) Esto sucede por causa del soberano cuando es enemigo del mal y amigo del bien y estima en mucho el salvar una vida humana; así tú que consideras la injusticia el mayor de los males, al gobernar con justicia has adquirido una gloria eterna al haberte concedido la divinidad poseer una inteligencia pura y sin mezcla de todo mal.

(Carta de Aristeas a Filócrates, 288-292)

Aristeas: Carta de Aristeas a Filócrates, ed. de A. Pelletier (1962), «Lettre d'Aristée à Philocrate», Sources chétiennes 89, París; trad. de F. J. Gómez Espelosín.

Estructura socioeconómica

El sistema económico helenístico se caracterizó por presentar una economía planificada que tenía como principal propósito controlar la economía en beneficio del rey y un reducido grupo de beneficiarios, todos ellos griegos o macedonios, encargados de las finanzas, la burocracia, el ejército y el comercio a larga distancia. Por debajo se encontraba la población sometida indígena que presentaba unas condiciones de vida muy precarias.

La base de la estructura económica era la agricultura: cereales en Egipto, Babilonia y sur de Rusia; aceite en Grecia; vino en Siria, Arabia o Jonia; frutales en el Ponto; azúcar en India. La explotación de la tierra tampoco sería uniforme. En Egipto la administración local se vio obligada, con objeto de garantizar la recaudación de los impuestos, a entregar la tierra a los campesinos libres mediante contratos de arrendamiento, tolerando la transmisión hereditaria de la tierra para asegurar la producción.

El comercio experimentó un acusado desarrollo, pues las campañas de **Alejandro** abrieron las rutas comerciales. Los grandes beneficiarios de estas rutas fueron las ciudades de nueva fundación, como Alejandría, Pérgamo o Antioquía, y sobre todo los griegos que rápidamente sustituyeron a los macedonios e indígenas como los principales responsables en el comercio a larga distancia. Se comerciaban fundamentalmente productos de lujo como sedas, marfil, perfumes o especias. Este comercio generó, asimismo, una importante red de intercambio en las regiones intermedias donde se manufacturaban los productos que los mercaderes transportaban hasta los confines del Mediterráneo o del Mar Negro.

Por otro lado, junto a la moneda persa, el dárico de oro, se introdujo una nueva, el alejandrino, como intento de unificar el sistema monetario en un deseo de conjugar el mundo occidental y el oriental en uno solo.

DE LOS DIÁDOCOS A LA DOMINACIÓN ROMANA

Los diádocos

Alejandro murió sin descendencia. Es cierto que tenía un hermano, **Filipo Arrideo**, pero era mentalmente discapacitado, y que su esposa, **Roxana**, estaba embarazada, y que, posteriormente, daría a luz un varón, el futuro **Alejandro IV**, que no reinaría jamás. No obstante, en el momento de su muerte, no existía ningún miembro de la familia real macedonia que pudiera reinar, ni tampoco ningún general que reuniera las condiciones suficientes como para mantener unido el imperio hasta que el futuro hijo de **Alejandro** pudiera alcanzar la mayoría de edad para gobernar.

Las causas que produjeron el desmembramiento del imperio de **Alejandro** a su muerte fueron varias: la extensión de los territorios, la diversidad étnica y cultural, la falta de un sucesor claramente definido y la ambición de sus generales que hacía irremediable el enfrentamiento.

Uno de los generales de **Alejandro**, **Pérdicas**, quien había contraído matrimonio con la primera hija de **Olimpia**, **Cleopatra**, la hermana de **Alejandro**, fue el encargado de poner solución en una conferencia que tuvo lugar en Babilonia. En este sentido, aparecieron dos facciones:

— Los partidarios de mantener el imperio unido en una monarquía controlada desde Macedonia (**Pérdicas** y **Eumenes**).

— Los partidarios de repartir las tierras conquistadas entre ellos, los diádocos o sucesores (**Ptolomeo Lago**s, **Lisímaco**, **Crátero**, **Antípatro** y **Antígono Monoftalmos**).

Los generales de **Alejandro** no llegaron a un acuerdo claramente definido, optando entonces por reconocer como monarca eventual a **Filipo III Arrideo**, hermanastro de **Alejandro**, mentalmente discapacitado, mientras esperaban que el futuro hijo de **Roxana** lo acompañara en el trono. Además, los diádocos se repartirían los territorios, mientras que **Pérdicas**, actuando como regente, se ponía al frente del ejército imperial y de Asia, gobernada entonces por una multitud de diferentes sátrapas. El reparto quedaría del siguiente modo:

— **Ptolomeo Lagos**: Egipto.

— **Antípatro** (junto a **Filipo III Arrideo**): Macedonia.

— **Lisímao**: Tracia.

— **Antígono Monoftalmos**: Frigia, Lidia y Panfilia.

— **Eumenes**: Capadocia y Plafagonia.

— Asia fue dividida en diferentes satrapías gobernadas por diferentes sátrapas fieles a los macedonios.

Paralelamente, **Crátero** sería el responsable de sofocar todas las sublevaciones que habían comenzado a aparecer por toda la Hélade protagonizadas por atenienses, espartanos y tebanos. Era la comúnmente conocida como la Guerra Lamiaca (323-322 a. C.), en la que Atenas y Etolia se habían levantado contra el gobierno de **Antípatro**, quien se había refugiado en la ciudad de Lamia. Tras derrotar en 322 a. C. a los rebeldes en la batalla de Cranón, derogar la democracia y acabar con **Demóstenes**, Atenas dejaría de liderar las revueltas.

Se acordó que el cuerpo de **Alejandro** se trasladaría de Babilonia a Pella, la capital macedónica, donde se le dedicaría un gran mausoleo. Sin embargo, ninguno de estos acuerdos perduraría.

Ptolomeo acabó robando el sarcófago de **Alejandro**, que estaba siendo trasladado hacia Pella, para darle sepultura en **Alejandría**. Esta medida desencadenaría la Primera Guerra de los Diádocos (321-301 a. C.).

Pérdicas inició la ofensiva contra **Ptolomeo** en 321 a. C. En plena batalla, la mayoría de sus tropas fueron arrastradas por una riada del Nilo. **Ptolomeo** les ofreció entonces recursos a cambio de que se pasaran a su bando, acabando después con **Pérdicas**. Por otro lado, **Eumenes** acabó con **Crátero** en Asia Menor, aunque su poder había quedado muy afectado.

Tras estos acontecimientos, los diádocos vencedores se reunieron en Triparadiso, en Siria, con el propósito de reorganizar los territorios legados por el rey macedonio. **Antípatro** ejercería como regente de los dos reyes en Macedonia, **Lisímaco** con Tracia, **Ptolomeo** con Egipto y **Antígono Monoftalmos** con Anatolia y Oriente Próximo. Asimismo, le hacían responsable de dirigir el ejército real de Asia contra su último enemigo, **Eumenes**. La mayor transformación en la organización y gestión del territorio se produjo en Asia, donde se designaron nuevos sátrapas, como **Seleuco**, que fue designado sátrapa de Babilonia.

LOS ACUERDOS DE TRIPARADISO

Con el apoyo de la Asamblea fueron nombrados de manera provisional comandantes de todo el ejército Pitón y Arrideo en lugar de Pérdicas; de los partidarios de Eumenes y de Alcetas, fueron condenados unos cincuenta, en particular por la muerte de Cratero cuando los macedonios habían combatido entre sí. Se hizo llamar a Antígono desde Chipre y también a Antípatro para que acudiesen con presteza a reunirse con los reyes. (31) Pero como todavía no llegaban, Eurídice pretendía que Pitón y Arrideo no hicieran nada sin contar con ella. Ellos al principio no la contradijeron, pero a continuación le respondieron que no debía inmiscuirse en los asuntos públicos, ya que era asunto de ellos ocuparse de todas las cosas hasta que Antígono y Antípatro llegaran. (32) Una vez que hubieron llegado, el poder recayó en Antípatro. El ejército requirió el pago de las compensaciones prometidas por Alejandro por la participación en la expedición y Antípatro respondió que, para decirlo con franqueza, por el momento no tenía nada, pero tras haber realizado inventario de los tesoros reales y de todos los demás bienes que pudieran encontrarse en cualquier lugar, entonces estudiaría la manera posible para que no fuera objeto de censura por su parte. El ejército no escuchó de buen grado este discurso. (33) Tras haber contribuido Eurídice con sus calumnias contra Antípatro al odio del ejército se suscitó una revuelta. Y Eurídice habló en público contra él tras haberle preparado el discurso el secretario Asclepiodoro; y estaba en ello también Atalo. Y apenas se pudo librar Antípatro de la muerte, ya que Antígono y Seleuco a la llamada de ayuda de Antípatro habían asumido su defensa ante el ejército. Y por esta causa también ellos mismos estuvieron cerca del peligro. Tras haber escapado a la muerte Antípatro se retiró a su propio campamento. Y acudieron los hiparcos, tras haberlos convocado Antípatro a su presencia, y

apenas había cesado la revuelta, eligieron de nuevo a Antípatro, como también antes, para que ejerciera el mando. (34) Y procede después a la división de Asia, en parte ratificando las divisiones precedentes, en parte realizando otras nuevas forzado por las circunstancias. Se otorgarían a Tolomeo Egipto, Libia, el amplio territorio más allá de ésta y además de éstas todo lo que hacia el occidente podía ser adquirido mediante las armas; a Laomedonte de Mitilene se le confiaría Siria; asignó a Filóxeno Cilicia que ya poseía antes. (35) De las satrapías superiores asignó a Anfímaco, el hermano del rey, Mesopotamia y la región de Arbelas; a Seleuco le concedió Babilonia; a Antígenes, el primero que inició el ataque contra Pérdicas y que comandaba los argiráspides macedonios, le entregó el mando de toda la Susiana; confirmó a Peucestas la Pérside; Carmania se la asignó a Tlepólemo; a Pitón Media hasta las puertas Caspias; a Filipo la tierra de los Partos. (36) De Aria y Drangiana nombró gobernador a Estasandro; de Bactriana y Sogdiana a Estasanor de Solos; de Aracosia a Sibirtio; y Parapamisades a Oxiartes el padre de Roxana; las tierras de la India que confinaban con Parapamisades a Pitón hijo de Agenor; las satrapías restantes, la que se halla junto al Indo y Patala, la más grande de las ciudades indias, se las dejó al rey Poro; y la que está junto al río Hidaspes a Taxiles, también indio éste puesto que no resultaba fácil desplazar a estos hombres que habían recibido su poder de Alejandro y contaban con un poderoso ejército. (37) De las tierras que desde el monte Tauro se extienden hasta el norte confió Capadociaa Nicanor; a Antígono la gran Frigia, Licaonia, Panfilia, Licia, como también antes; Cariase la asignó a Asandro; Lidia se la entregó a Clito; a Arrideo la Frigia junto al Helesponto.38. De la recogida de los fondos depositados en Susa encargó a Antígenes y le hizo entrega de tres mil macedonios que se habían mostrado particularmente sediciosos. Nombró guardias del cuerpo del rey a Autódico, hijo de Agatocles, a Amintas, hijo de Alejandro y hermano de Peucestas, a Tolomeo hijo de Tolomeo y a Alejandro hijo de Poliperconte; a su propio hijo Casandro comandante supremo [quiliarca] de la caballería; de las fuerzas que anteriormente estaban bajo el mando de Pérdicas designó como comandante a Antígono; también le ordenó el cuidado y defensa de los reyes y que llevara a término la guerra contra Eumenes cuando se le requiriera. Y Antípatro tras haber sido alabado por todos a causa de todas sus disposiciones se retiró a la patria.

(Arriano, *Acontecimientos después de Alejandro*, 30-38)

Arriano: Acontecimientos después de Alejandro, ed. de F. Jacoby (1923-1943), *Die Fragmente der griechischen Historiker*, 156F9.

Esta nueva organización se disolvería con la muerte de **Antípatro** en 319 a. C. En contra de lo que se podría esperar, hizo sucesor de la regencia a su compañero **Poliperconte**, y no a su ambicioso hijo **Casandro**. Esta medida desencadenaría la Segunda Guerra de los Diádocos (319-315 a. C.), en la que **Casandro** se alió con **Antígono**, **Lisímaco** y **Ptolomeo**,

mientras que **Poliperconte** se alió con **Eumenes**, que acabó siendo capturado por **Antígono**. **Casandro** logró un acuerdo con **Filipo III** y su esposa **Eurídice II**, por lo que **Poliperconte** tuvo que huir a Épiro, para aliarse con **Olimpia**, **Roxana** y **Alejandro IV**, además de con el rey de Épiro, **Eácides I**. Las dos reinas se enfrentaron y **Olimpia** venció a **Eurídice** dándole muerte junto a **Filipo III**. Pero **Casandro** acabó capturando a **Olimpia**, dándole muerte en 316 a. C., y tomó a **Roxana** y a **Alejandro IV** bajo su custodia en Anfípolis. Por su parte, **Poliperconte** acabó marchando al Peloponeso, cuyo control lograría mantener hasta su muerte.

Casandro quedaría como dueño de Macedonia, y para justificar su poder contraería matrimonio con la hermanastra de **Alejandro**, **Tesalónica**, fundando la ciudad homónima en su honor.

En este contexto estallaría la Tercera Guerra de los Diádocos (314-311 a. C.). **Antígono Monoftalmos** se hizo muy poderoso en Asia Menor, tras haber derrotado a **Eumenes**, y al mando de un gran ejército decidió hacerse también con el control de toda Asia emulando a **Alejandro**. **Seleuco** tuvo que huir de Babilonia a la corte de **Ptolomeo** en Alejandría. Éste, **Lisímaco** y **Casandro** se aliarían con el que ahora era considerado el enemigo, **Antígono Monoftalmos**. En 312 a. C., **Seleuco** y **Ptolomeo** derrotaron en la batalla de Gaza al hijo de **Antígono Monoftalmos**, **Demetrio Poliorcetes**, y viendo que muchas satrapías se levantaron, **Antígono Monoftalmos** se vio obligado a firmar la paz en 311 a. C. pudiendo **Seleuco** volver a Babilonia. Sin embargo, la paz se rompió ese año, y **Antígono Monoftalmos** y **Seleuco** se enfrentaron en la Guerra Babilónica (311-309 a. C.), y este último se quedó con la parte este de Asia, si bien el imperio indio de Maurya comenzó progresivamente a ocuparle territorios.

Finalizado el conflicto en Asia, **Casandro** decidió en 309 a. C. ejecutar a **Alejandro IV** y a **Roxana**, así como a otros familiares de **Alejandro** que supusieran una amenaza. Tras llevar a la práctica estos planes, se proclamó rey de Macedonia. Los demás diádocos decidieron también convertirse en reyes: **Ptolomeo I Sóter** en Egipto, **Antígono I Monoftalmos** en Anatolia y Oriente Próximo, **Seleuco I Nicátor** en Asia, al mando del Imperio Seléucida, y **Lisímaco I** en Tracia.

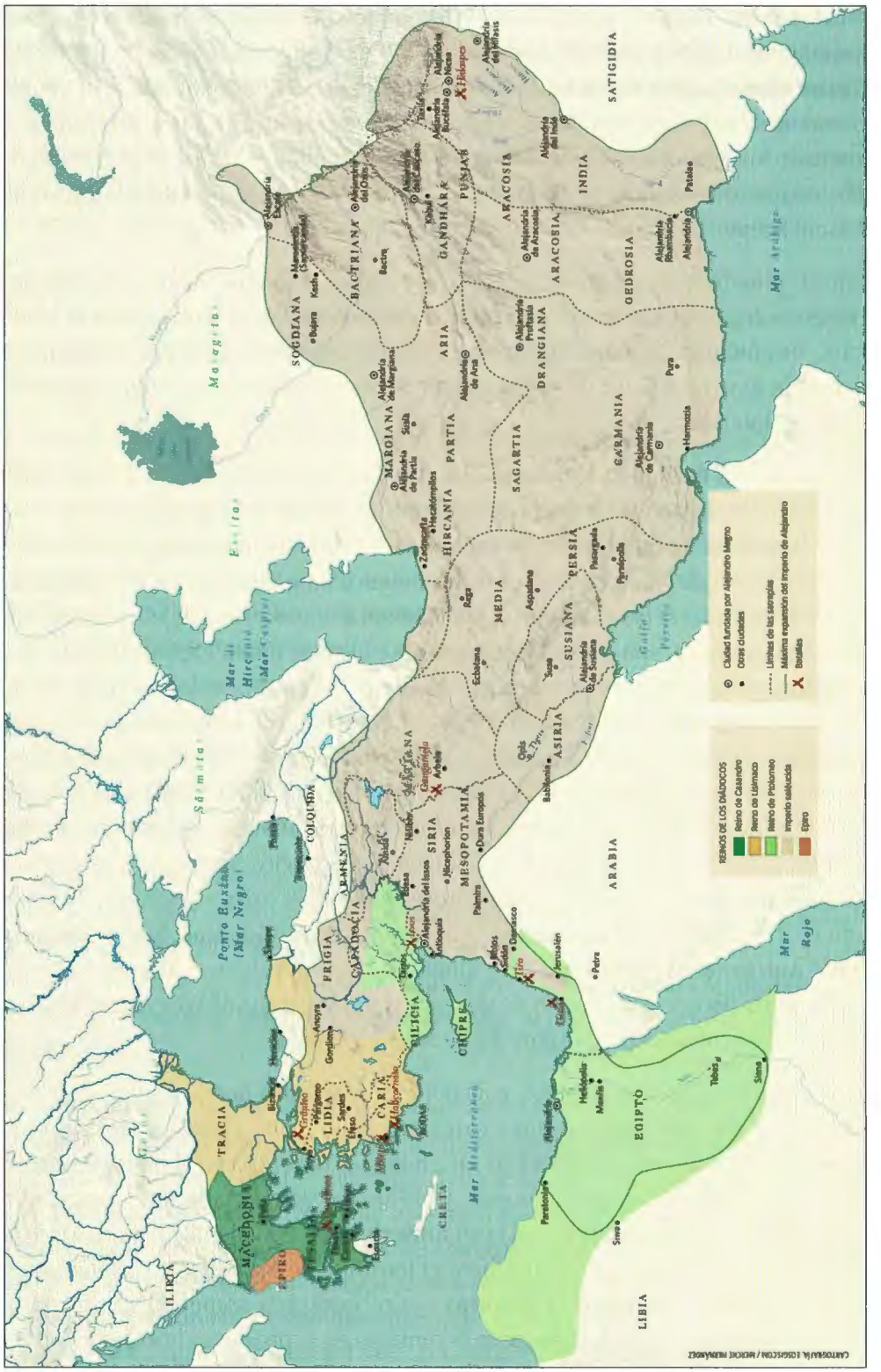
Pero **Antígono Monoftalmos** ansiaba dominar todos los territorios, razón por la que estalló la Cuarta Guerra de los Diádocos (308-301 a. C.). Su hijo **Demetrio** logró entrar en Grecia con el pretexto de que iba a liberarles de la presión macedonia e instaurar un régimen democrático. En realidad, sólo buscaba tener una base segura y más efectivos militares para poder hacerse con el trono de **Casandro**. En estos años asedió Chipre y Salamina, logrando deponer a **Casandro** y proclamarse rey de Macedonia junto a su padre, si bien el reinado sólo perduró un año. **Ptolomeo**, **Lisímaco** y **Casandro** impidieron el avance de los antigónidas por más lugares como, por ejemplo, el fracaso del asedio de Rodas, una aliada de Egipto.

No fue hasta 301 a. C. cuando un ejército conjunto de tropas de **Lisímaco**, **Casandro** y 500 elefantes al mando de **Seleuco** vencieron a los antigónidas en la Batalla de Ipsos. **Antígono Monoftalmos** murió en el campo de batalla y su hijo **Demetrio** acabó huyendo. En consecuencia, se llegó a un nuevo reparto territorial: **Lisímaco** asumió el control de buena parte de los territorios de Asia Menor, y **Seleuco** dominó el resto de los territorios que habían estado bajo dominio de **Antígono**. Paralelamente, muchas antiguas satrapías persas acabaron independizándose, como Ponto, Plafagonia o Armenia.

Tras la muerte de **Casandro** en 297 a. C., su reino en Macedonia se desestabilizó porque sus hijos se disputaron el trono y **Demetrio Poliorcetes** logró hacerse con el poder en 294 a. C. Sin embargo, las tropas de **Lisímaco** aliadas con **Pirro**, rey de Epiro, lograron apresarle y darle muerte. A partir de ese momento, **Pirro** y **Lisímaco** ejercerían como dueños y señores de Macedonia.

Por otro lado, **Ptolomeo I** murió en Alejandría en 283 a. C. sucediéndole en el poder su segundo hijo, **Ptolomeo II Filadelfo**. Paralelamente, **Lisímaco** acabó asesinando a su propio hijo, **Agatocles**. El primogénito de **Ptolomeo I**, **Ptolomeo Cerauno**, junto con algunos partidarios huidos de **Agatocles**, convenció a **Seleuco** para que acabase con **Lisímaco**. Así pues, en 281 a. C., en la batalla de Corupedio, **Seleuco** dio muerte a su antiguo compañero. Sin embargo, **Seleuco**, una vez en Macedonia con objeto de tomar el poder, fue traicionado por **Ptolomeo Ceraunos**, y el último de los diádocos acabó muerto —el gobernador **Filetero de Pérgamo**, en el noroeste de Anatolia, aprovechó la situación para declarar la independencia de su territorio y fue el fundador de la Dinastía Atálida, que subsistió hasta la conquista romana del 130 a. C.—. El hijo de **Seleuco**, **Antíoco I Sóter**, sería el responsable de dirigir el Imperio Seléucida, que había incorporado Anatolia. Por su parte, **Ptolomeo Ceraunos** quedó al frente de Macedonia, si bien durante poco tiempo, ya que se tuvo que enfrentar a una invasión de tribus celtas procedentes de la Galia, los gálatas, y acabó muriendo en 279 a. C. Esta circunstancia fue aprovechada por **Gónatas**, hijo de **Demetrio** y nieto de **Antígono Monoftalmos**, para dirigir un ataque decisivo contra los celtas que le permitió poder hacerse con el trono de Macedonia tras la batalla de Lisimaquea en 276 a. C., instaurando, en consecuencia, la dinastía de los Antigónidas.

Tras todos estos acontecimientos, el imperio de **Alejandro** quedó dividido en tres grandes reinos: la dinastía lágida o ptolemaica en Egipto, con capital en Alejandría y con **Ptolomeo II** al frente —la biblioteca de Alejandría se convertiría en el punto de encuentro del conocimiento de Occidente y Oriente, y el Faro de Alejandría sería una maravilla del mundo antiguo—; la seléucida en Asia con **Antíoco I Sóter**; y la antigónida en Macedonia, con capital en Pella, dinastía que recuperó el territorio de los invasores gálatas gracias al hijo de **Demetrio**, **Antígono II Gonatas** —Grecia estaría sometida al procónsul de Macedonia hasta que en 27 a. C. **Augusto** la convirtió en la provincia de Acaya.



Fuente: *Atlas Histórico. Mundo Antiguo*, National Geographic Historia, 2017, p. 112-113.

Mapa 54. El imperio de Alejandro Magno.

Junto a estos tres grandes reinos, también se encontraba el reino de Epiro, en la costa occidental griega, el reino de Armenia al sur del Cáucaso y los pequeños reinos de Bitinia, Plafagonia y Ponto en el norte de Anatolia, todos ellos de influencia griega. Pérgamo se convertiría en un reino independiente de la mano de **Filetero**, antiguo comandante de **Lisímaco** de Tracia y fundador de la dinastía de los atálidas. Paralelamente, en las márgenes orientales del imperio, en las actuales Uzbekistán, Pakistán y Afganistán, territorios en los que la autoridad de los seléucidas nunca fue efectiva, se constituyeron una serie de pequeños reinos helenísticos resultado de la simbiosis entre el mundo griego y el hindú —algunos de ellos pervivirían hasta los primeros años del siglo I.

Los epígonos y los reinos helenísticos

La segunda etapa en la sucesión de **Alejandro Magno** consistió en la confirmación de los principales reinos helenísticos. Después de los diádocos —los herederos— gobernaron los epígonos —los nacidos después.

Por un lado, tras haber permanecido durante un largo periodo bajo la autoridad macedonia, Atenas, Esparta, Acaya y Etolia recuperaron su independencia.

Por otro lado, el reino de Épiro, dirigido por **Pirro** y asistido por Cartago, se enfrentó a Roma en el contexto de las Guerras Pírricas (280-275 a. C.). Si bien logró sendas victorias en las batallas de Heraclea (280 a. C.) y Ausculum (279 a. C.), **Pirro** quedó gravemente afectado y el desastre en la batalla de Benevento (275 a. C.) —las tropas romanas habían aprendido a combatir contra los elefantes lanzándoles flechas de fuego— terminó por dejarle fuera del panorama político.

Con la conclusión de las Guerras Pírricas, la Magna Grecia acabó bajo la autoridad de Roma. A continuación, Roma tomó toda la península itálica, el Samnio y Lucania, y la colonia de Tarento en 272 a. C. Sería a partir de ese momento cuando Roma se convirtiese en la gran potencia del Mediterráneo.

En la Celesiria los ptolomeos y los seléucidas rivalizaron durante más de un siglo por el control de este territorio en las conocidas como las seis guerras sirias:

— 274-271 a. C.
— 260-253 a. C.
— 246-241 a. C.
— 219-217 a. C.
— 202-195 a. C.
— 170-168 a. C.

Estos conflictos dejarían tan agotados a los ptolomeos y a los seléucidas, que en el futuro serían conquistados por Roma y por los partos.

Entre 267 y 261 a. C. se desarrolló la Guerra de Cremónides, conflicto en el que la coalición formada por la Atenas de **Cremónides** y la Esparta de **Areo I** se alzó contra el poder macedonio de **Antígono II** con la asistencia de **Ptolomeo II**, cuyas ambiciones en el Egeo se veían limitadas por la influencia macedonia. Este conflicto se saldó finalmente con la pérdida de la independencia por parte de los griegos. No obstante, lograron recuperarla poco tiempo después, fundando, en consecuencia, la Liga Etolia y la Liga Aquea. Esta última y Macedonia iniciaron en 229 a. C. una guerra contra **Cleómenes III** de Esparta y sus aliados de Elis que concluyó en 222 a. C. con la victoria macedonia y aquea en la batalla de Selasia —**Cleómenes III** huyó al Egipto ptolemaico, donde se suicidaría poco tiempo después.

En la Tercera Guerra Siria **Antíoco II** murió y **Ptolomeo III** aprovechó la paz de 241 a. C. para hacerse con el control de la capital seléucida, Antioquía. Estos hechos generaron tal confusión que algunas regiones del imperio, como el reino Grecobactriano (Samarcanda) y Partia, se independizaron.

En 223 a. C., **Antíoco III** se hizo con el poder del imperio seléucida. Sin embargo, su inexperiencia le llevó a delegar el mando de las campañas de reconquista en sus generales, como **Aqueo** que pudo frenar el avance del reino de Pérgamo.

Dos años más tarde, **Ptolomeo IV** subió al trono de un Egipto arrasado por la crisis. Es en este momento cuando comenzó la Cuarta Guerra Siria (219-217 a. C.), contienda en la que **Antíoco III** logró varias victorias en el Levante, si bien **Ptolomeo IV** acabó derrotando al sirio en la batalla de Rafia (217 a. C.), gracias, sobre todo, a su práctica sorpresa consistente en haber reclutado a un número considerable de nativos egipcios y nubios para sus tropas, que pusieron en práctica una táctica muy similar a la de la falange macedónica. No obstante, el problema para **Ptolomeo IV** llegaría poco tiempo después, cuando esas tropas se le amotinaron en el momento en el que se sintieron capaces de que Egipto volviese a manos de los nativos. Y lo lograron, al menos una pequeña parte, pero sólo hasta 185 a. C., cuando su rebelión fue reprimida.

Paralelamente, el imperio de **Antíoco III** lograba extenderse territorialmente. En este sentido, convirtió a Armenia en vasalla en 212 a. C., y tres años más tarde logró invadir la capital parta, Hecatónpilos, alcanzando ese mismo año una paz con **Arsaces II**. Lo mismo ocurrió cuando invadió el reino greco-bactriano de **Eutidemo I**.

Paralelamente, Roma habría tomado la Iliria de la reina **Teuta** y, en consecuencia, el peligro para los griegos estaba cada vez más próximo.

LAS GUERRAS MACEDÓNICAS (214-148 A. C.)

Entre los años 214 y 148 a. C. los macedonios se enfrentaron a un enemigo que se expandía muy rápidamente: Roma. Estos enfrentamientos se materializaron en cuatro conflictos, las Guerras Macedónicas, que acabarían convirtiendo a Roma en dueña y señora de toda la Hélade.

Mientras **Aníbal Barca** luchaba contra Roma en la Segunda Guerra Púnica, en la Hélade, concretamente en Iliria, Roma ya había hecho acto de presencia. En este sentido, todas las esperanzas que tenían los macedonios, dirigidos por **Filipo V**, de acabar con Roma sin entablar batalla alguna estaban en el líder cartaginés.

En la Primera Guerra Macedónica (214-205 a. C.) **Filipo V**, asesorado por **Demetrio de Faros**, logró reunir una gran flota para hacer posible la recuperación del control de Iliria. Tras algunas intentonas fallidas de recuperar en control sobre Apolonia, **Filipo V** dirigió todas sus naves hacia Italia. Fue en este instante cuando Roma se alió con la Liga Etolia y el reino de Pérgamo de **Átalo I** para hacerle frente. El episodio concluyó con la Paz de Fenice, en 205 a. C., con **Filipo V** reteniendo algunos territorios ilirios.

Mientras tanto, el Egipto de **Ptolomeo V** y el Imperio seléucida de **Antíoco III** se encontraban enfrentados en el contexto de la Quinta Guerra Siria (202-195 a. C.). El malestar social había sumido a Egipto en una situación anárquica. En este sentido, **Antíoco III** aprovecharía la situación para invadir la Celesiria con la asistencia de **Filipo V**. En 200 a. C., y con la mediación de Roma, se llegó a un acuerdo de no intervención, y en 195 a. C. **Ptolomeo V** cedió la Celesiria a **Antíoco III** para que cesara en sus ofensivas.

La Segunda Guerra Macedónica (200-197 a. C.) comenzó cinco años después de la firma de la paz de la primera, cuando ciudades como Atenas, Etolia, Rodas y el reino de Pérgamo se ofrecieron unirse a Roma con el principal propósito de que acabase con los macedonios, acusados de violar continuamente las cláusulas recogidas en la Paz de Fenice de 205 a. C. La guerra concluyó en 197 a. C. con la batalla de Cinoscéfalos, cuando el comandante romano **Tito Quincio Flaminino** asestó la derrota a **Filipo V**, viéndose obligado este último a abandonar sus posesiones en Grecia.

Al año siguiente, durante la celebración de los Juegos Ístmicos, Roma proclamó la libertad e independencia de los estados griegos, si bien en breve iban a quedar subordinados a los deseos del Senado de Roma, quien no buscaba de los griegos sino efectivos y apoyos con los que poder acabar con **Antíoco III**.

Entre 192 y 188 a. C. se desarrolló la Guerra romano-siria, también conocida como la Guerra de Antíoco. El líder seléucida había logrado poner de su parte a la mayoría de las ciudades de la Liga Etolia, y con su asistencia mandó refuerzos a través del Helesponto para

dar comienzo a una guerra de liberación en Grecia. En 190 a. C., **Lucio Cornelio Escipión Asiático**, hermano del Africano, se enfrentó a **Antíoco III** en la batalla de Magnesia, derrotándole y, en consecuencia, obligándole a marcharse de Europa. Con ello, Roma logró que dejasen en paz al reino de Pérgamo, que a partir de entonces se convirtió en una gran potencia económica, artística y cultural, fundamentalmente gracias a su amistad con Roma.

Desde 241 a. C. el rey de Pérgamo fue **Átalo I**. Tras su muerte en 197 a. C., ascendió al trono **Eumenes II**, y con él comenzó el máximo esplendor de este reino. El nuevo monarca empezó a embellecer el reino con edificaciones espectaculares como palacios, estadios y templos, destacando, entre otras obras, el Gran Altar de Zeus. Sin lugar a dudas, la construcción más relevante y significativa fue la Biblioteca de Pérgamo, la segunda mayor de la época, sólo por detrás de la de Alejandría, que contribuyó en gran medida a convertir a Pérgamo en un importante foco de la cultura helenística.

Para ganarse la confianza de Roma **Antíoco III** decidió entregar a **Aníbal**. En este sentido, parece que el líder cartaginés consiguió huir y acabó como consejero a las órdenes del rey de Bitinia, **Prusias I**. Al parecer este rey emprendió una lucha contra el rey **Eumenes II** de Pérgamo. **Prusias I** decidió finalmente entregar a **Aníbal**, quien acabaría suicidándose. Se desconoce la fecha exacta de su muerte, pero se cree que fue en el año 183 a. C.

Entre tanto, **Perseo** accedió al trono de Macedonia con el propósito de aunar nuevamente a toda Grecia dando comienzo, en consecuencia, a la Tercera Guerra Macedónica (171-168 a. C.). Las tropas romanas estaban dirigidas por el general **Lucio Emilio Paulo Macedónico**, y tras la batalla de Pidna (168 a. C.) **Perseo** fue capturado y depuesto, lo que permitió a Roma invadir Macedonia. En consecuencia, el país fue dividido en cuatro provincias dando término al régimen monárquico, gobernadas todas ellas por el general romano, y la población fue pacificada por la fuerza. Épiro fue asediada y su población esclavizada.

Mientras esta guerra tenía lugar en Macedonia, a la par se desarrolló la Sexta Guerra Siria (170-168 a. C.). En dicho conflicto, el Egipto de **Ptolomeo VI** decidió invadir la Celesiria provocando la guerra contra **Antíoco IV Epífanes**. El rey seléucida logró una fácil y rápida victoria que empujó a los egipcios a pedir la paz. **Antíoco IV** perdonó al faraón egipcio y le dejó gobernar bajo la condición de que todas las decisiones fuesen por él aprobadas. Esta medida no fue aceptada por el pueblo, por lo que, tras varias revueltas, **Ptolomeo VIII**, hermano del hasta ahora rey, fue ascendido al trono. Los dos hermanos acabaron reconciliándose y gobernando juntos, mientras que **Antíoco IV** se preparaba para invadir Alejandría. Fue durante su asedio cuando llegó de nuevo Roma exigiendo el inmediato abandono de Egipto.

Finalmente, la Cuarta Guerra Macedónica (150-148 a. C.) estalló cuando un pretendiente al trono de Macedonia, **Andrisco**, se hizo pasar por el hijo de **Perseo**. **Andrisco** sería derrotado en la segunda batalla de Pidna (148 a. C.), poniendo fin de manera definitiva a la idea de restaurar el reino de Macedonia y el imperio de **Alejandro**.

Dos años más tarde, en 146 a. C., se produjo un nuevo conflicto, la Guerra Aquea, en el que la Liga Aquea emprendió un último intento de resistencia contra Roma y el reino de Pérgamo. Roma acabaría fácilmente con esta resistencia y toda Grecia pasó a ser dominada completamente por Roma. De esta manera, ambas culturas acabarían fusionadas asentando las bases de la futura cultura occidental.

A partir de 144 a. C. Partia comenzó a ocupar provincias del Imperio seléucida, y en 130 a. C. el reino de Pérgamo acabó siendo absorbido por Roma.

Fue en 83 a. C. cuando Armenia absorbió los últimos territorios seléucidas, para luego ser absorbidos por Roma. No obstante, la historia del helenismo no acabó ahí, pues la dinastía ptolemaica sobrevivió en Egipto hasta el desenlace de la batalla de Accio en 31 a. C.

EL FINAL DEL REINO MACEDONIO

Los romanos miraban con recelo el auge meteórico de Perseo y, sobre todo, les irritaba su vecindad con los griegos y su amistad con unos hombres en los que los generales romanos habían despertado el odio hacia Roma. Y cuando, además, los embajadores enviados al país de los bastarnas, afirmaron que habían visto que Macedonia estaba sólidamente fortificada y que contaba con armamento suficiente y una juventud ejercitada, estas noticias conturbaron también a los romanos. Pero Perseo, al darse cuenta de ello, envió otros embajadores tratando de disipar sus sospechas. Y entretanto, también Eumenes, el rey de la parte de Asia que está en torno a Pérgamo, temiendo a Perseo por causa de su enemistad con Filipo, se dirigió a Roma y, tras presentarse en el Senado, acusó públicamente a aquel de que había sido hostil a Roma en todo momento y había dado muerte a su hermano por su buena disposición hacia los romanos. Le acusó además de haber contribuido a que Filipo reuniera un arsenal tan grande contra ellos y de que, una vez que fue rey, no lo redujo un ápice, sino que incluso lo incrementó con otras adquisiciones, así como de atraerse a Grecia, de forma desmesurada, con su ayuda militar a los bizantinos, etolios y beocios, de haberse apoderado de Tracia, una inmensa base de operaciones fortificada, y haber provocado disensiones en tesalios y perrebos cuando quisieron enviarle una embajada a los romanos.

(2) Y de entre vuestros amigos y aliados —dijo— ha despojado de su reino a Abrúpolis, y dio muerte, por medio de una conspiración a Artetauro, príncipe entre los ilirios, y otorgó una recompensa a sus asesinos. También le inculpó de sus bodas con extranjeras, dos de ellas de sangre real, y de que en sus procesiones nupciales eran escoltados por la totalidad de la flota rodia. E, incluso, convirtió en objeto de acusación su carácter solícito, su régimen de vida frugal, pese a ser tan joven, y el hecho de que se había granjeado el cariño y la alabanza de

muchos en poquísimo tiempo. Eumenes, sin omitir nada que pudiera despertar en ellos celos, envidia o temor, más bien que haciendo acusaciones objetivas, exhortó al Senado a mirar con recelo a un enemigo joven que gozaba de estima y vivía no lejos de ellos.

(3) Y el Senado decidió hacer la guerra a Perseo, en realidad porque no juzgaba conveniente tener en un flanco a un rey prudente, laborioso, lleno de sentimientos humanitarios hacia muchos, tan unánimemente alabado y que, además, había heredado de su padre su enemistad hacia ellos, pero, en apariencia, porque se había hecho eco de las acusaciones de Eumenes.

(Apiano, Sobre Macedonia, XI, 1-3)

Apiano: Historia romana, trad. de A. Sancho Royo, Biblioteca Clásica Gredos 34, Madrid.

LA DINASTÍA SELÉUCIDA

La dinastía seleúcida fue fundada por **Seleuco I** en 305 a. C. y se mantuvo vigente hasta 64 a. C. Presentaba un amplio territorio que comprendía Babilonia, Siria, Persia y la mayor parte de Asia Menor, a excepción de Pérgamo y de Rodas.

Su modelo de gobierno, en buena parte continuista de muchas tradiciones macedonias, era muy afín al modelo monárquico de tipo oriental caracterizado por el mantenimiento de una corte, la divinización de la figura del rey, y el mando supremo de éste sobre el ejército.

Una de las cualidades por las que se caracteriza la administración seléucida es su alto grado de jerarquización. En la administración central el máximo dignatario era el *dioceta*, y por debajo de él se encontraba el *visir*. En la administración provincial se conservaron las satrapías, al frente de las cuales se encontraban los sátrapas, designados por el poder central, de los que dependían los *hiparcos*.

En materia religiosa los seléucidas veneraron a los dioses griegos, fundamentalmente a Zeus y a Apolo, si bien se caracterizaron por la tolerancia religiosa.

Por lo que respecta a la economía, la base de la misma era la agricultura, a la par que las ciudades cobraron un gran impulso desarrollándose, por tanto, la iniciativa privada en la artesanía, el comercio y la banca.

A la muerte **Seléuco I** en 280 a. C., comenzó la decadencia de la dinastía. En este sentido, fueron muy frecuentes los episodios de usurpación y las luchas continuas entre las diferentes satrapías, lo que dio origen a continuas guerras que fueron reduciendo los dominios del reino. La derrota frente a la Roma de **Escipión** en la batalla de Magnesia en 190 a. C. anunció su ocaso. Dicha batalla concluyó con la Paz de Apamea de 188 a. C., que no supuso

sino la pérdida definitiva de Asia Menor y el engrandecimiento de Pérgamo y de Rodas. Finalmente, en 64 a.C. el general **Cneo Pompeyo Magno** acabó anexionando a los dominios de la República romana todos los territorios seléucidas.

LA PAZ DE APAMEA ENTRE ROMA Y ANTÍOCO III (188 a.C.)

El tratado quedó ajustado según los términos siguientes:

Entre Antíoco y los romanos habrá paz perpetua según los puntos este tratado:

El rey Antíoco no permitirá el paso por sus tierras y por las de sus vasallos a ningún ejército enemigo de los romanos, ni le ayudará. De modo semejante actuarán los romanos y sus aliados contra los que se dirijan contra Antíoco o sus vasallos.

Antíoco no hará la guerra contra los isleños, ni contra los habitantes del continente europeo.

Retirará sus tropas de las ciudades y el territorio... los soldados no se llevarán nada, salvo sus propias armas. Si ocurre que se hayan llevado algunos objetos, deben devolverlos a las ciudades de donde los tomaron.

No recibirán refugiados del reino de Eumenes, ni soldados ni a ningún otro.

Si en el ejército de Antíoco hay algunos soldados procedentes de las ciudades capturadas por los romanos, serán entregados en Apamea. Si hay algunos (del reino de Antíoco) entre los romanos y sus aliados, que tengan la libertad de permanecer donde se encuentren si lo desean, o de marcharse.

Antíoco y sus vasallos entregarán los esclavos de los romanos y sus aliados, ya sean prisioneros de guerra o huidos, u otros capturados en cualquier circunstancia. Antíoco entregará también, si le es posible, a Aníbal, hijo de Amílcar, de Cartago; a Mnesíloco de Acamania; a Toas, el etolio; a Eubúlides y Filón de Calcis, y a todos los etolios que hayan ejercido algún cargo público.

Entregará todos los elefantes que tiene en Apamea, y no tendrá ninguno de ahora en adelante. Entregará todas sus naves grandes, con sus aprestos y matalotaje, Y desde ahora no tendrá más que diez naves sin cubierta; éstas no podrán poseer más de treinta remos, ni tampoco llevar un hombre por remo con propósitos de guerra ofensiva.

No navegará más allá del río Calicadno, y del promontorio de Sarpedón salvo para el transporte de tributos, embajadores o rehenes.

No le estará permitido a Antíoco reclutar mercenarios entre los pueblos sujetos a los romanos, ni recibir a los huidos.

Todas las casas de los rodios y de los aliados situadas en las tierras del rey Antíoco serán propiedad de los rodios como antes del comienzo de la guerra. Todo el dinero que se les adeude deberá retornar a su poder; cualquier propiedad dejada por ellos debe ser investigada y devuelta. Las mercancías destinadas a los rodios quedarán libres de impuestos, como antes de la guerra.

Si Antíoco ha cedido a otros algunas de las ciudades que debe entregar, sacará de ellas sus guarniciones y sus tropas. Si algunas quieren retornar a su obediencia, no las admitirá.

Antíoco entregará los romanos diez mil talentos en la mejor plata ática, a razón de mil por año, con no menos de ochenta libras romanas por talento, Y además quinientas cuarenta mil medidas de trigo.

(Al rey Eumenes dará) trescientos cincuenta (talentos) durante los próximos cinco años en entregas anuales de (setenta) talentoso al mismo tiempo que efectúa sus pagos a los romanos; y en lugar de trigo, tal como ha estimado el rey Antíoco, entregará ciento veintisiete talentos y mil doscientas ocho dracmas, cantidad con la que Eumenes se da por satisfecho.

Antíoco entregará (veinte) rehenes, cambiando los cada tres años, de una edad comprendida entre dieciocho y cuarenta y cinco años.

Si se produce algún retraso en los pagos, deberá recompensarlo al año siguiente.

Si algunas de las ciudades o pueblos a los que se les ha impuesto por escrito que no deben emprender la guerra contra Antíoco comenzaran las hostilidades, le será permitido a Antíoco hacer la guerra. Pero no podrá someterlos a vasallaje o incitarlas a establecer con él alianza.

Las diferencias que se produzcan entre las dos partes serán sometidas a arbitraje.

Si cualquiera de las dos partes quisiera añadir o eliminar algún punto de este tratado de acuerdo con la otra, será lícito.

(Polibio, XXI, 43, 1-27)

LA DINASTÍA LÁGIDA

En Egipto los nuevos monarcas griegos se preocuparon en todo momento por legitimar su poder presentándose en consecuencia como los auténticos herederos de los faraones y como los nuevos protectores de la milenaria cultura egipcia, a la vez que se sirvieron de las estructuras ideológicas y de propaganda de la monarquía egipcia para mantener su poder.

Si bien tanto la política como la administración presentaban un carácter puramente griego, en realidad la monarquía lágida o ptolemaica era de carácter mixto: si en el interior y hacia los autóctonos el monarca se presentaba como el faraón tradicional, hacia el exterior y hacia la minoría griega residente en Alejandría presentaba una imagen típicamente helénica y desprovista de carácter divino —se presentaba, por consiguiente, como un *basileus* y en ningún momento como un rey divinizado.

Ptolomeo I (305-283 a. C.) se proclamó rey de Egipto en 305 a. C., siendo, por tanto, el fundador de la dinastía lágida o ptolemaica. Fue el responsable de haber introducido una nueva moneda y de haber fundado el Museo y la Biblioteca de Alejandría.

Ptolomeo II (283-246 a. C.) fue el responsable de haber trasladado la capital de Menfis a Alejandría y de haber concluido la construcción del célebre faro de Alejandría, una de las siete maravillas del mundo antiguo.

Ptolomeo III (246-222 a. C.) fue, ante todo, un rey guerrero, que llegó a dominar Libia, Chipre y Siria meridional.

Con **Ptolomeo IV** (222-204 a. C.) comenzó el ocaso de la dinastía lágida, pues durante su reinado se perdió Siria y fueron muy frecuentes los conflictos sociales.

A partir del siglo II a. C., Roma, en su afán expansionista, comenzó a intervenir en Egipto tras haber conquistado ya gran parte de la península Ibérica, Macedonia y Grecia. A finales del siglo I a. C., apareció en la escena política la figura de una gran reina adelantada a su época: **Cleopatra VII** (51-31 a. C.), vinculada primero a **Cayo Julio César**, en una relación más de interés político que de amor, y unida después en matrimonio con **Marco Antonio**. La última reina de Egipto intentaría con **Marco Antonio** crear un gran Imperio de Oriente, si bien ambos serían vencidos en 31 a. C. por **Octavio** en la batalla de Accio, convirtiéndose a partir de ese momento Egipto en una provincia romana.

Tanto la corte real como la administración central se encontraban centralizadas en Alejandría. A pesar de que Menfis era la capital oficial, en realidad los ptolomeos nunca llegaron a residir en ella. El comercio se desarrolló ampliamente, y el rey era el propietario de todas las tierras, a excepción de las que pertenecían a los templos y algunos lotes otorgados a personas ilustres —la clase dominante griega, formada por burócratas y militares, se limitaba a explotar al campesino egipcio—. Además de Alejandría, existían dos ciudades de primer orden: Náucratis y Tolemaida. El resto del reino estaba dividido en varios *nomos* o distritos. Cada *nomo* era gobernado por un estratega, como norma general griego, que contaba con poder civil y militar. Por debajo de él se encontraba el *nomarco*, responsable de los dominios reales y de los trabajos públicos.

BIBLIOGRAFÍA

AGUDO VILLANUEVA, M.: *Macedonia: La cuna de Alejandro Magno*, Barcelona, Dstoria Edicions, 2016.

CONOLLY, P.: *La guerra en Grecia y Roma*, Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2016.

CHANIOTIS, A.: *La era de las conquistas: El mundo griego de Alejandro a Adriano (336 a.C.-138 d.C.)*, Barcelona, Ediciones de Pasado y Presente, 2018.

DURUY, V.: *Graecia Capta: La conquista de Grecia por los romanos (214-146 a. C.)*, Salamanca, Signifer Libros, 2019.

FINLEY, M.: *El legado de Grecia. Una nueva valoración*, Barcelona, Editorial Crítica, 1983.

HAMMOND, N. O. L.: *The Macedonian State. The Origins, Institutions and History*, Oxford, Clarendon, Press, 1989.

MONTERO DÍAZ, S.: *Alejandro Magno: el imperio universal*, Salamanca, Signifer Libros, 2019.

SHIPLEY, G.: *The Greek World after Alexander 323-30*, Londres, Routledge History of the Ancient World, 2000.

THONEMANN, P.: *The Hellenistic World: Using coins as sources*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016.

UNIDAD DIDÁCTICA IV

HISTORIA DE ROMA

MILAGROS MORO IPOLA

INTRODUCCIÓN: LOS ETRUSCOS
TEMA 10. ROMA DESDE LOR ORÍGENES AL FINAL DE LAS GUERRAS PÚNICAS
TEMA 11. LA REPÚBLICA PLENA
TEMA 12. EL IMPERIO

INTRODUCCIÓN: LOS ETRUSCOS

Cuando los griegos y los fenicios llegaron a la costa occidental de lo que hoy es Italia, se encontraron con un pueblo, los etruscos, perfectamente formado y organizado que ocupaba el territorio comprendido entre los ríos Arno y Tíber. Los griegos llamaron a sus habitantes thyrrenoi y al mar que ocupaban, Tirreno.

El origen de los etruscos fue para los griegos y romanos un misterio, y todavía hoy continúa siéndolo. Las únicas noticias sobre este tema nos llegan a través de la historiografía clásica. Las fuentes nos hablan de tres posibles orígenes del pueblo etrusco: La teoría del origen oriental, la teoría del origen autóctono y la teoría del origen septentrional. La teoría del origen oriental es la más aceptada de todas y fue propuesta por el historiador griego del s. V a. C., Heródoto.

> *Y he aquí como (los lidios) se defendían contra el hambre con sus inventos: de cada dos días pasaban uno entero jugando para no pensar en la comida, y al día siguiente dejaban los juegos para alimentarse. De este modo vivieron hasta dieciocho años. Pero como la plaga no remitía, antes bien se recrudecía cada vez más, al fin el rey dividió a todos los lidios en dos grupos y designó por suerte el que se quedaría y el que saldría del país. Y el rey puso al frente del grupo al que tocó en suerte quedarse allí, a sí mismo, y del que iba a emigrar, a su hijo, cuyo nombre era Tirreno. Y aquellos a quienes tocó salir del país bajaron a Esmirna, se procuraron navíos, embarcaron en ellos todos los bienes muebles que les eran útiles y se hicieron a la mar en busca de sustento y de una patria, hasta que, después de pasar de largo muchos pueblos, llegaron al país de los umbrios, donde fundaron ciudades y han habitado hasta el presente. Pero cambiaron su nombre de lidios por otro derivado del que tenía el hijo del rey que los había guiado; de él tomaron su nuevo nombre y se llamaron tirrenos.*
>
> (Heródoto, *Historia I, 94*)

Fuente: National Geographic Historia

Mapa 55. Mapa de Etruria. Territorio etrusco con sus principales ciudades.

El único autor antiguo que apoya la teoría del origen autóctono de los etruscos es Dionisio de Halicarnaso, un historiador griego que vivió en época de Augusto. Para él, se trataba de un pueblo indígena que no había emigrado de ningún sitio y que no tenía en común con ningún otro pueblo ni la lengua y las costumbres.

> *Yo sé que también muchos otros historiadores han tratado este tema del origen de los tirrenos, unos en los mismos términos y otros, cambiando el tipo de colonización y época. Algunos dijeron que Tirreno era hijo de Heracles y de Onfale, la lidia, y que, en cuanto llegó a Italia, expulsó a los pelasgos de sus ciudades, pero no de todas, sino de las que estaban al otro lado del Tíber, en la parte norte. En cambio, otros explican que Tirreno era hijo de Télefo y que vino a Italia después de la toma de Troya. Pero Janto el lidio, experto en historia antigua como ningún otro, considerado como una autoridad sin competencia en la historia de su país, no nombra a Tirreno en ninguna parte de su historia como jefe de los lidios, ni sabe de ninguna colonia de menonios que haya llegado a Italia, y no hace ninguna mención de Tirrenia como fundación de los lidios, aunque presta atención a otras cosas más insignificantes.*
>
> (Dionisio de Halicarnaso I, 28-30)

La teoría menos aceptada es la que localiza el origen de los etruscos en el norte. Se basa en ciertos parecidos que hay entre las culturas itálicas y las danubianas de principios del I milenio a. C. Así lo cuenta Tito Livio:

> *Sin duda alguna, todas las poblaciones alpinas han tenido el mismo origen [que los etruscos], principalmente los retes, a quienes la aspereza de aquellos parajes los hizo rudos, hasta el punto de que no han conservado de su antigua patria más que el acento de su lengua y éste muy corrompido.*
>
> (Tito Livio, *Ab Urbe condita V*, 33)

La historia de los etruscos se puede dividir en tres fases: La formación y desarrollo, el debilitamiento, y la decadencia.

La formación y el desarrollo de la civilización etrusca va desde el s. X al VI a. C. En este periodo se construyen las ciudades y comienza el proceso de expansión. En este momento, las poblaciones etruscas están agrupadas en una liga de doce ciudades. Esta dodecápolis no tenía, o no se conoce, una unidad política ni una cabeza visible. La expansión comenzó por el mar, con el dominio de Córcega y Cedeña. Los etruscos se habían convertido en una potencia naval gracias a ciertos inventos como los rostra o el ancla. Los grandes rivales de los etruscos en estos momentos eran los griegos porque ambos pueblos tenían los mismos objetivos: el control y la explotación de los recursos de las zonas conquistadas. Esta rivalidad llevó a los etruscos a aliarse con los cartagineses que también estaban en puga con los

griegos. Junto a la expansión marítima se produjo la terrestre. Los etruscos avanzaron en dos direcciones: hacía el Lacio y la Campania donde fundaron ciudades como Capua, Nola, Cocera o Pompeya, y hacia el norte hasta llegar al Adriático. A finales del s. VI a. C., los etruscos dominaban ya una amplia zona que iba desde Tirreno hasta el Adriático y, desde más allá del río Po a la Campania poniendo las bases culturales de lo que más tarde sería Roma.

La victoria sobre los griegos en Alalia (540 a. C.) significó el cenit de la expansión etrusca en el Mediterráneo pero a finales del s. VII a. C. una serie de factores internos y externos hicieron que el poder etrusco empezara de decaer. Su influencia en la Lacio comenzó a debilitarse: los reyes de la dinastía etrusca fueron expulsados de Roma pero fue la derrota en Cumas frente a Hierón de Siracusa (474 a. C.) lo que supondría el principio de la decadencia. Sin el control de los barcos etruscos, el Tirreno se llenó de piratas obstaculizando el normal funcionamiento del comercio marítimo. El corte de las comunicaciones entre el norte y el sur del territorio etrusco provocó el aislamiento y la pérdida de algunas colonias meridionales como Capua, que fue conquistada por los samnitas. Después de diez años de guerra, también se perdió Veyes que pasaría a manos romanas. Sin embargo, la decadencia y el fin definitivo del mundo etrusco no llegaría hasta finales del s. V a. C. cuando se encontró envuelto en diferentes conflictos y guerras contra romanos, celtas y griegos.

Se sabe que desde el s. VIII a. C., el poder político se organizaba entorno a la ciudad y su territorio de forma parecida a lo que ocurría en las polis griegas. Se trataba, pues, de ciudades-estado pero agrupadas, como hemos visto anteriormente en una liga o federación de doce poblaciones. La organización política más antigua de las ciudades etruscas fue la monarquía y al frente de ella un lucumón o rey. El monarca era el máximo responsable del ejército, el sumo sacerdote y también él estaba al frente de las funciones judiciales. A pesar de este poder absoluto, el rey debía estar sometido al control de un consejo aristocrático, similar al papel del senado en Roma. Se desconoce en qué momento las ciudades etruscas dejaron de ser monárquicas para convertirse en republicanas pero en el s. IV a. C. el nuevo régimen ya estaba establecido. No se sabe si las magistraturas que asumieron las antiguas funciones del rey eran vitalicias pero la información aportada por la epigrafía en la que aparece el número de veces que cierto magistrado ha desempeñado su función, parece indicar que eran temporales. Gracias a las inscripciones funerarias podemos conocer el nombre de algunas de esas magistraturas aunque no podamos saber exactamente sus funciones.

— Zilath. Es la magistratura principal, comparable a la del cónsul en Roma. Había dos y eran magistrados epónimos, es decir, daban su nombre al año.

— Purth. Según algunos autores sería el equivalente al prítano griego o, para otros, el dictador romano.

— Macstereuc. Probablemente se traba de un magistrado de rango militar.

— Camthi. Podría tratarse de un magistrado menor dedicado a la administración urbana.

— Maru. Seguramente es una magistratura religiosa porque el nombre aparece relacionado siempre con una deidad.

Se sabe de la existencia de un consejo de ancianos o de notables formado por las grandes familias aristocráticas. Lo que se desconoce es si existió una asamblea popular que sirviera de contrapunto al poder y las decisiones de ese consejo.

Aún sin tener noticias ciertas sobre ello, la sociedad etrusca debía estar dividida en dos grupos: uno reducido en el que se encontrarían las clases más pudientes e influyentes y, otro formado por las grandes masas populares básicamente formado por artesanos y comerciantes que, quizá en algunos casos, también se dedicaran a tareas agrícolas. Por debajo de este grupo estarían los que tenían una condición servil, divididos, a su vez, en tres grupos: Esclavos, libertos y clientes.

Figura 52. La sociedad etrusca. Pintura etrusca

Figura 53. El ejercito etrusco. Relieve de Pirgi

La sociedad etrusca contaba con uno de los ejércitos más modernos y mejor organizados de su época. Como ocurría en otros pueblos, tenía un ejercito de tierra y una marina.

La actividad económica más importante y rentable para las ciudades etruscas fue la agricultura gracias a una tecnología que permitió a sus habitantes desecar zonas pantanosas y convertirlas en cultivables. Mijo, centeno, avena, lino, vid u olivo fueron los productos principales. La situación geográfica de la región, en el cruce de las rutas comerciales entre Oriente y Occidente hizo del comercio un de los principales sectores económicos de los etruscos. Gracias a su flota fueron capaces de controlar el Tirreno durante siglos aunque, tan bien es verdad, que sus métodos muchas veces rayaban en la piratería. Pero lo cierto es que el comercio proporcionó a las ciudades etruscas una prosperidad considerable a la vez que conflictos con otras poblaciones como las colonias de la Magna Grecia.

Los etruscos rendían culto a un gran número de dioses y transmitieron a los romanos una buena cantidad de sus rituales. La adivinación, la interpretación de los prodigios y de las vísceras de los animales a cargo del haruspex era una de las partes más importantes de la religión etrusca.

Figura 54. La religión etrusca. Higado de Piacenza

Los etruscos creían firmemente en la vida en el Más Allá. Estaban convencidos de que la muerte sólo era un paso después del cual la vida continuaba. La tumba, el nuevo hogar del difunto, debía disponer de todo lo necesario para proporcionar la mayor comodidad posible: muebles, objetos personales, comida...

BIBLIOGRAFÍA

LARA PEINADO, F., *Los etruscos. Pórtico de la historia de Roma*, Cátedra, Madrid, 2007.

CABRERO, J., *Los Etruscos*, Edimat, Madrid, 2006.

PALLOTTINO, M. *Etruscología*, Eudeba, Buenos Aires, 1963.

Tema 10
Roma desde los orígenes al final de las Guerras Púnicas

Sinopsis

Según la tradición, Roma fue fundada un 21 de abril del año 753 a. C. por Rómulo y Remo, los gemelos descendientes de Eneas, que habían sido abandonados a su suerte en el río Tíber al nacer para evitar que en un futuro pudiesen reclamar sus derechos sobre el trono de Alba Longa.

Pero la arqueología nos cuenta un origen de Roma bastante diferente y alejado de las intrigas en la casa real de Alba Longa y de las aventuras los dos pequeños huérfanos.

En la edad del hierro entre el s. IX y el s. VIII a. C. surge sobre la colina palatina el primer núcleo de población de lo que siglos más tarde será Roma. Geográficamente el lugar presenta muchas ventajas: hasta ese punto, el Tibér es navegable, las colinas que forman los diferentes ramales del río lo hacen fácilmente defendible y es el cruce de las vías comerciales que conectan el centro y el sur de la península italiana, Etruria y las colonias griegas de la Magna Grecia. Era el lugar perfecto para fundar una ciudad.

Los primeros habitantes de Roma se instalan en cabañas construidas con barro y paja, de planta circular que se transformarán en cuadradas entre el s. VII y el s. VI a. C. gracias a la influencia de la cultura griega, más evolucionada.

Según la tradición los primeros reyes de Roma fueron de origen latino mientras que los tres últimos fueron originarios de Etruria.

Durante el gobierno de los reyes etruscos, comienzan los cambios urbanísticos en la ciudad: se pavimenta el foro, se construye la cloaca máxima, se levanta un nuevo circuito de murallas... Pero los cambios no sólo serían internos porque al mismo tiempo, la ciudad comenzaba a consolidarse como una de las principales urbes del Lacio.

Sin embargo la monarquía no iba a durar mucho tiempo y en el año 509 a. C., Roma expulsaba al último rey etrusco: Tarquinio el Soberbio. 243 años después del advenimiento del primer monarca latino, Roma contaba con un perímetro de alrededor de 25 km y con una población de cerca de 100.000 habitantes.

Así comenzaba el siguiente capítulo de la historia de Roma: la República. Los romanos decidieron que nunca más permitirían a un solo hombre sostener todo el poder. A partir de ese momento en el lugar del monarca, los ciudadanos de Roma deberían elegir cada año a dos cónsules controlados por el Senado, formado por los patricios, miembros de las familias con más rancio abolengo de la ciudad. Quienes no pertenecieran a esta privilegiada clase social, formarían parte de la plebe romana. No importaba qué grande pudiera ser la fortuna de un plebeyo: el hecho de no ser patricio le cerraba toda posibilidad de acceder a cualquier cargo público.

Dos siglos duraron la reivindicaciones de los plebeyos en pos de su igualdad con los patricios. Dos de los principales logros plebeyos en su lucha fue la redacción de la ley Doce Tablas y la creación de una magistratura, el tribunado de la plebe, que defendiera los intereses de las clases no privilegiadas.

Junto con los conflictos internos entre patricios y plebeyos, los primeros años de la República se iban a caracterizar por una larga sucesión de conflictos con los pueblos vecinos (etruscos, latinos, volscos, samnitas...) que concluiría con el control total de la Italia central.

Pero en el 390 a. C. el asedio de los galos a punto estuvo de cambiar el destino de la ciudad. Después del ataque galo, el ejercito romano se reestructuró para hacerse más rápido, eficaz y compacto.

El siguiente siglo fue el de la conquista de la Italia meridional que terminó en el año 274 a. C. con la derrota del rey Pirro en Benevento.

Después de la guerra y el triunfo sobre Pirro, Roma se encontró con un enemigo mucho más peligroso: Cartago. Los cartagineses habían sido hasta ese momento los dueños y señores del Mediterráneo y el conflicto entre las dos potencias iba a ser inevitable.

La primera guerra púnica se alargó durante 23 años y terminó con la victoria romana que de ese modo añadió a sus territorios las islas de Córcega, Cerdeña y Sicilia.

Cartago buscó en el oeste, en la península Ibérica, nuevos territorios por donde expandir su dominio tras la perdida de las islas en la primera guerra púnica.

La elección de Aníbal como general del ejercito cartaginés llevaría al inicio de la segunda guerra púnica. Aníbal atravesó los Alpes con un poderoso ejército, incluídos sus famosos elefantes, camino de Roma. Ya en la península italiana, las tropas cartaginesas derrotaron a la romanas en las batallas de Trebia, Trasimeno y Cannas.

En el 205 a. C. fue elegido cónsul Publio Cornelio Escipión, que después de una brillante campaña en África derrotó a Aníbal en Zama poniendo el final a la segunda guerra púnica. Este triunfo de Escipión le valió el sobrenombre de «Africano Mayor».

De esta guerra, los romanos consiguieron el sur de la Península Ibérica y todo el poder comercial hasta entonces en manos cartaginesas.

Guion / Resumen

EL ORIGEN

- Aunque los primeros asentamientos en la colina palatina se sitúan en el s. XIV a. C., la tradición fecha la fundación de Roma en el año 753 a. C. por los gemelos Rómulo y Remo.

LA MONARQUÍA

- El periodo monárquico en Roma se compone de dos dinastías: la latino-sabina y la etrusca. A la primera pertenecen Numa Pompilio, Tulio Hostilio y Anco Marcio. Los reyes etruscos fuerosn Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio.
- Durante la monarquí se organiza el calendario y se emprenden reformas urbanísticas como la pavimentación del foro o la construcción de la cloaca máxima y las nuevas murallas.
- La monarquía finalizará con la expulsión de Tarquinio el Soberbio.

LA REPÚBLICA

- La República comienza con los conflictos que enfrentarán a patricios con plebeyos. La Ley de las Doce Tablas.

Al mismo tiempo, Roma empieza su expansión y con ella los conflictos con sus vecinos.

PIRRO

- El conflicto con la ciudad de Tarento significará el primer contacto con la cultura griega.
- Con la derrota del rey Pirro, Roma da por finalizada la conquista de Italia.

CARTAGO

- La antigua colonia fenicia se había convertido en la potencia del Mediterráneo hasta ese momento.
- A pesar de los tratados firmando con Roma, al final el conflicto entre las dos potencias será inevitable.

LAS GUERRAS PÚNICAS

- El final del primer conflicto a favor de Roma significará el fin del dominio de Cartago sobre Sicilia, Córcega y Cerdeña.
- Cartago buscará nuevos territorios en occidente: en la península Ibérica.
- El asalto al poblado íbero de Arse se convertirá en el cassus belli por el que comenzará la Segunda Guerra Púnica.
- Ánibal derrotará a las legiones romanas en la península italiana pero no llegará a atacar Roma.
- Publico Cornelio Escipión, Africano Mayor, derrotará a los cartagineses en Zama.
- Después de la Tercera Guerra Púnica, Cartago desaparecerá.

LA MONARQUÍA

Mucho antes de que apareciera Roma, en la región del Lacio existía una cultura, la lacial, que desde el s. XI a. C. hasta el año 580 a. C. se iba a convertir en la base de lo que mucho tiempo después sería la civilización romana. Los latinos eran un pueblo de lengua indoeuropea (latín) que ocupaban la llanura central de Italia entre los montes Albanos y el Tíber, llegando por el sur hasta las lagunas Pontinas. Como sucedía con los etruscos, su origen nos es desconocido. Los datos más antiguos que tenemos de Roma nos sitúan en la Edad del Broce cuando una serie de pequeños asentamientos se diseminaron en torno al Capitolio, las colinas cercanas y los valles entre ellas. Geográficamente, el lugar presenta muchas ventajas. Era un punto en el que el río no sólo era vadeable sino también navegable y en el que las colinas permitían una mejor protección. A comienzos de s. VIII a. C. grupos de agricultores y pastores se instalan en la parte más alta del Palatino, Esquilino, Quirinal y, tal vez, del Celio. Por entonces, la reducida población de la futura Roma vivía en cabañas hechas con barro y ramas, y enterraba a sus difuntos en las laderas de las colinas.

El río Tíber tenía varios ramales, como el Velabro, que formaban zonas pantanosas que era necesario secar y sanear. En una de esas zonas se estableció, tiempo después, el foro. A lo largo del siglo VIII a. C. se comienzan a pavimentar algunas calles con guijarros, se construye una muralla, se edifica un santuario en el Capitolio y otro cerca del templo de las Vestales y, desde el punto de vista comercial, se produce un importante crecimiento de las importaciones de cerámica griega.

La tradición cuenta que Roma fue gobernada por siete reyes durante 245 años. Exceptuando Rómulo, sobre el que la investigación está de acuerdo en que se trata de un personaje legendario, de los demás se podría afirmar que aunque debieron desempeñar un papel importante en la vida de la ciudad, no se sabe si en realidad se trataba de auténticos reyes. Tradicionalmente se distinguen dos fases en este periodo monárquico: la denominada monarquía latino-sabina (Rómulo, Numa Pompilio, Tulo Hostilio y Anco Marcio), y la monarquía etrusca (Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio).

El primer monarca de Roma que se podría considerarse real es Numa Pompilio. Tito Livio hace referencia a la labor legislativa del rey Numa (*leges Numae)* que abarcaría desde la organización religiosa a aspectos civiles, económicos y sociales, o militares. También se le atribuye a Numa la creación del calendario de doce meses que sustituyó al anterior de diez. Los hechos más relevantes del reinado de Tulo Hostilio fueron el enfrentamiento con los sabinos, y con las ciudades de Veyes y Alba Longa aunque el conflicto con esta última, sin embargo, forma más parte de la leyenda que de la realidad histórica. Cuenta Tito Livio cómo la rivalidad entre Roma y Alba Longa acabó desembocando en un con-

flicto armado resuelto en la conocida batalla entre los Horacios y los Curiacios. Según la leyenda, tanto romanos como albanos tenían en sus filas un trío de hermanos gemelos: los Horacios y Curiacios. Se decidió que, en lugar de enfrentarse los dos ejércitos, lo hicieran sólo los gemelos. El pueblo ganador, dominaría al otro convirtiéndolo en su esclavo. En el primer encuentro resultaron muertos dos de los Horacios mientras que los tres Curiacios estaban heridos. Roma ya se veía esclava de Alba Longa cuando el Horacio vivo tuvo una idea: fingiría escapar para hacer que los Curiacios le persiguieran. Así se enfrentaría a ellos pero uno tras otro y no a todos a la vez. El plan funcionó a la perfección y el gemelo romano se dirigió a Roma para celebrar su victoria. Pero no todo fueron felicitaciones para el Horacio: su hermana, prometida de uno de los Curiacios, no pudo evitar ponerse a llorar cuando se enteró de la muerte de los Albanos. Indignado por la reacción de la chica, Horacio mató a su hermana mientras le decía: «Vete de aquí a estar con tu novio.»

Esta primera dinastía latino-sabina terminará con el reinado de Anco Marcio también lleno de conflictos que, como en el caso de los anteriores monarcas, forma más parte de lo legendario que de lo histórico.

Según la tradición, desde el año 616 a. C. y durante algo más de un siglo, gobernará la dinastía etrusca. La primera gran novedad iba a ser que a partir de ese momento, el trono sería hereditario en lugar de elegido como había sido costumbre hasta entonces. Con el último de los monarcas etruscos, con Tarquinio el Soberbio, la monarquía entrará en crisis y dará paso a una nueva etapa en la historia de la ciudad: la República.

Cuenta Tito Livio que durante el reinado de Anco Marcio llegó a Roma un rico comerciante procedente de Tarquinia de nombre Tarquinio Prisco. De origen griego, Tarquinio y su mujer, Tanaquil, decidieron trasladarse a Roma ya que en su ciudad las posibilidades de poder ascender socialmente eran muy escasas a diferencia de lo que ocurría en Roma donde los extranjeros, sin embargo, siempre eran bien acogidos. Gracias a su posición económica, a Tarquinio le fue asignada rápidamente curia y tribu. Poco después, comenzó su amistad con el rey y a la muerte de éste, se convirtió en el tutor de sus hijos. Esto es, al menos, lo que nos cuenta Tito Livio. De su reinado destaca el cambio urbanístico que se produjo en Roma. Se llevó a cabo la nivelación de la zona del Foro y su pavimentación; lo mismo se hizo en la zona del *comitium* y en la del Foro Boario, donde estaba el embarcadero. Se comienzan a desecar las zonas pantanosas por medio de canales y se definen claramente las dos calles principales de la ciudad, lo que más tarde serían el *cardo* y el *decumano* de todas las fundaciones romanas.

Figura 55. Roma primitiva. Maqueta de las primitivas cabañas romanas. Antiquarium Palatino, Roma

Figura 56. Roma primitiva II. Detalle de una de las primitivas cabañas (j.Cabrero)

Según la tradición, los hijos del anterior monarca, Anco Marcio, contrataron a un asesino para que terminase con la vida de Tarquinio Prisco. El rey habría decidido nombrar heredero a Servio Tulio en lugar de a los hijos de Marcio y ese habría sido el motivo del magnicidio. Tanaquil ocultó la muerte de su marido durante algún tiempo para conseguir que Servio Tulio fuese elegido rey por el Senado sin contar con la opinión del pueblo.

Servio Tulio (579-534 a. C.) fue, probablemente uno de los monarcas romanos más importantes si tenemos en cuenta la gran cantidad de aportaciones y novedades que trajo su reinado y que serían la base sobre la que se fundará mas tarde el gobierno de la República. De origen incierto, Servio se casó con la hija del Tarquinio Prisco y a la muerte de éste, como hemos visto más arriba, se apoderó del trono. Ya en el poder, Servio Tulio continuó la actividad urbanística que había comenzado su suegro (se construye una nueva muralla, se levantan templos, se continúa desecando las zonas inundadas y trazando nuevas calles...) aunque su gran aportación será la actividad legislativa. El reparto de tierra pública, *ager publicus*, entre los más desfavorecidos produjo un importante aumento de propietarios y, por ello, de ciudadanos. De las tres tribus creadas por Rómulo se pasa a 35, cuatro de carácter urbano y 31 rústicas. Se creó un nuevo censo con criterios económicos, la organización centuriada, que dividía a la sociedad en cinco clases. La primera estaría integrada por aquellos ciudadanos que superaban los 100.000 ases y la última por los que poseían entre 11.000 y 25.000 ases. Esta distribución de la sociedad tendrá su reflejo también en la composición del ejercito y en el armamento así como en las obligaciones y derechos de los ciudadanos.

Servio Tulio también tuvo un importante papel en materia religiosa. Dedicó un templo a la diosa Diana en el Aventino y en torno a él se agruparon las diferentes ciudades del Lacio que formaban la Liga Latina, a la cabeza de las cuales estaba Roma; Este tipo de confederaciones tenían a las motivaciones religiosas como principal nexo de unión y las ciudades que las integraban se disputaban la posesión del santuario más venerado. También se le atribuye al rey la institución de dos fiestas: las Paganalia y las Compitalia, ambas celebradas en enero y de carácter agrícola.

> *Servio adquirió renombre para la posteridad al establecer la división de todos los ciudadanos en clases gracias a las cuales hay una diferencia entre los diversos grados de rango y de fortuna. En efecto, estableció el censo —institución de enorme utilidad para la futura magnitud de tan gran imperio—, a partir del cual las cargas militares y civiles se repartían no a tanto por individuo, como anteriormente, sino según la capacidad económica; con base en el censo pudo fijar las clases y las centurias, ordenamiento éste brillante desde la óptica tanto militar como civil. Con los que tenían una renta de cien mil ases o más formó ochenta centurias: cuarenta de los de más edad y cuarenta de los más jóvenes ; el conjunto se denominó primera clase. Los de*

más edad tenían por misión la defensa de la ciudad; los más jóvenes, las guerras exteriores. Se les impuso como armas el casco, el escudo redondo, las grebas y la coraza, todas ellas de bronce y para servir de protección del cuerpo; como armas ofensivas, la lanza y la espada. Agregó a esta clase dos centurias de obreros que cumplían el servicio militar sin llevar armas; tenían como misión el transporte de las máquinas de guerra. La segunda clase abarcaba de cien mil a setenta y cinco mil ases de renta, y de ella se inscribieron veinte centurias, tanto de mayores como de más jóvenes; armas exigidas: escudo alargado en vez del redondo, y las demás, las mismas, excepto la coraza. Fijó la renta de la tercera clase en cincuenta mil ases, el mismo número de centurias y con la misma diferenciación por edades que en la clase anterior; ningún cambio respecto a las armas, únicamente la supresión de las grebas. Renta de la cuarta clase: veinticinco mil ases; el número de centurias: el mismo; cambio respecto a las armas: sólo se les dejó la lanza y el venablo. La quinta clase era más numerosa; estaba integrada por treinta centurias; iban armados de hondas y proyectiles de piedra; entre éstos estaban también censados los cornete ros y trompeteros, repartidos en dos centurias. La renta de esta clase era de once mil ases. La renta inferior a ésta comprendía a la población restante: con ella se formó una sola centuria, exenta del servicio militar. (...)

Concluido el censo, dispuso que todos los ciudadanos romanos, infantería y caballería, se presentasen al amanecer en el Campo de Marte, cada uno en su centuria. Cuando estuvieron allí formadas todas las tropas, las purificó con el sacrificio de un cerdo, una oveja y un toro; este sacrificio recibió el nombre de cierre del lustro, porque con él se terminaba el censo.

A la vista de una población semejante, estimó que había que ampliar la ciudad. Incorpora dos colinas, el Quirinal y el Viminal; añade, a continuación, las Esquilias y él mismo se va a vivir allí, para dignificar la zona. (...) a fin de no tener que recurrir siempre a las armas para acrecentar su poder, puso empeño Servio en ensanchar su imperio con medidas diplomáticas, a la vez que añadía un nuevo ornato a la ciudad. Era ya en aquella época famoso el templo de Diana en Éfeso; se decía que había sido construido en común por los Estados Asia. Servio se deshacía en elogios a este acuerdo y comunidad de culto cuando estaba con los prohombres de los latinos, con los cuales con toda intención había trabado relaciones, oficiales y privadas, de hospitalidad y de amistad. A fuerza de machacar en la misma idea, al fin logr6 que los pueblos latinos y el pueblo romano conjuntamente levantasen un templo a Diana en Roma.

(Tito Livio, I.42. BCG 144. Trad. José Antonio Villar Vidal)

Tradicionalmente se ha aceptado el 534 a. C. como el año en el que Tarquinio el Soberbio, no se sabe si hijo o nieto de Tarquinio Prisco, asesinó a Servio Tulio y se hizo con el trono de Roma. El móvil habría sido la venganza por no haber podido suceder a su padre o abuelo y, eso a pesar de estar casado con una de las hijas de Servio Tulio.

Tarquinio fue un auténtico tirano a la manera griega pero con la diferencia de que no fue elegido, como hubiese sucedido en una polis. Su reinado fue contemporáneo al de algunas tiranías helenas como la de Polícrates de Samos o los Pisístrátidas en Atenas. Su fin, curiosamente, también coincide con la derrota de Hípias, el último de los tiranos atenienses.

La historiografía romana posterior da una imagen muy negativa del último rey de Roma. Su reinado habría comenzado con una represión contra todos aquellos que habían apoyado a Servio Tulio y continuado con las características habituales de las tiranías: abuso del poder personal, interés por las obras públicas, intensa política exterior...

La obsesión por la construcción, en la que obligaba a trabajar a toda la población, fue una de las características de su gobierno. Es en esos momentos cuando se levanta el templo de Júpiter Óptimo Máximo, las gradas de Circo Máximo, se refuerza la muralla, se termina la red de saneamientos con la construcción de la cloaca máxima...

Figura 57. Roma monárquica. La cloaca máxima

Su reinado se basó en decisiones personales aconsejado por parientes y amigos. El senado, mientras tanto, acabó siendo arrinconado y su opinión dejó de tenerse en cuenta entre otras cosas porque el rey se negó a consultarle como había sido la costumbre hasta ese momento. En el plano internacional, Roma no jugaba un papel relevante en el Mediterráneo que en esos momentos estaba dominado por griegos, etruscos y cartagineses. El objetivo de Tarquinio estaba más cerca: el control del Lacio y lo haría a través de la Liga Latina y el santuario de Diana. A base de alianzas matrimoniales y de alguna que otra argucia, Tarquinio consiguió que Roma a finales del s. VI a. C. tuviera cierto dominio sobre la región.

Cuenta la tradición que uno de los hijos del rey, Sexto Tarquinio, se encaprichó de una mujer, Lucrecia, que estaba casada con un pariente suyo, Tarquinio Colatino. Tras haber sido forzada, Lucrecia comunicó a su padre y su marido lo ocurrido y después de pedir venganza, se quitó la vida. Los ciudadanos de Roma, cansados del despotismo del rey, se levantaron en armas y proclamaron la República. Los dos primeros cónsules fueron el marido de Lucrecia, Colatino y su amigo Junio Bruto. Tarquinio buscó refugio en Etruria con la intención de encontrar la ayuda necesaria para volver a Roma. El rey de Clussium, Porsenna, se la dio pero después de ver el valor de los romanos acabó poniéndose al lado de éstos, pero, como ocurre en muchos de estos casos, la tradición y la realidad poco tienen que ver y la caída de la monarquía es uno de esos episodios oscuros de la historia de Roma. La expulsión de los Tarquinios poco o nada tuvo que ver con la indignación de Colatino y Bruto aunque sí con la intervención de Porsenna. El lucumón de Clussium había logrado hacer de su ciudad toda una potencia militar y conocía la delicada situación social que vivía Roma con un claro enfrentamiento entre el poder político y el resto de la población. Una vez que los romanos se habían levantado contra el rey, es posible que Posernna se decidiera a ayudar a los insurrectos. Con ello conseguiría por un lado eliminar a un competidor como Tarquinio y, por otro, afianzar el peso de Clussium en la zona. Sin embargo, su influencia debió durar poco porque desapareció poco después de que Roma proclamara la República.

LA REPÚBLICA

Cuenta Tito Livio (Liv. I, 60, 4) que en torno al 509 a. C. Lucio Junio Bruto y Lucio Tarquinio Colatino fueron nombrados los primeros cónsules de Roma en los comicios centuriados convocados por el prefecto de Roma siguiendo las normas que había establecido Servio Tulio. Comenzaba así un nuevo periodo en la historia de Roma que en sus primeros compases, como había ocurrido en época monárquica, sigue siendo para los historiadores un territorio entre la leyenda y la realidad histórica.

Conflictos internos: patricios y plebeyos

El paso de la monarquía a la república no significó sólo un cambio a nivel político. También supuso un profundo cambio en la composición de la sociedad. Hasta ese momento la clase dirigente, los patricios, los descendientes, según la tradición, de los cien primeros senadores instituidos por Rómulo, había sido la principal protagonista de todos los acontecimientos importantes de la ciudad. Los plebeyos, sin embargo, y a pesar de ser mayoría numérica, estaban privados de los derechos más elementales y excluidos totalmente de cualquier tipo de participación política. Ni siquiera se les permitía el matrimonio con patricios. Con la República llegó también un largo conflicto social que durará más de dos siglos y que no concluirá hasta el 287 a. C. durante la dictadura de Quinto Hortensio.

A lo largo de la monarquía, los patricios fueron monopolizando los principales cargos políticos y religiosos que llegaron a convertirse en hereditarios. Poseían las mejores y mayores parcelas de terreno mientras que los plebeyos únicamente podían aspirar a minúsculas propiedades, a trabajar como asalariados de los patricios o a dedicarse a la artesanía o al comercio. Si los patricios formaban un grupo homogéneo y compacto agrupado alrededor de un líder natural, no ocurre lo mismo con los plebeyos que forman una especia de cajón de sastre sin una conciencia definida de clase lo que hace más difícil el que hagan un frente común para resolver los problemas que les acucian.

Apenas quince años después de la expulsión de Tarquinio, estalló el primer conflicto entre patricios y plebeyos. El motivo fue la situación en la que quedaban los ciudadanos que no podían hacer frente a las deudas que habían contraído. Deudas que, por otro lado, se habían originado por exigencias del propio estado romano. Por ejemplo, un ciudadano tenía la obligación de formar parte del ejército. Para ello tenía que abandonar su casa y trabajo con la pérdida de ingresos que ello conllevaba. Muchos de ellos no podían hacer frente a los préstamos que habían solicitado para poder sobrevivir y terminaban siendo arrestados y encadenados por sus acreedores. Si finalmente la deuda no se satisfacía, el deudor podía ser vendido como esclavo o, incluso, ejecutado.

A medida que los patricios se afianzaban en el poder, la situación de la clase plebeya se hacía más insostenible favoreciendo de esa manera el surgimiento de las primeras reivindicaciones. Las había de tres tipos: económicas, sociales y políticas. Las exigencias de orden económico se basaban principalmente en el fin del problema de las deudas, el reparto equitativo de la tierra y la solución a la cuestión de la escasez de grano. En el campo social, los plebeyos reclamaban un código legal que tratara por igual a todos los ciudadanos y eliminara leyes tan discriminatorias como las que prohibían el matrimonio mixto entre ambas clases sociales. La principal reclamación en el ámbito político, por otro lado, fue el permiso para acceder a la vida pública y a las instituciones ciudadanas.

La gran aportación de la República en el campo político fueron las magistraturas. Las magistraturas no eran otra cosa que los cargos públicos encargados de ejercer el gobierno en Roma. En la carrera política, el *cursus honorum*, cada magistratura tenía su lugar en el escalafón siendo unas más importantes que otras. Aunque fueron cambiando a lo largo de la historia (duración, el número de sus miembros...), estas son las características generales de cada una de ellas

Figura 58. Las elecciones en la roma republicana.
Moneda ciudadano votando

—La cuestura ocupaba el escalafón más bajo de todos. Su función era la administración del tesoro público y la contabilidad, en general. Los cuestores, que en un principio eran dos pero que en época de Sila llegaron a ser una veintena, también se encargaban de los archivos públicos que se guardaban en el templo de Saturno.

—La edilidad se encargaba de las tareas policiales y urbanas de la ciudad. Entre sus funciones estaba la organización de juegos y espectáculos. Había cuatro ediles: dos patricios y dos plebeyos.

—El tribunado de la plebe tenía la misma categoría en el cursus honorum que la edilidad. Al principio estaba formado por dos miembros aunque más tarde pasó a diez. Su función era la de defender al pueblo, a la plebe, de los abusos de las demás magistraturas. Para ello contaban con derecho a veto. Los tribunos estaban protegidos por la sacrosanctitas, es decir, eran inviolables no pudiendo recibir ningún daño físico.

—La pretura era el escalón siguiente. En un principio había un pretor, *praetor urbanus*, que era el encargado de la administración de justicia en la ciudad. Después se añadió un segundo, *praetor peregrinis*, que se dedicaba a los pleitos entre ciudadanos y extranjeros. Y más tarde se amplió el número hasta seis. Los nuevos cuatro pretores tenían como función dedicarse a administrar las provincias. Con Sila llegaron a ser ocho y estaban investidos con un *imperium* de menor categoría.

—El consulado es la cima del *cursus honorum*. Sobre los dos cónsules, uno patricio y otro plebeyo, recaía el *imperium* de mayor categoría. Representaban el poder estatal y a ellos se les encomendaba la dirección del Estado y del ejército. El cargo es tan importante que los años eran llamados con el nombre de los cónsules.

—La censura, aunque era una magistratura importante, no tenía *imperium*. La formaban dos censores elegidos cada cinco años con la misión principal de confeccionar el censo. También eran los encargados de elegir a los senadores y de velar por el cumplimiento de las buenas costumbres. Era requisito para ser incluido en la lista de senadores ser fiel a la tradición, conservador a nivel moral. Como estaban en el cargo más tiempo de los otros magistrados, también tenían que decidir qué obras públicas se llevarían a cabo los siguiente cinco años. Por cierto, la palabra lustro, en castellano el periodo de cinco años, viene del latín *lustrum* (limpio) y se refiere a la ceremonia de purificación que se celebraba cada cinco años al finalizar cada censura. De aquí viene también la palabra lustre.

—La dictadura era una magistratura extraordinaria para situaciones extraordinarias. Cuando se consideraba que el Estado se encontraba bajo una amenaza, ya fuera interna o externa, los cónsules podían nombrar un dictador que tendría durante un máximo de seis meses todo el poder de la República.

En el año 594 a. C. los volscos, en guerra con Roma, amenazaban a las puertas de la ciudad. A pesar de lo crítico y peligroso de la situación, los plebeyos romanos abandonaros sus puestos y se retiraron al Monte Sacro (aunque algunos autores identifican el lugar como el monte Aventino) con la intención de fundar una nueva ciudad. Fue entonces cuando los patricios se dieron cuenta de dos cosas: que la supervivencia de Roma estaba en peligro y que ellos solos no iban a ser capaces de hacer frente a la situación. No había otra solución que pactar y llegar a un acuerdo con los plebeyos. El encargado de las negociaciones fue Marco Agripa que se vio forzado a ceder en algunas de la reclamaciones presentadas por los sublevados. En este primer pulso, los plebeyos consiguieron la creación de una magistratura especial para atender sus necesidades: el tribunado de la plebe. También se permitió la asamblea plebeya, *concilum plebis*, aunque en principio sus decisiones sólo fueron vinculantes para los plebeyos (*plebiscitos*). En esta época también se creó la magistratura de los ediles plebeyos encargados de administrar el templo de la triada Ceres, Liber y Libera, principales dioses para los plebeyos.

Los años siguientes fueron un continuo tira y afloja entre las aspiraciones de los plebeyos y las negativas patricias a ceder lo más mínimo de su privilegiada posición. A partir del 462 a. C. la situación se tensó todavía más. Cayo Terentilo Arsa, tribuno de plebe, presentó una propuesta para crear una comisión de cinco miembros con la misión de redactar una ley que limitase las atribuciones de los cónsules. Fue rechazada sin que ni siquiera fuera tomada en consideración. Pero Arsa no se rindió y al año siguiente volvió a proponer la creación de la comisión aunque esta vez con diez miembros en lugar de cinco y con mayores atribuciones como legislar en todos los campos del derecho. Tampoco fue aceptada. Sorprendentemente, en el 451 a. C. los patricios cedieron y aprobaron la creación de la comisión de diez miembros, *decemviri*, en la que estaban incluidos los cónsules electos de ese año. En un año, los

decemviri crearon la mayor parte de la legislación (las diez primeras tablas que luego serían parte de la Ley de las XII Tablas) aunque al no finalizarlo a tiempo, se decidió prorrogar la comisión algún tiempo más. Mientras tanto, las fuentes históricas se hacen eco de una segunda retirada de los plebeyos al Aventino. Según estas mismas fuentes, la causa sería la actitud despótica de los *decemviri* a lo que se unieron los desmanes de uno de ellos, Apio Claudio, que, encaprichado de una chica plebeya, Virginia, intentó quitársela a sus padres afirmando que era una esclava. Los plebeyos se subieron al Aventino y viendo que la estabilidad de Roma peligraba, los *decemviri* dimitieron y se reestablecieron las magistraturas que se habían suspendido para que la comisión pudiese trabajar más libremente.

A pesar de su final, la labor de los *decemviri* significó un antes y un después en la historia de Roma. Se pusieron por escrito leyes que afectaban al derecho procesal, se alternaba la ley del talión con compensaciones económicas, se regulaba el derecho de familia y herencia, los rituales funerarios...

Aún con su defectos y carencias, la publicación de la Ley de las XII Tablas supuso un gran avance para la sociedad romana. Los plebeyos no salían claramente beneficiados pero eso no significaba un triunfo patricio, al contrario. Con el paso del tiempo se terminaría con la arbitrariedad judicial a la que las clases inferiores habían estado sometidas y se conquistarían nuevos derechos.

Hacia la mitad del s. V a. C. los conflictos exteriores en los que estaba inmersa Roma hicieron que las disputas entre patricios y plebeyos pasaran a un segundo plano. La invasión gala a principios del s. IV a. C. destruyó parte de la ciudad y causó una profunda crisis que afectó a todos los aspectos de la vida de Roma, sobre todo a nivel económico. El empobrecimiento de la población hizo que el número de endeudados creciese vertiginosamente entre los menos favorecidos y entonces, la plebe reclamó, de nuevo, medidas para paliar la situación.

La primera respuesta vino de un patricio, Tito Manlio. Manlio no sólo se puso a la cabeza de las reclamaciones plebeyas sino que incluso llegó a pagar de su bolsillo las deudas de algunos ciudadanos. Tanto los patricios como los plebeyos enriquecidos vieron en estas medidas un peligro para sus intereses y decidieron actuar en su contra. Tito Manlio fue acusado de querer instaurar una tiranía apoyándose en las masas populares y condenado.

Ocho años después, en el 376 a. C., las propuestas de ley presentadas por los tribunos de la plebe Cayo Licinio y Lucio Sextio iban a revolucionar la sociedad romana. La primera de esas propuestas abogaba por que uno de los cónsules fuera de clase plebeya. La segunda ley estaba en relación con el problema del endeudamiento de los ciudadanos y proponía que los intereses que el deudor ya había abonado se le descontasen de la cantidad a deber y que, si quedaba algo por pagar, dispusiera de tres años para poder hacerlo. Eso significaba en la práctica la cancelación de la mayoría de las deudas porque los intereses eran tan altos que,

con frecuencia, superaban en varias veces las cantidad prestada. Por último, la tercera propuesta se encaminaba a solucionar el problema de la posesión de la tierra y su acaparamiento por parte de los patricios. La ley limitaría la ocupación del *ager publicus* a 500 yugadas. Eso traería una mejor distribución de la riqueza entre todos los ciudadanos. Como era previsible, las propuestas de los dos tribunos fueron rechazadas en un primer momento por los patricios pero éstos no pudieron evitar que diez años después, en el 367 a. C., fueran aprobadas. Se las conocen como las leyes *Licinio-Sextias* y supusieron la igualdad política entre patricios y plebeyos.

Con la construcción del templo de la Concordia ese mismo año se ponía fin a la fase más dura del conflicto entre patricios y plebeyos. A partir de ese momento, la distinción de clases ya no tendría que ver con el nacimiento sino con el poder económico.

La liga latina y las primeras amenazas externas

La expulsión de Tarquinio el soberbio significó el fin de la monarquía y de la posición de preminencia de Roma sobre el resto de la región. El último rey etrusco no consiguió recuperar el trono pero sí enfrentar a Roma con las demás ciudades de la Liga Latina. En el 496 a. C., cerca del lago Regilo se produjo el enfrentamiento entre Roma y la Liga Latina con la ciudad de Tusculum a la cabeza. El conflicto terminó con el triunfo de Roma y la firma de un pacto, *foedus cassianum,* por el que la ciudad volvía a ser miembro de pleno derecho de la liga. El pacto, que obligaba a la defensa y ayuda mutua de todas las ciudades del Lacio ante peligros exteriores, fue el mecanismo que utilizaría Roma durante el siglo siguiente para comenzar su expansión territorial.

Durante los últimos años del s. VI y principios del V a. C., Roma tuvo que enfrentarse a la amenaza que venía desde el norte. Los movimientos de algunas poblaciones celtas estaban presionando a las poblaciones de la zona central de los Apeninos y éstas a su vez lo hacían sobre sabinos, ecuos y volscos que provocando una especie de «efecto dominó» en la zona, procuraban aprovechar el momento de debilidad que vivía Roma después de la caída de la monarquía para hacerse con sus recursos económicos.

Los primeros en intentarlo fueron los sabinos aunque más preocupante sería el peligro que vendría por el sur, con los volscos, y por el este con los ecuos.

Sin embargo, el enemigo más serio que tenía Roma en los primeros momentos de la República estaba en el norte: la ciudad etrusca de Veyes.

Las relaciones entre Roma y Veyes ya habían sido difíciles durante la monarquía. De hecho, según Tito Livio, Rómulo ya había derrotado a la ciudad etrusca y pactado una paz

por cien años. La raíz del problema podría estar en la intención de ambas ciudades por controlar las rutas comerciales que unían Etruria y Campania que era lo mismo que dominar el trafico de mercancías de toda la Italia central. A esto se añadía la lucha por el dominio de la vía Salaria y las salinas que existían en la desembocadura del Tíber. La guerra era inevitable porque ninguna de las dos iba a renunciar a su dominio sobre el río. El conflicto terminaría en el año 396 a. C. después de tres guerras y con la destrucción de la ciudad etrusca.

La primera guerra contra Veyes (480-474 a. C.)

El primero de los conflictos tuvo como protagonista principal a la gens Fabia. En realidad, no estaríamos frente a una guerra entre las ciudades sino más bien a un rifirrafe entre clanes familiares por el control de las tierras en el margen derecho del Tíber y que no estaría, por otra parte, excento de cierto aire de leyenda. Según el texto de Livio, en la batalla de Crémera, la familia Fabio perdería a 306 de sus miembros

La segunda guerra contra Veyes (438-425 a. C.)

Según las fuentes romanas, el segundo episodio del conflicto con la ciudad etrusca comenzó tras la muerte del legado de Roma en Veyes por parte de Lars Tolumnio aunque la realidad parece apuntar al enfrentamiento entre Roma y la ciudad de Fidenas, aliada de Veyes, por el control de la Vía Salaria. En esta ocasión, la victoria volvió a caer del lado etrusco.

La tercera guerra contra Veyes (406-396 a. C.)

Este tercer y último enfrentamiento resultaría definitivo para el futuro tanto de Roma como de Veyes.

Roma decide llevar a cabo su ataque definitivo asediando la ciudad el tiempo que sea necesario. Para ello comienza la construcción de *hibernacula*, estructuras para el alojamiento de los soldados en invierno. Esta situación llevará a la discusión entre el Senado y los plebeyos ya que éstos no querían alargar tanto la campaña prefiriendo volver a casa para hacerse cargo de sus tierras y familias. Pero el gran discurso de Apio Claudio y, sobre todo, el contraataque de los veyetanos que terminó con muchas vidas romanas, terminaron por convencer a la plebe de que lo mejor era terminar con Veyes de una vez por todas.

Mientras esto ocurría, capenates y faliscos, vecinos de Veyes, ante el temor de correr una suerte parecida a la de su vecina, deciden unirse a ella y organizar un ataque conjunto. La mala relación personal entre dos de los tribunos consulares, Lucio Verginio Tricosto y Manio Sergio Fidenas, hace que ante el ataque al campamento de Sergio, Verginio no salga en ayuda de su compañero lo que hará que Sergio se tenga que retirar a Roma.

Ambos fueron llamados por el Senado para dar explicaciones y la sesión terminó con una trifulca entre senadores partidarios de uno u otro comandante. Para dar por zanjado el asunto, el Senado, a través de un senadoconsulto, decide adelantar las elecciones y elegir a nuevos tribunos consulares. Aunque Verginio y Sergio se negaron en un principio a dimitir, el otro tribuno Cayo Servilio, amenazó con nombrar un dictador y las elecciones finalmente se celebraron. Al año siguiente, Verginio y Sergio fueron llevados a juicio por la pésima actuación durante el asedio de Veyes y siendo considerados culpables, fueron condenados al pago de una multa de diez mil libras de bronce. De esos comicios salieron elegidos Marco Furio Camilo y Lucio Valerio Potito. Tras la conquista de Capena y Faleria, la guerra contra Veyes entró en punto muerto hasta la aparición de unas tribus galas que recorrerán todo el territorio de Etruria hasta llegar a Veyes.

Pequeñas escaramuzas por parte de Veyes conseguirán crear un clima de desánimo en Roma que se traduce en deserciones e inestabilidad. En estos momentos delicados entra en escena Marco Furio Camilo ahora nombrado dictador.

Tras diez años de asedio, parecía que se acercaba el asalto definitivo a Veyes. En una acción simultanea, la ciudad fue atacada tanto por las murallas como por una mina que se había cavado hasta el centro de la localidad. Viendose superada, Veyes se rindió.

Pero con la desaparición de Veyes no se terminaron los problemas para Roma. Desde el s. VI a. C., como ya hemos comentado, poblaciones celtas procedentes del centro de Europa habían comenzado a penetrar en Italia a través de los pasos alpinos. Dos siglos más tarde, en el s. IV a. C. diferentes grupos de lingones, boyos, sesnones y otros, a los que los romanos llamaron galos, encabezados por Brenno comenzaron una invasión que arrasó muchas de las ciudades etruscas. Después de la de toma de Chiusi, los galos se dirigieron hacia Roma. Q. Sulpicio salió a su encuentro, según la tradición, con un ejército mucho menor que el de los invasores. Las tropas romanas, derrotadas y dispersadas, acabaron refugiándose en Veyes. Las murallas no serían suficientes para detener a los galos así que los ciudadanos se prepararon para hacerse fuertes en el Capitolio, abandonando el resto de la ciudad que fue incendiado y saqueado por los galos. Una noche, durante el asedio, se produjo uno de los episodios más conocidos de la historia de Roma aunque forme mas parte de la leyenda que de la realidad. Un grupo de galos había conseguido escalar en silencio la colina del Capitolio. Justo en ese momento, las ocas que

guardaban el templo de Juno comenzaron a graznar despertando a los asediados que pudieron así repeler la agresión. Esta es la versión tradicional. La realidad debió ser algo diferente y más relacionada con un soborno de mil libras para levantar el sitio que con la ayuda de unas ocas.

Roma necesitó cincuenta años para recuperarse de la invasión gala que, sin duda, fue un paso atrás en sus aspiraciones para dominar el Lacio. Pero, como dice el dicho, no hay mal que por bien no venga, y el conflicto trajo como consecuencias positivas una serie de reformas en la ciudad como un nuevo circuito de murallas o la reorganización de algunos de los barrios destruidos. También se aprovechó la situación para mejorar la organización del ejército; a partir de entonces, los soldados se distribuirían según edad y nivel de adiestramiento, y se mejoraría el armamento.

La crisis que la invasión gala produjo en Roma fue vista por las ciudades de la región como una oportunidad para liberarse de su influencia. Las décadas siguientes fueron tiempos convulsos, de constantes guerras locales contra los vecinos (ecuos, latinos, volscos...) aunque solventados por Roma poco a poco. La ciudad estaba debilitada pero no tanto como sus enemigos pensaban. El éxito de Roma en la reconquista de los territorios perdidos tras la invasión gala se basó en dos puntos: la fundación de colonias en las zonas ocupadas y la concesión de derechos de ciudadanía a los habitantes de esas localidades integrándolos en la vida civil romana. Como hemos visto, cincuenta años después, Roma no sólo había recuperado su influencia en la zona sino que comenzaba a tener peso específico en el Mediterráneo como lo demuestra la firma del primer tratado con Cartago en el 348 a. C.

¿Había Roma trazado un plan para conquistar Italia? Probablemente, no. Debió de tratarse de algo más sencillo. A medida que Roma iba anexionando nuevos territorios y expandiéndose, sus vecinos se sentían amenazados y comenzaba el conflicto. El senado daba luz verde a la guerra y la superioridad militar romana hacía el resto. Hasta la mitad del s. III a. C., la historia de Roma es una continua sucesión de conflictos que enfrentaron a la ciudad con prácticamente todos los pueblos de la península italiana.

Después de las tres guerras con los samnitas, la que enfrentó a Roma con Tarento iba a suponer el fin de la conquista de Italia. A principios del s. III a. C. el sur de la península estaba ocupado por las ciudades de la Magna Grecia. Ciudades rivales que, a excepción de Tarento, eran incapaces de hacer frente al poder militar de Roma. Poco después de que terminase la segunda guerra samnita, Roma había firmado un acuerdo con Tarento por el cual las naves de guerra romanas no podían sobrepasar el cabo Lacinio, cercano a Crotona, de forma que, el golfo de Tarento quedaba fuera del área de influencia romana.

Fuente: Atlas Histórico UNED.

Mapa 56. Conquista de Roma.
Expansión Peninsular de Roma desde sus orígenes hasta mediados del s.III a. C.

En el año 282 a. C., los lucanos comenzaron su expansión hacia el sur a costa de la colonia griega de Turii, rival de Tarento. Turii pidió ayuda a Roma y ésta envió un contingente militar para liberar la ciudad. Cuando la flota romana entró en el golfo de Tarento, los tarentinos hundieron parte de las naves romanas, capturaron las que quedaban y se dirigieron a Tuii para expulsar a la guarnición romana que se había quedado para controlar la ciudad. No se saben los auténticos motivos que llevaron a Tarento a tomar la decisión de atacar Roma pero el Senado envió una embajada para pedir explicaciones y la entrega de los responsables. No estaba en los planes el ataque a Tarento pues se trataba de una ciudad comercial sin ambiciones expansionistas y no significaba un peligro. Los embajadores romanos no fueron muy bien recibidos y, entonces, se declaró la guerra. Tarento sabía positivamente que su capacidad militar era muy inferior a la de Roma así que pidió ayuda a Pirro, rey de Epiro. Pirro, que tenía el sueño de emular a Alejandro Magno, respondió a la llamada de socorro de Tarento. Después de enviar una pequeña tropa, se trasladó él en persona junto con el resto del ejército. Parte de ese ejército de Pirro lo formaban unos animales que nunca hasta ese momento habían pisado suelo italiano: los elefantes. El inicial entusiasmo de los tarentinos ante la llegada de Pirro y su ejercito se volvió rápidamente en desilusión porque el rey de Épiro no los trataba como aliados sino como vasallos. En la primera confrontación contra Roma, el ejercito de Pirro salió victorioso. En gran medida gracias a sus elefantes que consiguieron poner en fuga a la caballería romana. Pero, a pesar de victoria, el gran número de bajas que sufrió el ejercito de Pirro lo dejaba bajo mínimos y sin posibilidad de ser sustituidos. Cuando fue felicitado por el triunfo, el rey contestó: «sí, otra victoria así y estamos perdidos». De aquí viene la expresión «victoria pírrica».

Pirro intentó llegar a un acuerdo con Roma para repartirse el control de Italia. Los romanos deberían abandonar el sur de Italia y entregar las colonias que habían fundado. Apio Claudio Ciego, el constructor de la Vía Apia, junto con otros senadores se manifestaron en contra y el pacto con Pirro fue rechazado. El de Épiro avanzó entonces hacia el Lacio con la esperanza de que los aliados de Roma se unieran a sus filas. Pero no fue así.

Un año después se produce el segundo enfrentamiento del que, como en el primero, iba a resultar victorioso Pirro. Pero los aliados de Roma continúan siendo fieles. La situación no avanza como Pirro desearía y además van a surgir dos problemas a los que va a tener que atender. En Epiro, una invasión gala amenaza el territorio y se reclama la vuelta del rey mientras que en Sicilia, la presión cartaginesa hace que también se pida la ayuda de Pirro.

Con tantos frentes abiertos se plantea un nuevo pacto con Roma; se olvidan todas las pretensiones iniciales y sólo se busca la independencia de Tarento. Pero cuando parecía que se había llegado a un acuerdo por ambas partes, la entrada en escena de Cartago va a frustrarlo todo. Cartagineses y romanos firman un nuevo acuerdo por el cual ambas ciudades se comprometen a defenderse mutuamente de Pirro. Esto le daba a Roma la posibilidad de utilizar la marina de guerra de Cartago para aislar a Tarento (Polibio III, 25).

Fuente: Wikipedia

Mapa 57. Las guerras pírricas. Movimientos de Pirro durante sus campañas en Italia y en Sicilia.

Pirro se traslada a Sicilia para acudir en ayuda de las ciudades griegas, presionadas por Cartago. Tres años de campaña que supusieron para Pirro otro fracaso. A su llegada a la isla, Pirro fue recibido como un libertador. Con la ayuda de las otras poblaciones griegas liberó primero Siracusa y luego el resto del territorio que había sido ocupado por los cartagineses excepto Lilibeo. Cartago quiso la paz y mantener este último reducto púnico pero Pirro, presionado por las ciudades griegas, no aceptó. Viendo que le era imposible conquistar Lilibeo, decidió construir una gran flota con el propósito de invadir África, algo a lo que los griegos no estaban dispuestos. El intento de imponer su voluntad provocó la deserción de sus aliados hasta el punto de quedarse solo con la ayuda de Siracusa. Reclamado de nuevo, decide regresar a Italia y abandonar su sueño africano. De camino fue interceptado por los cartagineses y aunque perdió parte de su flota, consiguió llegar a Tarento.

Mientras tanto, Roma había empleado la estancia de Pirro en Sicilia para reconquistar algunos de los territorios perdidos en el sur de la península.

De nuevo en territorio italiano, Pirro se dirige hacia el norte con la esperanza de formar un nuevo ejercito con el que enfrentarse a Roma. Aprovechando que el ejercito romano estaba dividido en dos partes, una a los mandos del cónsul M. Curio Dendato y la otra con L. Cornelio Léntulo al frente, Pirro decidió atacar al primero antes de que se le uniera su colega. La batalla de Malevento (a partir de entonces, Benevento) supuso el fin de la aventura de Pirro en Italia. En esta ocasión, los romanos, siguiendo los consejos de los cartagineses, supieron neutralizar a los elefantes de su enemigo con los arqueros consiguiendo que los animales se espantaran y se volvieran contra sus propias tropas. La llegada de Léntulo con su ejército provocó la huida de Pirro que sin hombres ni recursos partió hacia Grecia dejando a Tarento a su suerte eso sí, con la promesa de regresar. A partir de ese momento, Roma tenía el camino libre para terminar la conquista de Italia. La victoria sobre Pirro había hecho que el Mediterráneo fuera consciente de que aquella aldea del Lacio se había convertido en un poderoso estado.

ROMA Y EL MEDITERRÁNEO: CARTAGO

Cartago había sido fundada por los fenicios en el s. IX a. C. Como Roma y tantas ciudades antiguas, su origen va unido a una leyenda. Según los relatos más antiguos, habría sido una princesa liria de nombre Elisa quien, habiendo tenido que huir de su tierra a causa de la persecución de su propio hermano, habría fundando la ciudad hacia el 814 a. C. Después de un largo viaje, Elisa y sus acompañantes llegaron al golfo de Túnez donde se encontraba la ciudad de Útica. La leyenda continúa diciendo que, como por aquél entonces les estaba prohibido a los extranjeros comprar terrenos superiores a la extensión de una piel de buey, Elisa cogió una piel de ese animal, la cortó a tiras muy finas y las unió. Así consiguió cubrir la superficie suficiente como para albergar una ciudad. El lugar elegido fue la colina de Bursa y recibió el nombre de Qart Hadasht, «capital nueva». Los problemas llegaron cuando el rey de los bereberes quiso casarse con Elisa y ésta le rechazó. Ante la amenaza del rey de exterminar a todos los cartagineses, la princesa se suicidó lanzándose al fuego convirtiéndose en una diosa.

Pero, aún siendo una leyenda, la historia de Elisa tiene en algunos de sus episodios cierto trasfondo de realidad histórica. Parece que, efectivamente, la fundación de Cartago por Tiro fue la consecuencia de una crisis político-religiosa que afectó a la aristocracia y que la ciudad se estableció en un lugar que ya conocían pues, allí estaba asentada la ciudad de Útica. La relación entre Cartago y el fuego ritual (el suicidio de Elisa) también se confirma arqueológicamente. Una de las características de la religión cartaginesa es, precisamente, la existencia de sacrificios infantiles en honor de Molok que se llevaban a cabo en el tofet.

El caso es que, después de su fundación y durante los primeros años, Cartago sirvió de base comercial de su metrópoli, Tiro. Pero la situación política que vivió el próximo oriente en el s. VIII (expansión de Asiria, Babilonia, Egipto y Persia) significó la decadencia de las ciudades fenicias y, como consecuencia, la independencia y auge de gran parte de las colonias que habían fundado. Este fue el caso de Cartago que en 654 a.C. fundaba su primera plaza fuera de su territorio: Ebussus (la actual Ibiza).

Hacia principios del s. VI a.C. se produce el inevitable enfrentamiento con los griegos. Inevitable porque eran las dos principales potencias navales del Mediterráneo y porque las dos luchaban por el mismo objetivo: el control de las vías comerciales. Las intenciones griegas de fundar una colonia en Massilia (Marsella) fue el motivo esta vez.

A mediados de siglo, Cartago recibe una petición de ayuda procedente de Sicilia. Los fenicios y algunas de las ciudades griegas allí instaladas recurren a Cartago para evitar que los cnidos establezcan una colonia en Lilibeo. El siguiente rifirrafe con los griegos va tener lugar en Córcega, exactamente en Alalía. Allí, aliados con los etruscos, los cartagineses van a derrotar a los griegos. El triunfo en Alalía va a suponer un reparto del territorio: El centro y norte de Italia será para los etruscos mientras que las islas y la cuenca occidental de Mediterráneo sería cartaginesa. Cerdeña sería territorio exclusivamente de Cartago hasta que lo pierda tras la Primera Guerra Púnica. La situación en Sicilia fue diferente; ocupada en su zona oriental por ciudades griegas fue motivo de continuo conflicto hasta la dominación romana.Hacia el 510 a.C. Cartago y Roma firman su primer tratado.

A principios del s. V a.C. Siracusa y Agrigento derrotan a la flota cartaginesa y debilitan la posición de los cartagineses en Sicilia. En esos momentos, Cartago decide dirigir su atención al norte de África llegando su dominio hasta la costa de lo que hoy es Senegal. Mientras, en Sicilia los enfrentamientos con las ciudades griegas continúan. El último tendrá lugar, como hemos visto en el capítulo anterior, con la llegada de Pirro. Será el último conflicto de los cartagineses con los griegos porque el siguiente será contra Roma.

Poco se sabe de las instituciones y formas de gobierno cartaginesas. No es muy probable que existiera una monarquía tradicional aunque ésta fuera la forma de gobierno de Tiro y de las ciudades fenicias. Las fuentes clásicas parecen indicar que se trataría de una especie de república con magistrados electos y colegiados. Sin embargo, no hay duda de la existencia de un consejo de ancianos. Desconocemos el número exacto de sus componentes pero lo que sí se sabe es que, en el s. II a.C. llegaron a ser 300. Tampoco sabemos los requisitos para llegar a ser senador. Es de suponer que ni esclavos, ni libertos, ni extranjeros ni mujeres tendrían acceso al Senado siendo accesible sólo a hombres libres con cierta capacidad económica. Las atribuciones del senado también se nos escapan aunque lo normal es que fuera responsable de la política internacional decidiendo las cuestiones sobre la guerra o la paz. Había un grupo especial de senadores, el Consejo Sagrado, compuesto

por 30 miembros pero del que tampoco conocemos ni su función ni el momento de su creación.

Del que sí tenemos información es del tribunal de los 100. Debió aparecer a principios del s. IV a. C. y su función no era otra que la de controlar las cuentas de los generales después de cada campaña militar. Sus miembros, senadores elegidos de forma vitalicia, fueron con el tiempo acumulando cada vez más poder hasta que en el 196 a. C., Aníbal decidió desmantelar la institución y los jueces pasaron a ser elegidos anualmente sin posibilidad de reelección.

Los Suffetes eran los magistrados principales de Cartago. Serían los equivalentes a los cónsules en Roma y, al igual que los romanos, eran dos y elegidos anualmente. Aunque en un principio sus funciones eran muy amplias, civiles, militares y religiosas, con el paso del tiempo el poder civil se fue separando del militar pasando éste a manos de los generales pertenecientes a las familias más importantes de la ciudad.

Existía, también, en Cartago una asamblea popular con funciones muy limitadas. Únicamente se reunía y decidía sobre temas cuando el senado y los suffetes lo consideraban oportuno y cuando no había acuerdo entre estos últimos. En este caso, la asamblea tenía derecho a decidir si quería o no juzgar el asunto. Al igual que en Roma, en Cartago existía toda una serie de magistraturas de las que, desgraciadamente, al día de hoy, apenas tenemos noticia.

Durante sus primeros siglos de historia, Cartago no tuvo necesidad de contar con un verdadero ejército porque tampoco tuvo conflictos importantes que solucionar. En caso de necesidad, eran los propios marineros de la flota mercante los que tomaban las armas y defendían los intereses de la ciudad. Pero, a finales del s. VI a. C. a medida que Cartago se convertía en la potencia del Mediterráneo, fue necesaria la creación de un ejército. Al principio, eran reclutados los ciudadanos cartagineses pero, poco después el grueso de las tropas lo formaban mercenarios reclutados en el norte de África, Hispania y la misma Italia reservándose para los cartagineses los altos mandos. Nunca llegó a ser un ejército permanente sino que se convocaban cuando la necesidad lo requería. El ejército cartaginés estaba formado por cinco cuerpos: la marina, la infantería, caballería, carros y artillería. La marina era la mejor y más poderosa arma de Cartago y durante siglos fue la dueña y señora del Mediterráneo. Sus naves más potentes eran las trirremes y las *quinquerremes*, y su táctica consistía en la embestida al barco enemigo por el costado con un espolón que llevaban en proa provocando de esta manera su hundimiento. El puerto circular de Cartago se convirtió en una de las grandes obras de ingeniería de la Antigüedad.

Figura 59. El puerto de Cartago. Maqueta del puerto de Cartago.

Aunque no tenemos mucha información sobre la religión púnica, gracias a la arqueología y a las pocas fuentes que se han conservado, podemos hacernos una idea de algunos aspectos de la religiosidad cartaginesa. La costumbre de emplear teóforos, nombres propios que contienen el de un dios o divinidad, ha permitido el conocimiento de un gran número de dioses cartagineses como Ba'al Hammon, Tanit o Melqart.

Ba'al Hammon es la divinidad principal del panteón cartaginés. Es el protector de la ciudad y sus habitantes donde quiera que se encuentren. Griegos y romanos lo identificaron respectivamente con Cronos y Saturno por lo que se ha llegado a pensar que podría ser también el garante de la prosperidad de la ciudad. Tanit, la señora, la pareja de Ba'al Hammon era otra invocación a la Astarté fenicia fuera de su territorio. En muchas estelas aparece representada asociada con el disco lunar con lo que estaría relacionada con asuntos astrales, con la maternidad y con la guerra ya que, en ocasiones, aparece armada con un hacha, tres espadas y gorro picudo con cuernos. Melkart era el rey de la ciudad, dios principal de Tiro y protector de la expansión colonial. Por ello, los fenicios consultaban su oráculo antes de fundar una ciudad para saber si el lugar y el momento eran propicios.

Si hay algo que caracterizaba a todas las ciudades fenicias era el *tofet*, termino que, por otro lado, sólo aparece en la Biblia. En algunos pasajes del Antiguo Testamento (2Re, 23, 10; Jer. 7, 13s; 19, 6 11-14) se refiere a un lugar situado a las afueras de Jerusalem en la confluencia de los valles Hinnom y Cedrón donde los hebreos hacían «pasar a sus hijos e hijas por el fuego».

El Tofet era una zona sagrada en la que se enterraban los restos quemados de niños dentro de urnas y bajo estelas conmemorativas que terminaban con el ruego de ser «escuchados y bendecidos». Cuando en 1921 se descubrió en Cartago un recinto lleno de estelas y urnas con restos de niños incinerados se decidió denominarlo Tofet.

Figura 60. La religión de Cartago. Toffet de Cartago

Otros espacios similares, ocupados previamente por los fenicios, se han encontrado en el norte de África, Sicilia y Cerdeña. Todos, sin embargo, tienen unas características comunes: un lugar al air libre, restos infantiles y carácter votivo de las inscripciones funerarias. Los niños que han aparecido en el tofet de Cartago no tendrían más de unas semanas de vida y la duda estriba en saber si fueron sacrificados o si se trataba de niños que habían fallecido de muerte prematura. Algunos autores romanos, sin embargo, apuntan a la primera opción.

Los niños era sacrificados públicamente a Saturno, en África, hasta el proconsulado de Tiberio, quien hizo exponer a los propios sacerdotes de ese dios, atados vivos a los árboles de su templo, que cubrían los crímenes de su sombra: juro por mi padre, quien, como soldado, ejecutó esta orden del procónsul. Pero, aún hoy en día, ese sacrificio criminal sigue en secreto.

(Tertuliano, Apologética, IX, 2-3).

La sociedad cartaginesa estaba dividida principalmente en dos grupos: una clase superior integrada por la nobleza dominante y un segundo grupo compuesto por todo tipo de obreros y artesanos. Por debajo de esta última clase estarían los esclavos, perfectamente documentados en Cartago. Procedían de conflictos militares y tenían ciertos derechos como el acceso a actos culturales, la posesión de un pequeño patrimonio o el casamiento.

La principal actividad económica de Cartago siempre fue el comercio aunque también se practicó la agricultura y la industria. El comercio heredado de los fenicios tuvo como consecuencia la creación de importantes rutas marítimas y terrestres. Mientras estas últimas no son muy conocidas, las marítimas están jalonadas de puertos que les servían de escalas y bases en sus viajes.

Los primeros contactos entre Roma y Cartago: los tratados

Cartago conoció Roma a través de las ciudades etruscas de las que eran aliadas ante un enemigo común: las ciudades griegas.

Primer tratado (509 a. C.). Según Polibio, el primer tratado entre romanos y cartagineses se firmó en tiempos de Junio Lucio Bruto y Marco Horacio, los dos primeros cónsules tras la expulsión de Tarquinio el Soberbio. Este primer tratado, muy ventajoso para los africanos, intentaba limitar el espíritu expansionista de la joven república, prohibiendo a la flota romana sobre pasar el Bello Promontorio. El Bello Promontorio es un punto geográfico que aparece citado en el primer tratado romano-cartaginés cuya localización exacta se desconoce. Limitaba el golfo de Cartago pero no se sabe si se trata del cabo Bon o del cabo Farina.

En caso de necesidad podían atracar pero sólo para comprar o vender lo necesario para reparar la nave y realizar los sacrificios reglamentarios teniendo que zarpar de nuevo en un plazo máximo de cinco días. Los romanos sólo podrían hacer negocio en territorio cartaginés si era autorizado previamente por un funcionario, excepto en Sicilia. A cambio, Cartago respetaría el Lacio y las ciudades latinas aliadas de Roma, y se comprometía a no construir fortaleza alguna en territorio lacial.

Segundo tratado (348 a. C.). Roma comienza a darse a conocer entre las potencias del Mediterráneo. Se firma un segundo tratado en el que Cartago aparece como aliado de los

romanos. Aunque la fecha oficial es la del 348 a. C. estudios actuales parecen concluir que la firma de este segundo tratado se produciría entre el 353 y el 343 a. C. Los términos son parecidas a las del primero con condiciones favorables para los cartagineses.

Tercer tratado (306 a. C.). El tercer tratado presenta muchos problemas e interrogantes ya que no todos los autores clásicos se ponen de acuerdo a la hora de afirmar su autenticidad. Mientras Livio afirma que los embajadores cartagineses fueron tratados con mucha cordialidad, Polibio niega tal acuerdo. El caso es que en esos momentos, romanos y cartagineses se encontraban en una situación delicada. Roma estaba a punto de terminar la segunda guerra contra los samnitas mientras Cartago vivía pendiente de las amenazas de Agátocles por lo que ambas necesitaban asegurarse de que no se abrirían nuevos frentes de conflicto para ninguna de ellas. Agátocles fue primer tirano de la ciudad griega de Siracusa y más tarde rey (304 a. C.). Tras un golpe de estado se hizo con el poder de Siracusa presentándose como restaurador de la democracia. Sus enemigos oligarcas, por miedo a que se hiciera con el control de toda Sicilia, consiguieron que algunas ciudades se levantaran contra él. La victoria de Agátocles en Mesana hizo que sus adversarios pidieran ayuda a los cartagineses quienes, mandados por Amilcar Giscón, pusieron sitio a Siracusa. El traslado de la guerra a África terminó con la firma de un acuerdo de paz con Cartago y con la vuelta definitiva de Agátocles a Siracusa.

Cuarto tratado (278 a. C.). La guerra contra Tarento y la llegada de Pirro en ayuda de las ciudades de la Magna Grecia fue un contratiempo para Roma que se vio en la necesidad de firmar un nuevo tratado con el fin de reafirmar lazos de amistad con Cartago para hacer frente a los problemas que podía significar la llegada del rey griego. Ambas ciudades se prometían ayuda mutua contra Pirro, especialmente Cartago que ponía a disposición de Roma su flota para el transporte de tropas si llegado el caso era necesario. Es posible que todas las cláusulas del tratado fuesen válidas mientras durase el conflicto con Pirro.

Las Guerras Púnicas: el siglo III a. C.

El siglo III a. C. va a suponer para Roma su confirmación como potencia indiscutible del Mediterráneo una vez haya eliminado a su principal enemigo: Cartago.

Desde finales del s. VI a. C. hasta la derrota de Pirro, las relaciones entre Roma y Cartago habían sido cordiales como pone de manifiesto la firma de los diferentes tratados. Pero cuando el rey de Épiro dejó Italia, las cosas empezaron a cambiar. Roma había conquistado todo el sur de la península italiana pero si quería continuar su expansión sólo le quedaban dos posibilidades: el norte, donde habitaban los galos o las islas ocupadas por ciudades

griegas en decadencia y por los cartagineses. La ocupación del sur de Italia, obligaba a Roma a defender los intereses comerciales de los nuevos territorios conquistados enfrentados tradicionalmente con los cartagineses por el control del Mediterráneo. El choque entre Roma y Cartago era cuestión de tiempo.

La riqueza agrícola, especialmente la producción de cereal, había convertido a Sicilia en el objeto de deseo para ambas potencias. Cartago, de hecho, mantenía desde hacía ya tiempo varias colonias en la parte occidental de la isla y aspiraba al control total del territorio a costa de la debilidad de las ciudades griegas localizadas al este. Pero si Roma quería conquistar Sicilia, antes tenía que conseguir una flota. Durante la guerra contra Pirro había utilizado barcos cartagineses pero ahora tendría que crear la suya propia. La misión no era fácil ya que Roma no tenía tradición marinera mientras que Cartago poseía una de las mejores flotas de la Antigüedad. Sin embargo, no se podía decir lo mismo del ejército. Las tropas africanas, formadas principalmente por mercenarios, no tenían ni la cohesión ni el adiestramiento ni la táctica que presentaban las filas romanas.

Todos los autores clásicos están de acuerdo en que la causa que provocó el estallido de la Primera Guerra Púnica está precisamente en uno de los puntos del último tratado firmado entre Roma y Cartago, ese en el que se prohibía a Roma inmiscuirse en los asuntos de Sicilia. Polibio nos cuenta que un grupo de mercenarios itálicos denominados *marmetinos,* que luchaban por Siracusa, fueron licenciados por Agátocles en el año 285 a. C. Los marmetinos, en lugar de regresar a Italia, se dirigieron a Mesina y la tomaron. Veinte años después, en el 265 a. C. Hierón II de Siracusa puso sitio a la ciudad y entonces los marmetinos pidieron ayuda a los cartagineses que lograron que Hierón volviera a Siracusa dejando en Mesina una guarnición. Los marmetinos pronto se cansaron del control cartaginés y pidieron ayuda a Roma. Después de mucho discutir, el Senado accedió a las peticiones de los marmetinos siendo consciente de que esa decisión llevaba irremediablemente al conflicto pues se vulneraba esa clausula del acuerdo con Cartago en la que se prohibía a Roma intervenir en asuntos de Sicilia.

Año 264 a. C. El tribuno C. Claudio llega a Mesina y expulsa de la ciudad a los cartagineses. Esta maniobra de Roma va a tener dos consecuencias inmediatas. Por un lado, la declaración de guerra con Cartago y, por otro, la alianza entre los cartagineses e Hierón de Siracusa que se unieron para asediar Mesina. Al rescate de C. Claudio acudió el cónsul Apio Claudio Caudex que logró, no sólo liberar la ciudad, sino también asediar la propia Siracusa. Pronto, las ciudades griegas comenzaron a ponerse del lado de Roma incluida Siracusa. Hierón comprendió que su alianza con Cartago le estaba poniendo en una situación muy peligrosa y rompió su pacto con los africanos. La conquista de Agrigento hizo que Roma confiara realmente en sus posibilidades de victoria a pesar de tener un punto débil: su inexistente flota. La situación empeoró cuando Cartago envió sus barcos a

Cerdeña para preparar el desembarco en Italia. Dicen que la necesidad agudiza el ingenio, y Roma agudizó el suyo para hacer frente a una situación que se preveía más que complicada; después de capturar una nave cartaginesa, se la llevó a astilleros, la desmontó y se reprodujo. Se podría decir que fue uno de los primeros casos de plagio industrial de la Historia. Los barcos se podrían copiar pero la experiencia y los conocimientos navales no y eso explica que la primera acción de la flota romana fuera un total desastre. Era el año 260 a. C. y al mando de la marina romana estaba Cneo Cornelio Escipión que no pudo evitar que en la bahía de Lipari fuera capturada toda la flota con él incluido. No es de extrañar que tras tan «brillante» batalla se le apodase *asino* (asno). Cartago había ganado una batalla pero no la guerra porque ese mismo año, el otro cónsul, Cayo Duilio, con el resto de la flota derrotó a los cartagineses en Mylae. Cartago justificó su derrota por el supuesto uso por parte de los romanos de los *corvi*. Según la descripción de Polibio, el *corvus* sería como una escalera con barandillas terminada en un garfio. Una vez se lanzaba contra la nave enemiga, se quedaba anclado y se convertiría en una especie de puente de abordaje.

Fuente: it.Wikipedia

Mapa 58. La primera guerra púnica. Sicilia en los inicios de la Primera Guerra Púnica.

Fuente: todoababor.com

Figura 61. Ingeniería naval romana. Trirreme romana.

> (...) *A medida que se iban acercando, al ver los cuervos que se levantaban en las proas de cada nave, los cartagineses vacilaron algún tiempo, extrañados por la construcción de aquellos ingenios; pero al cabo desdeñaron al adversario, y las naves delanteras avanzaron audazmente para iniciar el ataque.*
>
> (Polibio, *Historias*, I.23,5)

Se supone porque estudios actuales ponen en duda su existencia real y apuntan a que podría haberse tratado de una excusa inventada por los cartagineses para justificar su derrota. Sea así o no, el caso es que no se vuelve a saber nunca nada más de los *corvi*.

Durante los años siguientes, Roma fue ampliando su área de influencia a Córcega, Cerdeña y gran parte de Sicilia. Cuando el conflicto se estancó, decidió trasladar el campo de batalla a territorio cartaginés, a África, con la intención de obligar a Cartago a movilizar sus tropas en Sicilia para defender la ciudad. Tras derrotar a los cartagineses en Ecnomo, los romanos desembarcaron en Clypea pero al año siguiente se produjo el desastre en la llanura de Bagradas donde las tropas mandadas por Atilio Regulo fueron derrotadas y aniquiladas por los mercenarios cartagineses.

Una serie de desastres navales en cadena hizo que Roma se olvidase de la guerra en Cartago y centrase sus fuerzas de nuevo en Sicilia en una guerra de desgaste sin resultados positivos para ninguna de las partes. En el 247 a. C. Cartago, consciente de que el conflicto no puede durar eternamente, envía a Amílcar Barca a Sicilia para hacerse cargo de las operaciones. Barca logró recuperar parte de las posiciones perdidas saqueando incluso parte de la costa sur de Italia. Roma, a pesar de estar pasando por una seria crisis económica, consiguió los fondos necesarios para la construcción de una nueva flota que se puso a los mandos de Lutacio Catulo. La victoria romana fue incuestionable. Cartago, cansada después de tantos años de guerra, ya tenía la vista puesta en otros objetivos como la expansión por África. A Amílcar Barca se le concedieron plenos poderes para pactar con Roma la firma de una paz honrosa.

Las condiciones impuestas a Cartago como perdedor del conflicto fueron muy duras. A la pérdida de los territorios insulares entre Sicilia y la península se unió el pago de 2.200 talentos a lo largo de diez años más otros 1.000 talentos que se pagaron nada más terminar la guerra. Los cartagineses, además, tuvieron que liberar a los soldados romanos sin recibir rescate alguno. Para Cartago, la derrota significaba además la pérdida de la hegemonía en la zona y la imposibilidad de acceder a mercados que, hasta ese momento, habían sido vitales para su economía. Con todo esto es fácil comprender por qué una de las consecuencia inmediatas de la firma del tratado de paz para Cartago fue la crisis tanto económica como política en la que vio inmersa. Aristócratas y comerciantes se echaban en cara la derrota mientras el estado veía como se llegaba a la bancarrota y no se podía hacer frente a ciertos pagos como el sueldo de los mercenarios contratados para su ejército. A los soldados amotinados por no recibir lo prometido se unió un gran número de poblaciones libias que, hartas de la presión fiscal a la que les sometían los cartagineses, decidieron prestar su ayuda a los amotinados con la esperanza de liberarse del yugo fiscal cartaginés. Hipona y Útica, dos ciudades que no se habían unido a la sublevación, habían sido sitiadas. La situación se hizo tan crítica que hasta Roma tuvo que mandar ayudar en forma de víveres y tropas. Sólo cuando los dos dirigentes cartagineses, Amílcar Barca y Hannón, unieron sus fuerzas, se pudo sofocar la rebelión de los mercenarios en territorio africano. Poco después, la rebelión se localizaría en Cerdeña. Los corsos, con el fin de liberarse del dominio púnico, pidieron ayuda a Roma y el final del conflicto terminó con pérdida de la isla. Tantas pérdidas humanas y económicas llevarían a Cartago a mirar hacia el oeste en busca de nuevos recursos. Las imposiciones de Lutacio Catulo a Cartago tras la guerra no impedía a los púnicos su expansión hacia el Mediterráneo Occidental, hacia la Península Ibérica. Por el contrario, para Roma, a parte del prestigio internacional logrado como ganadora del conflicto, la conquista de Sicilia significaba el primer paso de lo que sería su futura expansión más allá de la península italiana. Después de la primera guerra púnica, la intranquilidad se instaló entre los habi-

tantes de la Galia Cisalpina. En el 236 a. C. se produce un primer intento de motín que lleva a los galos hasta la zona de la actual Rímini aunque la falta de acuerdo entre ellos provocará que la aventura no vaya más allá. Cuando el tribuno de plebe C. Flaminio propuso la parcelación de los terrenos de los senones conquistados años antes para repartirlos entre las clases más desfavorecidas de Roma, los galos invadieron territorio romano. Roma reaccionó y su victoria sobre aquellos le abría el camino hacia el norte.

Si Amílcar Barca quería deshacerse de su enemigo Hannón para conseguir el control total del ejército debía convencer a sus compatriotas más reacios de que la solución para los problemas de Cartago pasaba por la conquista de un nuevo territorio. Amílcar conocía algunos de los yacimientos mineros de la zona de Sierra Morena y sabía de los beneficios que éstos podían suponer para Cartago y para su propia familia. A principios del 237 a. C. Amílcar consiguió sus propósitos y en la primavera de ese mismo año acompañado de su hijo Anibal y su yerno, Asdrubal, desembarcó en la ciudad fenicia de Gadir, lo que hoy es Cádiz, con un ejército equipado y listo. Esta buena preparación permitió a Amílcar derrotar a íberos, tartessos y celtiberos nada más llegar. Los dos años siguientes los empleó el cartaginés en reorganizar el territorio y fundar nuevas poblaciones como Akra Leuke (tal vez la actual Alicante). Mientras, en Cartago la falta de una figura de poder facilitaba la aparición de una revuelta de númidas que, sin embargo, fue sofocada por Asdrubal. En el 229 a. C. Amílcar Barca murió y su yerno se puso al frente de las tropas. Las fuentes no aclaran cómo falleció Almilcar. Mientras que para unos autores murió mientras vadeaba un río, para otros encontró la muerte durante el asedio a la ciudad de Hélice.

Con respecto a los pueblos indígenas, Asdrubal llevó a cabo una política totalmente diferente a la de su suegro. La diplomacia se impuso dejando el uso de las armas para cuando fuera imprescindible. Gracias a este cambio de rumbo, Asdrubal consiguió ser considerado por mucho pueblos del sur de la península como el jefe supremo. Durante los ocho años que duró su mandato, logró consolidar y organizar el territorio. En el año 226 a. C. fundó la que sería la capital del nuevo imperio cartaginés: Qart Hadasht (Cartagena). Ese mismo año cuenta la tradición que firmó el Tratado del Ebro por el que Cartago se comprometía a no cruzar armado el rio Ebro y que su violación sería más tarde la causa del estallido de las Segunda Guerra Púnica. Pero sólo cinco años más tarde, Asdrubal murió, según algunos autores, a manos de un esclavo del rey celta Tagus que quería vengar la muerte de su señor. Tras la muerte de Asdrubal, las tropas eligieron como nuevo comandante en jefe a su cuñado e hijo de Amílcar, Anibal.

Con tan solo 25 años, Anibal se puso al mando del ejército cartaginés retomando la política belicista de su padre. Después del sometimiento de olcades y carpetanos gran parte de la península quedaba bajo control de los cartagineses apenas dieciocho años después de

la llegaba de Amilcar. Gracias a su política de alianzas, la explotación de las materias primas y un ejército perfectamente organizado, los Barca habían logrado crear un auténtico imperio en la Península Ibérica.

La primavera del 219 a. C. va a marcar un antes y un después en la historia del Mediterráneo. Anibal comienza el asedio a la población de Arse (Sagunto). Un asedio que duraría ocho meses y que significaría el fin de Arse y el comienzo de las hostilidades entre Roma y Cartago. Sería el *casus belli* para el inicio de la Segunda Guerra Púnica.

Tanto romanos como cartagineses esperaban el enfrentamiento. Era cuestión de tiempo. Sólo podía haber un dominador en el Mediterráneo Occidental y de este nuevo conflicto iba a salir el ganador.

Según el tratado firmado en el 241 a. C. el área de influencia cartaginesa no podía traspasar el río Ebro y Arse se encontraba a unos 160 km. al sur de ese límite. Cartago estaba dentro de su territorio pero Roma reclama una cláusula por la cual se exigía respeto a los aliados de cada una de las potencias. Y Arse era aliada de Roma. Eso es, al menos, lo que nos cuenta Polibio. Los historiadores romanos posteriores justificarán el comienzo de la guerra por la supuesta violación del tratado por parte de Cartago llegando incluso a situar Arse al norte del Ebro. Otra explicación dada al porqué de la declaración de guerra cuando Anibal no había llegado al Ebro ha sido identificar el Iber (Ebro) con el Sucro (Júcar). Si el Iber es el Sucro, entonces Arse queda al norte y efectivamente Anibal habría violado el pacto. Pero los olcades, que habitaban al norte del Sucro, habían sido derrotados años antes por Cartago y Roma no había dicho nada. Roma justificó la declaración de guerra acogiéndose al tratado anterior en el que las partes se comprometían a no atacar a aliados. Aunque no se decía nada de aliados en la península Ibérica y ni siquiera aparecía el nombre de Arse entre ellos.

La rivalidad entre Roma y Cartago se trasladó a las poblaciones íberas de la Península que terminaron tomando partido por una u otra potencia. Así encontramos a los Turboletas, pueblo situado en lo que hoy es la provincia de Teruel, que en conflicto con Arse por límites fronterizos, se consideraban aliados de Cartago. El enfrentamiento entre los dos pueblos, Arse y los Turboletas, terminó con la llamada de estos últimos a su poderoso protector. Tras ocho meses de asedio, Aníbal pudo entrar en Arse aunque ya nada quedaba del poblado íbero. Roma, entonces, envió una embajada a Cartago declarando la guerra.

> *Una vez derrotados, nadie de más allá del Ebro se atrevió fácilmente a afrontarle, a excepción de Sagunto. Pero Aníbal, de momento, no atacaba de momento la ciudad, porque no quería ofrecer ningún pretexto claro de guerra a los romanos hasta haberse asegurado el resto del país; en ello seguía sugerencias y consejos de su padre, Amilcar.*

Los saguntinos despachaban mensajeros a Roma continuamente porque preveían el futuro y temían continuamente por ellos mismos; querían, al propio tiempo, que los romanos no ignorasen los éxitos de los cartagineses en España. Hasta entonces los romanos no les habían hecho el menor caso, pero en aquella ocasión enviaron una misión que investigara lo ocurrido. Era el tiempo en que Aníbal ya había sometido a los que quería y se había establecido con sus tropas de nuevo en Cartagena, que era como la capital y corte de las posesiones de los cartagineses en España. Allí se encontró con una embajada romana, la recibió en audiencia y escuchó lo que decían acerca de la situación. Los romanos, poniendo por testigos a los dioses, le exigieron que se mantuviera alejado de los saguntinos, pues estaban bajo su protección, y que no cruzara el río Ebro, según el pacto establecido por Asdrúbal. Aníbal (...) acusó a los romanos de que, aprovechando una revuelta que había estallado en la ciudad pocos días antes, habían actuado como árbitros para dirimir aquella turbulencia y que habían mandado ejecutar injustamente a algunos prohombres. Esta perfidia no la podía dejar él impune, pues los cartagineses tenían por costumbre (...) no pasar por alto ninguna injusticia. Al mismo tiempo, Aníbal envió correos a Cartago para sabe qué debía hacer, puesto que los saguntinos fiados en su alianza con los romanos, dañaban a algunos de los pueblos sometidos a los cartagineses. (...) Los embajadores romanos, al comprobar que la guerra era inevitable, zarparon hacia Cartago, pues querían renovar allí sus advertencias. Evidentemente, estaban seguros de que la guerra no se desarrollaría en Italia, sino en España, y de que utilizarían como base para esta guerra la ciudad de Sagunto. Aníbal levantó el campo y avanzó con sus tropas desde Cartagena, marchando hacia Sagunto. Aníbal (...) estableció un asedio muy activo, ya que preveía muchas ventajas para el futuro si conseguía tomar la ciudad por la fuerza. Creía (...) que quitaría a los romanos la esperanza de trabar la guerra en España, y después que, si intimidaba a todos, volvería más dóciles a los ya sometidos a los cartagineses, y más cautos a los iberos que conservaban todavía la independencia. Pero lo principal era que al no dejar atrás a ningún enemigo, podría continuar su marcha sin ningún peligro. Además, suponía que iba a disfrutar de recursos en abundancia para sus empresas, que infundiría coraje a sus soldados con la ganancia que cada uno lograría, y que con el botín que enviaría procuraría la prosperidad de los cartagineses residentes en la metrópoli. Haciendo tales cálculos, proseguía el asedio (...)

Finalmente, a los ocho meses tomó la ciudad a la fuerza. Dueño de muchos dineros, prisioneros y muebles, el dinero lo dedicó a sus propósitos particulares (...) los prisioneros los distribuyó entre los soldados, a cada uno según su mérito, y los muebles los remitió todos a Cartago inmediatamente. (...) todo le salió como había imaginado.

(Polibio, Historia III. Trad. Manuel Balosch Recort). BCG, 38.

El plan de Roma tenía dos fases. Primero tenía que conseguir que Aníbal volviese a Cartago y para ello Tiberio Sempronio Longo, cónsul ese año con Escipión, instaló su base de operaciones en Sicilia para preparar el desembarco en África. Y después, dificultar a los cartagineses el envío de recursos y hombres a Italia. Con ese objetivo, Publio Cornelio Escipión se dirigirá a la Península Ibérica.

Aníbal utilizó el invierno para dejar descansar a los hombres y preparar su estrategia que no sería otra que trasladar el campo de batalla a suelo italiano. Para eso era necesario que asegurara dos cosas: la fidelidad de sus soldados, la mayoría de ellos mercenarios indígenas, y las fuentes de aprovisionamiento en Iberia. Las deserciones las evitaría enviando a las tropas íberas a África y a las africanas a la Península. Una vez se aseguró de que el camino hacia Italia estaba despejado, a finales de abril de 218 a.C. partió hacia allí con un ejército de más de 100.000 hombres.

Figura 62. Anibal. Moneda con elefante.

Tres meses después, atravesaba los Alpes. La maniobra de Aníbal sorprendió a Roma que tuvo que cambiar sus planes. Publio Cornelio Escipión salió al encuentro del ejercito cartaginés en el Ródano pero al verse superado mandó a su hermano Cneo con el grueso de las tropas a Hispania mientras él volvía a Italia para unirse a las legiones del pretor Publio Manlio Vulsón y Marco Atilio Régulo acantonadas en esos momentos en el valle del Po. Mientras tanto a Sempronio, el otro cónsul, le sucedía algo parecido. Preparado para un desembarco en África, tuvo que cambiar de planes y dirigirse rápidamente hacia el norte de Italia para unirse a Escipión.

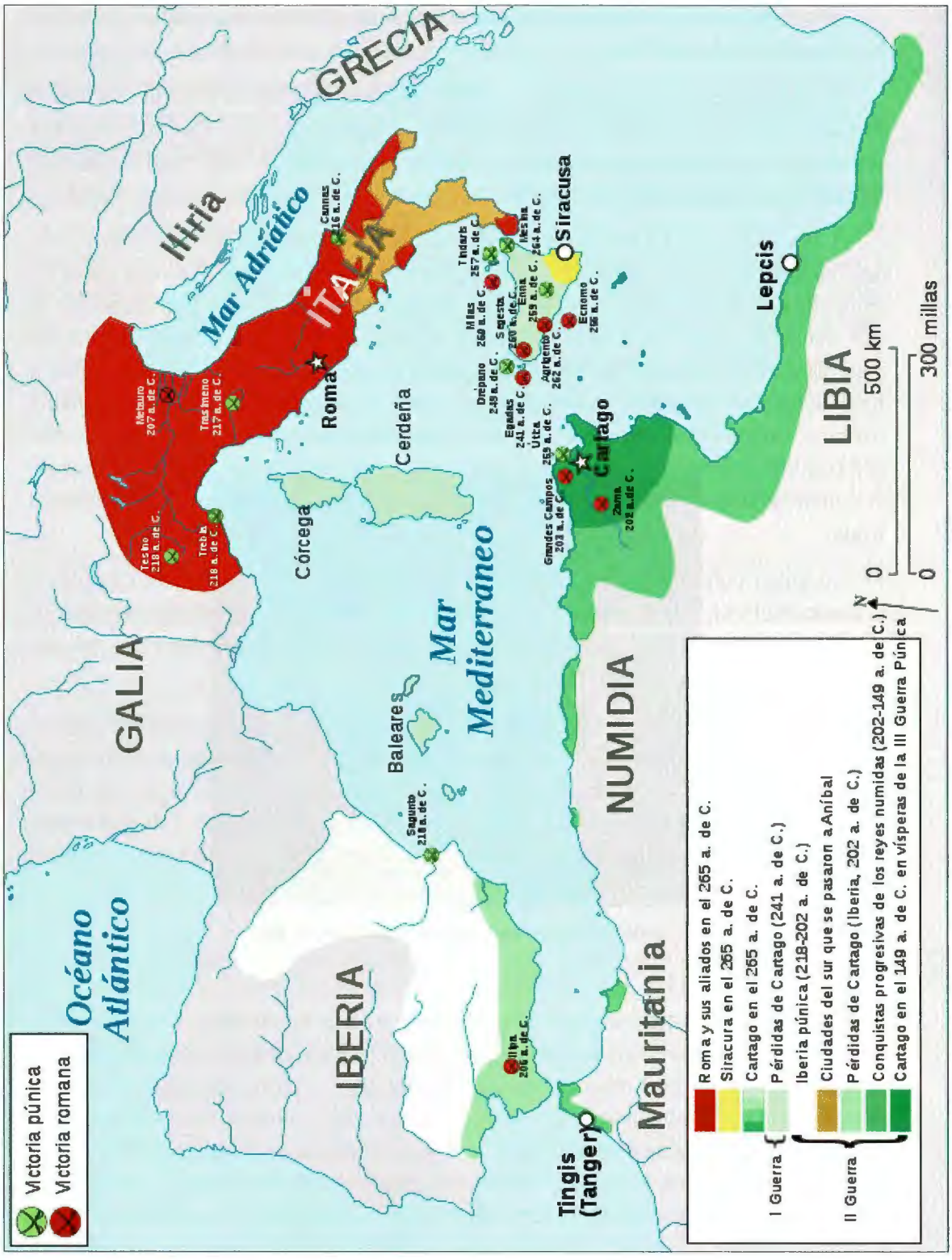
Aníbal contaba con que a medida que avanzase se añadieran a su causa los pueblos en contra del poder de Roma.

Pocas semanas después tuvo lugar el primer gran enfrentamiento cerca del río Trebia. Aunque las legiones de los dos cónsules habían conseguido unirse, no fue suficiente y la superioridad cartaginesa fue evidente. La derrota romana supuso que muchas poblaciones galas se pasasen al lado cartaginés.

El año siguiente, el 217 a. C. fueron elegidos cónsules Cayo Flaminio Nepote y Cneo Servilio Gémino. Pero la situación no iba a mejorar para Roma. Ese año vería cómo las tropas de uno de los nuevos cónsules, Flaminio, eran derrotadas en el lago Trasimeno lo que significaba que Anibal tenía el camino despejado hasta Roma. A pesar de ello, en lugar de asediar al ciudad, Aníbal prefirió seguir desgastando a las legiones romanas a base de batallas campales. Sin embargo los planes no salieron como el cartaginés había pensado. Quinto Fabio Máximo Cunctator, el precavido, fue nombrado dictador y su táctica consistió precisamente en todo lo contrario: en no presentar batalla a los cartagineses, manteniéndose a distancia y, de esa forma, limitar el número de bajas entre sus tropas.

Las cosas volvieron a cambiar cuando en el 216 a. C. se nombraron cónsules a L. Emilio Paulo y C. Terencio Varrón. Los nuevos dirigentes lograron reclutar un poderoso ejército y con él subir de nuevo la moral a los romanos que había quedado muy minada con la táctica llevada a cabo por Quinto Fabio Máximo.

El enfrentamiento con los cartagineses tuvo lugar en la pequeña localidad de Cannas. Era el mes de agosto y fue la mayor derrota que sufriría Roma a lo largo de toda su historia. Emilio Paulo murió y además de miles de fallecidos Roma tuvo que ver como Capua y Siracusa se pasaban al bando cartaginés mientras el rey Filipo V de Macedonia ratificaba su apoyo a Aníbal. Cannas, además de la tragedia romana, significó el fin de la guerra en suelo italiano. A partir de entonces, el conflicto tendría otros escenarios.



Fuente: legio-prima.blogspot.com

Mapa 59. La Segunda Guerra Púnica. Principales batallas de la Segunda Guerra Púnica

Mientras, en Hispania, en 217 a. C., Publio Cornelio Escipión se reúne con su hermano pequeño Cneo con el objetivo de frenar el empuje de Cartago desde la península y cortar el envío de suministros a Aníbal. Además, consiguen que muchas tribus indígenas se unan a Roma y eso provoca que Aníbal tenga que enviar tropas desde Italia para evitar que los romanos se hagan con el territorio hispano.

Cinco años más tarde, en el 212 a. C. se reconquista Sagunto pero las cosas se van a empezar a torcer para los romanos. Publio Cornelio Escipión va a cometer un error fatal: dividir su ejército para enfrentarse a los cartagineses. Mientras sus tropas hacían frente a Magón, hermano de Aníbal, y Gistón, las de Cneo se encontraban con Asdrubal Barca cerca de la actual localidad de Lorca. El resultado no pudo ser peor. Los dos hermanos Escipión morirían y Roma iba a perder todo el territorio conquistado durante los años anteriores.

210 a. C. Publio Cornelio Escipión jr., hijo del anterior, desembarca en Tarraco con la intención de cortar el flujo de suministros al ejército cartaginés. Conquista Cartago Nova y con una gran actividad diplomática consigue que muchos jefes hispanos se pongan del lado romano.

Figura 63. Publio Cornelio Escipión. Busto de P.C. Escipión.

Dos años después, en el 208 a. C. derrota al primero de los tres ejércitos que mantiene Cartago: el que dirige Asdrúbal Barca. La batalla tuvo lugar en la llanura de Baécula (Jáen) y marcó un antes y un después en el dominio cartaginés en la península. Después de la conquista de Orongis (¿Jaén?), Ilipa y Gades, el poder de Cartago en la península Ibérica había prácticamente desaparecido.

Mientras tanto, en Italia desde la batalla de Cannas (216 a. C.) hasta el final de la campaña de Hispania (206 a. C.) la situación se había mantenido en un compás de espera porque los romanos no se atrevían a presentar grandes batallas y los cartagineses se veían cada vez con más problemas para recibir suministros y refuerzos. Cartago fue perdiendo fuerza en Italia y con el paso de Escipión a África en el 203 a. C. se puede decir que la guerra estaba decidida. Aníbal regresó a Cartago pero fue derrotado por Escipión en Zama en el 202 a. C. Este triunfo le valió a Publio Cornelio Escipión el sobrenombre de «Africano». A Cartago sólo le quedaba capitular y aceptar la perdida del dominio del Mediterráneo.

El primer resultado de la guerra fue el ascenso de Roma como potencia indiscutible de la región y el comienzo de una etapa conquistadora que no terminaría hasta el principado del emperador Trajano.

En el aspecto político, el nuevo status de Roma trajo como consecuencia el fortalecimiento de la oligarquía senatorial que terminaría acaparando el poder y todo tipo de privilegios. El monopolio ejercido por un pequeño grupo de familias facilitó la aparición de dos facciones políticas contrapuestas: la que agrupaba a los más poderosos, los *optimates*, y la que estaba compuesta por los extractos más sencillos, los *populares*. La rivalidad entre estos dos grupos será una constante a lo largo de los dos siguientes siglos de la historia de Roma.

BIBLIOGRAFÍA

CABRERO PIQUERO, J., *Escipión el Africano: la forja de un imperio univ*ersal. Alderaban, Madrid. 2000.

GOLSWORTHY, A., *Las Guerras Púnicas*. Aries, Barcelona. 2000.

HEURGON, J., *Roma y el Mediterráneo hasta las guerras púnicas*. Labor, Barcelona, 1982.

HUSS, W., *Los Cartagineses*. Gredos, Madrid. 1993.

MARTINEZ-PINNA, J., «Los Reyes de Roma entre la leyenda y la historia». *Gerion* (19), pp. 689-707, 2001.

ROLDAN, J.M., *La República Romana*. Ediciones Cátedra, 2.ª Ed. Madrid, 1987.

Fuente: Atlas histórico UNED

Mapa 60. Expansión hasta el s. II a. C. Territorio romano en el s. II a. C.

TEMA 11
La república plena

Sinopsis

En el 146 a. C. Roma dirigió su mirada hacia el este, hacia Grecia, hacia los cada vez más débiles reinos que una vez habían formado parte del imperio de Alejandro Magno. Roma conquistó Grecia pero la cultura griega colonizó el territorio romano.

Las conquistas de Roma traerían como consecuencia, entre otras cosas, la ruina de muchos pequeños propietarios agrícolas que a causa de las continuas guerras se vieron obligados a vender sus propiedades a los grandes latifundistas provocando la emigración a la ciudad o su incorporación como braceros en esos mismos latifundios.

La cuestión agraria se convirtió en uno de los problemas más acuciantes de la República y es en este contexto cuando aparece la figura de Tiberio Sempronio Graco. Junto con su hermano Cayo, Tiberio Graco intentó un llevar a cabo una reforma agraria que permitiese un mejor reparto del ager publicus, limitando la cantidad de hectáreas que se podían poseer con la intención de proporcionar a los pequeños propietarios un medio de vida. Las reformas no fueron aprobadas.

Para entonces, la política romana se movía entorno a dos fracciones: los *optimates* y los *populares*. Mientras los primeros representaban los intereses de la aristocracia y el senado, los populares hacían lo propio con los de los caballeros y la plebe.

El deseo por parte de los aliados itálicos de Roma por tener la ciudadanía y con ella los mismos derechos que los habitantes de la ciudad provocó el estallido de las Guerras Sociales (90-88 a. C.). Los aliados, aunque salieron derrotados, conseguirían su objetivo de convertirse en ciudadanos romanos de pleno derecho.

Los años siguientes van a significar, por un lado, el enfrentamiento de estos dos grupos y, por otro, la conquista del poder político por parte de los generales del ejército.

Cayo Mario, del lado de los populares, y Lucio Cornelio Sila, del optimate, van a representar ese conflicto político que del Senado se va a trasladar al campo de batalla dando lugar a la primera de las guerra civiles (88-87 a. C.).

Vencedor de la guerra contra Mitridátes, Sila resolvió a su favor la guerra civil convirtiéndose en dictador durante los siguientes dos años. Las reformas legales que se emprendieron durante la dictadura devolverían al Senado poderes y privilegios perdidos durante los mandatos de los populares.

Tras la abdicación de Sila en el año 80 a. C. Roma vería la llegada de nuevos protagonistas a la escena política: Pompeyo Magno, Marco Licinio Craso y Julio César que juntos formarían el primer triunvirato.

Eran tiempos convulsos para *urbs*. En estos años, la ciudad había tenido que hacer frente, entre otras, a la revuelta de Sertorio en Hispania, a la rebelión de Espartaco o a las diferentes conjuras protagonizados por Sergio Catilina y denunciadas por Marco Tulio Cicerón.

Con el triunvirato ya deshecho, la vuelta de Julio César a Roma va a significar el comienzo de una nueva guerra civil y el enfrentamiento con su antiguo socio, Pompeyo.

La muerte de Pompeyo dejó el camino expedito a César para convertirse en gobernador único de Roma.

Su asesinato, los *idus* de marzo del año 44 a. C. supuso no sólo el final de su vida sino también el comienzo del fin de la república.

Guion / Resumen

LOS GRACO

- Los dos hermanos Graco, Tiberio y Cayo intentan poner en marcha un programa de reforma agraria que mejore las condiciones de los pequeños agricultores.
- La muerte de ambos hermanos hará que el programa no se lleve a cabo.

LAS GUERRAS CIVILES

- La rivalidad entre las dos facciones políticas del momento, optimates y populares, llevará al enfrentamiento armado durante las guerras civiles.
- Tras la derrota de los populares Mario y Cinna, el optimate Sila se convertirá en dictador.

LAS GUERRAS SOCIALES

- La constantes y desoídas reivindicaciones de los socios latinos por tener los mismos derechos que los ciudadanos van a desembocar en las Guerras Sociales.
- Aunque la guerra la ganó Roma, los socios latinos vieron como, finalmente, Roma cedía y se les concedía la ciudadanía.

El PRIMER TRIUNVIRATO

- La siguiente generación de políticos la formará entre otros Julio César, Cneo Pompeyo o Marco Craso.
- César, Pompeyo y Craso firmarán un pacto privado que se conocerá como el Primer Triunvirato.
- César se mantendrá otros cinco años en la Galia, Pompeyo obtendrá Hispania mientras Craso conseguiría Siria.
- Tras la muerte de Craso, el triunvirato se deshizo estallando el conflicto entre César y Pompeyo que no terminaría hasta la muerte de éste último.

LA GUERRA CIVIL

- César cruza el Rubicón y comienza la guerra civil.
- Derrota a Pompeyo en Farsalia y a sus hijos en Hispania.

CÉSAR

- Tras la conquista de las Galias y su triunfo sobre Pompeyo, César, en el año 48 a. C. es nombrado dictador perpetuo.
- Sus deseos de convertirse en rey va a ser el argumento eximido por sus enemigos para llevar a cabo su asesinato.
- En los idus de marzo del año 44, César perdió la vida en el teatro de Pompeyo.
- Era el fin de la República.

EL SIGLO II A. C.: EL IMPERIALISMO ROMANO

Una vez terminada la guerra contra Cartago, el interés de Roma giró hacia el este, hacia el Mediterráneo Oriental. Todo comenzó por el apoyo que algún reino helénico, como el macedónico, había prestado a Aníbal durante las guerras Púnicas. La excusa de Roma en esta ocasión para inmiscuirse en los asuntos griegos fue la defensa de los derechos del joven Ptolomeo V Epifanes de Egipto.

La conquista de Grecia

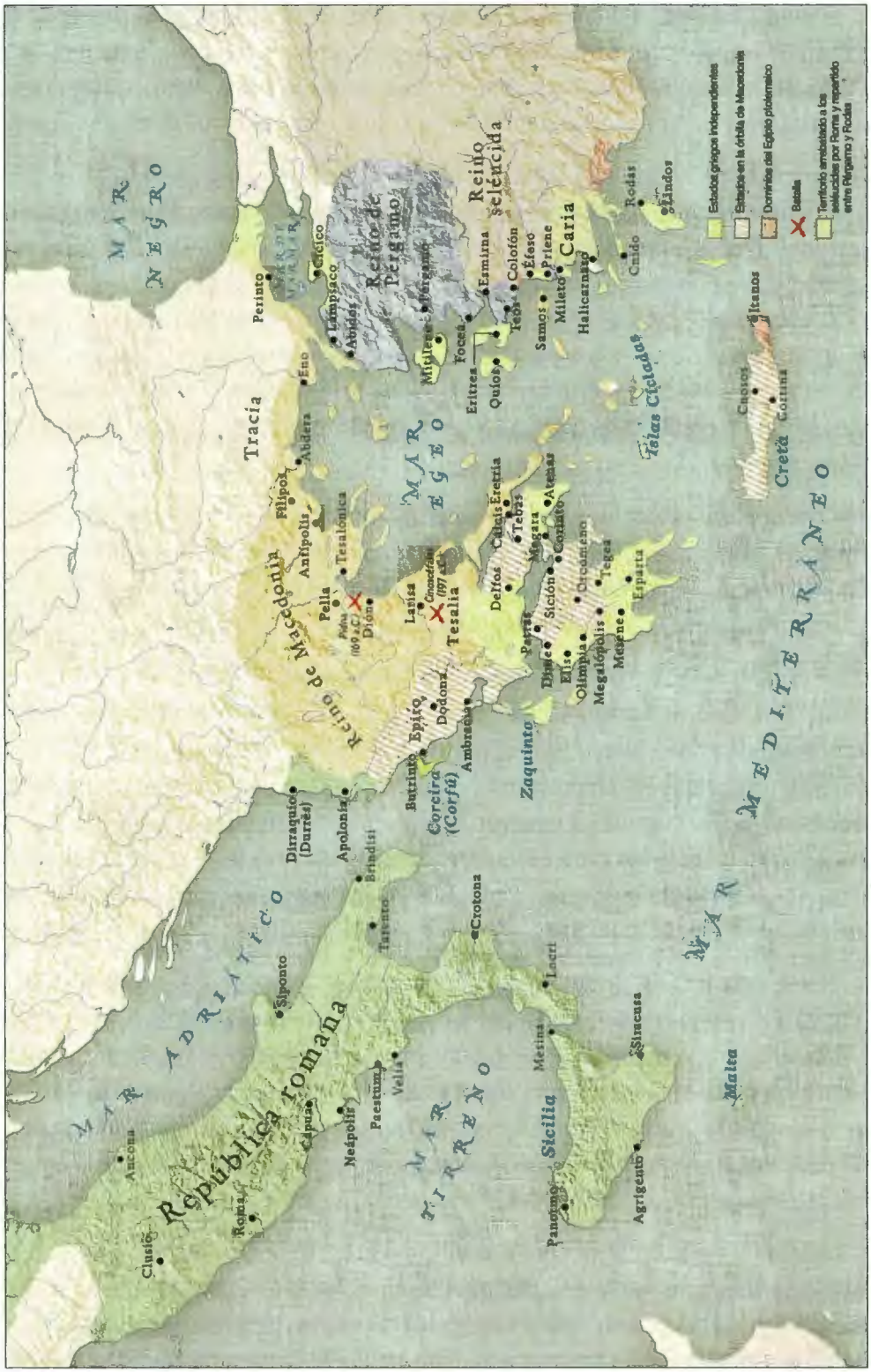
A finales del s. III a. C., Grecia estaba dividida en un mosaico de reinos resultado de la repartición del territorio tras la muerte de Alejandro Magno. La región estaba lejos de estar estabilizada siendo un constante foco de conflictos entre los diferentes reinos. De entre todos habría que destacar Macedonia y a su rey, Filipo V. Filipo aspiraba a controlar Grecia, Siria, entonces bajo el poder de Antíoco III, y el Egipto de los Ptolomeos. Filipo aprovechó el conflicto entre Roma y Cartago para poner en marcha su plan. En el año 202 a. C. firmó un pacto secreto con Antíoco de Siria para repartirse los territorios egipcios en el Egeo y Palestina. Por entonces, Ptolomeo V era sólo un niño pequeño de apenas seis años de edad y Egipto estaba envuelto en innumerables intrigas palaciegas que no hacían sino aumentar su debilidad. Antioco conquistó sin problemas la Celesiria pero cuando Filipo comenzó sus intentos expansionistas por el Egeo, Ptolomeo, Rodas y el reino de Pérgamo empezaron a recelar y a finales del 201 a. C. pidieron ayuda a Roma.

Con respecto a la intervención romana en los asuntos helénicos, en Roma había dos grupos de opinión. Por un lado estaban los no intervencionistas encabezados por M. Porcio Catón y, por otro, los terratenientes, capitaneados por Escipión Africano, que buscaban, además del botín de guerra, la venganza por la ayuda prestada a Aníbal.

Cuando Filipo comenzó a asediar Atenas, Roma le envió un ultimátum que surgió efecto pero cuando la situación se repitió en Abydos, la guerra fue inevitable. En 198 a. C., T. Quinctio Flaminio entró en Grecia logrando, no solo que Filipo se retirase hasta Tesalia sino que la mayoría de las ciudades aliadas de Macedonia se fueran poniendo del lado romano. El encuentro definitivo tendría lugar en Cinoscéfalos (Tesalia) en 197 a. C. donde las legiones romanas superaron sin muchas dificultades a las falanges macedónicas. Filipo tendría que pagar una importante indemnización de guerra, renunciar a sus posesiones en el exterior y olvidarse de intervenir, a partir de entonces, en los asuntos de Grecia.

En los Juegos Ístmicos del 196 a. C., un heraldo del cónsul Flaminio proclamó solemnemente que los griegos estaban liberados, exentos de guarnición y de pagar impuestos, quedando sometidos únicamente a sus propias leyes.

Pero los conflictos en territorio heleno estaban muy lejos de terminarse. Nabis, tirano de Esparta, había estado al lado de Filipo durante la guerra pero cuando las cosas empezaron a complicarse para el macedonio, se pasó al bando romano. Terminado el conflicto, las ciudades griegas obligaron a Nabis a liberar la ciudad de Argos, que le había sido entregada por Filipo. Roma envió a sus tropas a Esparta y Nabis terminó por firmar la paz y entregar Argos.



Fuente: National Geograp hic Historia.

Mapa 61. Las guerras macedónicas. Situación de Grecia en el s.II.

Roma no había cumplido su promesa de abandonar territorio griego y la desilusión que reinaba entre las ciudades helenas amenazaba con crear un nuevo frente antirromano. Dos años después de la declaración de los Juegos Ítsmicos, Roma evacuaba sus tropas consciente de que eso supondría que, tarde o temprano, los conflictos volverían. Y así fue.

Mientras, Antíoco III de Siria, que se había mantenido neutral durante la II Guerra Macedónica, estaba llevado a cabo una política expansionista que le había llevado a anexionarse, entre otros territorios, las posesiones egipcias de Asia Menor. Roma, preocupada por el poder que estaba alcanzando el rey sirio y su imagen de liberador que de él empezaban a tener las ciudades griegas, decidió enviar una embajada para conocer sus intenciones. Antíoco pretendía hacerse con Tracia y Asia pero Roma no estaba dispuesta a ceder tanto. El sirio tendría que escoger pero las posturas estaba demasiado alejadas y el acuerdo fue imposible.

En el otoño siguiente, Antíoco desembarcó en Tesalia. Filipo, se alió con Roma quién, a cambio, le ofreció nuevos territorios y la condonación de la deuda de guerra. El ataque a un pequeño destacamento romano provocó el comienzo del conflicto. Al año siguiente, el ejército romano logró que Antíoco se replegase y volviese a Asia.

La victoria definitiva de Roma tuvo lugar a finales del 190 a. C. o principios del año siguiente en la llanura de Magnesia. La paz se firmaría un año después. Antíoco perdería todas sus posesiones en Asia Menor (que se repartirían entre las dos aliadas de Roma, Pérgamo y Rodas), al tiempo que se comprometía a reducir el número de sus tropas, pagar una indemnización de 15.000 talentos y a entregar a los enemigos de Roma que se encontraban en sus filas. Esto último tenía un claro destinatario: Aníbal, que tras la derrota de Zama, se había integrado en el ejército de Antíoco. Pero el general cartaginés no pudo ser capturado ya que había huído a Bitinia donde murió.

Pero los conflictos y disputas entre las diferentes ciudades griegas continuaron. El que enfrentó a Pérgamo con Macedonia por la disputa de ciertos territorios en Tracia provocaría la Tercera Guerra Macedónica. Perseo, que había sucedido a su padre Filipo en el trono de Macedonia, había comenzado una escalda militar bien vista por algunas ciudades griegas descontentas con la política romana en la región. Un intento de atentado sufrido por el rey de Pérgamo, Eumenes, en Delfos, y del que se hizo responsable a Perseo, fue la excusa para declarar la guerra.

La falta de interés de Roma por el conflicto durante los dos primeros años favoreció que Macedonia consiguiera algunas victorias pero, en el 168 a. C., el cónsul Emilio Paulo llegó a Grecia con el propósito de terminar con la guerra cuando antes. Lo conseguiría en la batalla de Pydna. Perseo huyó a Samotracia aunque luego fue capturado. Macedonia, el reino de

Alejandro Magno, quedó dividido en cuatro regiones autónomas tributarias de Roma a las que se les prohibió cualquier tipo de relación entre ellas. Muchas ciudades griegas fueron arrasadas y castigadas por haberse puesto del lado de Macedonia o por haberse mantenido neutrales.

Los años siguientes vieron como el poder romano se hacía más patente en Oriente pasando del protectorado a la pura dominación. Los diferentes conatos de sublevación terminaron con la creación de la provincia de Macedonia y el fin de la independencia de Grecia.

Expansión hacia Occidente

Mientras Roma estaba enfrascada en la guerra de Oriente, algunos de los pueblos del norte de Italia que habían ofrecido su ayuda a Aníbal durante las Segunda Guerra Púnica, temerosos de la reacción de Roma, vieron en la sublevación la única salida. En el 183 a. C. toda la Italia septentrional, a excepción de unas pocas poblaciones alpinas, pasó a convertirse en la Galia Cisalpina. El próximo objetivo de Roma sería cruzar la barrera de los Alpes.

Por otro lado, la escasez de tropas en algunas regiones a causa del conflicto en Grecia, había sido aprovechado por piratas y maleantes para crear inseguridad y perjudicar seriamente el comercio. Los Alpes orientales se habían convertido en un foco de problemas principalmente a causa de la piratería pero, a partir del 129 a. C. se puede decir que el Adriático era un lago romano.

Una vez se dio por finalizada la guerra contra Cartago, Roma no tenía intención alguna de abandonar la Península Ibérica pero con la guerra Macedónica y las revueltas en territorio italiano, no era el mejor momento para comenzar la conquista.

En el 197 a. C. aparecen por primera vez referencias a las dos nuevas provincias en territorio peninsular: la Hispania Citerior, con capital en *Tarraco*, y la Ulterior, con *Corduba* como centro administrativo. Dice Tito Livio que los dos primeros gobernadores de Hispania fueron Cayo Sempronio Tuditano, para la Citerior y Marco Helvio para la Ulterior. En los años siguientes, Roma se limitó a enviar gobernadores a Hispania que, durante su año de mandato, apenas hicieron otra cosa que enriquecerse a costa de las poblaciones hispanas, incluso entre las aliadas. Eso provocó el odio hacia Roma y convirtió lo que podía haber sido una conquista rápida en un conflicto que duró más de 70 años.

En el 197 a. C., los caudillos turdetanos, Culchas y Luxinio se levantaron contra Roma arrastrando con ellos a diecisiete asentamientos de la Ulterior incluidas las poco conflictivas Sexi o Malaca.

Cuando dos años después, el cónsul Marco Porcio Catón desembarcó en Emporion (Ampurias) con dos legiones más para reforzar las otras dos que ya había en la Península, todo parecía indicar que la revuelta había tenido éxito y que Roma había perdido el control de la situación.

Una vez logrado recuperar el *Cis Hiberum*, la zona entre el rio Ebro y los Pirineos, Catón se dirigió hacia el sur, hacia Tarraco, donde comenzó a planear su avance más allá del Ebro. Pero las revueltas de los bergistanos, un pueblo íbero localizado en el Alto Llobregat, hicieron que se replanteara la situación decidiendo pacificar la región antes de cruzar el rio Ebro.

Ya en la Turdetania, Catón consiguió pactar con diferentes comunidades indígenas y eso llevó a Roma al control del sur peninsular. De vuelta a Tarraco, Catón se tuvo que enfrentar de nuevo con bergistanos y lacetanos. La respuesta de Roma fue la toma de sus capitales aunque en el caso de los primeros, fue su propio caudillo el que propició la entrada de los romanos en la ciudad como venganza por haber sido apartado del poder por una facción antirromana.

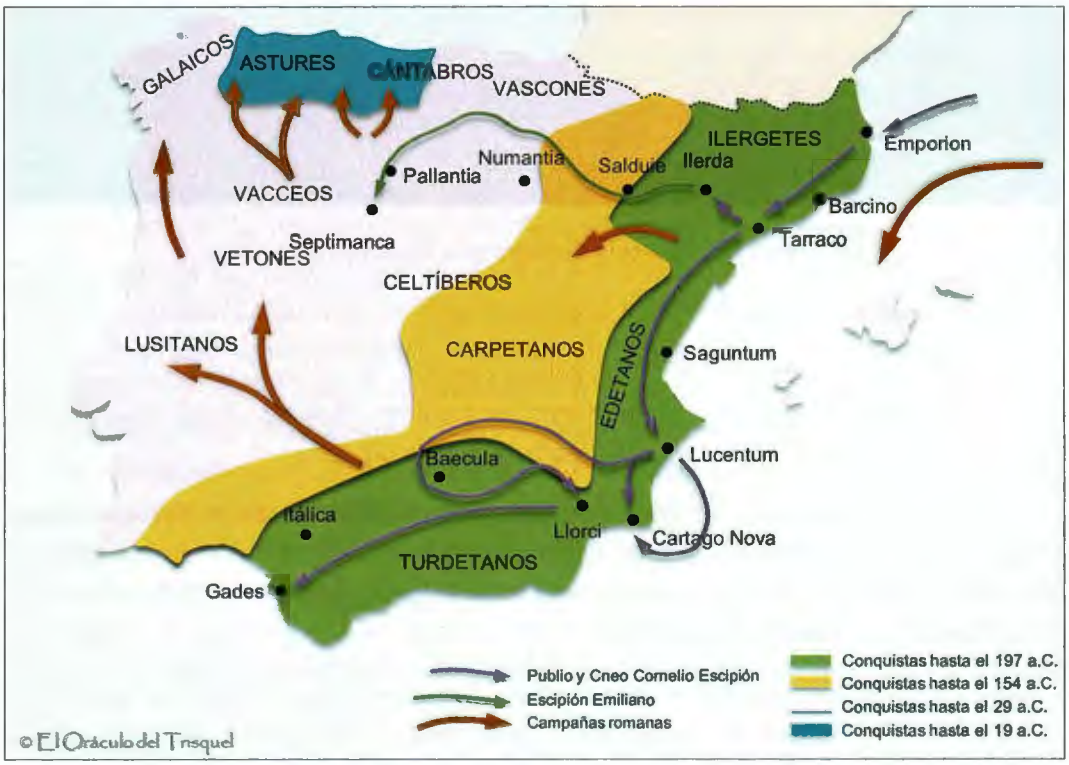
Meses después del retorno de Catón a Roma, se declaró un nuevo levantamiento y los años siguientes fueron una sucesión de conflictos y enfrentamientos a lo largo de todo el territorio controlado por los romanos.

En la Hispania Citerior, la Celtiberia se había convertido en un serio obstáculo para el avance romano. Entre el 180 a. C. y el 179 a. C. al frente de la Citerior se puso el pretor Tiberio Sempronio Graco. Graco puso en práctica una política con los pueblos indígenas totalmente diferente a la llevada a cabo por Roma hasta esos momentos. El pretor consiguió firmar una serie de pactos que permitieron la subsistencia de los indígenas logrando con ello un cambio de actitud hacia el conquistador que se traduciría en una mayor colaboración.

Aunque la explotación abusiva del territorio por parte de los gobernadores romanos continuó, entre el 178 y el 154 a. C. se vivió un periodo de cierta tranquilidad. En el año 171 a. C. una delegación de pueblos hispanos aliados de Roma viajó a la capital para presentar sus quejas ante el Senado por los excesos que cometían los magistrados romanos. El Senado creó una comisión de investigación que, como ocurre en muchos ocasiones, no llegó a sacar nada en claro.

La segunda mitad del s. II a. C. fue testigo del avance de Roma hacia el interior de la Península Ibérica. Lusitanos y Celtíberos habían tenido contacto con los romanos pero se habían mantenido independientes. En las guerras lusitanas (151-138 a. C.) y celtíberas (156-133 a. C.), Roma va a mostrar una doble imagen a la hora de hacer política: por un lado va a pactar y firmar alianzas con los indígenas y, por otro, se va a mostrar cruel y despiadada.

Un ejemplo de esto último lo tenemos en la matanza de lusitanos que tuvo lugar en el 150 a. C. Servio Sulpicio Galba, pretor en esos momentos de la Hispania Ulterior, viendo las pésimas condiciones de vida que tenían los lusitanos, que apenas tenían para comer, decidió concederles unos lotes de terreno para que pudiesen sobrevivir. Con la excusa de la entrega de las tierras, reunió a unos 30.000 lusitanos pero en lugar de darles lo prometido, los traicionó. 8.000 fueron asesinados y el resto esclavizado. Entre los supervivientes estaba Viriato, que se convertiría poco después en el caudillo que dirigiría la resistencia contra Roma durante casi diez años.



Fuente: National Geographic Historia.

Mapa 62. Numancia. El asedio de Numancia.

El último obstáculo de Roma en la Península se localizó en Numancia, una ciudad cerca de la actual Soria, territorio de los arévacos. El cónsul Publio Cornelio Escipión Emiliano, con unos 60.000 hombres, levantó un doble circuito de muralla de nueve kilómetros alrededor de la meseta donde se asentaba Numancia. Así comenzó un bloqueo que duraría durante los quince meses siguientes hasta que el hambre y las epidemias hicieron que la situación se volviera insostenible y Numancia claudicara. Era el 133 a. C.

Figura 64. El asedio de Numancia. Cerámica numantina.

Después vino la conquista de las Islas Baleares por Quinto Cecilio Metelo entre el 123 y el 121 a. C. El control de esta parte del Mediterráneo resultaba vital para Roma y su comercio porque se había convertido en una peligrosa base para la piratería.

Desde la creación de las dos provincias hispanas hasta la fundación de nuevas ciudades fuera de Italia, pasaron cincuenta años. Roma necesitaba proteger la frontera norte y, al mismo tiempo, mejorar la red de comunicaciones con Hispania así que, su intervención en la Galia Meridional se volvió imprescindible.

El sur de la Galia se convirtió, entonces, en objetivo de primer orden para la república. Se trata de una franja costera, en la actualidad es la Provenza y el Languedoc, vital tanto para la navegación como para el desplazamiento por tierra entre Italia e Hispania. Las vías eran la pieza clave para el transporte de tropas y mercancías a la vez que servían para la integración de los diferentes territorios

La conquista del sur de la Galia se produjo cuando en el 125 a. C. la ciudad de Massalia (Marsella) sufrió el ataque de los pueblos vecinos. Roma recibió la petición de ayuda de su aliada y hasta allí se desplazó el cónsul Marco Fulvio Flaco. Tras varias campañas, Flaco regresó a Roma aunque la región estaba lejos de estar pacificada.

En el año 122 a. C., los encargados de controlar el sur de la Galia fueron los cónsules Cneo Domicio Ahenobarbo y Quinto Fabio Máximo. A Domicio se debe la construcción de

la via Domitia que uniría Italia e Hispania y, también, en el 118 a. C. la fundación de *Narbo Martius*, que tiempo más tarde se convertiría en el centro del poder romano en la región.

Destrucción de Cartago

Una vez terminada la Segunda Guerra Púnica, Cartago se había podido recuperar económicamente y eso era algo que molestaba a cierta parte de la sociedad romana. Sin embargo, su influencia en la política internacional mediterránea era prácticamente nula. Su intervención en cualquier conflicto debía contar con la aprobación del senado romano que, casi siempre fallaba a favor del enemigo de los púnicos. Por entonces, el problema para Cartago estaba en su vecino, el reino de Numidia y en su rey, Masinisa.

Mientras Escipión Africano se había negado a la destrucción de Cartago, su nieto Escipión Emiliano estaba dispuesto a hacer caso al intransigente Marco Porcio Catón cuando éste repetía una y otra vez en el Senado eso de: *Carthaginem esse delendam*! Cartago debe se destruida. Corría el año 150 a. C. cuando, de nuevo, Masinisa invadió territorio cartaginés. Cansados de recurrir al inútil arbitrio de Roma, Cartago intentó solucionar el problema por las armas. El Senado declaró la guerra. Roma decidió el fin de Cartago no por miedo a su resurgimiento sino por el poder que estaba adquiriendo Masinisa. El enfrentamiento con Numidia significó un estrepitoso fracaso para Cartago que se vio obligado a enviar dos embajadas a Roma para pedir disculpas por haber incumplido uno de los acuerdos tras la Segunda Guerra Púnica. Las condiciones impuestas por Roma, que ya había decidido ir a la guerra, fueron inaceptables para los cartagineses: debían abandonar Cartago y fundar una nueva ciudad a unos 15 km de distancia. El enfrentamiento sería inevitable. Aunque había organizado su ejército en tiempo record, Cartago fue capaz de resistir los primeros asaltos de las tropas romanas a los mandos de los cónsules Manlio y Censorino.

Al final de la campaña de Calpurnio Pisón, los avances de los romanos tras dos años de guerra habían sido insignificantes. Pero el tercer año iba a ser diferente. Publio Cornelio Escipión Emiliano es nombrado cónsul y enviado a África. Escipión comenzó el asedio de Cartago en invierno. Con la primavera llegó el ataque final. Las tropas romanas sobrepasaron las murallas y asaltaron la ciudad. Los habitantes que no fueron exterminados fueron vendidos como esclavos. Escipión se había comprometido a respetar la ciudad pero el Senado le obligó a destruirla. Sobre sus ruinas se fundaría una colonia romana. Catón no pudo ver su sueño hecho realidad: había muerto tres años antes.

LA LUCHA POLÍTICA Y LA CRISIS DEL ESTADO

La rivalidad entre patricios y plebeyos evolucionó hasta convertirse en la lucha entre una nobleza, *nobilitas*, patricio-plebeya enriquecida por la rápida expansión romana y la masa popular. Ya no era cuestión de origen, era cuestión de patrimonio. Estas dos clases sociales se reflejaban en dos grupos políticos respectivamente: los *optimates*, defensores de las mas puras tradiciones romanas y de la rica oligarquía terrateniente, y los *populares*, abiertos a recibir la cultura griega, tan de moda en la época, a la ampliación del senado y a propugnar reformas que sirvieran para solucionar los problemas de la República. Es importante aclarar que no se trata de partidos políticos como los concebimos hoy en día, con una ideología sino de grupos de personas con una misma forma de pensar.

Situación política de Roma en la primera mitad del siglo II a. C.

Después del fin de la Segunda Guerra Púnica es cuando se empieza a definir esta división de la política romana que va a girar alrededor de dos figuras que, aunque opuestas políticamente, ambas procedían de la alta sociedad romana: Marco Porcio Catón por parte de los optimates y Publio Cornelio Escipión Africano por los populares.

El triunfo de Escipión Africano en Zama supuso que, durante la siguiente década, entre el 202 y el 192 a. C. el llamado «Círculo de los Escipiones» acaparara la política romana. Pasado ese tiempo, los tradicionalistas, con Catón al frente, fueron recuperando terreno hasta llegar un momento de total equilibrio de senadores de ambas facciones.

A medida que la fama de Escipión se hacía mayor, crecía el poder de Catón que no dejaba pasar la oportunidad de poder humillar a sus enemigos políticos. A la acusación por corrupción a Lucio Cornelio Escipión, hermano de Africano, se unió la exclusión del Senado de varios miembros de los populares. El expansionismo romano estaba provocando, entre otras cosas, el auge del nacionalismo y de las corrientes más conservadoras.

Hacia la mitad del s. II a. C. las cosas empezaron a cambiar. De los grandes personajes que habían protagonizado la vida política de Roma sólo quedaba Catón que continuaba abogando por la austeridad y la expulsión de Roma de filósofos y retóricos . Pero se estaba a punto de producir el relevo generacional que harían aún más ancha la brecha entre las dos facciones.

Una de las situaciones que más iba a influir en el futuro de la política romana durante los años siguientes fue la cuestión agraria. La mayor parte de la población romana la componían pequeños propietarios cuyos rendimientos no iban más allá de los propios de la agricultura de subsistencia. Con la anexión de nuevos territorios, comenzó a llegar a Roma gran cantidad de productos que invadió el mercando provocando la caída de los precios. Junto con cerea-

les, legumbres y hortalizas, también llegó mucha mano de obra esclava que formaría parte del personal de las grandes plantaciones.

Los conflictos bélicos eran la causa de la ruina de muchos pequeños agricultores que, al no poder atender sus propiedades, se veían forzados a malvenderlas y así fueron aumentando de tamaño los terrenos de los grandes terratenientes y el número de desahuciados.

Por otro lado, la conquista del Mediterráneo había provocado el nacimiento de una nueva clase social: el orden ecuestre. Formada por ricos comerciantes habían sido, en principio, aquellos miembros del ejército capaces de poder adquirir un caballo. La anexión de nuevos territorios hizo que se convirtieran en los dueños del comercio tanto de oriente como de occidente y de las explotaciones mineras e industriales. Políticamente, se posicionaron al lado de los populares.

Pero si para el orden ecuestre el expansionismo por el Mediterráneo fue una bendición, para los pequeños campesinos, como hemos visto, fue la sentencia de muerte de su medio de vida. Muchos, tras vender sus terrenos, se marcharon a Roma en busca de nuevas oportunidades. Esa masa campesina sin esperanza fue el caldo de cultivo de los acontecimientos de finales del s. II a. C.

Los Graco

A partir del 140 a. C. los problemas se agudizan. Roma se ha involucrado en conflictos en los que los gastos son mucho mayores que los beneficios. Se devalúa la moneda, hay dificultades para reclutar más tropas, aumenta el desempleo y la inflación, etc. La crisis afecta a todo el territorio pero, especialmente, a la capital.

En este escenario entran en escena los hermanos Graco. Tiberio y Cayo Sempronio Graco eran hijos de Tiberio Sempronio Graco y nietos de Publio Cornelio Escipión Africano. Tiberio, el mayor, durante su viaje de vuelta a Roma desde Hispania pudo darse cuenta de la situación tan miserable en la que se encontraban los campesinos romanos.

> *Incluso las fieras que habitan Italia tienen sus guarida y cada una de ellas tiene un refugio, una cueva; en cambio para los que luchan y mueren por Italia, sólo hay aire y luz nada más, y sin casa ni lugar seguro, vagan con sus hijos y mujeres; (...) ninguno de entre tantos romanos tiene ni altar familiar ni lugar de culto de sus antepasados, sino que combaten y mueren por el lujo y la opulencia ajenas , hombres que reciben el nombre de dueños del mundo pero no tienen ni un terrón suyo.*
>
> (Plutarco, Tib. Graco, 9.5. Trad. C. Alcalde)

Cuando fue elegido tribuno de la plebe tenía muy claro hacía donde iban a ir sus propuestas: Hacia una reforma agraria que permitiese mejorar las condiciones de vida del campo romano.

Aprovechando que sus contrincantes políticos estaban fuera de Roma, Graco puso en marcha su programa de reformas. Los principales puntos del programa eran:

— Devolución de terrenos del *ager publicus* si no se había producido una concesión o arrendamiento por parte del estado.

— Disposición máxima de hasta de 500 yugadas (125 ha.) aunque se podría aumentar la extensión si se tenían hijos (250 yugadas por hijo) hasta un máximo de 1000 yugadas.

— Reparto de las tierras devueltas en lotes inalienables de 30 yugadas. Esto significaba que no podrían ser vendidas y así se evitaría la formación de grandes propiedades.

— Creación de un tribunal encargado de las concesiones de tierras y de decidir cuáles eran consideradas públicas y cuales privadas.

Como era de esperar, estas medidas tuvieron muy buena acogida entre las clases más desfavorecidas aunque chocaron con el veto del otro tribuno de la Plebe, Marco Octavio, que se puso del lado de la oligarquía senatorial. Depuesto Octavio, la nueva ley fue aprobada aunque el Senado intentó por todos los medios impedir su aplicación. Pero los problemas de Tiberio Graco no terminaban ahí. No había fondos suficientes para pagar a los propietarios las indemnizaciones correspondientes por las tierras que se iban a repartir y en eso confiaba la clase senatorial para no poner en práctica la ley. Pero el dinero llegó. Átalo III, rey de Pérgamo, había dejado en herencia al pueblo romano su tesoro y su reino. Átalo no tenía descendiente y, ante el temor que tras su muerte Pérgamo se convirtiese en un caos, decidió dejar su país y su patrimonio al pueblo de Roma.

Cuando llegaron las nuevas elecciones, Graco se presentó de nuevo. No era ilegal hacerlo aunque iba en contra de la costumbre pero él sabía que en cuanto dejase de ser tribuno de la plebe perdería la inmunidad que tenía y su vida estaría en peligro. En su nuevo programa, Graco llevaba nuevos proyectos de ley que afectaban a la composición de los tribunales en perjuicio del senado así como a las indemnizaciones a los aliados itálicos por la desposesión de los terrenos de *ager publicus*. Entonces sus adversarios comenzaron a hacer correr la voz de que quería convertirse en tirano. Las elecciones no se pudieron celebrar el primer día de los comicios y al día siguiente estalló un motín que terminó con la vida de Sempronio Graco que no pudo ser protegido por sus seguidores ya que al coincidir las elecciones con la campaña agrícola, se encontraban fuera de la ciudad.

Parecía que la obra de Tiberio Graco iba a morir con él, pero no fue así a pesar de las ejecuciones y persecuciones a las que se sometió a muchos de sus seguidores. Su ley continuó en vigor porque nadie se atrevió a suprimirla por miedo a las más que posibles revueltas populares.

Los personajes que llegarán a continuación a la escena política romana van a tener un perfil más radical con lo que los problemas para Roma se van a agudizar y multiplicar considerablemente y sin mucho tardar.

En el 125 a. C. va a estallar un nuevo levantamiento de los aliados latinos en la ciudad de Fregellae. El motín fue violentamente sofocado y la ciudad destruida. Entre los aliados latinos había un gran descontento con el tribunal encargado del reparto de los lotes de tierra porque como no eran ciudadanos romanos, no podían beneficiarse de la ley Sempronia ni recibir tampoco las parcelas de terreno.

Dos años más tarde accede al tribunado el hermano menor de Tiberio Graco, Cayo. Cayo Sempronio Graco, que hasta ese momento había mantenido un perfil político bajo, salta al primer plano de la política romana al conseguir la magistratura.

Cayo no se va a limitar a poner en funcionamiento la ley Sempronia promulgada por su hermano sino que va a proponer nuevas reformas, 15 propuestas que, de forma resumida, serían estas:

— **Reformas de carácter económico**: Se establecía el precio máximo del trigo; nuevos derechos de aduana; la creación de nuevas colonias; se reactivaba la ley agraria de Tiberio Graco.

— **Reformas de carácter político**. El objetivo de estas leyes era asegurar la libertad de los populares impidiendo al mismo tiempo al Senado que saboteara sus iniciativas.

— **Reformas de carácter social y moral**. Se aumentaría el número de caballeros en el Senado y en los tribunales; se concedería la ciudadanía romana a las poblaciones latinas y el derecho latino a las itálicas; se prohibiría a los menores de 17 años formar parte del ejército mientras que el equipo necesario para los soldados sería proporcionado por el Estado.

Como hemos visto más arriba, una de las propuestas de Gayo fue la creación de nuevas colonias. El objetivo no era otro que el de reducir el exceso de población en Roma y alejar del campo a ciertos grupos de jornaleros que se habían convertido en un serio problema de seguridad. Uno de los territorios propuestos por Cayo para la instalación de una nueva colonia era Cartago.

Las propuestas de Cayo Sempronio Graco eran más que simples leyes: era una auténtica constitución que limitaba, y mucho, el poder del Senado. La oligarquía pasó entonces al ataque utilizando las mismas armas que Graco. Aprovechando que éste se encontraba en Cartago fundando la nueva colonia, Marco Livio Druso, colega de Graco en el tribunado de la plebe, presenta una ley con más concesiones al pueblo que la ley de Graco. Ni que decir tiene

que las propuestas de Druso tenían un objetivo claro: Fortalecer de nuevo el poder del senado a costa del orden ecuestre.

De vuelta en Roma, Cayo Graco no pudo volver a ganar las siguientes elecciones. El Senado, sintiéndose fuerte de nuevo, anuló la creación de la colonia en Cartago desatándose durante la votación una violenta revuelta. Cayo Graco y sus partidarios se hicieron fuertes en el Aventino, como lo habían hecho los plebeyos al principio de la República, pero antes de ser capturado decidió quitarse la vida.

La desaparición del pequeño de los Gracos significaba el auge de la oligarquía pero las cosas ya no volverían a su estado anterior: las masas populares sabían que tenían ciertos derechos a los que no tenían intención de renunciar mientras que las clases privilegiadas ya no tenían el poder de antaño.

Yugurta, címbrios y teutones

Ya hemos visto que la escusa de Roma para comenzar la Tercera Guerra Púnica fue el conflicto que Cartago tenía con su vecina, Numidia.

Numidia ocupaba aproximadamente lo que hoy es Argelia y durante la Segunda Guerra Púnica había sido aliada de los cartagineses. Entonces, su rey Masinisa cambió de alianzas poniéndose al lado de Escipión Africano. A su muerte, el reino pasó a manos de sus hijos Micipsa, Mastanabal y Gulusa. El fallecimiento de los dos últimos hizo que Micipsa pudiese reunificar el reino dejándolo en herencia a sus dos hijos, Hiempsal y Aderbal, y a su sobrino Yugurta. Si Micipsa había dividido el reino con la esperanza de evitar una guerra civil, se había equivocado. Yugurta no estaba dispuesto a compartir nada con sus primos, a los que consideraba unos inútiles, ni con sus otros primos, los hijos de Mastanabal y Gulusa, Gauda y Masiva. Antes de que terminaran las conversaciones para llegar a un acuerdo sobre el reparto del país, Yugurta hizo asesinar a Hiempsal. Aderbal pidió el arbitrio de Roma pero Yugurta supo cómo sobornar al Senado y al final la cuestión se solucionó dividiendo Numidia en dos partes desiguales quedando la mejor de ellas en manos de Yugurta.

Pero no era suficiente para Yugurta que, haciendo caso omiso a las órdenes del Senado, persiguió a Aderbal hasta la ciudad de Cirta en la que se había refugiado asaltando la ciudad y dando muerte no sólo a su primo sino también a un grupo de comerciantes romanos. Era el 112 a. C.

Cuando la noticia llegó a Roma, los populares exigieron la inmediata declaración de guerra. Lucio Calpurnio Bestia fue enviado a Numidia pero Yugurta debió comprarlo a él también porque en la primera ocasión que tuvo firmó la paz con el enemigo. Yugurta había estado combatiendo en Hispania y allí aprendió lo fácil que podía ser sobornar a los romanos.

Yugurta fue mandado a Roma para dar explicaciones. Allí continuó su táctica de comprar a sus enemigos. Pero cometió un error: mientras estaba en Roma hizo a asesinar a Masiva, que también aspiraba al trono. El pueblo romano estaba indignado. Yugurta fue expulsado de Roma, se anuló el tratado de paz y se reactivó la guerra. A Numidia se envió primero a Espurio Postumio Albino y, después a su hermano Aulo que tras una vergonzosa derrota para Roma se vio forzado a firmar una deshonrosa paz. El Senado se negó a ratificarla al tiempo que enviaba a Quinto Cecilio Metelo con la intención de terminar la guerra y de ignorar todas las propuestas de paz que le hiciera Yugurta. Metelo consiguió recuperar gran parte de territorio perdido pero no pudo hacerse con Yugurta que había podido ponerse a salvo gracias a la ayuda de su suegro, el rey de Mauritania, Boco.

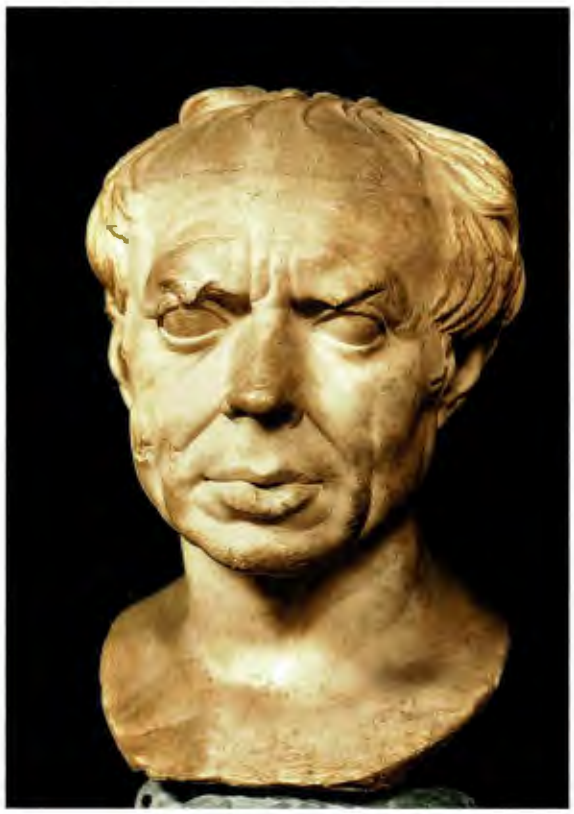


Figura 65. Cayo Mario. Busto de Cayo Mario.

En 107 a. C. fue elegido cónsul Cayo Mario. Mario era un *homo novus*, es decir, él era el primer miembro de su familia que se dedicaba a la política. Después de su participación en el sitio de Numancia junto a Escipión Emiliano, comenzó su carrera política consiguiendo el tribunado de la plebe gracias a la ayuda de los Metelo. Tribunado, por cierto, sin mucha fortuna que consiguió no agradar a nadie: ni a la plebe, ni a la oligarquía ni a los Metelo. Su

desahogada situación económica y su matrimonio con Julia, la tía de Julio César, le abrió las puertas del consulado y el acceso al Senado.

Mario se hizo cargo del asunto de Yugurta. Ya había estado en Numidia bajo las órdenes de Metelo pero su táctica iba a ser distinta. A diferencia de su predecesor, Mario apostó por ir conquistando poco a poco el territorio evitando las batallas campales contra los númidas combatiendo a base de razzias. Con esta táctica conseguiría al mismo tiempo un mejor entrenamiento para sus hombres. En el otoño del 106 a. C. las tropas de Mario derrotaban a Yugurta y Boco, y en la primavera siguiente comenzaban las conversaciones diplomáticas entre ambas partes. Aquí hay que destacar el papel que jugó Lucio Cornelio Sila, cuestor de Mario, que consiguió el compromiso de Boco de entregar a Yugurta.

La captura de Yugurta, con la ayuda de su suegro, puso el punto y final a la guerra en África pero curiosamente fue el principio del conflicto que enfrentaría a Mario con Sila. La causa de la enemistad entre ambos sería el reconocimiento del triunfo en Numidia. Mario celebró el triunfo en Roma pero Sila siempre se consideró el auténtico artífice de la victoria. Cuenta Plutarco que, incluso, mandó hacerse un sello en el que aparecía Boco entregando a Yugurta.

Figura 66. Sila y la guerra de Yugurta.
Moneda de Sila.

Mientras Mario y Sila se disputaban la autoría de la victoria, Yugurta era trasladado a Roma. Allí fue confinado en la prisión Marmertina donde moriría en el 104 a. C.

En un principio, Roma no se planteó crear una nueva provincia en los territorios de Numidia. La región era muy inestable por las incursiones de las diferentes tribus nómadas

del desierto y eso hubiese obligado a Roma a mantener un ejército permanentemente allí. Se decidió, entonces, entregar la parte occidental a Boco, la oriental a Gauda, y los territorios interiores a los jefes locales.

Pero el final de la guerra de Yugurta no iba a significar tiempos de tranquilidad para Roma. Ahora el problema venía del norte donde tribus de teutones, cimbrios y ambrones se estaban desplazando desde el año 113 a. C. desde sus tierras de origen, en el mar de Norte, hasta la zona del Danubio.

Después de los primeros choques con las legiones romanas, cimbrios y teutones decidieron que, en lugar de continuar hacia el sur, lo harían hacia el oeste, hacia el Rhin y hacia la Galia. Eso hizo que Roma se confiara y dejara de prestar atención a los movimientos de estas tribus para centrarse en otros asuntos más importantes como la guerra de Numidia.

En el 109 a. C., de nuevo, y como ya le había ocurrido a las tropas de Cneo Papirio Carbón, las legiones son derrotadas durante una incursión de cimbrios y teutones ya en territorio galo. Dos años después, la misma suerte corrieron las mandadas por Lucio Casio Longino.

Un año más tarde, Servilio Cepión consiguió restaurar cierta tranquilidad en la región pero un nuevo ataque bárbaro hizo que las tropas del cónsul Cneo Malio Máximo se trasladasen al valle del Ródano para apoyar a las de Cepión. La falta de acuerdo entre los comandantes con respecto a la táctica tuvo como consecuencia la derrota de los dos ejércitos dejando la Galia Narbonense sin protección. Teutores y cimbrios tenían el camino expedito hacia Italia. Sin embargo, mientras los primeros se quedaron en la Galia, los cimbrios se dirigieron hacia la Península Ibérica. El que los bárbaros no se acercaran a Italia no alejó la sensación de peligro que se tenía de forma que, nada más terminar la guerra contra Yugurta, Mario fue irregularmente elegido de nuevo cónsul con el objetivo de ponerse al frente de las legiones y terminar con la amenaza bárbara. Esta elección iba en contra de la ley que establecía un periodo mínimo de diez años antes de poder optar a un nuevo consulado. En el caso de Mario, no sólo no se había cumplido ese plazo sino que se le renovó en el cargo durante cinco años consecutivos, hasta el año 100 a. C., sin estar siquiera presente en algunos de los comicios como marcaba la ley.

Los dos años siguientes los dedicó Mario a adiestrar y entrenar a sus hombres ya que ni cimbrios ni teutones daban muestras que querer seguir la guerra con Roma. Pero en el 102 a. C., los teutones invadieron la Galia Narvonense siendo derrotados por las tropas de Mario. Los cimbrios, por su parte, habían logrado que el otro cónsul, Lutacio Catulo, se retirase más allá del rio Po. Mario acudió en su ayuda y tras la victoria romana en Campi Raudii, Cayo Mario fue aclamado como el tercer fundador de Roma y se dio por finalizada la guerra címbrica.

La obra de Cayo Mario se desarrolla principalmente en el campo militar. Tenía muchas cualidades de mando pero donde realmente destacó fue en las reformas que llevó a cabo tanto en la estructura como en la composición, táctica y armamento. Una de las más importantes fue el sistema de reclutamiento que hizo que las legiones romanas pasaran de ser un ejército ciudadano a otro profesional.

Desde los tiempos de Servio Tulio, los ciudadanos romanos tenían la obligación y el derecho de formar parte del ejército. Su integración en las legiones se haría dependiendo de su capacidad económica porque los soldados debían hacerse cargo del coste del equipo y eso determinaba el cuerpo en el que servirían.

La gran crisis económica que dejó sin propiedad a muchos ciudadanos se tradujo en una reducción de personas censadas y con ello del número de soldados en potencia. A eso había que añadir las triquiñuelas con las que se valían algunos miembros de las clases medio-altas para evitar el alistamiento.

La novedad de las reformas de Mario estaba en permitir que cualquier persona, independientemente de su patrimonio, pudiese formar parte del ejército a cambio de un sueldo, *stipendium*, que se cobraría incluso en invierno cuando no había campañas militares. Además de eso, el Estado le proporcionaría el equipo necesario, le haría partícipe de una parte del botín y, al licenciarse, le entregaría un lote de terreno para que pudiera continuar su vida como civil. Sin embargo, la reforma de Mario tenía dos puntos negativos; al aumento del gasto en las legiones que suponía para el Estado había que añadir que a partir de entonces, los soldados ya no lucharían por los intereses de Roma sino por los de sus generales.

Cuando la guerra Címbrica terminó, Mario, mejor militar que político, se dedicó a ir en contra de los intereses de la oligarquía senatorial lo que le granjeó no pocos enemigos incluso entre los que le habían ayudado en su carrera política. Además, tenía pendiente su promesa de repartir lotes de tierra entre los soldados que habían participado en la guerra de Yugurta y en la guerra Címbrica.

Para hacer frente a sus compromisos, llegó a un acuerdo con Lucio Apuleyo Saturninio y con Cayo Servilio Glaucia. Mario se presentaría al consulado, Apuleyo al tribunado de la plebe y Glaucia a la pretura. En los comicios del año 100 a. C., los tres fueron elegidos. Apuleyo presentó una nueva ley agraria por la que se crearían colonias en las provincias y se repartirían lotes de terreno, sobre todo en la llanura padana, entre los hombres de Mario. Esta ley consiguió enfadar a todos los estamentos de la sociedad romana. A la oligarquía senatorial, a la plebe urbana, que veía como se concedía la nacionalidad romana a los itálicos para que pudieran beneficiarse de la entrega de tierras, y a parte del orden ecuestre que confiaba en hacerse cargo del reparto de los lotes de terreno.

Las protestas y desordenes ciudadanos iban en aumento y Mario ya no sabía cómo controlar la situación para restablecer el orden. Siempre navegando políticamente entre dos aguas, Mario, que cada vez tenía más relaciones comerciales con la oligarquía, al final, se vio obligado a distanciarse de sus dos socios hasta tal punto que durante un tumulto Saturnino y Glaucia perdieron la vida mientras Mario no hacía nada para evitarlo.

La Guerra social

A Mario, que había perdido todo el prestigio, no le quedó otro remedio que dejar Roma con rumbo a Oriente con la excusa de recoger información sobre la situación de la región.

El fracaso de Mario dio paso a una nueva etapa de dominio de la oligarquía senatorial. Fue una década de relativa tranquilidad tanto dentro como fuera de Roma hasta que en el año 91 a. C., Marco Livio Druso accedió al tribunado de la Plebe. Marco Livio Druso era hijo de Marco Livio Druso, tribuno de la plebe en época de Cayo Graco. Su política fue muy parecida a la de su padre con lo que, en ocasiones, resulta difícil distinguir en las fuentes clásicas la obra de uno de la del otro.

Livio Druso quería recuperar la ley agraria de los Graco para resolver los problemas de la plebe pero sin menospreciar el poder del Senado. También propuso la creación de colonias en Sicilia y en Italia, el reparto de terrenos entre los ciudadanos y el abaratamiento del precio del trigo. La aprobación de la ley agraria y los repartos entre los ciudadanos itálicos volvería a ser un problema de nuevo. La situación era complicada: Desde la reforma de los Graco, muchos campesinos itálicos se habían visto desposeídos de sus terrenos sin compensación alguna y eso había creado un descontento que no hacía mas que aumentar. Livio estaba seguro de que, tarde o temprano, Roma tendría que ceder y conceder a los itálicos los mismos derechos que disfrutaban los ciudadanos romanos y que aquellos llevaban reclamando desde el final de la Segunda Guerra Púnica. Para ello se reunió con los principales dirigentes itálicos a los que prometió que conseguiría que les fuera concedida la ciudadanía romana. Cuando se supo en Roma, comenzó a correr el rumor de que Livio había pactado con los itálicos que, si no conseguía la ciudadanía, se iniciaría una sublevación. Perdió el apoyo del senado y sus leyes fueron derogadas. En el otoño de ese mismo año, fue asesinado en su casa.

La guerra social, *bellum marsicum*, fue uno de los conflictos bélicos más sangrientos a los que se había enfrentado Roma hasta ese momento. Todos los itálicos, *socii*, tenían los mismos objetivos, las mismas quejas y la seguridad de que juntos, si se lo proponían, podían hacer que Roma aceptase sus propuestas.

El asesinato de Livio fue lo que encendió el levantamiento aunque la toma de Roma no fue seguida por todos y latinos, etruscos y umbríos se desligaron de la revuelta permanecien-

do fieles a Roma. Marsos y Samnitas se pusieron al frente de la revolución a los que se les unió una federación de otros pueblos que eligió como capital *Corfinium*, en el territorio de los pelignos. El nombre elegido tanto para la capital como para la federación fue Itálica y como símbolo se acuñó una moneda en la que el toro, emblema de la federación, corneaba a una loba. El mapa de la insurrección es muy complejo porque había zonas que permaneciendo al lado de Roma se encontraban en territorio sublevado.

En Roma se pensaba que, como había sucedido siempre, los aliados acabarían cediendo y la cosa no pasaría de ahí. Hasta que el pretor de *Asculum* y todos los ciudadanos romanos de la localidad fueron asesinados.

Hacia finales del año 91 a. C., el levantamiento era un hecho. Muchas de las tropas sublevadas habían sido parte de los ejércitos de Mario y eran, por consiguiente, hombres formados y entrenados que conocían a la perfección las tácticas de la legión.

El primer año de guerra fue favorable a los aliados que derrotaron a las legiones de los dos cónsules. El asedio de *Asculum* se tuvo que levantar y aunque Mario, ya muy mayor, intentó una táctica más conservadora intentando evitar los combates frontales, la realidad es que la situación se hacía cada vez más complicada para Roma. Aprovechando los problemas por los que pasaba la Urbs, comenzaron a surgir más revueltas en Hispania y en Oriente.

Había el llegado el momento de negociar. Lucio Julio César promulgó una ley, *lex Iulia*, por la que se concedía la ciudadanía romana a todas aquellas comunidades que no se hubiesen sumado a la revuelta. Después vinieron otras más como la *Lex plauta papiria* o la *lex pompeia* por las que se concedía la ciudadanía romana a todos los aliados que lo solicitasen o el derecho latino a los habitantes de la Galia Cisalpina. Aunque un pequeño grupo continuó resistiendo, la gran mayoría se acogió al nuevo estatus. La guerra se dio por concluida en el 88 a. C.

Mario y Sila

Un poco antes de ese momento, Lucio Cornelio Sila, que había estado en el frente sur durante la guerra, abandonó sus tropas para dirigirse a Roma con el objetivo de presentarse al consulado en las siguientes elecciones. Era el nuevo líder de la oligarquía romana y, aunque se había incorporado algo tarde, demostraba muy buenas aptitudes para la política. Antes ya las había demostrado en el campo de batalla durante la guerra de Yugurta, la címbrica y la social. Había llegado del momento de asumir plenamente el mando. Salió elegido cónsul en el año 88 a. C. junto con Quinto Pompeyo Rufo. Sila consiguió lo que perseguía: el control del ejército en la campaña de Oriente contra el rey del Ponto, Mitrídates, que había estado subvencionando a los rebeldes itálicos contra Roma. Pero uno de los tribunos de la

plebe, Publio Sulpicio Rufo iba a torcerle los planes. Parece que Sulpicio tenía problemas económicos y que Cayo Mario se había prestado a ayudarle si, a cambio, le conseguía el mando de las tropas que tenían que trasladarse a Oriente. Para lograrlo, el tribuno promulgó una ley por la que se permitía el acceso al voto a los aliados itálicos. La mayoría del Senado se opuso y los cónsules decretaron un *iustitium*, el cese de un cargo público. Rufo y Mario provocaron tal tumulto que los cónsules por miedo a que pasara a mayores lo revocaron. Las propuestas siguieron adelante y con la ayuda de los nuevos votantes, Cayo Mario fue nombrado comandante en jefe de las tropas.

Y entonces Sila hizo algo que nunca nadie se había atrevido a hacer. Se reunió en Nola con las tropas que iban a ser destinadas a Oriente y allí les comunicó que no serían ellos sino los soldados de Mario los que participasen en la campaña. Eso significaba que iban a perder la recompensa que pensaban recibir en caso de victoria. Los hombres de Sila estaban dispuestos a defender sus intereses y a seguir a su general donde hiciese falta.

Saltándose la ley, ley que prohibía a cualquier magistrado con poder militar, *imperium*, que entrase con sus tropas en la ciudad excepto cuando se tratase de un triunfo para celebrar una victoria militar, Sila se dirigió a Roma con su ejército, entró en la ciudad y declaró enemigos públicos a los principales dirigentes populares. Mario huyó a África pero Sulpicio Rufo, como muchos otros, no pudo hacerlo y fue víctima de una sangrienta persecución. La autoridad del Senado fue reestablecida y anulados el poder de los tribunos de la plebe junto con la capacidad de decisión de las asambleas populares.

Aunque la situación no estaba ni mucho menos controlada, Sila tuvo que partir hacia Oriente no sin antes haber hecho jurar al otro cónsul, Lucio Cornelio Cinna, enemigo declarado suyo, que respetaría las leyes promulgadas por él.

En cuanto Sila abandonó Italia, los populares comenzaron a reorganizarse. Cinna no cumplió la palabra dada a Sila e intentó restablecer las leyes que había pretendido promulgar Sulpicio Rufo. Los optimates consiguieron pararle y le expulsaron de Roma junto con sus partidarios pero Cinna se refugió en Nola donde comenzó a reclutar un ejército entre los itálicos. Mario, con ganas de abandonar su exilio siciliano, se unió a Cinna junto a un importante contingente de esclavos y libertos. Roma era el objetivo y hacia allí se dirigieron. Los populares, con Cinna y Mario a la cabeza, recuperaron el poder instaurando entonces un periodo de terror. Muchos miembros de la oligarquía senatorial fueron asesinados o condenados sin juicio previo. La mayor parte de la masacre fue llevada a cabo por bandas de esclavos liberados por Cinna. La situación llegó a un punto que fue necesaria la intervención de un general popular, Sertorio, para poder poner orden.

Al año siguiente, el 86 a. C., Cinna y Mario fueron elegidos cónsules aunque Mario moriría pocos meses después de la elección. Cinna continuó con su proyecto de volver a poner en

vigor las leyes de Sulpicio Rufo y le quitó el poder al ejército a Sila, que continuaba en Oriente y que había sido declarado fuera de la ley.

En los años siguientes se vivió un clima de cierta tranquilidad lo que propició que, al finalizar la guerra de oriente, la opinión pública romana se declarara partidaria de un entendimiento entre las dos facciones, entre populares y optimates. Durante gran parte de s. I a. C., Mitrídates, rey del Ponto, y sus innumerables sublevaciones se habían convertido en una pesadilla para Roma y sus generales.

Después de la muerte de Alejandro Magno, Siria se vio envuelta en una serie de conflictos y luchas dinásticas que llevaron a la independencia de muchas ciudades y al origen de diferentes reinos autónomos. La Capadocia póntica era de los estados vasallos de Roma de la región el que más había progresado. A finales del s. II a. C. el trono del reino del Ponto estaba ocupado por Mitrídates VI Eupator. Cruel y ambicioso, Mitrídates aprovechó los problemas internos de Roma para comenzar una política expansionista que le llevó, primero a Crimea y el Cáucaso y, después, hacia Bitinia y la Capadocia, aliados estos dos últimos de Roma. A principios del s. I a. C., Mitrídates tenía un ejército muy superior al romano tanto en número de efectivos como en recursos materiales y eso sin contar con que su flota era la dueña y señora del mar Negro.

Lo primero que hizo Sila al llegar a Grecia fue someter la región del Épiro para, a continuación, hacer lo mismo con el Ática. Muy poco tiempo después, la conquista de Grecia era un hecho. Sila, que quería volver a Roma lo antes posible, obligó a Mitrídates a firmar la paz en unas condiciones realmente favorables para el rey del Ponto. A pesar de haber perdido casi todas las batallas, Mitrídates salió del conflicto prácticamente indemne. Se comprometía a mover las fronteras a la situación de antes de la guerra, pagar una indemnización y entregar a Sila parte de su flota. No respondió por las masacres ni por los saqueos a los que sometió a las ciudades aliadas y, además, su posición en la región quedó reforzada al firmar el tratado con Roma de igual a igual. Fue un mal pacto para Roma resultado de las prisas de Sila por dejar la zona pacificada y volver a casa.

Sila se marchó a Italia desembarcando en Brindisi en la primavera del año del año 83 a. C. La noticia de su llegada intranquilizó incluso al Senado y a la oligarquía que no sabía cuáles eran sus intenciones. El Senado le comunicó que no podía avanzar sobre la ciudad mientras que los oligarcas le pedían que intentara llegar a un acuerdo con los marianistas para evitar una guerra civil que sería una tragedia para todos. No hubo forma y Sila comenzó la conquista de Italia con el objetivo de tomar Roma por segunda vez. El primer enfrentamiento fue contra uno de los cónsules siendo el resultado a favor de Sila. El otro cónsul, Lucio Cornelio Escipión Asiático, ni siquiera tuvo la oportunidad de entrar en combate porque sus tropas desertaron y se pasaron al lado de Sila.

Durante el año 83 a. C. embajadores de ambos lados intentaron llegar a un pacto sin conseguirlo. Al año siguiente dejaron de producirse esos contactos. Después de derrotar al hijo de Cayo Mario, del mismo nombre, en su lucha por el control de la vía Latina, Sila encontró el camino hacia Roma despejado.

La batalla decisiva tendría lugar el 1 de noviembre del 82 a. C. junto a la Porta Colina, en las murallas de Roma. Poco después, Mario se quitaba la vida. Tras la batalla de Porta Colina, Sila era el dueño de Roma y podía comenzar sus planes de venganza contra todos aquellos que habían sido fieles a Cinna.

Los días siguientes vieron aparecer listas de proscritos con los nombres de los condenados. El simple hecho de estar en estas listas ya significaba la condena a muerte además de la confiscación del patrimonio familiar que pasaba a formar parte del tesoro estatal, y la pérdida de los beneficios políticos tanto para el proscrito como para sus descendientes.

Ni que decir tiene que las listas fueron utilizadas en muchas ocasiones como modo de venganza personal para saldar asuntos que poco o nada tenían que ver con la situación política que había vivido Roma los años anteriores. Se calcula que sobre cien senadores aparecieron en esas listas junto con millar y medio de miembros de orden ecuestre y varios miles de ciudadanos de las clases más acomodadas.

El final del conflicto había traído la desaparición de los dos cónsules en ejercicio. Cuando eso sucedía, la ley preveía la convocatoria de comicios para elegir los cónsules *suffecti*, sustitutos. Pero Sila convenció a L. Valerio Flaco, el *interrex* designado para presidir las votaciones, que lo mejor, en vista de la situación especial en la que se encontraba Roma, era la designación de un dictador. La propuesta fue aceptada y en diciembre del año 82 a. C., Lucio Cornelio Sila fue nombrado dictador. Pero la dictadura que comenzaba nada tenía que ver con la institución que se ponía en funcionamiento en situaciones excepcionales y durante un breve periodo de tiempo. Sila tenía poderes absolutos y su misión era la de crear una constitución por lo que su mandato tenía una fecha de finalización. Para dar cierta sensación de legalidad, convocó elecciones pero los cónsules electos fueron dos hombres de paja que no hicieron nada significante a lo largo del año de su gobierno. Mientras, la oligarquía senatorial desconfiaba pero no se atrevía a hacer nada dado el apoyo que el ejército y las clases populares le daban al nuevo dictador.

Tras la celebración de su triunfo sobre Mitrídates, Sila comenzó su intensa labor legislativa dirigida, principalmente, a devolver al Senado el poder perdido. Estas son algunas de sus leyes:

— Duplicó el número de senadores. A partir de entonces sería de 600 miembros.

— Los senadores del orden ecuestre provendrían del ámbito rural porque los de la ciudad estaban muy comprometidos con la causa popular.

— Los censores no podrían elegir nuevos senadores como habían hecho hasta ese momento.

— Las propuestas de ley debían ser aprobadas por el senado antes de hacerlo los comicios.

— Los jurados de los tribunales dejaron de ser elegidos de entre los caballeros.

— La administración de las provincias se confió a los senadores.

— Se redactó un rígido reglamento del *cursus honorum*: edad para acceder a las diferentes magistraturas, duración de los mandatos, ...

— Se limitó el derecho a veto de los tribunos de la plebe y se prohibió el acceso a otras magistraturas.

— Se eliminó la distribución gratuita de grano entre la población. De este modo, la reforma agraria de los Graco quedaba definitivamente desmantelada.

Una de las acciones de Sila que tuvo mayor repercusión fue su programa de fundación de colonias para el asentamiento de legionarios licenciados. El objetivo de este plan era doble: por un lado, se conseguía poner en cultivo muchas tierras abandonadas a causa de la guerra con lo que se lograba una reactivación de la agricultura y con ella de la economía y, por otro lado, se instalaban hombres fieles en regiones que le habían sido hostiles. En resumen: mantenía en alerta a un ejército pero a costa del Estado. El origen de las tierras donadas a los veteranos de Sila provenían de expropiaciones de particulares o de confiscaciones de terreno público hechas a las ciudades que se habían posicionado contra Sila durante la guerra.

La obra de Sila estaba apoyada en el ejército profesional, *tribuncia potestas*, que había creado Cayo Mario e iba a ser uno de los pilares en los que se basará el futuro poder personal de los emperadores. Pero garantizar su poder personal no iba a ser tan fácil. El ejercito se había profesionalizado y al mismo tiempo convertido en una máquina de difícil manejo con cuya fidelidad había que contar siempre. Por otro lado, la sociedad romana todavía tenía fresca en la memoria colectiva los tiempos de la monarquía y no estaba dispuesta a permitir que un solo individuo se mantuviera en el cargo como lo haría un monarca.

En el año 80 a. C., Sila había terminado sus reformas legislativas y su excusa para mantenerse en el poder, también. Había llegado el momento de retirarse de la vida pública. Dos años más tarde moría en su residencia de Puzzuoli.

Mucho se ha especulado sobre los motivos que movieron a Sila a dejar el poder pero, al día de hoy sigue sin estar claras las causas que le llevaron a renunciar.

CÉSAR Y EL FINAL DE LA REPÚBLICA

Desmantelamiento de la obra de Sila

¿Qué pasó después de la muerte de Sila? Su desaparición dio lugar al surgimiento de nueva generación. Hombres como Cneo Pompeyo Magno, Marco Licinio Craso o Marco Emilio Lépido pasaron a la primera línea de la política romana. Pero, de entre todos, había uno que iba a destacar sobre los demás: Cayo Julio César.

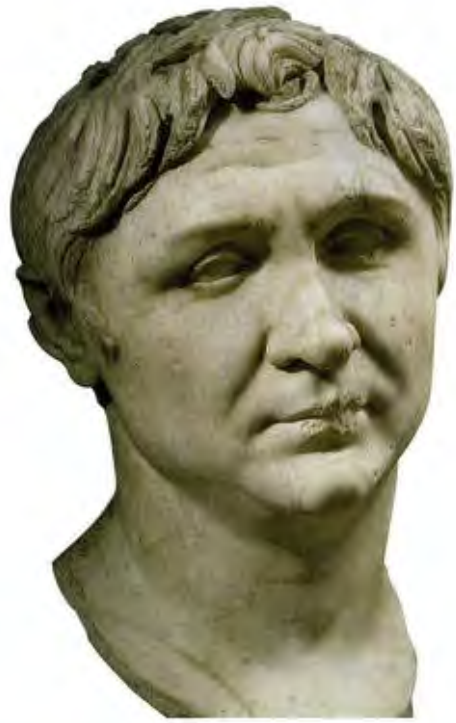


Figura 67. Pompeyo Magno. Busto de Pompeyo.

Desde el final de la dictadura de Sila hasta la formación del primer Triunvirato pasaron dos décadas en las que Cneo Pompeyo Magno y Marco Licinio Craso fueron las principales figuras del panorama político de Roma. Los dos tenían una importante clientela y Pompeyo, incluso, poseía un ejército propio. Los acontecimientos que se sucedieron a lo largo de la década de los 70 como la guerra Sertoriana o la revuelta de Espartaco los catapultaron a la cima del poder poniendo en sus manos, sobre todo en las de Pompeyo, poderes extraordinarios en la década siguiente. Antes, en el 70 a. C., el año en que ambos fueron elegidos cónsules, ya se había desmantelado lo poco que quedaba de la constitución silana con el consi-

guiente malestar por parte de los oligarcas. Hay que recordar que las leyes de Sila tenían como objetivo devolver el poder a la oligarquía senatorial, que había perdido durante el gobierno de los populares.

Figura 68. Julio César. Busto de Julio César.

El año 70 a. C. supuso el fin de la obra de Sila pero su desmantelamiento había comenzado algunos años antes. Exactamente ocho, en el 78 a. C. cuando se produjo el primer ataque contra la obra de Sila por parte de Marco Emilio Lépido. Aunque militante en las filas conservadoras y aún habiéndose aprovechado de las listas de proscritos en su propio beneficio, Lépido se presentó a las elecciones del año 78 a. C. con un programa anti-silano que más parecía de los populares que de los optimates.

El discurso demagogo de Lépido sonaba más propio de un tribuno de la plebe que de un cónsul pero él estaba dispuesto a hacerse con el favor del pueblo. Y como prueba está una de sus primeras medidas: la reanudación de la entregas gratuitas de trigo al pueblo que habían sido suprimidas por Sila. A estas medidas se oponía de pleno su colega en el consulado, Quinto Lutacio Cátulo. La tensión entre ambos era tal que el senado, temiéndose lo peor, les hizo prometer que la situación no iría más allá. El Senado decidió enviar a Lépido a la Galia Cisalpina como gobernador pero antes, y tras el éxito obtenido, y antes de partir, vinieron otras medidas populares como el regreso de los exiliados o la devolución del patrimonio a los

antiguos proscritos incluidos los terrenos utilizados para la instalación de colonias de legionarios veteranos. Al hacerse pública esta última medida, los habitantes de la ciudad de Fiesole, que habían tenido que aguantar la confiscación de su territorio para el asentamiento de legionarios, se dirigieron hacia la colonia de veteranos asaltándola e incendiándola a continuación. La revuelta de Fiesole provocó, sin quererlo, la abolición de otra de las leyes de Sila: la que prohibía a los cónsules salir de Roma durante el año de su mandato. El senado mandó que Lépido y Cátulo se dirigieran a la ciudad etrusca para poner orden. Lépido, que se dirigía a la Galia, se unió a los sublevados. El ejército dirigido por Catulo no era suficiente para reducir la rebelión por lo que se decidió que se le uniese Cneo Pompeyo aunque en esos momentos era un simple civil sin poder para dirigir un ejército. Lépido fue derrotado pero no consiguieron evitar que una parte de sus tropas huyera hacia Hispania para unirse a otra rebelión, esta vez la de Sertorio.

Lépido terminó sus días en Sicilia poco después. Tras su intento de golpe, los populares continuaron con su lucha por derogar las leyes de Sila. Únicamente consiguieron que los tribunos de la plebe pudiesen optar a las magistraturas curules y a instaurar, de nuevo, los repartos de trigo que habían sido suprimidos tras la muerte de Lépido. Volverían las entregas de cereal pero ni serían gratuitas ni se podría beneficiar de ellas toda la población.

Peligros internos y externos

Sertorio

Quinto Sertorio había sido lugarteniente de Cayo Mario. Después de la derrota en Porta Colina en el 82 a. C. decidió continuar su lucha contra Sila primero en Italia y después en Hispania. Dos años más tarde había conseguido reclutar un pequeño ejército de exiliados romanos al que se le unió un grupo de lusitanos. Con esas tropas se hizo fuerte en la Lusitania. La táctica de Sertorio consistía en combinar el habitual modo de ataque romano con la guerra de guerrillas que practicaban los lusitanos a base de no dar tregua al enemigo, devastando, arrasando y siempre deprisa. De ese modo comenzó a penetrar en la Meseta. Conquistó Segóbriga, Bílbilis, Contrebia... estaba en territorio celtíbero donde encontró muchos adeptos a su causa. La cima del poder la encontró Sertorio en Osca, la actual Huesca, donde formó un senado indígena e incluso fundó una escuela para la formación de los hijos de la aristocracia local.

Viendo que la sublevación no era una simple travesura, Sila envió a Hispania a Metelo Pío, su colega en el consulado ese año, sin que consiguiera nada positivo. Para entonces, Sertorio ya tenía bajo su control la mayor parte de la Hispania Citerior, desde la Lusitania al Ebro. El siguiente paso fue encargar la misión de someter a la región a Pompeyo Magno. Aunque los primeros

enfrentamientos con Sertorio no tuvieron un resultado claro, sirvieron a Pompeyo para ganar tiempo y conseguir que le llegaran de Roma más provisiones y efectivos. Un año después ponía sitio a la ciudad de Calagurris (Calahorra). A Sertorio no le quedó más remedio que refugiarse en Osca donde se comenzó a comportar con sus aliados indígenas de un manera cruel y despótica. Incluso llegó a mandar asesinar o enviar a la esclavitud a los estudiantes de la escuela que había abierto en la ciudad. Y no sólo se complicaron las relaciones con la población nativa. Sus aliados romanos también empezaron a recelar y a temer por su futuro. Fue entonces cuando Perpenna tramó la conspiración. Marco Perpenna Vento era uno de líderes de los populares que, tras el triunfo de Sila, había huído a Hispania para unirse a Sertorio. Con la excusa de celebrar una falsa victoria, Perpenna invitó a Sertorio a un banquete en su casa. Allí, él y otros diez se confabularon para apuñalarle hasta la muerte. La aventura de Sertorio en Hispania había terminado. Era el año 72 a. C. Pompeyo permanecería algún tiempo más en la península sometiendo los últimos focos de resistencia que aún quedaban.

Espartaco

En el verano del año anterior, en el 73 a. C., en una escuela de gladiadores de Capua se había producido un motín dirigido por un esclavo de origen tracio llamado Espartaco. Las primeras victorias de los fugados sobre el ejército romano no hizo sino aumentar más la fama del gladiador. Al grupo se unieron otros gladiadores y esclavos huidos hasta formar un auténtico ejército. El senado envió a los cónsules a enfrentarse con Espartaco, pero éste consiguió vencerlos continuando su camino hacia el norte con el objetivo de salir de Italia a través de los Alpes. Pero por algún motivo, Espartaco cambió de planes y se dirigió hacia el sur de nuevo. Ocho legiones a los mandos de Marco Licinio Craso se dirigieron al encuentro de Espartaco. El ejercito de esclavos fue derrotado. El propio Espartaco murió en el enfrentamiento. Sólo un grupo de 5.000 siervos pudo escapar hasta Etruria. Justo en esos momentos, Pompeyo, que regresaba de Hispania, aprovechó la situación para robarle a Craso el mérito de haber terminado con la rebelión.

El final de los dos problemas, el de Sertorio y el de Espartaco, había hecho que Pompeyo y Craso se convirtieran en los hombres del momento. A pesar de la mala relación personal, incluso el odio, que había entre ellos, en el año 70 a. C. juntos compartieron consulado.

Los piratas

Uno de los problemas a los que se tuvieron que enfrentar los mal avenidos cónsules fue el de la piratería. Los piratas, desde sus bases en Creta y en Asia Menor, ponían en tal peligro el normal desarrollo del comercio marítimo que llegaron incluso a paralizar las importaciones de

trigo. Roma no había conseguido erradicarlos y cada vez había más voces que exigían la solución definitiva del problema. Y la solución llegó de manos de un tribuno de la plebe, Aulo Gabinio con una propuesta concreta, la *lex gabinia*, en el año 67 a.C. Gabinio defendía la idea de enviar a un excónsul en misión especial con el único cometido de limpiar el Mediterráneo de piratas. La ley se aprobó siendo el elegido para la misión Pompeyo que ya había sido cónsul en el año 70 a.C. En poco más de tres meses, Pompeyo no sólo había desmantelado las bases de los piratas sino que había llegado a ciertos acuerdos con ellos como colaboradores de Roma.

Mitrídates

La rápida solución del problema pirata hizo que también, de forma excepcional, se le encargara a Pompeyo la resolución del conflicto con Mitrídates.

La paz firmada por Sila con Mitrídates se podría decir que fue como cerrar el problema en falso porque poco tiempo después, el rey del Ponto volvió a las andadas. Nicomedes IV, rey de Bitinia, había dejado su reino a Roma. Y así, cuando falleció, Bitinia se convirtió en provincia romana. Pero Mitrídates la invadió y el Senado le declaró la guerra. Las primeras operaciones de esta tercera guerra contra Mitrídates (74 – 64 a.C.) las llevó a cabo el gobernador de Asia, Lucio Licinio Lúculo. Lúculo consiguió reconquistar Bitinia e invadir el Ponto lo que obligó a Mitrídates a refugiarse en Armenia junto a su yerno y aliado, Tigranes. El siguiente paso de Lúculo fue la conquista de Armenia y de su capital pero cuando quiso continuar hacia el interior del país, sus hombres se negaron a seguir. Esta situación fue aprovechada por Mitrídates y Tigranes para reorganizarse y recuperar el territorio perdido. El fracaso de Lúculo significaba otra nueva oportunidad para Pompeyo. La *lex manilia* le daría a Pompeyo, de una forma totalmente insólita, el mando de toda Asia y sin límite de tiempo. El senado fue reacio a aprobar la ley pero al final, ésta salió adelante. Ya en Asia, Pompeyo consiguió convencer al rey de Partia para que invadiera Armenia por la retaguardia al tiempo que él atacaba a Mitrídates. Derrotado, Mitrídates emprendía la huida hacia el Caucaso con la intención de reorganizar el ejército y continuar así el conflicto con Roma. Pero dos años después lo único que le quedaba era aceptar la derrota. La pérdida de autoridad tras la rebelión dirigida por su propio hijo, Farnaces, le llevaron a pedir a uno de sus siervos le quitase la vida.

Una vez terminada la guerra, Pompeyo anexionó los territorios que quedaban del imperio Seléucida entre el Mediterráneo y el Eúfrates creando la provincia romana de Siria. Ahora comenzaba la ingente labor de organizar todo el territorio conquistado que pasaba por la creación de más de una treintena de nuevos centros urbanos. Y mientras esto ocurría en Asia, en Roma se abortaba un intento de conspiración a cargo de Lucio Sergio Catilina gracias al cónsul Marco Tulio Cicerón.

Catilina

Lucio Sergio Catilina había nacido en Roma en el año 109 a. C. en una familia de abolengo pero venida a menos. Quizá por eso, Catilina siempre mostró una ambición sin medida y una ganas inmensas de llegar a la cima del poder costara lo que costara y de la forma que fuese.

Comenzó su carrera militar primero bajo las órdenes del padre de Pompeyo Magno, Pompeyo Estrabón y, más tarde bajo las de Sila. Se convirtió en fiel seguidor del dictador y poco le importó participar en las proscripciones, por muy crueles que fueran. Llegó a ser pretor y gobernador de África donde cometió todo tipo de abusos. Pero sus problemas con la justician empezarían cuando pretendió presentarse al consulado del año 65 a. C. Tenía muchas posibilidades de conseguirlo pero de forma inesperada se le acusó de malversación de fondos públicos durante el tiempo en el que había gobernado en África y eso paralizaba su elección hasta que se celebrara el juicio y se aclarara el asunto. Parece que fue entonces cuando, con el beneplácito de Craso, que en esos momentos era censor y uno de los hombres más influyentes y poderosos de Roma, planeó asesinar a los cónsules que habían sido elegidos, Aurelio Cota y Manlio Torcuato, y aprovechar para hacer una purga en el Senado.

El magnicidio debía tener lugar el mismo día en el que los nuevos cónsules comenzaran su mandato pero alguien no fue lo suficientemente discreto y el rumor de que algo podía pasar ese día llegó a oídos del Senado por lo que, de forma excepcional, se permitió a Cota y a Torcuato que fueran al acto de toma de posesión acompañados de escolta. Algunos autores creen que, en vista de las circunstancias, Catilina y sus cómplices habrían decidido aplazar el asesinato hasta el 5 de febrero cuando se tenía que celebrar otra sesión de senado pero es algo que no se ha podido demostrar. Lo único cierto es que el complot falló y aunque había sospechas más que fundadas de la implicación de Catilina, no se pudo probar y nunca fue acusado por ello.

Catilina había fracasado en su primer intento pero eso no le iba a parar. De nuevo se volvió a presentar al consulado en el año 63 a. C. y de nuevo con la ayuda de Craso y de César. Esta vez se presentó como una especie de representante de la clase descontenta. Muchos de los antiguos partidarios de Sila le veían como el sucesor del dictador. En su programa, prometía la cancelación de las deudas y la persecución de las grandes fortunas. Pero la *nobilitas* no olvidaba su participación durante las proscripciones y apoyó al otro candidato, Marco Tulio Cicerón, que fue quién, al final, salió elegido junto con Cayo Antonio Hibrida.

En el año 63 a. C. lo volvió a intentar y, de nuevo, el resultado fue el mismo. Aunque en esta ocasión ya no contaba con el apoyo de Craso. Catilina no estaba dispuesto a esperar más y si tenía que recurrir a cualquier artimaña para conseguir el poder, lo haría.

Figura 69. Catilina y las elecciones.
Cuencos de las elecciones de Catón y Catilina.

Rodeado de veteranos descontentos e incluso de esclavos, planeó un levantamiento que comenzaría con el asesinato de Cicerón. Pero, tal y como había ocurrido la primera vez, en el año 66 a. C., la indiscreción hizo que Cicerón supiese de los planes y tuviese el tiempo suficiente para huir de su casa antes de la llegada de los asesinos. Existen varias versiones de cómo se descubrió el complot. Unos dicen que fue una de las amantes de los conjurados la que informó a Cicerón mientras que otra versión apunta a Craso como el delator que descubrió el intento de asesinato. Según esta última versión, Craso habría traicionado a su antiguo protegido temeroso de que, si se llevaba a cabo el crimen, su nombre estuviera entre los sospechosos y eso le acarrease fatales consecuencias.

Cuando Cicerón tuvo todas las pruebas en su poder, reunió al senado y demostró la traición de Catilina logrando que fuera expulsado de Roma. Aquí fue donde Cicerón pronunció esa famosa frase con la que comenzaba la primera catilinaria: *Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra? (¿hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?)*

Catilina se refugió en Fiesole mientras que en Roma, las medidas tomadas por Cicerón abortaban definitivamente el motín en la ciudad. Catilina continuaba con sus sueños de sublevación mientras algunos de sus hombres, tras el intento fallido de motín en Roma, eran detenidos, encarcelados y condenados sin juicio previo. Enterado Catilina de lo que había pasado en Roma, organizó un pequeño ejército y encabezó una nueva sublevación. El fracaso estaba escrito. Fue derrotado y muerto en Pistoia.

El contubernio. Craso, Pompeyo y César

Al año siguiente, en el 61 a. C., Pompeyo regresaba a Roma de su campaña contra Mitrídates. Después de sus triunfos sobre los piratas y el rey del Ponto, Pompeyo estaba convencido de que podría imponer su voluntad en la ciudad sin resistencia alguna. Pero se equivocaba. Cicerón, que siempre le había apoyado, desconfiaba de sus intenciones y el Senado temía que continuara acaparando poderes a su costa. Y eso sin contar con la actitud intransigente de Catón, el nuevo líder de la facción optimate. Aunque Pompeyo consiguió, a duras penas, que el Senado le permitiera celebrar el triunfo, no logró que se aprobara lo que más le interesaba a él que no era otra cosa que la asignación de tierras a sus soldados a través de la creación de colonias.

La única opción que le quedaba para llevar adelante sus planes era acercar posturas con su eterno enemigo, Craso, alrededor del cual se habían reunido los populares. Aunque ya lo habían hecho diez años antes cuando se presentaron juntos al consulado, esta vez ninguno de los dos parecía querer dar el primer paso. La solución vendría cuando entrase en escena el tercero de los actores: Cayo Julio César.

Julio César pertenecía a una familia de rancio abolengo, la gens Julia, relacionada con Cayo Mario. La carrera política de César se había truncado con la llegada de Sila y desde entonces había intentado, con mucho tiento, acercarse a las dos figuras del momento como eran Craso y Pompeyo pero sin olvidar la memoria de Mario. Tras ser elegido edil y pretor, consiguió el gobierno de la Hispania Ulterior. En el año 60 a. C. está de nuevo en Roma con la intención de presentarse al consulado aunque es consciente de la fuerte resistencia que va a presentar Catón y los optimates. Craso, por su parte, también había visto como sus deseos de rebaja en el arrendamiento del cobro de impuestos en Asia se desvanecía.

En resumen, cada uno de ellos, y por diferentes motivos, tenía al Senado como obstáculo para sus ambiciones y necesitaba a los otros dos. Ya que Craso y Pompeyo son enemigos irreconciliables, Julio César se va a convertir en el mediador entre ambos. El pacto entre los tres dio lugar al «Primer triunvirato». Pompeyo aportaría el apoyo de su veteranos; Craso, su influencia en la clase ecuestre y, sobre todo, su inmensa fortuna, y César el poder que le otorgaría el ser cónsul.

El pacto estaba muy claro: se comprometían a ayudarse mutuamente y a no realizar ningún movimiento que pudiese perjudicar a los otros dos. César, como cónsul, debía conseguir las exigencias de Craso y Pompeyo. Pero, obviamente, para eso, antes, debía ganar las elecciones. Y tal y como estaba planeado, las ganó en el año 59 a. C. aunque con el optimate Marco Calpurnio Bíbulo como compañero de consulado.

> Así pues, César fue nombrado cónsul junto con Bíbulo. Por ese motivo, los optimates procuraron que los futuros cónsules se les asignaran provincias de muy poco interés, a saber, bosques y caminos de pastura. Incitado sobremanera César por esta injuria, cultivó con todo tipo de atenciones la amistad de Gneo Pompeyo, a la sazón irritado con el Senado porque, según él, tardaba demasiado en ratificar sus actos después de su victoria sobre Mitridates, y lo reconcilió con Marco Craso, viejo enemigo suyo desde que ambos habían ejercido juntos el consulado en extremo desacuerdo, concertando con ambos una alianza en virtud de la cual no se haría nada en el Estado que desagradase a cualquiera de los tres.
>
> (Suet. Cés. 19. BCG 167. Trad. Rosa M.ª Agudo Cubas)

Calpurnio fue un duro oponente de César que intentó parar todas las medidas presentadas por éste dirigidas a favorecer a sus otros dos colegas. Una primera *Lex Agraria* permitió la distribución de tierra en Italia entre los hombres de Pompeyo. Como César sabía que el Senado no la iba a aprobar, la presentó directamente ante la Asamblea popular y la ley salió adelante. Llevó a cabo la misma maniobra cuando se trató de beneficiar a Craso. Una vez cumplidos los compromisos con sus compañeros de triunvirato, había llegado el momento de su propia promoción. Prometió a su única hija, Julia, en matrimonio a Pompeyo y redactó una ley agraria que permitía el reparto del *ager campanus*, una de las zonas más fértiles de Italia, entre los ciudadanos con más de tres hijos. Pero el paso de gigante lo dio cuando consiguió que la Asamblea le concediera durante cuatro años el gobierno de la Galia Cisalpina y de las regiones occidentales del Adriático.

Cuando terminó el año de su consulado, César, que se había convertido en el hombre fuerte del triunvirato, se dirigió hacia su nuevo destino: la Galia. Pero antes de eso ya se había encargado de dejar en Roma una importante red de informadores y de colocar a personas de su confianza en puestos relevantes para que le mantuviesen informado en todo momento de lo que ocurría y velasen por sus intereses.

En cuanto César abandonó Roma, Pompeyo intentó recuperar posiciones en el espacio político como cuando consiguió que, en un momento de crisis, se le encargara del abastecimiento de trigo de la ciudad. El giro conservador que parecía adueñarse de nuevo de Roma hizo que los tres socios se reuniesen en Luca para renovar el pacto. Craso y Pompeyo tenían que volver a presentarse al consulado y una vez éste hubiese terminado, sus destinos serían Siria e Hispania, respectivamente.

Tal y como lo habían planeado, Craso y Pompeyo se presentaron en el año 55 a. C. al consulado y lo ganaron. Pero a partir de esos momentos comenzó, y de forma imparable, la desintegración del triunvirato. Julia, la única hija de César y mujer de Pompeyo, murió al dar a luz el año siguiente y la relación entre César y Pompeyo se terminó. Craso moriría en el año

53 a. C. en una batalla frente a los partos mientras en Roma los disturbios que se producían en la ciudad impedían la convocatoria de nuevas elecciones.

En tal situación, se propone a Pompeyo como cónsul único. Pompeyo aprovechó el momento para hacer todo lo posible para que César tuviese las mayores dificultades para ascender. César necesitaba imperiosamente presentarse al consulado después de su mandato en la Galia para conseguir tierras para sus soldados y tener un inmenso ejército que le sería incondicional. Pero la ley prohibía la reelección al consulado si no habían pasado al menos diez años desde la anterior elección. Era el año 50 a. C. y César había sido cónsul en el 59 a. C. Como no había pasado el tiempo que marcaba la ley, el Senado se negó a darle el permiso al tiempo que le ordenaba que entregase el mando de las legiones a riesgo de ser declarado enemigo público. Es cierto que la ley marcaba esos diez años de impasse pero también lo es que se había hecho la vista gorda en otros casos como con Mario, Sila o Pompeyo. Los intentos por llegar a un acuerdo fueron inútiles. A César sólo le quedaba una salida. En el año 49 a. C. entró en Italia atravesando el Rubicón y con ello no sólo contravenía la ley que le prohibía penetrar en territorio italiano con su ejército, sino que también daba el primer paso hacia la guerra civil.

La guerra de las Galias

César había pasado los últimos ochos sometiendo al dominio romano buena parte de los territorios que hoy son parte de Francia y Bélgica. Ocho años después, se había convertido en uno de los hombres más ricos y poderosos de Roma. No había sido fácil, porque las tribus galas habían presentado una férrea resistencia y en más de una ocasión habían derrotado al ejército romano.

Todos los conflictos tienen una o varias causas. En el caso de la guerra de las Galia se podrían identificar tres motivos que llevaron a Roma a la conquista del territorio galo. Por un lado, el deseo de César de llevar a cabo una campaña que le ayudara a mejorar su prestigio, potenciar su carrera política y aliviar su posición económica, cargada de deudas. Por otra parte, algunas tribus procedentes de Germania se estaban convirtiendo en un peligro para la seguridad de la zona y, finalmente, la riqueza y prosperidad de la Galia junto a su importante comercio hacían que fuera un territorio más que tentador. Una vez finalizada la guerra, Roma había extendido su dominios por el Mediterráneo, consiguiendo la sumisión de alrededor de unas trescientos tribus, conquistado ochocientas ciudades y conseguido unos tributos de cuarenta millones de sestercios.

El conflicto comenzó con la guerra contra los Helvecios. El objetivo de los helvecios era ocupar la Galia Trasalpina a base de una migración masiva. Cuando se les prohibió el paso dijeron que serían pacíficos pero, no fue así, y saquearon y devastaron las poblaciones que

encontraron a su paso. Se pidió ayuda a César, y el gobernador envió tres legiones para frenar a los helvecios.

Tras la victoria sobre los helvecios, se convocó una reunión de tribus galas a las que César fue invitado. Allí se planteó el problema con los arvernos. Los arvernos habían estado en conflicto con otra tribu, los heduos y por eso habían contratado a un buen número de mercenarios germánicos liderados por el rey de los suevos, Ariovisto. Pero Ariovisto terminó traicionando a los arvernos y secuestrando a varios hijos de la nobleza gala. Y lo que todavía era más peligroso, estaba reuniendo refuerzos y la situación amenazaba con descontrolarse. César intentó entablar conversaciones con Ariovisto pero fue misión imposible. Los suevos rechazaron acudir a la primera reunión argumentado que no se fiaban de César. La segunda cita, sin embargo, fue a propuesta de Ariovisto. La única condición era que ambos líderes fueran acompañados únicamente de la caballería. La reunión se celebró pero no sirvió de nada pues no se había terminado todavía cuando las tropas de Ariovisto atacaron a las romanas. César se retiró. Un par de días mas tarde, Ariovisto le pidió a César que le enviase un emisario para seguir con las negociaciones pero en cuanto éste llegó, fue arrestado. César comenzó a construir sus campamentos y a instalar a sus tropas. Se iría a la guerra. Por unos prisioneros, César pudo conocer cierta debilidad de las tropas germanas: Su religión no les permitía entrar en combate antes de la luna llena. Y así las cosas, César avanzó hacia el campamento enemigo. Cuando los suevos supieron de la victoria romana, renunciaron a cruzar el Rhin y a conquistar la Galia.

En el año 57 a. C. el ejército romano fue atacado por sorpresa por tribus belgas cerca del rio Sambre. Aunque estuvo a punto de ser derrotado, la mejor formación y disciplina de las legiones romanas junto con la intervención de César en persona consiguieron no sólo que se rehiciese sino que derrotase a los belgas.

Los dos años siguientes los empleó César en controlar a las tribus de la costa atlántica, rechazar a los germanos más allá del Rhin y cruzar por primera vez el canal de la Mancha. Pero aunque César llegó a desembarcar y logró vencer a los britanos en dos ocasiones, decidió abandonar la isla para organizar un mayor contingente e intentar más tarde una segunda expedición.

El invierno de los años 54-53 a. C. fue el del gran levantamiento galo. Quince cohortes romanas fueron aniquiladas mientras que la guarnición comandada por Quinto Tulio Cicerón logró salvarse en el último minuto gracias a la intervención de César.

Un año después, el jefe averno Vercingetórix consiguió reunir a su alrededor a todas las tribus galas, excepto a los heduos. La táctica de Vercingetórix consistiría en no enfrentarse a campo abierto a los romanos sino utilizar lo que se denomina «la tierra quemada». César salió al encuentro de los hombres de Vercingetórix que, de camino hacia la Galia Transalpina,

iban quemando todas aquellas ciudades que no podían defender para dejar a César sin provisiones. En una de esas ciudades, Avárico, la capital de los biturigues, el jefe galo mandó a sus habitantes que la abandonaran y la prendieran fuego. Los biturigues, que confiaban en sus murallas, se negaron pero César atacó la ciudad y la tomó junto con el avituallamiento que necesitaba. Si después de destruir la ciudad y masacrar a sus habitantes César pensaba que el ánimo de los galos decaería, se equivocaba; consiguió justo el efecto contrario: animar a los galos a seguir luchando.

Después de la batalla de Avárico y a causa de los diferentes levantamientos galos, César no tuvo otro remedio que dividir su ejercito. Cuatro legiones irían hacia el norte mientras él, con otras seis, lo haría hacia el sur siguiendo los pasos de Vercingetórix.

Mientras César descendía por una orilla del rio Elaver, Vercingetorix, que ya se había encargado de mandar destruir todos los puentes, le seguía los pasos pero por la otra orilla. El jefe galo no tenía prisa. Cuantas más tribus se le unieran, más problemas tendrían los romanos para conseguir provisiones.

César tendría que agudizar su ingenio. Una mañana, mientras el grueso de las tropas romanas reemprendía la marcha, dos legiones quedaban a la retaguardia esperando para cruzar el Elaver a espaldas de los galos. Sólo había una salida para Vercingetórix y sus hombres: dirigirse a la capital de Auvernia: Gergovia. Gergovia era una fortaleza situada sobre un cerro desde el que se dominaba gran parte del territorio circundante. Con seis legiones sólo, César descartó un asedio a gran escala. Gergovia tenía un punto débil en su lado oeste donde la pendiente no era tan escarpada. César hizo creer a Vercingetórix que atacaría por ese lado cuando en realidad en lo que pensaba era hacerlo precisamente por el lado más abrupto. Los romanos consiguieron llegar hasta el campamento base de los galos pero Vercingetórix se dio cuenta y mandó refuerzos. El caos y el desconcierto se adueñó de las tropas de César que, aunque se tocó a retirada, continuaron en la lucha. Al final del día más de setecientos legionarios y cerca de cincuenta centuriones habían muerto. Gergovia fue la primera derrota seria de Roma y se supo en toda la Galia. Más y más tribus se iban a poner del lado del Vercingétorix incluso las que en un principio era aliadas de Roma.

Vercingétorix se convirtió en el jefe y gran líder de las tribus galas que estaban más unidas que nunca. Gergovia se había convertido en un punto de inflexión en el conflicto. César se encontraba en territorio enemigo y cada día con más problemas de suministro. La situación era tal complicada que incluso algunos de sus hombres de confianza le sugirieron la posibilidad de dejarlo. También Vercingetórix pensó que César estaba acabado y en un exceso de confianza, abandonó la táctica defensiva, que tan buenos resultados le había dado, para atacar de frente a las tropas romanas. El resultado para la caballería gala no pudo ser peor haciendo que Vercingetórix se replegase hasta Alesia.

Alesia era una fortaleza situada entre dos ríos que nunca había sido tomada. César había aprendido de los errores de Gergovia y no estaba dispuesto a que se repitieran de nuevo.

César no puede asaltar Alesia porque dentro le esperan 80.000 galos. Tiene un plan mejor: la construcción de una trinchera alrededor de la fortaleza que cortará a los galos la llegada de provisiones. A pesar de esto, Vercingetórix es optimista. Él estaba rodeado por 16km de defensa pero César lo estaba por toda la Galia.

César ordena que se cabe una segunda línea, esta vez de 40 km. para defender la retaguardia. Para completar la defensa, se cubrió el territorio de trampas, estacas de hierro, palos ocultos y estacas. Todo un campo de minas que frenaría en seco cualquier ataque de los galos que llegasen a ayudar a los hombres de Vercingetórix. El ejercito de César se había quedado encerrado entre dos empalizadas.

Mientras, Vercingetórix sólo tiene comida para un mes y el hambre comienza a minar la moral y la fortaleza de sus hombres. Es entonces cuando toma la decisión de expulsar de Alesia a todas aquellas personas que no sirvan para le combate. Mujeres, niños, hombres no válidos son abandonados a su suerte pensando que los romanos los convertirían en esclavos y que de esa manera sobrevivirían. Pero César no se iba a hacer cargo de ellos y todas aquellas pobres personas ante la pasividad de galos y romanos murieron de hambre en tierra de nadie entre las dos líneas protagonizando uno de los episodios más crueles de la guerra.

Las tropas galas de socorro se acercan a Alesia. De pronto, César y sus hombres se ven rodeados por más de 200.000 galos. Pero el mando del ejército de socorro no tenía el talento de Vercingetórix y al caer la noche, los galos habían sido derrotados.

Los galos lo intentaron de nuevo y en dos ocasiones. El tercer ataque se produjo por la parte norte poniendo a César en un serio aprieto porque era la parte más débil de la empalizada romana al estar en una pendiente. El ejército de socorro advirtió a los sitiados que era el momento de salir y atacar. César tuvo que enviar más tropas de refuerzo hacia aquel sector consiguiendo la huída de los galos. Al día siguiente, Vercingetórix se rindió.

Nueve años después del comienzo de la guerra, un tercio de los galos en edad de combatir había muerto y otro tanto había sido reducido a esclavitud. César volvió a Roma como un general victorioso, inmensamente rico y con un ejército fiel dispuesto a seguirle donde hiciera falta.

Y aquí es donde retomamos la historia donde la habíamos dejado: En el 10 de enero del año 49 a. C., César está pensando si cruzar el Rubicón con la decimotercera legión y comenzar una guerra civil. No iba a obligar a sus hombres. El que no quisiera seguirle sería licenciado de inmediato. Aut Caesar aut nihil (O César o nada), fue la respuesta de sus legionarios.

Figura 70. La guerra de las Galias. Alesia.

Mientras César estaba en la Galia, Pompeyo se había ido posicionando a lado de la oligarquía senatorial y se negaba en rotundo a permitir que César fuese elegido cónsul alegando, como ya hemos contado, que no habían pasado los diez años que exigía la ley.

La guerra civil

La respuesta de César ante el mandato de Senado de licenciar a sus soldados es de sobra conocida: en lugar de obedecer, cruzó el Rubicón y dio comienzo un nuevo conflicto. *Alea Jacta est*. La suerte estaba echada. La guerra civil duró cinco años, se llevó la vida de miles de romanos pero decidió quién dirigiría a partir de entonces el futuro de Roma.

Después de una campaña relámpago en Italia, César se traslada a Hispania. Como dijo él, primero derrotarían a un ejército sin general y después a un general sin ejército. Y es que las tropas con las que contaba Pompeyo y el Senado poco tenían que ver con las entrenadas y disciplinadas legiones de César.

El triunfo en la batalla de Ilerda (Lérida) en el año 49 a. C. y más tarde en Gades (Cádiz) le dio el control de Hispania. La actitud hacia los vencidos fue clemente concediendo el perdón

a los indígenas, legionarios vencidos y romanos que decidieron abandonar la causa pompeyana. Una vez asegurado el control sobre Hispania, César partió hacia Oriente donde se había dirigido Pompeyo con el fin de abrir otro frente. Mientras, un plebiscito organizado en Roma por sus partidarios le había convertido en dictador.

Después y ya en oriente, obligó a Pompeyo a huir hacia Egipto tras la batalla de Farsalo, habitualmente conocida como Farsalia. Años antes, Pompeyo había sido tutor de Ptolomeo XIII y de su hermana, y esposa, Cleopatra VII con la que estaba a punto de enfrentarse en una guerra civil. Allí, en Egipto, esperaba el Magno encontrar la ayuda necesaria para rehacer su ejército. Pero los consejeros de Ptolomeo pensaron que era mejor aliarse con el que parecía el vencedor, que no era otro que César. Cuando César llegó a Egipto con dos de sus legiones se encontró la desagradable sorpresa de ver la cabeza de su adversario, antes amigo, en un ánfora.

Terminadas las honras fúnebres en honor a Pompeyo, César tuvo que poner orden en la caótica situación que se vivía en la familiar real egipcia. Ptolomeo XII Filadelfo, padre de Ptolomeo XIII y de Cleopatra, había dejado a Roma como tutora de Egipto y así lo hizo César tomando partido por Cleopatra. El motín que se originó a continuación provocó la muerte de Ptolomeo. Por el bien de la estabilidad de Egipto, Cleopatra se casó con su otro hermano, Ptolomeo XIV aunque poco tiempo después daba a luz a su hijo Ptolomeo XV, Cesarión, fruto de su relación con César.

Las legiones acantonadas en Italia comenzaban a estar inquietas y algunas amenazaban con amotinarse por no haber recibido la paga prometida. Esto hizo que César se trasladara a Italia para calmar los ánimos, renunciar a la dictadura y convocar elecciones para el año 46 a. C. Después de la campaña de África, César volvió a Roma donde se prorrogó la dictadura por otros diez años.

En Hispania, César había dejado como representante al impopular Casio Longino, quien se dedicó a gobernar el territorio de forma corrupta, situación que desembocó en un motín y en su posterior huida. Esto fue aprovechado por los hijos de Pompeyo, Gneo y Sexto, para entrar en Hispania con el objetivo de provocar la sublevación de la provincia Ulterior y unirla de nuevo a la causa pompeyana.

César regresó a la Península en 46 a. C. con el propósito de acabar de una vez por todas con los pompeyanos. Esta nueva campaña militar se diferenciaría de las primeras por la crueldad y brutalidad de sus actos. Finalmente, César consiguió la victoria el 17 de Marzo del año 45 a. C. en la batalla de Munda (Montilla, Córdoba), muriendo poco después Gneo mientras que Sexto lograba escapar a la Citerior.

A finales de año, César volvía a Roma como dictador por diez años y cónsul por otros tantos. Se esperaba que, con todo el poder en sus manos, comenzara una política de revan-

cha contra los que habían sido sus enemigos al estilo de Mario o Sila, pero no sucedió. Por el contrario, Cesar buscaba la reconciliación y por ello perdonó a sus antiguos adversarios permitiéndoles incluso continuar con su actividad política.

César llevó a cabo una gran actividad legislativa que afectó a todos los campos de la vida romana. Entre sus primeras decisiones estaban: la concesión de la ciudadanía romana a la población de la Italia Traspadana, la limitación del lujo, la devolución del control de los tribunales al Senado y la clase ecuestre, y la reducción del número de habitantes con derecho a la entrega gratuita de trigo.

Para poder compensar a sus soldados con lotes de terreno, puso en marcha un ambicioso programa de fundación de colonias al estilo del creado por los Graco. Intentó evitar en la medida de lo posible los abusos de los funcionarios de las provincias con leyes que castigaban duramente sus malas actuaciones. Sus reformas alcanzaron incluso al calendario. César cambió la duración de algunos de los meses, añadió el año bisiesto y dio al mes *Quintilis* el nombre de Julio.

Pero sus enemigos pronto comenzaron a acusarle de que tanto poder acumulado sólo podía terminar en la proclamación de César como rey. La conspiración se puso en marcha a finales del año 45 a. C. Un año después, los *idus* de marzo, el día 15, fue la fecha elegida. La noche anterior, la mujer de César, Calpurnia, tuvo una pesadilla en la que vio el asesinato de su marido. Calpurnia no era una mujer supersticiosa así que César mandó un mensaje al senado diciendo que, por problemas de salud, ese día no acudiría a la curia. Pero Décimo Bruto, uno de los conjurados, le convenció de la necesidad de su presencia ya que se debían solucionar ciertos asuntos.

César hasta principios de ese año contaba con una escolta de auxiliares hispanos pero para dar la sensación de normalidad y confianza, se deshizo de ella. El *idus* de marzo apareció solo.

Ese día el Senado se reunía en una sala del teatro de Pompeyo porque la curia del foro estaba en obras. Allí, bajo la estatua del que había sido su enemigo, César fue asesinado. Nada pudieron hacer sus amigos para salvarle. 23 puñaladas terminarían con su vida a los 55 años. Después de analizar el cuerpo, el médico Antistio comentó que no se observaba ninguna herida mortal excepto la que presentaba en el pecho.

El cadáver de César quedó abandonado hasta que tres esclavos lo colocaron en una litera y lo trasladaron a su casa. Los conjurados tenían pensado arrojar el cadáver de César al Tíber pero lo dejaron abandonado en la Curia y Marco Antonio acordó con ellos el permiso para organizar el funeral público en el foro. Si los asesinos pensaban que con la muerte de César se aseguraba el futuro de la República, se equivocaban. Provocaron justo todo lo contrario.

BIBLIOGRAFÍA

CABRERO, J., *Julio César. El hombre y su época*, Dastín, Madrid, 2004.

CABRERO, J. y CORDENTE VAQUERO, F., *Roma*, Dastín, Madrid, 2008.

GONZÁLEZ ROMÁN, C., *La República Tardía: Cesarianos y pompeyanos*, Akal, Madrid, 1989.

LÓPEZ BARJA DE QUIROGA, P. y LOMAS SALMONTE, F.J., *Historia de Roma*, Akal, Madrid, 2004.

PINA POLO, F., *La Crisis de la República (133-44 a. C.)*, Síntesis, Madrid. 1999.

RODRÍGUEZ NEILA, *Los Graco y el comienzo de las guerras civiles*, Akal, Madrid, 1990.

Tema 12
El imperio

Sinopsis

Tras la muerte de Julio César, Octavio, su sobrino nieto e hijo adoptivo, conformaría junto con Marco Antonio y Lépido el segundo triunvirato.

Tras la eliminación de los asesinos de su padre y de sus dos compañeros de triunvirato, Octavio, ya como César Augusto, comenzó su reinado como el *primus inter pares*, como el primer ciudadano. La Roma de Augusto vivió uno de los periodos más tranquilos de su historia reciente. Con la Pax la ciudad vio como se emprendían obras para la mejora de los servicios urbanos y el embellecimiento de sus edificios públicos.

Con él comenzaba también la primera de las dinastías imperiales, los julio-claudios.

Con los julio-claudios se terminó la conquista de Hispania mientras se reanudaba la de Bretaña, parada desde los tiempos de César.

Una de las grandes aportaciones de esta dinastía iba a ser la implantación de la maquinaria burocrática romana que estaría mayoritariamente en manos de libertos.

Otra de las novedades en estos primeros momentos del imperio fue la importancia que adquirió la guardia pretoriana.

Con la muerte de Nerón se puso fin a la primera y única dinastía de origen patricio que iba a gobernar Roma.

Tras el año 68, el año de los cuatro emperadores, una nueva dinastía se instala en el Palatino: los Flavios.

Con la dinastía Flavia se conquista Jerusalén, se sanean las cuentas del Estado, se construye el Anfiteatro Flavio y Pompeya queda sepultada para siempre tras la erupción del Vesubio.

La siguiente dinastía traerá emperadores de provincias. Los Antoninos romperán la tradición de nombrar sucesor a un miembro de la familia prefiriendo elegir a aquella persona que consideraban más adecuada para el cargo. Únicamente Marco Aurelio rompió con esa tendencia al elegir a su hijo Cómodo.

Con el segundo de ellos, el hispano Trajano, el imperio vivirá su momento de máximo apogeo. Se terminará la conquista de la Dacia y con ella se pondrá punto y final a la política expansionista de Roma. Su sucesor, el también hispano Adriano, construirá el muro que lleva su nombre en la frontera como muestra del límite del imperio.

Los Severos también procedían de provincias, de Leptis Magna, en el costa norte de la provincia de África. Es la última dinastía antes de la crisis del s. III.

Importante el papel que jugaron las mujeres de esta dinastía, las llamadas princesas sirias, en las carreras políticas de sus parientes varones.

La crisis del s. III es el periodo de cincuenta años que va desde la muerte del emperador Alejandro Severo hasta el ascenso al poder del Diocleciano. En esos cincuenta años de crisis y anarquía se produjo una total ausencia de poder y autoridad. Mientras los emperadores eran elegidos y depuestos unos detrás de otros, la presión bárbara en las fronteras del imperio no hacía sino aumentar y el imperio llegaba a dividirse en tres zonas.

A la crisis política y administrativa había que añadir la gran crisis económica causada por la devaluación de la moneda.

La llegada del emperador Diocleciano supuso cierto freno en la crisis del imperio. Se refuerzan fronteras, se divide el imperio en nuevas provincias, se mejora la hacienda pública con un nuevo sistema impositivo, *iuga et capita* y el poder del emperador se convierte en una tetrarquía.

Con Constantino se vuelve al poder centralizado en el emperador. La capital del imperio se traslada a Constantinopla y el cristianismo se convierte en religión oficial.

Mientras la política de Juliano supuso el intento de volver al pasado pagano de antaño, Teodosio daba el golpe definitivo al paganismo cerrando la escuela de Atenas, el oráculo de Delfos y clausurando los Juegos Olímpicos.

Teodosio dividió el imperio entre sus hijos, Arcadio y Honorio. Era el año 395.

Guion / Resumen

EL SEGUNDO TRIUVIRATO

- Tras la muerte de César, Octavio, su heredero, se alía con Marco Antonio y Marco Emilio Lépido en un pacto que tenía una vigencia de cinco años y significaba el reparto del territorio.
- Marco Antonio y Octavio vengaron la muerte de César en la batalla de Filipos donde derrotaron a Casio y Bruto.

OCTAVIO

- Tras la eliminación de Lépido, Octavio centró su atención en Marco Antonio.
- Gracias a una elaborada campaña de propaganda, Octavio consiguió que el Senado le declarase la guerra a Cleopatra y enemigo público a Marco Antonio.
- En la batalla de Actium, las tropas de Cleopatra y Marco Antonio fueron derrotadas. Egipto pasaba ser provincia romana.

EL PRINCIPADO

- Octavio restauró los principios de la república aunque todo el poder quedó en sus manos. El *primus inter pares*.
- Se inició un periodo de paz, la *pax augusta*, que duró unos dos siglos.
- Durante su principado se organizó la guardia pretoriana así como fuerzas de vigilancia de incendios y de orden público.
- Tras su muerte fue divinizado y sutituído por su hijastro, Tiberio.

LOS JULIO CLAUDIOS

- La primera dinastía de emperadores la foman tras Augusto: Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón.
- En estos años se organiza toda la burocracia del estado que va a quedar en manos principalmente de libertos.
- Se termina de conquistar Hispania y Bretaña.
- Tras la muerte de Nerón, en el año 68, se suceden cuatro emperadores en un año.

LOS FLAVIOS

- Tito Vespasiano, Tito y Domiciano son los tres miembros de esta dinastía.
- En estos años se va a conquistar Judea al tiempo que se sanean las cuentas públicas.
- Se construirá el Coliseo y el Vesubio destruirá Pompeya.

LOS ANTONINOS

- Por primera vez, los herederos al trono no tendrán relación familiar con el emperador.
- Con Trajano se vivirá el momento de mayor apogeo del imperio.
- Con Adriano terminará prácticamente la política imperialista de Roma.

LA CRISIS DEL SIGLO III

- Tras un periodo de anarquía de 49 años en los que Roma conoció 28 emperadores, Diocleciano establece la Tetrarquía con el objetivo de descentralizar el poder.

DIOCLECIANO

- Sus reformas comprenden la Tetrarquía, la reforma fiscal y la nueva división territorial.

CONSTANTINO

- Constantino creará una nueva capital, Constantinopla, y con el Edicto de Milán pondrá fin a las persecuciones contra los cristianos.

EL FIN

- El emperador Teodosio dividió el imperio entre sus hijos, Arcadio y Honorio.
- Roma ya hacía tiempo que no era capaz de aguantar la presión que sufría en sus fronteras.
- En el 476 moría el que sería el último emperador: Rómulo Augústulo.

EL ALTO IMPERIO

El principado de Augusto

Después de la muerte de César, el poder en Roma quedó en manos de Marco Antonio con la ayuda y apoyo del *magister equitum* de César, Marco Emilio Lépido. Eso significaba que tanto el ejército como el tesoro público continuaban bajo el control de los cesarianos. Cuando se instauraba la dictadura, el dictador se hacía cargo de la infantería mientras que su lugarteniente, el *magister equitum*, hacia lo mismo con la caballería. Tras el asesinato de César, Marco Antonio abolió la dictadura y con ella el cargo del *magister equitum*.

Los tiranicidas no calcularon bien sus fuerzas. Les movió más un sueño que la realidad. El viejo sistema republicano que querían retomar estaba muerto y las cosas ya no volverían a ser como antaño. Pronto se dieron cuenta de que el poder, el auténtico poder, lo tenía el ejercito y éste estaba a las órdenes de Lépido.

El día 17, en la reunión urgente del Senado convocada por Marco Antonio, Cicerón intentó mediar entre cesarianos y conspiradores proponiendo continuar con las reformas legislativas de César asegurando que el antiguo dictador no tenía entre sus planes el convertirse en rey. Pero, por otro lado, había que olvidar lo que había ocurrido dos días antes. Los «libertadores» serían amnistiados a cambio de confirmar las acta Caesaris, es de-

cir, las leyes y los magistrados nombrados por César. Nadie quería volver a enzarzarse en una guerra civil y las propuestas fueron aprobadas. Otro de los acuerdos alcanzados se refería a los costes del funeral de César que serían a cargo del Estado. Se abolía la dictadura y se repartía el gobierno de las provincias. Lépido iría a Hispania y la Galia, Decimo Junio Bruto, otro de los protagonistas de asesinato de César, se dirigiría hacia la Galia Cisalpina mientras que los dos cónsules, Marco Antonio y Dolabella recibirían Macedonia y Siria respectivamente.

Dos días después, se abrió el testamento de César en casa de Marco Antonio. Había nombrado como herederos a los nietos de sus hermanas. A Gayo Octavio le dejaba las tres cuartas partes de su patrimonio mientras que el cuarto restante iría a Lucio Pinario y Quinto Pedio. También adoptaba al primero, a Octavio, como hijo suyo. Al pueblo de Roma dejaba sus jardines junto al rio para uso público y trescientos sestercios para cada ciudadano. Ironías de la vida, también aparecía como beneficiado Bruto, uno de sus asesinos y quizá hijo biológico suyo.

Al día siguiente, el día 20, el féretro de marfil de César fue llevado desde el Campo de Marte al foro para ser incinerado. Legionarios veteranos lanzaron sus armas a la pira, las matronas romanas echaron al fuego sus mejores joyas e incluso las bullas y las togas *praetextae* de sus hijos. Los músicos y actores que formaban parte de la ceremonia fúnebre rompieron los instrumentos y la indumentaria que llevaban para que fueran también consumidos por el fuego. Grupos de extranjeros, judíos especialmente, permanecieron junto a pira durante varias noches.

El momento cumbre del funeral llegó cuando Marco Antonio leyó en voz alta el testamento. En cuanto se hicieron públicas las últimas voluntades de César, comenzaron los disturbios y asaltos a las propiedades de los asesinos. La multitud se dirigió entonces a casa de dos de los conjurados, Bruto y Casio, con antorchas encendidas en la misma pira funeraria pero se consiguió pararla aunque, al final, los asesinos, a pesar de la amnistía, tuvieron que huir de Roma. Mientras, el humo de la pira elevaba a César a la categoría de dios. César fue *incluído entre los dioses por voluntad expresa de los Senadores, que contaron, además, con el convencimiento del pueblo.*

Los problemas serios comenzaron a finales de abril de aquel año cuando Marco Antonio se desplazó a la Campania con la excusa de supervisar las tareas de colonización que se estaban llevando a cabo en esa región para instalar a los soldados veteranos de César. Porque, además de comprobar el estado de las obras, utilizó el viaje para reclutar a unos seis mil hombres. De nuevo en Roma, y con el respaldo real de estas fuerzas, consiguió que se aprobara una ley, *lex de permutatione provinciarum*, que le daba el gobierno por cinco años de la Galia Cisalpina y Transalpina a expensas de Décimo Junio Bruto que, a cambio, recibiría el de Macedonia.

El equilibrio se rompió cuando Octavio llegó a Italia con la intención de reclamar su herencia. Con solo 19 años (Marco Antonio tenía casi 40), Octavio se había convertido en el hijo y heredero de César. En cuanto llegó a Roma (estaba en Apolonia, donde César le había enviado para que ampliase sus estudios y se familiarizase con la vida castrense, cuando se enteró del fallecimiento de su tío abuelo) a finales de año, comenzaron los problemas con Marco Antonio que no estaba dispuesto a prestarle su apoyo. Se negó a restituirle la fortuna de César y consiguió abolir la *lex curiata* por la que se legalizaba su adopción. Si Octavio quería conseguir su herencia iba a necesitar, para empezar, dos cosas: dinero y apoyo militar. Con su patrimonio privado y el capital prestado por sus amigos, el dinero no fue problema y en cuanto al apoyo militar, en el momento que desembarcó en Brindisi se dio cuenta de lo popular y querido que continuaba siendo César entre las tropas.

La tensión entre Antonio y Octavio era cada vez mayor. A las acusaciones mutuas de intento de asesinato había que añadir los esfuerzos de Octavio por socavar la fidelidad de los hombres de Antonio a base de dinero. Si nada lo evitaba, una nueva guerra civil estaba a punto de estallar.

En Campania, mientras Octavio conseguía reclutar un ejército ilegal de 3.000 hombres con los que dirigirse a Roma, Marco Antonio recibía a sus legiones desde Macedonia y, también él se encamina hacia a la *Urbs*.

Al mismo tiempo, Cicerón organizaba una campaña propagandística entre ciudadanos y ejército contra Marco Antonio. Cicerón se había puesto a la cabeza de los que se decían defensores de la república, representados por Casio y Bruto, los asesinos de César. La actitud dictatorial de Antonio al quedarse con la Galia dejando a Casio y Bruto dos provincias de segunda clase había irritado tanto al orador que hasta se había planteado dejar Italia. Era el momento de atraérselo a las filas de Octavio.

Cicerón dedicó toda su mejor oratoria en atacar a Marco Antonio porque le veía como un serio enemigo de la libertad republicana. En sus famosas *Filípicas* frente al Senado acusaba a Marco Antonio de cruel, vicioso y peligroso para la República por no licenciar a sus legiones. Estos discursos estaban inspirados en los que Demóstenes creó contra Filipo II de Macedonia entre el 351 y 340 a. C. Cicerón, admirador de Demóstenes, decidió titular también como filípicas estos discursos contra Marco Antonio.

Cuando a Antonio le llegó la noticia de que dos de sus legiones habían desertado y que se habían unido a las tropas de Octavio, mueve ficha. Necesita urgentemente hacerse con el gobierno de la Galia Cisalpina para cuando deje el consulado. Pero el entonces gobernador, Décimo Bruto no está dispuesto a cederle el territorio y se atrinchera en Módena dispuesto a resistir. Mientras Antonio se dirige a Módena con el fin de hacer desistir a Bruto y hacerse con el control de la Cisalpina, la mayoría del Senado se ha aliado con Octavio y así

queda claro en la tercera y cuarta filípica. Era una situación que bien se hubiese podido titular «entre pillos anda el juego». Los guardianes de la legalidad republicana pretendían hacer cumplir la ley basándose en un ejercito ilegal y su jefe, Octavio, dejaba al lado su promesa de vengar la muerte de su padre para ir al rescate de uno de sus asesinos. Y es que, Como decía Groucho Marx: *Estos son mis principios. Si no le gustan, tengo otros.* Con esta alianza Octavio daba un paso de gigante hacia sus aspiraciones.

En 1 de enero del 43 a. C. el Senado, dirigido por Cicerón, declara a Marco Antonio enemigo público y manda a los dos cónsules, Hircio y Pansa contra él. Junto a ellos iba Octavio en calidad de propretor. En la que se conocería como la «Guerra de Módena» Marco Antonio fue derrotado y huyó a la Galia en busca de la ayuda de Lépido mientras que los dos cónsules perdían la vida.

El Senado se sentía fuerte después del triunfo en la guerra. Octavio, también. Y por eso comienza a presionar para conseguir el consulado. El Senado, lógicamente se negó porque Octavio no tenía la edad legal para ser nombrado cónsul. Aún así, lo consiguió el 19 de agosto del año 43 a. C. Ahora ya podría ser adoptado legalmente y de Octavio pasaría a ser Cayo Julio Cesar Octaviano.

Octavio tuvo como compañero de consulado a su primo Quinto Pedio. Juntos lograron aprobar la *lex Pedia*, por la que todos los asesinos de César serían declarados enemigos públicos. Por cierto que, ninguno de ellos sobreviviría a su víctima más de tres años pues fallecieron todos ellos de muerte violenta.

Octavio comprendió que con los apoyos que contaba no podía hacerse con el poder de Roma. Bruto y Cassio estaban en Oriente ganando cada vez más adeptos a la causa republicana mientras que en Occidente, los cesarianos se concentraban alrededor de Marco Antonio. Por mucho que los antiguos soldados de César quisieran que hubiese paz entre Marco Antonio y Octavio, el acercamiento entre ambos iba a ser muy difícil. Y aquí es donde entra en escena Lépido en su papel de mediador. Después de tres días de conversaciones, los tres, Marco Antonio, Lépido y Octavio llegaron a un acuerdo. Se repartirían el poder formando algo parecido a lo que habían hecho Craso, Pompeyo y César dieciséis años antes. Había nacido el Segundo Triunvirato. A partir de entonces y durante cinco años, los firmantes del pacto eran libres para promulgar y derogar leyes y nombrar a su antojo magistrados y gobernadores. Los triunviros, además, se repartieron las provincias de occidente con sus respectivas legiones. Las de oriente continuaban bajo el control de Bruto y Cassio.

Lo primero que hizo el triunvirato fue deshacerse de sus posibles enemigos. Y, como lo había hecho Sila, publicaron listas con los nombres de los proscritos. Algunos consiguieron escapar, otros, como Cicerón, no lo lograron.

Fuente: National Geographic Historia.

Mapa 63. El segundo Triunvirato. Principales movimientos bélicos durante el segundo Triunvirato.

Había llegado el momento de terminar con el poder de Bruto y Cassio en oriente. En el otoño del año 42 a.C. Antonio y Octavio partieron hacia Grecia dejando a Lépido en Roma.

En la llanura de Filipos, en Macedonia, los dos ejércitos se encontraron. Octavio se enfrentaría a Bruto mientras Antonio hacia lo mismo con Cassio. Después de vencer a Cassio, Antonio fue hacia Bruto que había conseguido hacer retroceder a las tropas de Octavio. La batalla de Filipos era el final del partido republicano. A partir de entonces la república solo sería un sueño para nostálgicos.

Pero tras la victoria, los triunviros tuvieron que enfrentarse a un problema apremiante. Tenían que pagar a los legionarios y las arcas del estado estaban vacías. Tampoco había terreno suficiente como para llevar a cabo los repartos. Había que encontrar una solución y deprisa porque eran muchos hombres y un motín sería muy peligroso. Antonio se marchó a oriente con la idea de retomar la guerra contra los partos que había planeado César antes de su muerte y así conseguir ingresos. A Octavio le tocaba volver a Roma y encontrar las tierras para repartir entre las tropas.

Antes de partir, reorganizaron los gobiernos de las provincias dejando claro que Lépido, limitado su poder a la provincia de Africa, cada vez tenía menos peso en el triunvirato y más cuando se empezó a correr la voz de que había mantenido conversaciones con Sexto Pompeyo. Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo Magno, controlaba Sicilia y Cerdeña.

Como Octavio no consigue reunir la tierra suficiente en Italia para hacer los lotes para sus soldados, tiene que recurrir a la expropiación de grandes fincas lo que provocó el lógico enfado de sus propietarios. El descontento fue aprovechado por sus enemigos que a punto estuvieron de provocar una guerra civil. Oficialmente se culpó a la mujer de Marco Antonio, Fulvia, y al hermano de aquel, Lucio Antonio, de dirigir un movimiento de protesta que terminó pidiendo al Senado que declarase a Octavio enemigo público. Los repartos de tierra dieron sus frutos y los beneficiarios tomaron las armas para defender a Octavio obligando a Lucio a refugiarse en Perugia y al Senado a desdecirse. Después de la toma de Perugia, Octavio aceptaba la disculpa de Lucio y daba la mano de su hermana, Octavia a Marco Antonio, ya viudo de Fulvia.

Después de la batalla de Filipos, lo que quedaba del ejército republicano se unió al de los triunviros mientras que la flota huyó hacia Hispania para integrarse en la de Sexto Pompeyo. Por entonces los barcos del hijo de Pompeyo Magno se habían convertido en un auténtico dolor de cabeza para Roma porque interferían el normal trafico comercial dificultando la llegada de cereal a Roma. Los ciudadanos, cansado de esta situación, exigen a Octavio que se resuelva el problema. Octavio tiró de diplomacia y llegó a un acuerdo de mínimos con Pompeyo por el que se le permitía quedarse con las tres provincias insulares. Enseguida se vio que no había posibilidad de llegar a un entendimiento y que la única solución sería por la fuerza. Pero la flota de Pompeyo era mucho mejor y mas numerosa que la de Octavio. De ahí

el fracaso de Octavio en los primeros enfrentamientos y la solicitud de ayuda a Marco Antonio. No se llega a un acuerdo entre los triunviros hasta que entra en escena Octavia. Gracias a su hermana, Octavio consigue de Marco Antonio 120 barcos a cambio de 20.000 hombres, que nunca envió, para la campaña contra los partos.

Octavio continuó perdiendo combates contra Pompeyo hasta que su lugarteniente Marco Vipsanio Agripa consiguió derrotar a la flota de Pompeyo en Nauloco y hacer que éste huyera de Sicilia. Lépido aprovechó la situación para reclamar Sicilia como compensación por la ayuda prestada. La respuesta de Octavio fue un «no» rotundo junto con una amenaza de invasión. Fue saberse que había una posibilidad de intervención armada para que las legiones de Lépido desertasen en bloque. Lépido dejaba de ser triunviro y era exiliado a Circeo. Ahora sólo quedaban dos.

Mientras Octavio había escalado posiciones en occidente, Antonio estaba cada vez más subordinado a las ordenes de Cleopatra, a la que había conocido en el año 41 a. C., y su política más hundida. Sus planes de conquista de los partos habían fracasado. No habría triunfo y menos aún podría desbancar a Octavio. Pero el principio del fin de Marco Antonio vendría algo más tarde, en Alejandría, durante la celebración de su triunfo sobre Armenia. Allí declaró que Cesarión era hijo de César y Cleopatra y que, por lo tanto, debía ser él el heredero legítimo y no Octavio. También aprovechó el momento para conceder a los hijos que había tenido con Cleopatra, Alejandro Elio, Ptolomeo Filadelfo y Cleopatra Selene, parte de los territorios de oriente. Octavio conseguiría anular estos repartos. El año 33 a. C. vería el final del triunvirato. Octavio está dispuesto a convertirse en un simple ciudadano de a pie en el momento en que Marco Antonio haga lo mismo.

Pero Marco Antonio, en lugar de anunciar su paso a la vida civil, se divorció de Octavia para casarse con Cleopatra. Su mujer, en venganza, se hizo con su testamento entregándoselo a su hermano. El testamento, leído ante el Senado, reconocía la legitimidad de Cesarión y expresaba su deseo de ser enterrado junto a la reina de Egipto. Cuando Octavio fue nombrado cónsul en el año 31 a. C. consiguió que se declarara la guerra a Cleopatra y con ella, a Marco Antonio.

Entonces Antonio se trasladó a Grecia. Sus hombres, aún fieles, no tenían muy claro, sin embargo, por qué iban a luchar; si por desalojar del poder de Roma a un usurpador como Octavio, o por si aupar a un posible monarca helenístico. El 2 de septiembre del año 31 a. C. pasará a la historia como el día en que, en la península de Actium, tuvo lugar la batalla decisiva entre Octavio y Marco Antonio.

La flota de Octavio la componían unas 400 naves entre trirremes y sextirremes que podrían llevar a bordo entre 200 y 500 soldados cada una. Al mando de todos ellos colocó Octavio a Marco Vipsanio Agripa.

Por su parte, Antonio contaba con una flota de menos de 230 barcos. Eran del mismo tipo que los de la flota enemiga pero además disponía de algunas embarcaciones más grandes a las que se les había incorporado torres con arqueros. También contaba con una pequeña flota de barcos mercantes que portaban tesoros y objetos de valor para trasladar a Egipto. Para protegerla, Antonio destinó un grupo de naves entre las que se encontraba el buque insignia de la reina Cleopatra.

Para bloquear las tropas enemigas, Octavio dividió la flota en tres bloques: a la izquierda se situó Agripa, en el centro Lucio Arruncio y él ocuparía el flanco derecho. La superioridad del ejército de Octavio era evidente. Los hombres de Antonio eran en realidad mercenarios orientales que desconocían la forma de combate romana y que poco podían hacer frente a los entrenados y disciplinados hombres mandados por Agripa.

Cuando el buque en el que se encontraba Antonio quedó bloqueado, al antiguo triunviro no le quedó otra salida que cambiar rápidamente de barco comenzando entonces su persecución por las embarcaciones de Octavio. Pero cuanto éstas consiguieron alcanzarlo, Antonio ya había saltado al barco de Cleopatra y las naves de Octavio tuvieron que darse la vuelta.

La batalla en sí no supuso en fin de Marco Antonio y Cleopatra. Lo que provocó su fracaso definitivo fue el abandono de unos 5.000 de sus hombres que acabaron negociando con Octavio y cambiando de bando.

Al año siguiente, Octavio se dirigió a Egipto. Antonio fue derrotado y se quitó la vida. Cleopatra viendo que era imposible llegar a un acuerdo con Octavio hizo lo mismo. A partir de entonces, Egipto se convertiría en provincia romana.

Figura 71. El asesinato de César. Moneda de Bruto tras el asesinato de César.

Actium fue mucho más que el fin del conflicto entre Octavio y Marco Antonio: fue el paso de la República al Imperio. Se inauguraba un periodo de 44 años en los que Octavio gobernaría en solitario.

Augusto, como será conocido a partir de entonces, debía evitar por la forma que fuera que estallase una nueva guerra civil y para eso tenía que reorganizar la estructura del estado respetando las antiguas instituciones pero garantizando la capacidad de maniobra de un solo gobernante.

Si Augusto quería que sus reformas le sobrevivieran, como no había sucedido con las de Sila ni con las de César, necesitaba, por un lado, que fuesen profundas y se adaptasen a las necesidades del Estado y, por otro, lo que no habían tenido ni Sila ni César: tiempo.

Augusto tuvo la habilidad de ir haciendo todos los cambios necesarios sin dar la impresión que se dirigían a instaurar un régimen monárquico. Al contrario, todo parecía indicar que sus esfuerzos se centraban en dotar al estado de las herramientas necesarias para que no se produjese otra guerra civil.

Al principio el Senado le otorgó una serie de títulos como el de *imperator* o *pater patriae*, *prínceps* o *augustus* pero eran solamente honoríficos. Necesitaba otros que, por el contrario, sí le reportaran un poder efectivo.

El *imperium proconsular* suponía el mando del ejército. Tradicionalmente tenía una duración de un año y se ejercía en una sola provincia pero Augusto consiguió que se le fuera otorgado de por vida y a lo largo de todo el territorio del Estado. Eso significaba que, a partir de entonces, Augusto tendría el mando absoluto de ejército, el gobierno de todas las provincias y sería el responsable en política exterior decidiendo, entre otras cosas, la declaración o no en caso de guerra. Años más tarde, repartiría el control de las provincias con el Senado creando así provincias senatoriales e imperiales.

La *potestad tribunicia* significaba concentrar todo el poder y las atribuciones de los tribunos de la plebe. Como la magistratura había desaparecido, Augusto se convertía en el único tribuno y por ello tenía derecho a veto y a convocar a las asambleas al tiempo que era el defensor de los intereses del pueblo y, por tanto, inviolable.

El pontificado pondría a Augusto a la cabeza de la religión romana. Como *pontifex maximus* se convertía en el guardián de las costumbres y los valores tradicionales romanos.

Una vez con el poder bajo su control, el siguiente paso sería debilitar aquellas instituciones que podrían poner en peligro su reforma. La primera de ellas iba a ser la que más problemas daba: el Senado. Quizá, lo más fácil hubiese sido clausurarlo pero pensó que sería más práctico que la oligarquía senatorial todavía pensase que tenía cierto poder de decisión. Augusto permitió al Senado que se encargase de algunas funciones como la gestión del erario público, la acuñación de moneda de cobre o la impartición de justicia.

El resto de las magistraturas vieron limitadas sus competencias ya que Augusto terminó acaparándolas. A cambio creó otras nuevas como las que se encargaban de mantener el orden en Roma, la vigilancia del emperador o el aprovisionamiento de cereal en la capital. Dentro de las instituciones de nueva creación encontramos el consejo del príncipe. En un principio no era más que una institución privada pero durante la dinastía de los Antoninos lograría un carácter oficial. Había dos tipos de reuniones del consejo del príncipe: Unas privadas, integradas sólo por amigos del emperador en las que se trataban asuntos importantes, y otras públicas en las que se debatían asuntos relacionados con la justicia y el derecho.

La política social de Augusto se centró en el retorno a ciertas tradiciones y costumbres y en la aplicación de medidas que llevaran al aumento de la natalidad. Para ello, convirtió el divorcio en delito, permitió el matrimonio entre libres y libertos o castigó los matrimonios con menos de tres hijos.

Aunque los gastos del estado eran considerablemente mucho mayores que antes, Augusto consiguió disminuir la presión fiscal gracias a una mejor organización en la recaudación de impuestos. Esa función ya no se encargaba a ciudadanos privados como había sucedido hasta esos momentos; ahora los encargados de esa tarea eran funcionarios escogidos cuidadosamente para esa labor.

Fuente: National Geographic

Figura 72. El comienzo del Imperio. Ara Pacis.

El ejército, además de velar por la seguridad del territorio, fue para Augusto uno de los pilares en los que se apoyaba su poder personal. Una de sus aportaciones en este campo fue la creación de unos cuerpos especiales con el objetivo de vigilar Roma e Italia. Nueve fueron las cohortes pretorianas creadas con un total de 1.000 hombres en cada una de ellas. En los primitivos campamentos legionarios, el *praetorio* era la tienda del general. Con el tiempo también así se designó al palacio de los gobernadores. Durante la república se llamaban cohortes pretorianas a la escolta que llevaban los cónsules. La novedad de Augusto estaba en convertir las cohortes en la guardia pretoriana, un cuerpo de élite con sede en Roma con la misión de protegerle a él y a su palacio. A los mandos de las nueve cohortes de la guardia pretoriana estaba el prefecto del pretorio.

Al margen de la guardia pretoriana había otras unidades especiales que tenían a su cargo la seguridad de Roma. Las *cohortes urbanae* ejercían de policía mientras que las *cohortes vigilum* debían velar por la seguridad de la ciudad de noche y encargarse de la extinción de incendios. Augusto no quiso tampoco descuidar la marina creando muchas nuevas bases como las de Ravena o Miseno.

Con el *imperium proconsular*, Augusto llevó a cabo una política de pacificación con especial atención a las fronteras más conflictivas. Pero las enormes dimensiones del imperio iban a ser una fuente inagotable de problemas.

Las guerras civiles habían extendido el conflicto más allá de la Península Italiana llegando a otros territorios como Hispania. Esta es la causa de la fuerte crisis económica y social que afectó a celtas y celtíberos. Para los cántabros, la salida a la crisis pasaba por alistarse en el ejército romano como mercenarios o por dedicarse al bandolerismo en busca del cereal y ganado que ellos no tenían.

La guerra contra cántabros y astures tuvo dos fases. En la primera, hasta el año 26 a. C., fueron los generales de Augusto los que dirigieron las operaciones mientras que en la segunda fase (26-19 a. C.), el propio Augusto se puso al frente de las legiones. Las guerras cántabras significarían el final de la conquista de la Península.

En el año 24 a. C., Augusto cerró las puertas del templo de Jano, que sólo se abrían en tiempos de guerra. Jano es el dios de las dos caras, del principio y de fin, el que da nombre al primer mes del año (January en inglés) y el protector del Capitolio. Comenzaba así lo que se conoce como la *pax romana*, un periodo de paz que llegaría hasta la dinastía de los Severos. Obviamente hubo conflictos bélicos durante ese tiempo pero siempre en frontera, nunca en territorio romano. Reflejo de esa paz fue la construcción del *Ara Pacis*. Se trata de un altar levantado entre el año 13 y el 9 a. C. para celebrar las victorias de Augusto en Hispania y en la Galia, y la paz lograda a su regreso.

Cuando ya tuvo todo el poder en sus manos, Augusto comenzó una serie de obras urbanísticas en Roma que cambiaron radicalmente el aspecto que hasta ese momento había teni-

do la *urbs*. El aumento del número de habitantes hizo necesario la construcción de nuevos almacenes y acueductos. El Tíber se limpió y se amplió su cauce para evitar las inundaciones. También se ocupó de la cultura y el ocio. Durante el principado se construyeron las primeras termas públicas , dos teatros, un anfiteatro y una biblioteca. Como había hecho César, Augusto también construyó un nuevo foro. El Foro de Augusto es más pequeño que el de su predecesor pero era uno de los más bonitos de la ciudad. Con la ayuda de Agripa, remodeló el Campo de Marte. En la zona donde antiguamente se realizaban ejercicios militares y se reunían los comicios, se levantaron el teatro de Marcelo, las termas de Agripa, el *Ara Pacis* o el mausoleo de Augusto.

Augusto también prestó un especial interés por la frontera norte del Imperio. Tener una frontera segura pasaba por conquistar los territorios de Germania Occidental. Pero el desastre de Teotoburgo del año 9, donde las tres legiones de Publio Quintilio Varo fueron aniquiladas en una emboscada por unas tribus de queruscos encabezadas por su caudillo, Arminio, supuso la renuncia definitiva de Roma a continuar su expansión más allá del Rhin.

Cuando Augusto murió, el 19 de agosto del año 14, le sucedió su hijastro, Tiberio. Augusto sólo había tenido una hija biológica, Julia. Casada con su lugarteniente, Marco Agripa, Julia tuvo tres hijos: Cayo, Lucio y Agripa Póstumo. Augusto los adoptó como hijos suyos para asegurar la sucesión pero todos murieron siendo todavía muy jóvenes. Su mujer, Livia Drusila, tenía dos hijos de su primer marido, Tiberio y Druso. Sería Tiberio el que al final le sucedería.

Los Julio Claudios

Tiberio (14-37)

Tiberio Claudio Nerón tenía 57 años cuando sucedió a su padrastro. Aunque había demostrado con creces su habilidad como militar, era un hombre taciturno, tímido, cínico y algo huraño. Amargado por tener que haberse divorciado de su primera mujer, Vipsania, de la que esperaba un hijo para casarse por obligación con la hija de Augusto, sentía que ha sido designado heredero porque ya no había más candidatos.

Tiberio era un republicano convencido y por eso aceptó la dirección del principado como si fuese una super magistratura. Sin embargo, rechazó cualquier tipo de título honorífico como el de *pater patriae*.

Como republicano que era, tenía la intención de trabajar con el Senado y por eso prefirió utilizar el titulo de *princeps* en lugar del de *imperator*. Pero pronto se va a dar cuenta de que no va a ser posible tan colaboración. El Senado ya no era lo que había sido y a los senadores lo único que les parecía preocupar era mantener su status.

Uno de los problemas más serios a los que Tiberio tuvo que hacer frente fue el alto coste del ejército. Eso obligó al nuevo emperador a recortar gastos y como siempre ocurre en estos casos, eso le valió la impopularidad y las críticas de los ciudadanos.

Pero la economía no sería la única causa de la mala imagen del emperador. Tiberio, tras la muerte de su hermano Druso, había adoptado a su sobrino Germánico. En el año 16, Germánico se encontraba en Germania cuando fue llamado a Roma. Tiberio le envió a Siria en misión diplomática donde moriría poco después. Se culpó al gobernador de Siria, Cneo Calpurnio Pisón, de haberle envenenado y por ello fue juzgado y condenado pero la viuda de Germánico, Agripina, acusó también a Tiberio de la muerte de su marido encabezando un grupo de oposición al emperador.

Así estaban las cosas cuando entra en escena uno de los personajes más oscuros de la historia de Roma: el prefecto del pretorio Lucio Elio Sejano. Sejano al mando de las nueve cohortes pretorianas se convirtió en uno de los hombres más poderosos de Roma. Esta situación no gustó en el Senado ni a los miembros de la familia imperial, sobre todo al hijo biológico de Trajano, Druso. Cuando más parecía que Druso heredaría el imperio, un complot entre su mujer, Claudia Livia «Livila», y Sejano acabó con su vida. La muerte de Druso hizo que Tiberio dejara el poder en manos de su valido desentendiéndose totalmente de la dirección de Roma. En el año 27 Tiberio se retira a la isla de Capri de donde ya no volvería. Sejano se deshizo de la viuda de Germánico y de sus hijos mayores, Nerón César y Druso César. Sólo sobreviviría el pequeño, Cayo Julio César «Calígula».

Sejano consiguió casarse con Livila y convertirse en el hombre fuerte de Roma. Pero lo que parecía difícil que sucediera, sucedió. Tiberio dejó de apoyar a Sejano y así comenzó la caída del prefecto. Las causas de la pérdida de confianza de Tiberio no están claras. Algunas fuentes apuntan a que la conspiración que había orquestado Sejano contra el emperador había llegado a los oídos de éste aunque otros se inclinan por pensar que Sejano no quería en realidad sustituir a Tiberio sino sólo convertirse en regente de Tiberio Gemelo, el nieto de Tiberio. El caso es que Sejano fue detenido, juzgado y condenado a muerte.

A partir de la ejecución de Sejano empezaron a salir a luz todos los crímenes cometidos por el prefecto durante los años en los que había estado en el poder y las persecuciones contra sus partidarios instauraron un nuevo periodo de terror.

Tiberio moriría en Miseno a los 77 años de edad dejando como herederos a su nieto Druso Gemelo y su sobrino nieto Cayo Calígula. Cuenta Tácito (Anales, VI 50) que el pueblo se entusiasmó cuando se supo que había fallecido. Pero que todos se callaron cuando llegó la noticia de que se había recuperado para volver el jolgorio cuando se confirmó definitivamente su muerte. Era el año 37.

Aunque no se puede hablar de un reinado totalmente pacífico, esos años no fueron tan conflictivos como en épocas anteriores. Las victorias en la frontera norte no supusieron, sin

embargo, ningún avance significativo. Los límites orientales del imperio tuvieron como problema principal a los partos mientras que Tracia, la Galia y África también fueron provincias que, sin presentar graves problemas, también necesitaron de la atención de Tiberio.

Calígula (37-41)

Cayo era el hijo menor de Germánico y Agripina. Los soldados de su padre comenzaron a llamarle Calígula por las pequeñas *caligae* que llevaba cuando era un niño. Las *caligae* son las botas reglamentarias que usan los legionarios romanos. Cuando Tiberio murió Calígula tenía 25 años y, en un principio, su nombramiento tuvo muy buena acogida entre los ciudadanos porque veían en él al sucesor de Germánico. Sus primeras intenciones de colaborar con el Senado pronto dieron paso a un despotismo cruel al año de subir al trono, tras quitarse de encima a Tiberio Gemelo. El terror se mezcló con una política de gastos disparatada y caprichosa que acabó por vaciar las arcas del Estado, que tan bien había llenado Tiberio.

El miedo, las humillaciones, sus locas medidas fiscales, su falta de respecto a las tradiciones fueron el germen para la conspiración que terminó con su vida.

Claudio (41-54)

Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico era hijo de Druso y de Antonia la menor. Era pues, nieto de Marco Antonio por parte de madre. Tenía 52 años cuando llegó al poder y nada hubiese hecho sospechar que acabaría siendo emperador. La discapacidad física que sufría, que no intelectual, le había convertido en el blanco de burlas y bromas de mal gusto desde que era un niño pequeño. Maltratado y aislado, sólo encontró refugio en el estudio y en los libros. Sus limitaciones no le habían permitido tener formación militar como hubiese sido lo habitual al ser miembro de la aristocracia romana. Era la antítesis de su hermano, Germánico.

El día de la muerte de su sobrino Calígula fue encontrado por la guardia pretoriana escondido detrás de una cortina. El Senado estaba dispuesto a proclamar la República pero la presión de los pretorianos hizo que cambiara de opinión y eligiera a Claudio como nuevo emperador.

Una de las características del reinado de Claudio fue la reorganización de la burocracia estatal. Roma vio como se creaba todo un ejército de funcionarios y secretarios, muchos de ellos libertos.

De sus obras públicas destaca el puerto de Ostia, la construcción de dos nuevos acueductos, el *aqua Claudia* y el *anio novus*, o la rotulación de nuevas tierras de cultivo tras la desecación de la zona junto al lago Fuccino.

Claudio fue favorable a la concesión de los derechos de ciudadanía, algo que no fue muy bien visto por la parte más tradicional de la sociedad romana que se veía amenazada por la integración de gentes llegadas de otros lugares.

Su política exterior se centró principalmente en occidente. Admirador de su padre y de su hermano, Claudio desempolvó el viejo proyecto de invasión de Britania y con la ayuda de Aulo Plaucio y Flavio Vespasiano dio el salto a la isla fundando algunos centros urbanos como *Londinium* (Londres), *Camulodunum* (Colchester) o *Glevum* (Gloucester). Tanto en Hispania como en la Galia fundó nuevas ciudades y construyó nuevas vías de comunicación. Intentó mantener la organización de los reinos orientales que había heredado excepto en el caso de Judea que estaba gobernada por su amigo de la infancia Herodes Agripa I (Marco Julio Agripa Herodes). Gracias a sus buenas relaciones con Roma, Herodes había conseguido ampliar las fronteras de su reino hasta igualarlo en dimensiones al que tuvo su abuelo Herodes el Grande. Cuando Herodes falleció, Claudio no consideró oportuno que su hijo accediera al trono y Judea se convirtió en provincia romana y en un foco permanente de problemas para Roma.

Las relaciones personales nunca fueron fáciles para Claudio. Su infancia fue una pesadilla y como adulto las cosas tampoco fueron bien, especialmente con las mujeres. Cuando terminó su matrimonio con su tercera mujer, Mesalina, hizo jurar a la guardia pretoriana que lo matarían antes de casarse de nuevo. Pero lo hizo. La boda con su sobrina Agripina supuso la adopción del hijo de ésta, Lucio Domicio Ahenobarbo, el futuro Nerón, relegando a una segunda posición a su propio hijo natural, Británico.

Claudio falleció en Roma un 13 de octubre del año 54. Sin conocerse con seguridad la causa, casi todo apunta a que fue la propia Agripina la que acabó con su vida.

Lucio Domicio Ahenobarbo, Nerón. (54-68)

Lucio había nacido cerca de Roma el año 37 así que contaba sólo 17 años cuando sucedió a su tío abuelo Claudio. Nerón comenzó su reinado bajo la influencia por un lado de sus instructores, Séneca y Burro, y por otro, de su madre, Agripina. Pronto comenzaron los enfrentamientos entre aquellos y ésta por tener el control de la situación. Pero la balanza se inclinaría en contra de la madre que terminó por ser expulsada del Palatino para ir camino del destierro. Años más tarde, Nerón la mandaría asesinar.

El primer lustro del gobierno de Nerón tuvo a Burro, por entonces prefecto del pretorio, como un eficiente administrador. Se controló el gasto, se terminaron las obras del puerto de Ostia y se fundaron nuevas colonias en territorio italiano.

Pero a partir del año 59, la influencia de Burro y Séneca dejó paso a la de la nueva amante del emperador, Popea. La muerte de Burro marcó un antes y un después. Séneca se vio sin

apoyo y se retiró. Los excesos de Nerón contra el Senado y el pueblo hicieron que comenzaran las conspiraciones para terminar con su vida. Fue durante este periodo cuando se produjo el famoso incendio del año 64 en el que tres de los catorce distritos de la ciudad fueron pasto de las llamas. La destrucción fue utilizada por Nerón para llevar a cabo una reforma urbanística de la ciudad y construirse su nueva residencia: la *domus aurea*.

Pero a medida que las excentricidades del emperador aumentaban, también lo hacia la antipatía y rechazo que producía en la población. Tras un intento fallido de conjura en el año 65, en el 68 una amplia revuelta se extendió de oriente a occidente permaneciendo fieles al emperador únicamente las legiones de Germania. La sublevación de la guardia pretoriana pondría fin a su reinado. Tras ser declarado enemigo público por el Senado, Nerón huyó de Roma. En una villa de la via Nomentana, se hizo matar por un esclavo.

El año de los cuatro emperadores: Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano (68-69)

Desde la muerte de Nerón, en el verano del año 68, hasta diciembre del año siguiente, Roma se encontró con la situación más compleja a la que se había tenido que enfrentar desde el final de la República.

La rebelión contra el gobierno de Nerón había comenzado en la Galia Lugdunensis. A las tropas mandadas por Cayo Julio Vindex se unieron las desplazadas a la Hispania Tarraconense por entonces bajo el mando de Servio Sulpicio Galba.

Galba se presenta en Roma y se convierte en el nuevo césar. Pero su ineptitud añadida a su avanzada edad hicieron que en enero del 69 se produjera un nuevo motín. Esta vez sería el legado en Germania Inferior, Aulo Vitelio, el elegido por sus tropas. Pero Galba había nombrado heredero a Lucio Calpurnio Pisón y eso hace que el legado en la Lusitania, Marco Salvio Otón, se rebele porque él también aspiraba al trono.

Asesinados Galba y Pisón, Otón es nombrado emperador el 15 de enero. Mientras tanto, la rebelión de Vitelio sigue su curso y se dirige con sus tropas hacia Italia. Otón, en lugar de esperar a los refuerzos que llegan de oriente, se precipita y sale al encuentro de Vitelio. Es derrotado y se quita la vida.

Vitelio demostró ser el más incapaz de los tres. Su política de represión contra las tropas que habían apoyado a Otón logró el levantamiento de las legiones de oriente, que estaban en Judea sofocando una rebelión judía, y la proclamación de su general, Tito Flavio Vespasiano, como emperador. Rápidamente recibió el apoyo del prefecto de Egipto y el legado de Siria provocando el corte de suministro de trigo a Roma. Vespasiano se dirige a Roma mientras en la capital, Vitelio fallece.

Los Flavios (69-96)

Vespasiano (69-79)

Los problemas más serios con los que se encontró Vespasiano a su llegada fue el estado de la hacienda pública y la autoridad con la que se sentía el ejército.

Los desmanes de Nerón y el año de caos que se acaba de vivir habían dejado el erario romano con un déficit, según Suetonio, de 4.000 millones de sestercios.

A recuperar el maltrecho tesoro público dedicó Vespasiano gran parte de su esfuerzo como administrador recortando y eliminando gastos superfluos empezando por los del propio palacio. Revisó el catastro para aumentar los ingresos, exigió la devolución al Estado de las parcelas que algunos propietarios se habían adueñado ilegalmente, estableció el *fiscus alexandrinus* (permitiendo la gran explotación de Egipto), persiguió la corrupción de los funcionarios y creó nuevos impuestos como el famoso *vectigal urinae* que grababa el uso de orina a bataneros y tintoreros. Cuando su hijo Tito se lo reprochó, Vespasiano le dio una moneda y le preguntó si olía. Ante la negativa del muchacho, Vespasiano sentenció: *Pecunia non olet* (el dinero no huele). Hoy en día en Italia a los urinarios públicos se les conoce como vespasiani y en Francia como vespasiennes.

Las medidas de Vespasiano dieron su fruto y gracias a ellas pudo emprender obras públicas de la envergadura del famoso Anfiteatro Flavio construido sobre el lago de la *Domus Aurea* de Nerón.

El segundo problema, el del poder del ejército, necesitaba una solución y rápida. El año anterior a su elección se había demostrado que los emperadores dependían enteramente de él.

Figura 73. Los Flavios. Moneda Iudea Capta.

Para restaurar la disciplina, las legiones germanas fueron disueltas y las 16 cohortes pretorianas fueron reducidas a nueve. Otra medida para conseguirlo fue su apoyo en el Senado. Como durante los reinados de Claudio y Nerón, el senado se había llenado de hijos de libertos, Vespasiano junto con su hijo Tito como censor llevaron a cabo una «limpieza» de la institución renovándola con miembros tanto de la aristocracia romana como de la provincial.

En cuanto a la política exterior, el reinado de Vespasiano vio el asedio de Jerusalén y el posterior triunfo romano. Otros problemas se concentraron en el bajo Rhin con la rebelión de los bátavos, en Britania o en el Ponto.

Tito Vespasiano falleció el 23 de junio de 79 de muerte natural en su villa de *Aquae Cutiliae*, situadas en la actual Castel Sant'Angelo cerca de su ciudad natal. Sabiendo que llegaba el final de su vida comentó irónicamente: «creo que me estoy convirtiendo en un dios». Le sucedería su hijo mayor, Tito.

Tito (79-81)

Tito Flavio Vespasiano, Tito, había nacido en Roma en el año 39. Antes convertirse en emperador ya había participado junto con su padre en las campañas contra los judíos. Cuando Vespasiano llegó al poder, a Tito le fue encomendada la misión de terminar con la revuelta judía. Lo consiguió y fue premiado con un triunfo y con la construcción del arco que lleva su nombre y que hoy en día todavía podemos disfrutar.

Como hijo del césar, Tito no gozó de buena prensa entre sus conciudadanos romanos. Era el prefecto de la guardia pretoriana y mantenía una extraña relación con la reina Berenice de Cilicia.

Pero, una vez en el poder, la imagen de Tito cambió radicalmente y se hizo muy popular. Continuó la labor constructiva de su padre y se tuvo que enfrentar a situaciones más dramáticas como la erupción del Vesubio, el brote de peste o el incendio que asoló Roma en el año 80.

Sólo dos años mas tarde, el 13 de septiembre del año 81, Tito moría a causa de unas fiebres. Le sucedería su hermano menor, Domiciano.

Domiciano (81-96)

Tito Flavio Domiciano tenía 45 años cuando sucedió a su hermano Tito en el poder con el apoyo de la guardia pretoriana. Los escritores clásicos contrarios al nuevo emperador nos

han dejado la imagen de un hombre cruel, violento y desequilibrado que oculta toda su labor como gobernante. A diferencia de su hermano, él no se educó en palacio ni tuvo una formación militar concreta. Domiciano pasó la mayoría de su adolescencia solo ya que tanto su madre como su hermana, Domitila, habían fallecido.

Continuó la labor constructiva de su padre y de su hermano, y así reconstruyó el templo de Júpiter Capitolino, el Panteón, la termas de Agripa o el teatro de Marcelo dañados durante el incendio del año 80. Domiciano siguió con la política de romanización que había comenzado su padre al tiempo que intentó mantener el equilibrio en las fronteras.

Domiciano se ganó con prudencia y energía el respeto tanto de las legiones como de la ciudadanía. A los únicos que tiene en contra son los miembros del orden senatorial. La mala relación entre Domiciano y la aristocracia romana llegó a su punto máximo durante el intento de motín que llevó a cabo Antonio Saturnino, el legado en Germania y que fue reprimido muy duramente. Siete años más tarde, en el 96, se tramó una nueva conspiración entre miembros del orden senatorial, libertos, los prefectos del pretorio e, incluso, la propia emperatriz. Domiciano murió en su habitación apuñalado. Con él terminaba la dinastía Flavia después de 27 años en el poder.

Los Antoninos (96-192)

Tras la conjura que terminó con el asesinato de Domiciano, el Senado nombró a Nerva, como su sucesor. Marco Coceyo Nerva había nacido en Narni 66 años antes. Aunque reputado senador, Nerva no tenía experiencia militar y no sabía cómo tratar con las tropas. Como no tenía hijos biológicos ni modo de acercarse al ejército adoptó como hijo y sucesor al legado de la Germania, Marco Ulpio Trajano, un hispano natural de Itálica que en esos momentos tenía 44 años.

Como no podía ser de otra manera teniendo en cuenta su condición, Nerva volvió a colaborar con el Senado dictando medidas a su favor como el aforamiento de los senadores, su participación en asuntos de la administración, restitución de los bienes confiscados, regreso de los exiliados...

Elaboró una ley agraria para la distribución de pequeñas parcelas entre los ciudadanos más desfavorecidos. Para llevarla a cabo creó una comisión de senadores para que se encargaran de la compra, distribución y entrega de los lotes pero aún así, el programa no tuvo mucho éxito. Dos años después de haber llegado al poder, Nerva moría dejando como sucesor a uno de los hombres más brillantes de la historia de Roma.

Trajano (98-117)

Como hemos comentado más arriba, Marco Ulpio Trajano había nacido en Hispania, en la Bética, un 18 de septiembre del año 53 en el seno de una familia de origen indígena. Su padre era un general y senador de prestigio que había luchado junto a Vespasiano y Tito en la campaña de Judea.

Trabajador y fiel, Trajano fue escalando en el escalafón gracias a sus méritos prestando servicio desde Hispania hasta Siria, Germania o el Danubio. Cuando su padre fue nombrado gobernador de Siria y con solo 24 años, Trajano se puso por primera vez al frente de una legión.

Fue cuestor, pretor y cónsul. Era gobernador de la Germania Superior cuando fue adoptado por Nerva como heredero y sucesor. Se encuentra en Colonia Agrippina (Colonia) cuando su sobrino Adriano, por entonces tribuno, le da la noticia de la muerte del emperador.

Trajano volvió a colaborar con el Senado manteniendo las prerrogativas concedidas por Nerva y consultándole incluso en asuntos de política exterior aunque fuese él y sus consejeros los que tomaran la decisión final. Su buen trabajo tanto en la administración como en política exterior le valió el título de *optimus princeps*.

En el año 114, desarrolló el programa de los *alimenta* que había comenzado su predecesor. El objetivo era hacer préstamos a bajo interés *obligatio praediorum*, el 5%, a pequeños agricultores. El interés del préstamo se ingresaba en las cajas municipales para poder dar asistencia a los niños más desfavorecidos con el objetivo de aumentar la actividad agraria, frenar el despoblamiento rural y conseguir el mantenimiento de las familias más pobres.

Fuente: Wikipedia

Figura 74. Trajano. Instituto Alimentaria. Arco de Benevento. Detalle.

La idea fue imitada por algunos ciudadanos como se puede ver en la *tabula alimentaria traianea* o en la correspondencia de Plinio el Joven donde se lee que creó una institución parecida para los niños de su ciudad natal, Como.

> *Me consultas sobre cómo garantizar la seguridad, después de tu muerte, del dinero que has prometido a nuestros conciudadanos para pagar el costo de un banquete publico. Me honras con esta consulta, pero la respuesta no es sencilla. Podrías entregar directamente esa suma a la ciudad, pero existe el peligro de que se dilapide. Podrías darle unas tierras, pero se descuidaría su cultivo, como ocurre siempre con los campos públicos. Por mi parte, no encuentro nada mas adecuado que yo mismo he hecho. En lugar de abonar al municipio directamente los 500.000 sestercios que había prometido para la manutenci6n de muchachos y muchachas de nacimiento libre, le vendí al agente de las finanzas municipales una de mis propiedades, de un valor mucho mayor; luego la he vuelto a adquirir con una carga anual de 30.000 sestercios. De este modo, en efecto, el capital del municipio esta protegido y el interés es seguro, y el propio campo, a causa de que su valor supera en mucho la carga, siempre encontrara un dueño que 10 cultive. No ignoro que parece que he gastado una suma algo mayor de la que había donado, pues la obligaci6n de la carga ha rebajado el valor de un campo hermosísimo. Pero conviene anteponer los intereses públicos a los privados, las acciones inmortales alas perecederas, y tener mas consideraci6n del beneficio que uno pretende que de los propios bienes. Adiós.*
>
> (Plin. *Epist.* VII, 18. BCG n.º344. Trad. Julián González Fernández)

Preocupado por la justicia, siempre que estaba en Roma procuraba asistir en persona a los juicios llegando, en ocasiones, a dictar él mismo sentencia. Importante también fue su labor constructora. A él se deben los famosos mercados que llevan su nombre y que realizó Apolodoro de Damasco, la Columna Trajana, la basílica Ulpia,... En Hispania se construyó el acueducto de Segovia, el puente de Alcántara o el arco de Bará.

Los dacios habían desafiado a Roma en el año 87. Era un pueblo al norte del Danubio que ocupaba lo que hoy es la Rumanía moderna. En Roma se temía que su rey, Decébalo, estableciese un reino justo en la frontera del Imperio. En el año 101, Trajano decidió emprender una expedición hacia la Dacia con doce legiones. Tras cruzar el Danubio se dirigieron hacia Tapae donde escondidos les esperaban los dacios. Las tribus aliadas de Roma aconsejaron al emperador que respetase el pacto que había firmado Domiciano pero Trajano hizo caso omiso y siguió su marcha hacia la ciudad. La operación causó muchas bajas entre las tropas romanas aunque al final se consiguió la victoria. Tras asediar la capital, Sarmizegetusa, Trajano consiguió que Decébalo se rindiese. Se firmó la paz en el 102 y en honor a los caídos se levantó un altar en el que se realizarían sacrificios todos los años.

Fuente: Atlas Histórico UNED.

Mapa 64. El Alto Imperio. El Imperio en tiempos del emperador Trajano.

Pero el rey dacio no iba a mantener su palabra y no sólo expulsó a las guarniciones romanas sino que también atacó y saqueó las ciudades vecinas. Trajano volvió a cruzar el Danubio en el año 105. En el verano del año siguiente se asaltó la capital dacia. Decébalo huyó antes de ser capturado pero uno de los escuadrones romanos le siguió la pista y logró dar con él. Se quitó la vida antes de caer prisionero.

La conquista de la Dacia se convirtió en el hito de su reinado. No sólo consiguió una nueva provincia sino que también logró un enorme botín y el acceso de las minas de oro dacias para Roma. Todo este botín fue empleado en la construcción del nuevo foro donde hoy se puede ver la Columna Trajana. Para celebrar el triunfo sobre los dacios, Trajano organizó un larguísimo programa de espectáculos que duró tres meses. El triunfo sobre los dacios supuso además de importantes ingresos, la consolidación del poder del césar. En el 117 Trajano murió dejando como heredero a Publio Elio Adriano.

Adriano (117-138)

Paisano y sobrino segundo de Trajano, Adriano, descendiente de una familia de itálicos asentados en la región tras la conquista de Escipión, había nacido en Itálica en el año 76.

Huérfano de padre, se trasladó muy pronto a Roma y allí comenzó su carrera a la sombra Trajano. Cónsul, gobernador de Siria, se encontraba en Antioquía como legado cuando supo de la noticia del fallecimiento del emperador. Casi un año después, llegaba a Roma.

Adriano es un hombre culto, formado, curioso, inquieto, pero al mismo tiempo soberbio y orgulloso incapaz de soportar las críticas. Renunció a nuevas conquistas y de esa manera frenó la expansión del Imperio. A partir de entonces, los esfuerzos se centrarían en reforzar la seguridad en las fronteras. Viajó a lo largo del Imperio como no lo había hecho antes ningún emperador pasando más tiempo de su reinado visitando el Imperio que en Roma.

Intentó seguir teniendo buenas relaciones con el Senado. Mantuvo los privilegios de los senadores, los tenía informados cuando se ausentaba de Roma e, incluso, asistía a las sesiones. Pero, poco a poco, sin hacer mucho ruido le fue quitando poder. Hasta tal punto que cuando falleció se intentó una *damnatio memoriae* contra él. Pero era el consejo imperial, formado por hombres de su confianza, el que realmente se había convertido en el órgano consultor del emperador.

También llevó a cabo una importante labor legislativa. Destacan sus medidas de carácter social donde muestra su sensibilidad por el trato que reciben los esclavos. También intentó favorecer a los pequeños propietarios frente a los grandes terratenientes.

Amante de la cultura, sobre todo de la griega, abrió en Roma el Ateneo como unión de los dos mundos, el griego y el romano. El Ateneo se convirtió en el punto de encuentro de poetas e intelectuales de Grecia, Roma y Oriente. Tampoco olvidó la arquitectura. A él se debe la reconstrucción del Panteón, del templo de Venus y Roma o la construcción de su magnífica residencia fuera de Roma, Villa Adriana.

En su idea de poner límites al Imperio, Adriano mandó construir muros allí donde no hubiese fronteras naturales. Los campamentos se harían estables y los legionarios se reclutarían en las mismas provincias. El limes más conocido es el muro de Adriano, establecido entre Britannia y Caledonia y que durante más de cien kilómetros cruzaba Britania de lado a lado.

Fuente: national Geographic.

Figura 75. Adriano: los límites del imperio. El muro de Adriano.

El conflicto más difícil al que se tuvo que enfrentar fue en Judea. Las medidas que Adriano había promulgado con el fin de asimilar a los judíos en la cultura romana por la fuerza habían tenido como respuesta un motín que costó tres años sofocar.

En el año 136, y como no había tenido descendencia, Adriano adoptó a Tito Fulvio Boyonio Arrio Aurelio Antonino Pio con la condición de que éste, a su vez, adoptara a Lucius Aelius Verus y le diera la mano de su hija, Annia Galeria. Antonino aceptó y en el año 138 se convirtió en el nuevo emperador.

Antonino Pio (138-161)

Nada más llegar al poder, lo primero que hizo el nuevo emperador fue intentar convencer al Senado de que concediese a Adriano honores divinos. Por este asunto, por salvar de la muerte a los hombres que habían sido condenados por su predecesor o por auxiliar a su suegro, se le añadió el *cognomen* de *pío*.

Quizá no tendría el genio militar de Trajano pero era un hombre honrado, equilibrado y con un profundo sentido del deber. Utilizó su fortuna personal para hacerse cargo de gastos como la donación a los ciudadanos y al ejercito con motivo de su proclamación como emperador o la reparación de edificios públicos.

La buena administración permitió que se pudiera aumentar la cobertura de ciertos servicios sociales como los *alimenta* con la creación de un nuevo programa, *puellae Faustinae*, pensado para mejorar las condiciones de las chicas, discriminadas en los *alimenta* con respecto a los chicos.

Antonino fue tolerante con otras religiones y permitió, por ejemplo, la libre circulación de los judíos. Aunque tuvo que intervenir militarmente en algunos sitios en momentos concretos, se mantuvo la política pacifista que ya había instaurado Adriano. Después del reinado más largo desde el de Augusto, Antonino falleció a causa de unas fiebres en marzo de 161. El senado entonces proclamaba como nuevo emperador a Marco Aurelio, yerno de Antonino, y a Lucio Vero.

Marco Aurelio (161-180) y Lucio Vero (161-169)

Marco Aurelio y Lucio Vero habían sido adoptados por Antonino Pio siguiendo los deseos de Adriano e iban a ser los dos primeros emperadores que reinaran juntos.

Los conflictos en Partia y Germania y la experiencia militar de Vero hicieron que Marco Aurelio tomara la decisión de enviar a su compañero a oriente donde se necesitaba una figura autoritaria y aceptada entre los legionarios que garantizara su lealtad.

A diferencia de Vero, Marco Aurelio no tenía ni experiencia castrense ni en gestión. Su educación había sido más bien humanística y filosófica.

Como los anteriores Antoninos, Marco Aurelio intentó mejorar las condiciones de los ciudadanos más débiles. Para ello, promulgó leyes que protegían a las viudas y los menores. Se estableció una nueva división social; a partir de entonces la sociedad romana quedaría repartida entre *honestiores* y *humiliores* (el más distinguido y el menos distinguido).

La vuelta de las legiones de Partia para participar en el triunfo trajo un enemigo invisible. La conocida como la plaga de Galeno se extendió por todo el territorio romano desde el 165 al 180. Fue una pandemia de sarampión o viruela que acabó con la vida del propio Vero. Nueve años después, volvió a aparecer otro brote de la enfermedad causando la muerte en algunas zonas de hasta un tercio de la población.

Marco Aurelio murió en 180 dejando el trono a su hijo Cómodo con el que había compartido gobierno durante los tres últimos años. Fue el único Antonino que nombró a un hijo biológico como heredero pero, como se vería después, no fue la decisión más acertada.

Cómodo (180-192)

Lucio Aurelio Cómodo llegó al poder con tan sólo 19 años y con el único mérito de ser el hijo de Marco Aurelio.

Su reinado comenzó con un complot para asesinarle planeado entre su hermana y su mujer. Al descubrimiento de la conjura siguió un periodo de persecuciones que deterioró totalmente su relación con el Senado al tiempo que se deshacía de los colaboradores con los que había trabajado su padre.

Comienza una política de despilfarro a base de organizar espectáculos con el único objetivo de congratularse con el pueblo. La consecuencia lógica de semejante despropósito fue el déficit en las cuentas del Estado que repercutió en los programas sociales como los *alimenta* que no se pudieron mantener.

Para remediar la grave situación económica, comienza a perseguir a senadores para hacerse con su herencia, subasta cargos públicos y mandos militares y, de nuevo, devalúa la moneda.

Si en Roma la situación es de incertidumbre, en el exterior, sin embargo, la tranquilidad fue el denominador común con excepción de algunos incidentes aislados en Britannia.

El modo de concebir la vida de Cómodo poco tenía que ver con el estoicismo de Marco Aurelio. Cómodo siempre estuvo muy orgullos de su aspecto físico y por eso ordenó que se erigieran estatuas suyas como Hércules por todo el Imperio. Esa obsesión suya por el semi dios le hacía participar en las *venationes* del anfiteatro como un gladiador más. Esto, lejos de procurarle popularidad, hacía que aumentase la ira del pueblo hacía él porque no era el comportamiento digno que se esperaba del emperador.

En su ansia por convertirse en un dios, Cómodo llegó a dar su nombre a un mes del año, a todas las legiones y flotas e, incluso, cambió el nombre de la propia Roma que pasó a denominarse *Colonia Lucia Aurelia Nova Commodiana.*

Un día, su concubina Marcia y el prefecto del pretorio organizaron un plan para evitar ser ejecutados. Trataron de eliminar a Cómodo con veneno pero como lo vomitó, hicieron que un atleta le estrangulara mientras se bañaba. Tenía 32 años y se iba sin dejar heredero.

Los Severos (193-235)

El año de los cinco emperadores: Pértinax, Didio Juliano, Clodius Albinus, Pescennius Niger y Septimio Severo

Los asesinos de Cómodo eligieron con emperador a Publio Helvio Pertinax que tuvo un breve reinado de 86 días. Pértinax Intentó seguir la política de Marco Aurelio así que su primer objetivo fue sanear las arcas públicas, vacías gracias a los desmanes de Cómodo. Sin embargo, sus recortes y la concesión de tierras para quien las cultivara no gustaron mucho ni a latifundistas ni a los servidores públicos. Un 28 de marzo un grupo de unos trescientos pretorianos se presentaron en su palacio con la intención de reclamar la mitad de la recompensa que se les debía. Pertinax intentó razonar con ellos pero el golpe que recibió de uno de ellos terminó con su vida.

Lo que ocurrió a continuación fue uno de los espectáculos más vergonzosos de la historia de Roma: Los pretorianos subastaron el trono al mejor postor. Y el ganador de la subasta fue Marco Didio Iulianus respetado senador que no estaría más de dos meses en el cargo.

Sólo el Senado ratificó el nombramiento de Didio Juliano porque ni el pueblo ni las legiones estaban dispuestas a hacerlo. Y en cuanto lo hizo, los legionarios de Pannonia Inferior eligieron como emperador a su legado, Septimio Severo; los de Siria hicieron lo mismo con el suyo, Pescennius Niger y en Britannia el elegido fue Clodius Albinus. De la guerra total que estalló a continuación salió victorioso Septimio Severo.

Septimio Severo (193-211)

Septimio Severo había nacido en Leptis Magna (hoy en Libia). Había sido gobernador de la Galia Lugdunense y cónsul.

Después de deshacerse de Didio Juliano, llegó a Roma y sustituyó la guardia pretoriana por hombres de su confianza.

Pero mientras Septimio Severo celebraba su nombramiento y los funerales por Pértinax, Pescennius Niger conseguía reunir en oriente a seis legiones.

El segundo episodio de la guerra se desarrolló entre julio de 193 y noviembre del año siguiente. Aunque Niger consiguió en un principio derrotar a Severo, no pudo evitar que éste sitiara Bizancio a la que asedió durante dos años. Al final, Niger resultó derrotado.

El siguiente capítulo del conflicto enfrentó a Severo con Clodio Albino. Aunque a Clodio lo apoyaban las legiones de Britannia, Galia y la Tarraconense, acabó siendo derrotado en la batalla de Lugdunum y quitándose la vida.

Tras la guerra había quedado claro que el poder en Roma estaba basado en el ejército. Dice el historiador Dión Casio que cuando Septimio Severo estaba a punto de fallecer aconsejó a sus hijos que enriquecieran a los soldados y que hicieran caso omiso al resto.

Ya en el poder, el nuevo emperador, de 47 años, llevó a cabo un interesante actividad constructiva que incluía la nueva residencia imperial en el Palatino, la *domus serviana*, el arco que lleva su nombre, todavía hoy en pie, y que fue construido para celebrar su victoria sobre los partos.

Reforzó el poder de la clase media (artesanos y comerciantes) y la gestión de los bienes que había confiscado a sus enemigos le convirtieron en uno de los principales exportadores de aceite de la Bética. Una de las reformas más interesantes fue la creación de la *annona*, un impuesto que iba a garantizar el mantenimiento del ejército al menos durante dos cientos años. Septimio Severo moriría en febrero del 211 dejando como herederos y sucesores a sus dos hijos: Caracalla y Geta.

Episodio aparte merecería el papel de la emperatriz, Julia Domna. De origen sirio, Julia contrajo matrimonio con Septimio Severo en 187 y fue la madre de sus dos hijos. Parece que Julia y su hermana, Julia Mesa, formaban parte de un círculo intelectual en el que participaban científicos y filósofos como el médico Galeno. Julia era una mujer inteligente, con un gran nivel cultural y, por eso, tanto su marido como su hijo Caracalla le consultaban su opinión sobre temas relacionados con el gobierno. Acompañó con frecuencia a su marido en campaña, (llegó incluso a ser nombrada *Mater Castrorum* por iniciativa de las tropas) y los dos la dejaron como regente en muchas ocasiones cuando tenían que ausentarse de Roma. Cuando sus hijos murieron, ella se quitó también la vida.

Caracalla (211-217) y Geta (211-212)

Septimio Severo y Julia Domna habían tenido dos hijos: Lucio Septimio Basiano y Publio Septimio Geta. Con la muerte de Septimio, la rivalidad que ya había entre Caracalla y Geta se agravó. Y lo hizo tanto que Caracalla acabó con la vida del hermano pequeño que moriría en brazos de su madre.

Tras la muerte de su hermano y de unos 20.000 posibles testigos de su implicación en el crimen, Caracalla se marchó de Roma para unirse a las legiones. Dicen los historiadores romanos que se adaptó totalmente a la vida castrense hasta el punto de moler su propio trigo. No volverá hasta su muerte en 217. Después de pacificar la frontera norte, se dirigió hacia oriente. Fue entonces cuando el prefecto del pretorio, Macrino, encabezó una revuelta que terminaría con su asesinato.

El legado más importante que iba a dejar Caracalla fue la *constitutio Antoniniana* del año 212 por la que se concedía la ciudadanía romana a todos los habitantes del imperio. El edicto tenía como objetivo unificar políticamente el territorio y aumentar la recaudación fiscal necesaria para mantener las campañas militares contra los germanos y los partos.

Macrino se haría brevemente con el poder de Roma hasta que le sucedió el sobrino de Caracalla, Heliogábalo

Macrino (218-218)

Marco Opelio Macrino fue proclamado emperador por sus soldados. Intentó solucionar el problema con los partos pagándoles pero a costa de recortes en el sueldo de los legionarios. La buena imagen que tenían las tropas de él cambió radicalmente y así, en mayo de 218 proclamaron a Heliogábalo como emperador. El enfrentamiento con las tropas partidarias de Heliogábalo tendría lugar en junio. Macrino fracasó y huyó del campo de batalla aunque fue encontrado y ejecutado.

Heliogábalo (218-222)

Vario Avito Basiano era hijo de Julia Soemía, y Sexto Vario Marcelo. Cuando fue nombrado emperador apenas tenía 14 años. Sacerdote del dios El-Gabal en Siria, reemplazó a Júpiter como principal dios del panteón romano por el dios Sol invicto. Se le acusó de llevar un comportamiento nada digno de un emperador (se llegó a insinuar que se prostituía en el palacio imperial) y eso provocó el rechazo de la guardia pretoriana y el Senado.

Con tal solo 18 años, fue asesinado y sustituido por su primo Alejandro Severo.

Alejando Severo (222-235)

Marco Aurelio Severo Alejandro era hijo de Gesio Marciano y de Julia Mamea, la otra hija de Julia Mesa. Es, por tanto, primo hermano de Heliogábalo. Su ascenso al trono fue el resultado del trabajo de su madre y su abuela que se encargaron de lanzar tal campaña de propaganda que todo el mundo quería ver a Alejandro en el trono.

Sólo tenía 13 años así que, quien realmente llevaba las riendas de Roma era su madre y, sobre todo, su abuela.

Durante los primeros años del reinado de Alejandro Severo se intentó hacer frente a los serios problemas económicos por los que pasaba el Imperio. Y una de las mejores decisiones fue la de nombrar a Domicio Ulpiano, uno de los mejores juristas del momento, como prefecto del pretorio.

Pero la muerte de Julia Mesa significó el principio del fin de Alejandro y de la propia dinastía de los Severos.

Alejandro Severo trató de cerrar los problemas de fronteras en el Danubio como lo había intentado Macrobio: pagando. El motín no se hizo esperar y el emperador y su madre fueron asesinados.

A partir de ahora, el imperio estaría en manos del ejército.

EL BAJO IMPERIO

La anarquía militar (235-268)

Durante los siguientes 50 años, Roma vio como 26 emperadores se sucedían en el trono. Algunos no llegarían a durar en el cargo ni un solo día.

Desapareció prácticamente cualquier atisbo de autoridad mientras los soldados destinados en las fronteras ponían y quitaban emperadores a su antojo. El descontrol llegó a tal punto que algunas de las provincias se separaron para formar el Imperio Galo (Galia, Hispania y Britania) y el de Palmira (Siria, Palestina y Egipto) con el fin de poder hacer frente a los peligros que desde las fronteras amenazaban al imperio.

Los emperadores ilirios (268-285)

Cuando una serie de emperadores enérgicos se pusieron al mando del imperio, se comenzó a recuperar los territorios perdidos como Hispania.

Aureliano consiguió derrotar a visigodos, vándalos y persas desmontando el Imperio Galo.

Pero las causas de la crisis continuaban estando allí. Una de ellas era el derecho de sucesión. Nunca había estado claro y eso había permitido el estallido de innumerables guerras civiles. Otro problema era el mismo imperio. Con unas dimensiones tan grandes y una burocracia lenta e ineficaz era muy difícil el poder administrarlo. El sistema de cobro de impuestos, por ejemplo, era muy complicado y, en muchas ocasiones, infectivo.

La falta de capital disponible para hacer frente a todos los gastos (el tamaño del ejército había aumentado un 25%) llevó a una devaluación de la moneda y a la consiguiente inflación. La caída del valor de la moneda y el aumento de los precios perjudicó tanto a la importación como a la exportación haciendo que cada vez fuera más difícil para la industria la salida de sus productos colapsando el comercio.

La extensa red de vías y puertos había permitido hasta entonces a comerciantes y mercancías trasladarse a lo largo del imperio con relativa facilidad y seguridad. Pero la necesidad llenó los caminos de salteadores al tiempo que se vaciaban de las tropas que los vigilaban al estar más ocupadas con el poder político.

Consecuencia directa de la crisis económica y financiera fue el éxodo que se produjo de la ciudad hacia el campo. El aumento del precio de los alimentos básicos hacía muy difícil el conseguirlos y eso fue lo que empujó a las clases menos favorecidas a renunciar a sus derechos como ciudadanos para buscar protección junto a los grandes latifundistas dando los primeros pasos hacia el feudalismo medieval. La aristocracia urbana propietaria de grandes extensiones también abandonó la ciudad con dirección hacia sus haciendas donde serían autosuficientes.

Aunque con diferencias entre unas regiones y otras, en general se podría decir que la crisis del s.III iba a abrir la puerta hacia un nueva etapa en la historia de la Humanidad: La edad Media.

Diocleciano y la tetrarquía (285-305)

Gayo Valerius Aurelius Dioclecianus era un oficial dálmata de cuarenta años, de origen humilde que con esfuerzo y servicio había ido ascendiendo a los puestos más altos del ejército romano hasta llegar a convertirse en el último de los emperadores ilirios. Magnífico militar y buen administrador, Diocleciano iba a poner en marcha una serie de medidas económicas, sociales, militares, administrativas y religiosas, las Reformas de Diocleciano, que, si no devolverían al Imperio su esplendor, al menos le mantendrían vivo en Occidente por lo menos un siglo más.

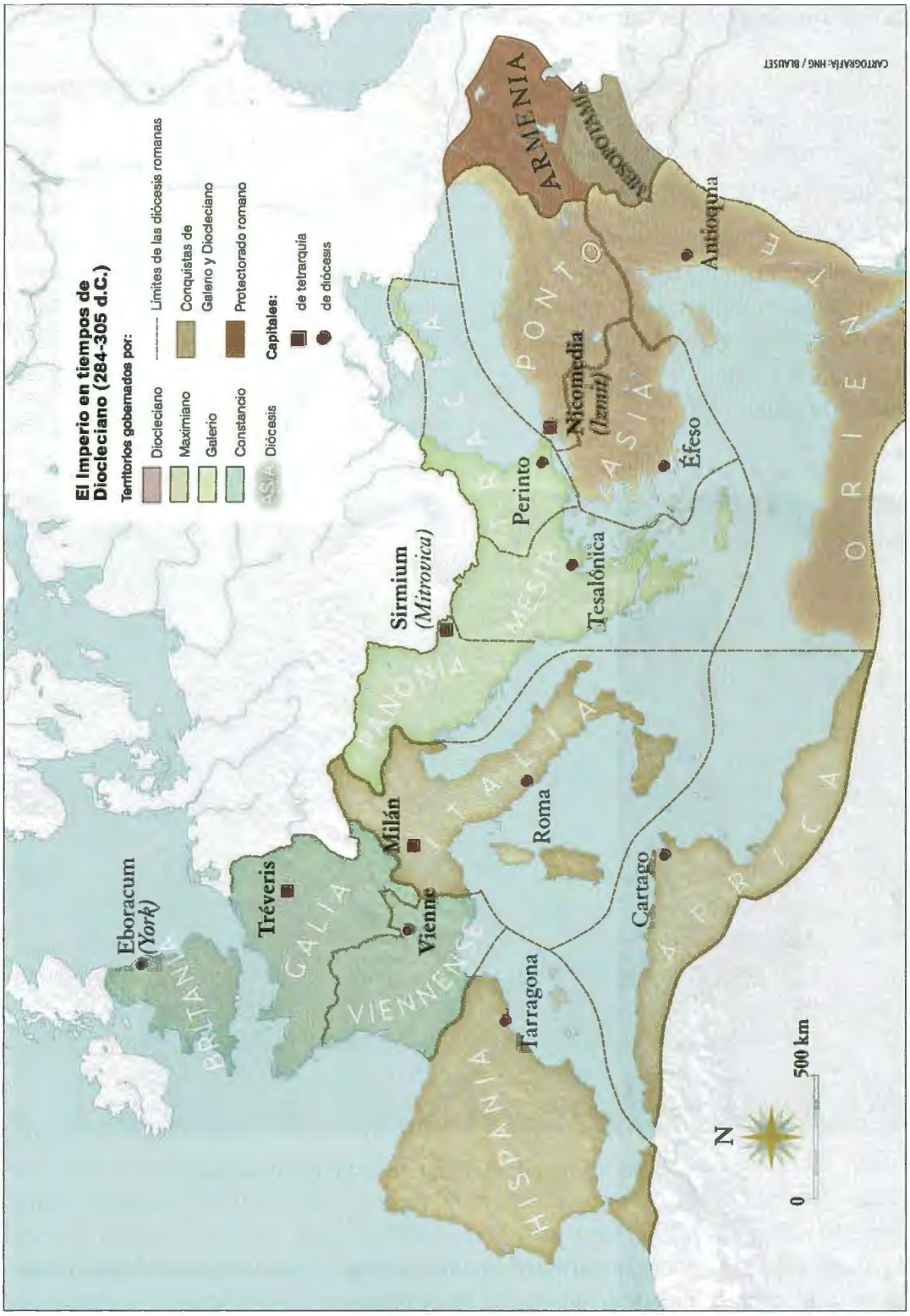
La Tetrarquía

Para evitar las sucesiones que terminaban en una guerra civil, Diocleciano nombró a Maximiano como su augusto. Seis años más tarde, nombró a dos generales, Constancio Cloro y Galerio, como césares con el objetivo de que sucedieran a los dos augustos. La idea era que el imperio estuviese gobernado por los cuatro: los dos augustos y los dos césares. Era la Tetrarquía.

Diocleciano controlaba los territorios más orientales (Egipto, Asia y el Ponto), estableciendo su capital en Nicomedia. Maximiano tenía su capital en Milán controlando Hispania, Italia y Africa. Constancio Cloro tenía bajo su potestad Britania, Galia y la Vienense con la capital en Treveris. Y, finalmente, Galerio tendría que ocuparse de Panonia, Mesia y Tracia desde su capital en Sirmiun.

Figura 76. La Tetrarquía. Escultura de los cuatro tetrarcas.

Como se puede ver en el reparto y el establecimiento de las sedes, Roma había dejado de ser la gran capital porque era imposible desde ella abarcar un territorio tan grande.



Fuente: National Geographic Historia

Mapa 65. La Tetrarquía. El Imperio durante la Tetrarquía.

Uno de los grupos de reformas más interesantes de Diocleciano fue el que tuvo que ver con el mundo militar. Con el objetivo de defender mejor el imperio y, de paso, limitar el poder de los oficiales y las probabilidades de motines y guerras civiles, Dicleciano aumentó el número de legionarios hasta los 400.000. Pero como no era fácil encontrar tantos soldados, decretó el reclutamiento forzoso de los hijos de legionarios y de bárbaros. Las tropas quedaron divididas en dos grupos. Los *limitanei*, acuartelados en frontera y bajo la dirección de un *dux*, no dependían de los gobernadores de la provincia sino de alguno de los tetrarcas, y los *comitatenses*, «los amigos del emperador», unidades ligeras de fácil traslado que eran movilizadas desde las capitales a donde hicieran falta. A esta velocidad de reacción favoreció otra de las reformas de Diocleciano que consistió en aumentar en número de legiones pero mas pequeñas.

La hacienda pública fue otro de los asuntos que centraron la atención del emperador. Con la finalidad de mejorar las cuentas públicas, Diocleciano creó un censo catastral con las unidades territoriales, *iuga*, sometidas a impuesto. Un *iugum* era la extensión mínima de terreno que podía ser trabajada por una persona, *caput*, para su subsistencia. Para el cálculo de la cantidad a pagar se tenía en cuenta la calidad de la tierra y los productos cultivados. Por ejemplo, un iugum equivalía a cinco yugadas de viñas, a 225 olivos en terreno llano o a 540 en zona montañosa. El *caput* era la unidad de trabajo, el agricultor. También aquí había una tabla de equivalencias: un hombre valía como varias mujeres, por ejemplo. El impuesto *caput-iugum* no se cobraba a los habitantes de las ciudades ni a los indigentes porque no poseían tierras. El impuesto se pagaba en especie, *annona*, y los encargados de recaudarlo eran los *exactores*.

Diocleciano continuó con la idea de Aureliano de hacer una distribución provincial que permitiese un mejor control del territorio. Las provincias se agruparon en *diócesis*. Al frente de cada diócesis estaría un vicario. Los vicarios pertenecerían al orden ecuestre y sus funciones serían sólo civiles. Las labores militares entraban dentro de las labores de los *duces*. Con la reforma territorial de Diocleciano, las provincias quedaban divididas en doce diócesis. En oriente estaban: Oriente, Ponto, Asia, Tracia, Mesia y Panonia, mientras que las otras seis de occidente eran: Britania, Italia, Galia, Hispania, Vienense y África.

Durante el reinado de Diocleciano se produjo la mayor persecución de cristianos ocurrida hasta esos momentos. Entre los años 303 y 304 se promulgan cuatro edictos que ordenaban, entre otras cosas, la destrucción de las iglesias, la expulsión de los cristianos de cualquier cargo público o la obligación de realizar sacrificios a los dioses bajo pena de muerte.

Veinte años después de su llegada al gobierno, en el 305, Diocleciano renuncia en Nicomedia a todos sus derechos y se retira a su residencia en Salona (Split). Desde Marco Aurelio ningún emperador había podido mantenerse en el trono durante tanto tiempo y con tan buena fortuna.

Una vez retirado Diocleciano, había que comprobar si el plan de renovación de la tetrarquía que había diseñado funcionaba. La dimisión de Diocleciano obligaba al otro augusto, Maximiano, a hacer lo mismo para dejar que los dos césares, Constancio Cloro y Galeno, se convirtiesen en augustos. Según el plan, se deberían nombrar dos nuevos césares que en el futuro les sustituirían.

Y así fue. Flavio Valerio Severo fue elegido como césar de Constancio Cloro para occidente y Valerio Maximino Daya como césar de Galerio para oriente. Se habían quedado fuera el hijo de Maximiano, Majencio, y el de Constancio Cloro, Constantino con el consiguiente enfado de los interesados y de sus padres. Era cuestión de tiempo, de poco tiempo, que los problemas empezaran a aparecer.

Y aparecieron justo un año después cuando durante una campaña Constancio Cloro murió. Entonces, su hijo Constantino fue elegido como nuevo césar. En Roma, mientras tanto, Majencio, el hijo de Maximiano, protagonizaba, con la ayuda de su padre, una sublevación que terminó con su autoproclamación como augusto. Como Constantino, casado con la hermana de Majencio, tampoco estaba dispuesto a renunciar al título de augusto, Maximiano decide volver a la política y convertirse, de nuevo, en augusto. Así que, en estos momentos, tenemos cinco augustos en lugar de dos: Galerio, Flavio Valerio, Majencio, Constantino y Maximiano, y un solo césar, Maximino Daya.

Galerio le propuso a Flavio Valerio terminar con la situación por la fuerza pero Valerio murió en el intento. Galerio, en lugar de nombrar augusto al césar de Valerio, Daya, nombró a otro, a Valerio Licinio, lo que provocó el enfado de aquel y que también se autoproclamara augusto. Ahora ya no había cinco augustos, ¡había seis! Y ningún césar.

Inútil es comentar que el sistema de renovación de la tetrarquía que había diseñado Diocleciano había sido un total fracaso.

En vista del caos y para evitar males mayores, se le propone a Diocleciano que se haga cargo de nuevo de la dignidad imperial pero no acepta. Sin embargo, a cambio, plantea una solución: dejar a Galerio y a Licinio como augustos y a Constantino y a Daya como césares. Pero como nadie cede, Diocleciano termina por tirar la toalla. Semejante embrollo sólo parecía tener una solución: una guerra de todos contra todos.

De los seis candidatos, el primero en causar baja fue Maximiano que renunció y se exilió a la Galia donde estaba Constantino. Volvían a quedar cinco. En 311 Galerio fallecería y con él la última oportunidad para la tetrarquía de funcionar. Con la desaparición de Galerio, el número de aspirantes se quedaba en cuatro: Majencio, Constantino, Daya y Licinio. Majencio y Daya comenzaron a confabular en secreto mientras que los otros dos hacían lo mismo pero más abiertamente.

Constantino decidido a eliminar a su cuñado Majencio dirigió sus tropas hacia Roma. Allí se produjo el famoso enfrentamiento en el puente Milvio donde Majencio fue derrotado y Constantino consiguió el control de occidente.

Majencio había establecido su campamento frente al puente Milvio y el pontón de barcazas que había construido para taponar el acceso a Roma. La primera idea era resistir un posible asedio pero después, cambió de opinión y salió en busca de Constantino.

La tradición cristina cuenta que la noche anterior a la batalla, Constantino soñó con una cruz luminosa y una voz que decía: «*In hoc signo vinces* (bajo este signo, vencerás)». Esa mañana, según Lactancio, mandó a sus hombres que pintasen sobre sus escudos una cruz mientras que otras fuentes afirman que lo que se pintó fueron las dos primeras letras de la palabra *Christos*. La versión del sueño difiere, pues, según los autores llegándose a interpretar como un simple fenómeno meteorológico.

Sea como fuere el caso es que los 40.000 hombres de Constantino se enfrentaron a los 100.000 de Majencio.

Tras su victoria, Constantino se reúne con Licinio en Milán donde acuerdan aplicar el edicto de Galeno. El edicto de Milán implicaba la libertad de culto, la devolución de los bienes confiscados a los cristianos y el retorno a la tolerancia religiosa firmada por Galeno. Era el año 313.

Poco después, el intento de Maximino Daya de conquistar parte del territorio de Licino terminó en absoluto fracaso y con su propia vida. Ya sólo quedaban dos y aunque la hermana de Constantino se había casado con Licinio, las desavenencias entre ambos no iban a tardar en aparecer. Constantino irá reduciendo el territorio de Licino hasta que en el 324 derrota a definitivamente a su cuñado.

Constantino (323-337) y sus sucesores

Después de las victorias de Adrianópolis y Crisópolis, comenzaba el reinado de Constantino en solitario y el de una dinastía que se extendería hasta bien iniciado el s.IV. Una de las primeras decisiones que tomó el nuevo emperador fue trasladar la capital a Bizancio que años más tarde convertiría en Constantinopla. La razón del traslado tiene que ver con la situación geográfica de la ciudad y la mayor importancia que estaba adquiriendo la parte oriental de imperio.

Los grandes gastos que tenía el estado obligaron al pago de nuevos impuestos y la creación de un nuevo modelo de moneda base. A partir de entonces sería el *solidus* de oro. La nueva moneda favoreció las relaciones comerciales pero las personas que no podían acceder a ella se tenía que conformar con las devaluadas monedas de otros metales. En consecuen-

cia, los ricos se hicieron más ricos y la distancia entre ellos y los menos privilegiados aumentó haciendo desaparecer prácticamente la clase media.

Cuando Constantino murió en el 337 dejó el imperio a sus tres hijos lo que provocó las ya habituales luchas por el poder. Constantino II murió en Aquileya y sus dos hermanos, Constancio y Constante se repartieron el imperio. Constancio se quedaría con la parte oriental mientras que la occidental sería para Constante.

Los siguientes años, desde 340 hasta 350, los dos hermanos gobernaron con relativa paz a pesar de las diferencias religiosas que había entre ambos. Mientras Constante era defensor de la ortodoxia, Constancio se inclinaba hacia el arrianismo.

Pero los principales problemas de Constante en el occidente del imperio no eran religiosos. A las revueltas sociales tenía que añadir la entrada en escena de un usurpador llamado Magnencio que acabaría siendo proclamado augusto. Constante fue asesinado mientras Magnencio era reconocido como emperador en la Galia y luego en Roma. El siguiente conflicto sería el que enfrentaría a Magnencio con Constancio y que terminaría con el triunfo del hijo de Constantino.

Constancio nombró césar a su primo Flavio Claudio Juliano y se preparó para comenzar una expedición en Persia. Murió de repente en el 361.

Juliano el Apóstata (361-363)

Juliano se había educado rodeado de filósofos, oradores y literatos orientales que le habían inculcado el amor por la lectura de los clásicos. Cuando se convirtió en emperador, Juliano decretó la libertad de culto en todo el territorio favoreciendo de forma clara el paganismo. Para volver a fomentarlo, Juliano empezó por suprimir los privilegios que gozaban obispos y sacerdotes ayudando a las poblaciones que todavía mantenían el espíritu pagano y promocionando a aquellas personas paganas en lugar de a los cristianos.

Juliano volvió a acuñar moneda con símbolos paganos y fomentó la construcción de templos paganos y los sacrificios al tiempo que recuperaban sus bienes. El objetivo era poner las bases sociales y económicas necesarias para que el paganismo pudiese restablecer el esplendor de tiempos pasados.

Juliano procuró rebajar la fuerte presión fiscal intentando volver a utilizar la plata, con una moneda fraccionaria, la siliqua (literalmente, semilla de algarrobo).

Pero, apenas dos años después de su llegada al trono moría luchando contra los persas. Tenía 32 años y no había dejado sucesor.

Los Valentinianos y Teodosio

Con la muerte de Juliano se extinguía la dinastía de Constantino. Los mandos del ejército eligieron entonces a uno de los comandantes de la guardia, el general Joviano.

Flavio Claudio Joviano era un militar cristiano de segunda fila que se convirtió en emperador en un momento bastante delicado para Roma. El frente persa se tenía que solucionar y Joviano se vió obligado a firmar una paz muy desventajosa pero necesaria. Como cristiano, quería romper con toda las medidas paganas promulgadas por Juliano, de forma que devolvió los bienes confiscados a la iglesia y se prohibieron los sacrificios y los rituales mágicos. Ocho meses después de su proclamación, moría envenenado no se sabe si a causa de unas setas o del monóxido de carbono producido por un brasero.

Valentiniano (364-375) y Valente (364-378)

En Nicea, los oficiales en esa ciudad eligen como nuevo emperador a Flavio Valentiniano (Valentiniano I). Valentiniano nombró a su hermano, Valente, como segundo augusto. Los hermanos decidieron repartirse el imperio. Valentiniano se quedaría en occidente controlando los territorios de Italia, Iliria, Hispania, Galia, Britania y África con capital en Milán dejando a Valente en Constantinopla la mitad oriental con Grecia, Siria, Egipto, los Balcanes y Asia Menor

Los dos hermanos tuvieron, como sus predecesores, que hacerse cargo de la presión en las fronteras. Valentiniano se vio obligado a rechazar las invasiones bárbaras que se estaban produciendo en la Galia mientras que Valente se encontraba con el motín protagonizado por Procopio.

Valentiniano I murió en 375. Años antes, en 367, había asociado al trono a su hijo Graciano pero las tropas ilíricas eligieron a Valentiniano II, que era un niño de cuatro años, y Graciano tuvo que aceptar que Ilíria pasase a manos de su medio hermano.

Y mientras esto pasaba en occidente, en oriente las humillaciones, el robo de alimentos por parte de los funcionarios romanos, el capricho y el despotismo hacia la población goda establecida, acabó con la paciencia de ésta. La sublevación goda permitió el pillaje y saqueo de las poblaciones de Tracia y los Balcanes. Valente pidió ayuda a Graciano pero impaciente

no esperó a la ayuda de su sobrino y el ejército romano fue destruido en Adrianópolis falleciendo el propio Valente en la contienda.

Como Valente no dejaba ni hijos ni herederos, la parte oriental del imperio pasaría a sus sobrinos, Graciano y Valentianiano II. Pero Valentiniano todavía era un niño muy pequeño y Graciano, con 20 años y con la situación que tenía en la Galia, necesitaba ayuda.

Teodosio (378-395)

Graciano asoció como colega de oriente al general Honorio Flavio Teodosio, nacido en Hispania e hijo del hombre de confianza de Valentiniano I. El imperio volvía a estar en manos de tres personas: Graciano, su hermano Valentiniano II y Teodosio.

Durante los siguientes cinco años, los mayores problemas del Imperio serán frenar los ataques de los bárbaros, por un lado, y las cuestiones religiosas, por otro.

Mientras Graciano volvía a la Galia para enfrentarse con los alamanes, Teodosio firmaba un tratado de paz con los godos por el cual se establecerían en Moesia (actualmente en Serbia) en calidad de federados de Roma pero con la obligatoriedad de prestar servicio militar.

Una vez solucionado el problema godo, Teodosio pudo reestablecer relaciones con Persia. El pacto firmado dividía Armenia entre las dos potencias y así la frontera oriental quedaba tranquila.

Hemos comentado que uno de los problemas de este momento era el asunto religioso. Graciano, que hasta entonces había tenido la actitud de tolerancia de su padre, empieza a mostrarse totalmente intransigente. Se prohíben los ritos paganos y se destruyen templos. Graciano anula la inmunidad de las Vírgenes Vestales, confisca sus tierras y renuncia al título de *pontifex máximus*. Teodosio se une a esta corriente anti-pagana cerrando la escuela de Atenas, prohibiendo los juegos olímpicos y, desde 391, cualquier otro culto que no fuera el cristiano.

El apoyo dado por Graciano a los bárbaros va a traer como consecuencia un motín entre la oficialidad romana que va a nombrar emperador a Magnus Clemens Maximus, el gobernador hispano de Britania que, en el 383, va a terminar con la vida de Graciano.

Tanto Teodosio como Justina, madre y regente de Valentiano II, aceptan el nombramiento de Maximus. El primero porque está centrado en los problemas de oriente y la segunda porque piensa que es la mejor manera de asegurar el trono a su hijo.

Otra vez hay tres gobernantes pero la situación será pasajera porque tanto Teodosio como Maximus aspiran a volver a concentrar el poder en una sola persona.

Las cosas empezarán a cambiar cuando Maximus se presente en Roma y Valentiniano tenga que huir a oriente para buscar la protección de Teodosio, por entonces ya casado con su hermana Gala. Con un ejército formando por godos, alanos y hunos, Teodosio se dirige hacia occidente. En Aquileia, Maximus fue derrotado, capturado y ejecutado. Valentiniano volvió a controlar, al menos en teoría, la parte oeste del imperio. En teoría porque estaba bajo la supervisión de Teodosio que para eso había dejado al general Arbogasto con esa misión. Pero las relaciones entre el general franco y Valentiniano no eran buenas y a la destitución de Arbogasto le siguió la muerte de Valentiniano sin estar claras las causas de su fallecimiento. Arbogasto nombró emperador a un antiguo profesor de retórica, Eugenio, ferviente defensor del paganismo.

Las hostilidades no tardarían en aparecer. Junto al rio Frigio las tropas de Eugenio y Arbogasto fueron derrotas falleciendo ellos también. El Imperio, aunque únicamente fuera por unos meses quedaba en manos de una sola persona, porque Teodosio moriría poco tiempo después.

Teodosio tenía dos hijos, Arcadio y Honorio a los que dejó al cuidado de un antiguo compañero y amigo, Flavio Estilicón. Al mayor dejó Oriente, con capital en Constantinopla mientras que a Honorio, de tan solo diez años, le correspondió Occidente, con capital en Milán. Esta vez sería la definitiva porque, aunque Estilicón lo intentó, no fue posible. Nunca más se uniría el Imperio de nuevo.

Estilicón se quedó con Honorio en Occidente mientras dejaba al prefecto del pretorio, Rufino, con Arcadio en oriente como consejero y, en la práctica como gobernante.

Para intentar frenar el avance de los godos, Estiicón se trasladó a oriente pero Arcadio, influenciado por Rufino, le pidió que se retirara. Así lo hizo Estilicón y los godos invadieron Grecia saqueando todo lo que encontraban a su paso.

Cuando Rufino murió, le sustituyó como hombre de confianza del emperador Eutropio, un eunuco que había sido tutor de Arcadio y que había organizado su boda con Eudoxia. La presión visigoda la solucionó Arcadio nombrando prefecto de la provincia al rey Alarico y haciendo que se desplazaran hacia el oeste.

Arcadio pasó de la influencia de Rufino a la de Eutropio, a la de Eudoxia y, cuando esta falleció a la del prefecto del pretorio, Antemio. Cuando murió en 408 dejó cuatro hijos. Uno de ellos se convertiría en Teodosio II.

En el 406, se produjo un ataque de vándalos, alanos, suevos y burgundios en la frontera occidental. Estilicón intentó pactar con el jefe bárbaro Alarico permitiéndole pulular por las Galias. La fracción del senado que se negaba a esa situación, consiguió sublevar a las tropas y en el 408 Estilicón moría.

En el 410 Alarico invadía y saqueaba Roma provocando una auténtica convulsión. Las Galias fueron invadidas y un año después lo fue Hispania.

Honorio moriría sin descendencia en el 423.

Los últimos emperadores (455-476)

Petronio Máximo se hace cargo de la parte occidental del imperio tras la muerte de Honorio, mientras las invasiones bárbaras continúan al tiempo que los emperadores son puestos y depuestos.

El último episodio tendría lugar en Rávena en el 376, ciudad que se había convertido en capital hacía unas décadas. El general bárbaro Odoacro se hizo con el control de Italia tras desterrar a Rómulo Augusto, el último emperador romano.

Habían pasado 1230 años desde aquella mítica fecha de abril del año 753 a. C. en la que se había fundado Roma.

Lo que ocurriría después ya es otra historia.

Valentia, Ante diem VIII Kalendas Sep. MMDCCLXXI ad Urbe Condita.

Fuente: National Geographic Historia

Mapa 66. El final. La división definitiva del Imperio.

BIBLIOGRAFÍA

BROWN, P., *El Mundo de la antigüedad tardía : (de Marco Aurelio a Mahoma)*. Madrid: Taurus, 1991.

CAMERON, A.M, *El Bajo Imperio Romano (284-430 d.C.)*. Ediciones Encuentro, Madrid, 1993.

GRIMAL, P., *El siglo de Augusto*, F.C.E. México, 1997.

LE GALL, J. y LE GLAY, M., *El Imperio Romano*, Akal, Madrid, 1995.

SÁNCHEZ LEÓN, M.ª. L., *El Alto Imperio Romano,* Síntesis. Madrid 1998.

SYME, R., *La revolución Romana*, Crítica, Barcelona, 2011

LÍNEA DEL TIEMPO

EL MUNDO ANTIGUO

Desde el III Milenio antes de Cristo a la caída del Imperio Romano

CIVILIZACIONES	3000-2000 a.C.	2000-1000 a.C.	1000-s. VI a.C.	s. V-s. III a.C.	s. II a.C.-s. I d.C.	S. II d.C.-s. V d.C.
PRÓXIMO ORIENTE	– Dinástico Antiguo – Imperio Acadio – Sargón – Naram-Sin – Gudea de Lagash. – III Dinastía de Ur	– Periodo babilónico antiguo. – Rim-Sin de Larsa. – Hammurabi. – Mursili I de Hatti. – Suppiluliuma de Hatti.	– Era de los pequeños Reinos. – Imperio Neoasirio. – Asurnasirpal II. – Salmanasar III. – Asurbanipal – Imperio Neobabilónico. – Nabucodonosor II	– Imperio Persa aqueménida. – Ciro el grande de Persia.		
EGIPTO	– Imperio Antiguo Dinastías I-VIII – Construcción de las pirámides. Primer periodo intermedio (IX-XI dinastía)	– Imperio Medio (XII-XIV dinastía). – Segundo periodo intermedio. Llegada de los Hicsos (XV-XVII dinastía) – Imperio Nuevo (XVIII-XX dinastía)	– Tercer periodo intermedio (XXI-XXV dinastía) – Los faraones negros (XXV dinastía)	– Invasión Persa – Dinastía Ptolemaica.	– Conquista romana.	
GRECIA	– Primeros asentamientos de la Edad del Bronce en Creta.	– Esplendor cultura Minoica. – Auge del poder micénico. – Colapso de Micenas.	– Edad Oscura – Nacimiento de la Polis. – Las colonizaciones. – Las leyes de Dracón Solón. – La constitución espartana de Licurgo.	– Tiranía de Pisístrato. – Clístenes. – Guerras Médicas. – la Pentecontecía. – La Guerra del Peloponeso. – El Imperio de Alejandro Magno.	– Tras las guerras macedónicas, Roma anexiona Grecia y Macedonia como provincias romanas.	
ROMA		– Primeros asentamientos humanos en las Siete Colinas.	– Fundación mítica de Roma, 753 a.C. – Numa Pompilio reforma el calendário. – Reformas de Servio Tulio. – Fin de la monarquia romana.	– Comienzo de la República. – La ley de las XII tablas. – Conquista de Italia. – Pirro. – Primera Guerra Púnica – Segunda Guerra Púnica.	– Derrota de Cartago. – Guerras civiles. – Dictadura de Sila – Primer triunvirato. – Asesinato de César – Segundo triunvirato – El Alto Imperio.	– Dinastía Antonina. – Los severos – Crisis del s.III. – Diocleciano – Constantino – El fin del imperio.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

OBRAS DE CONJUNTO

Historia Antigua

ALVAR, J., PLÁCIDO, D., BAJO, F. y MANGES, J., *Manual de Historia Universal, 2. Historia Antigua,* Historia 16, Madrid, 1994.

BISPHAM, E., HARRISON, TH. y SPARKES, B. A. (eds.), *The Edinburgh Companion to Ancient Greece and Rome,* Edinburgh University Press, Edinburgh, 2006.

BOARDMAN, J., GRIFFON, J. y MURRAY, O., *Historia Oxford del mundo clásico* (trad. F. Zaragoza Alberich), Alianza, Madrid, 1986-1988 (orig. Oxford, 1986; 2 vols.).

BRAVO, G., *Historia del mundo antiguo. Una introducción crítica,* Alianza Editorial, Madrid, 2002 (orig. 1994).

CHIC GARCÍA, G. (dir.), *Historia de Europa (siglos X a. C.-V d.C.),* Universidad de Sevilla, Sevilla, 2014.

EDWARDS, I. E. S. *et alii (eds.), The Cambridge Ancient History,* Cambridge University Press, Cambridge, 2007 (orig. 1970ss.; 14 vols.).

ERSKINE, A. (ed.), *A Companion to Ancient History,* Wiley/Blackwell, Malden/Oxford, 2009.

GÓMEZ PANTOJA, J. (coord.), *Historia Antigua (Grecia y Roma),* Ariel, Barcelona, 20092 (orig. 2003).

MURRAY, O. (dir.), *Historia Taurus del mundo antiguo,* Taurus, Madrid, 1981-1986 (orig. Cambridge, 1980ss.; 7 vols.).

PARDO, J. (dir.), *Historia Universal, I. Del mundo prehistórico al Asia del siglo IX,* Noguer, Barcelona, 1974 (orig. Paris/Milano, 1973).

PARETI, L. (dir.), *Historia de la humanidad: desarrollo cultural y científico, vol. 2, El mundo antiguo* (trad. M. de Hernani), Planeta, Barcelona, 1977 (orig. Buenos Aires, 1969).

PETIT, P., *Historia de la Antigüedad* (trad. J. P. Gomis Llorca), Labor, Barcelona, 1982 (orig. Paris, 1962).

STARR, CH. G., *Historia del mundo antiguo* (trad. E. Benítez), Akal, Madrid, 1988 (orig. Oxford, 1965).

SCULLARD, H. H. y VAN DER HEYDEN, A. A. M., *Panorama del mundo clásico* (trad. L. Gil), Guadarrama, Madrid, 1967 (org. Amsterdam/ Bruxells, 1963).

ZIELINSKI, TH., *Historia de la civilización antigua* (trad. C. Pereyra), Aguilar, Madrid, 1978 (orig. Paris, 1931).

Diccionarios

DAREMBERG, CH. y SAGLIO, E., *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines,* Hachette, París, 1877 (6 vols.)

DOSSI, E. (coord.), *Le garzantine. Enciclopedia dell'Antichità Classica,* Ganzanti, Milano, 2010.

ERRANDONEA, I., *Diccionario del Mundo Clásico,* 2 vols. Labor, Barcelona, 1954.

HORNBLOWER, S. y Spawforth, A. (eds.), *The Oxford Classical Dictionary,* Oxford University Press, Oxford, 2012.

LARA PEINADO, F., CABRERO PIQUERO, J., Cordente Vaquero, F. y Pino Cano, J. A., *Diccionario de instituciones de la Antigüedad,* Cátedra, Madrid, 2009.

LECLANT, J. (dir.), *Dictionnaire de l'Antiquité,* Quadrige/Presses Universitaires de France, Paris, 2005.

PAULY, A. Y WISSOWA, G., *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft,* J.B. Metzlerscher, Stuttgart, 1894-1972 (70 vols.)

SHIPLEY, G., Vanderspoel, J., Mattingly, D. y Foxhall, L. (eds.), *The Cambridge Dictionary of Classical Civilization,* Cambridge University Press, Cambridge, 2008.

SPEAKE, G. (ed.), *Diccionario Akal de Historia del mundo antiguo* (trad.M.-P. Bouyssou y M. V. García de Quiroga), Akal, Madrid, 1999 (orig. Oxord, 1994).

OBRAS POR CIVILIZACIONES

Egipto

Fuentes

GALÁN, J.M., *El Imperio Egipcio, Inscripciones, ca. 1550-1300 a. C.,* Trotta, Madrid, 2002.

LARA PEINADO, F., *El Egipto Faraónico,* Istmo, Madrid, 1991.

LEFEBVRE, G., *Mitos y cuentos egipcios de época faraónica* (trad. J.M. Serrano), Akal, Madrid, 1982.

MARCO, F. y SANTOS YANGUAS, N., *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo,* Universidad de Oviedo, Oviedo, 1980.

SERRANO, J.M., *Textos para la Historia Antigua de Egipto,* Cátedra, Madrid, 1994.

Obras generales

CIMINO, F., *Vida cotidiana de los egipcios,* Edaf, Madrid, 2002.

DRIOTON, E y VANDIER, J., *Historia de Egipto* (trad. Yole de Vazquez-Presedo), EUDEBA, Buenos Aires, 1977.

DUMAS, F., *La civilización del Egipto faraónico,* Juventud, Barcelona, 2000.

GARDINER, A., *El Egipto de los faraones* (trad. E. Olcina), Laertes, Barcelona, 1994.

GRIMAL, N., *Historia del Antiguo Egipto* (trad. B. García y P. López), Akal, Madrid, 1988.

HUSSON, G. y VALBELLE, D., *Instituciones de Egipto. Desde los primeros faraones a los emperadores romanos* (trad. M. García), Cátedra, Madrid, 1998.

KEMP, B.J., *El Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización* (trad. M. Tussel), Crítica, Barcelona, 1989.

PADRÓ, J., *Historia del Egipto Faraónico.* Alianza Editorial, Madrid, 1999.

PARRA, J.M. (coord.), *El Antiguo Egipto,* Marcial Pons, Madrid, 2011.

PÉREZ LARGACHA, A., *Historia antigua de Egipto y del Próximo Oriente,* Akal, Madrid, 2006.

SHAW, I., *Historia del Antiguo Egipto* (trad. J.M. Parra), Esfera de los Libros, Madrid, 2016.

Proximo Oriente

Fuentes

BERNABÉ PAJARES, A., *Mitos hititas. Entre Oriente y Occidente,* Akal, Madrid, 2015.

BERNABÉ PAJARES, A. y ÁLVAREZ PEDROSA, J. A., *Historia y leyes de los hititas. Textos del Imperio Antiguo. El Código,* Akal, Madrid, 2000.

— *Historia y leyes de los hititas. Textos del Reino Medio y del Imperio Nuevo,* Akal, Madrid, 2004.

KRAMER, S. N., *La historia empieza en Sumer. 39 primeros testimonios de la historia escrita* (trad. J. E. Cornet y J. Braga Riera; pról. F. Lara Peinado), Alianza, Madrid, 2010.

LARA PEINADO, F., *Himnos babilónicos,* Tecnos, Madrid, 1990.

— *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo,* Cátedra, Madrid, 2011.

— *Mitos de la antigua Mesopotamia. Héroes, dioses y seres fantásticos,* Dilema, Madrid, 2017.

MARCO, F. y SANTOS YANGUAS, N., *Textos para la historia del Próximo Oriente Antiguo,* Universidad de Oviedo, Oviedo, 1980.

Obras generales

ALGAZE, G., *Ancient Mesopotamia at the Dawn of Civilization: The Evolution of an Urban Landscape*, University of Chicago Press, Chicago, 2008.

BIENKOWSKI, P., y MILLARD, A. (eds.), *Dictionary of the Ancient Near East*, The British Museum Press, London, 2000.

BLÁZQUEZ, J. M.ª *et alii, Historia de Oriente Antiguo,* Cátedra, Madrid, 1992.

CASSIN, E., Bottéro, J. y Vercoutter, J. (eds.), *Los Imperios del Antiguo Oriente,* Siglo XXI, Madrid, 1988-1990 (3 vols.).

GARELLI, P., *El Próximo Oriente asiático. Desde los orígenes hasta las invasiones de los pueblos del mar* (trad. A. M.ª Mayench), Labor, Barcelona, 1980.

GARELLI, P. y NIKIPROWETZKY, V., *El Próximo Oriente asiático. Los imperios mesopotámicos. Israel* (trad. B. Julià), Labor, Barcelona, 1981.

GONZÁLEZ WAGNER, C., *Historia del Cercano Oriente,* Universidad de Salamanca, Salamanca, 2005.

HROUDA, B., *Mesopotamia. Las antiguas culturas entre el Tigris y el Eufrates* (trad. J. García Lenberg), Acento, 2001.

KUHRT, A., *El Oriente Próximo en la Antigüedad (c. 3000-330 a. C.)* (trad. T. de Lozoya), Crítica, Barcelona, 2000-2001 (2 vols.).

LARA PEINADO, F., *Diccionario biográfico del mundo antiguo. Egipto y Próximo Oriente,* Aldebarán, Madrid, 1998.

LÉVÊQUE, P. (dir.), *Las primeras civilizaciones, I. De los despotismos orientales a la ciudad griega* (trad. E. Bajo Álvarez), Akal, Madrid, 1991.

LIVERANI, M., *El Antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía* (trad. J. Vivanco), Crítica, Barcelona, 1995.

MARGUERON, J.-CL., *Los mesopotámicos* (trad. J. L. Rozas López), Cátedra, Madrid, 2016.

NEMET-NEJAT, K. R., *Daily Life in Ancient Mesopotamia,* Greenwood, Westport (CT), 1998.

PODANY, A. H., *El Antiguo Oriente Próximo. Una breve introducción* (trad. J. Alonso López), Alianza, Madrid, 2016.

POSTGATE, N., *Early Mesopotamia: Society and Economy at the Dawn of History,* Routledge, Londres, 1994.

PRESEDO, F. J. *et alii, Manual de Historia Universal, vol. II. Antiguo Oriente,* Nájera, Madrid, 1986.

RADNER, K. y ROBSON, E. (eds.), *The Oxford Handbook of Cuneiform Culture,* Oxford University Press, New York, 2011.

ROUX, G., *Mesopotamia: historia política, económica y cultural* (trad. J. C. Bermejo Barrera; pref. J. Bottéro), Akal, Madrid, 2002.

SANMARTÍN, J. y SERRANO, J. M., *Historia Antigua del Próximo Oriente. Mesopotamia y Egipto,* Akal, Madrid, 2018.

Sasson, J. M. (ed.), *Civilizations of the ancient Near East,* Hendrickson Peabody (Mass.), 1995.

Snell, D. C. (ed.), *A Companion to the Ancient Near East,* Wiley/Blackwell, Malden (Mass.)/Oxford, 2007.

Uberti, M.ª L., *Introduzione alla storia del Vicino Oriente antico,* Il Mulino, Bologna, 2005.

Van de Mieroop, M., *A History of the Ancient Near East,* Blackwell, Malden (Mass.), 2004. (trad. A. Piquer y S. Arroyo, *Historia del Próximo Oriente antiguo, ca. 3000-323 a.n.e.*, Trotta, Madrid, 2019).

Grecia

Fuentes

AAVV, *Biblioteca Clásica Gredos,* Gredos, Madrid, 1977-2019 (415 vols)

Crawford, M., *Fuentes para la historia antigua,* Taurus, Madrid, 1992.

Domínguez Monedero, A., Plácido Suárez, D., Gómez Espelosín, F. J., Gascó de la Calle, F., *Historia del mundo clásico a través de sus textos. 1. Grecia,* Alianza Editorial, Madrid, 2014

Gómez Espelosín, F. J., *Historia de Grecia en la Antigüedad (textos),* Akal, Madrid, 2011.

Gómez Espelosín, F. J., *Historia de Grecia: planteamientos y recursos didácticos.* Universidad de Alcalá de Henares, Madrid, 2012.

Kaplan, M. Y Richer, N., *El mundo griego,* Universidad de Granada, Granada, 2003.

Mangas, J., *Textos para la historia antigua de Grecia,* Cátedra, Madrid, 1991.

Plácido, D., *Fuentes y bibliografía para el estudio de la Historia Antigua,* Akal, Madrid, 1983.

Roldán, J. M., *Introducción a la Historia Antigua,* Madrid, 1978.

Obras generales

Asimov, Y., *Los griegos: una gran aventura,* Alianza, Madrid, 2011.

Barceló, P., *Breve historia de Grecia y Roma,* Alianza, Madrid, 2014.

Bengtson, H., *Historia de Grecia,* Gredos, Madrid, 2019.

Connolly, P., *La guerra en Grecia y Roma,* Desperta Ferro, Madrid, 2018.

García Gual, C., *Grecia para todos,* Espasa, Madrid, 2019.

Gómez Espelosín, J., *Historia de la Grecia antigua,* Akal, Madrid, 2001.

Gómez Espelosín, J., *Introducción a la Grecia Antigua,* Alianza, Madrid, 2014.

Gómez Pantoja, J. (coord.), *Historia Antigua (Grecia y Roma),* Ariel, Barcelona, 2003.

Montanelli, I., *Historia de los griegos,* Debolsillo, Madrid, 2016.

MURRAY, O, GOLDAR, A., *Grecia antigua,* Taurus, Madrid, 1981.

OSBORNE, R., *La Grecia clásica,* Crítica, Barcelona, 2002.

PÉREZ, A.: *La civilización griega: los orígenes de nuestra cultura,* Anaya, Madrid, 2010.

PETRIE, A., *Introducción al estudio de Grecia,* Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1993.

POMEROY, S., BURSTEIN, S., DONLAN, W., TOLBERT, J., *La antigua Grecia: Historia política, social y cultural,* Crítica, Barcelona, 2002.

RHODES, P. J., *La antigua Grecia: una historia esencial,* Crítica, Barcelona, 2016.

WALKER, J. M., *La Grecia antigua,* ME, Madrid, 1997.

Roma

Fuentes

AAVV, *BIBLIOTECA Clásica Gredos,* Gredos, Madrid, 1977-2019 (415 vols.)

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. *et alii, Historia del mundo clásico a través de los textos,* Alianza, Madrid, 1999 (2 vols.).

CRESCI, G, ROHR VIIO, G y CALVELLI, L., *Roma Antica. Storia e Documenti,* Il Mulino, Bolonia, 2014.

KAPLAN, M. (dir), *El Mundo romano (trad. Julio Mangas),* Universidad de Granada, Granada, 2003.

Obras generales

ALFÖLDY, G., *Historia social de Roma*, Alianza, Madrid, 1987.

BALSDON, J. P. V. D., *Los romanos*, Gredos, Madrid, 1974.

BALSDON, J. P. V. D., *Roma. Historia de un Imperio*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1970.

BRAVO, G., *Historia de la Roma antigua*, Alianza, Madrid, 1999.

CABRERO, J. Y Cordente, F., *Roma,* Edimat, Madrid, 2008.

CABRERO, J., Y Fernández Uriel, P., *Historia Antigua II. El Mundo Clásico. Historia de Roma.* UNED, Madrid, 2014.

CHRISTOL, M. y NONY, D., *De los orígenes de Roma a la invasiones bárbaras*, Akal, Madrid, 1988.

CORNELL, T. y MATTHEWS, J., *Roma. Legado de un imperio*, Folio, Barcelona, 1989.

GIARDINA, A. y SCHIAVONE, A., (Eds)., *Storia di Roma*, Einaudi, Torino, 1999.

GRANT, M., *El mundo romano*, Guadarrama, Madrid, 1960.

GRIMAL, P., *Historia de Roma*, Paidos, Barcelona, 2005.

HOMO, L., *Nueva Historia de Roma*, Iberia, Barcelona, 1955.

IGLESIAS, J., *Roma. Claves histicas*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1985.

KOVALIOV, S.I., *Historia de Roma*, akal, Madrid 1979.

LE BOHEC, Y., *Breve historia de Roma*, Rialp, Barcelona, 2013.

LÓPEZ BARJA DE QUIROGA, P. Y Lomas Salmonte, F.J., *Historia de Roma,* Akal, Madrid, 2004.

MANGAS, J., *Historia Universal. Edad Antigua II: Roma,* Vicens Vives, Madrid, 2010.

MOMMSEN, TH., *Historia de Roma*, Turner, Madrid, 1983, 8 vols.,

MONTENEGRO DUQUE, A., coord., *Manual de Historia Universal, IV. Roma*, Najera, Madrid, 1983.

NOVILLO, M.A., *Breve historia de Roma,* Nowtilus, Madrid, 2012.

PIGANIOL, A., *Historia de Roma*, Eudeba, Buenos Aires, 1981.

ROLDÁN HERVÁS, J. M., *Historia de Roma*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1995.

La *Introducción a la Historia de la Antigüedad* que aquí presentamos ha sido diseñada y elaborada por cuatro profesores de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, teniendo presentes los planes de estudios en vigor. Este libro, dotado en cada uno de sus capítulos de rigurosidad metodológica y con un estilo ágil, pretende proporcionar al lector el marco cronológico, espacial y cultural sin el cual no sería posible entender los diferentes procesos que se desarrollaron en la Antigüedad. Se analiza el estado de la cuestión tratado en los distintos capítulos y se sugieren los problemas de estudio e investigación más actuales, fundamentados en el empleo, técnicas y métodos propios del conocimiento de la Antigüedad. La mayor virtud de este libro es poder ofrecer al lector una mirada alternativa a la Historia, teniendo presentes aquellas consideraciones solo manejadas por los expertos.

Javier Cabrero Piquero es profesor titular de Historia Antigua en la UNED. Doctor en Historia Antigua por la UCM de Madrid. Becario posdoctoral en el DAI de Roma; es especialista en la historia de la República romana.

Raúl González Salinero es doctor en Historia Antigua por la Universidad de Salamanca y actualmente profesor titular de esta disciplina en la UNED. Ha sido *Visiting Scholar* en las Universidades de Cambridge, Parma, Paris IV-Sorbonne, Bari Aldo Moro y Bolonia. Está especializado en el estudio del judaísmo antiguo y de los orígenes del cristianismo.

Milagros Moro Ípola es doctora en Historia Antigua por la UNED. Profesora tutora del Centro Asociado de Alzira-Valencia de la UNED. También es graduada en Historia del Arte. Se ha especializado en el estudio de la juventud y de la adolescencia romanas.

Miguel Ángel Novillo López es doctor europeo por la Facultad de Geografía e Historia de la UCM. Ha orientado su labor investigadora al estudio de la tardía República romana y de la vida cotidiana en la antigua Roma.

UNED Editorial

ISBN: 978-84-362-7566-7

9 788436 275667 02108

6702108GR07A01